

BRET EASTON ELLIS



GLAMOURAMA

Lectulandia

Ambientada a mediados de los 90, la novela inicia en la ciudad de Nueva York, contada a través de los ojos de un modelo/manager de club nocturno obsesionado con la apariencia llamado Victor Ward, quien pasa sus días y sus noches organizando la inauguración de un nuevo local y preocupándose por si las celebridades de su interminable lista de invitados aparecerán o no. Eventualmente es contactado por un misterioso personaje llamado F. Fred Palakon, para buscar a una ex novia de sus días de estudiante en Camden, quien fue vista por última vez en Londres. Las cosas se complican cuando Victor termina relacionándose con un grupo de terroristas que usan su profesión de modelos famosos para pasar sin sospechas a través de las fronteras internacionales.

Tal y como *American Psycho* fue una sátira de la avaricia y la obsesión con el consumo, *Glamourama* es una sátira de la obsesión de la sociedad con las celebridades y la belleza, y al igual que su antecesora, contiene una gran cantidad de violencia, humor negro y surrealismo.

Lectulandia

Bret Easton Ellis

Glamourama

ePub r1.2

Trips 11.09.14

Título original: *Glamourama*
Bret Easton Ellis, 1998
Traducción: Camila Batlles
Diseño de cubierta: Castroponce

Editor digital: Trips
Corrección de erratas: Castroponce, Trips
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

A
Jim Severt

Gracias

Gary Fisketjon

Amanda Urban

Julie Grau

Heather Schroder

Sonny Mehta

No hubo un tiempo en que ni tú ni yo
ni esos reyes existiéramos.

Krishna

Se equivoca quien vea en lo que estamos haciendo
una cuestión meramente política.

Hitler

I

—¡Motas! ¡Motas por todas partes! Fijaos en el tercer panel. Éste no: ése. El segundo empezando por abajo. Y que conste que ayer ya habría dejado resuelto el tema, pero en ésas llegó el fotógrafo y el tal Yaki Nakamari o como coño se llame el que ha diseñado esto, un chapuzas de mucho cuidado, entre una cosa y otra al final me tomó por no sé quién y no me hizo ni puto caso. Bueno, a lo que iba ¿Las veis, no? Está claro que todos estos puntitos asquerosos son motas, ¿no? Y a mí no me parece que hayan salido por pura casualidad. A mí me parece más bien que los han hecho con vete a saber qué máquina. O sea que no os vayáis por las ramas, ¿eh? Id al grano y sed concretos. ¿Esto es lo que hay? Pues esto, venga. Sin florituras. El quién, el qué, el dónde, el cuándo y, si puede ser, el porqué, aunque, por la cara de desgraciados que ponéis, me da la impresión de que el porqué no me lo va a contar nadie. Venga ya, coño, ¡qué pasa!

En este mundillo siempre hay alguien con la respuesta a punto.

—Este bar es de George Nakashima, cielo —me corrige Jotadé sin alterarse—, no de este... Yaki Nakamashi, o sea... Yuki Nakamorti... Ay, no, ¿cómo era...? Peyton, hijo, échame un cable, por el amor de Dios.

—Para este nivel se escogió el proyecto de Yoki Nakamuri —señala Peyton.

—No me digas... ¿Y se puede saber quién lo escogió? —pregunto.

—Pues... en fin, de hecho... *moi* —dice Peyton.

Breve silencio durante el que Peyton y Jotadé son fulminados por sendas miradas.

—¿Y se puede saber quién coño es Mua? —pregunto—. Porque lo que es yo no tengo ni puta idea de quién es ese tal Mua.

—Victor, por el amor de Dios —dice Peyton—, pero si Damien y tú ya lo tenéis todo más que hablado.

—Pues sí. Pero ya me estáis diciendo uno de los dos quién coño es este Mua, porque es que, si no, a mí me va a dar un ataque.

—*Moi* es Peyton, cielo —contesta Jotadé sin alterarse.

—*Moi* soy yo —asiente Peyton—. *Moi* es «yo» en francés.

—Oye, ¿tú estás seguro de que esas motas no están donde tienen que estar? —Jotadé toca el panel—. Hijo, no sé, a lo mejor están como de moda o algo así.

—Alto ahí —digo con la mano levantada—. ¿A ti te parece que esas motas están de moda?

—Victor, hijo, ¿tú has visto la lista de asuntos que aún tenemos pendientes? —Jotadé me enseña una larga lista de asuntos pendientes—. Pues hazme el favor de desentenderte de las motas, que ya encontraremos a alguien que se las lleve de paseo. Y acuérdate de que tenemos a un mago esperando abajo.

—¿Entre hoy y mañana por la noche? —digo a gritos—. Jotadé, ¿me juras que no

me las voy a encontrar aquí mañana por la noche?

—Pues yo creo que sí se podrá arreglar, ¿no? —Jotadé mira a Peyton y éste asiente.

—En esta ciudad «mañana» puede significar cualquier cosa, desde cinco días hasta todo un mes. Santo Dios, ¡pero qué más tengo que hacer para que os deis cuenta de que estoy que muerdo!

—Lo dices como si nosotros hubiéramos estado mano sobre mano...

—Mira, me parece que la situación es de lo más simple ¿Ves eso? —Señalo—. Son motas. ¿Hago venir a alguien para que te traduzca la frase? ¿O... te das por enterado?

Nos acompaña una «reportera» de *Details*. Misión: seguirme durante una semana entera, Titular: «Génesis de un local nocturno». Descripción: wonderbra, perfilador de ojos en abundancia, gorra de marinero ruso, bisutería floral de plástico y un ejemplar del *W* enrollado bajo un brazo paliducho y con muchas horas de gimnasio. Una Thurman con treinta centímetros menos y cara de sueño. Tras ella, un tipo con camiseta de rugby, chaleco acolchado y chupa de cuero que se encarga de filmar la escena.

—Por cierto... —Doy una calada de un Marlboro que me ha pasado no sé quién y prosigo—. ¿Tú qué opinas de las motas?

La reportera se baja las gafas de sol.

—Pues la verdad, no sé. —Aún no tiene claro a qué carta quedarse.

—*East Coast girls are hip* —digo, y me encojo de hombros—. *I really dig those styles they wear.*^[1]

—Yo no estoy muy al día —se disculpa.

—Pues anda que esta pandilla... —digo con un bufido—. Lo que hay que oír...

Beau se asoma a la barandilla del último piso y grita:

—¡Victor! ¡Chloe por la diez!

Acto seguido la reportera abre el bloc de notas que llevaba disimulado bajo el brazo, enrollado en el *W*, y garabatea unas palabras. Era de esperar que algo así la sacara temporalmente de su letargo.

Sin apartar la vista de las motas, respondo también a gritos:

—¡Dile que ahora estoy ocupado! ¡Que estoy reunido! ¡Que ha habido un accidente! ¡No, que estoy reunido y que, además, ha habido un accidente! ¡Que la llamo en cuanto logremos apagar el incendio!

—¡Victor! —insiste Beau—. ¡Ya es la sexta vez que llama en lo que va de día! ¡Peor! ¡Ya es la tercera vez que llama en lo que va de hora!

—¡Pues dile que en el Doppelganger a las diez!

Me arrodillo —Peyton y Jotadé hacen lo mismo— y recorro el panel con la palma de la mano mientras les indico dónde empiezan y acaban las motas y dónde

reaparecen.

—Míralas... la madre que las parió. Y fíjate cómo brillan. Fíjate, Jotadé —susurro—. Santo Dios, las hay por todas partes. —De pronto reparo en una concentración de motas que aún no había visto y no puedo reprimir un grito—. ¡Se expanden! ¡Estas de aquí no estaban antes! ¿Verdad que no? —Trago saliva y luego prosigo con voz ronca—: Tengo la boca superseca de tanta mota, ya. A ver, que alguien me traiga un té frío. Un Arizona light de botella. Pero que sea de botella, no de lata.

—Pero oye, ¿no te comentó Damien lo del diseño? —pregunta Jotadé—. ¿En serio no sabías que iban a poner motas?

—Yo no sé nada de nada. Nada. Niente. Que te quede claro. Yo nunca sé nada. Nunca des por sentado que yo sé algo. Nunca. Nada. Yo no sé nada. Nada de nada. Nunca.

—Vale, hijo, vale —me interrumpe cansado Jotadé antes de ponerse en pie.

—Pues qué queréis que os diga... yo no veo nada —observa Peyton desde el suelo.

Jotadé suspira.

—¿Lo ves, Victor? No ve nada. Y es Peyton.

—Dile a ese vampiro que se quite las gafas de sol de una puta vez. Lo que hay que oír...

—No tolero que me llamen vampiro —protesta Peyton.

—¿Perdón? ¿Toleras que te den por el culo pero no que te llamen Drácula en broma? ¿Habré cambiado de planeta sin darme cuenta? Venga, andando. —Y aparto un obstáculo invisible con la mano.

Mientras la comitiva baja conmigo las escaleras en dirección al segundo piso, el chef —venezolano, de nombre Bongo, ex Vunderbahr, ex Moonclub, ex Paddy-O y ex MasaMasa— enciende un cigarrillo, se baja las gafas de sol e intenta seguir mi paso.

—Victor, tengo que hablar contigo. —Tose y agita la mano para hacer desaparecer el humo—. Los pies me están matando. Ten compasión.

La comitiva se detiene.

—Un segundo —le digo al darme cuenta de las miradas de preocupación que dedica a Kenny Kenny, que tiene algo que ver con Glorious Foods y que aún no sabe que la cena de mañana por la noche la organiza otra empresa de *catering*.

Peyton, Jotadé, Bongo, Kenny Kenny, el cámara y la reportera esperan alguna reacción por mi parte. Para salir del paso, me asomo a la barandilla del segundo piso.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo ahí parados? Que aún me quedan tres pisos y cinco barras, hombre, por favor. Y no me agobiéis, ¿eh?, que la cosa está que arde. ¡Por poco me da algo con la historia esta de las motas!

—Victor, nadie dice que las motas no existan —interviene Peyton con delicadeza—, pero no sé cómo explicarte. Deberías ver esas motas con cierta perspectiva.

En uno de los muchos monitores que cubren las paredes del segundo piso, la MTV, un anuncio, Helena Christensen, campaña institucional en favor del voto juvenil.

—¡Beau! —grito—. ¡Beau!

Beau se asoma a la barandilla del último piso.

—¡Dice Chloe que a las once y media en el Metro CC!

—¡Espera, espera! ¿Qué se sabe de Ingrid Chavez? ¿Ya ha confirmado si va a venir? —grito.

—Un momento, a ver. A la cena, ¿no?

—Sí, y no me digas que no porque estoy que trino ¿Cómo van las ces?

—Victor, por lo que más quieras, tengo que hablar contigo —dice Bongo con un acento tan raro que no sé ni de dónde lo ha sacado, y me agarra del brazo—. En serio, es im-pres-cin-di-ble.

—Bongo, hazme un favor, anda —dice Kenny Kenny con una mueca—. Vete a la mierda. Ten, Victor, prueba los picatostes.

Agarro uno casi a traición.

—Mmm... con romero. Buenísimo, oye.

—Es salvia, Victor. Salvia.

—A la mierda te vas tú —farfulla Bongo—. Y ya de paso te llevas tus asquerosos picatostes.

—A ver, vosotros dos: os tomáis un Xanax y os calláis de una puta vez. ¿No habéis dejado nada en el horno? Pues venga ¡Beau! ¡Contesta, coño!

—Naomi Campbell, Helena Christensen, Cindy Crawford, Sheryl Crow, David Charvet, Courteney Cox, Harry Connick Jr., Francisco Clemente, Nick Constantine, Zoe Cassavetes, Nicolas Cage, Thomas Calabro, Cristi Conway, Bob Collacello, Whitfield Crane, John Cusack, Dean Cain, Jim Courier, Roger Clemens, Russell Crowe, Tia Carrere y Helena Bonham Carter. Bueno, a ésta no sé si ponerla en la be o en la ce.

—¡Ingrid Chavez, Beau! ¡Ingrid Chavez! ¿Ha confirmado ya si va a venir?

—¡Los famosos y sus babosos relaciones públicas se quejan de que tu contestador no funciona! —estalla Beau—. ¡Dicen que suenan treinta segundos de «Love Shack» y luego sólo les quedan cinco para dejar el mensaje!

—La pregunta no puede ser más fácil. Sólo tienen que contestar «sí» o «no». Venga ya, como si toda esta gente tuviera mucho más que contarme... A mí me parece una pregunta bien sencillita ¿Piensas venir a la cena y a la inauguración del local o no? ¿Tanto cuesta entenderlo? Oye, ¿sabes que eres igualita que Uma Thurman?

—Victor, Cindy no es «toda esta gente». Verónica Webb no es «toda esta gente». Elaine Irwin no es «toda esta gente».....

—¡Beau! ¿Cómo andamos de aes? Kenny Kenny, haz el favor de dejar a Bongo en paz. No le pinches.

—¿Te leo los nueve? —grita—. Carol Alt, Pedro Almodóvar, Dana Ashbrook, Kevyn Aucoin, Patricia, Rosanna, David y Alexis Arquette y Andre Agassi. Ni Giorgio Armani ni Pamela Anderson.

—Mierda. —Enciendo otro cigarrillo y me vuelvo hacia la reportera—. Esto... mierda en el buen sentido, quiero decir.

—O sea... mierda en plan bien, ¿no?

—Eso es. ¡Eh, Beau! —grito—. ¡Por lo que más quieras, contrólame que en todos los monitores se vea la cinta esa de realidad virtual! O, si no, la MTV o algo por el estilo. Acabo de pasar por delante de uno y sólo salía un pueblerino barrigón con sombrero de vaquero, hecho un mar de lág...

—¿De verdad tienes intención de quedar con Chloe en el Flowers... digo en el Metro CC? Porque yo paso de decir más mentiras.

—¡Qué vas a pasar...! —le replico—. ¡Si mientes más que hablas! —Y luego, después de llamar disimuladamente la atención de la reportera—: ¡Pregúntale si Beatrice y Julie también vienen!

El silencio de Beau me tiene unos segundos en ascuas.

—¿Te refieres a Beatrice Arthur y a Julie Hagerty? —pregunta Beau sin ocultar su enfado.

—¡No...! —me reprimo—. ¡Me refiero a Julie Delpy y a Beatrice Dalle! Lo que hay que aguantar. Anda, haz lo que te he dicho. —¿Beatrice Dalle no estaba con Ridley Scottrodan...?

—Esta historia de las motas me ha matado. ¿Y sabes por qué? —pregunto a la reportera.

—¿Porque había... muchas?

—No, querida. Porque soy un perfeccionista. Por eso. Escríbelo, escríbelo. Te espero, no te preocupes. —De repente echo a correr hacia el bar que tiene los paneles moteados bajo la barra y toda la comitiva echa a correr tras de mí—. ¡Motas! —gimo—. ¡Santo Dios! ¡Auxilio! ¿Por qué os comportáis todos como si sólo se tratara de decidir si las motas existen o son un espejismo? A mí me parece evidente que existen...

—La realidad es un espejismo —interviene Jotadé, conciliador—. La realidad es un espejismo.

Nadie vuelve a abrir la boca hasta que alguien me pasa un cenicero, en el que apago el cigarrillo que acabo de encender.

—Lo que hay que aguantar —digo, mirando a la reportera—. Pues sí que

empezamos bien, ¿verdad?

La reportera demuestra su indiferencia con un gesto, se desentumece los hombros y vuelve a garabatear algo.

—No podríamos estar más de acuerdo —comento en voz baja.

—Ay, antes de que se me olvide —dice Jotadé—, Jann Wenner no puede venir, pero dice que, de todas maneras, nos enviará... —consulta su bloc de notas— un talón.

—¿Un talón? ¿Qué talón? ¿Para qué?

—Pues no sé... —Consulta el bloc de nuevo—. Un talón.

—Santo Dios. ¿Beau? ¡Beau! —grito.

—Yo creo que la gente se extraña de que no tengamos una... ¿Cómo se llama esto? —dice Peyton. Y, tras mucho chasquear los dedos, continúa—: Ah sí, una causa.

—¿Una causa? —protesto—. Santo Dios, ya me imagino la clase de causa que os gustaría. Una beca para Keanu. Una pluma para Marky Mark. Un pasaje a la selva para Linda Evangelista para así poder abalanzarnos a gusto sobre Kyle MacLachlan. No, gracias.

—Oye, ¿seguro que no deberíamos tener una causa? —dice Jotadé—. Algo así como el calentamiento global o el Amazonas... Algo, no sé, lo que sea.

—Passé, passé, passé. —Me paro en seco—. Un momento, ¡Beau! ¿Suzanne DePasse viene?

—¿Y el sida?

—Peor aún.

—¿Y el cáncer de mama?

—Huy, sí, qué total, qué moderrrno... —Ahogo un grito y me conformo con darle un cachetito—. Anda, piensa un poco. ¿A quién iba a beneficiar esa causa? ¿A David Barton? Porque, que yo sepa, en esta ciudad no quedan más tetas que las suyas.

—Me has entendido de sobras —insiste Jotadé—. Nos falta un eslogan. Algo así como «No nos toquéis los bosques» o yo qué sé.

—Eso digo yo. No me toques más los bosques. —Considero su propuesta—. Una causa, ¿eh? ¿Para qué? —Enciendo distraídamente otro cigarrillo—. ¿Para ganar más dinero?

—Y para que la gente se divierta —me recuerda Jotadé mientras se rasca el forzudo en miniatura que lleva tatuado en un bíceps.

—Claro, claro. Para que la gente se divierta. —Una calada—. Pues mira, me lo voy a pensar. Faltan... Huy, menos de veinticuatro horas para la inauguración, pero da lo mismo: me lo voy a pensar.

—¿Sabes qué se me acaba de ocurrir? —dice Peyton con aire pícaro—. Ya sé que es ser muy malote, pero me dan ganas de... No te asustes, ¿eh?

—Mientras no me digas con quién te acostaste la semana pasada...

Peyton abre los ojos como platos, da una palmada y suelta:

—«Nuestras amigas, las motas». —Que, después de un gesto de desesperación por mi parte, se queda sólo en—: Bueno, pues... «salvemos las motas».

—¿Salvemos las motas? —repite anonadado Jotadé.

—Exacto «Salvemos las motas» —insiste Peyton—. Damien quiere techno, ¿no? Pues ya me diréis si hay algo más techno que las motas.

—Todos queremos techno —le explica resignado Jotadé—, pero un techno sin motas.

El cámara saca un primerísimo plano de las motas. Se produce un largo silencio interrumpido sólo por un comentario suyo acompañado de un bostezo:

—Perfecto.

—A ver, a ver. A ver —digo con los brazos en alto—. ¿Sería mucho pedir que inauguráramos el local sin perder la compostura? —Avanzo unos pasos hacia las escaleras—. Porque empiezo a tener la sensación de que es pedir un imposible ¿Capito?

—Victor, por lo que más quieras —dice Bongo mientras me alejo.

—Espera, espera... —Kenny Kenny me sigue con una bolsa llena de picatostes.

—No sé, lo veo todo tan... tan... tan ochenta y nueve —me lamento.

—Gran año —Peyton intenta pillar la onda—. ¡Qué digo grande! ¡Glorioso!

Me paro, cuento hasta tres y luego doy media vuelta hacia él despacito. Peyton está temblando de emoción.

—Peyton, reconócelo. Hoy te has pasado de la raya, ¿no? —le pregunto sin perder la calma.

Peyton asiente avergonzado, como si le acabara de arrancar una confesión, y luego aparta la vista.

—La vida te ha tratado muy mal, ¿verdad? —digo en tono lastimero.

—Victor, por el amor de Dios —interviene Jotadé—, Peyton lo decía en broma. No queremos salvar las motas. Tienes toda la razón. No se lo merecen. Que las parta un rayo, oye.

Mientras se enciende un porro descomunal, el cámara va filmando la vista a través de las cristaleras. Plano del parque de Union Square con los árboles sin hojas, plano de un camión en marcha con un logo enorme de Snapple, plano de las limusinas que hay aparcadas en la calle. Bajamos otro tramo de escaleras en dirección al último piso.

—A ver, por favor, algún buen samaritano que quite esas motas. Bongo, tú vuélvete a la cocina, anda. Y no te preocupes, que para ti habrá un premio de consolación. Peyton, que le den a Kenny Kenny dos escurridores y una hermosa espátula. —Los despido con un gesto de la mano y una mirada asesina. Dejamos a

Kenny Kenny al borde de las lágrimas, acariciándose con una mano temblorosa el Casper que lleva tatuado en un bíceps—. *Ciao*.

—A ver, Victor ¿Qué esperanza de vida tiene un local nocturno hoy en día? ¿Cuatro semanas? Hijo, si habremos cenado y la gente aún no se habrá percatado de que había motas...

—Si vas a ponerte en ese plan, ahí tienes la puerta.

—Seamos realistas, anda —insiste Jotadé—. O por lo menos finjamos que lo somos. Que ya no estamos en el ochenta y siete, por el amor de Dios.

—Mira, hoy no estoy de humor para realismos. Desde luego, lo que hay que aguantar.....

Al pasar junto a una de las mesas de billar, envío de un manotazo la bola número ocho a la tronera de la esquina. La comitiva sigue bajando escaleras. Hemos llegado a la planta baja y hay poca luz. Peyton me presenta al negrazo con gafas aerodinámicas que está en la entrada comiendo sushi de un recipiente de cartón.

—Victor, éste es Abdullah, pero nosotros le llamaremos Rocko. Va a llevar todo el tema de la seguridad. Salía en aquel vídeo de los TLC que dirigió Matthew Ralston Mmm... Qué pinta tiene ese toro.

—También me llaman Gran Maestro B.

—También le llaman Gran Maestro B —repite Jotadé.

—Ya nos presentaron la semana pasada en South Beach —me dice Abdullah.

—Qué bien. Lástima que la semana pasada no estuviera en South Beach. Y eso que por allí me conocen bastante. —Mirada rápida a la reportera—. Apunta, apunta.

—Ya lo creo que estuviste —dice Rocko—. En el vestíbulo del Flying Dolphin, haciéndote fotos. Rodeado de almejas.

Pero Rocko ya ha pasado a la historia. Ahora sólo veo los tres detectores de metales que ocupan el vestíbulo, iluminados débilmente por una enorme araña blanca que cuelga del techo.

—Esto... ya sabías que los iban a poner, ¿verdad? —pregunta Jotadé. Y, tras una pausa sumisa, añade—: Es que Damien... insistió.

—¿Insistió en qué?

—Pues... —Peyton extiende los brazos como si los detectores fueran premios—. En esto.

—Hombre, pues ya de paso ¿por qué no nos traemos un mostrador de aduana, dos azafatas y un DC-10? ¡Se puede saber qué coño hace todo esto aquí!

—Medidas de seguridad —explica Abdullah.

—¿Seguridad? Pues, mira, ya puestos, podrías pasarte la noche cacheando a los famosos. ¡Habrás visto! ¡Ni que fuéramos a invitar a una pandilla de delincuentes!

—Tenemos confirmados a Mickey Rourke y a Johnny Depp para la cena —me anuncia Peyton al oído.

—Si quieres que cacheemos a los invitados... —dice Rocko.

—¿Cómo? ¿Que si quiero que cachees a Donna Karan? ¿Que si quiero que cachees a Marky Mark? ¿Que si quiero que cachees a Diana de Furstenberg? ¡Santo Dios! —grito—. ¡Pero esto qué es!

—No, no nos has entendido —me ilustra Peyton—. Hemos instalado detectores de metales precisamente para no tener que cachear a Diana de Furstenberg ni a Marky Mark.

—Chuck Pfeiffer lleva un placa de metal en el cráneo ¡Y Princess Cuddles una barra de acero en la pierna! —aúllo.

Jotadé se encarga de poner en antecedentes a la reportera:

—Una caída esquiando en Gstaad. Y no me preguntes cómo se escribe, porque no tengo ni idea.

—A ver, ¿qué pasará cuando Princess Cuddles pase por debajo de uno de estos trastos, se dispare la alarma y empiecen a parpadear todas las lucecitas? Santo Dios, ¡le va a dar un infarto! ¿En serio os apetece verla en plena crisis cardíaca?

—Nada, hombre. Ahora mismo anotamos en la lista de invitados que Chuck Pfeiffer lleva una placa de metal en el cráneo y Princess Cuddles una barra de acero en la pierna —dice Peyton mientras lo apunta distraídamente en su bloc.

—Mira, Abdullah, yo lo único que quiero es que no se nos cuele ninguna persona non grata. Y por persona non grata entiendo cualquiera que reparta invitaciones para otros locales. Por persona non grata entiendo cualquier desarrapado que se acerque a Barry Diller en plena cena con una invitación para el Spermbar. ¿Está claro? No quiero ver a nadie repartiendo invitaciones para otros locales.

—¿Qué otros locales? —protestan Peyton y Jotadé—. En esta ciudad no hay más local que éste.

—No, si... Lo que hay que oír —protesto a mi vez mientras recorro la planta baja—. Santo Dios. ¿A vosotros os parece que esos trastos están hechos a la medida de Christian Laetner? —La iluminación se hace aún más escasa a medida que nos adentramos en el local camino de la escalera que lleva a una de las pistas de baile instaladas en el sótano.

Beau me llama desde el último piso.

—¡Alison Poole por la catorce! ¡Dice que quiere hablar contigo ahora mismo!

La reportera toma nota mientras los demás desvían la mirada. El cámara le dice algo en voz baja y ella asiente sin dejar de escribir. A lo lejos se oye un viejo tema de los C + C Music Factory.

—¡Dile que he salido! ¡Que estoy hablando por la siete!

—Dice que es urgéente... —salmodia.

Cuento hasta tres y estudio las reacciones de los demás. Las miradas se dirigen a todas partes menos a mí. Peyton susurra algo al oído de Jotadé y éste asiente

brevemente.

—Cuidadito con lo que dices —le advierto.

Sigo el objetivo de la cámara hasta la hilera de apliques que está filmando y espero noticias de Beau, que por fin se asoma a la barandilla del último piso y dice:

—¡Milagro! Ha colado. Dice que te espera a las seis.

—Bueno. —Me vuelvo de repente hacia la comitiva—. Que los letrados se acerquen al estrado. Bongo, tú ya puedes irte. Y no comentes tu testimonio con nadie. Andando, venga. Jotadé, tú ven para acá. Tengo que contarte un secretito. El resto id donde esa barra a ver si encontráis más motas. Cámara, enfoca otra cosa, haz el favor. Tiempo, ¿vale?

Tiro de Jotadé y a él le falta tiempo para ponerse a farfullar excusas.

—Oye, si es porque Mica no está y no hay manera de encontrarla, aún es pronto para alterarse. Ya encontraremos otro DJ.

—Calla. Mica no tiene nada que ver. —Pausa—. ¿Qué dices que pasa con Mica?

—Ay, hijo, no sé. El martes estuvo pinchando en Jackie 60, luego en la fiesta de cumpleaños de Edward Furlong, y ahora, de repente, puf.

—¿Cómo que puf? ¿Qué significa «puf»?

—Pues que ha desaparecido. No hay manera de dar con ella.

—Mierda, coño, ¿y ahora qué...? No, mira, ya te las apañarás —le digo—. Lo que yo quería preguntarte es otra cosa.

—Si Kenny Kenny nos va a meter un pleito.

—No.

—Si ya están adjudicadas las sillas de la cena.

—No.

—Quién es el mago ese tan cachas del sótano.

—¡Jotadé, por el amor de Dios! —Y luego, en voz baja—: Se trata de una cuestión... personal. Necesito consejo.

—Ay, por lo que más quieras, no me metas en nada desagradable —suplica—. Me ponen malo las cosas desagradables.

—Escucha un momento. —Mirada rápida a la reportera y los demás. Todos apoyados en la barra—. ¿Has oído hablar de cierta... foto?

—¿Una foto? ¿De quién? —exclama.

—Chisst... ¡No grites! Santo Dios... —Miro alrededor—. No sé por qué me fío de un tío que dice que los Erasare son un buen grupo, pero en fin.

—Oye, que no lo digo yo solo, que lo...

—En este momento —lo interrumpo— alguien tiene en su poder una foto, digamos comprometedor, en la que aparecemos un servidor y cierta... ejem... señorita. Y quiero que averigües si ese alguien tiene intención de hacerla llegar en un futuro inmediato, puede que incluso mañana mismo, a uno de los rotativos menos

respetables y sin embargo más leídos de la ciudad, o si se ha obrado el milagro y resulta que no.

—Supongo que aún se puede ser menos concreto, pero vaya, uno ya está acostumbrado a todo —dice Jotadé—. Espera veinte segundos a ver si descifro lo que me has dicho y luego te cuento.

—No dispongo de veinte segundos.

—Supongo... No. Espero que la señorita en cuestión sea Chloe Byrnes, o sea, tu novia.

—He cambiado de opinión. Que sean treinta.

—Oye, ¿no estaremos por casualidad ante una situación «*That's me in the corner/that's me in the spotlight moment*»^[2]?

—Vale, vale, te explico. Es una foto comprometedor de cierto chico de moda con una chica que... No es que en la foto se vea nada del otro mundo, lo que pasa es que... En fin, que la semana pasada ella lo abordó a él en una presentación en Central Park y alguien, sin que ellos se dieran cuenta, inmortalizó el momento. Siendo como soy parte interesada, podría parecer... raro... que... Bueno, que tengo la impresión de que, si yo mismo preguntara, podría dar lugar a... ejem... a algún malentendido. ¿Es necesario que siga?

Beau se asoma.

—¡Chloe te espera a las nueve y media en el Doppelganger! —berrea.

—¿Qué se hizo del Flowers... digo del Metro CC a las once y media? —grito en respuesta—. ¿Qué se hizo del Café Tabac a las diez?

Pausa más bien larga.

—¡Ahora dice que a las nueve en el Bowery Bar! ¡Y punto! —Luego, silencio.

—A ver, ¿qué indignidad me vas a pedir que cometa? —dice Jotadé, y, tras una pausa, añade—: Victor, si esa foto... llegara a publicarse... ¿no acabaría por casualidad con la relación de ese cierto chico con cierta joven modelo llamada Chloe Byrnes y con el imprevisible propietario de... pongamos por ejemplo «este» local, o sea, el señor Damien Nutchs Ross?

—Eso es lo de menos. —Me acerco más a Jotadé y él, sorprendido, me guiña un ojo y parpadea hasta que le paro los pies—: No te hagas ilusiones. —Suspiro profundamente—. La cuestión es que la foto existe y que algún capullo la va a publicar en la columna de sociedad. Y, si nos asusta la idea de ver a Princess Cuddles padeciendo un ataque de corazón, te aseguro que no es nada comparada con esto. —Sigo lanzando miradas a la barra hasta que, por fin, anuncio en voz alta—: Tenemos que bajar un momento a hablar con el mago. Enseguida volvemos.

—Oye, ¿y qué pasa con Matthew Broderick? —pregunta Peyton—. ¿Qué pasa con las ensaladas?

—¡Que se coma dos! —grito mientras arrastro a Jotadé hacia el sótano por un

tramo de escaleras especialmente empinado. Hay tan poca luz que los dos vamos con pies de plomo.

Jotadé sigue farfullando excusas.

—Victor, tú ya sabes que me tienes a tu disposición para lo que haga falta. Que no hay estrella que se me «resista». Que he ayudado a llenar esta fiesta de famosos con mayúsculas. En fin, que por ti haría cualquier cosa. Pero lo que me pides es imposible. No pue...

—Jotadé, mañana tengo una sesión de fotos, un pase, una entrevista con los House Of Style para la MTV, almuerzo con mi padre y ensayo con el grupo. Y no necesariamente en ese orden. Hasta tengo que pasar a recoger el esmoquin de marras. En otras palabras, estoy con el agua al cuello. Y además, hay que inaugurar esta pocilga. No-tengo-tiempo.

—Veré qué se puede hacer; como siempre. —Jotadé sigue bajando escalones prácticamente a tientas—. En cuanto al mago...

—A la mierda el mago ¿Y si contratamos un par de payasos con zancos y pedimos que nos traigan un elefante o dos?

—Hace trucos de naipes y acaba de actuar en Los Ángeles, en la fiesta que dio Brad Pitt en Jones para celebrar su cumpleaños.

—¿Ah, sí? —pregunto con cierto recelo—. ¿Y quién fue a esa fiesta?

—Ed Limato, Mike Ovitz, Julia Ormond, Madonna, muchas modelos. Además de un montón de abogados y de gente enrollada.

El frío se intensifica a medida que nos acercamos al último tramo de escaleras.

—Lo que quiero decir —continúa Jotadé— es que, dentro de lo que cabe, está bastante in.

—Lo in está out —le explico mientras entorno los ojos para ver dónde estamos. Hace tanto frío que el aliento forma nubes, y la barandilla me parece hecha de hielo.

—¿Perdón?

—Lo out está in ¿Captas?

—¿Lo in ya no está... in? —pregunta—. ¿Es eso?

Me vuelvo un momento hacia él mientras bajamos el siguiente tramo de escaleras.

—No. Lo in está out y lo out está in. Más fácil imposible, ¿no?

Jotadé parpadea dos veces sin dejar de tiritar. Nos adentramos aún más en la oscuridad.

—Lo out está in. ¿Lo entiendes? —insisto.

—Victor, hijo, bastante tengo ya con lo que me ha caído —dice Jotadé—. No me amargues el día.

—Pero si no tiene más secreto. Lo out está in. Lo in está out.

—A ver un momento. Lo in está out. Es eso, ¿no?

En el sótano hace tanto frío que las velas se apagan cuando pasamos cerca de

ellas y en los monitores de televisión sólo se ven interferencias. Al pie de las escaleras, junto a la barra del bar, un mago que parece un Antonio Banderas joven en versión alemana, con el pelo cortado a la última, baraja distraídamente un mazo de cartas. Hombros caídos, porro discreto, Coca-Cola Light, vaqueros rotos y minicamiseta, o sea, look básico, pero no demasiado desaliñado. A su espalda, varias hileras de copas de champán vacías reflejan la poca luz que llega hasta aquí.

—Ajá. Y lo out está in.

—Pero ¿qué está in exactamente? —pregunta Jotadé con una nube de vaho pegada a los labios.

—Pues lo que está out.

—O sea, que lo in no está in.

—Premio para el caballero. —Hace tanto frío que se me estremecen los bíceps.

—¿Y qué está out? ¿Todo lo que está out está in? ¿O depende?

—Si necesitas que te lo explique —le digo en voz baja—, igual es que te has equivocado de ambiente.

El mago nos recibe con algo que parece querer ser el signo de la paz.

—¿Es verdad que actuaste en la fiesta de Brad Pitt? —le pregunto.

El mago toma una baraja de cartas, el taburete donde está sentado, uno de mis zapatos y una botella grande de Absolut Carrant, los hace desaparecer uno por uno, y luego dice:

—Abracadabra.

—¿Es verdad que actuaste en la fiesta de Brad Pitt... —suspiro— ...o no?

Jotadé me da un codazo disimuladamente y señala hacia arriba. Hay una esvástica roja descomunal pintada en el techo abovedado.

—Tendremos que ocuparnos de eso, ¿no?

32

Avanzo en zigzag hacia la sucursal del Chemical Bank que hay cerca del Gap nuevo. Es miércoles, pero en la calle parece más bien lunes. La ciudad tiene un aspecto vagamente irreal: hay un cielo como de octubre del setenta y tres o algo así. Ahora mismo, a las cinco y media, Manhattan es el colmo del ruido: martillos neumáticos, cláxones, sirenas, cristales rotos, camiones de reciclado, silbatos, el

retumbo que sale del nuevo Ice Cube y toda clase de ruidos desagradables que me persiguen mientras me dirijo al banco a bordo de mi Vespa y me sumo a la cola de los que esperan frente al cajero automático; la mayoría orientales que me miran y se apartan, dos de ellos incluso se inclinan para intercambiar comentarios al oído.

—¿Y esa moto? —me pregunta un imbécil.

—¿Y esos pantalones? —lo imito—. Oye, mira, la moto no tiene tarjeta, no te va a quitar nada. Tómalo con calma, ¿eh? Santo Dios...

Según parece, sólo uno de cada diez cajeros tiene dinero, de modo que, mientras espero, me veo obligado a contemplar mi imagen reflejada en los paneles de acero que recubren los pilares donde están empotradas las máquinas: pómulos altos, cutis ebúrneo, cabello negro azabache, ojos semiasiáticos, nariz perfecta, labios hipercarnosos, mandíbula bien definida, vaqueros con rodilleras deshilachadas, camisa de solapones con camiseta debajo, chaleco rojo, chaqueta de terciopelo, pose indolente y patines en línea al hombro. De repente caigo en que se me ha olvidado dónde he quedado con Chloe esta noche y justo en éstas suena el busca. Es Beau. Abro el Panasonic EBH70 y lo llamo enseguida al local.

—No me digas que a Bongo le ha dado un ataque.

—No, te llamaba por lo de las confirmaciones. El que ha tenido un ataque es Damien. Me acaba de llamar hecho un basilisco...

—¿Le has dicho dónde estoy?

—¿Cómo quieres que se lo haya dicho si no lo sé? —Pausa—. ¿Dónde estás? Damien ha llamado desde un helicóptero Bueno, desde la pista. Acababa de bajar del aparato.

—Beau, ni yo mismo sé dónde estoy ¿Te parece suficiente respuesta? —La cola avanza a paso de tortuga—. ¿Está aquí, en la dudad?

—No. Ya te he dicho que ha llamado desde un helicóptero. Des-de-un-he-li-cóp-te-ro.

—¿Y dónde estaba ese he-li-cóp-te-ro?

—Damien cree que la cosa se está yendo al carajo. Todavía hay cuarenta invitados por confirmar, con lo cual la distribución que habíamos pensado para la cena se nos puede quedar en nada.

—Beau, querido, eso depende de cómo definas la nada.

Pausa larga.

—Y no me salgas con que significa un montón de cosas, si puede ser. A ver, te leo las oes para que te hagas una idea: Tatum O’Neal, Chris O’Donnell, Sinead O’Connor y Conan O’Brien. Los cuatro han dicho que sí. En cambio, no sabemos nada de Todd Oldham, excepto que por lo visto el pobre anda desquiciado por culpa de un tarado que lo persigue; ni de Carrie Otis, ni de Oribe...

—Tranquilo —le digo en voz baja—. Eso es porque todos tienen pases. Mañana

hablo con Todd en el desfile. Pero, oye, ¿qué es eso de que Conan O'Brien sí viene pero Todd Oldham y Carrie Otis puede que no? Imposible, querido. Oye, mira, estoy en un cajero automático con la Vespa y ahora mismo no puedo hablar (Eh, tú, ¿qué miras?). Pero acuérdate de que a Chris O'Donnell no lo quiero en mi mesa. Chloe lo encuentra monísimo y mañana por la noche no voy a estar de humor para hostias.

—De acuerdo. Fuera Chris O'Donnell. Entendido. Oye, Víctor, mañana a primera hora sin falta tenemos que repasar las listas largas: las emes y las eses.

—Beau, todo saldrá bien. No seas llorica. Te noto preocupado. Ya me toca: oye, cuelgo...

—¡Espera, espera! Rande Gerber está en la ciudad y...

—Ponle en la ge, pero que no venga a cenar. A no ser que venga con Cindy Crawford. En ese caso, le invitas a cenar y ya sabes en qué letra apuntarlo.

—Víctor, ¿tú tienes idea de lo que es entenderse con el publicista de Cindy? ¿Tú sabes lo que es intentar sacar algo en claro del publicista de Antonio Sabato Jr...?

Cuelgo. Introduzco la tarjeta, tecleo el código secreto (COMOMOLO) y, mientras espero, sigo dando vueltas a la distribución de los invitados de las mesas uno y tres. De repente unas letras verdes en la pantalla negra me informan de que la cuenta está en número rojos (saldo negativo de 143 dólares) y que, por lo tanto, no se puede efectuar ningún reembolso en efectivo. Cuando pienso que me cepillé el último dinero que me quedaba comprándome un frigorífico con la puerta transparente porque *Elle Decor* venía a hacer un reportaje sobre mi casa que al final no se publicó... Propino un manotazo a la máquina, mascullo «Lo que hay que aguantar» y, como sé que no serviría de nada intentarlo de nuevo, me registro los bolsillos en busca de un Xanax, hasta que alguien me aparta de un empujón y salgo del banco con la moto a rastras y la moral por los suelos.

Me paro en el semáforo de Barneys, en plena Madison, y Bill Cunningham me saca una foto.

—¿Es una Vespa? —grita. Yo levanto el pulgar en señal de asentimiento y en éstas me doy cuenta de que tiene al lado a Holly, una rubia explosiva clavadita a Patsy Kensit, que la semana pasada, mientras fumábamos heroína juntos, me contó que igual era lesbiana, lo que en ciertos círculos se consideraría una buena noticia. Holly me indica por señas que me acerque. Lleva minishorts de terciopelo, botas de plataforma a rayas blancas y rojas, y un colgante de plata en forma de símbolo de la paz. En la portada del *Mademoiselle* de este mes sale superdelgada y, después de todo un día pasando en Bryant Park, se la ve acelerada pero en plan bien.

—Hey, Víctor... —Ya he subido la Vespa a la acera, pero ella sigue haciéndome señas.

—Hey, Holly...

—Me llamo Anjanette, Víctor.

—Ah, Anjanette. ¿Qué tal? Oye, vas de un Uma total. Me encanta el modelito.

—Entre retro y chalado, ¿no? Hoy he hecho seis pases. Estoy muerta —comenta mientras firma un autógrafo—. Por cierto, te he visto en el pase de Calvin Klein, animando a Chloe. Eres un sol.

—Imposible. No he estado ahí. Pero eso no quita que tú vayas de un Uma total.

—Pero Victor, pues claro que has ido. ¡Si te he visto sentado en la segunda fila, con Stephen Dorff, David Salle y Roy Liebenthal! Y luego te he visto posando para una foto en la calle Cuarenta y Dos, y subiéndote a un coche negro que daba miedo sólo de verlo.

Cuento hasta tres, tiempo suficiente para procesar esa información, y luego digo:

—¿En la segunda fila? Tú alucinas, cariño. Ya veo que aún no te has puesto las pilas. ¿Vendrás mañana por la noche?

—Con Jason Priestley.

—¿Y por qué no vienes conmigo? ¿Soy el único que cree que Jason Priestley parece una oruga enana?

—Victor, no seas malo —protesta—. ¿Qué diría Chloe?

—Ella también opina que Jason Priestley parece una oruga enana —musito pensativo—. ¡En la segunda fila! No te jode...

—No me has entendido —dice Anjanette—. Quería decir qué diría Chloe si...

—Lo que hay que aguantar. En fin. Pero que conste que estás estupenda. —Pongo en marcha la Vespa—. *Take your passion and make it happen*^[3].

—Bueno, ya he oído decir que has sido muy travieso, así que ya no me extraña nada —dice amenazándome desganadamente con un dedo, gesto que Scooter, un guardaespaldas clavado al Marcellus de *Pulp Fiction*, interpreta como un «acércate».

—¿Por qué «travieso»? —pregunto—. ¿Qué te han contado?

Scooter le habla en voz baja y señalándole el reloj. Anjanette enciende un cigarrillo.

—Siempre hay un coche esperando. Siempre hay una sesión de fotos con Steven Meisel. Cielos, Victor. ¿Cómo es posible? ¿Cómo logramos sobrevivir en medio de esta locura? —Un flamante sedán negro avanza en dirección a ella. Scooter le abre la puerta.

—Nos vemos, encanto. —Le regalo el tulipán que llevo por casualidad en la mano y bajo la Vespa de la acera.

—¡Victor! —grita Anjanette mientras deja el tulipán en poder de Scooter—. ¡Me han dado el trabajo! ¡Ya he firmado el contrato!

—Qué bien. Bueno, tengo prisa. Oye, ¿de qué trabajo me hablas?

—¿Guess?^[4]

—¿Matsuda? ¿The Gap? —Trato de sonreír intimidado por los cláxones de las limusinas que esperan detrás de mí—. Oye, nos vemos mañana por la noche.

—¡No! ¡Guess?!

—Ya lo he intentado, cielo. No me apetece devanarme los sesos.

—¡Guess?! —insiste mientras me alejo.

—¡Estás estupenda! —grito yo—. ¡Lláname! ¡Deja un mensaje! ¡A casa, no, al local! Venga.

—¡Guess?! —grita.

—Nena, estás fantástica —le digo ya casi con los auriculares puestos y en plena calle Sesenta y uno—. ¡No va a haber quien te pare! —grito, y le digo adiós con la mano—. El domingo, después de los pases, nos tomamos unas copas en el Monkey Bar —propongo al aire mientras pongo rumbo a casa de Alison. Al pasar por el quiosco que hay al lado del nuevo Gap, veo que sigo en la portada del último número de *YouthQuake*, bastante guapo, por cierto. El titular 27 Y EN BOGA escrito en negrita de color lila subraya mi cara sonriente e inexpresiva. Me muero por comprar otro ejemplar, pero a ver con qué, si no me queda un céntimo.

31

Desde la esquina de la calle Setenta y dos con Madison llamo al portero de Alison, que ya ha comprobado que el jeep negro de los matones de Damien no está aparcado en la puerta. Al llegar a la calle Ochenta con Park desmonto y entro con la Vespa en el vestíbulo, donde encuentro a Juan —un chico de unos veinticuatro años bastante potable— vestido con su uniforme de trabajo. Lo saludo con el signo de la paz, arrastro la Vespa hacia el ascensor y veo que abandona el mostrador y me sigue.

—Oye, Victor, ¿ya has hablado con Joel Wilkenfeld? —me pregunta pisándome los talones—. Es que la semana pasada me prometiste que hablarías con él y...

—Eh, tranquilo, tranquilo, déjalo en mis manos... —digo mientras introduzco la llave en la cerradura que abre el ascensor y pulso el botón del último piso.

Juan pulsa otro botón para evitar que la puerta se cierre.

—Tío, dijiste que me llamaría y que me arreglaría lo de la entrevista con...

—Estoy en ello, tío. Déjalo en mis manos —insisto mientras vuelvo a pulsar el botón del último piso—. Vas a ser el próximo Markus Schenkenberg. El Tyson blanco. —Extiendo la mano para retirar la suya del panel.

—Soy hispano —comenta sin soltar el botón.

—Entonces vas a ser el próximo Markus Schenkenberg hispano. El este... el Tyson hispano. —Vuelvo a apartarle la mano—. El día menos pensado te verás convertido en una estrella.

—Oye, si lo vas a hacer por compromiso...

—Lo que hay que oír. —Sonríó—. La palabra «compromiso» no forma parte del vocabulario de este caballero —respondo, señalándome a mí mismo.

—Venga, pues —se despide Juan antes de soltar el botón y levantar un pulgar tembloroso a modo de saludo—. Lo dejo en tus manos.

El ascensor me transporta hasta el último piso y me deja en el ático de Alison. Echo un vistazo al pasillo y aguzo el oído para comprobar si andan por ahí los perros y, como no dan señales de vida, saco la Vespa del ascensor sin hacer ruido y la dejo apoyada contra la pared del recibidor, justo al lado de un sofá-cama de Vivienne Tam.

Luego avanzo de puntillas en dirección a la cocina hasta que llega a mis oídos la respiración ronca de los chow-chows, que, según parece, ya me habían visto y se habían apostado en el otro extremo del corredor, gruñendo tan bajo que no había reparado en ellos hasta ahora. Me vuelvo hacia ellos y les obsequio un esbozo de sonrisa.

Sin darme apenas tiempo de exclamar «¡Mierda!», los dos echan a correr a la vez en dirección a su objetivo: yo.

Los dos chow-chows —uno de color chocolate y otro de color canela— se abalanzan sobre mí con la dentadura al descubierto, me muerden las rodillas, me arañan las pantorillas y ladran como posesos.

—¡Alison! ¡Alison! —grito, e intento desesperadamente librarme de ellos.

Al oír el nombre de su ama, los dos perros dejan de ladrar y echan un vistazo al pasillo para ver si acude a mis gritos. Al cabo de unos segundos, y dado que no aparece, dan por finalizada la tregua —durante la cual hemos permanecido inmóviles los tres, el chucho rojo erguido sobre las patas traseras y con las delanteras apoyadas en mi entrepierna, y el negro con las cuatro patas en el suelo y una bota Gucci en la boca— y vuelven inmediatamente a la carga, gruñendo y haciendo lo de siempre: jorobar.

—¡Alison! —grito—. ¡Santo Dios!

Calculo la distancia que me separa de la cocina y decido que una carrera puede ser la solución, pero, apenas echo a correr, los dos chuchos hacen lo propio, desgastándose y dándome mordiscos en los tobillos.

A pesar de todo consigo llegar a la cocina y encerrarme en ella de un portazo. Oigo a los dos perros deslizarse por el suelo de mármol hasta arrear sendos porrazos contra la puerta, y luego los oigo rebotar, tomar impulso y atacar de nuevo. Turbado por semejante experiencia, abro un Snapple, vacío media botella de un solo trago, enciendo un cigarrillo y compruebo si los mordiscos han atravesado la tela del

pantalón. En éstas oigo que Alison da unas palmadas y la veo entrar en la cocina completamente desnuda salvo por la bata de la gira de los Aerosmith que lleva puesta sin abrochar. Sostiene un teléfono móvil entre la cabeza y el hombro y un porro sin encender en la boca.

—¡Señor Chow! ¡Señora Chow! ¡Quietos! ¡Quietos he dicho! ¡Dios...!

Alison arroja los perros al interior de la despensa, les lanza un puñado de galletas de colores que llevaba en el bolsillo y los encierra de un portazo. Compruebo con alivio que a través de la puerta apenas si se les oye disputarse el botín.

—Sí, ajá, sí, Malcolm McLaren... Sí, no, Frederic Fekkai. Sí. Todos tenemos resaca, cielo. Todos. —Hace una mueca—. ¿Andrew Shue y Leonardo DiCaprio...? ¿Qué...? Ah no, eso sí que no. —Me guiña un ojo—. No estás en ninguna mesa de Mortimer's al lado de la ventana ¡Despabila! ¡Dios...! *Ciao, ciao*. —Alison desconecta el móvil y deposita el porro sobre el mostrador de la cocina—. Conferencia a tres con doctor Dre, Yasmine Bleeth y Jared Leto —me explica.

—Alison, esos chuchos han intentado matarme —me quejo.

Ella da un salto y me atenaza la cintura con las piernas.

—Cariño, el señor Chow y la señora Chow no son chuchos. —Y me sella la boca con la suya mientras avanzo torpemente hacia el dormitorio con ella a cuestas. Una vez allí se deja caer de rodillas, me desabrocha los vaqueros de un tirón y, sin más preámbulos, se dispone a ejecutar una felación como si no se hubiera dedicado a otra cosa en toda su vida, sospecha que se ve confirmada por la técnica tristemente depurada de su garganta profunda. La obligo a dejar libre una mano para que no me apriete tanto las nalgas, echo la última calada al cigarrillo que aún tengo encendido, busco algún lugar donde apagarlo, agarro una botella medio vacía de Snapple, me deshago de la colilla del Marlboro y oigo que se apaga con un silbido.

—Más despacio —susurro—. Vas demasiado deprisa.

Alison se quita la polla de la boca, levanta la vista hacia mí, y me dice con una voz grave y pretendidamente sexy:

—Estoy especializada en urgencias.

De pronto se levanta, se quita la bata, se echa sobre la cama con las piernas abiertas y me obliga a arrodillarme en un suelo cubierto de ejemplares no consecutivos del *WWDs*. Con la rodilla derecha arrugo una contraportada donde aparecemos Alison, Damien, Chloe y yo en la fiesta de cumpleaños de Naomi Campbell, apretujados en un reservado del Doppelganger, y acto seguido me encuentro mordisqueando el tatuaje minúsculo que decora el interior de un muslo musculoso. Alison se corre —una, dos, tres veces— en cuanto le meto la lengua. Como sé de sobras dónde no va acabar esto, me masturbo un poco hasta casi correrme, pero luego me digo: «Joder, con la cantidad de cosas que aún tengo pendientes», y decido fingir. Desde donde estoy, gimiendo exageradamente con la

cabeza entre sus piernas y moviendo el brazo derecho, puedo darle la impresión de que, efectivamente, aquí abajo está pasando algo. La música que se oye de fondo es de los Duran Duran, pero ni del principio ni del final. Entre los escenarios de nuestras citas se cuentan, hasta ahora, el patio del Remi, la habitación 101 del Paramount y el museo Cooper-Hewitt.

Trepa hasta el colchón y me quedo tumbado como si me faltara el aliento.

—¿Dónde has aprendido a tocar el saxo de esa manera? ¿En Sotheby's? Santo Dios... —La rodeo con un brazo para alcanzar el paquete de cigarrillos.

—Pero bueno... ¿y ya está? —Alison enciende un porro y aspira tan profundamente que carboniza la mitad—. ¿Y tú?

—Yo estoy perfectamente —digo con un bostezo—. Me conformo con que no me saques aquel arnés de cuero. Ni a Chispas, el tapón gigante.

Me levanto, me subo a la vez los vaqueros y los Calvin Klein, me acerco a la ventana y levanto la persiana veneciana. Abajo en Park, entre la Setenta y nueve y la Ochenta, está aparcado un jeep negro. Los dos matones de Damien están leyendo lo que podría ser el último número del *Interview*, con Drew Barrymore en la portada. Uno parece Woody Harrelson en negro y el otro Damon Wayans en blanco.

Alison, que sabe qué estoy mirando, dice desde la cama:

—No te preocupes. He quedado con Grant Hill para tomar una copa en el Mad.61. Me seguirán. Cuando veas que se han ido, sales tú. Me siento en la cama de un salto, enciendo la Nintendo, busco los mandos y me pongo a jugar al *Super Mario Bros*.

—Damien dice que Julia Roberts sí vendrá, y también Sandra Bullock —comenta distraídamente Alison—. Y Laura Leighton, y Halle Berry, y Dalton Kames. —Me pasa el porro después de dar otra calada—. He hablado con Elle Macpherson en el pase de Anna Sui, y me ha dicho que vendrá a la cena. —Está hojeando un ejemplar del *Detour*. En la portada, Robert Downey Jr. con las piernas abiertas y primer plano del paquete—. Ah, y Scott Wolf también estará.

—Chisst... déjame jugar —protesto—. Yoshi se ha comido cuatro monedas de oro y va por la quinta. No me desconcentres.

—Ay, Dios mío, qué tontería —dice Alison con un suspiro—. ¿Desde cuándo tiene el más mínimo interés que un enano gordinflón montado en un dinosaurio salve o no salve a su novia de las garras de un gorila enfadado? Un poco de seriedad, por favor.

—No es su novia; es una princesa. Y no sale ningún gorila —recalco—. Es Lemmy Koopa, el jefe de los malos. No te enteras de nada, para variar.

—Pues ilústrame, anda.

—Lo bueno del *Super Mario* es que es real como la vida misma.

—Te escucho, te escucho —dice, y se mira las uñas—. No sé por qué, pero te

escucho.

—Se trata de matar o morir.

—Ajá.

—Contrarreloj.

—Sí.

—Y, al final, siempre estás solo.

—Ya. —Se levanta—. Bueno, yo creo que has hecho un perfecto resumen de nuestra relación. —Y desaparece en el interior de un vestidor más grande que el dormitorio—. Si los de *Worth* te hubieran pedido una entrevista para preguntarte sobre la colección de juegos Nintendo de Damien, también serías el primero en querer matar a Yoshi.

—Supongo qué tendrías que volver a nacer para entenderlo —digo en voz baja—. ¿No?

—¿Qué haces hoy a la hora de cenar? —me pregunta a gritos desde el vestidor.

—¿Por qué? ¿Damien no está?

—No, se ha ido a Atlantic City. O sea que tenemos toda la noche para nosotros. Porque ya me imagino que Chloe estará très fatiguée después de todo un día de lucir el palmito en las pasarelas.

—Yo no puedo —contesto también a gritos—. Hoy quiero acostarme temprano. Paso de cena. Tengo que pensar en... ¡mierda! en cómo voy a sentar a los invitados.

—Victor... —lloriquea—. Con las ganas que tenía de ir al Nobu esta noche... Me apetece un rollito de tempura de gambitas.

—¿Para qué quieres otro rollito? —me burlo, imitándola—. ¿No tienes bastante contigo misma?

Suena el teléfono y salta el contestador. Tras unos compases de lo último de Portishead, se oye el pitido.

—«¡Hola, Alison! Soy yo, Chloe. —Me temo lo peor—. Gracias por llamar. Tengo que hacer algo para los de Fashion TV en el Royalton, con Amber y Shalom, y luego a las nueve y media he quedado con Victor para cenar en el Bowery Bar. Estoy muerta... Llevo todo el día desfilando. Bueno, ya veo que no estás. Hablamos en otro momento. Ah, otra cosa: te he dejado un pase para el backstage de lo de Todd mañana. Hasta luego». —Fin de la llamada.

El silencio del vestidor se convierte en un reproche que podría degenerar en violencia:

—¿Que decías de los invitados? ¿Que decías de acostarte tem-pra-no?

—*You can't keep me in your penthouse* —canto—. *I'm going back to my plow*^[5].

—¡Vas a cenar con ella! —grita.

—Cielo, no tenía ni idea.

Alison vuelve al dormitorio con un vestido cruzado de Todd Oldham en la mano,

se lo coloca delante para que luzca aún más y espera mi reacción: negro y beige —básico ma non troppo—, escote palabra de honor, aire navajo y acolchado fosforescente.

—Un Todd Oldham —digo al fin.

—Me lo pondré mañana por la noche. —Pausa—. Es auténtico —susurra con voz seductora y ojos deslumbrantes—. A mi lado, tu novia va a parecer un adefesio.

Alison extiende un brazo para arrebatarme la videoconsola de la mano y sustituirla por un vídeo de Green Day. Al compás de la música se acerca al espejo diseñado por Vivienne Tam y, cuando considera que ya se ha mirado bastante, ejecuta un giro sin mucho entusiasmo. Se la ve contenta, pero también muy cansada.

Me repaso las uñas. En este apartamento hace tanto frío que se forma escarcha en las ventanas.

—¿Soy yo, o aquí hace un frío que pela?

Alison se prueba el vestido otra vez, chilla como si se hubiera vuelto loca y echa a correr de nuevo hacia el vestidor.

—¿Decías, cariño?

—¿Sabías que las vitaminas refuerzan las uñas?

—¿Quién te lo ha dicho? —me pregunta a gritos.

—Chloe —confieso mientras me arranco un repelo con los dientes.

—Pobrecilla. ¡Señor! ¡Cómo se puede ser tan mema!

—Acaba de volver de la entrega de los premios MTV. Y justo antes de irse tuvo una crisis nerviosa, con que pórtate bien.

—¡Mejor que mejor! —contesta—. Tengo entendido que ya no se pincha.

—Hay que tener paciencia. Es una persona muy inestable —le explico—. Y no, ya no se pincha.

—Pues no será precisamente gracias a tu gran ayuda.

—Para que lo sepas, la he ayudado y mucho. —Me incorporo dispuesto a prestar más atención a la conversación—. De no ser por mí, ahora mismo podría estar muerta.

—De no ser por ti, cabeza de chorlito, puede que nunca se hubiera buscado la vena.

—De vena nada —puntualizo—. Lo de Chloe nunca ha pasado de la nariz. —Cuento hasta tres mientras me examino de nuevo las uñas—. Pero ahora mismo no le convienen los sobresaltos.

—No me digas. Pues que no le salga ninguna espinilla, que podría intentar suicidarse.

—Ella y cualquiera, no te fastidia. —Me incorporo del todo.

—*No vacancy, no vacancy, no vac...*^[6]

—Te recuerdo que ha inspirado canciones a Prince y a Axl Rose.

—Sí, «Welcome to the Jungle» y «Let's Go Crazy». —Alison sale del vestido envuelta en una toalla negra y me dedica un gesto de desdén—. Sí, ya lo sé, ya lo sé. Chloe nació para ser modelo.

—¿Crees que tus celos me la ponen dura?

—No, para eso ya está mi novio.

—Oye, que yo no quiero tener nada que ver con Damien...

—Dios. Pero qué bruto eres.

—Tu novio es un sinvergüenza de mucho cuidado. Un fanfarrón.

—Mi novio, querido, es quien te ha abierto todas las puertas.

—¡Y una mierda! —protesto—. Este mes salgo en la portada del *YouthQuake*.

—Más a mi favor. —Alison se enternece de repente, se sienta en la cama, a mi lado, y me aprieta la mano—. Victor, te has presentado a las pruebas de *Real World* las tres temporadas, y la MTV te ha rechazado las tres. —Una pausa sincera—. ¿Tú cómo interpretas eso?

—Sí, bueno, pero, si quisiera, ahora mismo podría llamar a Lome Michaels y hablar con él.

Alison me mira fijamente, sonrío y, sin soltarme la mano, dice:

—Pobrecillo. Si supieras lo guapo y lo descontento que te veo ahora mismo.

—El amante ideal —mascullo, resentido.

—Me gusta que pienses así —dice distraídamente.

—¿Me preferirías deforme y al borde del suicidio? —le pregunto—. Santo Dios, Alison, a ver si te aclaras de una puta vez.

—¿Que me aclare yo? —repite, y retira la mano para ponérsela sobre el esternón e ilustrar así su perplejidad—. ¿Que me aclare yo? —Y se echa a reír como una colegiala.

—¿A ti cómo hay que explicarte las cosas? —Me levanto de la cama, enciendo un cigarrillo y me pongo a dar vueltas por la habitación—. Mierda.

—A ver, ¿qué es eso que te tiene tan preocupado?

—¿En serio quieres que te lo cuente?

—No, pero da igual. —En éstas se dirige al armario y saca un coco del interior. Yo hago como si nada.

—Pues que me he quedado sin DJ. Eso es lo que me tiene tan preocupado. —Echo una calada tan bestia que luego tengo que apagar el Marlboro—. Nadie tiene ni puta idea de dónde está.

—¿Que Mica ha desaparecido? —pregunta Alison—. ¿Seguro que no está en la clínica?

—Yo ya no estoy seguro de nada —murmuro.

—No hace falta que me lo jures —dice sin la menor intención de consolarme, antes de dejarse caer en la cama y ponerse a buscar algo—. ¡Eres un mentiroso! —

grita con un repentino cambio de tono—. ¿Por qué no me has dicho que el fin de semana pasado estuviste en South Beach?

—Porque no estuve. Ni en South Beach el fin de semana ni hoy en el pase de Calvin Klein. —Por fin creo que ha llegado el momento—. Alison, tenemos que hablar.

—No lo digas, no lo digas. —Alison deja caer el coco en su regazo y levanta las dos manos. En éstas repara en el porro que había dejado en la mesita y lo toma—. Ya lo sé —dice con una buena dosis de teatro—. Existe una foto comprometedor de Victor Ward con una chica... —parpadea como un personaje de dibujos animados— que podría ser yo, etcétera, etcétera, etcétera. Foto que no sólo podría arruinar tu relación con esa cretina con la que sales, sino también... —una pausa para encender el porro y proseguir con fingida tristeza— con el cretino con el que salgo yo. Resumiendo —da una palmada—, dicen que la publicará mañana el *Post*, el *Tribune* o el *News*. Pero estoy en ello. Ya he movilizado a varias personas. Y tengo perfectamente claro que es el punto más importante del orden día, con que no te preocupes. —Alison encuentra lo que andaba buscando entre los pliegues de la colcha y lo agarra: es un destornillador.

—¿Por qué, Alison? ¿Por qué tuviste que escoger precisamente una noche de estreno? —gimoteo.

—Ahora no me vengas con tonterías. Esas cosas sólo pueden hacerse entre dos.

—No, si uno de esos dos está inconsciente y tiene al otro sentado en la cara.

—Si me hubiera sentado en tu cara, nadie sabría que eres tú —Alison se encoge de hombros, se levanta y toma el coco—. Y entonces todos seremos salvados, la la la...

—Por desgracia, la foto la tomaron en otro momento. —La sigo hasta el cuarto de baño. Allí practica cuatro agujeros en el coco con ayuda del destornillador, se inclina sobre el lavabo diseño de Vivienne Tam y se empapa el cabello con la leche.

—Sí, tienes razón. —Alison arroja la cáscara a la papelera y procede a hacerse un masaje en el cuero cabelludo—. Si Damien se entera, te encontrarás trabajando en un White Castle.

—Y tú tendrás que pagarte tus abortos. Lo que hay que aguantar. —Levanto los brazos en un gesto de desesperación—. ¿Por qué siempre tengo que ser yo el que te recuerde que deberíamos dejar de vernos? Si esa foto sale a la luz, se nos acabó la buena vida.

—Si esa foto sale a la luz diremos que fue un momento de debilidad. —Alison se echa el cabello hacia atrás y se lo envuelve en una toalla—. ¿No te parece una buena excusa?

—Santo Dios, Alison, ¿cómo puedes decir eso sabiendo que hay dos gorilas delante de tu puerta?

—Sí, ya los he visto. —El espejo le devuelve su imagen sonriente—. Emocionante, ¿verdad?

—¿Por qué siempre tengo que ser yo el que te recuerde que, en teoría, yo sigo saliendo con Chloe y tú sigues saliendo con Damien?

Alison da la espalda al espejo y se apoya en el lavabo.

—Si se te ocurre dejarme, tendrás que enfrentarte a problemas mucho más graves —me amenaza antes de dirigirse de nuevo al vestidor.

—¿Por qué? —pregunto, y echo a andar tras ella—. Explícate.

—Bueno... Digamos que circulan rumores de que el local se te ha quedado pequeño. —Una pausa para escoger los zapatos—. Y sabes tan bien como yo que, si Damien supiera que has considerado siquiera la posibilidad de abrir tu propio tugurio mientras él te paga para llevar el suyo, él se sentiría profundamente herido en su sentido de la lealtad y tú tendrías los días contados. —Alison deja caer los zapatos al suelo y sale del vestidor.

—No es verdad —insisto sin perderla de vista—. Te juro que no es verdad Santo Dios, ¿de dónde lo has sacado?

—¿Lo niegas?

—No... bueno... sí, claro. En fin... —No sé qué decir.

—Bah, qué más da. —Alison se quita la bata y se pone unas bragas—. ¿Mañana a las tres?

—Mañana estoy a tope. No te pases —farfullo—. Oye, en serio, ¿quién te ha dicho que estoy buscando otro local?

—Está bien. Entonces el lunes a las tres.

—¿Por qué a las tres? ¿Por qué el lunes?

—Porque a Damien le toca limpieza —responde, y se pone una blusa.

—¿Limpieza de qué?

—De lo que lleva... —casi no se la oye— postizo.

—¿Damien lleva peluca? —repito—. ¡Qué asco! Ese tío es un peligro público.

Alison se acerca al armario y rebusca en una caja enorme llena de pendientes.

—Por cierto, este mediodía me he encontrado con Tina Brown en el 44 y me ha dicho que mañana vendrá sin Harry. Y Nick Scotti también vendrá. Sí, ya lo sé, ya lo sé, está pasado de moda. Pero es que es tan guapísimo...

Vuelvo despacio hasta, la ventana cubierta de escarcha y echo un vistazo al jeep a través de los listones de la persiana.

—También he hablado con Winona. Otra que se apunta. Por cierto. —Se pone dos pendientes en una oreja, tres en la otra; luego se los vuelve a quitar—. ¿Johnny viene?

—¿Qué? —pregunto—. ¿Quién?

—¡Johnny Depp! —contesta con un zapatazo.

—Supongo —digo sin convencimiento—. Sí.

—¡Yupi! —se regocija—. He oído decir que Dave Pimer anda liado con la heroína. Yo que tú no dejaría que Chloe se le acercara mucho. También dicen que Winona estaría dispuesta a volver con Johnny si Kate Moss se perdiera de vista. O si un pequeño tornado nos hiciera a todos el favor de llevársela de vuelta a Auschwitz. —Alison repara en la colilla que flota en la botella de Snapple, se da la vuelta, me señala con un dedo acusador y me dice no sé qué sobre la Señora Chow y su debilidad por el Snapple con sabor a kiwi. A todo esto, yo estoy repantigado en un sillón gigantesco de Vivienne Tam—. Madre mía —exclama en voz baja—. Con esta luz —una pausa provocada por autentica emoción— estás buenísimo.

Reúno las fuerzas necesarias para entornar los ojos y, finalmente, respondo:

—Desde más arriba se llega más lejos.

30

Estoy en casa, en un apartamento céntrico, vestido y a punto para salir hacia el Bowery Bar, donde he quedado en reunirme con Chloe antes de las diez.

Voy de un lado para otro con el móvil en la mano, a la espera de que mi agente de la CCA se digna ponerse al teléfono. Mientras tanto, enciendo velas votivas perfumadas con esencia de cítricos para relajar el ambiente y ayudarme a liberar la tensión acumulada. Hace tanto frío que el apartamento casi parece un iglú. Cisne negro, vaqueros blancos, chaqueta Matsuda y calzado cómodo: sencillo a la par que moderno. De fondo, casi sin volumen, música de Weezer. En la televisión —la tengo encendida sin sonido— están dando un resumen de todos los pases que se han hecho hoy en Bryant Park. Chloe es la modelo omnipresente. Por fin, un clic, un suspiró, ruido lejano de voces y otro suspiro de Bill.

—¿Bill? ¿Eres tú? —digo—. ¿Bill? ¿Qué haces? ¿Dejarte enjabonar en Melrose? ¿Con los auriculares puestos, como si fueras un controlador aéreo del aeropuerto de Los Angeles?

—¿Tengo que repetirme que soy más poderoso que tú? —pregunta Bill sin el menor entusiasmo—. ¿Tengo que repetirme que sin auriculares no se va a ninguna parte?

—Eres mi billete a la fama.

—Esperemos que pueda forrarme a tu costa.

—Bueno, ¿qué se sabe de la secuela de *Línea mortal*? Porque el guión es algo así como alucinante ¿Qué me cuentas? Venga.

—¿Que qué te cuento? —repite Bill sin alterarse—. Pues cuento básicamente lo siguiente: esta mañana he asistido a una proyección. El producto en cuestión tenía grandes cualidades: estaba bien estructurado, era fácil de entender y no resultaba tan penoso como la mayoría. Pero, por alguna extraña razón, no me ha gustado. Sospecho que porque hasta un puñado de marionetas habría sabido sacar más partido del guión que esos actores.

—¿Qué peli era?

—Aún no tiene título —responde Bill en voz baja—. Es algo a medio camino entre *Calígula* y *El club de los cinco*.

—Ésa la he visto, creo. Dos veces, además. Oye, Bill...

—Hoy, en el Barney Greengrass, me he pasado buena parte del almuerzo contemplando las colinas de Hollywood, escuchando a alguien que intentaba colocarme un argumento sobre un fabricante de pasta gigante al que le da por cometer no sé qué excesos.

Apago el televisor y busco el reloj por todo el apartamento.

—¿Y tú en qué pensabas, mientras tanto?

—En cuánto tiempo me queda de vida. —Pausa—. Francamente, no creo que uno deba pensar en esas cosas a los veintiocho años. Y mucho menos en el Barney Greengrass.

—Bueno, los veintiocho los tienes.

—El contacto con un sifón sumergido en hielo me ha devuelto a lo que en general suele considerarse la realidad, y la ingestión de medio plato de natillas ha dado solidez al proceso. Al final, mi interlocutor ha hecho un esfuerzo por bromear y yo he correspondido tratando de reír. —Pausa—. Entonces ha empezado a cobrar forma el proyecto de cenar en The Viper Room, como mal menor, se entiende.

Abro el frigorífico de puerta transparente, tomo una naranja sanguina y levanto la vista al cielo. «Lo que hay que aguantar», pienso mientras la voy pelando.

—Estando aún en el Barney Greengrass —continúa Bill—, alguien de una agencia rival se me ha acercado por detrás y me ha enganchado en el cogote, con pegamento industrial y por razones que todavía se me escapan, una gran estrella de mar. —Pausa—. Ahora mismo dos empleados están intentando quitármela.

—Menuda broma —toso—. Estás empezando a meter ruido, ¿eh?

—Mientras hablo contigo, Fahoorzi Zaheedi me está sacando unas fotos para el *Buzz*... —A una tercera persona—: ¿Que no se pronuncia así? ¿Y tu qué sabes? ¿Te crees que sabes pronunciarlo sólo porque te llamas así?

—¿Billy? Hey, Bill, ¿pero de qué vas? —pregunto—. ¿El *Buzz*? Pero si esa

revista sólo sirve para matar moscas, tío. Venga, Bill, ¿qué pasa con la secuela de *Línea mortal*? Oye, que me he leído el guión y... hay problemas de estructura y eso, ya he ido tomando nota, pero, aun así, me parece alucinante. Y no hará falta que te diga que el papel de Ohman me viene como anillo al dedo. —Me meto otro gajo de naranja en la boca y, sin dejar de masticar, sigo—: Alicia Silverstone quedaría genial en el papel de la hermana atribulada de Julia Roberts.

—Ayer salí con Alicia Silverstone —anuncia Bill con el pensamiento en otra parte—. Y mañana salgo con Drew Barrymore. —Pausa—. Estoy de interino entre marido y marido.

—¿Y qué hicisteis? Alicia y tú.

—Pues nos pusimos a ver *El rey león* en vídeo y nos comimos un melón que me encontré en mi huertecillo. Según cómo se defina «agradable», podría decirse que fue una velada agradable. Yo le pedí que me mirara mientras me fumaba un puro y ella me dio consejos sobre nutrición tales como «Abstente de tomar entremeses». —Pausa—. La semana que viene tengo previsto hacer exactamente lo mismo con la viuda de Kurt Cobain.

—Vaya, veo que eres un tío... rompedor.

—Me has pillado posando para *Buzz* y, además, preparando la próxima superproducción de terror políticamente correcta. Hace un momento hemos estado discutiendo sobre cuántas violaciones tienen que salir. Mis socios dicen que dos. Yo voto por media docena. —Pausa—. Y hay que hacer algo para glamurizar un poco más la discapacidad de la protagonista.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa?

—Que no tiene cabeza.

—Genial. Genial.

—A eso añádele que mi perro se acaba de suicidar. Se ha bebido todo un cubo de pintura.

—Bill, tío, ¿va a haber secuela o no? Venga, ya, hombre. ¿Van a rodar *Línea mortal II*? ¿Bill?

—¿Sabes qué les pasa a los perros cuando se beben un cubo de pintura? —pregunta Bill como si estuviera pensando en otra cosa.

—¿Shumacher está metido en el proyecto? ¿Qué dice Kiefer?

—Mi perro era un obseso sexual con tendencias depresivas. Se llamaba Max el Judío y estaba muy pero que muy deprimido.

—Bueno, por eso ha debido de beberse la pintura. ¿No?

—Podría ser. Por eso o porque la ABC ha dejado de emitir *My So-Called Life*. —Pausa—. Todavía no sabemos nada concreto.

—¿Has oído alguna vez la frase «Gánate tu diez por ciento»? —pregunto mientras me lavo las manos—. *Have you seen your mother, baby, standing in the*

skadows?^[7]

—El centro se viene abajo, amigo mío —salmodia Bill.

—Eh, Bill, ¿y si no hubiera tal centro? ¿Eh? —pregunto con un puteo considerable.

—Lo tendré en cuenta. —Pausa—. A Firhoozi le ha gustado la estrella de mar. Sólo me faltaba eso. Oye, tengo que dejarte. Ya hablaremos tan pronto como sea posible.

—Sí, yo también tengo prisa, pero oye, ¿y si habláramos mañana? —Paso las páginas de la agenda como un loco—. Digamos a las... A las tres y veinticinco, si te va bien; si no, a las cuatro o cuatro y cuarto. O, bueno, si no, a las... mierda, hasta las seis y diez nada.

—De doce a doce voy de galerías con el reparto de *Friends*.

—Menuda fantasmada, tío.

—Oye, Dagby, tengo que colgar. Firhoozi quiere sacarme una de perfil sin estrella de mar.

—Espera, espera. Sólo quiero saber si me has propuesto para la secuela de *Línea mortal*. Y no me llamo Dagby.

—Si no eres Dagby, ¿quién demonios eres? —dice Bill con desgana—. ¿Con quién hablo?

—Soy yo. Victor Ward. Mañana por la noche inauguro algo así como el mejor local nocturno de Nueva York.

—No —responde tras una pausa.

—He hecho pasarela con Paul Smith. He salido en un anuncio de Calvin Klein.

—No... —prosigue tras otra pausa. Oigo que se revuelve, que cambia de postura.

—Todo el mundo pensaba que salía con David Geffen, pero no era verdad.

—Con eso no basta.

—¡Estoy saliendo con Chloe Byrnes! —grito—. Chloe Byrnes, tío, la supermodelo.

—De ella sí he oído hablar, pero de ti no, Dagby.

—¡Santo Dios, Bill, salgo en la portada del *YouthQuake* de este mes! Te estás pasando con el Halcion, tío.

—En este preciso instante ya ni siquiera pienso en ti.

—¡Eh! —digo ya como ultimo recurso—. Dejé la ICM por vosotros.

—Oye, Dagby, o como te llames, te oigo muy mal. Estoy en Mulholland y este túnel no se acaba nunca. —Pausa—. ¿No oyes las interferencias?

—¡Pero si te acabo de llamar yo al despacho! Y tú mismo me has dicho que Firhoozi Zahidi te estaba haciendo un reportaje. Dile que se ponga, anda.

Una pausa larga seguida de estas palabras, que Bill pronuncia con infinito desdén:

—Te crees muy listo.

Delante del Bowery Bar se ha formado tal aglomeración que me veo obligado a trepar por encima de una limusina estacionada de cualquier manera en la acera, no ya para entrar en el local, sino para empezar a abrirme paso a empujones entre el gentío. Los paparazzi que no han podido colarse intentan desesperadamente llamar mi atención a gritos para sacarme una buena foto. Yo me uno a Liam Nesson, Carol Alt y Spike Lee hasta llegar donde están Chad y Anton, con cuya ayuda logramos penetrar en el interior del restaurante. Nos reciben los primeros acordes del «Sick of Myself»^[8] de Matthew Sweet. El bar está a tope: tíos blancos con tirabuzones rasta, tías negras con camisetas de los Nirvana, coleguillas grungy, cuerpazos de gimnasio, peinados a la última, mohair, tejidos fosforescentes, Janice Dicketson, guardaespaldas con sus correspondientes modelos —espléndidas pero agotadas después de un día de pases—, borreguillo sintético, neopreno, coletas, silicona, Brent Fraser, Brendan Fraser, pompones, mangas de chenille, guantes de halconero y mucho acaramelamiento por todas partes. Saludo de lejos a Pell y a Vivien, que están bebiendo cosmopolitans con Marcus —ataviado para la ocasión con una peluca de letrado inglés— y una lesbiana guapísima de nombre Egg que luce una corona obsequio de la margarina Imperial. A su lado hay dos personas que, por el atuendo, podrían pasar por sendas componentes de las Banana Splits —cuáles, no sé—. Es una noche así como viva el kitsch y hay montones de admiradores del chic.

Mientras inspecciono el comedor en busca de Chloe (una pérdida de tiempo, comprendo algo demasiado tarde, porque ella se sienta siempre en uno de los tres grandes reservados para vips), me doy cuenta de que tengo al lado a Richard Johnson, de Page Six, que también anda buscando a alguien junto con Mick y Ann Jones, y me vuelvo hacia él con la palma en alto.

—¡Hey, Dick! —grito, para que me oiga a pesar del barullo—. Tienes que hacerme un favor.

—Lo que sea, Victor —contesta Richard—. En cuanto encuentre a Jenny Shimuzu y a Scott Bakula.

—Hey, pero si Jenny vive en el mismo bloque de apartamentos que yo. No veas cómo se enrolla. Le encantan los helados de yogur Häagen-Dazs, sobre todo los de piña colada. Somos muy amigos. Oye, ¿no habrás oído hablar por casualidad de una foto que va a salir en el News o así mañana?

—¿Una foto? —pregunta—. ¿Una... foto?

—Tío, no te pases —protesto tartamudeando—. Cuando lo dices dos veces da hasta miedo. Esto... ¿Sabes quién es Alison Poole?

—Pues claro. La media naranja de Damien Nutch Ross —contesta mientras levanta el pulgar, lo baja y lo vuelve a levantar para comunicarse a distancia con

algún conocido—. ¿Qué tal va todo por el local? ¿Todo a punto para mañana por la noche?

—Sí, sí, sí. Oye, esta foto... ¿tú crees que podría comprometerme?

Richard ha desviado su atención hacia un periodista que está entrevistando a un camarero guapísimo no lejos de donde estamos nosotros.

—Victor, éste es Byron, de la revista *Time* —y nos presenta con un gesto.

—Qué hay. No me pierdo tus reportajes, tío —le digo—. Oye, Richard, lo que te...

—Byron está preparando un reportaje sobre camareros guapísimos para *Time* —anuncia Richard sin asomo de entusiasmo.

—¡Ya era hora que alguien se decidiera! —digo—. Richard, espera...

—Si es una fotografía desagradable, el *Post* no la publicará porque no publica fotografías desagradables, etcétera, etcétera, etcétera —concluye Richard, ya desde lejos.

—Eh, ¿quién ha dicho que sea desagradable? —grito—. Yo he dicho «comprometedora».

Candy Bushnell aparece abriéndose paso entre la multitud y gritando «¡Richard!». De repente me ve, sube el tono algo así como ochenta octavas, exclama «¡Pony!», me besa escandalosamente en la cara y aprovecha para meterme mano. Richard ha encontrado por fin a Jenny Shimuzu, pero no a Scott Bakula, y Chloe está con Roy Liebenthal, Eric Goode, Quentin Tarantino, Kato Kaelin y Baxter Priestly. Este último está prácticamente encima de ella, de modo que tengo que hacer acto de presencia en el reservado azul y atajar el asunto de raíz si no quiero cargar luego con las consecuencias en forma de jaqueca de caballo. Saludo de lejos a John Cusack, que comparte un plato de calamares con Julien Temple, atravieso la sala abarrotada en dirección al reservado donde Chloe finge tomar parte en la conversación mientras apura nerviosamente un Marlboro Light.

Chloe nació en 1970, es piscis y clienta de la CAA. Labios carnosos, delgada a más no poder, busto generoso (de silicona), piernas largas y musculosas, pómulos altos, enormes ojos azules, piel sin mácula, nariz recta, cincuenta y seis centímetros de cintura, sonrisa franca, factura mensual de 1200 dólares en llamadas de móvil, y un odio probablemente injustificado hacia sí misma. La descubrieron mientras bailaba en una playa de Miami y se la ha visto medio desnuda en un vídeo de Aerosmith, en el *Playboy*, y dos veces en el número de bañadores del *Sports Illustrated*, así como en la portada de cuatrocientas revistas. Se han vendido dos millones de ejemplares de un calendario para el que posó en St. Bart's. Su libro *Así soy de verdad*, escrito en realidad por Bill Zehme, estuvo en la lista de los más vendidos del *New York Times* algo así como doce semanas. Siempre está al teléfono atendiendo a managers que renegocian sus contratos, y tiene un agente que se lleva el

quince por ciento de sus ingresos, tres publicistas (aunque, en el fondo, la PMK lo hace prácticamente todo), dos abogados y varios asesores financieros. En este preciso momento está a punto de firmar un contrato multimillonario con Lancôme, aunque muchos otros también la pretenden, sobre todo después de que los «rumores» sobre su «flirteo» con las drogas fueran «desmentidos» rápidamente. A saber: Banana Republic (no), Benetton (no), Chanel (sí), The Gap (puede), Christian Dior (mmm...), French Connection (por favor...), Guess? (ni hablar), Ralph Lauren (problemático), Pepe Jeans (¡hasta ahí podríamos llegar!), Calvin Klein (ya está), Pepsi (siniestro, pero posible), etcétera. Tiene rigurosamente racionados los bombones, la única comida de la que disfruta mínimamente. No toma arroz, ni patatas, ni grasas de ninguna clase, ni pan; sólo verduras al vapor, algunas frutas, pescado sin aderezo y pollo hervido. Hace días que no cenamos juntos porque la semana pasada tuvo las pruebas de vestuario para los quince países que va a hacer esta semana, lo que seguramente representó probarse ciento veinte modelos multiplicados por quince diseñadores. Además de los dos desfiles de mañana, aún tiene que rodar parte de un anuncio para la televisión japonesa y verse con un director de vídeo para repasar unos storyboards que ella ni siquiera entenderá. Caché por diez días de trabajo: 1,7 millones de dólares. Tiene un contrato no sé dónde que estipula esta cantidad.

Esta noche lleva un vestido largo de Prada, negro y con la espalda al aire, sandalias de charol negro y unas gafas aerodinámicas de color verde metalizado que se quita en cuanto me ve aparecer.

—Perdona, cariño, me he perdido —digo mientras me introduzco en el reservado.

—Mi héroe... —me recibe Chloe con una sonrisa forzada.

Roy, Quentin, Kato y Eric se largan, muy decepcionados los cuatro, mascullando «Eh, tío» y asegurándome que mañana por la noche asistirán a la inauguración. Baxter Priestly, en cambio, sigue sorbiendo su caramelo de menta sin inmutarse y con una sola solapa asomando de su chaleco rosa Pepto-Bismol. Licenciado en cinematografía por la Universidad de Nueva York, rico, veinticinco años, modelo a tiempo parcial (hasta el momento sólo fotos de grupo para campañas de Guess?, Banana Republic y Tommy Hilfiger), rubio, corte a lo paje, ex acompañante de Elizabeth Saltzman (ya tenemos algo en común).

—¿Qué hay? —saludo con un suspiro mientras me inclino para besar a Chloe en la boca, y empiezo a temer el intercambio de comentarios que se avecina.

—Hey, Victor. —Baxter me estrecha la mano—. ¿Qué tal el local? ¿Todo listo para mañana?

—*Do you have the time to listen to me whine?* [9]

Nos sentamos de cara al resto de la sala, yo con la mirada fija en la gran mesa del centro donde, bajo una lámpara hecha a base de flotadores de cisterna del váter y

hierros de frigorífico, Eric Bogosian, Jim Jarmusch, Larry Gagosian, Harvey Keitel, Tim Roth y —quién iba a suponerlo—. Ricki Lake comen ensaladas. Eso me recuerda algo: tengo que ocuparme del tema de los picatostes antes de que la cosa se desmande por completo.

Al cabo de un rato, Baxter capta la indirecta, se levanta, se guarda en el bolsillo su Audiobox MVX —que hasta ahora había estado haciendo compañía al Ericsson DF de Chloe—, y vuelve a estrecharme la mano con torpeza.

—Os veo mañana —insiste mientras el caramelo de menta emerge de entre sus labios carnosos y rosados—. Bueno, pues, hasta mañana.

—Adiós, Baxter —dice Chloe, cansada pero encantadora, como siempre.

—Eso. Hasta luego —lo despido sin contemplaciones. Es una fórmula que nunca falla. En cuanto calculo que ya no puede oírnos, me vuelvo hacia Chloe y le pregunto delicadamente—: ¿Qué pasa, cariño? ¿Quién era ese tipo?

En vez de contestarme, Chloe se limita a fulminarme con la mirada.

Pausa.

—Santo Dios, me estás mirando como si me hubieras sorprendido en un concierto de Hootie and the Blowfish. Calma, ¿no?

—¿El nombre de Baxter Priestly te dice algo? —pregunta con aire taciturno mientras pica cilantro de un plato.

—No. ¿Quién es? —Saco un paquete de yerba de primera y la cajita del papel de fumar—. ¿Quién coño es Baxter Priestly?

—Sale en el programa nuevo de Darren Star y toca el bajo en el grupo Hey That's My Shoe —dice, y enciende otro cigarrillo.

—¿Baxter Priestly? ¿Qué clase de nombre es ése? —mascullo, contemplando unas semillas que están pidiendo a gritos que las quite de ahí.

—¿Y tú te burlas de su nombre? ¿Tú, el compañero inseparable de Plez, de Fetiche y de alguien a quien sus padres tuvieron el valor de llamar Tomate?

—Ya han reconocido que tal vez se excedieron.

—¿Tú, que trabajas con gente como Benny Benny y Damien Nutchs Ross? ¿Y antes siquiera de disculparte por llegar una hora tarde? He tenido que esperarte arriba, en el despacho de Eric.

—¡Bueno! Ya me imagino lo contento que se habrá puesto —protesto sin apartar la vista de la maría—. Hey, ¿qué pasa? Sólo quería compartirme un rato con los paparazzi. —Pausa—. Y no se llama Benny Benny, sino Kenny Kenny.

—Ya me has compartido todo el día —se queja con un suspiro.

—¿Baxter Priestly? ¿Y cómo es que no me suena de nada? —pregunto sinceramente. En éstas diviso a Cliff, el maitre, y me dispongo a pedirle algo de beber; pero ya es demasiado tarde: Eric nos hace llegar una botella de Cristal 1985 con sus mejores deseos.

—Por suerte, ya me voy acostumbrando a tus olvidos —dice.

—Oye, tú eres la que se hace fotos con abrigos de piel y luego da dinero a Greenpeace. Aquí sólo hay una contradicción andante, querida, y eres tú, no yo.

—Baxter había salido con Lauren Hynde. —Chloe apaga el cigarrillo y sonrío agradecida al guapísimo camarero que nos sirve el champán en sendas copas aflautadas.

—¿Baxter había salido con Lauren Hynde?

—Sí.

—¿Y quién demonios es Lauren Hynde?

—Lauren Hynde es Lauren Hynde, Victor —insiste, como si el nombre tuviera que sonarme de algo—. ¡Saliste con ella, por el amor de Dios!

—¿Yo? ¿En serio? Ah.

—Buenas noches.

—Oye, lo siento, no me acuerdo. ¿Qué quieres que te diga? Te presento mis más humildes disculpas.

—¿No te acuerdas de Lauren Hynde? —repito anonadada—. ¿No recuerdas haber salido con ella? Por el amor de Dios, Victor, ¿qué dirás de mí?

—De ti no voy a decir nada —contesto, satisfecho con el resultado de la operación de despepitado—. Porque tú y yo nos casaremos y envejeceremos juntos. ¿Qué tal los pases? Mira, Scott Bakula. Hey, tío. ¿Qué tal? Richard andaba buscándote.

—Lauren Hynde, Victor.

—Hey, total. ¡Alfonse! Qué pasada de tatuaje, tío. —Me vuelvo de nuevo hacia Chloe y sigo—: ¿Sabías que Damien lleva bisoñé? Al parecer, es un loco de las pelucas.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Uno de sus empleados —contesto sin titubear.

—Lauren Hynde, Victor. Lauren... Hynde.

—¿Quién será? ¡Cielos! —digo con una mueca de horror antes de inclinarme hacia Chloe y besarla ruidosamente en el cuello. Patrick McMullan aparece como por arte de magia y pide permiso cortésmente para hacernos una foto, no sin antes felicitar a Chloe por su trabajo en las pasarelas del día. Chloe y yo nos acercamos, levantamos la cara hacia el objetivo, sonreímos y esperamos el resplandor del flash.

—¡Hey, que no salga la maría! —le aviso, pero él ya ha echado a correr en pos de Patrick Kelly.

—¿Crees que me habrá oído?

—Victor, Lauren Hynde es una de mis mejores amigas.

—Yo no la conozco de nada. Pero, oye, si dices que es amiga tuya, que no se hable más del tema: los amigos de mi novia... —Empiezo a liar el porro.

—Fuisteis juntos a la universidad.

—Ah no, eso sí que no —farfullo mientras saludo con la mano a Ross Bleckner y a su nuevo acompañante, la señora de Ross Bleckner, un tío que trabajaba en un local de Amagansett llamado Salamanders; *Bikini* le dedicó un reportaje no hace mucho.

—Corrígeme si me equivoco, pero Lauren Hynde y tú fuisteis juntos a Camden.
—Chloe enciende otro cigarrillo y por fin se decide a probar el champán.

—Pues claro, pues claro —digo para tranquilizarla—. Ahora me acuerdo.

—¿Recuerdas haber ido a la universidad?

—¿Literalmente o en sentido figurado?

—¿Habría alguna diferencia? —pregunta—. ¡Pero cómo se puede ser tan lerdo!

—No sé. Tiene algo que ver con la sustitución de un gen.

—Es increíble. Te burlas del nombre de Baxter Priestly y luego te tratas con gente que se llama Huggy, Pidgeon y Na Na.

—Oye —protesto al fin—, que tú te has acostado con Charlie Sheen. Todos tenemos nuestras miserias.

—Tendría que haber ido a cenar con Baxter —murmura.

—No te lo tomes así, cariño. Bébete el champán, pídete un sorbete... En cuanto acabe de liar un par de éstos, verás cómo nos relajamos. A ver, ¿quién es este Baxter?

—Os conocisteis en un partido de los Knicks.

—¡Es verdad, ahora caigo! El nuevo desheredado: desnutrido, despeinado y víctima de los tratamientos de desintoxicación. —Me callo de repente, compruebo con aprensión la reacción de Chloe y, sin solución de continuidad, sentencio—: La estética grunge ha acabado con la buena imagen del hombre americano. Le dan ganas a uno de volver a los ochenta.

—Ese tipo de cosas sólo se te ocurren a ti.

—De todos modos, me paso los partidos de los Knicks mirando cómo coqueteas con John-John.

—Niega que, si pudieras, me cambiarías por Daryl Hannah.

—Cariño, si lo que buscara fuera publicidad, te cambiaría por John-John. —Cuento hasta tres antes de preguntar con gesto travieso—: ¿Crees que él...?

Chloe se limita a mirarme fijamente.

—Anda, ven aquí. —La atraigo hacia mí y la beso hasta notar que mi mejilla se empapa de aceite de coco. Chloe siempre lleva el pelo mojado y peinado hacia atrás—. De vez en cuando podrías secarte el pelo, ¿no?

Los objetivos de Fashion TV peinan el local. Salgo disparado a buscar a Cliff para que le diga a Eric que se asegure de que las cámaras no se acercan a Chloe. M People deja paso a Elvis Costello —un tema de mediados de su carrera— y éste a lo último de los Better Than Ezra. Pido un sorbete de frambuesa e intento poner a Chloe de buen humor añadiéndole una melodía de Prince: «Y ella se comió el sorbete de

frambuesa. Uno de esos que sirven en el Bowery Bar...».

Pero Chloe no levante su mirada triste del plato.

—No es más que un plato de cilantro. ¿Qué te pasa?

—Llevo en pie desde las cinco de la mañana y tengo ganas de llorar.

—Hey, ¿que tal el gran almuerzo en el Fashion Café?

—James Truman se ha comido una trufa enorme en mis mismísimas narices. Por poco lo mato.

—¿Porque a ti también te apetecía?

—No. Victor, por el amor de Dios, no te enteras de nada.

—Lo siento, perdona, perdona. ¿Qué quieres que haga? ¿Que me vaya un año a Florencia a estudiar cerámica renacentista? Te recuerdo que cada mes vas diez veces a Elizabeth Arden a depilarte.

—¿Y qué? Tú te pasas horas enteras pensando en cómo sentar a los invitados de una cena.

—Alto, alto, alto —protesto mientras enciendo el porro—. Mira, la DJ me ha dejado plantado, mañana inauguro el local, tengo una sesión de fotos, un pase y almuerzo con mi padre. —Una pausa—. ¡Mierda! Y ensayo.

—¿Qué tal tu padre? —pregunta ella sin interés.

—Tramando algo —murmuro—. Conspirando contra mi.

Peggy Siegal pasa a pocos metros vestidita de tafetán. En cuanto la veo, me escondo debajo de la mesa, apoyo la cabeza en el regazo de Chloe, sonrío y doy una buena calada.

—Peggy quería llevarnos la publicidad —le explico tras recuperar la verticalidad. Chloe se limita a mirarme fijamente.

—O sea que... —continúo—. James Truman se ha comido una trufa enorme. En el almuerzo *Entertainment Tonight*, ya. Adelante, adelante.

—Era todo tan in que me han dado ganas de echar a correr.

—¿Y qué has comido? —pregunto con indiferencia mientras saludo con la mano a Frederique, que junta los labios y entorna los ojos como si estuviera haciendo mimos a un niño pequeño o a un cachorro gigante.

—Correr, Victor. ¡Correr! Por el amor de Dios, ¿es que nunca me escuchas?

—Era una broma, cielo. Una broma. Te he entendido perfectamente.

Chloe me mira y espera que se lo demuestre.

—Que hay que correr para estar in. ¿No es eso lo que has dicho?

Chloe se limita a mirarme fijamente.

—Está bien, lo confieso, estaba distraído. —Echo otra calada y le lanzo una mirada nerviosa—. Oye, y esto del vídeo de mañana... ¿de qué va exactamente? —Pausa—. ¿Te han pedido que salgas desnuda? —Otra pausa y otra calada. Luego agacho la cabeza para que el humo no le de en la cara—. Venga, cuenta.

Chloe sigue mirándome.

—¿Eso significa que no te lo han pedido... o que sí te lo han pedido? —insisto.

—¿Por qué? —me suelta—. ¿Desde cuándo te importa?

—Alto ahí, ¿eh? Cuidado. Te recuerdo que la última vez que te lo pidieron tuviste que salir bailando encima de un coche en sujetador. ¿Que si me importa? —pregunto con un gesto de incredulidad—. ¡Me quita el sueño!

—A ver, tú has hecho... ¿cuantos anuncios de bañadores calculas? Y luego están aquellas fotos para el libro erótico de Madonna. Y corrígeme si me equivoco, pero recuerdo cierto anuncio de Versace en que se te veía el vello púbico.

—Sí, bueno, pero Madonna al final no usó las fotos, afortunadamente. Y hay una gran diferencia entre mi vello púbico, que además salía decolorado... ¡y tus tetas! Dios mío. Bueno, mira, dejémoslo, no sé ni...

—Eso se llama doble moral, Victor.

—¿Doble moral? —Echo otra calada casi sin querer y luego intento hacer las paces—: A ver, ¿quién dijo que no al *Playgirl*?

—Felicidades. Pero no lo hiciste por mí, sino por tu padre; con que no me vengas ahora con cuentos.

—Me gustan los cuentos ¿Qué pasa? —Me encojo de hombros con una naturalidad pasmosa.

—Los cuentos están muy bien para los niños de siete años. En los de veintisiete son un síntoma de retraso mental.

—Chloe, estoy hecho polvo. Mica, la DJ, ha desaparecido; mañana tengo un día que ni te cuento; y lo de la secuela de *Línea mortal* sigue en el aire. No tengo ni idea de cómo va a acabar la cosa. Bill está convencido de que me llamo Dagby... Santo Dios, ¿tienes idea del tiempo que he invertido en repasar ese guión y darle un poco de...?

—¿Y lo del anuncio de patatas fritas?

—¿Corretear al borde del mar con una Pringle en la boca y poner cara de sorpresa porque...? ¡Oh cielos! ¡No sabe a patata! No compares, por favor —gimoteo mientras me hundo en el asiento—. ¿Llevas Visine encima?

—Al menos es trabajo. Trabajo remunerado.

—Creo que lo de pasarme a la CAA ha sido un error. Esta tarde, mientras hablaba con Bill, me he acordado de aquella historia terrorífica que contabas sobre Mike Ovitz.

—¿Qué historia?

—Sí, mujer. Cuando te invitaron a una proyección en Wilshire con gente de la agencia... Bob Bookman, Jay Mahoney y no sé quién más. Y fuiste y resultó que la película en cuestión era una copia nueva de *¡Tora! ¡Tora! ¡Tora!* y ellos se pasaron toda la película partiéndose de risa. Me lo contaste tú, ¿no te acuerdas?

—¿Sabes? —susurra sin escucharme—. El otro día estaba en el SoHo con Lauren, almorzando en el Zoe, y una persona se me acercó y me dijo: «Eres la viva imagen de Chloe Byrnes».

—Y tú te enfadaste y le dijiste: «¡Será posible!». ¿No? —le pregunto sin atreverme a mirarla de frente.

—No. Le solté: «No me diga».

—Debías de tener la tarde bastante... libre. —Toso y me trago el humo con un sorbo de champán—. ¿Qué Lauren dices?

—Victor, no me estás escuchando.

—Chloe, por lo que más quieras... *When you were young and your heart was an open book you used to say live and let live.* —Me callo para echar otra calada—. *You know you did, You know you did. You know you did.*^[10] —Vuelvo a toser y lo lleno todo de humo.

—¡No estás hablando conmigo! —me censura Chloe con una vehemencia excesiva—. ¡Me miras pero no hablas conmigo!

—Cariño, yo soy tu admirador número uno —le aseguro—. Pero que conste que lo admito porque voy un poco puesto.

—Tu madurez me conmueve.

Las nuevas It Girls pasan revoloteando junto a nuestro reservado de camino a la pista de baile que hay frente a los lavabos y lanzan miradas nerviosas a Chloe. Una de ellas se está comiendo una nube de algodón de azúcar de color lila. En éstas me doy cuenta de que Chloe está desencajada, como si se acabara de beber algo de color negro o se hubiera comido una porción de sashimi en mal estado.

—Anímate, cielo. ¿O es que quieres acabar en Australia, ordeñando dingos en una granja de ovejas? ¿Quieres pasarte el resto de tu vida conectada a Internet poniendo al día tu correo electrónico? No seas así. Anímate, anda.

Chloe guarda silencio unos segundos antes de preguntar.

—¿Ordeñando... dingos?

—La mayoría de esas chicas no ha pisado siquiera una universidad.

—Bueno, tú estudiaste en Camden, que viene a ser lo mismo. Anda, vete a hablar con ellas.

La gente se acerca sin parar al reservado a pedir de rodillas invitaciones para la inauguración, y yo me muestro tan generoso como requiere la ocasión. Me dicen que la semana pasada me vieron en el Marlin de Miami, en las oficinas que tiene la agencia Elite en la planta baja del hotel, y luego en la playa. En fin que, cuando llega Michael Bergin preguntando que si me acuerdo del latte frío que compartimos en Cayo Biscayne mientras posábamos para Bruce Weber/Ralph Lauren, estoy tan cansado que se me quitan las ganas de decirle que el pasado fin de semana no estuve en Miami. En vez de eso, le pregunto si el latte estaba bueno, me dice que regular, y

de repente noto que la temperatura del local cae en picado. Chloe, con la mirada perdida y la cabeza en otra parte, bebe champán a sorbitos, como por obligación. En éstas veo a Patrick Bateman, que está con un grupo de publicistas y con los tres hijos de un conocido productor cinematográfico. Patrick se acerca, me da la mano, se vuelve hacia Chloe, pregunta qué tal va el local y si lo de mañana por la noche sigue en pie, comenta que Damien lo ha invitado a la inauguración y me regala un habano. Lleva un traje Armani que cuesta casi más que un coche, con las solapas llenas de manchas.

—No te preocupes: hemos puesto toda la carne en el asador.

—Me gusta ver que no soy el único que se toma el trabajo tan... a pecho —dice, y le guiña un ojo a Chloe.

Cuando se va, apuro el porro e intento consultar el reloj, pero me doy cuenta de que no llevo y me quedo contemplando mi muñeca.

—Qué tío más raro —dice Chloe—. Me apetece tomarme una sopa.

—Qué dices. Pero si es superlegal.

Chloe se hunde en el asiento y me mira con cara de asco.

—¿Qué pasa? Oye, que tiene su propio escudo de armas.

—¿De dónde has sacado eso?

—Me lo ha dicho él. Me lo contó un día. Que tenía su propio escudo de armas.

—Lo que hay que oír —dice ella.

Chloe toma la cuenta y yo, para quitarle hierro al asunto, me acerco y la beso. Los paparazzi aprovechan la ocasión para montar otro de los circos a los que nos tienen acostumbrados.

28

Instantáneas del loft de Chloe en un espacio que parece diseñado por Dan Flavin: dos sofás de Toshiyuki Kita, metros y metros cuadrados de pavimento de madera blanca de arce, seis copas de vino Baccarat Tastevin —regalo de Bruce y Nan Weber—, tulipanes blancos por docenas, un StairMaster y un juego de mancuernas, libros de fotografía —de Matthew Rolston, de Annie Leibovitz, de Herb Ritts— con la correspondiente dedicatoria del autor, un huevo de Fabergé que le regaló Bruce Willis —antes de Demi—, un gran retrato al natural de Chloe obra de Richard Avedon,

gafas de sol por todas partes, una foto de Chloe atravesando medio desnuda el vestíbulo del Malperisa de Milán ante la indiferencia general —obra de Helmut Newton—, un William Wegman de gran formato y carteles de tamaño gigante de *La mujer marcada*, *La noche de los maridos* —con Carolyn Jones—, y de Audrey Hepburn en *Desayuno con diamantes*. Una hoja interminable de papel térmico pegada sobre el tocador reza: lunes, 09.00 Byron Lars, 11.00 Mark Eisen, 14.00 Nicole Miller, 18.00 Ghost; martes, 10.00 Ralph Lauren; miércoles, 11.00 Anna Sui, 14.00 Calvin Klein, 16.00 Bill Blass, 19.00 Isaac Mizrahi; jueves, 09.00 Donna Karan, 17.00 Todd Oldham, y así sucesivamente hasta el domingo. Rara es la mesa o la superficie de cualquier otro mueble donde no haya un fajo de divisas y alguna botella vacía de Glacier. En la nevera la espera el desayuno que Luna le deja preparado: pomelo rojo, Evian, infusión fría, yogurt natural desnatado con moras, un cuarto de bagel con semillas de amapola —unas veces tostado y otras no, con beluga si es un día especial—. La han llamado mientras no estaba Gilles Bensimon, Juliette Lewis, Patrick Demarchelier, Ron Galotti, Peter Lindbergh y Baxter Priestly.

Me duchó, me aplico Preparation H y Clinique Eye Fitness en los párpados inferiores, y escucho mis mensajes: Ellen von Unwerth, Eric Stoltz, Alison Poole, Nicolas Cage, Nicolette Sheridan, Stephen Dorff y alguien de Tristar, seguramente con malas noticias. Cuando Salgo del baño —con una esponjosa toalla de Ralph Lauren atada a la cintura—, me encuentro a Chloe sentada en la cama con las rodillas pegadas al pecho, los ojos llenos de lágrimas y cara de funeral. La veo estremecerse y tomarse un Xanax para alejar un inminente ataque de ansiedad. En la pantalla panorámica del televisor, un documental sobre los riesgos de los implantes.

—Pero si sólo es un poco de silicona —le digo para tranquilizarla—. Peor es lo mío, que tomo Halcion. Por no hablar del medio bocado de beicon que me zampé el otro día. Y te recuerdo que los dos fumamos.

—Victor, por el amor de Dios. —Más escalofríos.

—¿Te acuerdas de cuando te rapaste el pelo casi al cero? Te pasaste toda la temporada tiñéndotelo de diferentes colores y llorando sin parar...

—Estaba al borde del suicidio —solloza—. Estuve a punto de tomarme una sobredosis.

—Lo importante es que ni siquiera entonces perdiste ni un solo contrato.

—Ya, pero ahora tengo veintiséis años, que, para una modelo, es algo así como tener ciento cinco.

—Chloe, no entiendo esta inseguridad tuya. —Le froto los hombros—. Eres un mito —le susurro al oído—. Un punto de referencia. —Le beso el cuello—. La personificación del ideal físico de nuestro tiempo. —Luego añado—: Tú no eres una simple modelo, cariño. Tú eres una estrella. La belleza sale del alma —añado mientras le tomo la cara con ambas manos.

—Mi alma no tiene que hacer veinte pases seguidos —llora—. Mi alma no tiene que salir en la portada del *Harper's* el mes que viene. Mi alma no tiene que negociar un contrato con Lancôme. —Más sollozos, un grito sofocado... en fin, la apoteosis. Es el fin del mundo, el fin de todo.

—Oye —me aparto—, no tengo ningunas ganas de despertarme un día y encontrarme con que te ha vuelto a dar el ataque de los implantes y te has ido a Hollywood a esconderte en el Chateau Marmont y a ver a Kiefer, a Dermot y a Sly. Con que... tranquilízate, ¿vale?

Al cabo de diez minutos de silencio —o puede que sean sólo dos— el Xanax surte efecto.

—Ya se me ha pasado un poco —concede.

—Andy dijo una vez que la belleza es un síntoma de inteligencia.

Chloe se vuelve despacito hacia mí.

—¿Andy? ¿Qué Andy, Victor? ¿Andy qué más? —Tose y se suena la nariz—. ¿Andy Kaufman? ¿Andy Griffith? ¿De dónde lo has sacado? ¿De Andy Rooney?

—Warhol —digo en voz baja, ofendido—. Chloe...

Chloe se levanta de la cama, se mete en el baño, se lava la cara y se aplica Preparation H bajo los ojos.

—De todas maneras, el mundo de la moda está en las últimas —dice con un bostezo mientras se despereza. Luego se dirige a uno de sus vestidores y lo abre—. Qué té voy a contar.

—Algo agradable, para variar —digo por decir camino del televisor.

—¿Quién paga esta hipoteca? —grita—. ¿Tú o yo?

Busco el vídeo de *Línea mortal* que me dejé aquí la semana pasada, pero sólo encuentro una cinta con el programa de Arsenio al que Chloe asistió como invitada, dos películas en las que participó como actriz (*Party Mountain*, con Emery Roberts, y *Teen Town*, con Hurley Thompson), otro documental sobre los efectos secundarios de los implantes de silicona y el episodio de la semana pasada de *Melrose Place*. En la pantalla, un anuncio. La imagen tiene mucho grano, parece copia de otra copia. En éstas me doy la vuelta y me encuentro a Chloe delante del espejo de cuerpo entero, comprobando cómo le quedaría el vestido que sostiene en la mano y guiñándose un ojo a sí misma.

El vestido es un Todd Oldham auténtico, negro y beige —básico ma non troppo—, escote palabra de honor, aire navajo y acolchado fosforescente.

Lo primero que se me ocurre es que se lo ha robado a Alison.

—Cariño... —Carraspeo—. ¿Qué haces?

—Practico el guiño para el vídeo —dice con otro guiño—. Rupert dice que no acaba de salirme bien.

—Ajá. Bueno, me tomo unas horas libres y practicamos. —Cuento hasta tres e

insisto disimuladamente—. ¿Y el vestido?

—¿Te gusta? —pregunta con la cara iluminada y vuelta hacia mí—. Es para mañana por la noche.

—¿Qué?

—¿Cómo que qué? ¿Qué pasa? —Devuelve el vestido al armario.

—Es que... —digo con un gesto negativo de la cabeza— no lo acabo de ver claro.

—Tranquilo. No tienes que ponértelo tú.

—Tampoco tú tienes ninguna obligación, ¿no?

—No empieces. No tengo ganas de...

—Vas a parecer Pocahontas.

—Todd me lo ha dado especialmente para la inauguración.

—¿Y si te pusieras algo más sencillo, menos étnico...? Menos políticamente correcto, vamos. Algo tipo... Armani. —Me acerco al vestidor—. Déjame escoger a mí.

—Victor —dice, y me cierra el paso—, la elección ya está hecha. —En éstas se fija en mis tobillos—. ¿Eso son arañazos?

—¿El qué? —Y agacho la cabeza yo también.

—Lo que tienes en los tobillos. —Chloe me obliga a tenderme en la cama para poder ver más de cerca las marcas rojas que tengo en los tobillos y en las pantorrillas—. Parece como si te hubiera mordido un perro. ¿Se te ha acercado algún perro?

—¿Además de Beau y Jotadé? ¡Si yo te contara! —me lamento con la vista levantada al cielo.

—Victor, te ha mordido un perro.

—Ah —me incorporo—, ¿lo dices por estas marcas? —pregunto como si las acabara de ver—. Me las habrán hecho Beau y Jotadé cuando me han atacado a traición. ¿Tienes Bactine?

—¿Dónde ha sido? ¿Qué perro? —insiste.

—Vale ya, ¿eh?

Chloe echa un último vistazo obediente a los arañazos y luego se mete en su lado de la cama con un guión que ha recibido de parte de la CAA: otra miniserie ambientada en una isla tropical. La palabra «miniserie» no es tabú, pero a ella la idea de hacerla la horroriza lo mismo. Considero la posibilidad de decirle algo así como «Por cierto, en el periódico de mañana igual ves algo que no acaba de gustarte». En la MTV, imágenes de una casa casi sin amueblar en forma de traveling ininterrumpido de Steadycam.

Me apresuro a colocarme a su lado.

—Parece que ya tenemos el local nuevo —digo—. Mañana he quedado con Waverly.

Chloe no contesta.

—Según Burl, podría estar abierto dentro de tres meses. —La miro—. Te veo preocupada.

—No sé si haces bien.

—¿Haciendo qué? ¿Abriendo mi propio local?

—Más de una relación podría resentirse.

—La nuestra no, espero —digo, y le tomo la mano.

Chloe no aparta la vista del guión.

—Oye, pero ¿qué pasa? —Me incorporo—. Mira, a estas alturas de mi vida, lo único que quiero, aparte de un papel en la secuela de *Línea mortal*, es mi propio local, algo que sea mío y solamente mío.

Chloe suspira, pasa una página que aún no ha leído y acaba por dejar a un lado el guión.

—Victor...

—No, no lo digas. ¿Tan descabellada te parece la idea? ¿Te parece que es mucho pedir? ¿Te parece una tontería que quiera hacer algo con mi vida?

—Victor...

—Cariño, toda la vida he...

—... ¿me has engañado alguna vez? —me espeta sin previo aviso.

—Cariño... —reacciono después de un silencio ni corto ni largo. Luego me acerco a ella y le acaricio los dedos sin separárselos del logo de la CAA—. ¿A qué viene eso? —disimulo antes de preguntar lo que ya sé—. ¿Me has engañado tú a mí?

—Sólo quiero saber si me has sido siempre fiel. —Baja la vista al guión y luego la vuelve hacía la pantalla del televisor, donde desde hace varios minutos no se ve otra cosa que una bonita bruma de color rosa—. Para mí la fidelidad es muy importante.

—Siempre, cariño. Siempre. ¿Cómo iba a caer tan bajo?

—Victor —susurra—, haz el amor conmigo.

La beso en los labios con ternura. Ella me corresponde con tanta pasión que tengo que apartarme.

—Cariño —susurro—, estoy hecho polvo.

En la MTV están poniendo el vídeo nuevo de Soul Asylum y levanto la cabeza para verlo. Quiero que Chloe también lo vea, pero ya se ha dado la vuelta. Tiene en la mesilla una foto bastante buena que me hizo Herb Ritts. La única que le he dejado enmarcar.

—¿Sabes si Herb piensa venir mañana? —le pregunto en voz baja.

—No creo —responde con un nudo en la garganta.

—¿Sabes dónde está? —pregunto a su pelo, a su nuca.

—Tal vez no importe.

Los afrodisíacos de Chloe: un cedé de Sinead O'Connor, velas de cera de abeja, mi colonia, una mentira. Más allá del perfume del coco, su cabello huele a enebro, a sauce incluso. Está a mi lado, dormida, soñando con fotógrafos que disparan fotómetros a escasos centímetros de su cara, con una playa por la que tiene que correr en pleno invierno fingiendo que es verano, con una palmera llena de arañas bajo la que tiene que sentarse en Borneo, con un avión del que baja tras una noche entera de vuelo, con otra alfombra roja por la que deslizarse, con paparazzi que esperan. Miramax no para de llamar. Un sueño dentro de otro. Las maratones de seiscientas entrevistas se confunden con pesadillas donde aparecen playas de arena blanca del Pacífico Sur, atardeceres mediterráneos, los Alpes franceses, Milán, París, Tokio, olas heladas, periódicos extranjeros de color salmón, montañas de revistas con su rostro immaculado en la portada. No puedo dormir. Hay una frase del artículo sobre Chloe que publicó Kevin Nessums en el *Vanity Fair* que no me puedo quitar de la cabeza: «Nunca la hemos visto en persona y, sin embargo, hay algo en su cara que nos resulta extrañamente familiar, como si la conociéramos de toda la vida».

27

Trayecto en Vespa para desayunar con Damien en el local a las 07.30, tres paradas en tres quioscos diferentes para inspeccionar los periódicos (nada, ni rastro de la foto, alivio insignificante, puede que algo más) y llegada al comedor principal, que esta mañana me parece frío e impersonal con sus paredes blancas y sus bancos de terciopelo negro, y donde los flashes que dispara un fotógrafo del *Vanity Fair* tocado con un sombrero de arrocero tailandés irrumpen con frecuencia en mi campo de visión, mientras algunos monitores muestran imágenes de *Casino Royale* y otros de *El descenso de la muerte*. Comparto mesa y desayuno con Damien, Jotadé (sentado a mi lado y encargado de tomar notas) y los dos gorilas del jeep negro, ambos vestidos con camisetas negras de Polo. Peyton está arriba porque a Beau le hacía falta un hombre (ejem) de refuerzo para atender las llamadas. Los periódicos del día, esparcidos por todas partes, destacan la noticia de la inauguración de esta noche: Richard Johnson habla de nosotros en el *Post*, George Rush hace lo propio en el *News* y añade una foto mía con un pie que me describe como «el hombre de moda», Michael Fleming nos menciona en el *Variety*, Michael Musto nos hace publicidad en

el Volee, y Cindy Adams, Liz Smith, Buddy Seagull, Billy Norwich, Jeanne Williams y A. J. Benza también se hacen eco del evento. Al final he optado por dejar un mensaje en el buzón de voz de mi agente, Bill, con el nombre de Dabgy. Damien saborea un latte frío descafeinado con aroma de vainilla y avellana, y amenaza con encender el Monte Cristo que blande en la otra mano. Muy macho él, con su camiseta negra Comme des Garçons, su americana negra de doble botonadura, su reloj Cartier Panthere en una muñeca semipeluda, sus gafas graduadas Giorgio Armani ajustadas a una cabeza nada desdeñable, y su móvil Motorola Stortac al lado de la misma muñeca semipeluda. Damien adquirió un 600SEL la semana pasada, y esta mañana, camino del local, él y sus gorilas han acompañado a Linda Evangelista hasta el pase de Cynthia Rowley. Hace frío, comemos muesli, llevamos patillas y, si no fuera por el madrugón, todo me parecería liso, radiante y pop.

—Pues ayer, en el desfile de Calvin Klein, nos fuimos a dar una vuelta por el backstage. Dolph y yo, mano a mano con nuestra botella de Dewar's. ¿Y a quién nos encontramos? A Kate Moss, desnuda de cintura para arriba y con los brazos cruzados para que no se le vieran las tetas. Y digo yo: ¿qué tetas? Luego fuimos al Match Uptown, y ahí me pasé con los martinis. Dolph tiene un máster en ingeniería química, y además está casado. Y no con cualquiera: con una mujer de armas tomar. Total, que en la sala vip no había ni una triste chica que valiera la pena a la vista. Mucho eurolobo, pero de heroína, lesbianas, toque oriental y todo eso... cero. Nada digno del *Esquire*, vamos. Estuvimos un rato con Irina, esa esquimal siberiana que dicen que va a ser la próxima supermodelo. Pero después del quinto martini le pregunté que qué tal era eso de vivir en un iglú... y ahí se acabó la velada. —Damien se quita las gafas, se frota los ojos y ajusta las pupilas a la luz por primera vez en lo que va de mañana para echar un vistazo a los titulares—. ¿Helena Christensen se separa de Michael Hutchence? ¿Prince está saliendo con Verónica Webb? Desde luego, el mundo se ha vuelto loco.

Beau aparece de repente con la última versión de la lista de invitados, me dice no sé qué sobre Gap al oído, y me pasa una invitación de muestra (hasta ahora Damien no se había interesado por el tema) junto con varias polaroids y fotos de 20 X 24 de las camareras que hemos contratado para esta noche. Las de Rebecca y Pumpkin, ex Doppelganger, se las queda él. Son sus favoritas.

—Shalom Harlow me estornudó encima —dice Damien.

—*I've got chills* —confieso—. *They're multiplying.*^[11]

Repaso el menú que Bongo y Bobby Flay se han inventado para la ocasión: montaditos de pan moreno con gravlax curado a la jalapeña, arugula picante y guarnición de mesclun, cogollos de alcachofa del suroeste con focaccia, funghi porcini y pechugas de pollo asado a las hierbas y/o atún a la plancha con granos de pimienta negra, fresas bañadas en chocolate y surtido selecto de granizados.

—¿Habéis leído la entrevista que le han hecho a Marky Mark en el *Times*? — pregunta Damien—. Aún está medio traumatizado por lo de la ropa interior.

—No me extraña, yo también —digo—. Atiende, que te digo cómo he sentado a los invitados.

Pero Damien sigue esperando la reacción de Beau.

Beau se da cuenta, da varias explicaciones sobre el menú, y luego, midiendo sus palabras, añade:

—Y yo. Yo también estoy medio traumatizado.

—Ayer me habría tirado lo menos a veinte tías. Tías normales y corrientes que me crucé por la calle. Hubo una... La única que no había visto el 600SEL. La típica que no sabría distinguir un Versace de un trapito de Gap... Vamos, con decir que ni siquiera se fijó en el Patek Philippe...

En éstas se vuelve hacia los gorilas, incluido el que lleva rato mirándome como si me tuviera ganas, y dice:

—Vosotros igual no llegáis a tener un reloj así en la vida. Bueno, pues ésa fue la única que se dignó dirigirme la palabra. Estábamos en el Chemical Bank. Se me acerca, más bien gordita ella, y se me insinúa. Entonces yo voy, pongo cara de compungido, y con gestos y tal le explico que soy mudo, que no tengo lengua... que no puedo hablar, vaya. Y ahora viene lo mejor. ¡Resulta que sabía hablar con las manos!

Damien se me queda mirando y me veo obligado a exclamar:

—Caray.

—Te lo digo en serio, Victor —continúa Damien—. El mundo está lleno de sorpresas. La mayoría no son tan interesantes, pero es igual: siguen siendo sorpresas. Ya os podéis imaginar el mal rollo que me dio. Horroroso. Bueno, como que casi me muero de la vergüenza. Al final me sobrepuse... —sorbido de latte—, pero hubo un momento en que pensé: ¿será que no estoy al día? Qué pánico, oye. Me sentí... mayor.

—Anda ya, pero si sólo tienes veintiocho años. —Indico a Beau con una seña que ya puede volver a lo suyo.

—Veintiocho. —Damien considera el alcance de esta cifra y decide cambiar de tema—. ¿Va todo bien? —pregunta mientras señala los periódicos esparcidos sobre la mesa—. ¿O se prevé algún desastre inminente del cual deba estar informado?

—Echa un vistazo a las invitaciones —digo, y le paso la muestra—. Me parece que hasta ahora no habías tenido tiempo de verlas.

—Bien, muy originales. O, como diría mi amiga Diana de Furstenberg, «oguiguinales».

—Sí. Hemos usado papel reciclado y tinta de paja... digo de soja. —Cierro los ojos y sacudo la cabeza para despejarme—. Perdón, con ese par de cretinos ahí arriba

ya no sé lo que me digo.

—Victor, abrir un local como éste implica una declaración de principios — observa Damien—. Te habrás dado cuenta.

«Lo que hay que aguantar», pienso, pero digo:

—¿Ah, sí?

—Estamos vendiendo una utopía.

—¿Una autoqué?

—Una autonada. Una utopía, con u. ¿De qué está hecha la marca Fruitopía? De fruta y...

—¿Utopía?

—Exacto. —Damien se despereza y se arrellana en el asiento—. No lo puedo evitar —confiesa perplejo—. Cada vez que pongo los pies aquí noto que la atmósfera está cargada de sexo, que el sexo se apodera de mí.

—Ahora que lo dices...

—Esto no es un local, Victor. Es un afrodisíaco.

—Mira, ésta es la distribución de las mesas, con los nombres de los invitados a la cena, y éstos son los periodistas que asistirán al cóctel. —Le entrego el correspondiente fajo de papeles y él se lo pasa a uno de sus gorilas, que se lo queda mirando en plan «¿eh?».

—Me basta con que me digas a quién has puesto en mi mesa —dice Damien con aire distraído.

—A ver, dame. —Tiendo la mano para recuperar los papeles y el gorila que los custodia me mira mal y duda un instante antes de soltarlos—. A ver, en la mesa número uno vais a estar tú, Alison, Alec Baldwin, Kim Basinger, Tim Hutton, Uma Thurman, Jimmy y Jane Buffett, Ted Field, Christy Turlington, David Geffen, Calvin y Kelly Klein, Julian Schnabel, Ian Schrager... y Russell Simmons más sus respectivos cónyuges, acompañantes, etcétera.

—A mí me has puesto entre Uma Thurman y Christy Turlington, ¿no?

—Entre Alison y Kelly.

—No, no, no, no, no. A mí me sientas entre Uma Thurman y Christy Turlington, ¿entendido? —Me amenaza con el dedo.

—No sé cómo le sentará eso a... —deslizo con un carraspeo— Alison.

—¿De qué tienes miedo? ¿De que me pellizque?

—Vale, vale —acepto—. Jotadé, tú mismo.

—A partir de mañana aquí no entra nadie gratis. Bueno, sólo las lesbianas guapas. Y si se os cuela alguien vestido como Garth Brooks, lo ponéis de patitas en la calle. Queremos una clientela que eleve el coeficiente de clase.

—Que eleve el coeficiente de clase. Perfecto. —Sin querer, los ojos se me van a la cabeza de Damien.

—*Ground control to Major Tom*^[12] —me dice él chasqueando los dedos.

—¿Eh?

—¿Qué cojones estás mirando? —me pregunta.

—Nada. Sigue, sigue.

—¿Por qué me mirabas?

—Por nada. Estaba distraído. Di, di.

Tras una breve pero escalofriante pausa, Damien continúa dando instrucciones:

—Si esta noche veo por aquí a alguien que no esté a la última —amenaza con frialdad—, y os recuerdo que una sola persona ya es alguien, os mato.

—Me has dejado la garganta tan seca que no puedo ni tragar saliva, tío.

Damien se ríe y vuelve a mostrarse relajado, y yo hago lo posible por imitarlo.

—Mira —dice—, lo que no quiero es que mis amigos tengan que aguantar a ningún bohemio tarado ni a gente de esa que pregunta «¿entiendes?» con segundas.

—¿Has tomado nota? —digo.

—«Gente de esa que pregunta “¿entiendes?” con segundas» —repite Jotadé mientras apunta.

—¿Y qué pasa con la DJ esa de los cojones? —pregunta Damien sin demasiado interés—. Esa tal Misha Alison me ha dicho que ha desaparecido.

—Estamos llamando a todos los hoteles de South Beach, de Prague y de Seattle —explico—. Y a todas las clínicas de desintoxicación del noreste del país.

—Pero ya es un poco tarde, ¿no? —dice Damien—. Aunque la encontréis, ya es un poco tarde, ¿no?

—Victor y yo estaremos entrevistando a posibles candidatos todo el día —anuncia Jotadé para tranquilizarlo.

—Hemos llamado a todo el mundo, desde Anita Sarko hasta Smokin Jo pasando por Sister Bliss. Tendrás tu DJ.

—Son casi las ocho, tíos —dice Damien—. Y no hay nada peor que un DJ que no esté a la altura. Prefiero morirme antes que contratar a un DJ que no esté a la altura.

—¡Pero si no podemos estar más de acuerdo! —insisto—. Por eso ya teníamos pensadas un montón de sustitutas. Tendrás tu DJ, no te preocupes. —De pronto, no sé por qué, empiezo a sudar. Cuanto antes se acabe este desayuno, mejor—. Oye, ¿dónde podremos localizarte si te necesitamos para algo antes de esta noche?

—En la suite presidencial del Mark. Aún estoy de obras y... en fin. —Se encoge de hombros y mastica un bocado de muesli—. ¿Tú aún vives en el centro?

—Sí.

—Pues a ver cuándo te mudas a una zona decente, como hemos hecho los demás. Eh, estáte quieto de una vez —dice refiriéndose a un zapato negro de cordones de Agnès B que no para de moverse y que resulta ser de mi propiedad—. ¿Te pasa algo?

—¿A mí? Nada. Oye, tenemos que...

—¿Qué pasa? —Damien ha dejado de masticar y me observa atentamente.

—Sólo te iba a pedir... —Respiro hondo.

—¿Qué me estás ocultando?

—Nada...

—No me lo digas. Te has matriculado en Harvard en secreto. ¿A que sí? — Damien se ríe y mira a los demás para que hagan lo mismo.

—En Harvard. Exacto. —Yo también me río.

—Últimamente no paro de oír rumores sobre ti y Alison. De momento, no hay pruebas —se carcajea—, pero el tema me tiene... escamado.

Los gorilas no se ríen.

Jotadé no levanta la vista de sus notas.

Y yo, cuando quiero darme cuenta, estoy ejercitando la musculatura pélvica.

—Pero qué dices. No la tocaría ni por todo el oro del mundo. Te lo juro.

—Ya. —Se nota que está pensando en voz alta—. Tú ya tienes a Chloe Byrnes. ¿Para qué ibas a querer tirarte a Alison? Chloe Byrnes. —Suspira—. Que se dice pronto. —Silencio—. ¿Cómo te lo montas?

—¿Cómo me monto el qué?

—¿Sabíais que a este tío le ha tirado los tejos Madonna? —explica Damien a sus guardaespaldas, que disimulan perfectamente su entusiasmo.

Sonrío algo avergonzado.

—¿Y tú qué? —contraataco—. Tú te lo has montado con Tatjana Patitz.

—¿Con quién?

—Con la tía que se cargan en pleno polvo en *Sol naciente*. La de la mesa.

—Sí, bueno, pero tú sales con Chloe Byrnes. No compares —insiste Damien, arrobado—. ¿Cómo te lo montas? Cuéntanos el secreto.

—Oye, que no tengo ningún secreto. En serio.

—No, imbécil. —Damien me lanza una pasa—. Tu secreto con las mujeres.

—Pues... no decirles cumplidos —contesto in extremis.

—¿Qué? —Damien se inclina hacia mí.

—Lo que no significa tratarlas con indiferencia. Por ejemplo. Que te preguntan si se nota que se han aclarado el pelo, pues tú les dices que sí. Que si les ves la nariz demasiado ancha, pues también. —Estoy sudando—. Pero sin pasarse, claro. — Pongo cara de nostalgia, cuento hasta tres y sigo—: Y ya está, ya las tienes en el bote.

—Joder con el chaval —dice Damien con admiración. Y después de llamar la atención de uno de sus gorilas con el codo—: ¿Lo has oído?

—¿Qué tal está Alison? —pregunto.

—La ves tú más que yo, seguramente.

—No creas.

—¿Ah, no?

—Bueno, Chloe y... No creo, no. Pero... En fin, qué más da.

—No te has comido el muesli —comenta Damien tras un largo y gélido silencio.

—Ah, sí, ahora voy —digo con la cuchara en alto—. Jotadé, ¿me pasas la leche?

—Alison —se queja Damien—. Joder. No sé si he dado con una obsesa o con una obtusa.

Flashback: Alison me mira con desdén mientras el Señor Chow le lame los pies. Luego parte un coco, enumera sus actores de cine favoritos menores de veinticuatro años, incluidos los que ya han pasado por su cama, y bebe un Snapple tras otro.

—Puede que con las dos cosas —aventuro.

—La quiero. Qué le voy a hacer. Para mí es como un arco iris; como una flor. Joder —se lamenta—, si no fuera por ese aro que lleva en el ombligo... Y por las sesiones de láser que me va a costar quitarle los tatuajes...

—No... no sabía que Alison llevara un... pendiente en el ombligo.

—¿Y por qué tenías que saberlo? —pregunta.

—En fin... —interviene Jotadé.

—También he oído decir que andas buscando un local —dice con un suspiro y sin quitarme ojo—. Dime por favor que sólo es un rumor desafortunado e infundado.

—Yo diría más bien malintencionado. Tranquilo, ni siquiera se me ha pasado por la imaginación. Ahora lo que me interesa es el cine.

—Sí, ya lo sé. Pero esta inauguración ha atraído mucho la atención de los medios. En parte gracias a ti, desde luego, eso no te lo voy a negar.

—Gracias.

—Como tampoco pienso negar que, si nos utilizaras... A ver si encuentro la palabra justa... Ya. Si nos utilizaras como plataforma de lanzamiento y nos dejaras con un palmo de narices en cuanto esto marchara viento en popa para poder abrir tu propio local con ese caché...

—Espera, espera. Las cosas no son tan simples.

—... si nos dejaras a mí, a los demás socios y a varios ortodoncistas de Brentwood (incluido uno que es medio vegetal) que han invertido mucho dinero en...

—Damien, ¿de dónde quieres que saque yo la pasta para montar un local?

—Yo qué sé. De los nipones. De alguna estrella que te hayas tirado por ahí. De algún millonario marica que te pretenda.

—Damien, primera noticia, en serio. Y no descansaré hasta que descubra quién ha filtrado ese rumor.

—Mi más sincero agradecimiento.

—Cualquier cosa con tal de desfruncir ese ceño.

—Tengo partida de golf —anuncia Damien mientras mira el reloj—. Y luego he quedado para almorzar en el Fashion Café con Christy Turlington, la modelo con menos poder de convocatoria del momento según el último número del *Top Model*.

En el Fashion Café tienen una réplica virtual. Un día tenéis que ir a verla. Le llaman «el maniquí parlante» y es clavada a Christy. Dice cosas como «Vuelve pronto, así a lo mejor podremos conocemos personalmente». Cita a Somerset Maugham, habla de la situación política en El Salvador, comenta su contrato con los cereales Kellogg's... Sí, ya sé lo que estáis pensando, pero os aseguro que da un toque de distinción al local.

Damien se levanta seguido por sus gorilas.

—¿Hoy tienes pensado dejarte caer por las pasarelas? —pregunto—. ¿O juzgan a otro Gotti?

—¿Qué? ¿Hay otro? —Entonces se da cuenta—. Te crees muy gracioso, ¿verdad? Pues no lo eres.

—Gracias.

—Pues claro que voy a ir a los desfiles. Es la Semana de la Moda, ¿no? ¿Adónde voy a ir, si no? —Suspira—. Tú sales en uno, ¿verdad?

—Sí. El de Todd Oldham. Salimos varios acompañando a nuestras respectivas novias. Es el leitmotiv de la colección, como si dijéramos: «Detrás de cada gran mujer...».

—... hay una sabandija. ¡Ja! Promete, promete. —Se despereza—. ¿A punto para esta noche?

—¿Qué pregunta! *I am a rock. I am an island.*^[13]

—Si tú lo dices...

—Así soy yo, Damien. Positivo al ciento por ciento.

—*Are you down with OPP?*

—*Hey, you know me.*^[14]

—Te conozco. Y sé que estás pirado.

—Lucidez. Lucidez total, tío.

—Ojalá supiera qué significa eso.

—Te lo diré en tres palabras: Prada, Prada y Prada.

26

Un pequeño edificio de TriBeCa a punto de salir del anonimato, un tramo de escaleras no demasiado empinadas y un corredor oscuro que conduce hasta: una barra

larga de granito, paredes recubiertas de apliques de metal envejecido, una pista de baile de tamaño mediano, una docena de monitores de vídeo, un cuartucho fácilmente reconvertible en cabina para el DJ, un ambiente separado al que sólo le faltan los vips y varias bolas de espejos suspendidas de un techo muy alto. En otras palabras: lo básico. «Ves una luz intermitente y crees que esa luz intermitente eres tú».

—Ah... —exclamo viendo todo lo que me rodea—. ¡La noche...!

—Sí —Jotadé, inquieto, me sigue de un lado a otro.

Los dos llevamos pegados a los labios sendos botellines de Snapple Light con sabor a melón y fresa que Jotadé se ha encargado de comprar.

—Este local tiene encanto —comento—. Venga, cabroncete, admítelo.

—Victor.

—Sí, ya sé. La fragancia masculina que desprende mi cuerpo hace que te de vueltas la cabeza.

—No le tomes tanto cariño —me previene—. Sabes de sobra que la esperanza de vida de este local será corta, que será un negocio a corto plazo.

—Tú sí que eres un negocio a corto plazo. —Acaricio la superficie lisa de granito con las manos: escalofríos.

—Uno invierte mucha energía en ponerlo en pie y todos los que al principio contribuyen a convertirlo en un lugar hermoso e interesante... (eh, no te rías), luego te dan la patada a la primera de cambio.

Bostezo.

—Dicho así, parece una relación homosexual.

—Perdona, tesoro, nos hemos perdido.

Waverly Spear —diseñadora de interiores y doble de Parker Posey— hace su entrada ataviada con gafas, mono ceñido y boina de lana. La acompañan una putita de estética hip-hop y un motero —muy guapo, eso sí— con una camiseta que proclama «Lo hago como Dios».

—¿Dónde te habías metido?

—Me he perdido en el vestíbulo del Paramount —se excusa Waverly—. He subido las escaleras en vez de bajarlas.

—Oh, cielos...

—Y luego además resulta... —Rebusca en su bolso negro con aplicaciones de estrás diseñado por Todd Oldham—. Resulta que Hurley Thompson está en Nueva York.

—Sigue.

—Hurley Thompson está en Nueva York.

—¿Pero no tenía que estar rodando la secuela de la segunda parte de Sun City? —pregunto ligeramente ofendido—. ¿No tenía que estar en Phoenix?

Waverly deja a un lado a los dos zombis que la acompañan y me lleva aparte.

—Victor, en este preciso momento Hurley Thompson está en la suite Celine Dion del Paramount tratando de convencer a alguien de que lo del preservativo es un engorro.

—¿Entonces no está en Phoenix?

—Ya hay varias personas al corriente de su viaje —dice con voz intencionadamente grave—. Pero no al corriente del porqué de su viaje.

—¿Lo sabe alguno de los que estamos aquí? No me digas que tendré que preguntárselo a ese par de joyas.

—De momento, te diré que Sherry Gibson va a pasarse una buena temporada sin grabar episodios de *Los vigilantes de la noche* —dice antes de echar una calada que amenaza con consumir el cigarrillo entero.

—Sherry Gibson, Hurley Thompson. Te sigo. Amigos, amantes y relaciones públicas.

—Según parece, Hurley se ha estado metiendo cocaína por un tubo y, después de lo de Sherry, ha tenido que salir del set de *Sun City III* por piernas. En la cara le fue a pegar, nada menos. Por eso ahora está en el Paramount. Se ha registrado con un nombre falso: Carrie Fisher.

—Entonces ha dejado el rodaje...

—Sherry parece un oso panda y no hace más que llorar.

—¿Lo sabe alguien más?

—No. *Moi* y nadie más.

—¿Y quién es *Mua*?

—*Moi* soy yo, zoquete.

—*Our lips are sealed.*^[15] —Dejo a Waverly, doy una palmada que sobresalta a los demás, y me dirijo al centro de la pista.

—Waverly, quiero que este local tenga un look minimalista. Pero minimalista al margen de las etiquetas. Algo entre industrial y elitista.

—¿Con un toque cosmopolita? —Waverly me sigue casi sin aliento mientras enciende otro Benson & Hedges Menthol 100.

—Los noventa son sinceros, directos. Y eso es lo que tiene que reflejar este local —preciso sin dejar de dar vueltas—. Quiero algo clásico, pero no deliberadamente clásico. Quiero fluidez en la transición del exterior al interior, de lo formal a lo informal, de lo húmedo a lo seco, de lo blanco a lo negro, de lo lleno a lo vacío... Uf, que alguien me pase una compresa fría.

—Lo que tú quieres es simplicidad, tesoro.

—Tenemos que enfocar la vida nocturna con la máxima seriedad. —Enciendo un Marlboro.

—Sigue hablando así y llegaremos lejos.

—Para mantener su negocio a flote, querida, el dueño de un local debe cultivar

una imagen de hombre de empresa y de tipo legal desde todos los puntos de vista. — Pausa—. Y yo... soy un tipo legal.

—¿Y un hombre de empresa? —pregunta Jotadé.

—Los tipos legales no respondemos a las provocaciones —lo atajo entre calada y calada—. Hey, ¿me has visto en la portada del *Youth-Quake*?

—No, esto —empieza Waverly, pero algo la hace cambiar de opinión y dice—: Ah, ¿pero eres tú? Te han sacado genial.

—Ajá —asiento sin convencimiento.

—Donde sí te vi fue en el pase de Calvin Klein, y oye...

—Imposible. No fui. Y oye... ¿te has fijado en esa pared? Es de color pesto. O sea, imposible.

—De rigueur —corroboro a su espalda ese prodigio de la naturaleza en forma de jovencito.

—Victor —anuncia Waverly—, te presento a Ruby. Diseña boles. Los fabrica con arroz y cosas así.

—Diseñadora de boles, ¿eh? Caramba.

—Los fabrica con arroz y cosas así —insiste Waverly sin parpadear.

—Con arroz, ¿eh? Caramba. —Yo también la miro fijamente—. ¿Me has oído ya, o tengo que repetir «caramba»?

El motero se ha quedado embelesado mirando las más de doce bolas de espejos que cuelgan del techo en la pista de baile.

—¿Y el rebelde sin causa?

—Félix. Estuvo trabajando en Gap —me informa entre inspiración y espiración—. Y luego en Bali, diseñando decorados para *The Real World*.

—No me hables de ese programa —digo entre dientes.

—Perdona, tesoro, yo es que tan temprano... Oye, no seas malo con Félix, ¿eh? Acaba de salir de la clínica.

—Qué me dices. ¿El estuco crea adicción?

—Es amigo de Blowpop y de Pickle, y ha trabajado para Connie Chung, Jeff Zucker, Isabella Rossellini y Sarah Jessica Parker. Se dedica a los armarios.

—Ah, genial. Genial —digo con un gesto de reconocimiento.

—El mes pasado él y su ex novio se lo montaron en las salinas de Bonneville, y hace tres días el cráneo del tal Jackson apareció en un pantano, con que... procuremos ir con un poco de cuidado.

—Muy bien Santo Dios, qué frío hace aquí...

—Veo flores de color naranja. Veo bambú. Veo porteros españoles. Oigo a Steely Dan. Veo a Fellini... —Waverly se queda boquiabierta, suelta una bocanada de humo y arroja la ceniza al suelo—. Veo los años setenta, tesoro. Y me corro de gusto sólo de pensarlo.

—Me estás ensuciando el local —señalo, contrariado.

—¿Qué te parece la idea de Felix de poner una barra de zumos?

—Felix sólo piensa en dónde tirarse a su próximo tranquilizante orgánico. — Introduzco la colilla de mi Marlboro en el botellín medio vacío de Snapple que me tiende Jotadé—. Además, no me da la gana de ahogar mis penas en una barra donde sólo se sirven... zumos. ¡Santo Dios! ¿Tienes idea de la cantidad de cosas que tengo pendientes? Barra de zumos. Lo que hay que aguantar.

—O sea, fuera la barra de zumos —concluye, y toma nota.

—Mira —protesto—, para eso nos ponemos a vender bocadillos o pizzas. Coño, hasta nachos, si tanta ilusión os hace. —Suspiro—. Oye, tu amigo y tú no estáis siendo muy creativos que digamos...

—Tienes razón, tesoro —admite Waverly mientras finge que se enjuga el sudor de la frente—. Tenemos que ponernos las pilas.

—¿Waverly? Atiende de una vez: para estar de moda no hay que ir a la moda.

—Hay que ir pasado de moda...

—No. Hay que pasar de la moda.

—O sea, ¿lo in está out?

—¿Lo ves? —digo a Jotadé después de propinarle un puñetazo en el hombro—. Ella lo ha cogido a la primera.

—Qué maravilla. Hasta se me ha puesto la piel de gallina, mira —dice mientras me muestra el antebrazo.

—¡Limonos, Victor! Limones por todas partes —proclama Waverly dando vueltas sobre sí misma.

—Y el tío Heshy que no pase de la puerta, ¿entendido?

—*Sweet dreams are made of this*,^[16] ¿eh, Victor? —dice Jotadé, que contempla con desgana las evoluciones de la diseñadora.

—¿Crees que nos habrán seguido? —pregunto, y enciendo otro cigarrillo sin perder de vista a Waverly.

—¿Tienes miedo de que nos hayan seguido y no estás dispuesto a admitir que abrir este local a espaldas de Damien no es tan buena idea como parecía?

—«Respuesta insatisfactoria. Me dispongo a abrir fuego». —Y lo fulmino con la mirada—. Tú has perdido el tren, chaval.

—Lo que he perdido son las ganas de que me rompan las piernas —dice con cautela—. Sobre todo por culpa de un local ¿Te suena la frase «Resiste el impulso»?

—¡Damien Nutch Ross aún no ha bajado de los árboles! —Suspiro—. Y tu punto de vista debería ser: persona dormida zzzzzz.

—¿Se puede saber por qué quieres abrir otro local?

—Otro no. Mi propio local.

—No, no me lo digas... Ya lo tengo. Para hacer amistades de la noche a la

mañana. —Jotadé se estremece. Hace tanto frío que su aliento forma nubes.

—¿Qué amistades ni qué niño muerto? ¿Sabes en qué pienso cuando veo todo esto? En mi cuenta corriente. Con que no me seas capullo.

—Claro. Alguna afición hay que tener, ¿no?

—Tómame otra dosis de Prozac, a ver si así pierdes menos aceite.

—Y tú una de realismo. Doble, si puede ser.

—*You need coolin', I'm not foolin'* ^[17]

—Victor, esto no es ningún juego —dice Jotadé—. ¿O sí?

—No —contesto—. Vámonos al gimnasio.

En un gimnasio de Flatiron District, en lo que desde la semana pasada se ha convertido en el tramo más in de la parte baja de la Quinta Avenida, mi preparador físico, Reed, cede su imagen para un reportaje de *Entertainment Tonight* sobre preparadores físicos de personajes famosos que han llegado a ser más famosos incluso que los famosos cuyos cuerpos ponen a punto. En este momento se encuentran en el gimnasio —que, por cierto, no tiene nombre, sólo un logo subrayado por el lema «La debilidad es un crimen que no debes cometer»—, haciendo ejercicio bajo la hilera de monitores de vídeo que emiten episodio tras episodio de *Los Picapiedra* y a la luz tenue de una araña de cristal, Matt Dillon, Toni Braxton, la esposa del sultán de Brunei, Tim Jeffries y Ralph Fiennes; todos ellos medio muertos. En los vestuarios diseñados por Philippe Starck, dos modelos —Craig Palmer y Scott Benoit— se desnudan y medio me evitan por culpa de un comentario que hice a propósito de la suerte de Matt Nye. Reed apareció en un número del *Playgirl* que vendió algo así como diez millones de ejemplares, lo que le costó una campaña de Gap pero le valió la ayuda de Danny Errico, de Equinox, para montar este local. Estos días Reed coprotagoniza una película sobre un policía al que asignan dos gibones como compañeros. Reed: 175 dólares la hora mejor empleados imposible (como ya dije en su momento a Chloe), melena rubia jamás recogida en coleta, barba sexy de dos días, bronceado natural, pendiente de plata en la oreja derecha, cinturón de marca, los músculos tan destacados que parece un cuerpo despellejado, y un BMW negro con una matrícula que advierte: CANALLA. ¿Qué más se puede pedir? Aquí dentro hace tanto frío que veo salir humo de los focos que ha colocado el equipo del programa.

La reportera del *Details* llega con retraso.

—Perdona, me he perdido —dice por decir algo. Jersey negro de cachemir, camisa blanca de algodón, pantalones blancos de seda y, haciendo honor a su condición de reportera del *Details*, coderas y brazal reflectante de ciclista—. Vengo de entrevistar al presidente de Gabón, Ornar Bongo, y a su sobrinito... —consulta su bloc de notas— Spencer.

—Con todos ustedes —anuncia Reed con los brazos abiertos—, Victor Ward, el hombre de moda.

Murmullo de admiración procedente de los miembros del equipo, semiocultos tras los focos humeantes que ellos mismos han colocado frente al StairMaster.

—¡Acción! —dice por fin una voz cansada.

—Quítate las gafas de sol —me ordena Reed en voz baja.

—¿Con estos focos? Ni loco.

—Hueles a Marlboro —me regaña Reed mientras me conduce a empellones hacia

el StairMaster—. Te tengo dicho que no fumes. El tabaco acorta la vida.

—La tercera edad, en todo caso. No me perdería esos años por nada del mundo...

—Vas de duro por la vida, ¿eh? Venga, arriba —ordena, y da una palmada al costado de la máquina.

—Hoy quiero hacer pantorrillas, muslos y sobre todo, sobre todo, abdominales —insisto—. Bíceps no —le advierto—. Me empiezan a abultar demasiado.

—¡Pero qué dices: si no llegan a treinta y dos centímetros! —Y gradúa el StairMaster a nivel 10, opción selección aleatoria.

—Oye, ¿no te aprieta un poco esa camiseta? —le digo para provocarlo.

—Los brazos han destronado a los pechos —sentencia él.

—¡Anda, es verdad! —digo a la vista de un diminuto punto negro—. Ya te ha salido el primer pezón...

—¡Corten! —ordena el director con un suspiro.

—Victor, un día de éstos —me amenaza Reed— voy a agarrar el talón sin fondos que...

—Oye, oye, que Chloe ya lo ha arreglado.

—Esto es un negocio, querido —dice con una sonrisa forzada—, no una ONG.

—Oye, si te apetece trabajar, estoy buscando guardias de seguridad.

—Ya estoy trabajando.

—¿A esto llamas tú trabajar? ¿A poner en marcha cuatro máquinas de fitness? Santo Dios, lo que hay que oír...

—Y ya tengo una segunda fuente de ingresos.

—Que conste que a mí lo de la prostitución masculina me parece perfecto... siempre y cuando se tomen precauciones. De algo hay que vivir.

Reed me arrea un coscorrón.

—Hoy haremos flexiones... —gruñe.

—Y abdominales —insisto—. Tengo sesión de fotos.

—¡Atención! —grita el director—. ¡Acción!

Automáticamente, sin que le suponga ningún esfuerzo, Reed empieza a dar palmadas y a dar instrucciones en voz alta:

—Trabaja, Victor. Empléate a fondo. Suda. No, así no, estás demasiado tenso. Fuera esa tensión. Con cariño.

—He renunciado a la cafeína para siempre. Estoy aprendiendo a relajarme visualizando el fondo del mar. Ya no compruebo si tengo mensajes en el buzón de voz cada media hora. Demuestro mi afecto al prójimo. Y mira qué llevo aquí. —Busco bajo mi camiseta Calvin Klein—. El collar de la tranquilidad.

—¡Fantástico! —aúlla Reed sin dejar de dar palmadas.

Me vuelvo hacia la cámara y digo:

—He hecho gimnasia con Radu y con Pasquale Manocchia, que, para quien no lo

sepa, es el preparador físico de Madonna, y tengo que decir que, de entre todos los preparadores que entrenan a los famosos, Reed es el mejor.

—Me obsesionan los bíceps, los tríceps y los flexores de los antebrazos —confiesa Reed, avergonzado—. Para mí, un brazo nervudo es un fetiche.

—Estoy fuerte como un toro, pero ando bajo de glucosa y, en estos momentos, necesito un Jolly Rancher como el aire que respiro.

—Después de ésta —dice Reed entre palmada y palmada—. Entonces te dejo comerte tu PowerBar. Te lo prometo.

Y de repente oigo los primeros compases de «Come Together», de Primal Scream.

—¡No hay derecho! —protesto—. Esta canción dura ocho minutos y cuatro segundos.

—¿Cómo te puedes acordar de esas cosas? —pregunta la reportera del *Details*.

—Desde más arriba se llega más lejos —respondo jadeando—. Ése es mi lema, colega. —Suena el busca. Es Jotadé, desde el local.

—Reed, déjame tu móvil un momento, sé bueno. —Suelto las barras y sonrío a cámara mientras marco el número—. Mira, Liz: ¡sin manos!

Reed se lo toma como una provocación y acelera la máquina, cosa que a mí me parece imposible, porque estaba convencido de que el StairMaster sólo tenía diez niveles de dificultad.

—¿Estoy invitado a la cena de esta noche? —pregunta Reed—. No he visto mi nombre en las listas que ha publicado la prensa...

—Sí. Estás en la mesa 78, con los Lorax y Pauly Shore —le espeto—. Jotadé, ¿estás ahí?

—Victor —empieza Jotadé sin aliento—, no eches las campanas al vuelo todavía, pero entre Beau, Peyton y yo hemos conseguido una entrevista con DJ X.

—¿Con quién dices?

—Con DJ X. Has quedado con él hoy a las tres en el Fashion Café —sigue—. Dice que esta noche está disponible.

—Estoy en plena sesión de StairMaster. —Hago esfuerzos para no jadear—. ¿Dónde has dicho? ¿En el Fashion Café?

—Victor, DJ X es el último grito en DJs —dice Jotadé—. Imagínate qué publicidad y córrete de gusto. Adelante, suéltalo todo.

—Vale, vale. Contrátalo —lo atajo—. Dile que ponga el precio él mismo.

—Antes quiere conocerte.

—Santo Dios.

—Es sólo para quedarse tranquilo.

—Oye, pues envíale una bolsa de palomitas azucaradas. O un chupete último modelo, el más mono que encuentres. Dile que la mamas como Dios. ¿O no es

verdad?

—Victor —insiste Jotadé, exasperado—, no aceptará si antes no habla contigo. Y lo necesitamos para esta noche. No discutas.

—¡No pienso recibir órdenes de un tipo que, cuando le suenan las tripas, dice que «tiene apetito»! —grito—. Con que cállate.

—En el Fashion Café —repite Jotadé—. A las tres. Te he mirado la agenda y tienes tiempo.

—Jotadé, estoy intentando concentrarme —gruño—. ¿Sería mucho pedir...?

—En el Fashion Café a las tres. *Ciao*, Victor. —Y cuelga.

—Oye, tú a mí no me cuelgas. ¡Pero quién te has creído que eres! —Cuelgo yo también y anuncio sin pensármelo dos veces—. De repente me han entrado unas ganas locas de trepar.

—Dudo que hayas hecho otra cosa en toda tu vida, querido —dice Reed con resignación.

—¿Te crees que eres alguien porque una vez rechazaste una oferta de Reebok?

Después de hacer algo así como mil flexiones para los espectadores de *Entertainment Tonight*, me paso al Treadwall, un simulador de escalada para espacios cerrados que permite al usuario trepar sin desplazarse, y en éstas me fijo en la chica del *Details*, que está apoyada en la pared con el bloc de notas escondido debajo del primer número de una nueva revista llamada *Bubble*. Aquí dentro hace tanto frío que tengo la sensación de estar escalando un glaciar.

—Santo Dios —refunfuño al ver la portada de la revista—. Lo que nos faltaba. «Luke Perry nos cuenta qué opina de Kurt Russell». ¡Y a mí qué coño me importa!

—¿Qué tal va todo? —dice la reportera por decir algo—. ¿Nervioso por lo de la inauguración?

—*Remember what the dormouse said*^[18] —es mi críptica respuesta. En este momento Matt Dillon pasa entre los dos sorbiendo un batido energético—. Hey, Matt, qué pasa.

—Te tomas muy a pecho esto del ejercicio, ¿no? —comenta la reportera.

—¿Qué hay de malo en querer tener buen aspecto?

La chica sopesa mi respuesta medio pensativa.

—¿A cualquier precio? Y con eso no quiero decir nada. Es una simple hipótesis. No te lo tomes a mal.

—¿Cómo era la pregunta?

—¿Sacrificarías otras cosas con tal de tener buen aspecto?

—¿Qué otras cosas?

—Ya. —La reportera trata de completar una mueca que yo habría preferido no ver.

—*We're all in this together*^[19], ¿vale? —respondo con un bufido y las manos

llenas de yeso—. Oh, sí, quiero dejar atrás todo esto y dedicarme a alimentar a los indigentes. A enseñar el lenguaje de los signos a los orangutanes. A recorrer los pueblos en bicicleta con mi cuaderno de dibujo bajo el brazo. A... qué sé yo. ¿A mejorar las relaciones interraciales? ¿A abrirme paso hasta la Casa Blanca? Lo que hay que aguantar. No te jode...

24

Antes incluso de llegar a Industria para la sesión de fotos ya vuelvo a tener la sensación de que alguien viene siguiéndome, pero, por más que me vuelvo, no veo más que mensajeros en bicicleta llevando books a Click, a Next y a Elite, así que, para sacudirme la paranoia, entro en Braque y pido un latte descafeinado con leche desnatada y no demasiada espuma. El número de Alison en el busca me acompaña a lo largo y ancho de una serie interminable de grandes espacios blancos. Los modelos que van a tomar parte en la sesión —nueve aparte de mí, algunos ya con el bañador puesto— esperan pacientemente: Nikitas, David Boals, Rick Dean, un recién descubierto Scooter, un par de tíos que no sé exactamente qué pintan aquí, incluido un camarero del Jour et Nuit peinado a lo rasta al que sigue a todas partes un equipo del programa *Fashion File*, un par de gemelos que trabajan en el Twins del Upper East Side, y un europeo que tendrá el mejor cuerpo de todos los presentes —no lo niego— pero con una cara que da pena. En el fondo, todos somos iguales: guapitos de cara (con la excepción ya mencionada) con un cuerpo de escándalo, mata de pelo y labios perfilados. Luego podemos parecer modernos, gamberros o lo que sea, a gusto del consumidor.

Mientras espero que me llegue el turno de depilarme las cejas, repaso los cedés y doy conversación a una chica que come arroz y brócoli mientras le hacen la pedicura y que sólo sabe decir «jelines». Vaya donde vaya percibo una actitud decididamente relajada, y mis últimas dudas se disipan cuando el mismísimo Stanford Blatch me pasa un chicle Wrigley's Doublemint. Se han vuelto a poner de moda el flequillo de romano y los remolinos, lo que pone furiosos a Bingo, a Velveteen y a Didier, el fotógrafo, y obliga a echar mano de cantidades industriales de fijador PhytoPlage. Para sobrellevar mejor todo esto, algunos de los modelos beben champán, consultan su horóscopo en el *Post* o juegan a hacer cunitas de hilo dental con no sé qué ópera

de fondo. El ex organizador de las fiestas de Madonna, Ronnie Davis, alguien de Dolce & Gabbana, Garren (el estilista de los últimos desfiles de Marc Jacobs y Anna Sui) y Sandy Gallin nos miran fríamente, como si estuviéramos en venta o algo por el estilo. ¿Acaso podemos negarlo?

Tres historias: bermudas, madrás y Speedo. Nos fotografiarán con una gran tela azul de fondo que luego los técnicos japoneses sustituirán por una playa de manera que parezca que la foto se tomó en una playa de verdad; «Puede que incluso alguna de las de Miami», nos promete Didier. Bíceps, pectorales y tres muslos en total son adornados con tatuajes de pega. Hace un frío terrible.

Bingo me echa fijador en la cabeza hasta empaparme el pelo y luego lo extiende hasta las puntas con un peine, mientras Didier, no muy lejos, se pasea arriba y abajo sin quitar ojo a mis abdominales. Veintidós y con chupete. El pobre Scooter, que está preparando los exámenes de acceso a la universidad, está sentado a mi lado en un taburete alto. Sendos espejos descomunales de forma ovalada reflejan nuestra imagen.

—Quiero ver patillas —exige Bingo—. Necesito longitud.

—Bingo, nada de look natural —interviene Didier—. Prefiero algo atrevido.

—¿Es que ya no se lava nadie el pelo? —se queja Velveteen horrorizado—. ¡Cielos!

—Bingo, quiero un estilo duro con un punto de maldad, de ira contenida. Tiene que notarse ese punto de ira contenida. Quiero ver el lado agresivo de este chico.

—¿Qué lado agresivo? —pregunta Bingo—. Pero si trabaja de pastelero en Dean & Deluca...

—Bueno, entonces quiero ver el lado agresivo de este pastelero.

—Didier, este chico es tan agresivo como una cría de manatí.

—Cielos, Bingo, qué pesado eres —se queja Velveteen con un suspiro.

—¿Vais a hacerme caso, o no? —pregunta Didier, de nuevo en movimiento—. Espero que sí, porque os advierto que me canso enseguida.

—¡Velveteen! —grita Bingo—. Le estás estropeando el peinado a Scooter.

—Y tú ya estás empezando a tocarme la nariz.

—Quiero algo radical —dice Didier—. Quiero Red Hot Chili Peppers. Quiero energía.

—Pues yo lo que quiero es un porro así de grande —dice Scooter en voz baja.

—Quiero algo llamativo, algo sexy.

—¡Música, maestro!

—Siento como una especie de efervescencia... —musita Didier con aire pensativo—. ¿Y las patillas? ¡He pedido patillas! ¿Bingo? Bingo, ¿dónde te has metido?

—Yo tengo patillas —digo con el brazo en alto—. Esto... perdona pero eso es

crema hidratante —me veo obligado a informar a Bingo.

—Sin exagerar, ¿eh, Didier? —suplica amargamente Velveteen—. Sin llegar al look «rey del mambo», si puede ser.

Ya estamos todos frente al gran lienzo azul: algunos trabajando los bíceps con mancuernas, un par haciendo flexiones en el suelo. Didier reparte puros porque quiere que salgan en la foto, y quiere glicerina porque, además de salir en bermudas, tenemos que salir llorando; llorando y fumando, porque somos fumadores tristes frente a una playa que de momento sólo es un lienzo azul.

—¿Se supone que estamos tristes porque fumamos puros? —pregunto—. ¿O porque esto parece *Los vigilantes de la playa*?

—Estáis tristes porque sois imbéciles y hasta ahora, hasta llegar a esta playa, no os habíais dado cuenta —contesta Didier porque sí, ya con el dedo en el obturador de la Polaroid.

Scooter contempla su cigarro con aire pensativo.

—Hazle lo mismo que le hiciste al que te dio este trabajo —le digo—. Chupa.

Scooter se queda lívido.

—¿Cómo lo sabes?

—¡David! ¡Fuera el parche de nicotina! —grita Didier detrás de la cámara.

—Como mi novia vea esta foto se va a creer que soy gay —se queja Scooter.

—¿Sigues con Felicia? —le pregunta Rick.

—No, ahora estoy con una chica que conocí en los lavabos del vestíbulo del Príncipe di Savoia —contesta él con aire perplejo—. Yo me había perdido y ella era clavada a Sandra Bullock. O al menos eso dicen.

—¿Cómo se llama? —pregunta David.

—Shoo Shoo.

—¿Shoo Shoo qué más?

—Que yo sepa, no tiene apellido.

—¿Cómo te lo montaste para echar a perder lo de CK? —le pregunta Nikitas.

—Fue por un mosqueo de Calvin —explica Scooter—. En parte, porque me corté el pelo, pero claro, en el fondo es bastante más complicado.

Una pausa considerable durante la que nadie dice nada y todos damos muestras de comprensión. La cámara de *Fashion File* sigue grabando.

—La de veces que me habré peleado yo con Calvin —comento mientras sigo trabajando los bíceps—. Ya he perdido hasta la cuenta. Con que... tú tranquilo —digo con las palmas a la vista.

—Pues te dio buenas entradas para el pase —comenta extrañado David mientras estira los músculos de las pantorrillas.

—Claro, como que desfilaba Chloe —apunta Rick.

—No fui al pase de Calvin Klein —afirmo sin perder la calma, y luego a gritos—:

¡Joder ya con el pase de marras! ¡Que no fui, coño!

—Pues por la foto que trae el *WWD* nadie lo diría —señala Rick—. Se os ve a ti, a David y a Stephen en la segunda fila.

—Que salga esa foto y ya veréis como al final resplandece la verdad —declamo mientras me froto los bíceps, muerto de frío—. En la segunda fila... Y una mierda.

Uno de los gemelos me pasa con recelo el ejemplar de hoy del *WWD*, que él mismo estaba leyendo. Se lo arrebató y busco las páginas correspondientes a los desfiles de ayer. La foto no es muy buena, pero, efectivamente, se nos ve a Stephen Dorff, a David Salle y a mí arrellanados en nuestros asientos, luciendo niquis años cincuenta, gafas de sol y expresión impasible.

El texto al pie destaca nuestros nombres en negrita y, después del mío, especifica: «El hombre de moda». Como si hiciera falta la aclaración... Una botella de champán cae al suelo y alguien pide a gritos una fregona.

—Oye, Victor, a ver si te aclaras —dice David—, porque yo no entiendo nada de nada. ¿Cómo que no fuiste al pase? ¿Quién es el tío de la foto, si no? No, no me lo digas. Ya sé. Es Jason Gedrick.

—¿Es que nadie me va a preguntar qué tal va lo de la inauguración? —protesto, y devuelvo el periódico al gemelo de malas maneras, cosa que, inexplicablemente, le parece indignante.

—Esto... Hombre, Victor, ¿qué tal va lo de la inauguración? —pregunta el otro gemelo.

—*I want to rock'n'roll all night and party every day.* [20]

—¿Por qué no me has invitado a la fiesta? —pregunta Rick.

—*I-want-to-rock-'n'-roll-all-night-and-party-every-day.* —Recupero el *WWD* y examino de nuevo la foto—. Se habrán equivocado. Será otro desfile. De hecho, no me extrañaría nada que fuera Jason Gedrick.

—¿A qué otros países has ido esta semana? —pregunta alguien.

—A ninguno —admito tras una pausa.

—Cuando dejes la órbita de Júpiter, avisa, ¿de acuerdo? —dice David mientras me da una palmadita en la espalda—. Y, para que lo sepas: Jason Gedrick está en Roma rodando la secuela de *Un amor de verano*, querido.

—Yo vivo el momento.

—No es eso lo que se comenta —insinúa Nikitas.

—Si es algo que tú hayas sido capaz de procesar, dudo que la información me interese —replico.

—¿Baxter y Chloe... bien? —pregunta David como si tal cosa. Las sonrisitas de Nikitas y Rick no me pasan inadvertidas.

—Bien es poco. —Pausa—. Esto... ¿qué has querido decir con eso, oh gran sabio?

Los tres parecen desconcertados. Por la expresión de sus caras, se diría que esperaban una confesión por mi parte.

—Bueno... —farfulla Rick—, en fin, ya sabes.

—Por lo que más queráis —refunfuño—. Si vais a arrastrar mi nombre por el fango, que sea rápido.

—¿Has visto *Tres formas de amar*? —se aventura David.

—Ajá, ajá, ajá.

—Pues dicen las malas lenguas que a Chloe, a Baxter y a ti os picó la curiosidad el título.

—Ese Baxter no será por casualidad Baxter Priestly, ¿verdad? —pregunto—. Ese pedazo de cretino.

—No sé yo quién es más cretino...

—Bueno, en según qué círculos, ya se sabe —explica David—. Y a mí me parece perfecto, oye. Perfecto.

—Un momento, un momento —digo con un gesto—. ¿Me creéis capaz de compartir a Chloe, a Chloe Byrnes nada menos, con semejante mequetrefe? Santo Dios, lo que hay que aguantar.

—¿Quién ha dicho que la estés compartiendo? —pregunta alguien.

—¿Y se puede saber qué significa eso?

—¿Quién ha dicho que la iniciativa haya partido de ti? —pregunta David—. ¿Quién ha dicho que tú estés de acuerdo?

—¿Y cómo voy a estar de acuerdo con algo que sólo existe en vuestra imaginación? —replico con una mirada de furia.

—Oye, que nosotros sólo te hemos contado lo que se comenta en la calle.

—¿En qué calle? ¿En qué calle vives, David?

—En... Ludlow.

—En... Ludlow —lo imito sin tan siquiera proponérmelo.

—Victor, ¿cómo quieres que nos creamos nada de lo que dices? —interviene Rick—. Dices que no estuviste en el pase de Calvin Klein y resulta que sí estuviste. Dices que no te has montado un *ménage à trois* con Baxter y Chloe y, en cambio, todo el mundo...

—¿Qué más habéis oído? —le espeto mientras aparto un fotómetro con la mano—. A ver si tenéis huevos. Venga.

—Que tienes un lío con Alison Poole —confiesa David con resignación.

Lo miro fijamente un par de segundos.

—Vale ya, vale ya. No tengo nada que ver con Alison Poole.

—Con qué aplomo lo dice el tío, ¿verdad? Dan ganas de creérselo.

—Voy a hacer como que no te he oído porque no tengo por costumbre pegar a las nenas —digo a David—. Además, difundir esa clase de rumores puede resultar

peligroso. Peligroso para la interesada, peligroso par a mí y peligroso para...

—Tírate a quien te de la gana —me interrumpe él aburrido—. A mí me la trae floja.

—No sé por qué pierdo el tiempo dando explicaciones a un tío que, dentro de nada, va a estar apilando jerseys de veinte dólares en Gap —mascullo.

—¡Queriditos! —nos llama Didier—. ¡A trabajar!

—Oye, ¿y si a David le tapáramos la cara con algas o arena o algo así playero? —propongo.

—Venga, Victor —grita Didier desde detrás de la cámara—. Te estoy mirando como si no llevaras nada puesto.

—Didier... —dice uno de los gemelos—. El que no lleva nada puesto soy yo.

—Venga, Victor. Te estoy mirando como si estuvieras desnudo, y te encaaanta. —Didier se toma unos segundos para examinar al gemelo y luego propone—: Llámame, dime que me acerque.

—¿Didier? —digo—. Victor soy yo.

—Venga, todos. Bailad y llamadme «minino».

—Minino... —farfullamos al unísono.

—¡Más fuerte! —grita Didier.

—¡Minino!

—¡Más fuerte!

—¡Minino!

—Genial, pero no.

Después de las bermudas tocan los Speedo. Gorras de béisbol al revés, chupachups, Urge Overkill de fondo. Didier esconde la Polaroid y luego la vende al mejor postor, que, agazapado en la sombra, le firma el cheque con una pluma de ganso. Uno de los modelos sufre un ataque de ansiedad y otro se pasa con el alcohol y confiesa haber nacido en Appalachia, lo que provoca en un tercero la necesidad imperiosa de ingerir un Klonopin. Didier insiste en que nos toquemos los huevos e incorpora a la foto el equipo de *Fashion File*, y luego todos menos yo y el que se había desmayado se van a almorzar al Regulation, un sitio nuevo del SoHo.

Luz de otoño, patines en línea al hombro, escaleras de dos en dos hacia las oficinas del último piso. En el tercero, un equipo de televisión de VH-1 (por desgracia) entrevista a Robert Isabell, florista de moda. De la ropa que llevan todos se desprende sin duda alguna que el lima y el naranja sopa Campbell's van a ser los colores estrella de la temporada. El sonido ultralounge del grupo I, Swinger flota en el ambiente como si fuera confeti y nos informa de que «es primavera» y «ha llegado el momento de bailar». El local está inundado de violetas, tulipanes y dientes de león, y todo empieza a cobrar el ansiado aspecto de espontánea ultramodernidad. Ya en el último piso puede admirarse, en una de las paredes del sanctasanctórum de Beau y Jotadé, una exposición monográfica de pectorales, abdominales y muslos bronceados y nalgas blanquecinas. Entre las fotos de troncos y extremidades de filiación desconocida —algunas incluso podrían ser mías— destaca la exigua galería de retratos, en la que tienen cabida desde Joel West hasta Hurley Thompson pasando por Marky Mark, Justin Lazard, Kirk Cameron (¡santo Dios!) y Freedom Williams. Cada día arranco alguna foto de 20x24 de Joy Lawrence, pero, por lo visto, no consigo agotar las existencias. De todas maneras, las imágenes se parecen tanto las unas a las otras que cada vez resulta más difícil distinguir a sus protagonistas. Esta noche tendremos a once publicistas trabajando sobre el terreno. Tras haber sido sometido a siete minutos de refunfuño sobre el tema de los picatostes, Beau agradece la llegada de Jotadé con varios e-mails impresos, cientos de faxes y diecinueve solicitudes de entrevista bajo el brazo.

—¿Ha llamado mi representante? —le pregunto.

—¿Tú qué dirías? ¿Que sí o que no? —se burla Jotadé, y añade—: ¿Tu representante dónde?

—Me encantó ese artículo que publicaste en *Young Homo* —le digo mientras repaso la lista de invitados recién actualizada a las 10.45.

—¿Qué artículo? —suspira, y sigue barajando faxes.

—Uno que se llamaba «¡Socorro, soy adicto a los hombres!».

—¿Y? —pregunta Beau.

—Y nada. Que sois los dos muy pero que muy poco heterosexuales —contesto desperezándome.

—Que sea homosexual, Victor —bostezo de Jotadé—, no significa que no sea un hombre con sentimientos.

—Eres gay, querido, y con eso está todo dicho. —Miro con desaprobación las nuevas adquisiciones fotográficas, expuestas en la pared donde está la mesa: Keanu, Tom Cruise, Bruce Weber más de una vez, Andrea Boccaletti, Emery Roberts, Jason Priestly, Johny Depp y, cómo no, Chris O'Donnell—. Parece mentira. Os conformáis con cualquier cosa. Una buena percha, una cara más o menos agradable... y hale. Santo Dios.

—Victor —dice Beau, que en estos momentos me está pasando un fax—. Me consta que en el pasado te lo has montado con tíos.

Entro en mi despacho a ver si me he dejado por ahí algún porro o algún botellín de Snapple.

—Huy, sí, en la facultad, fíjate. Cuando la bisexualidad estuvo de moda: algo así como... tres horas.

—Ya. Como si esa vagina de plástico que se hace llamar Alison Poole fuera mucho mejor que... ¿Que quién? ¿Que Keanu Reeves? —dice Jotadé sin perderme de vista.

—Keanu y yo sólo somos buenos amigos —desmiento camino del equipo de música—. Nunca hemos pasado de ahí. —Echo un vistazo a la colección de cedés: Elastica, Garbage, Filter, Coolio, Pulp... Pongo uno de Blur—. ¿Sabías que, en hawaiano, «Keanu» significa «brisa fresca del océano»? ¿Y que ganó el Oscar japonés por su papel de agente del FBI metido a surfista en *La llaman Bodhi*? —Programo las canciones 2, 3 y 10—. Santo Dios, y luego dicen que los japoneses son un peligro.

—Victor, no puedes seguir acostándote con la novia de Damien —me reprende Beau gimoteando—. Nos tienes a todos con el cor...

—¡Mierda, joder! —le lanzo la caja del cedé.

—Si Damien se entera, nos matará.

—Te matará a ti si se entera de que pienso abrir mi propio local —replico midiendo las palabras—. Pase lo que pase, correrás la misma suerte que yo, conque vete haciendo a la idea.

—Que bien te ha quedado, hijo. Qué temple.

—Además, no sé qué os hace pensar que me estoy acostando con la novia de Damien...

—Y cómo disimula el muy cabrón.

—Pero qué veo. ¿Quién ha estado escuchando el *Gold* de Abba? No, no me lo digáis. A ver si lo adivino.

—Victor, no nos fiamos de Damien —dice Beau—. Ni de Digby ni de Duke.

—Silencio —digo con el índice sobre los labios—. Podría haber micrófonos.

—No te burles, Victor —dice Jotadé con tono fúnebre—. No me extrañaría nada.

—¿Cuántas veces tengo que deciros que esta ciudad está llena de gente malvada? —gruño—. Idos a-cos-tum-bran-do.

—Digby y Duke tienen buena planta, pero llevan tanto esteroide metido en el cuerpo que serían capaces de molerte a hostias —me advierte Beau, y añade—: Que no digo yo que no te convenga.

Miro qué hora es.

—Para eso ya tengo a mi padre. Y precisamente he quedado con él dentro de un

cuarto de hora, con que, con vuestro permiso... —Suspiro y me dejo caer en la butaca—. Hey, Digby y Duke son... amigos de Damien. Un par de guardaespaldas como otro cualquiera. ¿Qué pasa?

—¿La Mafia te parece una cosa cualquiera? —me corrige Jotadé.

—Santo Dios —gimo—. ¿La mafia? ¿Qué mafia? ¿La que compra en Banana Republic?

—La Mafia con mayúsculas —corrobora Beau.

—Joder, tíos, que sólo son un par de gorilas. —Me incorporo—. A mí hasta me dan lástima. ¿Os imagináis tener que tratar con cocainómanos y turistas para ganáros la vida? Pobrecillos.

A Beau se le acaba la paciencia.

—Pobrecillo lo serás tú cuando Damien vea la foto de... ¡Ay!

—He visto cómo lo pisabas —advierdo a Jotadé sin perder de vista a su compinche.

—Déjalo, Jotadé —dice Beau—. Es mejor que lo sepa. Total, tarde o temprano lo va a saber todo el mundo.

Me levanto de un salto.

—Quedamos en que tú te ocupabas del tema.

—Tranquilo, tranquilo —se defiende Jotadé.

—Desembucha. ¿Qué, dónde, cuándo, quién?

—¿Te has fijado? Siempre se le olvida preguntar lo más importante: por qué.

—¿Quién te ha confirmado lo de la foto? ¿Richard? ¿Khoi? ¿Reba?

—¿Reba? —repite Jotadé—. ¿Quién demonios es Reba?

—Contesta, coño —le exijo con una palmada en la mano.

—Buddy. Y a mí no me toques.

—¿Qué Buddy? ¿El del *News*?

Beau asiente solemnemente.

—El del *News*.

—¿Y qué te ha dicho exactamente?

Le hago señas de que siga hablando.

—Pues... que tus temores de que cierta foto exista no son infundados y que... —Una mirada angustiada a Beau.

—Que las probabilidades... —lo ayuda éste.

—Eso. Que las probabilidades de que... —Otra llamada de auxilio.

—De que salga a la luz... —le sopla Beau.

—De que salga a la luz son... —un momento de silencio— así de altas.

Cuento hasta tres antes de carraspear y abrir los ojos.

—¿Y se puede saber cuánto tiempo tenías previsto guardarte esa información para ti sólo?

—Te he llamado al busca en cuanto me lo han confirmado.

—¿Quién?

—Se dice el pecado, no el pecador.

—¿Cuándo? —gruño—. Al menos podrás decirme cuándo, ¿no?

—Nadie lo sabe —Jotadé traga saliva—. Yo ya he hecho lo que me pediste: confirmar que la foto existe. Del contenido sólo sé lo que puedo inferir de tu... descripción de ayer —añade—. Toma, el número de Buddy.

Un largo silencio con música de Blur de fondo durante el que miro a un lado y a otro y acabo por tocar levemente una planta.

—Por cierto, Chloe ha llamado y ha dicho que quería que os vierais antes del pase de Todd —anuncia Jotadé.

—¿Y tú qué le has respondido? —digo mortificado mientras leo el número de teléfono que acaba de pasarme.

—«Tu harapienta media naranja ha quedado para almorzar con su padre en el Nobu».

—¿Todavía no he pasado por el mal trago y ya tengo que aguantar que me lo recuerdes? —protesto descorazonado—. Menudo día me espera.

—También me ha pedido que te de las gracias por las flores.

—¿Qué flores? —pregunto—. ¿Quieres hacer el favor de no mirarme más el paquete?

—La docena de tulipanes blancos que la esperaba en los vestuarios del pase de Donna Karan.

—Gracias por enviárselas de mi parte —digo entre dientes de camino a la butaca—. Ahora ya sé por qué te pago dos mil dólares la hora.

Pausa.

—Yo no se las he enviado, Victor —puntualiza Jotadé.

Pausa. Me toca a mí.

—Pues yo menos.

Pausa.

—Iban con una tarjeta que decía: «Ain't no woman like the one I've got»^[21] y «Baby I'm-a want you, baby I'm-a need you».^[22] —Jotadé baja la vista al suelo y luego vuelve a mirarme—. Marca de la casa.

—Ahora no estoy de humor para misterios —digo, y le hago señas de cambiar de tema hasta que caigo en la cuenta—. ¿Conoces a un tal Baxter Priestly?

—Dicen que es el próximo Michael Bergin.

—¿Quién fue el primero?

—Sale en el programa nuevo de Darren Star y está en el grupo Hey, That's My Shoe. Ha salido con Daisy Fuentes, con Martha Plimpton, con Liv Tyler y con Glenda Jackson, no necesariamente en ese orden.

—Beau, querido, llevo demasiado Klonopin en el cuerpo para enterarme de nada de lo que dices.

—Me parece muy bien.

—¿Y qué hago yo ahora con ese tío? —gimo—. Sólo me faltaban él y sus pómulos de silicona.

—Envidia cochina —dice Beau.

—No sé ni cómo lo preguntas —añade Jotadé—. Yo sé perfectamente qué haría...

—Menudos pómulos —insiste Beau.

—Sí, y menuda cabeza hueca. Lo que es yo, no pienso mamársela, como harías tú —mascullo—. Pásame ese fax, anda.

—¿A qué viene ahora hablar de Baxter Priestly?

—No le iría mal apuntarse a un curso de perfeccionamiento de inglés. Ah, mierda, tengo que irme. Vamos allá. —Entorno los ojos para leer el fax—. ¿Adam Horowitz está apuntado como Ad Rock o como Adam Horowitz?

—Como Adam Horowitz.

—Vale. ¿Y esto qué son? ¿Invitaciones aceptadas?

—Solicitudes de invitación.

—Pues venga, vamos a ver.

—Frank de Caro.

—No. Sí... No. ¡Dios! Qué espeso estoy.

—Slash y Lars Ulrich vienen juntos —dice Jotadé.

—Y de la MTV envían a Eric Nies y a Duff McKagan —añade Beau.

—Vale.

—A Chris Isaak le decimos que sí, ¿verdad? —pregunta Jotadé.

—Es tan mono... —apostilla Beau.

—Tiene orejas de Dumbo. Pero, bueno —suspiro—, supongo que, si fuera gay, también me gustaría. ¿A Flea hay que meterlo en la efe o tiene un nombre como Dios manda?

—No te preocupes —dice Jotadé—. Viene con Slash y Lars Ulrich.

—Pero bueno, un momento —lo interrumpo—. ¿Axl no viene con Anthony?

—Lo dudo. —Beau y Jotadé se miran sin saber qué decir.

—No me digáis que Anthony Kiedes no viene... —gruño.

—Sí viene, sí viene, tranquilo —interviene Beau—. Pero no con Axl.

—¿Queen Latifah va en la cu o en la ele? —pregunta Jotadé.

—Alto ahí —exclamo a media ele—. ¿Lypsinka? ¿Qué os tengo dicho? Que no quiero drag queens la noche de la inauguración.

—¿Por qué no?

—Porque son como mimos. Por eso.

—Victor —me regaña Beau—, Lypsinka no es una drag queen. Lypsinka es un ilusionista del sexo.

—Y tú un capullo integral —gruño mientras arranco una foto de Tyson anunciando ropa de Ralph Lauren—. ¿Ya te lo había dicho?

—¡Y tú un racista de mierda! —grita Beau, y me arranca la página arrugada de las manos.

En éstas saco una gorra autografiada por Spike Lee que me regalaron en el estreno de *Malcolm X* y se la restriego a Jotadé por las narices.

—¿Ves esto? Una gorra de Malcolm X. Soy tan multicultural como el que más. Para que lo sepas.

—Paul Verhoeven ya ha dicho que Dios es bisexual...

—Paul Verhoeven es un nazi y no está invitado a la fiesta.

—Aquí no hay más nazi que tú —me espeta Beau—. Tú sí que eres un nazi.

—Con la diferencia de que yo sólo exterminaría a los mariquitas. ¿Habéis tenido el valor de invitar a Jean-Claude van Damme... a mis espaldas?

—David Crowley, el publicista de Kato Kaelin, no para de llamar.

—Pues invítalo a él.

—Victor, a la gente le gusta Kato.

—Será porque no han visto su última película: *Dr. Skull*.

—Qué más dará eso, hombre. Si en lo que se fijan es en el pelo.

—Hablando de pelo... George Stephanopoulos.

—¿Quién? ¿Estufapómulos?

—No George...

—Ya te he oído, ya te he oído —refunfuño con desdén—. Sólo si viene con alguien mínimamente famoso.

—Pero Victor...

—Sólo si antes de las nueve de hoy se reconcilia con Jennifer Jason Leigh, con Lisa Kudrow, con Ashley Judd o con alguien todavía más famoso —puntualizo, comprobando el reloj.

—¿Y si...?

—Jotadé, a Damien le dará un ataque si lo ve entrar solo.

—A propósito, Damien no para de decirme que quiere un toque de política, un toque de distinción...

—Damien también quería contratar un ballet de la MTV y lo convencí de que no lo hiciera —grito—. ¿Cuánto creéis que tardaría en convencerle de que echara a patadas a ese griego?

Jotadé mira a Beau.

—¿Seguimos en lo auténtico o ya hemos entrado en el terreno de lo inútil? Me he despistado.

Doy una palmada.
—Venga, repasemos las últimas confirmaciones.
—Lisa Loeb.
—Bueno, bueno, esto va a ser un éxito. ¿Qué más?
—James Iha, guitarra de los Smashing Pumpkins.
—Habría preferido a Billy Corgan, pero en fin.
—George Clooney.
—Nuestro loco y dicharachero amigo. ¿Quién más?
—Jennifer Aniston y David Schwimmer.
—Bla, bla, bla...
—Vale. Nos faltan la be, la de y la ese.
—Adelante.
—Stanford Blatch.
—Santo Dios...
—No seas crío, Victor —dice Jotadé—. Es el dueño de medio Savoy.
—Pues invita al dueño del otro medio.
—Los hermanos Weinstein lo tienen en un pedestal.
—Ese tío es tan guarro que sería capaz de trabajar en una tienda de animales con tal de poder comer cagarrutas de conejo gratis.
—¿Andre Balazs?
—Con Katie Ford, sí.
—¿Drew Barrymore?
—Sí. Y que venga a cenar, también.
—¿Gabriel Byrne?
—Sin Ellen Barkin, sí.
—¿David Bosom?
—Bueno, pero sólo a la fiesta.
—¿Scott Benoit?
—Fiesta y basta.
—¿Leilani Bishop?
—Fiesta.
—Eric Bogosian.
—Tiene programa: no podrá llegar a la cena, pero que venga a la fiesta.
—Brandy.
—Santo Dios, pero si sólo tiene dieciséis años.
—Moesha tiene mucha audiencia y el disco ya es platino.
—En ese caso, que venga.
—Sandra Bernhard.
—Fiesta.

—Billy, Stephen y/o Alec Baldwin.

—Cena, fiesta, cena.

—Boris Becker.

—Ajá. Esto empieza a parecer una inauguración de uno de esos Planet Hollywood donde a nadie se le ocurriría ir a comer. —Y tras un suspiro—: ¿Veo visiones o en este fax pone Lisa Bonet?

—Dice que no vendrá si viene Lenny Kravitz.

—¿Viene Lenny Kravitz?

—Sí.

—Pues táchala.

—Tim Burton.

—Estoy en la cresta de la ola.

—Halle Berry.

—Siguiente.

—Hamish Bowles.

—Ajá.

—Toni Braxton.

—Sí.

—¿Ethan Brown?

—Y yo qué sé... —me quejo—. Sólo fiesta.

—Matthew Broderick.

—Si le acompaña Sarah Jessica Parker, que venga también a cenar.

—Sí. Antonio Banderas.

—¿Sabéis qué le dijo Antonio a Melanie Griffith cuando se conocieron?

—«La tengo más grande que Don».

—«Vaya, conque tú eres Melanie. Yo soy Antonio, ¿qué tal?».

—A ver si para de decir a los entrevistadores que no es tonto.

—Ross Bleckner.

—Siguiente.

—Michael Bergin.

—Siguiente. ¿Sí, no?

—David Barton.

—Ojalá venga con Suzanne vestida con algo de Raymond Dragon —chillo—.

Fiesta.

—Matthew Barney.

—Sí.

—Candace Bushnell.

—Sí.

—Scott Bakula.

—Sí.
—Rebecca Brochman.
—¿Quién es ésa?
—La heredera de Kahlúa.
—Vale.
—Tyra Banks.
—Es lo único que puedo hacer para controlarme hasta que se me pase.
—Yasmine Bleeth.
—Me estremezco de placer.
—Christian Bale.
—Ajá.
—Gil Bellows.
—¿Quién?
—Es famoso en ciertos... círculos.
—Más bien minúsculos.
—Ya. Dejémoslo en «culos». Adelante.
—Kevin Bacon.
—Perfecto. Pero ¿y Sandra Bullock? —pregunto.
—Su publicista dice que... —Beau se interrumpe.
—Di, ¿qué pasa?
—Que aún no lo sabe —acaba Jotadé por él.
—Mierda...
—No sé por qué pones esa cara —dice Beau—. Para esta gente cuenta más la invitación que la fiesta. A ver si te enteras.
—No —le espeto con un dedo acusador—. A ver si se enteran ellos de cómo tiene que comportarse un famoso.
—Victor...
—De todas formas, Alison Poole me dijo que Sandra Bullock vendría, que sí viene...
—¿Y cuándo has hablado tú con Alison? —reacciona Jotadé—. Aunque no sé para qué pregunto...
—Mientras no preguntes por qué... —dice Beau.
—Qué horror —comenta Jotadé con un gesto de resignación—. Ponerle los cuernos a Chloe Byrnes debe de ser el colmo del éxito.
—Cuidado con esa lengua.
—No le has podido perdonar que Camille Paglia le dedicara treinta páginas sin mencionarte a ti ni una sola vez, ¿verdad?
—No me lo recuerdes —murmuro con un escalofrío—. Menuda bruja. Venga, la de.

—Beatrice Dalle.
—Está en Prusia, rodando una película de Ridley Scott con Jean-Marc Barr.
—Barry Diller.
—Sí.
—Matt Dillon.
—Sí.
—Cliff Dorfman.
—¿Quién?
—Un amigo de Leonardo.
—¿DiCaprio?
—Que vendrá vestido de Richard Tyler, con mocasines de terciopelo rojo y acompañado de Cliff Dorfman.
—Robert Downey Jr.
—Sólo si imita a Chaplin. Oh, Dios mío, por favor, que haga de Chaplin.
—William Dafoe.
—Fiesta.
—Michael Douglas.
—No, él no puede. Pero Diandra sí.
—He seguido con sumo interés las vicisitudes de su vida en pareja. Siguiendo.
—Zelma Davis.
—Me va a dar algo de un momento a otro.
—Johnny Depp.
—Con Kate Moss. Cena.
—Stephen Dorff.
—Stephen... —digo dubitativo—. Dorff. ¿Cómo puede triunfar alguien así?
—Suerte, ADN... Quién sabe.
—Sigue.
—Pilar y Nesya Demann.
—Faltaría más.
—Laura Dern.
—¡Uf!
—Griffin Dune.
—El alma de todas las fiestas.
—Meghan Douglas.
—Id a buscar la manguera.
—Patrick Demarchelier.
—Sí.
—Jim Deutsch.
—¿Quién?

—También conocido como Skipper Johnson.

—Vale.

—Shannen Doherty viene con Rob Weiss.

—Una pareja especial. —Asiento con la vehemencia de un bebé.

—Cameron Diaz.

—¿Y Michael DeLuca?

—También.

—Perfecto. A ver la ese.

—Alicia Silverstone ha dicho que sí.

—De puta madre.

—Sharon Stone ha dicho que a lo mejor y parece que al final será que sí.

—Adelante, adelante...

—Greta Scacchi, Elizabeth Saltzman, Susan Sarandon...

—¿Con Tim Robbins?

—Espera a ver... ¿Dónde estás? Sí.

—Más deprisa.

—Ethan Steifei, Brooke Shields, John Stamos, Stephanie Seymour, Jenny Shimizu...

—Vale.

—David Salle, Nick Scotti...

—Más, más, más.

—Sage Stallone.

—Sólo nos falta invitar al conejito de Duracell, joder ¿Qué más?

—Markus Schenkenberg, Jon Stuart, Adam Sandler...

—Pero David Spade no.

—Wesley Snipes y Lisa Stansfield.

—Genial.

—Antonio Sabato Jr., Ione Skye...

—Que se trae con ella al fantasma de River Phoenix —añade Beau—. Va en serio. Ha dicho que pongamos su nombre en la lista.

—La hostia. Esto tienen que saberlo en el *News*. Ya les estáis enviando un fax.

—Michael Stipe.

—Si promete no ir por ahí enseñando la cicatriz de la hernia. Si no, no.

—Oliver Stone, Don Simpson, Tabitha Soren...

—Bueno, bueno, esto se anima.

—G. E. Smith, Anna Sui, Tanya Sarna, Andrew Shue...

—¿... y Elizabeth Shue?

—Y Elizabeth Shue.

—Pues ya está. Oye, ¿qué música ponemos con los cócteles? —pregunta Beau

cuando ve que me encamino a la puerta.

—Empezad con algo suave. Una banda sonora de Ennio Morricone, Stereolab, algo ambient... ¿Ves por dónde voy? Burt Bacharach. Y luego algo un poco más fuerte. Que no moleste pero que no parezca hilo musical.

—¿Muzak futurista de piso de soltero?

—¿Música de fondo? —Bajo a toda prisa hacia el tercer piso.

—Tiki-tiki polinesio, crime jazz... —Jotadé sigue mis pasos.

—Un mix ultralounge.

—¡Acuérdate de que has quedado con DJ X en el Fashion Café! —grita Beau—. ¡A las tres!

—¿Se sabe algo de Mica? —contesto gritando desde el segundo piso, donde hace un frío que pela y un par de moscas pasan tan tranquilas por delante de mis narices.

—No. ¡A las tres en el Fashion Café! —grita Beau—. ¿Vale?

—¿Cómo es que aún no se sabe nada de Mica? —grito sin dejar de bajar escalones.

—¡Victor! —me llama Jotadé a pleno pulmón—. ¿Sabes en qué se diferencia un ornitólogo de un ornitorrinco?

—En que uno es como un castor, ¿no?

—¿Cuál?

—Y a mí qué me cuentas —protesto—. ¿Dónde está mi publicista?

22

Mi padre ha enviado un coche para «garantizar mi presencia» en el almuerzo, y eso explica que en estos momentos me encuentre en el asiento trasero de un Lincoln Town Car de camino al Nobu intentando localizar a Buddy en la redacción del *News* gracias a un móvil, rodeado de otros muchos coches que a esta hora tratan, no siempre con éxito, de atravesar Broadway. En cada marquesina de autobús hay un póster de Chloe anunciando cierto maquillaje fotodifusor de Estée Lauder. Los destellos que el sol arranca al capó de la limusina que llevamos delante me deslumbran incluso a través de los cristales ahumados, lo que me obliga a interponer unas gafas de sol Matsuda entre mis ojos y el punto rosa que amenaza con perforármelos. Dejamos atrás el nuevo Gap de Houston, veo un grupo de adultos

jugando al tejo, la dulce voz de Alanis Morissette se escapa de no sé dónde, dos chicas saludan a cámara lenta desde la acera y yo correspondo con el símbolo de la paz, demasiado asustado para darme la vuelta y ver si Duke y Digby me siguen. Enciendo un cigarrillo y compruebo si el micrófono que llevo escondido debajo del cuello de la camisa está bien colocado.

—No fume —dice el chófer.

—¿Y si lo hago, qué? Tú límitate a conducir. Santo Dios...

El chófer suspira y se limita a conducir.

Por fin Buddy se pone al aparato, se diría que sin querer.

—¿Buddy? Soy Victor. ¿Qué te cuentas?

—Confírmame este rumor: ¿estás saliendo con Stephen Dorff?

—Lo que hay que oír —gruño—. Mira, te propongo una cosa.

—Dispara —acepta con un suspiro.

Reflexiono un momento.

—Espera. Antes dime que ya no estoy en tu lista de tíos a los que te quieres tirar.

—No, ahora ya tienes novio.

—¡Stephen Dorff no es nada mío, joder! —grito.

El chófer me mira por el retrovisor. Yo me inclino hacia adelante y golpeo el respaldo de su asiento.

—Oye, ¿en este trasto no hay ningún cristal de separación o algo así?

El chófer dice que no con un gesto de la cabeza.

—Victor —me apremia Buddy—, ¿qué pasa?

—Corre el rumor de que ha llegado a tus manos cierta foto... mía.

—Fotos tuyas las tengo a patadas.

—No, ya. Yo me refiero a una foto en particular.

—¿A cierta foto en particular? No caigo.

—Salgo yo en compañía de cierta señorita.

—¿Quién? ¿Gwyneth Paltrow? ¿Irina? ¿Kristin Herold? ¿Cheri Oteri?

—¡No! —grito—. Mierda Yo y Alison Poole.

—¿Tú y Alison Poole? ¿Haciendo... ejem... qué exactamente?

—Tomándonos un latte frío y ligando por Internet, capullo.

—Cuando dices Alison Poole, ¿te refieres a la misma Alison Poole que sale con Damien Nutch Ross? ¿A esa Alison Poole?

—También se tira a media plantilla de los Knicks, no creas que soy una excepción.

—Chico malo. Siempre al límite. Mal, mal, mal.

—¿Qué te pasa? ¿Has estado escuchando los grandes éxitos de Bon Jovi últimamente, o qué? Oye...

—Supongo, mi querido bribón sin escrúpulos, que la foto en cuestión fue tomada

con el permiso del señor Ross y de la señorita Byrnes...

—¡Serás cabrón! ¿Sin escrúpulos yo? —Me atraganto—. ¿Qué pasa? ¿Ya no te acuerdas de cuando vendiste las fotos de la autopsia de Robert Maxwell? ¿Ni de cuando te fuiste con la Polaroid a retratar los sesos de Kurt Cobain? ¿Ni de cuando hiciste un reportaje sobre las convulsiones de River Phoenix en Sunset? ¿Ni de...?

—También te di tu primera oportunidad de salir en los medios, gusano desagradecido.

—Bien dicho, sí, señor. Oye, que no lo decía con ánimo de crítica, ¿eh? lo decía para que te des cuenta de lo mucho que te admiro.

—Victor, gracias a mí y a otros como yo, tú sales en los papeles sin necesidad de dar golpe.

—Oye, no, que lo digo en serio. Las cosas claras: ése es mi lema.

—Dar jabón requiere cierta habilidad, querido. O, en su defecto, cierto encanto que tú estás muy lejos de poseer.

—Resumiendo, ¿qué quieres a cambio de la foto?

—Di tú. ¿Qué tienes? Y abrevia, que están a punto de llegar los de *A Current Affair* para hacerme una entrevista.

—Pues no sé, ¿qué quieres saber?

—Por ejemplo, si Chloe está saliendo con Baxter Priestly y si os habéis montado alguna clase de *ménage à trois*.

—Que no, coño. ¿Cómo hay que deciros las cosas? —refunfuño. Y, después del silencio nada tranquilizador de Buddy, añadido—: Y no estoy saliendo con Stephen Dorff.

—¿Por qué a Chloe se la ha visto tanto en las pasarelas esta temporada?

—Fácil: porque es su último año de maniquí. Digamos que ha sido su manera de despedirse. —Suspiro aliviado.

—¿Por qué va Baxter Priestly a todos sus pases?

Me incorporo bruscamente.

—¡Se puede saber quién coño es ese mequetrefe! —grito. Luego trato de calmarme y de llevar la conversación hacia otros derroteros—. Oye, ¿ya sabes lo de Winona?

—No, dime tú.

—Pues que esta noche la esperamos en la inauguración.

—Caramba, eso promete... Huy, perdón, no era mi intención bostezar. ¿Con quién dices que ha venido? —pregunta, desganado.

—Con Dave Pirner, la heredera de Wrigley's Doublemint y el bajista de Falafel Mafia.

—¿Que ahora están dónde haciendo qué?

—En el Four Seasons, discutiendo por qué *Bocados de realidad* no recaudó más

el primer fin de semana.

—Huy, perdona, otro bostezo.

Miro por la ventanilla y cuento hasta tres antes de seguir hablando.

—Hurley Thompson —anuncio con la esperanza de que este tema tampoco le interese.

—Empieza a picarme la curiosidad.

—Mierda... —Silencio—. Bueno, pero que conste que yo no he dicho nada.

—Discreción garantizada. Anda, dile a tu amo qué es lo que sabes.

—Nada, que Hurley está en Nueva York.

Pausa.

—Noto cierto cosquilleo en las partes bajas —comenta. Oigo teclear en un ordenador—. ¿Dónde?

Pausa.

—En el Paramount.

—A este paso, vas a conseguir ponerme cachondo —dice Buddy—. ¿Y por qué no está en Phoenix rodando *Sun City III* con el resto del equipo?

Pausa.

—Pues porque él y Sherry Gibson...

—Sigue, sigue, que ya me voy animando...

—... lo han dejado.

—Ahora sí que se me ha puesto dura. Sigue.

—Por... problemillas de drogas. Problemillas de él, se entiende.

—Esto está que arde.

—Y porque... le pegó.

—Cuidado que mancho...

—Sherry ha tenido que dejar *Los vigilantes de la noche*...

—Me corro, me corro...

—... porque tiene la cara como un mapa.

—Me estoy corriendo.

—Y ahora está en las montañas Poconos buscando una clínica de desintoxicación.

—Ya está.

—Dicen que parece un... ah sí, un oso panda.

—Qué alivio. ¿No me oyes jadear?

—Eres un cabronazo —digo en voz baja.

—Esto es un bombazo.

—De repente tengo la sensación de haberme convertido en tu mejor amigo...

—¿Dónde está el hermano de Hurley? Este... Curley.

—Se ahorcó.

—¿Quién fue al entierro?

—Julia Roberts, Erica Kane, Melissa Etheridge, Lauren Holly y... Salma Hayek.
—¿La misma que había salido con su padre?
—Sí.
—O sea que fue visto y no visto...
—O sea que de la foto nada. ¿De acuerdo?
—No sé a qué foto te refieres.
—Perfecto. Por curiosidad, ¿qué tal era?
—¿Por curiosidad? No quieras saberlo.
—Alison acaba de perder un papel en la versión cinematográfica de *The Real Thing* —añado—. Lo digo por si te interesa.
—Pues no. Vaya, acaban de llegar los de *A Current Affair*. Gracias por la información, querido.
—No, no, gracias a ti. Y, por lo que más quieras, recuerda que no te lo he dicho yo. —En éstas caigo en la cuenta—. ¡No lo digas! —grito—. No lo di...
—Confía en mí. —Y cuelga.

21

Nobu, antes de las doce. Ingiere medio Xanax mientras sorteo lo que no puede ser sino la limusina de papá y entro en el restaurante: varios ejecutivos de la MTV; un equipo de *The CBS Morning News* entrevistan al nuevo maitre; Helena Christensen, Milla Jovovich y el diseñador de zapatos francés Christian Louboutin comparten una mesa; y Tracee Ross, Samantha Kluge, Robbie Kravitz y Cosima von Bulow están sentados en otra. Papá es el tipo delgado, con aires de triunfador y traje Ralph Lauren azul marino que ocupa el segundo reservado. En el primero esperan dos de sus ayudantes. Junto al bloc amarillo en el que está tomando notas, una carpeta más que sospechosa y un bol de sunomono. Debería aparentar mediana edad, pero gracias al lifting que se hizo hace ya un tiempo y a las dosis de Prozac que, según datos confidenciales facilitados por mi hermana, toma regularmente desde el mes de abril, sigue dando el pego. Métodos de relajación: caza mayor, un astrólogo para no tener que preocuparse por las vibraciones planetarias y squash. Su dietista le recomienda comer pescado crudo y arroz integral y abstenerse de probar el tempura, aunque transige con el hiyiki. Yo he venido básicamente a tomarme un sashimi de toro, a

reírme de todo un poco y a sacar partido de mis dotes de seducción. Papá me recibe con su deslumbrante y enfundada sonrisa.

—Perdona el retraso, me he perdido.

—Estás más delgado.

—Es que las drogas te dejan hecho polvo —bromeo mientras me siento.

—No le veo la gracia —me replica él con voz cansina.

—Oye, que yo no me drogo. Estoy en plena forma.

—En serio, ¿cómo estás?

—Como nunca. De verdad. Estoy imparabile. La cosa empieza a moverse y lo tengo todo controlado. Ríete, ríete, pero yo estoy en constante evolución.

—¿Ah, sí?

—Acabo de adentrarme en un territorio desconocido.

—¿Y cuál es?

—El futuro.

Papá me mira con cierta tristeza. Luego se da por vencido, echa un vistazo a su alrededor y me dedica una sonrisa forzada.

—Veo que has progresado mucho a la hora de expresar tus ambiciones.

—Ya lo creo. Ahora soy un tipo directo y expeditivo.

—Me alegro —dice, y, con un gesto, indica a Evett, el camarero, que traiga más té frío—. ¿Vienes de alguna parte?

—De una sesión de fotos.

—Espero que ya no te dediques a posar desnudo delante de ese tal Webster. Por Dios, qué bochorno.

—Semidesnudo. Y el fotógrafo en cuestión se llama Weber. Bruce Weber. Papá, no lo hice para molestarte.

—Dejarse fotografiar con el culo al aire como un...

—Oye, que era un anuncio de Obsession, no una película pornográfica.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Mucho. La columna me tapaba los genitales.

Papá ya ha empezado a hojear el menú.

—Ah sí, antes de que se me olvide, gracias por el cedé de Patti Lupone que me enviaste por mi cumpleaños. Eres muy amable.

Yo también me pongo a leer el menú.

—De nada.

Papá lanza miradas incómodas a la mesa de la MTV, donde los ejecutivos deben de estar riéndose a costa suya. Me dan ganas de saludar con la mano, pero me contengo.

—¿Por qué nos miran tanto? —me pregunta.

—Pues seguramente porque se te nota en la cara que no estás en tu ambiente.

Rápido, que alguien me traiga una botella de agua. O una cerveza.

Evelt sirve el té frío y nos toma nota en silencio antes de perderse en las profundidades del restaurante.

—Guapa, ¿verdad? —comenta con admiración.

—Papá...

—¿Qué?

No me atrevo ni a mirarlo.

—Que es un tío. Bueno, es igual, déjalo.

—Pero qué dices.

—Lo que oyes. Está de moda el look... andrógino.

—Se te ha olvidado quitarte las gafas de sol.

—No se me ha olvidado. —Me quito las gafas y parpadeo un par de veces—.

Bueno... *What's the story, morning glory?*^[23]

—Te he estado siguiendo la pista —dice, y acaricia amenazadoramente la carpeta—. Cada vez que pienso en ti, mi único hijo varón, me viene a la memoria aquella conversación que mantuvimos el verano pasado sobre un posible regreso a la universidad.

—Papá, tío, no me jodas —mascullo—. Fui a Camden. Y aun así aprobé por los pelos. Ni siquiera me acuerdo de las asignaturas del último curso.

—Si no recuerdo mal, Experimentación Orquestal era la estrella —replica secamente.

—¿Y qué me dices de Análisis del Diseño?

Mi padre aprieta los dientes. Sé que en este momento daría cualquier cosa por un trago.

—Victor —insiste mientras recorre el local con la mirada—, conozco gente en Georgetown, en Columbia, en la Universidad de Nueva York. Por el amor de Dios, no es tan difícil como crees...

—Sabes de sobra qué opino de los enchufados.

—Me preocupa tu futuro profesional. No...

—Papá —lo interrumpo—, ¿sabes qué me daba más miedo cuando estaba interno en Horace Mann? Pensar que podía llegar el día en que mi tutor me preguntara qué planes tenía con respecto a mi futuro profesional.

—¿Por qué? ¿Porque no tenías ninguno?

—No. Porque sabía que, si le decía la verdad, se iba a reír en mis narices.

—Yo sólo me acuerdo del día que te mandaron a casa por no haberte querido quitar las gafas de sol en la clase de matemáticas.

—Estoy a punto de inaugurar un local nocturno. Hago de modelo. —Enderezo la espalda para dar mayor énfasis a la noticia—. Y dentro de nada sabré si me han dado un papel en la secuela de *Línea mortal*.

—¿Eso es el título de una película? —pregunta con escepticismo.

—No, es el nombre de un bocadillo. ¿A ti qué te parece? —replico asombrado.

—Por el amor de Dios, Victor. —Suspira—. Tienes veintisiete años y sólo has trabajado de modelo.

—¿Sólo? —repito sin salir de mi asombro—. ¿Sólo? Me parece que no te has expresado con propiedad.

—Y a mí me parece que ya va siendo hora de que trabajes en algo que...

—Sí, claro. Por eso me has educado en un círculo en el que todo el mundo se ganaba el dinero trabajando. No jodamos.

—Ahora no me vengas con que «posar» es tu manera de expresarte como persona y como artista...

—Papá, un top model puede ganar hasta once mil dólares al día...

—¿Estás tú en esa categoría?

—No, yo no soy un top. Ni lo pretendo.

—He pasado muchas noches en blanco pensando en qué demonios es lo que pretendes.

—*I'm a loser, baby.* —Suspiro mientras me arrellano de nuevo en el asiento—. *So why don't you kill me?*^[24]

—Tú no eres ningún fracasado, Victor —dice papá con otro suspiro—. Sólo tienes que encontrarte a ti mismo. —Más suspiros—. Encontrar un... un nuevo yo, o algo así.

—¿Un nuevo yo? —protesto—. Desde luego, no se puede negar que sabes lograr que me sienta inútil.

—¿Es que abrir ese local te hace sentir de alguna otra manera?

—Papá, ya sé que...

—Victor, hijo, yo sólo quiero que...

—Quiero hacer algo que merezca la pena —recalco—. Quiero sentirme... imprescindible.

—Exacto —asiente papá con un estremecimiento—. Eso es exactamente lo que yo deseo.

—Lo de hacer de modelo es... Como modelo no soy irremplazable. —Suspiro—. Tíos con labios carnosos y rasgos fotogénicos los hay a patadas. En cambio, lo de abrir un local es... —Mi voz se va apagando.

Tras un silencio de duración considerable, mi padre retoma la iniciativa.

—La semana pasada publicaron una foto tuya en la revista *People*.

—No tenía ni idea. ¿En qué número? ¿Quién salía en la portada?

—No lo sé —contesta mientras me fulmina con la mirada—. Me la enseñó uno de mis colaboradores.

—¡Mierda! —Aporreo la mesa—. Cuando yo digo que necesito un publicista...

—La foto en cuestión parece hecha en un hotel digamos de lujo de cierta playa...

—¿En un hotel? ¿Dónde?

—En un hotel, sí. En Miami.

—¿Una foto mía en un hotel de Miami?

—Eso es. En un hotel de Miami. Vestido, por describirlo de alguna manera, con un bañador blanco de lino completamente empapado...

—¿Y qué? ¿Me han sacado guapo?

—Como accesorios, unas gafas de sol, lo que parece y espero fervientemente que sea un cigarrillo, y una chica *Penthouse* acaramelada y lustrosa a cada lado.

—Eso tendrás que probarlo.

—¿Cuándo has estado tú en Miami?

—No voy por ahí desde hace meses —respondo—. Parece mentira, papá. Confundir a tu propio hijo, carne de tu carne...

—Victor —me interrumpe sin perder la calma—, tu nombre sale en el pie de foto.

—No soy yo.

—¿Ah, no? Pues si no eres tú, ya me dirás quién es —dice en tono travieso.

—Habrá que echar un vistazo a esa foto.

—¿Y qué pasa con tu apellido? —pregunta—. ¿Sigues usando Ward?

—Si no recuerdo mal, la idea de cambiarlo fue tuya.

—Sí, en su momento me pareció lo mejor —admite en voz baja mientras abre con cuidado una carpeta llena de fotos mías y de recortes de prensa, algunos originales y otros recibidos por fax—. Esto salió en el... —da la vuelta a un fax casi ilegible— en la sección «Estilos» del *New York Times*. En un breve artículo que te dedicaron y en el que aparece destacada la siguiente frase: «El útero del amor es una cueva submarina en la que todos somos peces ciegos». ¿Es ésta tu opinión? ¿Podrías explicarme qué significa la palabra «útero» en este contexto? ¿Hay peces ciegos en las cuevas submarinas?

—Alto, alto, vayamos por pasos. Papá, hombre, no hagas caso —suspiro—. Los periodistas nunca escriben lo que digo.

—¿Y qué dijiste, en este caso?

—¿Por qué tienes que tomártelo todo tan al pie de la letra?

—Siguiendo. Un anuncio de CK One. Aquí tenemos a dos jóvenes... (yo diría que de sexo masculino, pero vete tú a saber) que se están besando mientras tú los contemplas con las manos en la entrepierna. Y digo yo: ¿qué haces tú con las manos en la entrepierna? ¿Qué intentas decirnos con ese gesto? ¿Que CK One es un producto de calidad?

—El sexo vende, hombre.

—Ya.

—Y desde más arriba se llega más lejos.

—Y aquí tengo una entrevista publicada en la revista *YouthQuake*. Por cierto, felicidades por la portada. La sombra de ojos marrón te favorece mucho.

—Terracota, más bien —suspiro—, pero en fin...

—Te preguntan con quién te gustaría compartir un almuerzo, y tú dices que con los Foo Fighters, con el astrólogo Patrie Walker (que, para tu información, está muerto) y, a no ser que se trate de una errata, cosa que dudo, con Unabomber.

Le miro a los ojos.

—¿Y qué?

—¿Te gustaría compartir un almuerzo con Unabomber? —insiste—. ¿Crees que merecía la pena publicarlo? ¿Te parece que el resto del mundo necesita saberlo?

—¿Qué pasa? ¿No puedo tener fans?

—Otra de las frases que se te atribuyen, aunque podría tratarse de otra invención periodística, dice así: «Washington es la ciudad más tonta del mundo. Está llena de imbéciles».

—Papá, hombre...

—Sólo quería que supieras que la he leído.

—Lo que hay que oír.

—También dice aquí que eres miembro de un grupo llamado Ritmo Chocho, antes llamado... —traga saliva— Puta de cocina.

—Hemos cambiado de nombre. Ahora somos los Impostores.

—Victor, por el amor de Dios. Toda esta gentuza con...

—Papá, a mi me sentó tan mal como a ti que Charlie y Monique le hicieran un tatuaje a su bebé. ¿Qué te pasa? Me tratas como si fuera un delincuente...

—Y para mayor inri, tu hermana me comenta que las fotos que no llegaron a salir en aquel libro de Madonna circulan por Internet.

—Lo tengo todo controlado, papá.

—¿Cómo te atreves a decir eso? —pregunta—. Victor, todo esto me parece de muy mal gusto. De un gusto pésimo.

—El mundo tiene mal gusto, papá.

—Pero a ti nadie te obliga a aspirar al primer premio...

—O sea, que no estoy a tu altura ¿Es eso?

—No —dice—. No exactamente.

—Supongo que es un mal momento para pedirte dinero.

—Victor, no empieces. Estoy harto de hablar de ese tema.

Pausa.

—Supongo que es un mal momento para pedirte dinero.

—Creo que con el dinero de tu asignación tienes más que suficiente para...

—Nueva York es una ciudad muy cara.

—Pues múdate.

—Papá, no seas ingenuo...

—Suelta lo que tengas que decir de una vez.

—Papá. —Respiro hondo—. Estoy sin blanca. Es la pura verdad.

—Dentro de un par de días recibirás el cheque del mes que viene.

—Ya me lo he gastado.

—¿Cómo puedes habértelo gastado, si aún no lo tienes?

—Te juro que yo tampoco lo entiendo.

—Seguirás recibiendo la misma cantidad que hasta ahora —insiste—. Nada más y nada menos. ¿Entendido?

—Bueno, pues tendré que ampliar el crédito de la Visa.

—Una idea genial.

Amanda de Cadenet se acerca a nuestra mesa y, tras besarme en la boca, se despide hasta la noche y se va sin darme tiempo a hacer las presentaciones.

—¿Qué tal está Chloe? —pregunta papá.

20

El almuerzo ha sido breve, por suerte: sólo son las 13.10 y ya le he dicho al chófer que me deje en la esquina de Broadway con la Cuarta para poder pasarme por Tower Records antes del ensayo y comprar varios cedés que necesito como el aire que respiro. En el vestíbulo, los miembros del grupo Sheep —ultimísimo estandarte del rock alternativo y clip del mes en la MTV con su tema «Diet Coke at The Gap»— parpadean frente a varias videocámaras mientras Michael Revine —el Annie Leibovitz del rock alternativo— saca fotos con imágenes de *Aeon Flux* de fondo en todos los monitores. Busco el último número de *YouthQuake* en la sección de revistas y compruebo si han publicado alguna carta a propósito de mis fotos. En la cesta: Trey Lewd, Rancid, Cece Pensinton, Yo la Tengo, Alex Chilton, Machines of Loving Grace, Jellyfish, the 6th's, Teenage Fanclub y mi book (por si acaso). En éstas veo a una chica oriental, muy mona ella, vestida con vaqueros blancos, cadena plateada a modo de cinturón, jersey amplio con escote en pico y sandalias planas de color negro, absorta en la contemplación de la contraportada de un cedé de la ELO. Me acerco, dejo caer el book «sin querer» y un montón de fotos mías en traje de baño se esparcen a sus pies. Para darle tiempo a que se fije en ellas, cuento hasta tres antes de

agacharme a recogerlas con fingido rubor, pero la chica se limita a mirarme con cara de «¿pero tú de qué vas?» y se aleja sin más. Quien sí se ha fijado en las fotos, sobre todo en una en la que aparezco en tanga y que casi tengo que arrancarle de las manos, es un chico gay, monísimo él, al que rechazo con un: «Ya está, ya está, gracias». Y justo entonces descubro a la chica más guapa de toda la tienda.

Está escuchando uno de los álbumes en audición, pulsando botones sin parar y siguiendo el ritmo de la música con los auriculares puestos. Lleva unos pantalones pirata muy ajustados de color amarillo, botas negras altas y un sobretodo abierto de color beige y violeta de Todd Oldham. Desde más cerca distingo en su cesta cedés de Blur, Suede, Oasis y Sleeper. Cuando se quita los auriculares, estoy justo a su espalda.

—Menudo álbum —comento a propósito del cedé de Oasis—. Sobre todo la tres, la cuatro, la cinco y la diez.

La chica, sorprendida, se da la vuelta y, al verme, reacciona de una forma que sólo puede calificarse de extraña. Con una expresión entre preocupada, divertida e indescifrable (una tercera parte de cada), frunce el ceño y me pregunta:

—¿No te acuerdas de mí?

Por suerte, estoy acostumbrado a ese tono burlón y puedo contestar con el aplomo necesario:

—Sí. ¿De Los Ángeles, verdad? O de Miami...

—No —dice con ademán brusco.

Un momento de inspiración.

—¿Ibas a Camden?

—Caliente, caliente —se limita a responder.

—Espera, un momento. ¿Eres modelo?

—No —suspira—. No soy modelo.

—Pero con lo de Camden iba bien, ¿no? —pregunto esperanzado.

—Sí. —Otro suspiro.

—Espera, espera. Lo tengo en la punta de la lengua.

—Me alegre —dice, y se cruza de brazos.

—O sea que ibas a Camden —insisto—. El de New Hampshire, ¿no?

—¿Conoces algún otro? —replica con impaciencia.

—Vale, vale, tranqui.

—Bueno —dice mientras acaricia el cedé de los Oasis—, gracias por la reseña...

Victor.

—¿Sabes cómo me llamo?

La chica se echa el bolso redondo de ante rojo al hombro y descubre el par de ojos azules que ocultaba tras unas gafas de sol Matsuda.

—Victor Johnson —asiente—. Bueno, a no ser que hayas cambiado de nombre.

—Pues sí —confieso avergonzado—, la verdad es que sí. Ahora me llamo Victor Ward. Pero en el fondo sigo siendo el mismo.

—Caramba, qué bien —se burla—. Así que te has casado, ¿eh? ¿Y quién ha sido el afortunado?

—Ese cretino de ahí, el que lleva un strudel de fresa en la cabeza. —Le indico al gay de antes, quien, por cierto, se ha quedado una de mis fotos en bañador. El tipo sonríe y hace mutis por el foro—. Es que es un poco tímido, ¿sabes?

Poco a poco me hago a la idea de que la chica y yo, efectivamente, nos conocemos.

—Soy un desastre para los nombres —me disculpo—. Perdona.

—Adelante —me anima—, sé valiente. Adivina. —Juraría que me oculta algo.

—Vale, voy a usar mis poderes paranormales. —Me llevo las manos a las sienes y cierro los ojos—. Karen... Nancy... Jojo... ¿Tienes algún hermano que se llame Joe? Veo jotas, muchas jotas Veo una gata... una gatita que se llama Cootie. —Abro los ojos.

—Lauren. —La chica me mira sin mayor interés.

—Lauren. Vaya.

—Pues sí —me espeta—. Lauren Hynde. ¿Te suena el nombre?

Esto empieza a ser preocupante. Cuento hasta tres antes de contestar.

—Lauren Hynde...

—¿Te acuerdas de mí? —insiste.

—Pues... —Perplejo, confieso—: Bueno, será verdad lo que dicen del Klonopin y la pérdida de memoria a corto plazo.

—Para que te sitúes: soy amiga de Chloe.

—Ah sí, sí —digo con la esperanza de superar el bache—. Precisamente el otro día estuvimos hablando de ti.

—Mmm... —Lauren acaricia el borde del expositor de los cedés mientras se va alejando por uno de los pasillos.

—Fue una conversación muy... agradable —añado mientras la sigo.

—¿De qué hablasteis?

—Pues de... cosas positivas.

Dejo que se adelante un poco y me quito las gafas para evaluar el cuerpo que deja al descubierto el sobretodo desabotonado: delgada, con buenos pechos, piernas largas y torneadas, cabello rubio corto, y, por lo demás —ojos, dientes, labios, etcétera—, ningún defecto a la vista. La alcanzo y me dispongo a acompañarla mientras balanceo la cesta de cedés con fingida naturalidad.

—¿Y aún te acuerdas de mí? —pregunto—. ¿Al cabo de tantos años?

—Pues sí, ya ves —responde con cierto desdén—. Aún me acuerdo.

—¿Y en aquella época ya me tratabas así? ¿O soy yo el que ha cambiado?

Lauren se detiene y se vuelve hacia mí.

—No sabes quién soy, ¿verdad?

—Pues claro que lo sé. Eres Lauren Hynde. —Pausa—. Pero ten en cuenta que yo faltaba mucho a clase. Y además, el Klonopin es fatal para la memoria a largo plazo.

—¿No era la otra?

—¿Lo ves? Lo acabo de decir y ya ni me acuerdo.

—Déjalo, anda.

Cuando ya está a punto de irse, le pregunto:

—¿He cambiado mucho?

Me examina a conciencia.

—No, no mucho. —Se concentra en mi cabeza, en mis facciones—. Aunque no creo que por entonces llevaras estas patillas.

Una ocasión así no se puede tirar por la borda:

—Las patillas son tus mejores amigas. Quiérelas. Mímalas —susurro mientras le ofrezco mi perfil.

Lauren me mira como si me faltara un tornillo.

—¿Qué pasa? ¿Qué he dicho? —pregunto—. Hay que mimar las patillas. En serio.

—¿Mimarlas?

—Son la nueva religión.

—¿Conoces a gente que rinde culto al pelo? —pregunta con horror—. ¿Vas con gente que quiere aparentar veinte años toda la vida?

Espanto una mosca con la mano. Se impone un cambio de estrategia.

—Bueno, ¿y tú qué te cuentas? Oye, estás estupenda ¿Por dónde andabas?, dime ¿Qué es de tu vida? —No debo de haber acertado con el tono, porque el conflicto no se hace esperar.

—La semana pasada coincidí con Chloe donde Patricia Field —comenta.

—¿En casa de Patricia Field? —pregunto impresionado.

—En su tienda, bobo. —Hay un brillo extraño en su mirada.

—Ah. Vale, vale.

Se produce un largo silencio durante el que varias chicas pasan a nuestro lado. Un par de ellas me saludan, pero yo me hago el despistado. Lauren las mira con aire escéptico y enfurruñado, lo que interpreto como una buena señal.

—¿De qué estábamos hablando? Ya no me acuerdo.

Suena mi busca. Miro la pantalla: es Alison.

—¿Quién es? —pregunta Lauren.

—Vete a saber. Alguien interesado en fundar un sindicato de modelos, seguramente —respondo con un gesto de indiferencia—. Es que soy modelo, ¿sabes? —añado tras una pausa.

—Un sindicato de modelos. ¡Será posible! —Lauren echa a andar. Siento más deseos que nunca de seguirla.

—Lo dices como si fuera imposible.

—Para formar un sindicato hace falta gente concienciada.

—Los sarcasmos a la hora del recreo, si no te importa.

—Esto es absurdo —dice—. Me voy.

—¿Por qué?

—He quedado para almorzar —anuncia mientras se peina el cabello con una mano temblorosa.

—¿Con quién?

—¿Por qué lo preguntas?

—¿Con un tío?

—Victor...

—Dímelo, anda.

—Ya que tanto te interesa... Con Baxter Priestly.

—Pues qué bien —refunfuño—. ¿Se puede saber quién es ese mamón? No, en serio, lo que hay que aguantar.

—Chloe y yo somos amigas. Y no es ninguna novedad —dice sin quitarme los ojos de encima—. Supongo, vaya.

—¿Qué te hace pensar eso? —pregunto con una sonrisa.

—Que tú eres su novio —responde con voz burlona.

—¿Y eso te parece una excusa?

—No. Eso me parece una razón. Eres tú quien lo conviertes en una excusa.

—Huy, me he perdido. Me estás mareando con tanto razonamiento.

—Pues procura no caerte.

—¿Te apetece un capuchino?

—¿Cómo es posible que no conozcas a los amigos de tu novia? ¿Es que no hablas con ella? —Lauren parece cada vez más indignada—. ¿Se puede saber qué te pasa? No sé ni por qué te lo pregunto. Como si no lo supiera. En fin, me voy.

—Espera, espera. Tengo que pasar por caja —digo mientras le indico los cedés de la cesta—. Acompáñame y salimos juntos. Tengo ensayo con el grupo, pero no vendrá de más un latte.

Lauren duda un momento antes de acompañarme hacia la salida. Cuando me llega el turno, la máquina rechaza mi American Express.

—Lo que hay que aguantar —refunfuño. Lauren, en cambio, sonrío y añado mis cedés a su compra sin molestarse siquiera en fingir que es un préstamo. Su sonrisa me produce una intensa sensación de déjà vu.

En la tienda hace tanto frío que todo —el aire, la música que nos envuelve, los expositores llenos de cedés— parece blanco, cubierto por una capa de nieve. La gente

pasa de largo camino de la caja siguiente, y los fluorescentes colocados a varios metros del suelo, que dan a todo el mundo un aspecto gris y mortecino, no afectan del mismo modo a Lauren, cuyo cutis parece marfil bronceado. Su presencia —el simple gesto de firmar el comprobante— me conmueve de modo ineludible, y la melodía que planea sobre nosotros, «Wonderwall», tiene un poder alucinógeno que me hace sentir ajeno a mi propia vida. Hacía mucho que no sufría un ataque de lujuria como el que trato de satisfacer ahora en Tower Records, y me resulta imposible descartar la idea de que Lauren Hynde va a formar parte de mi futuro. Una vez en la calle, apoyo la mano sobre el final de su espalda para conducirla entre el gentío hasta el borde de la calzada de Broadway. Ella se vuelve y me observa fijamente. Yo la dejo hacer.

—Victor —dice al notar lo que me está pasando—, mira, no quiero que te hagas ilusiones. Ya estoy con alguien.

—¿Con quién?

—Eso no importa. Lo importante es que no soy libre.

—¿Por qué no quieres decírmelo? —pregunto—. Si es Baxter Priestly, el premio es de mil dólares.

—Me sorprendería mucho que los tuvieras.

—No te imaginas la cantidad de calderilla que guardo en casa.

—Me alegro de que nos hayamos encontrado. Ha sido... —se detiene— interesante.

—Anda, vamos a tomarnos un *café au lait* a Dean & DeLuca. Es el último grito.

—¿Y el ensayo?

—Puede esperar.

—Yo no.

Lauren da media vuelta, pero se detiene al notar el contacto de mi mano en el brazo.

—Espera, ¿vendrás al desfile de Todd Oldham? Es a las seis. Yo voy a pasar varios modelos.

—No insistas más, por favor —me ataja, y sigue andando.

Tengo que esquivar gente a derecha e izquierda para no perderla de vista.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —pregunto.

—No me gusta ese ambiente.

—¿Qué ambiente?

—Toda esa gente a la que sólo le interesa saber quién se está tirando a quién, quién tiene la polla más larga, quién tiene las tetas más grandes y quién es más famoso.

Su respuesta me desconcierta, pero no cejo en mi empeño.

—¿A ti no te interesan esas cosas? —insisto mientras ella para un taxi—. ¿Por algún motivo especial?

—Se me hace tarde.

—Hey, ¿no me das tu número de teléfono?

Antes dar un portazo aún tiene tiempo de contestar, sin volver siquiera la cabeza:

—Pídeselo a Chloe.

19

El pasado mes de septiembre Chloe y yo nos fuimos a Los Ángeles por motivos que nunca he acabado de entender pero que ahora, gracias a la perspectiva que da el tiempo, diría que tenían algo que ver con salvar nuestra relación y con el hecho de que Chloe iba a ser la presentadora de los premios MTV, de los que no recuerdo nada excepto conversaciones sobre los Oscar, conversaciones sobre Frida Kahlo, conversaciones sobre Mr. Jenkins, conversaciones sobre las dimensiones de la polla de Dweezil Zappa, el pijama de Sharon Stone, el descarro con que Edgar Bronfman Jr. intentó ligarse a Chloe, los dos únicos caramelos verdes que contenía el paquete que sostuve en mi delirio a lo largo de la ceremonia y, en general, Cindy Cindy Cindy y nada más que Cindy. En todas las fotos que aparecieron en la prensa —en el *W*, en el *US*, en el *Rolling Stone*— salgo con la misma botella medio vacía de Evian en la mano.

Nos alojamos en el Chateau Marmont, en una suite gigantesca con una terraza el doble de grande que la habitación y vistas al sector oeste de la ciudad. Cuando no le apetecía hablar, Chloe se metía corriendo en el baño, conectaba el secador a toda pastilla y dirigía el chorro de aire hacia mi rostro relajado y perplejo. Durante aquellas semanas me estuvo llamando su «pequeño zombi». Me presenté a una prueba para interpretar al amigo de un drogadicto en el episodio piloto de una serie ambientada en un hospital que nunca llegó a grabarse y no conseguí el papel, pero no me importó gran cosa porque iba siempre tan colocado que hasta tenía que leerme dos veces las cosas que Paula Abdul decía en las entrevistas. Chloe siempre estaba «muerta de sed», siempre había algún preestreno al que asistir, siempre decíamos cosas incomprensibles, las calles siempre estaban —inexplicablemente— cubiertas de confeti, Herb Ritts siempre nos invitaba a alguna barbacoa a la que siempre asistían Madonna o Josh Brolin o Amy Locane o Veronica Webb o Stephen Dorff o Ed Limato o Richard Gere o Lela Rochon o los Ace of Base, y donde siempre nos

servían hamburguesas de pavo que nosotros siempre regábamos con té frío de pomelo, mientras la ciudad se llenaba de hogueras que rivalizaban con los focos de los estrenos.

En una fiesta que organizó Lily Tartikoff en Barneys para recoger fondos contra el sida explotaron varias bombillas, Chloe tomó mi mano inerte en la suya —áspera— y la apretó una sola vez, a modo de advertencia, cuando un reportero del canal E! se interesó por el motivo de mi presencia y yo le dije que necesitaba una excusa para estrenar mi último esmoquin de Versace. Las escaleras eran tan empinadas que a duras penas logré alcanzar el último piso, pero una vez allí Christian Slater me recibió con una palma en alto y luego llegamos junto a Dennis Leary, Helen Hunt, Billy Zane, Joely Fisher, Claudia Schiffer y Matthew Fox. Alguien me señaló a una tercera persona y comentó en voz baja: «El piercing le salió rana», antes de perderse de nuevo entre los invitados. Se hablaba de taparse la cabeza y de quemarse las uñas.

Mientras deambulaban apaciblemente por ahí, casi todos tenían un aspecto muy sano y bronceado. Otros en cambio estaban tan fuera de sí —en algunos casos, cubiertos de chichones y cardenales— que sus palabras me resultaban ininteligibles. Así pues, traté de no separarme de Chloe para asegurarme de que no recaía en ningún hábito destructivo. Ella llevaba pantalones pirata y maquillaje de Kamali, canceló citas de aromaterapia que yo no sabía que había concertado, y se alimentó casi exclusivamente de granizados de uva, limoncillo y raíces. Evan Dando, Robert Towne, Don Simpson, Victor Drai, Frank Mancuso Jr. y Shane Black dejaron mensajes que ella no se dignó contestar. Los pocos ratos que no estuvo vociferando los invirtió en comprar un grabado de Frank Gehry por algo así como treinta mil dólares, un retazo de niebla de Ed Ruscha por bastante más, varias lámparas de mesa Shogun de Lucien Gau y muchas cestas de hierro que luego fletó a Manhattan. Los desplantes estuvieron a la orden del día. Hicimos mucho el amor. Todo el mundo hablaba del año 2018. Un día fingimos que éramos fantasmas.

Dani Jansen insistía en llevamos a lugares misteriosos. Cuatro personas diferentes me preguntaron cuál era mi animal terrestre favorito, y no pude ni contestar porque no sabía qué animales incluir en esta categoría. Estuvimos con dos componentes de los Beastie Boys en una casa de Silver Lake, y allí coincidimos con muchas rubias con el pelo rapado y también con Tamra Davis, Greg Kinnear, David Fincher y Perry Farrell. «Hielo... ¡qué bien!» fue la frase que acompañó nuestros combinados templados de Bacardi y Coca-Cola y nuestras quejas sobre los impuestos. En el jardín posterior había una piscina llena de escombros hasta los topes y varias tumbonas rodeadas de jeringuillas vacías. En toda la cena solo hice una pregunta, que fue: «¿Y por qué no la cultiváis vosotros mismos?». Fui testigo de que es posible emplear diez minutos en cortar una loncha de queso. En el jardín, al lado de la piscina llena de escombros, había un seto podado de tal forma que reproducía la imagen de Elton

John. Comimos Vicodin y escuchamos cintas de la Velvet Underground de la época de Nico.

—Comparados con la naturaleza en todo su esplendor, nuestros problemas me parecen mezquinos —sentencié.

—Victor —comentó Chloe—, te recuerdo que eso que tienes a tu espalda es un seto cortado en forma de Elton John.

Luego volvimos a nuestra suite del Chateau, llena de cedés por todas partes y con el suelo sembrado de paquetes vacíos de Federal Express. La palabra «miscelánea» parecía resumir cuanto sentíamos el uno por el otro, o al menos eso decía Chloe. Nos peleamos en Chaya Brasserie, tres veces más en el Beverly Center, luego otra en Le Colonial —durante una cena ofrecida en honor de Nick Cage—, y otra en el House of Blues. Nos dijimos una y mil veces que no importaba, que nos traía sin cuidado, bah, a la mierda: una opción bastante cómoda. Durante una de aquellas discusiones Chloe me llamó «plebeyo» y me acusó de tener menos ambición que un aparcacoches. No puedo decir que tuviera razón ni que dejara de tenerla. Si, después de una bronca, no teníamos que salir, nos encontrábamos con que dentro de la suite no había muchos rincones donde buscar refugio, excepción hecha de la cocina y el balcón, donde vivían dos loros de nombre Blinky y Scrubby el Atontado. Chloe se tendía en la cama en ropa interior, a oscuras, sin más luz que la del televisor encendido y con música de los Cocteau Twins de fondo. Yo aprovechaba estos momentos de tregua para bajar a dar una vuelta por la piscina y leer algún número atrasado de *Film Threat* o releer el capítulo «La bolsa de plástico como método de autoliberación» del libro *Último recurso* mientras mascaba chicle o bebía Frutopía. Estábamos en un mundo sin dimensiones.

Una decena de productores fueron hallados muertos en diferentes mansiones de Bel Air. Autografié el reverso de una caja de cerillas de Jones con uno de mis «garabatos ininteligibles» para complacer a una jovencita. Consideré la idea de publicar mi diario en el *Details*. Maxfields organizó una subasta, pero no nos sentimos con ánimos de asistir, Comimos tamales en rascacielos vacíos y pedimos snacks exóticos en bares japoneses de estilo chic industrial. Compartimos mesa en restaurantes con nombres como Muse, Fusión o Buffalo Club con gente como Jack Nicholson, Ann Magnuson, Los Lobos, Sean MacPherson y un modelo de catorce años llamado Dragonfly, que dejó impresionado a Jimmy Rip. Pasamos demasiado tiempo en el Four Seasons y no el suficiente en la playa. Una amiga de Chloe dio a luz un bebé muerto. Dejé la ICM. Muchos se presentaron como vampiros o bien afirmaron conocer a alguno. Fuimos de copas con los Depeche Mode. Durante aquellas semanas murieron o desaparecieron tantos conocidos nuestros —en accidentes de circulación, de sida, de una sobredosis, asesinados, atropellados, disueltos por mala suerte o por mala voluntad en cisternas llenas de ácido— que

Chloe cargó en su Visa casi cinco mil dólares en coronas. Yo estaba guapísimo.

18

El loft de Conrad, Bond Street, 13.30, la única hora a la que se puede ensayar aprovechando que el resto del vecindario está trabajando o haciendo el imbécil con toda naturalidad en el Time Café durante el almuerzo. Desde la entrada alcanzo a ver a todos los miembros de los Impostores, cada uno junto a su baffle y en una postura diferente: Aztec, camiseta Hang 10 y Fender en el regazo, se está rascando el motivo Kenny Scharf que lleva tatuado en el bíceps; Conrad, el vocalista, poseedor de un cierto y húmedo encanto, ex de Jenny McCarthy, tiene el pelo como un estropajo amarillento y se viste con ropa de lino arrugada; Fergy, envuelto en un cárdigan dado de sí, juega con una Magic 8 Ball como si quisiera saber su futuro mientras mantiene las gafas de sol en equilibrio en la punta de la nariz; Fitzgerald, por último, ex miembro de una banda de rock siniestro, conocido por haberse tomado una sobredosis, haber resucitado, haberse tomado otra sobredosis, haber resucitado de nuevo, haber hecho campaña a favor de Clinton con no demasiado entusiasmo, haber trabajado de modelo para Versace y haber salido con Jennifer Capriati, duerme en pijama en un enorme puf a rayas color fucsia y yuca. En este momento de su existencia, todos han coincidido en este loft sorprendente donde hace un frío glacial y los cedés y las cintas digitales han invadido hasta el último rincón. En la pantalla —la MTV—, imágenes de *Presidents of the United States* que se mezclan con las de un anuncio de Mentos que se mezclan con las de un tráiler de la última película de Jackie Chan. Infinidad de recipientes de comida vacíos con el logo de Zen Palate conviven con un ramo de rosas blancas que languidece en una botella vacía de Stoli, con la enorme foto de una pobre muñeca de trapo que ocupa una pared entera por obra y gracia de Mike Kelly, con las obras completas de Philip K. Dick alineadas en uno de los anaqueles de la única estantería de la casa, varias lámparas Lava y unos cuantos botes Play-Doh.

Respiro hondo, entro como si tal cosa y me sacudo el confeti de la chaqueta. Todos excepto Fitz levantan la cabeza. Aztec rasguea algo de *Tommy*.

—*He seems to be completely unreceptive* —canturrea— *The tests I gave him show no sense at all.*^[25]

—*His eyes react to light, the dials detect it* —interviene Conrad—. *He hears but cannot answer to your call.*^[26]

—Vale ya —digo con un bostezo mientras abro el frigorífico y me sirvo una cerveza fría.

—*His eyes can see, his ears can hear, his lips speak*^[27] —insiste Aztec.

—*All the time the needles flick and rock*^[28] —corroboro Conrad.

—*No machine can give the kind of stimulation needed to remove his inner block*^[29] —señala Fergy.

—*What is happening in his head?*^[30] —cantan a coro los tres.

—*Oh I wish I knew* —grita Fitzgerald desde su puf en un momento de lucidez—. *I wish I kneew*^[31] —repite antes de volver a encogerse en posición fetal.

—Llegas tarde —me espeta Conrad.

—¿Yo? Pero si tardáis una hora sólo en afinar... —Bostezo y me dejo caer sobre un montón de almohadones indios—. Qué tarde ni qué leches. —Bostezo otra vez, bebo un trago de cerveza y me doy cuenta de que todos me están mirando con hostilidad—. ¿Qué pasa? Pero si tendríais que darme las gracias. Por vosotros he cambiado la hora que me habían dado en Oribe para cortarme el pelo. —Recojo un ejemplar de *Spin* abandonado junto a un viejo narguile y se lo lanzo a Fitz, que ni siquiera se inmuta a pesar del impacto.

—¡«Magic Touch»! —grita Aztec.

Contesto automáticamente.

—Plimsouls, *Everywhere at Once*, Geffen, tres minutos diecinueve segundos.

—«Walking Down Madison» —insiste.

—Kirsty MacColl, *Electric Landlady*, Virgin, seis minutos treinta y cuatro segundos.

—«Real World».

—Jesus Jones, *Liquidizer*, SBK, tres minutos tres segundos.

—«Jazz Police».

—Leonard Cohén, *I'm Your Man*, CBS, tres minutos cincuenta y un segundos.

—«You Get What You Deserve».

—Big Star, *Radio City*, Stax, tres minutos cinco segundos. —Bostezo—. Me las pones demasiado fáciles.

—«Ode to Boy».

—Yaz, *You And Me Both*, Sire, tres minutos treinta y cinco segundos.

—«Top of the Pops». —Aztec empieza a perder interés en el juego.

—The Smithereens, *Blow Up*, Capitol, cuatro minutos treinta y dos segundos.

—Ojalá pusieras el mismo entusiasmo en el grupo —dice Conrad con el tonillo que usa siempre que se pone borde.

—¿Quién trajo la semana pasada una lista de canciones que deberíamos

versionar? —le replicó.

—Me niego a cantar una versión acid-house de «We Built This City» —protesta él.

—Si no quieres hacerte rico, allá tú —replicó con un gesto de indiferencia.

—Las versiones ya no interesan, Victor —interviene Fergy—. Las versiones no dan dinero.

—Eso me dice siempre Chloe^[32] —me burlo—. Y si no me lo creo viniendo de ella, viniendo de ti ni te cuento.

—¿A qué viene ese empeño en hacer versiones? —pregunta alguien con desgana.

—Tú —digo señalando a Aztec— eres una de las pocas personas que conozco capaces de versionar una canción que la gente ya ha oído millones de veces de tal manera que parezca absolutamente original.

—Y a ti lo que te pasa es que eres demasiado vago para escribir tus propios temas —Conrad me señala con un dedo acusador que destila veneno indie-rock.

—Yo diría que es el momento ideal para sacar una versión cocktail-mix de «Shiny Happy People».

—Victor —dice Conrad en tono didáctico—, los REM hacen rock clásico, y nosotros no versionamos a clásicos del rock.

—Que paren el mundo, que yo me bajo —masculla Fergy.

—No pongáis esas caras, que Courtney Love ya no cumple los treinta —comento con alegría.

—Es una noticia reconfortante, sin duda.

—¿Cuánto cobrará por las ventas de los Nirvana? —le pregunta Aztec.

—¿Hay contrato prematrimonial? —duda Fergy.

Desconocimiento general.

—Pues no me extrañaría nada que no hubiera visto ni un céntimo desde que Kurt se murió —concluye.

—¡Alto ahí! —protesto—. Kurt Cobain no está muerto. Su música sigue viva en todos nosotros.

—En serio —dice Conrad—, tenemos que empezar a pensar en preparar algo nuevo.

—Si no es mucho pedir, ¿podríamos componer aunque fuera sólo una canción que no empezara diciendo «Esta noche he estado en el picadero, colocao», a ritmo de pseudoreggae? —pregunto—. ¿Ni «Me he encontrado una rata en la cocina. A ver qué hago yo ahora»?

Aztec abre una lata de Zima y rasguea pensativo la Fender.

—¿Cuánto hace que no grabáis una maqueta? —pregunto, y en éstas reconozco a Chloe en la portada del último número de *Manhattan File*, al lado de un *Wired* recién salido de la prensa y un ejemplar del *YouthQuake* del que fui portada. Alguien me ha

pintarrajeado, con un rotulador violeta.

—Una semana —contesta Conrad, resentido.

—Eso equivale a un millón de años —digo mientras hojeo la revista en busca del artículo sobre Chloe. La despedida de las pasarelas, el contrato de Lancôme, su dieta, sus papeles en el cine, los rumores siempre desmentidos de su adicción a la heroína, lo mucho que desea tener hijos («Y un parque enorme y todo lo demás», afirman que dijo), una foto de los dos en los premios Moda y Música del canal VH-1 en la que se me ve mirando a la cámara pero con la cabeza en las nubes, una foto de Chloe en la fiesta que dio el Doppelgänger en honor de las Cincuenta Personas Más Maravillosas del Mundo y en la que también aparece (en segundo plano) Baxter Priesdy, etcétera, etcétera, etcétera. Trato de recordar qué clase de relación teníamos Lauren Hynde y yo en Camden, si es que teníamos alguna. Qué importará eso ahora, en este loft de Bond Street.

—Victor —me sermonea Conrad con los brazos en jarras—, nosotros no somos como esos grupos que se meten en el negocio de la música sólo para ligar y ganar pasta.

—¿Sólo? —protesto mientras me incorporo sin apoyar las manos—. ¿Te parece poco? ¿En serio te parece poco?

—Te pasas los ensayos bebiendo cerveza y repasando las revistas en que salís tú y tu novia —dice Conrad desde las alturas.

—Y tú estás anclado en el pasado —le acuso sin entusiasmo—. Discos de los Captain Beefheart, yogurt... Tío, pero tú de qué vas —exclamo—. Y tú, Aztec, hazme el favor de cortarte las uñas de los pies. Santo Dios, ¿no te da vergüenza? ¿Qué haces en todo el día, aparte de asistir a los recitales de poesía del Fez? Coño, tío, apúntate aun gimnasio.

—Hago ejercicio de sobra —se defiende Aztec con recelo.

—Liar porros no es exactamente hacer ejercicio —replico—. Y aféitate, tío, que pareces un macho cabrío.

—Pisa el freno —contesta Aztec— y vete a hacer compañía a tus amigos los famosos.

—¿Así me agradecéis que intente ponerlos al día? Si por vosotros fuera, aún habría hippies.

Fergy se vuelve hacia mí y se estremece.

—Estáis poniendo en peligro nuestra amistad —protesto, aunque no con el tono de preocupación que cabría esperar.

—¡No te vemos lo suficiente como para poner en peligro nada! —grita Conrad.

—Lo que hay que aguantar —mascullo mientras me levanto con intención de marcharme.

—Eso es, Victor —suspira Conrad—, vete ya. Aquí no nos haces ninguna falta.

Vete a inaugurar esa horterada de local.

Agarro mi book y mi bolsa de cedés y me dirijo a la puerta.

—¿Estáis todos de acuerdo con él? —pregunto al llegar junto a Fitz, que se está limpiando la nariz con la camiseta de hockey sobre hielo que usa de almohada. Tiene los ojos cerrados y duerme plácidamente, soñando con paquetes de metadona—. Seguro que él sí quiere que me quede. ¿Verdad, Fitz? —le pregunto, y empiezo a zarandearlo para que se despierte—. Hey, Fitz, despierta.

—No te molestes —dice Fergy con un bostezo.

—¿Qué le pasa al teclas? —pregunto—. Aparte de haberse criado en Goa.

—Que esta noche ha ido de juerga —suspira Conrad—. Está tomando Ibogaine.

—¿Y qué? —insisto sin dejar de zarandear a Fitz.

—Pues que ha desayunado su buena dosis de éxtasis aderezada con demasiada heroína.

—¿Demasiada?

—Exacto.

—Lo dices como si hubiera una cantidad normal.

—Es que la hay.

—Santo Dios —murmuro.

—Victor —se burla Conrad—, ¿por qué no te vas a vivir al campo?

—Desde luego, preferiría tratar con animales de granja que con gente que se bebe su propia sangre. Encima de hippies, vampiros.

—Fitz también padece disforia binocular y el síndrome del túnel carpiano.

—«*Shine on, you crazy diamond*». ^[33] —Rebusco en el bolsillo de la chaqueta y me pongo a repartir vales de consumiciones gratis—. Os comunico que dejo el grupo y que los vales sólo se podrán canjear entre las once cuarenta y seis y las doce y un minuto de esta noche.

—¿Te vas? —pregunta Conrad—. ¿Así sin más?

—Si queréis seguir sin mí, tenéis mi bendición —contesto mientras deposito dos vales sobre las piernas de Fitz.

—Como si te importara mucho... —me recrimina Conrad.

—Pues a mí me parece una buena noticia —interviene Fergy, sin dejar de agitar su bola mágica—. Me parece una pasada. Y la bola está de acuerdo conmigo —Fergy nos enseña la Magic 8 Ball, donde, efectivamente, dice: «Es una pasada».

—Toda esta historia del indie-rock me revuelve las tripas —digo—. ¿Me explico? Conrad no aparta la vista de Fitz.

—Eh, Conrad —propone Aztec—, ¿y si nos vamos a hacer puenting con Duane y Kitty este fin de semana? ¿Qué te parecería? ¿Conrad? —Pausa—. Conrad...

Conrad sigue sin apartar la vista de Fitz.

—¿Os habéis dado cuenta de que nuestro batería es el miembro más lúcido del

grupo? —señala cuando me ve salir.

Subiendo por Lafayette, incapaz de librarme de la sensación de que alguien viene siguiéndome, me detengo en la esquina de la Cuatro Este, donde sorprendo mi reflejo en el cristal de un anuncio de Armani Exchange, superpuesto a la foto color sepia de un modelo cuya silueta se funde con la mía hasta tal punto que me resulta difícil separarme de ella, y en toda la ciudad no se oyen más sonidos que el pitido de mi busca y un crujido que no es producto de la electricidad estática, sino de alguna otra cosa.

Los taxis pasan de largo en silencio; alguien vestido igual que yo cruza la calle; tres chicas guapísimas, de unos dieciséis años, caminan y me miran seguidas por un gorila con una videocámara; mientras tanto, en el edificio de enfrente, coronado por una valla gigantesca que anuncia con enormes letras mayúsculas la palabra TEMPURA, las puertas abiertas del gimnasio Crunch dejan salir al exterior las notas disonantes y apagadas de Moby. Entonces alguien grita «¡Corten!» y el ruido de las obras del nuevo Gap y el pitido del busca —es el número del Indochine, qué cosa más rara— hacen que me instale en una cabina telefónica donde, antes de marcar, imagino a Lauren Hynde desnuda, en una suite del Delano, acercándose a mí con intenciones que no acabo de comprender. Descuelga Alison.

—Quisiera reservar una mesa —digo, intentando disimular la voz.

—Tengo que contarte una cosa —casi me interrumpe ella.

—¿Qué? —Trago saliva—. ¿Que antes eras un hombre?

Alison golpea el auricular contra una superficie dura.

—Perdona, tengo otra llamada. Cuelgo.

—No he oído el aviso de llamada.

—Es que han cambiado el sonido. Ahora imita el ruido que hace una persona liada con un inútil zopenco cuando aporrea furiosamente la pared con el teléfono.

—Pero qué bruta eres. Tienes dos minutos para llegar al Indochine.

—Cariño, estoy desbordado. En serio. Desbordado.

—¿Qué se celebra hoy? —se burla—. ¿El día del vocabulario? Dos minutos.

—He quedado con... otra persona.

—«Otra persona» dicho después de esa pausa sólo puede significar una cosa: la estúpida de tu novia.

—Nos vemos esta noche —le prometo con fingida impaciencia.

—Victor, te advierto que tengo el número de Chloe en...

—Lo siento, Medusa. No está en casa.

—Ya lo sé. Está en el Spy Bar rodando un anuncio japonés, y yo...

—Alison, no jodas que...

—... estoy de un humor de perros. Hoy sería capaz de mandarlo todo a la mierda

—me amenaza—. Necesito que alguien me ponga de buen humor. Alguien que impida que lo mande todo a la mierda.

—Eres tan falsa que dueles —suspiro—. ¡Ay! —añado—. El gritito ha sido para... dar énfasis.

—Lo siento, cielo. No sabía cómo quitármelo de encima. Se comportaba como un animal. Además, me dijo que ya no te quiere.

—¿A qué viene eso?

—Viene a que ya estoy harta de compartirte —responde Alison con un suspiro, como si de verdad le importara—. Es la conclusión a la que he llegado después de lo de la exposición de Alfaro.

—No me estás compartiendo —aseguro en vano.

—¡Sigues acostándote con ella!

—Si no lo hiciera yo, lo haría algún seropositivo, y entonces...

—¡Dios!

—... aún sería peor para todos.

—¡Déjala! —aúlla Alison—. ¡Corta con ella de una vez, coño!

—¿Vas a dejar tú a Damien?

—Damien Nutch Ross y yo somos...

—No lo digas. Se me revuelve el estómago.

—Me da la impresión de que, por mucho que te explique las cosas, tú sigues sin enterarte.

—¿De qué? —Trago saliva de nuevo—. ¿De que antes eras un hombre?

—Sin mí y, por extensión, sin Damien, no tendrías ningún local que inaugurar. ¿Cuántas veces tendré que recordártelo? —Pausa, espiración—. Ni ninguna posibilidad de abrir ese otro local que...

—¡Eh!

—... andas buscando a nuestras espaldas.

Silencio a ambos lados del cable. Me imagino la sonrisa triunfal que estará dibujándose en este momento en los labios de Alison.

—No sé qué te hace pensar eso.

—Basta. Seguiremos hablando del tema cuando llegues al restaurante. —Un silencio que no me molesto en interrumpir y que obliga a Alison a retomar la iniciativa—. ¡Ted! ¿Me haces un favor? Llama al Spy Bar. —Y cuelga. Es su manera de desafiarme.

Paso junto a la gran limusina que hay aparcada frente al Indochine, esquivo un cargamento de confeti blanco y negro, y subo las escaleras del restaurante. Un equipo de *Meet the Press* está entrevistando a Ted, el maitre, que luce un gorro descomunal. «Hey, ¿qué pasa?», lo saludo. Sin perder de vista a los periodistas, sigo el dedo que me indica un reservado situado al fondo de la sala, fría, húmeda y vacía. De fondo, el

último cedé de PJ Harvey. Nada más percatarse de mi presencia, Alison apaga el porro que se estaba fumando mientras hablaba con Nan Kempner por su Nokia 232, y se levanta de la mesa donde compartía un pastel con Peter Gabriel, David LaChapelle, Janeane Garofalo y David Koresh.

La conversación giraba en tomo al lacrosse y al virus de los monos. Al lado de cada plato hay un ejemplar del número de este mes del *Mademoiselle*.

Alison me lleva a rastras al fondo del pasillo, entra conmigo en los lavabos de caballeros y cierra de un portazo.

—Rápido —murmura.

—Como si contigo se pudiera ir despacio —comento resignado antes de escupir el chicle que llevo en la boca.

Alison me embiste y pega su boca a la mía. Al cabo de pocos segundos retrocede un paso y se desabrocha con frenesí el chaleco a rayas de cebrá que lleva puesto.

—Me da rabia reconocerlo —jadea—, pero me has puesto cachonda al pasar de mí de esa manera.

—¿Qué? Pero si no nos hemos visto en todo el día... —Liberó sus pechos de la opresión de un wonderbra beige.

—En la exposición de Alfaro. —Alison se sube una minifalda tecnológica con las costuras carbonizadas y deja al descubierto unos muslos bronceados por los que instantes más tarde se deslizan unas bragas blancas.

—Y dale. —Me voy desabrochando los vaqueros—. Yo no he ido a ninguna exposición.

—Eres un capullo integral —refunfuña—. Has ido y has hablado conmigo. —Me fulmina con la mirada mientras me mete y me saca la lengua de la boca—. Lo justo, pero has hablado conmigo.

A medio lametazo, con los pantalones alrededor de los tobillos, dejó de besarle el cuello y me pongo derecho. Está transfigurada.

—Afloja un poco con la maría, ¿eh?

—Victor... —Alison está como loca. Acabo de deslizar la mano entre sus piernas: primero dos dedos, luego tres. Ella echa la cabeza atrás, se relame, retiene mi mano: noto cómo tensa los músculos de la vagina—. Empiezo a estar harta de esto.

—¿De qué?

—Ven aquí —exige, y en éstas hace presa en mi polla, la estruja y la atrae hacia sí sin esperar al condón—. ¿Notas esto? —me pregunta mientras se acaricia con ella los labios de la vulvas ¿Que dirías? ¿Que va en serio o que no?

—Que sí, que sí. Que sea lo que Dios quiera —suspiro, y la penetro bruscamente, como a ella le gusta—. Pero alguien se la está jugando...

—Tú empuja fuerte —gruñe—. Y levántate la camisa. A ver esos abdominales.

Después, mientras atravesamos despacio el restaurante vacío, agarro un vaso

largo de una de las mesas y me enjuago la boca con Greyhound para luego devolver el líquido al recipiente. Mientras me seco los labios con la manga de la chaqueta, Alison se vuelve hacia mí y, saciada, confiesa:

—Han estado todo el día siguiéndome.

Me paro en seco.

—¿Qué?

—Te lo digo para que lo sepas. Han estado todo el día siguiéndome —repite. Luego enciende un cigarrillo y pasa junto a los camareros que preparan las mesas para la noche. Yo me quedo algo rezagado.

—¿O sea, que hay un par de gorilas esperándome ahí fuera? —Doy un manotazo a una de las mesas—. ¡Ay! ¡Mierda!

Alison se vuelve.

—Los he despistado en un Starbucks hace una hora. —Espira y me ofrece el Marlboro—. En un Starbucks, ¿te das cuenta? Hay que ser inepto...

—Si estaba muy lleno, no tanto —digo, y acepto el cigarrillo. Pese al aturdimiento, la noticia es un alivio.

—Esos tipos me traen sin cuidado —afirma alegremente.

—Cuando sólo se puede follar en los lavabos del Indochine es que ha llegado el momento de pisar el freno...

—Quería celebrar que cierta fotografía ha dejado de constituir una amenaza.

—Ya lo sé, he hablado con Buddy.

—¿Qué atrocidad has cometido? —pregunta con admiración—. ¿Confirmar la leyenda negra de Chloe?

—Mejor no preguntes.

Alison sopesa mi respuesta.

—Tienes razón —suspira—. Prefiero no saberlo.

—¿Ha sido idea tuya lo de comprar el 600SEL?

—Damien es partidario del leasing —dice entre dientes—. Hay que ser imbécil.

—Damien no es ningún imbécil.

—No lo decía por él. Pero ya que mencionas el tema, sí que lo es.

—Oye, ¿qué sabes de Baxter Priestly?

—¿Además de que tiene unos pómulos increíbles? —Se encoge de hombros—. Pues que está en Hey That's My Shoe, y que es un modelo metido a actor. No como tú, que eres un modelo condenado al fracaso.

—¿Y no es homosexual o algo así?

—Yo diría que Baxter bebe los vientos por Chloe Byrnes —comenta traviesa, y observa atentamente mi reacción—. Y, puestas a escoger, no me parece un mal partido —añade resignada después de reflexionar unos instantes.

—Joder, Alison...

La oigo reírse a carcajadas, relajada.

—Tú procura no despistarte.

—¿Y eso? —pregunto mientras me desperezó.

—Como dices tú siempre, desde más arriba se llega más lejos.

—¿Qué insinúas? ¿Que Baxter Priestly y Chloe están liados? —insisto con los brazos aún separados.

—No sé ni por qué te preocupas. —Me devuelve el cigarrillo—. Ya me dirás qué ves en esa pobre chica. Aparte de un cerebro de mosquito, claro.

—¿Y de Lauren Hynde? —pregunto disimulando mi interés—. ¿Qué sabes?

Alison se pone tensa, me quita el cigarrillo de los labios, lo apura y se dirige a la sala principal.

—Poca cosa. Que ha salido en dos películas de Atom Egoyan, en dos de Hal Hartley y en la última de Todd Haynes. Ah, y que tiene un papelito en la próxima de Woody Allen. Nada más. ¿Por qué?

—Caray —comento impresionado.

—Aparte de vivir en el mismo planeta, poco más tenéis en común. —Alison recoge su chaqueta y su bolso de un taburete del bar.

—¿Y eso qué significa, si puede saberse?

—Significa que no se fijaría en ti ni en un millón de años —contesta—. No pierdas el tiempo.

—No tengo tiempo que perder. —Me encojo de hombros.

—Estuvo mal de la cabeza, le dio por tirarse de los pelos. Pero a base de Prozac se ha curado. Al menos eso dicen.

—O sea, que nos hemos metido en un callejón sin salida, ¿no? —pregunto.

—No. Pero a ti te va a tocar salir por la puerta de atrás, eso sí. —Me da un beso en la nariz.

—No hay más puerta que ésta.

—Entonces cuenta hasta cien antes de marcharte. —Alison bosteza y se abotona la chaqueta.

—¿Hacia dónde vas? —pregunto tímidamente—. Claro que, dadas las circunstancias, dudo de que puedas llevarme a ninguna parte ¿Verdad?

—Me esperan en Stephen Knoll para cortarme el pelo —dice Alison mientras me pellizca la mejilla—. Es cuestión de vida o muerte. *Ciao*. Muac.

—Hasta la noche —me despido, y saludo lánguidamente con la mano.

—Qué emoción —comenta mientras baja las escaleras en dirección a la calle.

En la entrada del Spy Bar, en Green Street, Umberto, el guardia de seguridad, espanta moscas con el walkie-talkie que tiene en la mano, me desea suerte con lo de esta noche y me abre la puerta. Yo subo las escaleras oliéndome los dedos, entro en el servicio de caballeros, me lavo las manos y me miro en el espejo que hay encima del lavabo hasta que me asalta el recuerdo de la fugacidad del tiempo y de la costumbre, que tiene la locura de pasar factura; mientras tanto, en la sala principal, el director, el ayudante de dirección, el operador, el electricista, el jefe de electricistas, otros dos ayudantes, Scott Benoit, la hermana de Jason Vorhees, Bruce Hulee, Gerlinda Kostiff, varios operadores de cámaras panorámicas y un técnico de Steadicam contemplan en silencio un gran huevo blanco, convertidos en el eje de un corro de videocámaras que graban la realización del anuncio en cuestión mientras varios fotógrafos immortalizan a los miembros del equipo de vídeo.

Chloe no está entre ellos: ocupa un gran reservado al fondo de la sala junto con un enjambre de maquilladores que esgrimen geles y cepillos a manos llenas. Lleva unos pantalones cortos con incrustaciones de estrás y un minivestido con falda de vuelo, y vista así, en segundo plano, se la diría envuelta en un halo postizo de felicidad que se troca en un gesto de impotencia en cuanto me ve llegar. El tipo que está tumbado en el tatami —de nombre Darío, creo, ex de Nicole Miller— lleva un tatuaje de los Mighty Morphin Power Rangers en un bíceps, gafas de sol, sandalias y un sombrero de fibra de coco de Brooks Brothers con cinta de madrás y copa plegable. Llamo a mi contestador desde el teléfono del bar: Balthazar Getty, un talón sin fondos para mi monitor de tai-chi, Elaine Irwin, un publicista de mi gimnasio, Val Kilmer y Reese Witherspoon. Alguien me pasa un *café au lait* y me pongo a charlar un rato con un modelo llamado André, con quien comparto un porro mal liado junto a un largo bufé cubierto de sushi a la última y cubiteros de Kenny Scharf. Los ingredientes básicos de la vida de André son el agua —en grandes cantidades—, el pescado a la plancha y cuántos más deportes mejor. Apuesta por un look joven, grungy, indigente pero bien.

—Yo me conformaría con que la gente sonriera un poco más —asegura—. Y también me preocupa mucho todo lo que es el tema de la ecología.

—Faltaría más —asiento sin apartar la vista de las finas láminas de hielo azul celeste que cubren una pared entera, varias zonas del bar y los espejos que hay detrás de la barra. Pasa de largo alguien que lleva una parka.

—Bueno, y luego me gustaría abrir un restaurante en forma de escarabajo gigante.

Los dos miramos fijamente el huevo hasta que yo decido cambiar de aires.

—A éste *café au lait* le sobra un poco de espuma —explico.

El equipo de maquillaje ya ha terminado, y aprovecho que Chloe está sola para acercarme. Nuestra imagen se refleja en el enorme espejo portátil colocado en el centro de la mesa. Hay revistas esparcidas por todas partes, algunas con la cara de Chloe en la portada.

—¿Y esas gafas? —me pregunta.

—Según Reef, esta temporada se lleva el look intelectual. —Hace tanto frío que nuestro aliento se condensa y forma nubecillas.

—Si alguien te dijera que te comieras tu propio peso en plastilina, ¿también le harías caso? —pregunta sin alterarse.

—Voy despacito, voy dando brincos.

—Me alegra ver que sabes diferenciar lo esencial de lo anecdótico.

—Gracias. —Me agacho para darle un beso en el cuello, pero ella se aparta y murmura no sé qué sobre el maquillaje en polvo, de modo que acabo por posar los labios sobre su cabello.

—¿A qué huele aquí? —pregunto.

—Llevo días aclarándome el pelo con vodka —confiesa con tristeza—. Bongo ha reconocido el olor en el pase de Donna Karan y se ha puesto a recitar la Plegaria de la Serenidad de Alcohólicos Anónimos.

—Tú tranquila. Piensa que lo que único que se te pide es que digas «patata» unas doscientas veces al día. Nada más.

—Dejarse fotografiar seis horas seguidas es una tortura.

—¿Quién es ése? —Señalo al tipo del tatami.

—La Tosh. Hace la tira que nos conocemos. Meses, casi. Nos partimos un rollito de primavera en el Kin Khao.

—Très jolie —digo, y me encojo de hombros.

—Dicen que es uno de los videntes con más contactos de Roma —suspira—. ¿Llevas tabaco?

—¿Y el parche de nicotina que ibas a llevar hoy? —pregunto preocupado.

—No me dejaba caminar derecha por la pasarela. —Chloe toma mi mano entre las suyas y me mira a los ojos—. Te he echado de menos. Siempre que estoy cansada te echo de menos.

Me agacho un poco, la abrazo y le murmuro al oído:

—Adivina quién es mi supermodelo favorita.

—Quítate las gafas, anda —replica con acritud—. En vez de dar el pego, pareces Dean Caín.

—¿Qué tal el día? —Me quito las gafas y las devuelvo a su funda.

—Alison Poole me ha dejado cómo mínimo diez mensajes —dice mientras inspecciona la mesa en busca de cigarrillos—. Aún no la he llamado. ¿Tienes idea de lo que puede querer?

—No. ¿Por qué?

—¿No la has visto en la exposición de Alfaro?

—No he estado en esa exposición —suspiro, y le quito una brizna de confeti del pelo.

—Shalom me ha dicho que te ha visto.

—Pues dile a Shalom que se gradúe las lentillas.

—¿Y cómo se te ha ocurrido venir? —pregunta—. Oye, ¿seguro que no llevas tabaco?

Rebusco en todos mis bolsillos.

—Me parece que no. —En éstas encuentro un paquete de Mentos y le ofrezco uno—. Nada, sólo venía a saludarte. Me esperan en el local. Tengo que entrevistar a un DJ que necesitamos para la fiesta de esta noche. Nos vemos luego, en el pase de Todd.

—Como no salga de aquí dentro de cuarenta minutos ya no llego a peluquería —se queja, y toma un sorbo de Fruitopía del botellín.

—¡Santo Dios, qué frío hace aquí! —exclamo tiritando.

—Esta semana ha sido horrorosa —anuncia de pronto—. La más horrorosa de toda mi vida.

—Aquí me tienes, para lo que haga falta.

—Eso debería ser un consuelo, ya lo sé —dice—. Gracias de todos modos.

—Hoy he estado liadísimo. Liadísimo, ni te imaginas.

—Nos hacen falta unas buenas vacaciones —continúa.

—¿Y tú qué tal? —insisto—. ¿De qué va esto? —pregunto a propósito del equipo, el huevo y el tipo del tatami.

—No me hagas mucho caso, pero me parece que Scott hace de una especie de androide imaginario obsesionado con el curry y, en un momento dado, nos peleamos por lo que sea que se pelea la gente como nosotros, y entonces yo le tiro un cubito, que es como una especie de... en fin, no sé, un cubito, y, entonces él, según dice el guión, tiene que salir corriendo...

—Ah, sí —la interrumpo—, ya me acuerdo. Fue uno que me enseñaste.

—... y entonces el otro androide imaginario, el malo...

—Cariño —la atajo—, ya me lo contarás luego.

—Ahora ya es luego. Si a Scott no se le hubiera olvidado el texto, ya habríamos terminado.

—Pues si el guión es el que yo me leí —comento—, sólo tenía que decir una frase. Frase, en singular.

El director se acerca al reservado con un walkie-talkie en la mano. Tiene diecisiete años, lleva gafas de sol y vaqueros plateados de DKNY, y no cabe duda de que le va el glam.

—Chloe, hemos decidido dejar la primera escena para el final.

—Taylor —suplica ella—, dentro de menos de una hora tengo que estar en otro sitio sin falta. Es cuestión de vida o muerte Taylor, Victor.

—Qué tal —me saluda—. Ya nos presentaron en el Pravda la semana pasada.

—Imposible, porque la semana pasada no fui por allí, pero es igual, déjalo. ¿Cómo lo ves?

—Los extras se enrollan, pero nosotros queremos plasmar un estilo de vida con el que la gente se pueda identificar —explica, y yo asiento—. La idea es reflejar lo contrario de lo que sería pasar Pervitin de contrabando desde Praga en un Toyota alquilado. —Una interrupción, interferencias del walkie-talkie, gritos ininteligibles en el otro extremo de la sala—. Es Lars, el meritorio —se disculpa con un guiño.

—Taylor... —empieza Chloe.

—Antes de media hora estás fuera de aquí. Te lo prometo. —Taylor se reúne con el corro de gente que rodea el huevo.

—Estoy azogada —dice Chloe.

—¿Azogada?

—¿Te extraña? Llevamos una semana encallados en esta parte de la escena y tres de retraso en total.

Cuento hasta tres.

—No me extraña en absoluto porque no sé qué significa.

—Significa que estoy nerviosa, Victor. Muy nerviosa.

—Cariño... —digo por fin—. Tenemos que hablar.

—Ya te he dicho que si necesitas dinero...

—No, no. —Pausa—. Bueno, sí, pero no se trata de eso.

—¿De qué, entonces? —Me mira y espera—. ¿Qué pasa?

—Pues que leo en las revistas la descripción de tu hombre ideal y, francamente, me preocupa.

—¿Por qué? —pregunta, y se vuelve hacia el espejo.

Miro a La Tosh de reojo y bajo la voz.

—Básicamente yo diría que es porque no tiene nada que ver conmigo.

—¿Y qué más da eso, Victor? —replica sin darle importancia—. ¿No puedo decir que me gustan los rubios?

—Soy el tío menos rubio que te puedas tirar a la cara.

—Victor, sólo son revistas, por el amor de Dios.

—¿Y qué me dices del rollo ese de la maternidad? —Intento que no me de la espalda—. Eso ya es el colmo, ¿no? ¿Qué pasa? ¿Te ha dado un flash o qué?

—Perdona, pero ignoro el significado de la palabra «flash» en ese contexto.

—Cariño, soy tu mejor amigo. ¿Por qué no...?

—Tu mejor amigo es el espejo, Victor.

—Lo que... —Me esfuerzo en vano—. No quisiera que, por culpa de unas...

—Victor, ¿qué te pasa? ¿A qué viene esto ahora?

Trato de no perder los papeles.

—Nada, nada. No me pasa nada —digo, y sacudo la cabeza para aclararme las ideas.

—Llevo todo el día con un cubito en la mano —explica Chloe.

—Se te están poniendo los dedos azules y estás harta de revolcarte con Scott Benoit. ¿Es eso?

Un equipo de música portátil pone banda sonora a la escena: una balada triste y suntuosa de algún grupo británico, puede que los Radiohead.

—Mira, en estos momentos, sólo tengo tres cosas en la cabeza: el pase de Todd, tu inauguración y una cama donde dormir. Y de las tres sólo hay una que me apetezca.

—¿Quién es Baxter Priestly? —le espeto.

—Un amigo, Victor. Uno de mis amigos —especifica—. No estaría mal que conocieras a alguno.

Siento tentaciones de acariciarle la mano, pero me contengo.

—Hoy me he encontrado con una amiga tuya. Lauren Hynde. —Espero una reacción que no llega a producirse—. Antes del ensayo, comprando cedés en Tower Records. No es muy simpática que digamos.

—¿Tower Records? ¿Ensayo? ¿El día de la inauguración? Me había parecido oír que estabas «liadísimo». ¿Qué más has hecho hoy? ¿Ir al zoo? ¿Aprender a soplar vidrio?

—Oye, he estado hablando con una amiga tuya. Deberías alegrarte.

—¿Debería alegrarme de salir con un cretino?

Una larga pausa.

—No soy ningún cretino. Desde luego, eres muy dura conmigo.

Chloe aparta la mirada del espejo.

—Victor, no te imaginas la cantidad de veces que me dan ganas de abofetearte al cabo del día. De verdad que no te lo imaginas.

—Ni ganas. Qué miedo. —Sonrío y finjo un estremecimiento.

El meritorio se acerca al reservado.

—La limusina ya ha llegado. Taylor te necesita dentro de cinco minutos.

Chloe le dirige un gesto de asentimiento. Cuando se hace evidente que no tengo nada más que añadir, ella misma rompe el silencio hablando entre dientes:

—Acabemos de una vez.

No sé exactamente a quién o a qué se refiere.

—¿Por qué no les decías que no? —señalo por decir algo—. Quedamos en que, a partir de ahora, Chloe Byrnes sólo aceptaría trabajos de envergadura. Ya dijiste que

no a los de la MTV.

—Porque tú insististe.

—Insistí cuando me enteré de lo que te pagaban por día.

—No. Insististe cuando te enteraste de que no contaban contigo.

—*Might as well face it* —me burlo—. *You're addicted to love.*^[34]

—¡Chloe! —grita Taylor desde las inmediaciones del huevo—. ¡Cuando quieras!
¡Pero date prisa, que al señor Benoit se le puede olvidar otra vez la frase!

—Nos vemos luego —se despide, y sale del reservado.

—Vale —contesto—. *Ciao.*

—Ah, por cierto...

—¿Qué?

—Gracias por las flores.

Me besa levemente y se va.

—De nada. De nada.

15

16.00. Desde el segundo piso, el local resulta más animado que nunca: los guaperas que hace un rato han entrado en monopatín ya están preparando las mesas; los camareros blanden copas, manteles y velas, y disponen las sillas alrededor de las mesas; hay varios tipos despeinados limpiando la moqueta, y un par de camareras que han llegado temprano están posando para fotógrafos cuyo rostro no alcanzo a distinguir mientras los bailarines ensayan rodeados de técnicos, agentes de seguridad y gente de protocolo; tres chicas de guardarropía, a cual más despampanante, mastican chicle y alardean de abdominales y de ombligos con piercing; las barras se van llenando de botellas, las luces enfocan estratégicamente los enormes arreglos florales, Matthew Sweet hace retumbar las paredes con su «We're the Same», y los detectores de metales aguardan en la entrada el momento en que los invitados hagan su ídem. Yo tomo nota de todo sin salir de mi perplejidad, reflexiono fugazmente sobre el sentido de tanta actividad y llego a la conclusión de que ser semifamoso no es nada fácil, hasta que el frío me obliga a salir de mi letargo y subo a toda prisa los dos pisos que me separan de las oficinas, más aliviado de lo debido por el hecho de que, al final, todas las piezas hayan ido encajando.

—¿Dónde se ha metido Beau? ¡Lo he llamado cuatro veces en lo que va de día!
—le suelto a Jotadé en cuanto entro en el despacho.

—Primero en su clase de interpretación y después en el casting de la nueva superproducción de tema vampírico —contesta él.

—¿Y cómo se llamará? —Arrojo un fajo de invitaciones sobre mi mesa—. ¿Drágcula?

—Ahora mismo está en la sala vip, entrevistando a varios DJ. Por si lo de DJ X no llega a buen puerto... —dice con sorna mi previsor empleado.

—Oye, ¿sabes que ese modelito que llevas tiene que favorecer mucho a las chicas?

—Toma, anda —me dice con aire sombrío mientras me tiende un fax.

Leo las palabras SÉ QUIÉN ERES Y LO QUE ESTÁS HACIENDO garabateadas en el fax dirigido a mí que Jotadé me obliga a aceptar. Lo noto ligeramente aterrorizado.

—¿De dónde ha salido esto? —pregunto sin apartar la vista del papel.

—Desde que te has ido a almorzar hemos recibido siete iguales.

—¿Siete? —repito—. ¿Y qué demonios significa?

—Creo que los envían desde el hotel Paramount —explica Jotadé mientras me enseña otro fax—. Han tenido la precaución de borrar el logo del encabezamiento, pero la segunda vez Beau y yo hemos llegado a tiempo de ver la mitad del número y coincide.

—¿Desde el Paramount? ¿Por qué?

—Ni lo sé ni quiero saberlo —replica tembloroso Jotadé—. Pero dile al coco que se vaya con la música a otra parte.

—Vete a saber lo que significa —mascullo—. Cualquier cosa. Que es tanto como decir que no significa nada —resuelvo, y acto seguido arrugo el papel—. Toma, cómetelo, haz el favor. Y mastica despacio.

—Victor, deberías hacer acto de presencia en la sala vip —me sugiere Jotadé.

—¿Crees que es una amenaza? —pregunto—. Jo, qué pasada.

—La reportera del *Details* también está con los DJ. Y toma...

Salgo del despacho acompañado por Jotadé.

—... la lista de los que se han apuntado a última hora —añade, y me pasa otro fax mientras nos dirigimos a la sala vip.

—¿Dan Cortese? —leo—. Un hombre valiente. Hace puenting, parapente, y es representante de Burger King. Pero necesita una rinoplastia con urgencia y no quiero ver su nombre en la lista.

—Richard Gere ha aceptado la invitación —dice Jotadé sin quedarse atrás—. Lo mismo que Ethan Hawke, Bill Gates, Tupac Shakur, Dilly, o sea, el hermano de Billy Idol, Ben Stiller y Martin Davis.

—¿Martin Davis? —gruño—. Santo Dios, sólo nos falta invitar a George el Bebedor de Pipí y a su inseparable amigo Woody el Cojo Danzarín.

—También van a venir Will Smith, Kevin Smith y... Sir Mix-a-Lot —continúa Jotadé como si nada.

—Déjate de listas y dime cómo tenemos el tema de los picatostes. —Me detengo al llegar frente a la cortina de terciopelo que conduce a la sala vip.

—Los picatostes están divinamente y nos han quitado un buen peso de encima a todos —conteste con una reverenda.

—No te cachondees de mí —le advierto—. No me gusta que se cachondeen de mí.

—Espera —me retiene Jotadé—. Un momento. Piensa que vamos muy pillados de tiempo, o sea que suéltales el rollo de costumbre y lárgate enseguida. Sólo quieren saber que existes. —Unos segundos de reflexión—. Aunque, pensándolo bien... —Está a punto de no dejarme entrar.

—Hay que tener en cuenta sus necesidades, hombre —le digo—. No tratamos con simples DJ. Tratamos con diseñadores de música.

—Ah, otra cosa Jackie Christie y Kris Spirit también están disponibles.

—¿DJ lesbianas? No sé, no sé ¿Tú crees que molaría? —Me pongo unas gafas de sol de diseño aerodinámico y cristales verdosos y me adentro en la sala vip, donde me encuentro con un grupo de siete chicos y chicas distribuidos en dos mesas. Beau está sentado frente a ellos con una carpeta en la mano.

La periodista chiflada, que presencia la escena a menos distancia de lo aconsejable, me ve y me saluda con la mano. Jotadé dice: «Eh, Beau» en un tono de lo más profesional y luego me presenta con aire fúnebre: «Atención todo el mundo, os presento a Victor Ward».

—Es el nom de guerre con el que se me conoce en el medio —explico con fingido entusiasmo.

—Victor —dice Beau, que acaba de levantarse de la silla—, te presento a Dollfish, a Boomerang, a Joopy, a CC Fenton, a Na Na y a... —un vistazo a la carpeta—. Senator Claiborne Pell.

—Empecemos por ti —digo al rasta rubio—. ¿Qué sueles pinchar?

—Sobre todo Ninjaman, pero también mogollón de Chic y de Thompson Twins. Y oye, esto es como bastante penoso, ¿no?

—Apunta, Beau —ordeno—. Ahora tú —indico a una chica vestida con un disfraz de arlequín y adornada con varios collares de cuentas.

—Yo he aprendido todo lo que sé de Anita Sarko, y además he vivido con Jonathan Peters —explica ella.

—Has conseguido caldear el ambiente —digo.

—Victor —interviene Jotadé—, ése de ahí es Funkmeister Flex. —Se refiere a

otro DJ sentado en la penumbra.

—Hola, Funky. —Me bajo las gafas para poder guiñarle un ojo—. Bueno, tenéis a vuestra disposición tres platos, una pletina, un reproductor de cintas digitales, dos reproductores de cedés y un magnetófono de carrete para efectos de demora. A partir de ya podéis empezar a desplegar toda vuestra magia ¿Cómo lo veis?

Murmullos de asentimiento, miradas vacías, más cigarrillos.

—Pinchéis lo que pinchéis —añado mientras me pongo en marcha—, os quiero a todos con cara de funeral. No estáis aquí para divertirlos ¿Está claro? —Una pausa para encender un cigarrillo—. Hay techno, hay house, hay hard house, hay house belga, hay gabba house... —Otra pausa para que no se note que ni yo mismo sé de qué estoy hablando y luego prosigo—: Y no quiero que la gente sude como si bailara en un hangar. Quiero esa misma sensación trasladada a un local que ha costado tres millones de dólares y que tiene dos salas vip y cuatro bares completos.

—Tipo chill out —añade Jotadé—. Pero que no falte el ambiente dub.

—Quiero que la gente reaccione al instante —continúo sin dejar de andar—. Creo que no es mucho pedir. Quiero ver a todo el mundo bailando. —Y para terminar—: Y paso de violencia abortista.

—Victor... —Dollfish ha levantado la mano.

—Dollfish —asiento—, adelante.

—Bueno, es que ya son las cuatro y cuarto —señala ella.

—¿Y?

—¿A qué hora habría que estar aquí? —pregunta.

—Beau, ocúpate tú de los detalles, ¿quieres? —digo, y me despido con una inclinación de la cabeza antes de salir pitando de la sala.

Jotadé sale conmigo y me sigue en dirección al despacho de Damien.

—Buen trabajo, Victor —me felicita—. Has demostrado una vez más que tienes el don de inspirar a la gente.

—Me pagan para eso —replico—. ¿Y Damien?

—En este momento no se le puede interrumpir. Me ha dado instrucciones estrictas.

—Voy a comentarle lo de Martin Davis —digo ya en las escaleras—. ¿A quién se le ocurre invitarlo? Vamos de mal en peor.

—Ahora mismo no te lo aconsejo. —Jotadé me cierra el paso—. Lo de las interrupciones iba en serio.

—*Turn the beat around.*^[35]

—¿Eh? ¿Por qué?

—*Because I love to hear percussion*^[36]

—No empecemos, Victor —me suplica Jotadé—. Damien quiere estar solo.

—*But that's the way, uh-huh uh-huh, I like it, uh-huh uh-huh.*^[37]

—Ya vale, ya vale —me interrumpe Jotadé jadeando—. Hazme un favor. Vete al Fashion Café ahora mismo a lucir esa maravilla de culo que Dios te ha dado, contrata a DJ X y, por lo que más quieras, no me cantes «Muskrat Love».

—*Muskrat Suzy, Muskrat Saaam...*

—No, por favor, haré todo lo que me pidas.

—*London, Paris, New York, Munich, everybody talk about... pop music.*^[38] —Le pellizco la nariz y pongo rumbo al despacho de Damien.

—Victor, por favor, no sigas por ahí —dice Jotadé—. No es el buen camino.

—*But that's the way, uh-huh uh-huh, I like it.*

—Damien quiere estar solo.

—Y yo también. Con que no seas pelma y lárgate. —Me ha dicho que no le pasara ninguna llamada y que...

—¡Eh tú! —Me paro, me vuelvo hacia Jotadé y lo obligo a soltarme—. Te recuerdo que soy Victor Ward, el responsable de que este local esté a punto de inaugurarse. Estoy seguro de que estoy... ¿Cómo se dice? Ah, ya, exento de la prohibición del señor Ross.

—Victor...

Sin molestarme siquiera en llamar a la puerta, entro y protesto:

—Damien, ya sé que querías estar solo, pero ¿ya has echado un vistazo a la lista de invitados? Porque, en teoría, va a venir gente como Martin Davis y, francamente, creo que deberíamos tener más presente a quién conviene que vean los paparazzi y a quién no...

Damien está de pie junto al ventanal, una gran extensión de cristal con vistas a Union Square Park. Lleva puestas una camisa de lunares y una americana de estilo colonial; está abrazando a una chica vestida con un abrigo capa de Azzedine Alaia y unos zapatos de tacón de Manolo Blahnik —todo de color rosa y turquesa— que nada más verme se separa de él y se deja caer sobre el sofá verde del despacho.

Lauren ya no lleva la misma ropa que esta tarde a primera hora, cuando me la he encontrado en Tower Records.

—Y esto... —Dudo un momento, pero enseguida reacciono y digo—: Mil puntos por ese look de trotamundos adinerado.

Damien repasa su atuendo, luego levanta la vista hacia mí, y, por último, despliega una sonrisa de oreja a oreja como si aquí no hubiera pasado nada, lo que muy bien podría ser cierto teniendo en cuenta las circunstancias.

—Pues ese look de reprimido espontáneo tampoco está nada mal —observa.

Perplejo, bajo la vista hacia mis pantalones de cintura baja, la camisa ceñida de satén y el abrigo largo de cuero, cualquier cosa con tal de no ver el sofá verde ni la chica que está sentada en él. Un silencio largo y frío que ninguno de los tres se ve con ánimos de romper se enseñorea del espacio hasta convertirse en una presencia viva.

Jotadé reaparece de repente con la reportera del *Details*, que asoma tras uno de sus hombros sin atreverse tampoco a franquear la puerta, como si una frontera invisible y peligrosa les cerrara el paso.

—Damien, no sabes cuánto lamento la interrupción —se disculpa.

—Tranquilo —dice Damien segundos antes de cerrarle la puerta en las narices.

Mientras Damien pasa junto a mí, yo procuro concentrarme en la vista. Entorno los ojos para enfocar a algunas de las personas que hay en el parque, pero todas están demasiado lejos. Además, Damien se interpone entre ellas y yo hasta dominar por completo mi campo de visión. Veo cómo recoge el habano que había dejado en su mesa y una caja de cerillas del Delano. Junto a la lámpara de Hermes distingo el último número del *Vanity Fair*, varias revistas de moda japonesas, unos cuantos cedés, un PowerBook, una botella de Dom Pérignon 1983 en su correspondiente cubitera, dos copas medio vacías y una docena de rosas que Lauren no podrá llevarse consigo.

—¡Esto ya es lo último! —exclama Damien para mi desesperación—. ¿Se puede saber qué pinta Geena Davis en la portada del *Vanity Fair*? ¿Tiene alguna película en cartelera? No. ¿Es noticia por lo que sea? No. ¡Por todos los santos! ¡El mundo se va al carajo y nadie mueve un dedo por evitarlo! ¿Cómo es posible?

Con cuidado de no mirar a Lauren, me encojo de hombros y respondo en tono cordial:

—Como si no lo supieras. Que si un anuncio de zapatos por aquí, que si otro anuncio para VJ por allá, un papelito en *Los vigilantes de la playa*, algún que otro bodrio independiente y... ¡tachán!: Val Kilmer.

—Igual tiene cáncer —comenta Lauren con indiferencia—. O a lo mejor ha ido de compras hace poco.

—Ya os conocíais, ¿verdad? —pregunta Damien—. Lauren Hynde, Victor Ward.

—Hey, qué tal. —No sin esfuerzo logro levantar una mano cadavérica que compone el símbolo de la paz antes de volver a su condición de mano cadavérica.

—Hola. —Lauren se mira las uñas y trata de sonreír sin mirarme.

—Ya os conocíais, ¿no? —insiste Damien.

—Sí, sí —admito—. Eres amiga de Chloe, ¿verdad?

—Sí —corroboro—. Y tú eres...

—Yo soy su... bueno, sí.

—Coincidisteis en la universidad, ¿no? —pregunta Damien con mirada de halcón.

—Pero no nos habíamos vuelto a ver desde entonces —aclaro Lauren. Me pregunto si Damien se habrá percatado de la aspereza con la que lo ha dicho y por la que me felicito.

—Entonces éste es un momento solemne —bromea Damien—. ¿Verdad?

—Más o menos —acepto por decir algo.

Damien está decidido a no quitarme ojo.

—Bueno... —Me paro y vuelvo a empezar—. El tema DJ está...

—He llamado a Junior Vasquez —interviene Damien mientras enciende el habano—. Pero esta noche tiene otra fiesta.

—¿Otra fiesta? —repito con desdén—. Qué poca categoría.

Lauren se mofa de mi comentario con un gesto y vuelve a mirarse las uñas.

Damien interrumpe el silencio con una pregunta:

—¿No habías quedado dentro de nada?

—Sí, sí, voy para allá —digo, y retrocedo hasta la puerta.

—Pues yo tengo una clase de relajación en el ciberespacio dentro de diez minutos —anuncia él—. Recomendación de Ricki Lake.

Jotadé llama por el interfono.

—Perdona otra vez, Damien. Alison por la línea tres.

—Dile que espere un momento —le ordena él.

—Dicho así, suena fácil...

Damien no le da tiempo a decir más, porque sigue dando órdenes:

—Victor, ¿acompañas a Lauren a la calle, por favor?

Lauren fulmina a Damien con una mirada casi imperceptible, se levanta precipitadamente del sofá y, sin remilgos, le deposita un beso en los labios. Él le corresponde acariciándole la mejilla. Los veo despedirse sin necesidad de palabras, incapaz de apartar la vista de ellos hasta que Damien me reprende con la mirada.

Tampoco logro articular palabra hasta salir del local. Acabo de recoger la Vespa del guardarropa, y ahora la empujo a través de Union Square acompañado por una Lauren indiferente y por el ruido cada vez más lejano de las aspiradoras dentro del club. Hay movimiento de focos y un rodaje en marcha, y los figurantes dan la impresión de estar deambulando por el parque sin ningún propósito. Nos cruzamos con Guillaume Griffin, Jean Paul Gaultier y Patrick Robinson. Hordas de colegiales japoneses se dirigen patinando hacia el Gap nuevo de Park Avenue, y las jóvenes lucen su belleza vestidas con chaquetitas de canalé, sombreros de ante y gorritas de jockey. Todos los bancos están cubiertos de confeti, y yo sigo andando lentamente y con la cabeza gacha, pisando bloques de hielo tan grandes que las ruedas de la Vespa no hacen mella alguna en ellos. La moto aún huele a la esencia de pachulí con que la rocié la semana pasada, una ocurrencia que en aquel momento me pareció genial. Me fijo en los tipos que pasan junto a Lauren, y me da la impresión de que un par de ellos la han reconocido. Las ardillas patinan sobre los fragmentos de hielo a la luz del atardecer. Falta poco para que oscurezca, pero aún es de día.

—¿Qué te cuentas? —pregunto al cabo de un buen rato.

—¿Adónde vas? —dice ella, y se arrebujá en el abrigo.

—Al pase de Todd Oldham —le respondo con un suspiro—. A trabajar.

—A pasar modelitos —se mofa—. Un trabajo de esclavos.

—No es tan fácil como parece.

—No, claro. Aunque no haga falta más virtud que la puntualidad. Trabajos forzados, ya veo.

—Pues sí —protesto.

—¿Llamas trabajo a saber vestirse? —pregunta—. ¿Llamas trabajo a... corrígeme si me equivoco... andar en línea recta?

—Oye, yo lo único que he hecho es aprender a sacar el máximo partido de mi cuerpo.

—¿Y tu cerebro?

—Ya —me burlo—. Como que en este mundo importa más mi cerebro que mis abdominales —digo acompañando mis palabras con gestos—. Lo que hay que aguantar. Atrévete a levantar la mano si en serio te lo crees. —Pausa—. Por cierto, no recuerdo que te matricularan en ninguna asignatura de neurocirugía allá en Camden.

—Di más bien que no te acuerdas de mí en absoluto —replica—. La verdad es que me sorprendería que te acordaras de lo que luciste el lunes.

Sin desviar la mirada ni saber cómo salir del aprieto, digo:

—Hice un pase y... me comí un... bocadillo. —Suspiro.

Seguimos atravesando el parque en silencio.

—Lleva escrito en la cara que es un gilipollas —mascullo al fin—. Santo Dios, pero si hasta le hacen los calzoncillos a medida... —Sigo empujando la Vespa.

—Chloe se merece a alguien mejor que tú —dice Lauren.

—¿A qué viene eso?

—¿Cuándo fue la última vez que estuvisteis los dos a solas? —me pregunta.

—¿De qué vas?

—No, en serio —insiste—. Un día entero, solos tú y ella, sin toda esta mierda alrededor.

—Fuimos a los premios MTV —respondo con un suspiro—. Juntos.

—¡Dios mío! —exclama horrorizada—. ¿Por qué?

—Oye, que son los Oscar de los veinteañeros.

—Pues por eso.

La cara de Chloe ampliada a tamaño gigante —una valla que colocaron la semana pasada sobre el Toys 'R' Us de Park Avenue— aparece de repente entre los árboles secos. Se diría que nos está fulminando con la mirada, porque Lauren también se da cuenta. Me vuelvo y las ventanas del local se ven opacas a la fría, luz del anochecer.

—Este ángulo no me gusta nada —mascullo, y obligo a Lauren a salir de campo.

Ambos cruzamos la avenida en busca de un mínimo de intimidad y acabamos en una calle que da a la parte de atrás de las Zeckendorf Towers. Lauren enciende un

cigarrillo. La imito.

—No me extrañaría nada que nos estuviera observando —comento.

—Pues haz como si tal cosa —sugiere ella—. De todas formas no me conoces...

—Todavía —puntualizo—. ¿Quedamos mañana?

—¿No estarás demasiado ocupado regodeándote en tu éxito?

—Quiero compartirlo contigo —le insisto—. ¿Quedamos para comer?

—No puedo. —Da otra calada—. Tengo un almuerzo en Chanel.

—¿Qué andas buscando? —le pregunto—. ¿Un yuppie que te lleve a Le Cirque cada noche?

—¿Se te ocurre una alternativa mejor? —me replica—. ¿Algo como poder pagar el alquiler y ahogar las penas en el Kentucky Fried Chicken de la esquina?

—¿No sería más adecuado un término medio?

—Reconoce que tú mismo te casarías con él si pudieras.

—Damien no es mi tipo.

—Permíteme que lo dude —dice en voz baja.

—¿Qué esperas de él? ¿Bienes materiales? ¿Que te descubra la quintaesencia de la vida en una urbanización de lujo? ¿En serio crees que ese gángster pertenece a la alta sociedad?

—No lo creo: me consta.

—Sí, ya, seguro.

—Hubo un tiempo en que te quise —dice entre calada y calada—. De hecho, hubo un tiempo en que no quería nada que no fueras tú. —Pausa—. Ahora me parece casi increíble, pero es la verdad.

—Eres increíble —musito—. Absolutamente increíble.

—Basta —me ataja—. ¿Cómo puedes ser tan falso?

—¿Falso, yo? No me digas que aún no te has rendido a mis encantos...

—Necesito seguridad —explica—. Y tú eres la última persona en el mundo en quien esperarías encontrarla.

—¿Y Damien Nutch Ross es la primera? Santo Dios. Lo que hay que oír.

Lauren apura el cigarrillo y vuelve despacito a la avenida.

—¿Cuánto tiempo llevas acostándote con Alison Poole?

—Eh, cuidado con lo que dices —protesto y, casi instintivamente, busco a Duke o a Digby, que, por suerte, no están por ahí—. Además, ¿qué te hace pensar que es verdad?

—¿Lo es?

—Suponiendo que lo fuera, ¿cómo ha llegado a tus oídos?

—Por Dios, Victor, pero si lo sabe todo el mundo...

—¿Qué quieres decir?

—La biblioteca de Alison Poole se reduce a dos libros: la Biblia y el diario de

Andy Warhol. Y la Biblia la tiene porque se la regalaron —masculla—. La muy puta...

—Perdona pero me he perdido.

—Eso es impropio de ti —se burla, y luego añade con una sonrisa—: Me gusta tener a alguien responsable a mi lado.

—Di más bien rico. Forrado. Podrido de pasta.

—Puede.

—¿Qué pasa? ¿Que no te gusto porque vivo de mi físico? ¿Porque soy una víctima de la crisis?

—Victor, si hubieras demostrado el mismo interés por mí cuando nos conocimos...

En éstas me acerco a ella y la beso apasionadamente. Me sorprende que se deje, y aún más que luego me retenga como si quisiera que el beso no se acabara nunca, agarrándome la mano, acariciándome los dedos. Cuando por fin logro despegarme de ella, mascullo la excusa de que tengo que ir al centro y, como quien no quiere la cosa y sin perder la compostura, me monto en la Vespa, meto la marcha y me alejo por la avenida a toda velocidad sin mirar atrás. De haberlo hecho, habría visto a Lauren bostezar mientras paraba un taxi.

14

Un jeep negro cubierto y con los cristales tintados se pega a mi rueda en la calle Veintitrés. Una vez dentro del túnel de Park Avenue, el conductor —sea quien fuere — enciende las largas y se me acerca hasta que el parachoques del jeep roza el guardabarros trasero de la Vespa.

Me coloco rápidamente sobre la línea del carril y adelanto a una hilera de taxis en dirección al nudo de Grand Central con cuidado de no chocar con los coches que circulan en sentido contrario. Piso el acelerador, subo la rampa, tomo la curva, hago un giro repentino para esquivar una limusina parada delante del Grand Hyatt y luego sigo tranquilamente por la avenida hasta la calle Cuarenta y ocho, donde vuelvo la cabeza y veo al mismo jeep a una manzana de distancia.

En cuanto el disco de la calle Cuarenta y siete cambia, el jeep abandona su carril y se lanza en mi captura.

Yo tengo que esperar a que mi semáforo se ponga verde para acelerar y avanzar hasta la Cincuenta y uno, donde los vehículos que vienen de cara me obligan a esperar de nuevo para poder girar a la izquierda. Vuelvo la cabeza y no veo un solo jeep en toda la avenida.

Cuando me vuelvo por segunda vez, sin embargo, me lo encuentro justo detrás de mí.

Grito y choco contra un taxi que venía a poca velocidad por la avenida y que casi me derriba. Los ruidos me llegan distorsionados. En realidad no oigo más que mi propia respiración agitada. Aun así consigo enderezar la moto y salir disparado por la calle Cincuenta y uno con el jeep pisándome los talones.

En la Cincuenta y uno se ha formado un atasco monumental que aprovecho para subirme con la Vespa a la acera, pero el conductor del jeep tampoco se arredra y me sigue con las dos ruedas derechas sobre el bordillo mientras yo me abro paso a gritos entre los peatones, la moto levanta por los aires las varias capas de confeti que cubren la acera, los ejecutivos me amenazan con sus maletines y los taxistas me insultan y tratan de intimidarme con sus cláxones en un auténtico efecto dominó.

El semáforo siguiente, en la esquina de la Quinta, está en ámbar. Acelero y me lanzo de nuevo a la calzada desafiando el tráfico de la avenida. Al otro lado del cielo oscuro, el jeep negro espera impaciente que se ponga verde.

El Fashion Café está a una manzana de distancia. Al llegar a la Cincuenta y uno, a la altura Rockefeller, me bajo de la moto y corro agarrándola del manillar hasta las innecesarias cuerdas de plástico que mantienen alejado de la puerta a un público ausente.

Sin aliento, pido a Byana, el portero de esta tarde, que me deje entrar.

—¿Te has fijado? —grito—. Esos cabrones han intentado matarme.

—¿No tienes nada más original que contar? —dice con gesto indiferente—. Bienvenido al mundo real.

—Oye, entro con la moto un momento, ¿eh? —Recupero la Vespa—. Diez minutos y me la llevo.

—Victor —dice Byana—, ¿qué hay de esa entrevista con Brian McNally que me prometiste?

—Diez minutos nada más —repito, y, aún jadeante, empujo la moto hacia el interior del restaurante.

En éstas el jeep negro ha llegado ya a la esquina. Agazapado tras las puertas de cristal del Fashion Café, veo que toma la curva muy lentamente y luego desaparece.

Jasmine, la encargada, suspira al verme atravesar la lente gigante que hace las veces de corredor y que conduce al comedor principal.

—Tranquila —digo con las manos en alto—, sólo serán diez minutos.

—Victor, no seas mentiroso —me riñe sin abandonar su estrado, móvil en mano.

—La dejo aquí, ¿vale? —Le indico la pared contigua al guardarropa donde he dejado apoyada la Vespa.

—No hay nadie —cede—. Vale, pasa.

El restaurante está completamente desierto. Oigo el eco de la melodía de «The Sunny Side of The Street» que alguien silba detrás de mí pero, cuando me vuelvo a ver quién es, resulta que no hay nadie, y entonces pienso que podrían ser los últimos compases del nuevo single de Pearl Jam reproducido por los altavoces. Mientras espero el principio de la siguiente canción, sin embargo, me doy cuenta de que el sonido era demasiado nítido y el silbido demasiado humano para tratarse de una grabación. Lo dejo por imposible y me adentro en el comedor, donde un empleado retira el confeti con una aspiradora, un camarero acaba de relevar a su compañero y una camarera suma propinas en el reservado Mademoiselle.

El único cliente es un tipo relativamente joven con flequillo a la moda —una especie de Ben Arnold con treinta años—, gafas de sol y lo que parece un traje negro de tres botones de Agnès B. Está sentado en el reservado Vogue, detrás del Arco de Triunfo de cartón piedra que preside el comedor principal. Parece que esta tarde DJ X se ha acicalado demasiado, aunque la verdad es que tiene un aspecto de lo más elegante.

Al reparar en mi presencia, DJ X se baja las gafas y me dedica una mirada inquisitiva. Yo opto por darme una vuelta por la sala con expresión semiarrogante antes de acercarme al reservado.

DJ X se quita las gafas, saluda y me tiende la mano.

—Tío, ¿y los bombachos? —pregunto desilusionado mientras tomo asiento y le estrecho la mano en plan informal—. ¿Y la camiseta holgada con su estampado en zigzag? ¿Y el último número del *Urb*? ¿Y la maraña de pelo teñido?

—Perdone —dice, y baja la vista—. ¿Cómo dice?

—Bueno, pues aquí me tienes —digo con los brazos abiertos—. Ya ves que existo ¿Contamos contigo o no?

—¿Para qué? —pregunta, y deja sobre la mesa un menú de color violeta en forma de cámara Hasselblad.

—Uno de los DJ que hemos entrevistado hoy quería pinchar «Do the Bartman» —me quejo—. Ha dicho que era un punto «innegociable». Marca de la casa. ¿Habías oído alguna vez una barbaridad semejante? El mundo se ha vuelto loco.

DJ X se lleva la mano al bolsillo interior de la americana, extrae una tarjeta de visita y me la entrega. No le presto demasiado atención, pero veo un nombre, F. Fred Palakon, y debajo un número de teléfono.

—Bueno —digo, y respiro hondo—, en Manhattan los jueves por la noche se están pagando a quinientos, pero como vamos un poco apurados de tiempo y, según todos mis amigos gays, eres lo más grande que se ha visto en una cabina desde

Astrolube y no podemos conformarnos con menos, para ti la tarifa será de quinientos cincuenta.

—Le agradezco el cumplido, señor Johnson... perdón, Ward, pero yo no soy ningún DJ.

—Ya, bueno, supongo que prefieres el término «diseñador de música».

—No, me temo que tampoco.

—Bueno, pues entonces dime quién coño eres y qué hacemos los dos sentados a la misma mesa.

—Hace semanas que intento ponerme en contacto con usted.

—¿Cómo? ¿Que tú has estado intentando ponerte en contacto conmigo? —repito—. Ya decía yo que el contestador no estaba muy fino... —Cuento hasta tres—. Oye, ¿no llevarás algo de maría encima?

Palakon echa un vistazo al comedor y vuelve lentamente la cabeza hacia mí.

—No.

—*What's the story, morning glory?* —le digo sin apartar la vista del remake de *La Femme Nikita* que proyecta uno de los monitores cercanos al Arco de Triunfo—. Oye, ese look de yonqui richachón que llevas está muy logrado. Pero si no tienes maría —comento, encogiéndome de hombros—, más te valdría estar en una heladería de Idaho lamiendo un cucurucho de máquina mientras esperas a que se acabe de secar la pintura del último granero.

Palakon me mira desde su lado del reservado sin decir nada. Le ofrezco un mondadientes con sabor a canela.

—¿Fue usted alumno del Camden College, New Hampshire, entre los años 1982 y... 1988? —me pregunta cortésmente.

Le devuelvo la mirada y, sin darle más importancia, contesto:

—Más o menos. Estuve seis meses en plan sabático. —Cuento hasta tres—. Bueno, más bien cuatro años.

—¿Coincidió el primero con el otoño de 1985? —pregunta.

—A lo mejor. —Me encojo de hombros.

—¿Recuerda haber conocido a una tal Jamie Fields en su época de estudiante?

Suspiro y doy un par de palmadas sobre la mesa.

—Uf, si no me enseñas una foto...

—Enseguida —dice mientras echa mano de una carpeta—. He traído algunas por si acaso.

Palakon me ofrece los documentos. Al ver que no reacciono, suelta una tosecilla y deposita el material sobre la mesa frente a mí. Abro la carpeta.

En las primeras fotografías aparece una chica —un cruce entre Patricia Hartman y Leilani Bishop— desfilando por una pasarela con las letras DKNY a lo lejos. También hay fotos de ella con Naomi Campbell, una con Niki Taylor, otra bebiendo

martinis con Liz Tiberis, varias sentada en un sofá en lo que parece un estudio de Industria, dos más paseando a un perrito en el West Village, y una —tomada con teleobjetivo, diría yo— en el campus de Camden, andando hacia el borde de un pequeño precipicio que los estudiantes con vértigo llamaban «el Fin del Mundo».

En el segundo grupo de fotos, la misma chica aparece en Londres: frente a Burlington Arcade, en Greek Street —en el Soho—, y delante de la terminal de American Airlines en Heathrow. En las fotos del tercer grupo salimos Michael Bergin, Markus Schenkenberg y yo vestidos con ropa de baño inspirada en la moda de los años sesenta. En una yo estoy a punto de tirarme a la piscina con mis pantalones blancos y mi camiseta Nautica sin mangas, y ella —la chica— me mira con aire torvo desde un segundo plano; en otra salimos los tres jugando con hula hoops; en una tercera se nos ve bailando en una terraza, y en la última yo estoy en el agua, flotando sobre una colchoneta y echando un chorro de agua por la boca, y ella aparece en el borde de la piscina, inclinada sobre el agua y haciéndome señas de que me acerque. Como no recuerdo en absoluto haber participado en esa sesión, me canso enseguida de mirar fotos y empiezo a cerrar la carpeta. Mi primera reacción es: este tipo de las fotos no soy yo.

—¿Le han refrescado la memoria? —pregunta Palakon.

—Uf, son de antes del tatuaje —me disculpo al ver mi bíceps immaculado alrededor del cuello de Michael antes de cerrar del todo la carpeta—. Santo Dios, deben de ser del año que todos llevábamos Levi's con las rodillas al aire.

—Pues... es posible, sí —conviene Palakon algo despistado.

—¿No será la chica que me afilió a Feministas Pro Derechos de los Animales? —pregunto.

—Veamos... —Palakon consulta su documentación y me doy cuenta de que tiene que entornar los ojos para leer—. Participó en varias manifestaciones a favor de la legalización de la marihuana. ¿Le suena?

—Pues no. —Vuelvo a abrir la carpeta—. Podría ser la chica que conocí en la fiesta del cuarenta cumpleaños de Spiros Niarchos...

—No.

—¿Cómo lo sabes?

—Nos consta... es decir, me consta que Jamie Fields y usted no se conocieron en la fiesta del cuadragésimo cumpleaños de Spiros Niarchos. —Palakon cierra los ojos y se aprieta el puente de la nariz con los dedos—. Señor Ward, le ruego que haga un esfuerzo.

Lo miro fijamente unos segundos, sin decir nada, y entonces decido intentar otra táctica. Al ver que me inclino hacia él, Palakon, esperanzado, me imita.

—Quiero techno, techno, techno y más techno —insisto. En éstas reparo en los restos de una ensalada oriental de pollo abandonados en un extremo de la mesa, sobre

un plato decorado con la cara de Anna Wintour.

—No es mía —dice Palakon, sorprendido, y luego, mirando el plato, pregunta—: ¿Quién es ésa?

—Anna Wintour.

—No —estira el cuello—, no es ella.

Aparto la pasta de arroz y un gajo de mandarina para dejar al descubierto toda la foto (sin gafas de sol, por cierto).

—Ah, pues sí. Tiene razón —comenta Palakon.

—Marcando estilo —respondo bostezando.

Llamo la atención de una camarera con un silbido.

—Una cerveza fría, por favor.

La camarera asiente y se aleja de nuevo. Yo la sigo con la mirada. Si tuviera que resumir lo que pienso en este momento, bastarían cuatro palabras: no está nada mal.

—¿No tiene un pase a las seis? —pregunta Palakon.

—*I'm a model. I'm a lush.*^[39] Pero no pasa nada. Estoy bien. —De repente, una idea cruza mí mente—. Un momento. Esto no será una redada o algo, ¿no? —pregunto—. Porque yo hace... qué sé yo... ¡semanas! que no toco la maría.

—Señor Ward. —Palakon se está impacientando—. Se supone que esta joven y usted salieron juntos.

—¿Que yo he salido con Ashley Fields? —repito.

—Se llama Jamie Fields y en algún momento de su pasado, efectivamente, salió con ella.

—Mira, a mí todo este rollo no me interesa —digo—. Yo había quedado con un DJ.

—Jamie Fields desapareció en Londres hace tres semanas, durante el rodaje de una película independiente. Se la vio por última vez en la tienda de Armani de Sloane Square y en L'Odeon de Regent Street. —Palakon suspira y hojea la documentación—. Desde que abandonó el rodaje no se ha vuelto a saber de ella.

—A lo mejor no le gustaba el guión —aventuro con indiferencia—. A lo mejor le pareció que no le sacaban todo el partido a su personaje. Son cosas que pasan.

—¿Y usted cómo lo sabe? —pregunta mientras repasa sus notas con cara de estar hecho un lío.

—Suéltalo de una vez, anda —digo como si tal cosa.

—A ciertas personas les complacería mucho que la señorita Fields reapareciera —me informa—. Personas que quisieran verla de vuelta en Estados Unidos.

—¿Su agente y eso?

En cuanto oye estas palabras, Palakon se relaja como por arte de magia y, por primera vez en lo que va de entrevista, me obsequia con una amplia sonrisa.

—Su agente. Exacto.

—Vale.

—Se la ha visto en Bristol, pero de eso hace ya diez días y las fuentes no eran demasiado fiables —continúa—. En otras palabras, nos ha sido imposible localizarla.

—Oye... —me acerco a él otra vez.

—¿Sí? —Palakon duda, pero al final también se acerca a mí.

—Te veo un poco descolocado —le confieso en voz baja.

—Ya.

—O sea que esta Jamie es una «exmo», ¿no?

—¿Una qué?

—Una modelo reconvertida en actriz.

—Pues sí, supongo que se la podría llamar así.

Un cortejo interminable de modelos se pavonea sobre las pasarelas de la pantalla gigante instalada sobre el Arco de Triunfo. Un par de veces me parece reconocer a Chloe.

—¿Me viste en la portada del *YouthQuake*? —pregunto como si sospechara algo.

—Pues... la verdad es que sí. —Se diría que le cuesta admitirlo, no sé por qué.

—Genial. —Cuento hasta tres—. ¿Me prestas doscientos dólares?

—Así no vamos a ninguna parte —protesta—. A ninguna parte.

—¿Y con eso qué quieres decir? ¿Que soy un gilipollas? ¿Que soy un cretino? ¿Que soy un tarado?

—No, señor Ward —dice Palakon con un suspiro—. Nada más lejos de mi intención.

—Lo que hay que aguantar —gruño—. Mira, tío, búscate a otro que te entienda. Yo me abro —digo, y me pongo en pie.

Palakon levanta la vista hacia mí y, con una mirada distraída, anuncia:

—Trescientos mil dólares si consigue dar con ella.

No tardo ni un segundo en volver a sentarme.

—Más gastos —añade.

—¿Por qué yo? —pregunto.

—Porque ella estaba enamorada de usted —responde Palakon en un tono inesperadamente alto—. Cuando menos, eso es lo que se desprende de lo que escribí en su diario el año 1986.

—¿Y de dónde has sacado tú su diario? —pregunto.

—Sus padres nos lo confiaron.

—Joder, qué lío —mascullo—. ¿Y por qué no me han llamado ellos directamente? ¿Quién eres tú? ¿Su lacayo? Eso está superpasado de moda, tío.

—Señor Ward —contesta algo ruborizado—, he venido hasta aquí para hacerle una oferta. Trescientos mil dólares si encuentra a la señorita Fields y la trae de vuelta a Estados Unidos. Nada más. Según todos los indicios, usted significa mucho para

esta joven, tanto si la recuerda como si no. Por ese motivo creemos que usted podría... hacerla cambiar de actitud.

—¿Cómo me han localizado? —pregunto al cabo de un rato.

Al parecer Palakon tiene la respuesta preparada:

—Su hermano me dijo dónde podría encontrarlo.

—Yo no tengo ningún hermano, tío.

—Ya lo sé —se apresura a explicar—. Le estaba poniendo a prueba. Ahora veo que puedo fiarme de usted.

Me fijo en las uñas del tal Palakon: rosadas, lisas y limpias. Un camarero empuja un barril de aguacates hacia la cocina. Los modelos pasan las mismas colecciones de otoño una y otra vez.

—A todo esto yo sigo sin mi DJ —me lamento.

—Eso se puede arreglar.

—¿Ah sí? ¿Cómo?

—De hecho, ya está arreglado. —Palakon saca un móvil y me lo pasa. No sé qué quiere que haga con él—. Llame a sus ayudantes al local.

—¿Porqué?

—Hágame caso. Por favor —suplica—. No le queda mucho tiempo.

Abro el móvil y marco el número de mi línea directa. Contesta Jotadé.

—Soy yo —anuncio algo asustado, no sé por qué.

—Victor —dice Jotadé sin aliento—. ¿Dónde estás?

—En el Fashion Café.

—Pues sal de ahí pitando.

—¿Por qué?

—¡Porque tenemos a Junior Vasquez! —grita.

—¿Cómo...? —empiezo sin apartar la vista de la cara de Palakon—. ¿Cómo ha sido?

—Su manager ha llamado a Damien y le ha dicho que Junior insiste en ocuparse de lo de esta noche. O sea que todo arreglado.

Cuelgo y deposito lentamente el teléfono sobre la mesa. Mientras tanto, escruto la cara de Palakon y doy vueltas en la cabeza a un montón de cosas.

—¿Puedes conseguirme un papel en la secuela de *Línea mortal*?

—De eso ya hablaremos más adelante... señor Johnson.

—O en cualquier otra película donde pudiera hacer de americano imberbe viajando en Eurail.

—¿Considerará mi propuesta? —me pregunta.

—Oye, ¿tú no serás el que me ha estado enviando faxes, verdad?

—¿Qué faxes? —pregunta mientras guarda la carpeta de las fotos en un estilizado maletín negro—. ¿Qué decían?

—«Sé quién eres y lo que estás haciendo».

—Yo ya sé quién es usted, señor Johnson, y también sé lo que está haciendo — asegura, y cierra el maletín bruscamente.

—Santo Dios, pero ¿qué eres tú? —pregunto, ligeramente impresionado—. ¿Una especie de perro guardián o qué?

—No es una mala descripción —suspira.

—Oye —miro el reloj—, ya hablaremos en otro momento. Es una pasta.

—Tenía la esperanza de que me contestara ahora mismo.

Lo miro fijamente, desconcertado.

—¿Quieres que me vaya a Londres a buscar a una chica con la que ni siquiera recuerdo haber salido?

—Veo que me ha entendido —asiente Palakon, visiblemente aliviado—. Temía que no hubiera sido capaz de procesar nuestra conversación.

Sigo sin apartar la mirada de su rostro, esta vez con aire meditabundo.

—¿Sabes de qué tienes pinta? Tienes pinta de comerte tus propias costras — mascullo—. ¿Lo sabías? ¿Sabías que tienes pinta de eso?

—Me han llamado muchas cosas, señor Ward, pero es la primera vez que me acusan de comer costras.

—Para todo hay una primera vez. —Suspiro y apoyo las manos sobre la mesa para levantarme. Palakon no me quita ojo, y eso me pone nervioso. Nunca había conocido a nadie que me diera tanta grima—. No te lo pierdas: Ricki Lake abrazando a un golfillo —anuncio, y le indico un monitor de vídeo a su espalda.

Palakon se vuelve a mirar.

—¡Ja! Has picado. —Me alejo.

Palakon se levanta.

—Señor Ward...

—Tranquilo —grito desde el otro extremo del comedor—, tengo tu tarjeta.

—Señor Ward...

—Hablamos luego. *Ciao*.

El restaurante sigue completamente desierto. Ahora ya ni siquiera veo a Byana ni a Jasmine ni a la camarera a la que le he pedido la cerveza. Cuando llego a la Vespa, me encuentro con que alguien ha colgado un fax larguísimo del manillar: SÉ QUIÉN ERES Y LO QUE ESTAS HACIENDO. Lo descuelgo y corro en dirección a la luz tenue del comedor para enseñárselo a Palakon, pero en la sala no hay ni un alma.

Han elegido Bryant Park para el desfile aunque, en principio, estaba previsto hacerlo en una sinagoga abandonada en Norfolk Street, y todo porque Todd se echó atrás cuando oyó decir que el lugar estaba habitado por los fantasmas de dos rabinos enemistados y por un gran knish volador. En la calle Cuarenta y dos se ha formado un tapón de furgonetas de televisión, antenas parabólicas, limusinas y sedanes negros que me obliga a desviarme hacia el acceso posterior, donde los fotógrafos ya han tomado posiciones y se desgañitan llamándome por mi nombre mientras yo, pase en mano, avanzo a toda prisa entre los guardias de seguridad. Apostados tras las vallas, varios grupos de adolescentes reclaman a Madonna a pesar de que no se la espera porque está ocupada demandando al loco de turno. En cambio, Guy, de Maverick Records, sí prometió venir, lo mismo que Elsa Klensch. Un equipo de la CNN está preguntando a alumnos del Instituto Tecnológico de la Moda sobre sus diseñadores favoritos. Hace tan sólo una hora ha tenido que acortar la pasarela para dar cabida a ochocientos espectadores más, trescientos de los cuales tendrán que ver el pase de pie, y se han instalado varios monitores de vídeo en el exterior para contentar a los que, aun así, no puedan acceder al recinto. El montaje ha costado la friolera de 350.000 dólares, por lo que nadie está dispuesto a perderselo.

Poco antes del pase, los camerinos son un maremágnum de perchas, instrucciones pegadas con celo, polaroids, trajes, pelucas, besos entregados al aire con vehemencia, cigarrillos encendidos a cientos y chicas desnudas deambulando ante la indiferencia general. Domina la escena un cartel enorme que nos conmina «¡A TRABAJAR!» con grandes letras negras mientras la banda sonora de *Kids* amenaza con perforarnos a todos los tímpanos. Se comenta que faltan por llegar dos modelos, bien porque han salido con retraso de otro pase, bien porque el último indeseable con el que se han liado las está maltratando en una limusina atascada en algún punto de Lexington, aunque, en el fondo, nadie sabe nada.

—¿Te ha dicho alguien que hoy era obligatorio llegar tarde? —me echa en cara Pauli, el director del montaje—. No, ¿verdad?

—¿Por quién me has tomado? —le replico cual Alicia Silverstone en *Fuera de onda*.

—¡Atención, empezamos dentro de cinco minutos! —grita el productor, Kevin, que es de Hastings, Minnesota.

Todd va de un lado a otro, calmando a modelos rendidas y temblorosas con un simple beso. Yo estoy besando a una Chloe embadurnada de sombra de ojos y rodeada de perchas que tiene todo el aspecto de haberse pasado el día rodando el spot de un refresco japonés. En vez de recordárselo, sin embargo, le digo que está divina, y es cierto. La oigo quejarse de las ampollas que le han salido y de las

sandalias de pedicura de papel marrón que lleva puestas mientras Kevyn Aucoin, ataviado con un cinturón de plástico transparente con bolsillos y una camisa plisada de color naranja de Gaultier, le aplica maquillaje en polvo en el escote y brillo en los labios. Todos los peinados son obra de Orlando Pita, y está claro que el lema ha sido discreción y sombra de ojos rosa nacarado, bastante más en los párpados superiores que en los inferiores. Alguien me pega una calcomanía de Snappy el Tiburón en el pectoral izquierdo, pausa que aprovecho para fumarme un pitillo y dar cuenta de un par de Twizzlers que riego con el Snapple que me acaba de pasar un ayudante mientras otro me repasa el ombligo, ligeramente impresionado, y un tercero graba la escena en vídeo: otra instantánea para la historia de la modernidad.

Para pasar su nueva línea de inspiración años setenta, entre el punk y el New Wave, entre Asia y el East Village, Todd ha emparejado a Kate Moss con Marky Mark, a David Boals con Bemadette Peters, a Jason Priestley con Anjanette, a Adam Clayton con Naomi Campbell, a Kyle MacLachlan con Linda Evangelista, a Christian Slater con Christy Turlington, a un recién enflaquecido Simon Le Bon con Yasmien Le Bon, y a Kirsty Hume con Donovan Leitch, además de apostar por una combinación de caras nuevas —Shalon Harlow (emparejada con el insufrible Baxter Priestly), Stella Tennant, Amber Valletta— y veteranas como Chloe, Kristen McMenamy, Beverly Peele, Patricia Hartman y Eva Herzigova, junto a los modelos masculinos de rigor: Scott Benoit, Rick Dean, Craig Palmer, Markus Schenkenberg, Nikitas y Tyson. Entre todos nos cambiaremos de ropa ciento ochenta veces. En mi primera salida luciré traje de baño y camiseta negros; en la segunda, el torso desnudo; en la tercera, chinos y camiseta sin mangas, y en la cuarta, eslip y camiseta sin mangas. Pero lo más seguro es que Chloe sea el blanco de todas las miradas, o sea que, en cierto modo, tanto da. Todd recita las últimas instrucciones: «Sonreíd y demostrad que estáis orgullosos de ser quienes sois».

En nuestra primera salida, Chloe y yo avanzamos hacia un enjambre de teleobjetivos que enloquecen en cuanto aparecemos. Las modelos se cruzan bajo los focos de televisión describiendo semicírculos perfectos con la punta de los pies, Chloe cimbrea las caderas, tensa las nalgas y ejecuta una pirueta impecable al alcanzar el extremo de la pasarela. Las miradas que lanzamos al infinito son igualmente impasibles, desafiantes sin llegar a la hostilidad. Sentados entre el público reconozco a Anna Wintour, Carne Donovan, Holly Brubach, Catherine Deneuve, Faye Dunaway, Barry Diller, David Geffen, Ian Schrager, Peter Gallagher, Wim Wenders, Andre Leon Talley, Brad Pitt, Polly Mellon, Kal Rutenstein, Katia Sassoon, Carrie Otis, RuPaul, Fran Lebowitz, Winona Ryder (que no aplaude al vernos), René Russo, Sylvester Stallone, Patrick McCarthy, Sharon Stone, James Truman y Fern Mallis. La selección musical incluye fragmentos de: Sonic Youth, Cypress Hill, Go-Go's, Stone Temple Pilots, Swing Out Sister, Dionne Warwick,

Psychic TV y Wu-Tang Clan. Al acabar la última salida, retrocedo unos pasos y dejo mi lugar a Todd, quien agarra a Chloe por la cintura y la obliga a saludar con él. Luego ella se hace a un lado y se une a los aplausos, y yo tengo que resistir la tentación de volver adonde estaba. En éstas el público invade la pasarela y todo el mundo se dirige a los camerinos para participar en la fiesta que Will Regan ha organizado como colofón del desfile.

La fiesta: *Entertainment Tonight*, *MTV News*, AJ Hammer —de VH1—, el «clan» McLaughlin, *Fashion File* y otros muchos equipos de televisión se abren paso a empujones hasta las carpas, tan abarrotadas que nadie puede dar un paso. Micrófonos instalados en el extremo de varas metálicas se ciernen sobre la multitud. A pesar de los focos de los equipos de televisión, hace un frío considerable, y grandes nubes de humo de segunda mano se arremolinan sobre la multitud. Sobre una mesa larga, hileras de rosas blancas, martinis de Skyy, botellas de Moët, varitas de queso y gamba, perritos calientes y boles llenos de fresones. Suenan a todo volumen viejos discos de los B-52 seguidos de otros de los Happy Mondays y los Pet Shop Boys que Boris Beynet y Mickey Hardt aprovechan para bailar. Estilistas, maquilladores, travestís de grado medio, presidentes de grandes almacenes, floristas, clientes de Londres, Asia y Europa... todos van de un lado a otro perseguidos por los hijos de Susan Sarandon. Spike Lee hace acto de presencia junto a Julian Schnabel, Yasmeen Ghauri Nadege, LL Cool J, Isabella Rossellini y Richard Tyler.

Intento acercarme al cazatalentos y jefe de casting de la Sony, pero hay tantos distribuidores, colaboradores, periodistas, cámaras y micrófonos abriéndose paso a empujones a través de las carpas, que enseguida me encuentro relegado al rincón reservado a los consortes y modelos masculinos, más de uno ya con los patines en línea puestos. En éstas aparecen David Arquette y Billy Baldwin y me presentan a Deke Haylon, el cocinero de Blaine Trump. En un corrillo formado por Michael Gross, Linda Wachner, Douglas Keeve, Oribe y Jeanne Beker entre otros se habla de asistir esta noche a la inauguración del local, pero todos sopesan las consecuencias de perderse la cena del *Vogue*. Gorreo un cigarrillo a Drew Barrymore.

Jason Kanner y David, el propietario de Boss Model, me dicen que se lo pasaron de puta madre conmigo la otra noche en el Pravda. Yo me limito a encogerme de hombros mientras trato de llegar hasta el tocador de Chloe, para lo cual tengo que pasar junto a Damien, que en estos momentos sostiene un cigarrillo con una mano y a Alison Poole con la otra. A juzgar por las gafas de sol y la naturalidad de su pose, Alison tiene mucho interés en salir bien en las fotos. Mientras Chloe contesta a las preguntas de Mike Wallace, le abro el bolso y busco en su agenda la dirección de Lauren Hynde. La memorizo, tomo prestados ciento cincuenta dólares y, cuando Tabitha Soren me pregunta qué opino de las próximas elecciones, me limito a ofrecerle el símbolo de la paz y a decir: *Every day my confusion grows.*^[40] Luego me

acercó a Chloe, que, sudorosa, acaba de llevarse la copa de champán a la frente, le doy un besito en la mejilla y le digo que pasaré a recogerla a las ocho. Finalmente pongo rumbo a la salida, donde esperan todos los guardaespaldas y el bichon frisé de no sé quién, que levanta perezosamente la cabeza a mi paso. Hay cientos de cámaras apuntando a todas partes, tantas que es imposible colocarse frente al objetivo de una en concreto. Alguien dice que Mica podría estar en Canyon Ranch, Todd está sitiado por un montón de gente que quiere felicitarlo, y ahora mismo pienso que en realidad el mundo no es tan malo como lo pintan.

12

Freno al llegar frente al Silk Building, en una de cuyas plantas se encuentra el apartamento de Lauren. Los bajos están ocupados por la misma sucursal de Tower Records donde la he visto esta tarde. Mientras yo atravieso el vestíbulo arrastrando la Vespa por el manillar, un jovencito con una camisa cantidad de guapa contesta el teléfono de la portería y asiente cuando Russell Simmons pasa hacia la calle Cuatro.

—¿Qué hay? —lo saludo con la mano—. Damien. Vengo a ver a Lauren Hynde.

—Aaa... ¿Damien qué más?

—Damien... Hirst.

Pausa.

—¿Damien Hirst?

—Bueno, con Damien basta. —Pausa—. Lauren me conoce como Damien.

El portero me dirige una mirada indiferente.

—Damien —insisto para meterle un poco de prisa—. Damien a secas.

El portero llama al apartamento de Lauren.

—Damien pregunta por usted.

Intrigado por la marca de la camisa, hago ademán de tocarle los solapones.

—¿Y esto? —pregunto—. ¿Se ha puesto de moda el chic en los barrios bajos?

El jovencito me aparta la manó con una llave de karate. Aprovecho su silencio para observarlo de cerca.

—Correcto —dice, y cuelga el teléfono—. Ya puede subir. La puerta está abierta.

—¿Puedo dejar la moto aquí?

—Puede que ya no esté cuando baje a buscarla.

Otra pausa.

—Oído cocina —digo, y me llevo la moto hacia el ascensor—. Hakuna matata.

Me miro las uñas, pienso en la reportera del *Details*, en el asunto de los picatostes, en una conversación que mantuve en el telesilla de no sé qué estación de esquí, tan insustancial que ni siquiera me acuerdo de lo que dijimos en ella, las puertas del ascensor se abren solas. Dejo la moto apoyada en la pared del descansillo, delante mismo de la puerta del apartamento de Lauren.

Dentro: blanco por todas partes, un biombo de Eames, una mesa alargada de Eames y las rosas del despacho de Damien sobre un gran velador de Saarinen rodeado por la correspondiente media docena de sillas Tulip. En el salón, una pantalla gigante reproduce imágenes mudas de la MTV: escenas de los pases de hoy, Chloe desfilando, Chandra North, etcétera. De fondo, la melodía de «Knowing Me, Knowing You», de ABBA.

Lauren sale del dormitorio vestida con una larga bata blanca y una toalla a modo de turbante. Cuando levanta la vista y me ve en pleno salón diciendo «Hola, ¿qué tal?», da un respingo y retrocede unos cuantos pasos, pero enseguida recupera el control y se limita a fulminarme con la mirada. Ojos implacables, brazos cruzados, boca cerrada: un gesto femenino al que estoy acostumbrado.

—Al menos podrías fingir que te alegras de verme —digo al fin—. ¿No piensas ofrecerme un Snapple o algo?

—¿Qué haces aquí?

—Tranquila.

Lauren se dirige a una mesa sepultada bajo montones de revistas de modas, enciende una araña de cristal, rebusca en un bolso Prada y enciende un Marlboro Medium.

—Fuera de aquí.

—Oye, ¿qué pasa? ¿No podemos charlar un rato?

—Largo —me ordena impaciente—. ¿Charlar? —repite luego con una mueca.

—No pienso irme hasta que hayamos hablado.

Lauren pondera mi respuesta, esboza otra mueca y se impone el deber de darme conversación.

—De acuerdo ¿Qué tal el pase de Oldham?

—Mayúsculo —contesto mientras me doy un garbeo por la habitación—. He estado charlando con Elsa Klensch, y eso.

—¡Elsa! ¿Y qué tal está? —pregunta sin parpadear.

—Los dos somos capricornio y nos llevamos divinamente —digo—. Oye, ¿soy yo, o aquí hace un frío que pela?

—¿Y por lo demás? —se impacienta.

—En general, ha sido todo muy... importante.

—¿Importante? —repite ella semiescéptica.

—La ropa es muy importante.

—Ya, pero al final sólo sirve para limpiar el polvo.

—Vaya —exclamo—, no te lo tomes tan a pecho.

—Victor, vete. Vete ya.

—¿Qué estabas haciendo? —pregunto sin dejar de pasear por el apartamento—. ¿Cómo es que no has venido al desfile?

—Tenía una sesión de fotos. Forma parte de la promoción de una película horrenda que he hecho con Ben Chaplin y Rufus Sewell —explica en un tono deliberadamente despreciativo—. Luego he tomado un baño burbujeante y me he leído un artículo en el *New York* sobre la imposibilidad de experimentar emociones sinceras en el Upper East Side. —Apaga el cigarrillo—. Ha sido una conversación agotadora, pero me alegro de que la hayamos tenido. La puerta está por ahí, por si no te acuerdas.

Sin detenerse a mí lado, Lauren enfila un corredor enmoquetado al estilo bereber y con las paredes forradas de almohadones marroquíes bordados. Casi sin darme cuenta me meto en el dormitorio y, una vez allí, me echo de un salto sobre la cama. Apoyado en los codos y con los pies rozando el suelo, sigo a Lauren con la mirada, la veo entrar en el baño y secarse el pelo con una toalla. A su espalda, sobre el inodoro, cuelga el cartel de no sé qué película independiente protagonizada por Steve Buscemi. Se la nota tan enojada —aunque a lo mejor es todo pose— que me veo obligado a decir:

—Venga, mujer, no seas así. No estoy tan mal. Seguro que siempre sales con tíos que sólo saben decir. «¿Y si me apetece un Maserati nuevo?». Seguro que estás harta de oír ese tipo de cosas. —Y añado—: Igual que yo.

Lauren repara en una copa de champán medio vacía que estaba junto al lavabo y la apura.

—Oye —digo, y señalo el cartel enmarcado—. ¿Trabajaste en esa película?

—Por desgracia —masculla—. ¿Captas por qué he colgado el póster precisamente ahí?

Cierra los ojos, se toca la frente.

—¿Y justo acabas de terminar otra? —pregunto en voz baja.

—Sí. —De pronto se pone a rebuscar entre un gran despliegue de frascos de Estée Lauder y de productos Lancôme, escoge un bálsamo a la mantequilla L'Occitane que Chloe también utiliza, examina la composición, lo deja donde estaba, cambia de opinión y se contempla en el espejo.

—¿De qué va? —pregunto como si estuviera interesado.

—Es una especie de *Footloose* ambientada en Marte —puntualiza en voz baja, a la espera de mi reacción.

Yo me limito a contemplarla, dejando que el silencio se prolongue.

—Genial.

—Todos los días de rodaje he llorado.

—¿Por qué? ¿Has roto con alguien?

—¿Cómo se puede ser tan corto?

—Yo estoy esperando a ver si me dan un papel en la secuela de *Línea mortal* —digo con toda naturalidad mientras me desperezo.

—O sea, que estamos en el mismo barco —comenta ella—. Es ahí adonde quieres llegar, ¿no?

—Alison Poole me ha dicho que te van muy bien las cosas.

Lauren bebe un trago de Evian de una botella que tenía a mano.

—Digamos que gano tanto como me aburro.

—Algo me dice que estoy hablando con una estrella.

—¿Has visto alguna película mía?

Pausa.

—Alison Poole me ha dicho que...

—No pronuncies el nombre de esa mala pécora en mi casa —grita, y me arroja un cepillo.

—Vale, vale —digo, encogiendo el cuello—. Tranquila. Ven aquí, anda.

—¿Qué? —pregunta a la defensiva—. ¿Qué has dicho?

—Ven aquí, anda —repito sin dejar de mirarla—. Anda —insisto mientras doy unas palmaditas al edredón.

Lauren se limita a mirarme fijamente. Yo sigo tendido en la cama, con la camisa un poco subida para lucir abdominales y las piernas ligeramente separadas. En algún punto de la conversación me he quitado la chaqueta.

—Victor...

—¿Qué? —digo en voz baja.

—¿Qué significa Chloe para tí?

—Ven aquí —susurro.

—Que seas guapo no significa que tengas... —duda— más derechos que los demás —concluye.

—Ya lo sé. Oye, no pasa nada. —Me incorporo, la miro, no la pierdo ni un segundo de vista. Ella da un paso hacia mí.

—Ven aquí —insisto—. Eso es.

—Victor, ¿qué quieres?

—Quiero que te acerques.

—¿Qué eres tú? —pregunta, y retrocede de repente—. ¿Una de las ventajas de ser guapa?

—Soy un bombón —contesto, y me encojo de hombros—. Cómeme, cómeme.

Un amago de sonrisa me demuestra que su artífice es capaz de casi todo. Ha llegado el momento de relajarse y cambiar de estrategia. Me llevo una mano a la bragueta, me subo aún más la camisa para que Lauren me vea el estómago y separo las piernas para que se fije en el bulto de la entrepierna. Le ofrezco un Mentos.

—Tienes cuerpo de atleta —comento—. ¿Cómo te las apañas para mantener ese tipazo?

—No comer ayuda bastante —responde.

—Entonces no querrás el caramelo...

Lauren sonrío brevemente y rechaza la golosina.

—¿Vendrás a la inauguración esta noche? —pregunto.

—*To the Copa? The Copacabana? The hottest spot north of Havana?*^[41] — replica, y se pone a aplaudir con fingido placer, abriendo mucho los ojos.

—Cuidadito con lo que dices.

—¿Sabes dónde está Chloe en este momento? —pregunta, más cerca de mí.

—¿Quién ha sido tu última pareja?

—Un ex especulador que conocí en un cursillo de redacción de guiones — contesta—. Luego Gavin Rossdale... ah sí, y luego Adam Sandler durante tres días.

—¡Coño! —me doy una palmada en la frente—. ¡Ahora caigo! Ahora ya sé quién eres.

Lauren sonrío algo más relajada.

—¿Con quién estás saliendo últimamente? —me pregunta—. Además de con Alison Poole...

—Vaya, pensaba que en esta casa no se podía pronunciar su nombre.

—Sólo si se tiene una réplica en miniatura de la interesada con quinientas agujas clavadas en la cabeza y una barrita de Snickers de tamaño gigante metida en el culo —puntualiza—. ¿Y bien? ¿Con quién estás saliendo? Anda, confiesa. Dime aunque sea sólo un nombre.

—*Four that wanna own me, two that wanna stone me, one that says she's a friend of mine.*^[42]

Por fin he conseguido que sonría abiertamente y se acerque más a la cama.

—¿Puedo decirte una cosa? —pregunto.

—No sé. ¿Puedes? —se burla.

—¿No te enfadarás?

—Depende.

—Prométeme que no la sacarás de contexto.

—¿Qué es?

—Bueno... —Paro, respiro hondo, me río un poco.

—¿Bueno qué?

Me pongo serio y contesto:

—Pues que ahora mismo tengo unas ganas locas de lamerte el chocho. —Me agarro la polla por encima de los pantalones sin dejar de mirar a Lauren fijamente a los ojos—. Sólo eso. Te lo prometo. Pero es que si no te lamo el chocho en este preciso instante, me da algo. —Cuento hasta tres y luego pregunto tímidamente—: ¿Me dejas?

Lauren respira hondo pero no se aparta de la cama.

—¿Vas a decir que me he portado mal? —pregunto.

—No —contesta.

—Ven aquí —insisto.

Lauren contempla mi cuerpo.

—Ven aquí —repito.

Lauren no se mueve. Está pensando qué debe hacer.

—¿Tienes que meditarlo... tanto? —pregunto.

—Victor... —Suspira—. No puedo.

—¿Por qué? —digo—. Ven, acércate.

—Porque es como si acabaras de... llegar del espacio exterior o yo qué sé — responde—. No te conozco.

—Tú tampoco eres de las que desnudan su alma con facilidad...

Lauren se quita la bata.

—Creo que ha llegado el momento de poner punto final a esta conversación — observo.

Lauren se arrodilla sobre la cama y me empuja hacia atrás para sentarse a horcajadas sobre mi cintura. Yo le meto un dedo en el chocho, primero con cierta dificultad, luego hasta el fondo y acompañado de un segundo. Cuando ella misma empieza a estimularse el clítoris con los dedos, me incorporo y me pongo a lamerle y a chuparle los pechos. Le saco los dedos del coño y me los meto en la boca, le digo que tengo muchas ganas de comérselo y, sin ninguna oposición por su parte, la tiendo boca arriba en la cama, le abro las piernas y le flexiono las rodillas para tenerlo todo a la vista, al alcance de la mano. La penetro con los dedos mientras le lamo y le chupo el clítoris. Me meto otro dedo en la boca y lo deslizo entre sus piernas, más abajo, hasta notar que ejerce una ligera presión sobre su ano. Empalmado, con los pantalones a la altura de las rodillas y el culo en pompa, empiezo a masturbarme sin apartar la lengua del coño, pero ella tira de mí hacia arriba y me ofrece sus pezones.

Sin dejar de manosearme, avanzo por la cama hasta que nuestras bocas quedan a la misma altura y, durante unos segundos, nos besamos apasionadamente, con voracidad, hasta que ella me agarra la polla y se la acerca a los labios de la vulva, que franqueo sin ningún esfuerzo. Me adapto al ritmo de sus embestidas, noto que va a correrse, suena el interfono y la voz del portero anuncia: «Lauren, Damien Ross viene de camino», y los dos nos quedamos de piedra.

—¡Mierda! —Lauren se levanta como puede, recoge la bata del suelo y echa a correr por el pasillo gritando—: ¡Vístete! ¡Es Damien!

—¡Mierda! —Aterrorizado, trato de incorporarme, pero calculo mal el impulso y me caigo de la cama. Al final, sin embargo, consigo subirme los pantalones y ocultar mi erección, húmeda y en este momento dolorosa, bajo mis calzoncillos Calvin Klein.

—Llega temprano —dice entre dientes mientras entra corriendo en el dormitorio—. ¡Mierda!

—¿Temprano respecto de qué? —pregunto.

Me doy la vuelta y veo que Lauren está en el vestidor, revolviendo perchas y jerséis. Por fin descubre un sombrero negro de señora —bastante bonito, con florecita bordada en un lado— y lo contempla un nanosegundo antes de tirármelo a la cara.

—Toma.

—Esto... —protesto— veo que escoger disfraces no es lo tuyo.

—Dile que has venido a buscarlo de parte de Chloe —dice—. Y lávate la cara, por lo que más quieras.

—Vale, vale, tranquila.

—No deberías haber venido. —Vuelve a salir al corredor—. Debería haberte echado sin contemplaciones. Soy una completa idiota.

—Me había parecido que nos lo estábamos pasando bien... —comento, pisándole los talones.

—¡Pues no deberíamos! —grita—. No deberíamos —repite en voz baja.

—Joder, no digas eso.

—Pongamos que ha sido un desliz y aquí no ha pasado nada —insiste—. No deberías haber venido.

—Eso ya me ha quedado claro. No es necesario que insistas. —La sigo hasta el salón y busco un rincón donde poder colocarme sin que mi presencia despierte sospechas.

—No, tú quédate aquí —dice Lauren mientras se anuda el cinturón de la bata—. Como si estuviéramos... oh cielos... hablando.

—Vale. ¿De qué quieres que hablemos? —pregunto, ya más tranquilo—. ¿De lo dura que me la pones?

—Calla, y trae acá ese sombrero.

—Chloe se colgaría una ancla al cuello antes que ponerse eso.

—¿Y tú qué sabes? Al fin y al cabo, a ti tampoco te hace ascos...

Damien entra habano en mano y dice:

—No te preocupes, no está encendido.

Ni siquiera se toman la molestia de darse un beso. Damien me saluda tan tranquilo con una inclinación de cabeza y luego con la mano.

—Hola, Victor.

—Hola, Damien —le devuelvo el saludo.

—Hoy estás en todas partes, ¿eh?

—En todas a la vez. Sí, señor. Ése soy yo.

—Bueno —interviene Lauren—, dile a Chloe que me lo devuelva cuando quiera.

No hay prisa. ¿Vale? —Me da el sombrerito.

—Vale. Gracias. —Miro el sombrero, le doy la vuelta, vuelvo a mirarlo—. Vaya... qué bonito.

—¿Qué es eso? —pregunta Damien.

—Un sombrero —responde Lauren.

—¿Para quién? —se extraña.

—Para Chloe —contestamos ella y yo a coro.

—Ha mandado a Victor para que se lo lleve —explica Lauren.

—¿Y a qué vienen tantas prisas? —insiste Damien—. ¿Cuándo piensa ponérselo?

—Esta noche —dice Lauren—. Se lo quiere poner esta noche.

Los tres intercambiamos miradas. Hay algo extraño en el ambiente, algo tan íntimo que nos obliga a desviar la vista hacia el sombrero.

—Bueno, no puedo pasarme todo el día contemplando un sombrero —anuncia Lauren—. Voy a meterme en la ducha.

—Espera —dice Damien—, tengo que comentarte una cosa y sólo puedo quedarme un momento.

—Creía que ya habíamos dejado el tema zanjado —le replica.

—Victor —se disculpa Damien mientras se lleva a Lauren del salón—, volvemos enseguida.

—Tranquilos.

Escucho mis mensajes: Gavin Palone, Emmanuelle Béart, alguien de Brillstein-Grey, y otra persona a quien he decidido que le sienta bien la perilla. El apartamento está bajo cero. De repente, me parece que todo es ligeramente agotador, que todo requiere un vago esfuerzo: levantar una cuchara, apurar una copa de champán, interpretar una mirada hostil e incluso fingir que se está dormido. En algún lugar de la ciudad hay un local con todas las sillas vacías pero con todas las mesas reservadas. Miro qué hora es. Al lado de mi reloj descubro una brizna extraviada de confeti que no me siento con fuerzas de sacudir. Ahora mismo me comería unas patatas fritas con un poco de salsa; estoy muerto de hambre. Sé quién eres y lo que has dicho.

De vuelta en el salón, Damien se sirve un trago de tequila Patrón y contempla su habano con tristeza.

—No me deja fumar dentro de casa. —Pausa—. Habanos, quiero decir.

Por primera vez tengo la impresión de que Damien es guapo de verdad. Además, con esta luz no se le nota en absoluto el peluquín. Al contrario, se le ve una mata de pelo negro de lo más vigorosa. Me palpo la mandíbula para comprobar si es tan

perfecta como la de Damien.

—Tranquilo —digo.

—Victor, ¿qué estás haciendo aquí?

Le muestro el sombrero.

—¿Nada más? —pregunta—. ¿De verdad?

Intento cambiar de tema discretamente:

—Oye, ya me han contado lo de Junior Vasquez.

Damien suspira con desgana.

—Sí. Es fantástico, ¿verdad?

—¿Cómo ha sido?

—¿Versión oficial?

Asiento.

—Me ha llamado un tipo que se dedica a organizar eventos singulares —dice Damien—. *Et voilà*.

—¿Te molesta que te pregunte una cosa? —me aventuro.

—¿Qué cosa?

—¿Cómo os conocisteis? —le pregunto—. Tú y Lauren, quiero decir.

Damien apura el tequila, devuelve el vaso a la barra con sumo cuidado y frunce el ceño.

—Cenando con la gente más rica del mundo.

—¿Y quiénes son?

—No puedo revelar sus nombres.

—Vaya.

—Pero son quienes te imaginas —añade—. No te llevarías ninguna sorpresa.

—Vale.

—Te daré una pista: venían de pasar el fin de semana en el rancho Neverland.

—¿Quieres un Mentos? —digo.

—Victor, necesito que me hagas un favor.

—Por ti, lo que sea.

—No seas lameculos.

—Perdona.

—¿Podrías acompañar a Lauren a la inauguración? —pregunta—. Si no, no vendrá. O, lo que es peor, vendrá con Skeet Ulrich, o con Olivier Martinez, o con Mickey Hardt, o con Daniel Day-Lewis.

—Pues no estaría mal —comento—. Lo de que viniera Daniel Day-Lewis, quiero decir.

—Cuidadito —me espeta—. No me provoques.

—Perdona. No he dicho nada.

Damien aún tiene en la oreja derecha restos de la mascarilla de barro que se ha

aplicado esta mañana. Extiendo el brazo para limpiárselos.

—¿Qué tengo? —me pregunta con cierta aprensión.

—¿Barro? —pronostico.

Damien suspira.

—Mierda. Mierda y nada más que mierda.

Cuento hasta tres.

—¿Eso era mierda? —pregunto—. Coño, tío, cambia de amistades...

—No me refería a la mancha, Victor. Hablaba de la vida en general. Y de la mía en concreto. Es pura mierda.

—¿Por qué dices eso? —pregunto—. ¿Desde cuándo eres tan pesimista?

—Tengo una amante —confiesa sin apartar los ojos de mí.

—Sí, ya... —Me interrumpo algo desorientado—. Alison.

—No. Alison es mi prometida. Mi amante es Lauren.

—¿Estáis prometidos? —me atraganto sin querer y, cuando intento disimularlo, me atraganto otra vez—. No, si ya lo sabía. Ya lo sabía.

La expresión de Damien se endurece.

—¿Cómo? —pregunta—. No lo sabe nadie.

Cuento hasta tres y, después, con menos dificultad de la que cabría esperar pero conteniendo la respiración, contesto con un hilo de voz:

—Ya sabes cómo es esta ciudad. Qué te voy a contar.

Al parecer, Damien está demasiado abatido para poner en duda mi respuesta. Pausa larga.

—¿Quieres decir —pregunto— que os habéis prometido en matrimonio?

—Es la costumbre.

—Algo he oído, sí —añado en voz baja.

—¿Desde cuándo sois tan amigos tú y Lauren? —me pregunta de repente.

—No, si yo casi no la conozco —digo mientras estrujo el sombrero—. En realidad, es amiga de Chloe.

—Me ha contado que fuisteis juntos a la universidad —explica—, y que en esa época tú eras insoportable. Pero no te lo tomes a mal, ¿eh?

—No, no, tranquilo.

—Veo que hoy tienes la autoestima por las nubes.

—Qué raro. Yo creía que había ido a la universidad contigo. —Me río solo y me inclino un poco hacia adelante con los ojos entornados—. ¿Estás seguro de que no coincidisteis?

—Victor, tengo migraña. No empecemos, ¿eh? —Damien cierra los ojos, tiende la mano hacia el tequila pero, al final, cambia de opinión—. ¿Me harás ese favor? ¿La acompañarás?

—Yo tengo que ir con Chloe.

—Pues id los tres juntos. —Le suena el busca. Lo mira—. Mierda. Es Alison. Tengo que irme. Despídeme de Lauren, ¿vale? Nos vemos en el local.

—Se acerca la hora de la verdad —digo.

—Creo que al final todo saldrá bien. —Suspira—. Creo que no va a ser ningún desastre.

—Ojalá.

Damien me tiende la mano. Se la estrecho sin pensarlo dos veces y, cuando quiero darme cuenta, él ya se ha ido y yo sigo de pie en el salón. Tardo un buen rato en percatarme de que Lauren está apoyada en el marco de la puerta.

—Lo he oído todo —suelta.

—Entonces seguro que has oído más que yo —replico.

—¿Sabías que estaban prometidos?

—No. No tenía ni idea.

—Por lo visto esta noche voy a ser vuestra invitada.

—Me apetece mucho que vengas —digo.

—Ya lo sé.

—Lauren...

—Yo que tú no me preocuparía —dice, y se separa de la puerta—. Damien está convencido de que eres marica.

—¿Un marica influyente o un marica insignificante?

—No creo que Damien sea tan quisquilloso.

—Si fuera verdad que soy marica, creo que estaría en la categoría de los influyentes.

—Y si esta conversación no se acaba pronto, perderé el poco juicio que me queda.

Lauren apaga el televisor y esconde la cara entre las manos, como si no supiera qué hacer. Yo tampoco sé qué hacer, pero, ante la duda, consulto mi reloj.

—¿Sabes cuánto hacía que no te veía? —pregunta sin mirarme.

—Desde esta tarde, en Tower Records.

—No, aparte de hoy.

—¿Cuánto? —pregunto—. Y, por lo que más quieras, no me digas que desde el pase de Calvin Klein o desde Miami.

—Desde que saliste en el número dedicado al hombre más sexy de la galaxia en una revista de tercera categoría —dice—. Aparecías tendido sobre una bandera americana y sin camisa. Dabas más pena que otra cosa.

Me acerco a ella.

—¿Y antes de eso?

—Desde 1985 —responde—. Hace siglos.

—Santo Dios.

—En Camden. Habíamos quedado en que pasarías a recogerme.

—¿Por dónde?

—Por la residencia —dice—. Era diciembre y había nevado. Tenías que llevarme en coche a Nueva York.

—¿Y qué pasó? —pregunto—. ¿Al final te llevé?

Se produce un largo silencio que el teléfono se encarga de interrumpir. Fabien Baron deja un mensaje. Vuelve a sonar el teléfono. Es George Wayne, desde Londres. Lauren me mira fijamente, totalmente desorientada. Estoy a punto de decir algo, pero luego decido seguir calladito.

—Deberías irte.

—Sí. Llego tarde.

—¿Adónde?

—A recoger el esmoquin.

—Ten cuidado.

—Tranquila. —Sonrío—. Tengo una talla estándar.

Último viaje con Chloe a Los Ángeles: estancia en una clínica de desintoxicación célebre por su ignoto emplazamiento. Sólo estábamos al corriente del asunto uno de sus publicistas y yo. Moviendo varios hilos se había logrado que Chloe pasara a ocupar el primer puesto en la lista de espera y que se le adjudicara una celda relativamente lujosa: un bungalow privado de inspiración rústica que contaba con un salón de color daiquiri teñido de azul en el nivel inferior, una terraza con tumbonas imitación años setenta, y una gran bañera de mármol decorada con anguilas rosadas y montones de surtidores minijacuzzi. También tenía a su disposición una piscina cubierta, un gimnasio totalmente equipado y un centro de manualidades. Lo que no había era televisor: por eso tuve que grabarle *All My Children* en el vídeo del hotel cercano donde me hospedaba yo, en un pueblo levantado en pleno desierto. En el fondo, es lo mínimo que podía hacer. Chloe también tenía su propio caballo, de nombre Raisin.

Al principio, cada vez que iba a verla, me decía que aquello «no iba a servir de nada». Despotricaba de la comida «demasiado hipernutritiva» que servían en bandejas en la cafetería (a pesar de que tenían el mismo chef que en un hotel muy chic de Seattle), no le parecía bien tener que vaciarse ella misma los ceniceros, y contaba horrorizada que, en el tiempo que llevaba allí, había habido cuatro intentos de suicidio, y que un paciente adicto al Valium se había escapado por una ventana sin que el personal reparara en su ausencia hasta al cabo de tres días, cuando una enfermera leyó la noticia en el *Star* del lunes siguiente. También se quejaba de las constantes idas y venidas, y de las peleas en que se enzarzaban los pacientes entre sí —magnates con tendencias autodestructivas, chavales que esnifaban butano en sesiones de terapia de grupo, jefes de estudio que habían llegado a consumir casi quince gramos de cocaína enriquecida diarios y gente que no había mantenido contacto con el mundo real desde 1987—. Steven Tyler se le había insinuado frente a una máquina expendedora, Gary Oldman la había invitado a Malibu, Kelsey Grammer la había arrollado «sin querer» en una clase de estiramientos, y un especialista en biofeedback la había felicitado por sus piernas.

—Al menos no tienes límite de llamadas —intenté consolarla—. Venga, alegra esa cara.

—¿Sabes que Kurt Cobain también estuvo aquí? —me dijo en voz baja, pálida y aturdida.

Entonces, como pasa siempre, el tiempo empezó a apremiar. Su publicista le advirtió que la prensa sensacionalista difundía rumores sobre el caso y que *Hard Copy* le seguía la pista. Chloe tenía que usar un número de teléfono distinto cada día, y yo tuve que recordar a Pat Kingsley que Chloe dejaba cinco mil dólares mensuales

de comisión en la PMK para que pusieran un poco de esfuerzo de su parte.

Al final Chloe acabó dándose por vencida. A modo de despedida, el monitor de Chloe nos dijo: «Nosotros hacemos todo lo que está en nuestra mano, pero, por desgracia, no siempre tenemos éxito». Yo mismo acompañé a Chloe al coche, un Lexus dorado de alquiler. Salió cargada con una bolsa llena de tazas, camisetas y llaveros de recuerdo decorados con el lema del centro: «Paso a paso». En el jardín había un tipo con una guitarra sentado en el suelo rasgueando «I Can See Clearly Now». Mientras tanto, las palmeras se inclinaban amenazadoramente sobre nosotros y un corro de niños mexicanos bailaba junto a una enorme fuente de color azul. Aquel mes costó cincuenta mil dólares, aparte de mi suite en el desierto.

10

Salgo del apartamento de Lauren y me encuentro con una noche fría y húmeda y un SoHo totalmente colapsado por los rodajes. Sin bajar de la acera, empujo la Vespa por la calle Cuatro hasta la esquina de Broadway, donde me espera un semáforo en rojo.

No distingo el jeep negro hasta que el semáforo se pone verde (los coches no avanzan, resuenan los cláxones), y aun entonces finjo no haberlo descubierto y me sumo al tráfico que se dirige hacia el centro sin perder de vista el retrovisor del manillar. A poca velocidad, el jeep deja la calle Cuatro y dobla a la derecha como acabo de hacer yo. Como quien no quiere la cosa, voy cambiando de carril hasta alcanzar el otro lado de Broadway. Un enjambre de automóviles me ciega con el resplandor de sus faros mientras me abro paso entre ellos casi sin aliento para dejar al jeep atrapado en el atasco.

Paso de largo la calle Tres con la mirada puesta en Bleecker, por donde me desvío con un giro brusco a la derecha que me obliga a esquivar a los vehículos que vienen de frente y, finalmente, a subir a la acera, donde casi atropello a un grupo de chavales refugiados bajo el toldo del edificio de apartamentos Bleecker Court. Otro giro brusco, esta vez a la izquierda, me coloca en Mercer, que abandono abriéndome a la derecha al llegar a Houston. Cuando ya me creo libre de mis perseguidores, a punto estoy de chocar con el jeep negro, que está parado en la esquina. Aunque no puede tratarse del mismo jeep negro de antes, porque el que me esperaba en Houston con

Wooster tiene matrícula SI-CO 2 y el que he dejado atrapado en Broadway llevaba matrícula SI-CO 1.

Este otro jeep se despegaba del bordillo en cuanto me ve pasar y retomaba la persecución.

A la altura de West Broadway me abro a la izquierda, pero las obras y los rodajes han dejado las calles poco menos que impracticables.

Mientras avanzo a paso de tortuga hacia Prince Street, me doy cuenta de que el primer jeep ha logrado robarme la iniciativa no sé cómo y me está esperando en la esquina.

Un vistazo al retrovisor me permite localizar al segundo jeep a tres coches de distancia.

Hago pasar la Vespa entre dos limusinas aparcadas sobre el bordillo y reconozco el sonido que vomita a todo volumen el techo corredizo de una de ellas: Space Hog. Me bajo de la moto de un salto, me guardo las llaves y sigo a pie y sin prisas por West Broadway.

Los focos de los escaparates proyectan sobre la acera la sombra de mi perseguidor. Me paro en seco y me doy la vuelta rápidamente, pero ni veo a nadie ni, por otra parte, puedo librarme de esa especie de cosquilleo semieléctrico. Un figurante pasa junto a mí y pronuncia una frase ininteligible.

A mi espalda, alguien sale del jeep negro. Reconozco a Skeet Ulrich firmando autógrafos en la puerta de la nueva coctelería Babyland. Lleva unas Puma de ante, acaba de grabar un programa con Conan O'Brien, sale de una conferencia de prensa on-line, y no es seguro pero puede que haya conseguido el papel protagonista de la nueva película de Sam Raimi. Comparamos tatuajes y él me comenta que nunca ha sufrido una resaca como la que tuvo después de emborracharse conmigo en la fiesta que organizaron en Telluride los de Wilhelmina. Yo, mientras tanto, voy dando patadas al confeti que cubre la acera y espantando moscas con un crucifijo guatemalteco que me regaló Simon Rex cuando cumplí los veinticinco.

—Sí, hombre —dice Skeet mientras enciende un cigarrillo—. Estábamos con el campeón de thai-boxing.

—Uf, no sé. Estoy un poco espeso.

—Un tío rubio, con el pelo a lo rasta —insiste—. El que tenía una fábrica clandestina de éxtasis en el sótano.

—Me suena, pero... Es que estoy hecho polvo, tío —digo, y me vuelvo a otear el horizonte—. Oye, ¿y qué hacíamos...? O sea, ¿qué hacías tú en Telluride?

Skeet menciona una película en la que había participado.

—¿Qué personaje hacías tú? —pregunto, y le ofrezco un Mentos.

—El cadáver ocurrente.

—¿El que vivía en la cripta?

—No, el del aquelarre.

—¿El que enseñaba palabrotas a las brujas desde el caldero? Menudo papelón.

—Uno, que es profesional.

Un desconocido nos hace una foto y confunde a Skeet con Johnny Depp. Kate Spade pasa y saluda. Palpo el sombrero que me ha dado Lauren y que aún llevo en el bolsillo como para acordarme de algo. En éstas me vuelvo disimuladamente y veo que el tipo que ha salido del jeep en West Broadway está a tres portales de distancia, fingiendo interés por el escaparate de un nuevo centro de bronceado y piercing. No puedo contener la risa.

—¿Johnny Depp? —repite Skeet entre dientes—. ¿De qué va éste?

—Venga, tío, que parecéis hermanos gemelos. Da hasta miedo.

—Suerte que el tal Johnny es un monógamo empedernido...

—«El tal Johnny» es ligeramente más famoso que tú —me veo obligado a advertirle—. Cuidadito con lo que dices.

—¿Famoso? ¿Por qué? —replica Skeet—. ¿Sólo porque rechaza guiones comerciales?

—Estoy hecho polvo, tío.

—¿Aún trabajas de modelo? —me pregunta con aire sombrío.

—*Sometimes I wonder how I keep from going under.*^[43] —A la espalda de Skeet, en Prince, otro tipo se baja del jeep y avanza hacia mí lentamente.

—No te quejes, tío —dice Skeet antes de encender por segunda vez el mismo cigarrillo—, que estás en la cresta de la ola. Menudo modelo estás hecho.

—¿Sí? ¿Lo dices en serio?

—Con esa mata de pelo, esos labios carnosos y ese pedazo de cuerpo, ahora no me vengas con que te extraña.

El tipo del jeep sigue acercándose.

El otro, a mi espalda, está a dos tiendas de distancia.

—Muchas gracias, hombre —digo mirando a uno y otro lado—. Qué generoso.

—De nada —dice Skeet—. Tío, para ya de jadear, ¿no?

Propongo a Skeet que nos acerquemos a echar un vistazo al escaparate de la librería Rizzoli.

—Haz como que estás mirando.

Me vuelvo a ver.

—¿Mirando qué? —pregunta Skeet, desconcertado—. ¿Libros?

El tipo de Prince Street ha acelerado el paso.

El otro debe de estar como a dos metros de distancia.

Estoy tan concentrado en no apartar la vista del escaparate de Rizzoli que a duras penas oigo a Skeet.

—Tío, ¿pero qué haces? —Pausa—. ¿A eso lo llamas mirar?

De repente, sin darle tiempo de soltar más preguntas, cruzo West Broadway y echo a correr. Los dos tipos se lanzan en mi captura de inmediato, secundados por un tercero, también vestido de negro, que me encuentro de cara en el instante mismo en que piso Broome Street.

Cruzo West Broadway de nuevo, esquivo una limusina por los pelos, e intento volver sobre mis pasos perseguido de cerca por los tres tipos. La aparición imprevista de un cuarto gorila, que sale del nuevo restaurante de Harry Cipriani, me obliga a cruzar de nuevo West Broadway y a refugiarme en Portico, una tienda de muebles.

Los cuatro esbirros —jóvenes, guapotes y vestidos de negro— se reúnen en las escaleras que conducen a la tienda y se ponen a hablar entre ellos mientras yo me escondo detrás de un armario de hormigón con manchas blancas. A una mujer que me toma por uno de los dependientes, la ahuyento con un gesto y un chasquido de la lengua. Uno de los esbirros se saca un walkie-talkie del bolsillo de la chaqueta negra de cuero —momento en que me doy cuenta de que va armado— y murmura algo al micrófono. Escucha la respuesta, se vuelve hacia los otros tres, les transmite una orden que ellos acatan con un gesto de la cabeza, abre la puerta y entra en Portico tan campante.

Yo atravieso la tienda a toda prisa en busca de la puerta trasera, que da a Wooster Street.

A mi espalda, alguien grita: «¡Oye!».

Al salir estoy a punto de perder el equilibrio, pero consigo agarrarme a la barandilla y al final alcanzo la calle de un salto.

Sorteo el tráfico de Wooster y sigo a paso ligero hasta Comme des Garçons para recoger mi esmoquin.

Anuncio mi entrada con un portazo antes de dirigirme a toda prisa al piso de abajo, donde Carter ya me espera.

—¿Se puede saber qué coño le pasa a todo el mundo? —grito—. ¡Santo Dios!

—Los arreglos ya están listos —dice Carter—. Te ha quedado un esmoquin espectacular, con que tranquilízate. Además, Chloe ha dicho que le pasemos la...

—¡No lo digo por el esmoquin —digo sin resuello—, sino por los cabrones que me han estado persiguiendo por West Broadway!

Pausa.

—¿Presumes o te quejas?

—¡Lo que hay que aguantar! —protesto.

—Bueno, como has llegado hasta aquí, tendré que felicitarte por tu dominio de las artes marciales... querido ninja Donatello.

Jadeando, me pruebo el esmoquin deprisa y corriendo, y dejo que sea Carter quien llame a Sabra para pedirme un Town Car. Jotadé me llama al busca mientras Carter mariposea a mi alrededor y hace toda clase de aspavientos hasta convencerse

al ciento por ciento de que la caída del esmoquin es impecable, cosa que exige que tanto él como Missy, la costurera, me manoseen con total impunidad.

Cuando llamo a Jotadé por el móvil, Beau se pone al teléfono y me pregunta por qué no estoy en mi apartamento contestando a las preguntas de *House of Style*. Se me había olvidado por completo la entrevista de la MTV. Según Beau, hay un grupo de «gente furibunda» en la puerta de mi casa, lo cual que me produce un escalofrío y, al mismo tiempo, me tranquiliza.

Me dejo puesto el esmoquin, meto la ropa que llevaba en una bolsa de Comme des Garçons, salgo de la tienda con los ojos clavados en Wooster y recorro la calle zigzagueando hasta alcanzar el Lincoln que me espera aparcado sobre el bordillo.

—¡Espera! —grita Carter—. ¡Que te dejas esto!

Acto seguido deposita el sombrero negro con su rosa roja en mis manos sudorosas.

9

Ya en mi apartamento, la reportera del *Details* chupa una piruleta narcótica con sabor a frambuesa mientras me observa indolente con la espalda apoyada en una columna. Hay cantidad de gente pululando por toda la casa, incluida una chica supermusculosa con un pendiente de pinza en la nariz que se dedica a aplicar geles de color kiwi, lavanda y granada a los focos. «Qué tal, Victor», dice el cámara con acento jamaicano. Su coleta debe de ser postiza porque esta tarde, cuando lo he visto en Bond Street, no la llevaba. Al parecer, tiene sangre chippewa. El director del espacio, Mutt, está consultando con un VJ de *MTV News*. De vez en cuando me sonrío y se frota las cicatrices que tiene en el brazo desde que le ocurrió un percance con la Harley.

—Perdona que os haya hecho esperar —le digo—. Me he perdido.

—¿Volviendo a tu propio barrio? —pregunta él.

—El centro lo ha ido absorbiendo poco a poco —explico, imitando el acento del cámara—, y claro, eso complica bastante las cosas.

Mutt me dedica otra media sonrisa. Hace un frío polar y yo estoy tendido sobre una montaña de almohadones de satén blanco que el equipo ha traído consigo. Un japonés filma el rodaje de la entrevista de la MTV mientras otro japonés realiza un

reportaje fotográfico protagonizado por los miembros del equipo de vídeo. Sugiero posibles acompañamientos musicales para la versión definitiva de la entrevista: Supergrass, Menswear, Offspring, Phish, Liz Phair (*Supernova*), tal vez Pearl Jam o Rage Against the Machine, o incluso puede que Imperial Teen. Estoy tan embobado que no me doy cuenta de que Mutt se halla frente a mí hasta que chasquea los dedos dos veces en mis mismísimas narices. Mientras junto los labios y le guiño un ojo me pregunto qué opinión les merecerá a los demás mi palmito.

—Se me ha ocurrido que durante la entrevista podría fumarme un buen Cohiba — anuncio.

—¿Y no se te ha ocurrido también que parecerás un gilipollas integral?

—Oye, tú, ten en cuenta con quién estás hablando.

—Normas de la MTV: no se fuma. A los anunciantes no les gusta.

—En cambio, les parece bien que contagiéis el odio de Trent Reznor a millones de jóvenes desprevenidos. Muy mal. Fatal.

—Empecemos de una vez. Tengo ganas de irme.

—Esta tarde me han estado persiguiendo por el SoHo.

—Menos lobos, Victor. No eres «tan» famoso.

Llamo a Jotadé por el móvil.

—Jotadé, averigua quién me ha estado persiguiendo por el SoHo. —Y enseguida desconecto. Estoy en mi elemento. De ahí la sonrisa permanente y el grito a la chica musculosa con el pendiente de pinza en la nariz—: ¡Buen trasero, monada! Sólo le falta silbar.

—Me llamo David —replica—. No Monada.

—Caray, qué look andrógino tan logrado... —comento con un estremecimiento.

—¿Quién es este payaso? —pregunta.

—Uno de tantos —contesta Mutt—. Un don nadie, una promesa, una estrella, una vieja gloria. No necesariamente en ese orden.

—*Keep the vibe alive*^[44] —digo sin entusiasmo a nadie en particular. En éstas la maquilladora se pone a retocarme las patillas—. Vale ya —le espeto—. ¿Podría alguien traerme un Snapple? —pido luego en un tono menos agresivo. Y en ese preciso instante me doy cuenta de que falta algo fundamental: Cindy.

—Eh, eh; un momento... ¿Y Cindy?

—Cindy no hace la entrevista —dice Mutt—. Sólo la presenta con su tan imitado por más que inimitable estilo.

—Pues... para lo que sepas, me parece una putada considerable —protesto.

—¿Ah, sí?

—Si me hubieras dicho que Cindy no venía, no habría aceptado.

—Lo dudo.

—A todo esto, ¿se puede saber dónde coño está?

—En Beirut, inaugurando otro Planet Hollywood.

—Nunca me había sentido tan humillado.

—Te jodes.

—No... no tengo palabras —digo con los ojos llenos de lágrimas—. La verdad, Mutt, no me esperaba eso de ti.

—Ajá. —Mutt cierra los ojos, se acerca un visor a la oreja y dice—: Vale.

—Un momento, un... —Miro al VJ, que en este momento está hablando por el móvil frente a un Nan Goldin de gran formato que me regaló Chloe por Navidad—. ¿No irá a entrevistarme ese maricón? —pregunto horrorizado—. Maricón y pederasta, por si fuera poco.

—Victor, ¿en qué mundo vives? ¿En una especie de película para todos los públicos?

—No quiero que me entreviste un tío que tiene fama de pederasta.

—Dime una cosa: ¿te has acostado alguna vez con un tío?

Tras considerar brevemente el estilo «el mundo está lleno de homosexuales» que se ha impuesto últimamente en la MTV, sonrío, medio asiento y digo:

—Puede. En cualquier caso —añado rápidamente—, ahora observo estrictamente el código heterosexual. —Cuento hasta diez—. Más que eso, devotamente.

—Avisaré a los medios de comunicación.

—Los medios eres tú, Mutt —me lamento—. Tú y ese pederasta de VJ.

—¿Y con una adolescente? ¿Te has acostado alguna vez con una adolescente? —me pregunta sin entusiasmo.

—¿Chica? —Pausa—. Puede.

—¿Entonces?

Frunzo el ceño para ayudarme a desentrañar el sentido de la pregunta.

—¿Entonces qué? —replico enojado al cabo de varios segundos—. ¿Estás insinuando algo? Porque, si es así, me parece que los demás no lo hemos captado.

En éstas se acerca el VJ, todo sonrisas y Versace.

—Sale con Chloe Byrnes —le dice Mutt—. No hay mucho más que contar.

—De puta madre —replica el VJ—. ¿Podemos sacar el tema?

—Por la cuenta que te trae —me adelanto a Mutt—. Y ni una palabra sobre mi padre.

—No tienes pelos en la lengua —constata el VJ—. Me gusta.

—Y a mí lo que me gustaría es que empezáramos de una vez.

MTV: ¿Qué se siente al ser el chico de moda del momento?

YO: La fama tiene un precio, pero el mundo real y yo seguimos siendo buenos amigos.

MTV: ¿Qué imagen crees que tienen los demás de ti?

YO: *I'm a bad boy. I'm a legend.*^[45] Pero, en el fondo, la vida es una macrofiesta

sin salas vip.

MTV (pausa, desconcierto): ¿No tiene tu nuevo local tres salas vip?

YO: Esto... corta. Corta ¡Que cortes!

El equipo forma una melé y atiende a mis instrucciones. Una vez aclarado que quiero hablar de mi relación personal con Robert Downey Jr., Jennifer Aniston, Matt Dillon, Madonna, Latouse LaTrek y Dodi Fayed, todo el mundo sonrío satisfecho. Siguen unas cuantas preguntas de volea y se me presenta una oportunidad de ser maleducado que, para estar a la moda, no puedo dejar escapar:

MTV: ¿Qué tal fue la experiencia de participar como actor invitado en *Sensación de vivir*?

YO: El típico cliché. Luke Perry parece un Nosferatu en miniatura, y Jason Priestley es como... no, sin el «como»: es una oruga.

MTV: ¿Te consideras un símbolo de una nueva generación de americanos?

YO: Bueno, digamos que represento a una parte bastante importante de la porción de pastel que corresponde a la nueva generación. Sí, puede que incluso sea un símbolo. —Pausa—. Pero desde luego, no una enseña. —Pausa más larga—. Al menos, de momento. —Otra pausa larga—. ¿Ya he dicho que soy capricornio? Y también estoy a favor de recuperar los incentivos necesarios para que esta generación se sienta más implicada en el tema de la ecología.

MTV: Eso es muy loable.

YO: No, lo tuyo sí que mola.

MTV: Cuando piensas en tu generación... ¿cómo te la imaginas?

YO: ¿En plan pesimista? Me imagino a doscientos tíos pasando de todo y bailando al ritmo de los C+C Music Factory vestidos como figurantes de *El cuervo*.

MTV: ¿Y qué te parece?

YO (sinceramente emocionado por el interés): Me estresa.

MTV: Oye, ¿y no crees que los ochenta ya están muy pasados? ¿No te parece que abrir un local como el que estás a punto de inaugurar es una vuelta a una época que la mayoría prefiere olvidar? ¿No temes que la opulencia provoque rechazo entre los jóvenes?

YO: Estamos hablando de un proyecto muy personal. —Pausa—. Por más comercial que pueda parecer... visto desde fuera. En el fondo... —De repente veo la salida perfecta—: Bueno, lo que he querido hacer es devolver algo a la comunidad. —Pausa—. Ser solidario. —Pausa—. ¿No?

MTV: ¿Qué opinas de la moda?

YO: No negaré que tenga algo que ver con la inseguridad, pero también me parece una buena manera de liberar la tensión.

MTV (pausa): No me digas.

YO: La moda me obsesiona. La sigo, la persigo... Siete días a la semana,

veintiocho horas al día ¿Ya he dicho que soy capricornio? Para mí, ser el mejor en una sola cosa es contraproducente.

MTV (pausa larga, ligero desconcierto): Chloe Byrnes y tú lleváis juntos... ¿cuánto tiempo?

YO: Con Chloe el tiempo no cuenta. Chloe desafía el tiempo. Espero que tenga una larga carrera como modelo y como actriz. Es una chica fantástica. Además de mi mejor amiga.

(Risitas de la reportera del *Details*).

MTV: Se dice que...

YO: Conservar una relación no es nada fácil cuando se tiene un trabajo como el mío.

MTV: ¿Dónde os conocisteis?

YO: En una cena. Antes de una ceremonia de entrega de los Grammy.

MTV: ¿Y qué fue lo primero que le dijiste?

YO: Lo primero: «¿Qué tal, monada?», y luego que era —y sigo siendo— aspirante al título de modelo del año.

MTV (después de una pausa relativamente larga): Ya veo que esa noche estabas de lo más profundo...

YO: Tener éxito es querer-se a uno mismo, y quien no esté de acuerdo que se joda.

MTV: ¿Cuántos años tienes?

YO: Veintipico.

MTV: No, en serio. ¿Cuántos?

YO: Veinte... y pico.

MTV: ¿Qué cosas molestan a Victor Ward?

YO: Que David Byrne le haya puesto a su nuevo álbum el nombre de un «té de Sri Lanka que se distribuye en Gran Bretaña». Lo oí no sé dónde y te juro que me puso a cien.

MTV (después de una carcajada de compromiso): No, me refiero a cosas que te molestan de verdad. Cosas que te enfurecen.

YO (pausa larga, reflexión): Hombre, últimamente, los DJ que desaparecen sin previo aviso, los camareros maleducados, algún que otro modelo cotilla, las cosas que se dicen por ahí acerca de los famosos...

MTV: Bueno, yo pensaba más bien en cosas como la guerra de Bosnia, la epidemia del sida o el terrorismo dentro de nuestras fronteras. ¿Qué opinas de la situación política actual?

YO (pausa larga, hilo de voz): ¿Patines con poca estabilidad? *Dot com*?

MTV: ¿Algo más?

YO (aliviado por una ocurrencia repentina): *A mulatto, an albino, a mosquito, my libido.*^[46]

MTV (pausa larga): ¿Has entendido la pregunta?

YO: ¿Qué quieres decir?

MTV: ¿No te interesa lo que pasa en...?

YO (cabreado): A lo mejor eres tú el que no ha entendido la respuesta.

MTV: Ya. Bueno, déjalo.

YO: Siguiente pregunta.

MTV: Vale.

YO: Dispara.

MTV (pausa muy pero que muy larga): ¿Nunca has tenido ganas de desaparecer del mapa?

8

Sin tiempo de buscar las llaves porque ya llegamos tarde (lo que, por otra parte, quedará muy bien), salgo disparado hacia el apartamento de Chloe. Me abre la puerta. Lauren Hynde, y los dos guardamos silencio al vernos hasta que a mí se me ocurre decir «Estás... muy guapa». Ella, antes de dejarme entrar, me obsequia con una mueca de dolor o de modelo de Versace o de lo que sea. En la cocina me encuentro con una versión informal de Baxter Priestly (corte de pelo hortera y gafas Oakley incluidas) liándose un porro aderezado con Xanax. De fondo, imágenes del Sci-Fi Channel sin sonido y pop sofisticado amplificado por dos altavoces de diez mil dólares cada uno. Chloe, vestida con el modelito de Todd Oldham, está al lado de Baxter comiéndose un caramelo de menta y oyéndole decir cosas como: «Hoy he visto a un tío con unos abdominales increíbles». Trece botellas de agua mineral en diversas fases de consumo comparten mostrador de mármol con varios faxes que dicen «SÉ QUIÉN ERES Y LO QUE ESTÁS HACIENDO», y la docena de tulipanes blancos que se supone que yo mismo he enviado a Chloe están colocados en un jarrón de cristal enorme que le regaló una tal Susan Sontag.

—Veo que estás hecho un gran conversador, querido —mascullo, y aprovecho que me acerco a besar a Chloe para, de paso, dar a Baxter una palmadita en el hombro.

El susto lo saca de su letargo. Todos tienen que haberse dado cuenta de lo chic que voy, pero todavía no he oído ningún cumplido. Lauren ni siquiera se ha movido

de la puerta. En éstas Chloe dice algo así como «La limusina lleva un rato esperando», a lo que yo respondo asintiendo con la cabeza y antes de entrar cabizbajo en nuestro dormitorio. Previamente, sin embargo, me aseguro de que Chloe se de cuenta de la cara de asco con que miro a Baxter mientras él sigue hablando.

Contenido de mi armario: vaqueros blancos, cinturones de piel, cazadora de cuero, botas camperas negras, un par de trajes negros de crepé de lana, una docena de camisas blancas, un jersey de cuello alto negro, varios pijamas de seda arrugados, y una película pornográfica de ambiente sofisticado protagonizada por gente como nosotros que ya he visto más de mil veces. Me agacho para observar de cerca unas sandalias Banana Republic que me compré en Barcelona y finjo haber perdido algo hasta que entra Chloe.

—¿A qué viene esto? —le pregunto—. ¿Y el blazer de los tres cierres?

—¿A qué viene el qué? —replica ella en guardia.

—¿No salía en un anuncio de Mr. Jenkins?

—Ya te dije que vendría.

—¿Cuánto crees que le habrá costado ese look contracorriente? —pregunto—. ¿Dos mil dólares? ¿Tres mil?

—Déjalo, anda. —Chloe está buscando unas gafas de sol que ponerse.

—Pues qué bien.

—Victor —dice—, ¿qué buscas?

—El fijador. —Dejo el armario y entro con Chloe en el cuarto de baño, donde procedo a embadurnarme el pelo con fijador peinándomelo hacia atrás. Suena el busca, pero no hago ni caso hasta que suena por segunda vez. Entonces me lavo las manos y veo que es Alison. Me pregunto cómo han podido llegar a complicarse tanto las cosas. Por suerte, contemplar mi perfil reflejado en el espejo me tranquiliza. Después unas cuantas inspiraciones, un par de segundos visualizando el fondo del mar, y hale, listo para salir.

—Me gusta el esmoquin —comenta Chloe desde la puerta del baño, mirándome—. ¿Quién era? —Pausa—. ¿De dónde llamaban?

—Del local. —Tardo unos segundos en reaccionar. Luego consulto el reloj y me acerco a la cama, donde vacío la bolsa de Comme des Garçons para que Chloe pueda mandar mi ropa a la tintorería junto con la suya. Sin querer, saco también el sombrero de Lauren, hecho un pingo.

—¿Qué es eso? —me parece oír.

—¡Anda, menuda plancha! —exclamo, y lo devuelvo a la bolsa. En otro tiempo mi imitación de Bullwinkle la habría hecho reír. Ahora está tan absorta en sus pensamientos que ni siquiera insiste en lo del sombrero.

—Quiero que salgamos adelante —vacila—. Como pareja, quiero decir.

—*I'm mad about you.* —Me encojo de hombros—. *You're mad about me.*^[47] —

Me vuelvo a encoger de hombros.

—Victor, por favor, no.

—¿No qué?

—Me alegro por ti —dice. Estamos cara a cara. Se la ve cansada, exhausta—. Me alegro mucho de que el local vaya a ser un éxito.

—Hoy tienes cara de viciosa —la reprendo—. Sólo nos faltaba el caramelito en la boca. —Paso junto a ella sin mirarla.

—¿Estás enfadado por lo de Baxter?

—¿Por ese soplagaitas? Lo que hay que oír. Oye, en este apartamento hace un frío que pela, ¿no?

—Victor, escúchame.

Me paro, suspiro y doy media vuelta.

—No quiero pasarme la noche disculpándome por el mal carácter de mi novio. ¿Entendido?

Yo me limito a mirar las musarañas o lo que supongo que es eso hasta que doy con la respuesta adecuada:

—Por regla general, no deberías esperar demasiado de nadie. —Y la beso en la mejilla.

—Acabo de maquillarme. No vas a hacerme llorar.

7

We'll slide down the surface of things...^[48] El viejo tema de los U2 pone música al atasco de mil demonios en que nos hemos quedado atrapados a sólo dos manzanas del local. No sigo la conversación —aunque capto palabras sueltas como technobeat, impresionante, paisaje lunar, *Semtex*, nirvana, fotogénico; nombres de gente que conozco, como Jade Jagger, Iman, Andy García, Patsy Kensit, las Goo-Goo Dolls, Galliano; además de alusiones a temas que habitualmente me interesan, como Doc Martens, Chapel Hill, la serie *Kids in the Hall*, abducciones extraterrestres y camas elásticas— porque estoy demasiado ocupado jugueteando con un porro recién liado, mirando a través del techo corredero de la limusina y siguiendo los arabescos que dibujan los reflectores sobre las fachadas negras de los edificios que nos rodean. Desde el asiento que ocupó al lado de Chloe y frente a Baxter y a Lauren, sufro en

silencio un ataque de desesperación a cámara lenta mientras trato de concentrarme en nuestro parsimonioso avance hacia el local. Chloe intenta que vayamos de la mano, y yo la complazco de vez en cuando y por espacio de pocos segundos: los que tardó en soltarla para encender uno de los cigarrillos de Baxter, para rebobinar la cinta de los U2 o simplemente para tocarme la frente; cualquier cosa con tal de no ver a Lauren y menos aún cómo separa ligeramente las piernas o contempla su rostro lánguido en el cristal ahumado de la ventanilla «Amarilla la limusina es...», canturrea Baxter entre carcajadas. «Amarilla es», lo acompaña Chloe con una risita nerviosa y una mirada que busca mi aprobación. Yo, sin embargo, dirijo el gesto correspondiente a Baxter, quien me paga con la misma moneda, y me echo a temblar. *We'll slide down the surface of things.*

Lo primero que oigo antes de pisar la acera del local es el grito de «¡Acción!». Los U2 y su «Even Better Than The Real Thing» descienden sobre nosotros procedentes de lo alto mientras el chófer abre la puerta y sorprende a Baxter mirándose el pelo en la polvera de Chloe. Yo le arrojo el fajín de mi esmoquin y le digo:

—Enróllatelo a la cabeza y pon cara de atontado. Así darás el pego.

—Victor —empieza Chloe.

Un racha de viento helado castiga a los curiosos que esperan junto a las vallas de seguridad y hace que el confeti se despegue de la lujosa alfombra verde y lila y revolotee entre las piernas de los policías que controlan el acceso al local. Tras los cordones de terciopelo forman los tres irlandeses que Damien contrató, cada uno con su walkie-talkie y con una lista de invitados diferente. Los fotógrafos se agolpan a ambos lados de los cordones. La publicista jefe nos recibe con una cálida sonrisa hasta que repara en el vestido de Chloe, momento en que intenta detenernos para que no coincidamos con Alison, que luce el mismo modelo de Todd Oldham y está posando para los paparazzi con Damien —vestido con un esmoquin de Gucci— en la puerta del local. Pero la multitud también ha reconocido a Chloe y ya se oye un guirigay de voces que gritan su nombre. Damien tensa y destensa sin parar los músculos de la mandíbula, un gesto de inquietud poco habitual en él. Lauren me toma de la mano y, al volverme hacia Chloe, me doy cuenta de que ella ya está estrechando la de Baxter.

Damien se vuelve hacia nosotros al oír los gritos y me saluda con un gesto de la cabeza. Luego dedica una sonrisa resignada a Lauren, quien se limita a responder con un comentario indiferente en voz baja. Damien se fija en el vestido de Chloe y, al cabo de los dos segundos que tarda en ponderar el alcance de la catástrofe, pone un empeño loable en convertir su gesto de horror en una amplia sonrisa y arrastra a Alison hacia el interior del local haciendo caso omiso de los gritos de los fotógrafos y de las protestas de la modelo. Por suerte, el resplandor de los flashes ha impedido que

Chloe llegara a ver el vestido de Alison. Una vez que estemos dentro tengo muy claro lo que tengo que hacer si no quiero que la noche acabe en desastre: bajar todas las luces.

Los fotógrafos reclaman a gritos nuestra atención a medida que nos acercamos a las escaleras, y nosotros les concedemos el tiempo necesario para inmortalizar nuestros rostros postizos: la sonrisa lánguida de Chloe, la sonrisa huraña de Baxter, la sonrisa de Lauren —su primera sonrisa sincera en lo que va de noche— y mi expresión calculadamente aturdida. Sobre la puerta, un cartel de la MTV advierte con grandes letras al estilo de los años setenta: «Este acto está siendo grabado en vídeo. El acceso al mismo supone la aceptación de la difusión por cable y otros medios de su nombre, voz e imagen». Pronto nos encontramos en el interior del local, pasamos por los detectores de metales, y Chloe me susurra al oído una frase inaudible. *We'll slide down the surface of things...*

«Even Better Than the Real Thing» nos perfora los tímpanos en cuanto pisamos la nave central, donde ya se han congregado varios centenares de personas. Alguien vuelve a gritar «¡Acción!», y un nuevo enjambre de fotógrafos se abalanza sobre Chloe, también asediada por varios equipos de televisión. Le suelto la mano y, sin hacer caso de famosos ni admiradores, dejo que el gentío me vaya empujando hacia una de las barras.

Lauren me sigue de cerca. Cuando el camarero me atiende, pido una copa de Veuve Clicquot para ella y un Glenlivet para mí. Pasamos unos segundos en silencio que yo aprovecho para admirar el juego de luces, obra de Patrick Woodroffe, que consigue sacar todo el partido de la tapicería de terciopelo negro. Lauren, mientras tanto, se sumerge en no sé qué pensamientos, apura la primera copa de champán y pide otra con un gesto. Cuando las miradas no me bastan, me acerco a ella, pronuncio su nombre, le acaricio la mejilla con los labios —un beso tan breve que sólo alguien colocado justo detrás de mí podría haberlo notado—, aspiro su perfume, cierro los ojos y vuelvo a abrirlos a la espera de su reacción.

Lauren sujeta la copa con tanta fuerza que la sangre no le llega a los nudillos y temo que pueda hacer añicos el cristal. Me doy la vuelta para saber quién es el destinatario de su mirada hostil y, al ver de quién se trata, el sobresalto es tal que, de no haberlo sostenido con las dos manos, se me habría caído el vaso al suelo.

Alison apura un martini Stoli y pide otro sin mirar siquiera al camarero, dando por sentado que voy a besarla.

Yo excuso mi vacilación con una sonrisa y la beso en la mejilla, pero ella no aparta los ojos de Lauren, como si yo fuera invisible, cosa que esta noche, tal vez por primera en vez en mi vida, no me importaría lo más mínimo. Harry Connick Jr., Bruce Hulee y Patrick Kelly se abren paso entre los invitados a empellones. Dirijo la vista hacia el fondo de la sala y luego al suelo.

—¿Te... pido otro Stoli? —pregunto a Alison.

—Estoy a punto de efectuar mi entrada en el sistema stolar —anuncia Alison sin perder de vista a Lauren. Yo me apoyo disimuladamente en la barra para interponerme entre las dos.

—Bienvenida al estado de relajación —digo «jovialmente»—. Disfruta de tu... estancia.

—Imbécil —masculla Alison con un gesto desesperado antes de arrancar el martini de las manos del camarero y bebérselo de un solo trago. Luego carraspea un poco, me levanta el brazo y utiliza la manga de mi esmoquin como servilleta.

—Alison... —empiezo, aunque no sé exactamente qué decir.

—Gracias, Victor —me ataja con excesiva amabilidad.

—De nada.

Un golpecito en el hombro hace que dé la espalda a Alison y me acerque a Lauren, que, en un tono de voz muy dulce, me pregunta:

—¿Qué es lo que tanto te gusta de esa zorra?

—Cambiemos de tema, ¿te parece?

—Lo que hay que aguantar. Calzonazos —dice, y se ríe.

Justo en ese momento veo acercarse a Ione Skye y a Adam Horowitz, una aparición providencial que no pienso desperdiciar.

—Eh —saludo con los brazos abiertos—. ¿Qué hay?

—Miau... —maúlla Ione mientras me ofrece una mejilla.

—Permitidme que bese el cielo^[49] —digo.

Alison hace una mueca de asco a mi espalda.

El centro de la sala se ha convertido en un surtidor de flashes, con resultados parecidos a los que provocaría una avería en la luz estroboscópica. Ione y Adam se pierden entre la multitud inquieta mientras yo me dedico básicamente a buscar un cenicero para el cigarrillo que acabo de encender, mientras Lauren y Alison siguen intercambiando miradas de odio. Damien se despega de Penelope Ann Miller en cuanto me ve, pero a los pocos pasos repara en mis acompañantes, se para en seco y está en un tris de atropellar a un enano de lo más genial que alguien se ha traído. Aterrorizado, articulo la palabra «ven» sin llegar a pronunciarla.

Damien busca a Lauren con mirada lastimera, pero los flashes lo obligan a parpadear continuamente. Cuando por fin la multitud lo lleva hasta donde yo estoy, me estrecha la mano con excesiva formalidad y evita por todos los medios rozar siquiera a cualquiera de las dos mujeres, quienes, por cierto, hacen caso omiso de su llegada. A su espalda veo a Chloe y a Baxter contestando preguntas delante de varias cámaras de televisión, y también veo pasar a Christy Turlington, John Woo, Sara Gilbert y Charles Barkley.

—Tenemos que hablar —dice Damien a un palmo de mi cara—. Es cuestión de

vida o muerte.

—No me parece que éste sea el momento más... adecuado —objeto escogiendo las palabras con cuidado.

—Por una vez, puede que tengas razón —concede, y trata de sonreír sin desfruncir el ceño y de saludar a Lauren y a Alison al mismo tiempo.

—Me llevo a Lauren —digo—. Voy a presentársela al equipo de *Entertainment Tonight*.

—Tengo que hablar contigo ahora mismo —insiste Damien.

De repente veo que se abre paso entre los invitados hasta llegar a Baxter, al que aleja sin contemplaciones de Chloe y de un equipo de la MTV. Luego le susurra algo al oído, justo cuando los U2 dan paso a los Dream Warriors y su «My Definition of a Boombastic Jazz Style». Lauren y Alison han encendido sendos cigarrillos y se dedican a echarse mutuamente el humo. Baxter hace un gesto afirmativo con la cabeza y deja que Damien lo deje acorralado —sin hacer gala de una gran sutileza, por desgracia— entre las dos, en el espacio de barra que yo mismo ocupaba hasta hace un momento.

—¿Quién es éste? —pregunta Alison sin el menor interés.

—Es Baxter Priestly, cielo —contesta Damien—. Quiere saludarte y desearte suerte.

—Sí, me suena —dice ella aburrida mientras sus labios se preparan para formar la palabra «otro» frente al camarero.

—Sale en el programa de Darren Star —prosigo—. Y toca con los Hey That's My Shoe.

—¿Qué personaje interpretas? —pregunta algo más animada.

—El Chiflado —responde Lauren con la mirada fija en el camarero.

—El Chiflado, eso es —repito mientras Damien utiliza mi cuerpo como ariete para abrirse paso entre el gentío a través de la sala y de las escaleras que conducen al primer piso. Una vez solos me indica una barandilla con vistas a la fiesta. Encendemos sendos cigarrillos. Veinte mesas esperan la llegada de los invitados a la cena mientras un grupo de camareros especialmente guaperas empiezan a encender las velas. Como dicta la moda, en los monitores de televisión no se ven más que interferencias.

—Mierda —exclama Damien, y da una calada profunda—. Sólo me faltaba esto.

—Tienen que encender las velas para la cena —le explico ingenuamente, tratando de disculpar a los camareros.

Damien me da un cachete en la oreja.

—Mierda —repite—. ¿Qué hacen Chloe y Alison con el mismo vestido?

—Parecen idénticos, es verdad. Pero si te fijas bien...

Damien me empuja hacia la barandilla y señala hacia abajo.

—A ver, explícamelo otra vez.

—Nada, que, según parece, es un modelo que se va a llevar mucho esta...

Damien espera el final de la frase con los ojos muy abiertos.

—¿Sí? —dice.

—... temporada —acabo con un hilo de voz.

Damien se pasa la mano por la cara y se asoma para estar seguro de que Alison y Chloe aún no se han visto. Alison está flirteando con Baxter y Chloe sigue contestando preguntas sobre el nivel de excelencia de la velada mientras los diferentes equipos de televisión rivalizan por obtener los mejores ángulos. Damien me pregunta entre dientes por el sombrero que ha visto en casa de Lauren, y yo invento excusas como «A Oribe no le ha gustado», pero él sigue preguntando por el maldito sombrero, y, de entre todos los invitados, Lauren ha tenido que ponerse a hablar precisamente con Chris O'Donnell. Damien apura un vaso grande de whisky y lo deja sobre la barandilla con una mano temblorosa. Estoy agotado y muerto de miedo.

—Damien, tratemos de pasarlo lo mejor...

—Ya no puedo más —dice—. Paso.

—¿De qué? ¿De pasártelo bien? —pregunto—. Eso ni en broma. —Y, tras un largo silencio, añado—: No sé qué más puedo decirte. —Y, tras un silencio aún más largo, concluyo—: Esta noche tienes un aspecto estupendo.

—Paso de ella —me corrige—. De Alison. Ya no puedo más.

Vuelvo los ojos hacia la multitud y, sin querer, reparo en la expresión con que Lauren mira a Chris O'Donnell mientras éste intenta ligársela entre trago y trago de Grolsch, dejándola jugar seductoramente con la etiqueta mojada. Hay modelos por todas partes.

—Si es que ya no deberías haber... —me oigo decir a mí mismo mientras pienso que, al menos, las reseñas serán favorables.

Damien se vuelve hacia mí y yo evito su mirada hasta que me espeta:

—¿De dónde crees que ha salido el dinero para pagar todo esto?

—¿Qué? —pregunto incrédulo, con la frente y la nuca repentinamente empapadas de sudor.

—¿Quién crees que ha financiado el proyecto? —suspira.

Pausa larga.

—Un colectivo de... dentistas de... ¿Brentwood? —pregunto con los ojos entornados mientras me seco la frente—. Tú. ¿No has sido tú?

—Ha sido ella —puntualiza levantando la voz—. Todo el dinero ha salido de su bolsillo.

—No... —Me interrumpo.

Damien me mira a la espera de que complete la frase:

—No sé qué quieres que te diga.

—¿Has oído lo que te he dicho?

We'll slide down the surface of things...

—Han encontrado a Mica —dice.

—¿Quién? —pregunto con la mirada perdida, como un autómata.

—La policía, Victor —contesta Damien—. La policía ha encontrado a Mica.

—A buenas horas —me quejo, no recuperado del todo de la impresión—. ¿No te parece? Que se vaya con la música a otra parte. Sin pasar por la casilla de Salida y sin cobrar dos millones de dólares. Junior lo está haciendo pero que muy bien. Además, Mica no acababa de...

—Victor, está muerta —explica—. La han encontrado en el barrio de Hell's Kitchen, en un contenedor. Alguien la golpeó con un martillo y la... ¡Dios! —Damien respira hondo, corresponde al saludo de Elizabeth Berkley y Craig Bierko, y se tapa la boca con una mano antes de seguir—: la evisceró.

Procuro tomarme la noticia con grandes dosis de tranquilidad.

—¿Se tomó una sobredosis? —pregunto.

—No, Victor —me explica Damien—. La evisceraron.

—Qué horror —digo llevándome una mano a la cabeza—. ¿Qué significa «eviscerar»?

—Significa que no tuvo lo que se dice una muerte plácida.

—Sí, bueno, eso nunca se sabe, ¿no?

—Cuando a uno lo estrangulan con sus propios intestinos, sí.

—Ya, claro. Claro.

—Todo lo que acabo de decirte, *off the record*, naturalmente...

En estos momentos veo al pie de la barandilla a Debi Mazar y a Sophie B. Hawkins, que está con Ethan Hawke y Matthew Barney. Un fotógrafo nos descubre en nuestra atalaya y dispara tres, cuatro, ocho veces seguidas sin darme tiempo ni a colocarme bien la corbata.

—Nadie lo sabe todavía —continúa Damien con un suspiro y el segundo cigarrillo entre los dedos—. Es mejor así. Que sean felices hasta mañana.

—Tienes razón —asiento—. Déjalo de mi cuenta.

—Y, por lo que más quieras —se despide—, intenta mantener a Alison y Lauren alejadas la una de la otra. A ver si entre todos lo conseguimos.

—Tranquilo. Déjalo de mi cuenta.

We'll slide down the surface of things...

Vuelvo a la fiesta cuando oigo que alguien grita mi nombre, y Carmen, una rica heredera brasileña, me agarra del brazo al pie de las escaleras. Lauren, que ya no está con Chris O'Donnell, me mira desde el otro extremo de la sala. Baxter sigue haciendo todo lo posible por entretener a Alison, pero sin demasiado éxito, a juzgar

por los gestos de aburrimiento de ella.

—Victor, acabo de ver *La Bella y la Bestia* y me ha encantado. ¡En-can-ta-do! —dice Carmen a voz en cuello, haciendo aspavientos y con los ojos abiertos de par en par.

—Oye, eso está muy bien —digo con tono preocupado—, pero te convendría tranquilizarte un poco.

Alison da una bofetada cariñosa a Baxter y se aleja de la barra en dirección al centro de la sala, de donde proceden la mayoría de los flashes. Como era de esperar, Chloe está hablando con Chris O'Donnell.

—Victor, ¿me has oído? —insiste Carmen, bloqueándome el paso—. Me ha encantado. Me han encantado los dos: la Bella y la Bestia «Be My Guest» y todo eso. ¡Qué maravilla!

—Hablando de maravillas, creo que te hace falta una copa. —Impaciente, chasqueo los dedos y, señalando a Carmen, digo—: Beau, tráele una caipirinha a esta chica.

Cuando logro hacer a Carmen a un lado, ya es demasiado tarde. Del brazo de Tarsem y Vivienne Westwood, me veo obligado a contemplar con impotencia que una Alison alegre y achispada avanza hacia Chloe, quien en estos momentos está siendo entrevistada junto con Chris O'Donnell por la MTV, sin dar crédito a sus ojos. Una vez tras ella, toma prestado sin permiso el encendedor de Sean Penn para cerciorarse, horrorizada, de que no se trata de una ilusión óptica. Chloe aprovecha un momento en que Bijoux ha retirado el micrófono y ha desviado la vista para volverse y saludar a Alison con un gesto de la mano y una sonrisa que, al ver la réplica de su vestido, se troca en una mueca de horror. Enseguida entorna los ojos y se acerca un poco para ver mejor —Chris O'Donnell disimula, por suerte—, pero otra pregunta de Bijoux la obliga a mirar de nuevo a la cámara y tratar de formular una respuesta que, en su desconcierto, se queda en un gesto de indiferencia.

Lauren, que está a mi lado con un vaso lleno a rebosar de algo que espero vivamente que no sea vodka, me atenaza una nalga con la mano libre sin pronunciar una sola palabra. Alison interrumpe momentáneamente su avance hacia nosotros para aligerar la bandeja de un camarero que se le pone a tiro y beberse medio martini de un solo trago.

—¿Qué tal la terapia anti Xanax? —pregunto a un famosillo.

—La terapia de Xanax, querrás decir.

—Eso, eso. La terapia de Xanax.

—Fue lo que me recomendó el médico de mi madre para dejar la marihuana cuando... Pero tío, si no me estás escuchando.

—Dime, dime. Oye, te veo muy bien, ¿eh?

Alison se me acerca, me lame la mejilla y, a una distancia increíblemente corta,

posa sus labios sobre los míos e intenta por todos los medios meterme la lengua en la boca. Yo aprieto la mandíbula y sigo el hilo de la conversación del tipo del Xanax, sustituyendo mis réplicas por los gestos oportunos. Alison termina por renunciar a su propósito, retrocede y sonrío complacida al ver que me ha dejado la boca y el mentón perdidos de vodka y babas. Flanqueado por Lauren y Alison, veo que Chloe ya ha acabado la entrevista y me busca entre el gentío mientras Chris O'Donnell sigue abrazado a su Grolsch. Opto por mirar hacia otro lado.

Alison vuelve al ataque y me toca el culo. Yo tenso los músculos para descorazonarla, pero sólo consigo que desplace la mano hasta rozar la de Lauren. La sorpresa la paraliza momentáneamente.

Pregunto a Juliette Lewis qué tal le va con su nuevo dálmata, Seymour, y ella contesta que «regulín» y pasa de largo.

Noto que Alison intenta desbancar a Lauren, pero ésta no se muestra dispuesta a ceder la nalga izquierda, y ni siquiera se inmuta cuando me vuelvo y, con los nervios, derramo el contenido de mi vaso sobre el puño del esmoquin Comme Des Garçons, porque está hablando con alguien de Nation of Islam y Trad Lords, sonriendo y asintiendo con la mandíbula apretada. Trad Lords se da cuenta de que algo pasa, me dice que le causé muy buena impresión cuando me vio sentado al lado de Dennis Rodman en el pase de Donna Karan, y se larga.

Una rubia exuberante se acerca acompañada de una joven con un tocado africano y de un tipo indio. La rubia me besa en la boca y se me queda mirando la cara con ojos soñadores hasta que carraspeo y hago ademán de saludar a sus amigos.

—Yanni —dice refiriéndose a la chica—. Y Pastel de Chocolate.

—¿Qué tal? ¿Yanni? —pregunto a la chica negra—. ¿Qué significa?

—Significa «vagina» —responde con una voz agudísima y una reverencia.

—Querida —digo, y reclamo la atención de Alison con el codo—, te presento a Pastel de Chocolate y a Yanni. Su nombre significa «vagina».

—Genial —comenta Alison con las manos en el pelo, borracha perdida—. Absolutamente genial. —En éstas me toma del brazo e intenta separarme de Lauren. Ésta, al ver acercarse a Chloe, me suelta la nalga y apura su bebida. Yo trato de mantener el equilibrio para poder hablar con Chloe, que acaba de hacer presa de mi otro brazo.

—Victor, ¿qué pretende Alison? —pregunta en voz alta—. ¿Qué hace con ese vestido?

—Ahora mismo voy y se lo...

—Victor, ¿por qué no querías que me pusiera este vestido? —insiste—. ¿Adónde vas, maldita sea?

—Quiero comprobar si hay motas, cariño —le digo mientras me encojo de hombros con impotencia, aprovechando que Alison aún no me los ha dislocado del

todo—. De momento no he visto ninguna. Por suerte. Pero voy a echar un vistazo arriba...

—Espera —me retiene Chloe.

—Holá, ¿cómo está mi modeló favoguitá? —André Léon Tally y la tetuda Glorinda saludan a Chloe con besos increíblemente húmedos lanzados al aire. Ésta se ve obligada a soltarme para corresponder, y eso hace que me estelle contra Alison, quien, sin cortarse un pelo, me arrastra con ella escaleras arriba.

We'll slide down the surface of things...

Alison entra en el lavabo, cierra de un portazo, echa el pestillo, se dirige hacia el inodoro, se remanga la falda, se baja las medias y se espatarra sobre la taza de porcelana blanca hablando sola y entre dientes.

—Oye, no deberíamos estar aquí —protesto andando de un lado a otro frente a ella—. No deberíamos estar aquí ninguno de los dos.

—¡Cielos! —masculla—. Esa tía lleva toda la noche mirándome mal. No puedo creer que la hayas traído tú. ¿Cómo demonios ha logrado convencerte? ¿Has visto cómo me ha mirado la primer a vez que nos hemos encontrado cara a cara? —Alison se limpia y, sin levantarse del inodoro, empieza a rebuscar en un bolso Prada—. La muy zorra le ha dicho a Chris O'Donnell que amaso millones fabricando y distribuyendo un producto sucedáneo de las grasas. Así, por todo el morro.

—Creo que vuestro encuentro puede calificarse de «lamentable».

—El que va acabar en un estado lamentable vas a ser tú como continúes pasando de mí de esta manera —me replica mordaz mientras saca dos ampollas del bolso y se levanta—. Perdona. Ya no me acordaba de que no quieres que volvamos a vernos. De que quieres dejarlo. De que necesitas espacio. ¿Sabes una cosa? Eres un fracasado. —Alison intenta recuperar la compostura pero no lo consigue—. Tengo ganas de vomitar. Mira, a lo mejor te vomito encima. ¿Cómo te has atrevido a hacerme esto? ¡Y precisamente esta noche! —dice entre dientes antes de destapar una de las ampollas y esnifar una, dos, tres... hasta seis dosis de cocaína—. Mierda, ésta no es —exclama al ver de cerca el frasquito, y procede a destapar la otra y a esnifar cuatro dosis más—. Pero no creas que vas a salirte con la tuya. Ah no, eso sí que no Cielos. —Se lleva las manos a la cabeza y añade—: Creo que tengo drepanocitosis. —Luego echa la cabeza atrás y grita—: ¿Y se puede, saber qué coño hace tu novia... perdón, ex novia, con un vestido igual que el mío?

—¿Por qué lo preguntas? —contesto también a voz en cuello—. ¿Te molesta?

—Digamos que... —Alison sufre un ataque de tos que le deforma la cara, y tarda unos segundos en completar la frase entre grandes sollozos— lo he pasado tolerablemente fatal. —Dicho esto se recupera, me abofetea, me agarra de los hombros y grita—: ¡No vas a salirte con la tuya!

—¡Habla claro! —replico antes de arrebatarle una de las ampollas y servirme dos

generosas dosis—. ¡Dime de una vez qué he hecho!

—Trae, que en ésta hay... otra cosa. —Alison me arrebató el frasquito y me lo cambió por el otro.

La droga surte un efecto inmediato y me empuja, en contra de mi voluntad, a besar a Alison en la nariz.

—¡Oh cielos! —se burla—. Me derrito de placer.

—Yo tampoco tengo palabras —farfulto, incapaz de despegar la boca de su nariz.

—Ese cambio de impresiones que hemos tenido antes no me ha sentado nada bien —gruñe después de arreglarse el pelo y limpiarse la nariz con un kleenex. Luego contempla mi expresión inocente en el espejo mientras esnifo otro par de dosis—. Victor, no empecemos. Por favor.

—¿Qué cambio de impresiones? —protesto—. ¿Cuándo?

—Hace cosa de una hora y media. Y no disimules. Ya sé que no trato con el tío más listo del mundo, pero incluso a ti es imposible que te haya pasado por alto.

Le devuelvo la ampolla, me limpio la nariz y entonces, con intención de tranquilizarla, le digo en voz baja:

—Cariño, no sé de qué me estás hablando.

—¡De eso me quejo, Victor! —grita—. ¡De que nunca sabes de qué estoy hablando!

—Cariño...

—¡Basta! —grita—. ¡Basta! ¡Cállate! —Y dándole la espalda al espejo—: No hace ni una hora y media, a la puerta de mi casa, me has dicho que lo nuestro se había terminado, que estás enamorado de Lauren Hynde y que piensas dejar a Chloe por ella ¿Te acuerdas ahora, so imbécil?

—Alto ahí —digo con las palmas en alto, gesto que Alison aprovecha para golpeármelas—. Con toda la coca que te has metido no me extraña que delires. Mira, cuando te hayas tranquilizado...

—¿Encima vas a tener el valor de decirme que me lo he inventado? —grita, y se abalanza sobre mí.

Yo la detengo, la miro fijamente a los ojos, y concedo:

—No digo que te lo hayas inventado. —Respiro hondo—. Lo que digo es que, en ese momento, ni yo tenía la cabeza despejada, ni tú tampoco.

—¡Pero cómo te atreves a negarlo! —grita—. O sea que, según tú, lo he soñado.

La miro fijamente.

—En una palabra: sí.

Alguien llama a la puerta del baño y provoca la ira de Alison. Yo la sujeto por los hombros y la obligo a mirarme.

—Alison, hace hora y media —digo, y consulto un reloj inexistente— yo estaba en mi apartamento con todo el equipo de *House of Style*, de manera que...

—¡Eras tú! —grita, y me aparta de un empujón—. Tú, en la puerta de mi casa, diciéndome que...

—¡Estás ida! —me defiendo—. Me largo. Y, ya que insistes, sí, hemos terminado. Hasta nunca.

—Si crees que cuando Damien se entere de que te has estado tirando a su novia te va a dejar abrir una sola puerta, ya no digamos otro local, es que vives aún más engañado de lo que creía.

Me vuelvo y le lanzo una mirada inquisitiva.

—No creas que con eso vas a intimidarme.

Abro la puerta.

Alison no se ha movido de donde estaba, y varias personas que esperaban fuera se abren paso hasta ella y, a pesar del desprecio que seguramente les inspira, forman un corro a su alrededor para saber por qué solloza y por qué tiene la cara hecha un asco.

—¡Eres un cero a la izquierda! —es lo último que me grita.

Doy un portazo al salir.

We'll slide down the surface of things...

Lauren está intercambiando recetas de bebidas inteligentes con Jason London y Elle Macpherson como si a alguien superfamoso no le hubiera explotado el pene al ingerir uno de esos combinados, según parece, por culpa de un «error» cometido durante la elaboración. La anécdota provoca una reacción general de espanto, aunque Lauren está más pendiente de lo que ocurre en el grupito que forman Damien y un harén compuesto, entre otras, por Demi Moore, Veronica Webb y Paulina Porizkova. Al oír que Elle me saluda con un beso en la mejilla y me felicita por mi barba incipiente, deja de mirar a Damien y se vuelve hacia mí con una frialdad digna de un androide. Yo me froto la nariz y me acerco a ella con ganas repentinas de abrazarla.

—¿Ya te has enterado? —me pregunta mientras enciende un cigarrillo.

—¿De qué? ¿De que necesito los servicios de un equipo de asesores especializados en situaciones de crisis? Sí.

—De que Giorgio Armani no va a poder venir porque le toca presentar *Saturday Night Live* y esta noche tiene ensayo.

—Pues qué bien —mascullo.

—¿Para qué quería verte Alison? ¿Para enseñarte la garra que le crece en el culo?

Un camarero me ofrece un martini.

—No.

—Venga, hombre —protesta—, procura estar a la altura.

Chloe está en el centro de la sala, hablando animadamente con Winona Ryder y con Billy Norwich. No muy lejos, Baxter Priestly saborea una copa de vino blanco. Hay tanta gente que es imposible que, desde donde están, Chloe y Damien se den cuenta de que Lauren y yo llevamos un rato de la mano. Lauren, en cambio, no pierde

de vista a Damien, que está acariciando la tela del vestido negro de Veronica Webb y diciendo cosas como: «El vestido me encanta, pero es un pelín siniestro». El harén celebra la ocurrencia con risas. Cuando la mano de Veronica toca la de Damien, noto que la de Lauren atenaza la mía con más fuerza.

—Eso no llega ni a la categoría de flirteo —la tranquilizo—. No te sulfures, anda.

Mientras Lauren asiente despacio con la cabeza, Damien, martini en mano, grita: «¿Qué os parecería excitarme... literalmente?», y ellas se echan a reír a carcajadas para adularlo. El local bulle y los flashes se disparan por doquier.

—Ya sé que se te da muy bien interpretar la conducta de la gente —dice Lauren—. Tranquilo. —Y apura su bebida extralarga.

—¿Quieres que hablemos?

—¿De qué? —pregunta—. ¿De tu entereza ante la fatalidad?

—La próxima que sea sin alcohol. Hazme ese favor.

—¿Quieres a Chloe? —me pregunta.

Lo único que se me ocurre es:

—Esta noche vas de un Uma total.

En el transcurso de esta conversación, Damien ha abandonado a su harén y ha puesto rumbo a nuestro rincón. Lauren me suelta la mano en cuanto lo ve aparecer. Yo enciendo un cigarrillo. Alison se despide de Heather Locklear y Eddie Veder, se nos viene encima con cara de estar al borde del soponcio, se cuelga del brazo de Damien antes de que éste pueda dirigirle la palabra a Lauren y sin dignarse siquiera mirarme, y juguetea con el pelo de su prometido los pocos segundos que él tarda en apartarle la mano, más bien aterrado. Al fondo de la sala, el mago entretiene con una baraja a James Iha, Teti Hatcher, Liv Tyler, Kelly Slater y a otro individuo que, no se sabe por qué, va vestido de Willie Wonka. Yo trato de disimular mi desasosiego, pero me delatan mis puños cerrados y el sudor que me empapa la nuca y la frente.

—Bueno... —resuena la voz de Damien—. Bueno, bueno, bueno.

—Te vi en *Bitch Troop*^[50] —espetea Alison a Lauren—. Estabas divina.

—Mierda —masculla Damien.

—Bonito vestido —se venga Lauren.

—¿Qué? —pregunta Alison, que no da crédito a sus oídos.

Lauren la mira a los ojos y, ayudándose con gestos y articulando muy despacio, insiste:

—Decía... que llevas un vestido muy bonito.

Mientras Damien sujeta a Alison, Beau y Jotadé se acercan a nuestro grupo en compañía de un surfista rubio vestido con pantalones de snowboard y una cazadora de piel sintética.

—Alison, Lauren —anuncio—, os presento a Beau y Jotadé, los protagonistas de *Las homosexuales aventuras de Bill y Ted*.

—Esto... va siendo hora de cenar —dice Jotadé como si no hubiera notado, por las vibraciones y el ruido de fondo, que Alison está a punto de explotar.

Alison se vuelve hacia Damien —de quien nadie diría, a juzgar por la expresión de su cara, que tiene los nervios de punta— y, con un gesto lleno de desdén, apaga su cigarrillo en el martini de su novio. Damien ahoga un grito y aparta los ojos de la copa.

—Qué bien —dice Damien—. Hora de cenar. Fantástico. Toma. —Damien entrega a Beau su copa de cóctel. Beau se la queda mirando fijamente, lo mismo que los demás, y finalmente opta por depositarla con cuidado sobre una mesa cercana.

—¡Ya lo creo! —exclamo con un entusiasmo excesivo, incapaz de apartar la vista de la colilla semisumergida—. ¿Y éste? —pregunto mientras estrecho la mano inerte del surfista.

—Se llama Plez —informa alguien.

—Hey, Plez —dice Damien sin perder de vista a Alison—. ¿Qué tal?

—Hace snowboard —nos informa Jotadé.

—Y ya ha ganado un campeonato mundial —añade Beau.

—Y además trabaja de mensajero en UPS —completa Jotadé.

—Cha-cha-cha —digo.

Se hace el silencio. Nadie se mueve.

—Cha... cha... cha... —repito.

—Bueno, ¿y qué te trae por Manhattan? —pregunta Damien a Plez sin perder de vista a Lauren.

—Acaba de llegar de España. Ha estado rodando un vídeo con Glam Hooker —dice Beau, y da al surfista unas palmaditas en la cabeza.

Plez se limita a encogerse de hombros y a decir que sí a todo con la cabeza. Tiene los ojos medio cerrados y apesta a marihuana.

—Qué pasada —asiento yo también.

—Es un mago de la tabla —dice Jotadé.

—Un auténtico «entendido» en la materia —añade Beau.

—Desde luego. Un auténtico «entendido» —rubrica Jotadé.

Chloe aparece de repente y toma mi mano en la suya. La tiene fría. Yo bajo la vista y me digo que alguien va a tener que darle duro a la aspiradora, y Lauren, mientras tanto, dedica a Baxter una sonrisa forzada. Vemos pasar de largo a Bridget Fonda y a Gerlinda Kostiff y, poco a poco, nos vamos dando cuenta de la gravedad de la situación.

—Bueno, pues... a comer. —Damien da una palmada, como si él mismo necesitara despertar de un sueño, y el sobresalto nos saca a todos de nuestros respectivos letargos. Alison está tan borracha y mira a Lauren con tanta inquina que los demás tenemos que controlarnos para no echar a correr.

—Te ha quedado muy... elegante —comento.

—Creo que deberíamos sentarnos a la mesa antes de que empiecen a llegar los castigados sin cena a las once —comenta, y se lleva a Alison del brazo.

Es la señal que anuncia que ha llegado el momento de subir al primer piso a cenar.

—El ambiente está un poco cargadito, ¿no? —me dice Jotadé al oído.

—Dentro de un par de horas hay una fiesta multitudinaria en el Club Lore —le espeto—. Habrá hierros de marcar. No te la pierdas.

—Victor —replica—, abre los ojos. Si es que te atreves...

We'll slide down the surface of things.

Nadie se explica cómo han podido dar las once tan deprisa, aunque en realidad tampoco le importa demasiado a nadie. Se habla del bocadillo de cebolla y fieltro que Mark Vanderloo ingirió «sin darse cuenta» la otra noche mientras visionaba las polémicas cintas de Rob Lowe, que, por cierto, le parecieron «decepcionantes»; de los mejores locales de Nueva Zelanda; de las lesiones que alguien sufrió en un concierto de Metallica en Pismo Beach; de cómo Hurley Thompson desapareció de un rodaje en Phoenix (ahí tengo que morderme la lengua); de lo que hacen en realidad los luchadores de sumo; de una película infame que Jonathan acaba de rodar basada en una estrella de mar que uno de los productores había encontrado tras una valla en Nepal; del *ménage a trois* que alguien se montó con Paul Schrader y Bruce Wagner; de cómo escurrir la lechuga; de la pronunciación canónica de oh là là. Estoy sentado entre Lauren y Chloe, y en la misma mesa también están Baxter Priestly, Johnathon Schaech, Carolyn Murphy, Brandon Lee, Chandra North, Shalom Harlow, John Leguizamo, Kirsty Hume, Mark Vanderloo, JFK. Jr., Brad Pitt, Gwyneth Paltrow, Patsy Kensit, Noel Gallagher, Alicia Silverstone y alguien que, si no es Beck, se le parece mucho. Casi todo el mundo ha optado por trajes chaqueta carísimos. Hasta hace unas horas estaba molesto porque Chloe y yo no nos íbamos a sentar a la mesa con Damien (por dos razones: tenía que hablar con David Geffen y debía una disculpa a Calvin), pero ahora mismo, viendo a Alison casi encima de Damien liando un porro del tamaño de un carrete de fotos, los colocones que lleva la gente y los topetazos que provocan los continuos cambios de sitio aprovechando que se está sirviendo el capuchino, mientras todo se enfoca y se desenfoca alternativamente, la verdad es que casi doy gracias.

Tratando de encender un cigarrillo empapado de San Pellegrino me doy cuenta de que Woody Harrelson se ha arrodillado junto a Lauren y, en vista de que ella tiene mucho que contarle sobre la producción de cannabis, me vuelvo hacia Chloe e interrumpo con una palmadita en el hombro lo que sin duda debía de ser una interesantísima conversación con Baxter. Chloe me atiende con desgana, a punto de apurar otro cosmopolitan y con expresión desolada.

—¿Qué quieres? —dice.

—Oye... ¿qué pasa con Damien y Lauren? —le pregunto con mucha cautela.

—Me tienes tan harta que no sé ni qué decirte —me contesta—. Habla claro.

—¿Cuánto tiempo hace que sabes lo de Damien y la que tú llamas «tu mejor amiga»? —insisto sin levantar la voz ni perder de vista a Lauren y Woody.

—¿Por qué me lo pregunta el que yo llamo «mi novio» si, efectivamente, piensa que tengo un interés personal en el tema? —responde con un suspiro, y desvía la mirada.

—Cariño —susurro pacientemente—, están liados.

—¿De dónde has sacado eso? —pregunta—. ¿Dónde lo has leído? Dios, qué cansada estoy.

—¿De qué estás tan cansada? —pregunto sin perder la paciencia.

Chloe baja la vista hacia el plato donde flotan, medio derretidas, las bolas de su sorbete.

—Valiente ayuda —suspiro.

—¿Por qué me lo preguntas? ¿Qué esperas que te diga? ¿Qué quieres? ¿Tirártela a ella? ¿Tirártelo a él?

—Chiss... ¿A qué viene eso?

—Victor, deja ya de quejarte —dice, y, con un gesto de la mano, me da a entender que no quiere seguir hablando.

—Alison y Damien están prometidos. ¿Lo sabías?

—No me interesan las vidas de los demás —replica—. Y menos ahora. Esta noche menos que nunca. Bastantes problemas tenemos nosotros.

—Me parece que no te iría mal una caladita de ese porro trompetero que se está fumando Alison.

—¿Por qué? —reacciona de pronto—. ¿Por qué, Victor? ¿Por qué crees que me hace falta drogarme?

—Porque tengo el presentimiento de que estás a punto de volverme a sacar el tema de lo gorda y lo desorientada que te veías a los catorce años.

—¿Por qué me dijiste ayer que no me pusiera este vestido? —pregunta con los brazos cruzados sobre el pecho, como si se hubiera despertado de repente.

Cuento hasta tres.

—Porque no quería que... parecieras Pocahontas. Pero qué va, estás guapísima. —Echo un vistazo a mi alrededor, sonrío a Beck, juego con un Marlboro, busco mi barra de Chap Stick y vuelvo a sonreír a Beck.

—No —niega, también con la cabeza—. A ti eso te da lo mismo. A ti sólo te importa lo que tiene que ver contigo.

—¿Y no tienes tú que ver conmigo?

—Sólo en apariencia. Y aun así, cada vez menos —contesta—. Sólo porque en

esta película trabajamos juntos.

—Crees que lo sabes todo, ¿verdad?

—Desde luego, sé mucho más que tú —dice—. Todo el mundo sabe mucho más que tú. Y no tiene ninguna gracia.

—¿Tú también te has dejado la barra de labios en casa? —pregunto por si alguien la ha oído.

Se produce un silencio seguido de otra pregunta:

—¿Cómo sabías tú que Alison pensaba ponerse el mismo vestido que yo? Porque lo sabías, ¿verdad?

—Mira —digo semiexasperado—, tal como lo planteas es muy difícil...

—No, Victor —dice, y endereza la espalda—. Es muy simple. Si lo piensas, es muy muy simple.

—Eres muy pero que muy dura.

—No te imaginas lo harta que estoy de contemplar ese espacio vacío que tienes por cara.

—Alfonse... —Atraigo la atención de un camarero y le hago señas de servir más bebida—. Agua mineral para toda la mesa. Con gas.

—¿Y a que vienen las constantes preguntas de Damien acerca de un sombrero? —pregunta—. ¿Habéis perdido todos el juicio?

Chloe contempla su reflejo en un espejo colgado al otro extremo de la sala mientras Brad Pitt y Gwyneth Paltrow se congratulan por el buen gusto de ella al escoger la laca de uñas. Poco a poco nos vamos aislando los unos de los otros. La única alternativa a las drogas parecen ser los habanos, así que yo también enciendo el mío. En algún lugar situado por encima de nuestras cabezas, los espíritus de River Phoenix, de Kurt Cobain y de mi madre nos miran sumidos en el más profundo aburrimiento.

—¿Sabes si Lauren y Baxter salen juntos? —pregunto con voz inocente, dándole a Chloe una última oportunidad de responder. Luego saludo con la cabeza a Brad y a Gwyneth, que ya se van.

—¿Sabes si Lauren y Baxter salen juntos? —repite Chloe—. Necesito una copa. Otro cosmopolitan y me marchó. —Dicho esto se vuelve hacia Baxter y pasa completamente de mí. Para superar el momento de apuro, hago unas cuantas poses con el cigarro y me vuelvo hacia Lauren, que parece más receptiva.

—No se la ve muy contenta —dice a propósito de Chloe.

—Es culpa mía —confieso—. Tú no te preocupes.

—Qué... rollo de gente, por favor.

—Alicia Silverstone no es un rollo. Ni Noel Gallagher. Ni JFK Jr...

—JFK Jr. ni siquiera ha venido, Victor.

—¿Quieres más postre?

—Supongo que todo es relativo —suspira, y se pone a hacer garabatos en una servilleta de cóctel usando esmalte de uñas Hard Candy de color violeta.

—¿Salís juntos Baxter Priestly y tú? —le pregunto por fin.

Lauren levanta la vista de la servilleta, sonrío para sus adentros y sigue dibujando.

—Corre el rumor de que eres tú quien sale con él —dice en voz baja.

—También corre el rumor de que Naomi Campbell es candidata al Nobel y nadie apuesta por ella —replico enojado.

Lauren estudia detenidamente a Alison mientras ésta consigue mantener la verticalidad en su pulso con el alcohol gracias al apoyo de Calvin Klein. Todos beben tequila Patrón, y en el centro del plato de Damien hay una botellita dorada medio vacía.

—Es como una tarántula —comenta Lauren en voz baja.

Alfonse sirve San Pellegrino en las copas nuevas que previamente ha repartido por toda la mesa.

—Cuando puedas, le traes otro D. Pepper Light —le digo señalando a Lauren.

—¿Por qué? —pregunta ella al oírme.

—Porque hay que hacer un esfuerzo de redefinición —digo—. Porque necesito que hagáis un esfuerzo de redefinición, y para eso os necesito sobrios. Por eso. Además...

En éstas noto que algo me sube por la nuca y me doy la vuelta para espantarlo, pero resulta que no es más que uno de los arreglos florales de Robert Isabell. Lauren me mira como si me hubiera vuelto loco y yo finjo estar mirando el punto en que las cejas de Mark Vanderloo no se juntan. Alguien dice: «¿Me pasas las patatas fritas?». Otra persona dice: «Eso no son patatas fritas». Me vuelvo de nuevo hacia Lauren, que sigue haciendo garabatos en la servilleta con los ojos entornados para mayor concentración. Distingo las letras W, Q, J y algo que podría ser una R. *We'll slide down the surface of things*. Damien presenta sus disculpas a sus compañeros de mesa y se dirige hacia mí con un habano entre los dedos.

—Lauren... —empiezo.

—Estás colocado —dice en un tono que me parece amenazador.

—Lo estaba. Ahora ya no. Ahora ya no lo estoy. —Pausa—. Ese tono me ha parecido amenazador.

Cuento hasta tres mientras evalúo la situación.

—¿Tienes tú algo? —pregunto—. ¿Has traído?

Lauren niega con la cabeza, se inclina hacia mí y, siempre con la sonrisa en los labios, me da un apretujón cariñoso en los huevos, recoge su servilleta, me da un beso en la mejilla y susurra: «Aún sigo enamorada de ti». Luego se aleja con delicadeza sin hacer caso de Damien, que intenta en vano detenerla porque ella se aleja grácilmente sin hacer caso de él y con una expresión en la cara que significa: «No me

toques».

Damien no sabe qué hacer. Masculla algo entre dientes, abre y cierra los ojos y, finalmente, ocupa la silla que Lauren ha dejado libre a mi lado. Ella, mientras tanto, se acerca a Timothy Hutton y lo saluda con excesiva confianza. Damien consume a toda prisa su habano sin poder apartar la vista de ellos. Yo aparto el humo con la mano y me arrellano en la silla sin molestarme en encender el mío.

Damien dice cosas como:

—¿No has tenido nunca ganas de esconderte debajo de una mesa y no volver a salir hasta al cabo de una semana?

—Yo llevo toda la noche empalmando un sobresalto con otro —admito—, y estoy hecho polvo.

—Creo que el local ha quedado muy bien —comenta él, y señala a su alrededor—. Lástima que la noche no haya ido mejor.

Todavía me lloran los ojos de resultas del apretujón de Lauren, pero a través de las lágrimas acierto a ver que está cerca de la silla que Damien ocupaba hasta hace un momento al lado de Alison, y de repente se me acelera el corazón, se me hace un nudo en la boca del estómago y noto un cosquilleo en las axilas. Lauren se contonea exageradamente y Alison sigue fumando como si no tuviera bastante con el colocón que lleva encima mientras charla animadamente con Ian Schrager y Kelly Klein. En éstas Damien vuelve los ojos en la misma dirección y ve que Lauren dice algo que provoca en Timothy Hutton una expresión de sorpresa y un ataque de tos. Una sigue hablando con David Geffen. Con la mirada encendida, Lauren se lleva la servilleta a los labios y la besa hasta humedecerla. Alison comenta algo en voz baja a Kelly Klein y yo, conteniendo la respiración, contemplo cómo Lauren se separa un poco de Tim y da una palmada en la espalda de Alison con la mano en la que lleva la servilleta. La servilleta se le queda pegada y Damien ahoga un grito.

En letras mayúsculas de un color violeta nada discreto aparece escrita la palabra:
ZORRA.

Alison levanta la vista un momento y aparta a Lauren.

Chloe, que contempla la escena a mi lado, también da un respingo.

Damien sale disparado hacia su mesa.

Lauren suelta una carcajada y se aleja de Tim Hutton, que, además de haberse quedado con la palabra en la boca, acaba de reparar en la servilleta pegada a la espalda de Alison.

En éstas Alison se lleva la mano a la nuca y, antes de que Damien pueda hacer nada por evitarlo, palpa la servilleta, la despega de su espalda y se dispone a examinarla. De pronto abre los ojos de par en par y suelta un grito estremecedor.

Lauren se dirige a la salida del comedor. Alison la ve y le lanza una copa que se hace añicos contra la pared. No contenta con eso, se levanta y echa a correr tras ella,

pero Lauren ya está subiendo las escaleras que conducen a una de las salas vip que aún permanecen cerradas.

Damien alcanza a Alison y la detiene. Durante el forcejeo, ella rompe a llorar y suelta la servilleta, que alguien recoge y conserva a modo de recuerdo. Yo ya estoy de pie y a punto de salir corriendo tras Lauren cuando Chloe me agarra del brazo.

—¿Adónde vas? —me pregunta.

—Voy a tratar de... arreglar este lío —contesto señalando con impotencia la puerta por la que Lauren acaba de desaparecer.

—Victor...

—Dime.

—Victor... —repite.

—Vuelvo dentro de nada. Veinte minutos —digo, y miro un reloj inexistente y otra vez a ella—. Menos. Diez.

—Victor...

—Cariño, necesita que le dé un poco el aire.

—¿En la sala vip? —pregunta—. ¿En la sala vip, Victor? ¿Va a darle mucho el aire en la sala vip?

—Vuelvo enseguida.

—Victor...

—¿Qué? —digo mientras intento zafarme de su presa.

—Victor...

—Es una emergencia —intento explicarle, e insisto en separarme de ella—. Habla con Baxter. Procurad que no llegue la sangre al río, que es lo mismo que voy a hacer yo.

—Me da lo mismo —dice entonces, y me suelta—. Me da lo mismo que vuelvas o que no. Ya no me importa ¿Lo entiendes?

Aturdido, contesto que sí con la cabeza y echo a correr.

—Victor...

We'll slide down the surface of things...

Encuentro a Lauren en la sala vip del último piso, la misma donde hace unas horas he estado entrevistando a posibles candidatos para DJ. Ahora sólo queda el barman, que está haciendo los últimos preparativos tras la barra de acero inoxidable. Es Holly quien me indica un mantel del que asoman los zapatos de tacón de Lauren, uno en su sitio, el otro colgando de un pie absolutamente apetecible. Sobre la mesa hay una botella llena de Stoli Cristall que desaparece al entrar en contacto con una mano misteriosa y vuelve a aparecer al cabo de breves instantes visiblemente diezmada. El zapato cae al suelo.

Indico al barman que nos deje solos. Holly se encoje de hombros y abandona la sala cerrando la puerta a sus espaldas. Suena de fondo una melodía agradable, puede

que el «Linger» de The Cranberries. De camino hacia el reservado donde se ha tumbado Lauren paso junto a la mesa de billar de anticuario que ocupa el centro de la sala y acaricio el suave fieltro verde con las manos. Sólo las velas, la iluminación tenue y rabiosamente actual y los fríos destellos de la barra de acero quiebran la oscuridad hasta que uno de los focos de la calle atraviesa los cristales, recorre la sala, desaparece y vuelve a aparecer al cabo de pocos segundos inundándolo todo de luz metálica.

—Mi psiquiatra lleva una diadema —dice Lauren sin abandonar su refugio bajo el mantel estampado—. Se llama doctora Egan y lleva una diadema de diamantes.

Tardo un minuto en contestar.

—Qué triste.

Lauren sale como puede del reservado, se agarra al borde de la mesa para no perder el equilibrio, sacude la cabeza para despejarse y ejecuta, torpemente unos cuantos pasos de baile sobre el suelo de cemento en dirección a la mesa de billar. Tiendo la mano para tocar el collar de perlas que lleva alrededor del cuello y en el que no había reparado hasta ahora, e intento seguir el ritmo con ella.

—¿Qué haces, Victor? —me pregunta—. ¿Bailar? ¿Llamas a eso bailar?

—No. Temblar. Estoy temblando.

—Vaya por Dios. No tiembles, corazoncito.

—Creo que esta noche tengo motivos de sobra para temblar —digo con voz cansada—. Creo que los temblores de Corazoncito están más que justificados.

—No lo entiendo —se queja sin dejar de bailar—. Cuando te conocí eras un chico tan tierno, tan guapo, tan normal... —Pausa larga—. Tan tierno.

Tras un minuto de silencio, carraspeo.

—Perdona, pero dudo que yo haya sido nunca ninguna de esas cosas. —Reconsidero mis palabras—. Excepto guapo, claro.

Lauren deja de bailar, reflexiona un momento.

—No me extrañaría nada que ésa fuera la primera cosa sincera que has dicho en tu vida.

—Lo de antes... ¿iba en serio? —pregunto de nuevo a oscuras—. Lo que has dicho sobre nosotros. —Pausa—. Ya sabes.

Le paso la botella. Lauren empieza a beber, pero después cambia de opinión y deja el vodka sobre la mesa de billar. La luz de los focos ilumina su rostro unos instantes. Tiene los ojos cerrados, el ceño fruncido y la cabeza vuelta un poco hacia atrás.

Se tapa la boca con una mano, una mano que enseguida se convierte en un puño cerrado.

—¿Qué pasa? —Retiro la botella fría de la mesa de billar para que no deje un cerco en el fieltro—. ¿Ya no puedes más?

Lauren me da la razón y acerca su cara a la mía. El sonido de los cláxones de las limusinas atrapadas en los atascos y el clamor incesante de la multitud llegan intermitentemente a nuestros oídos mientras damos tumbos por la sala en un abrazo que Lauren interrumpe cuando le susurro al oído: «Deja a Damien». Entonces se da cuenta de lo excitado que estoy.

—No es tan fácil —objeta de espaldas a mí.

—Te entiendo perfectamente —digo sin alterarme—. La lujuria siempre está al acecho, ¿verdad?

—No, Victor, no eso. —Carraspea, rodea sin prisas la mesa de billar. Yo la sigo—. Ojalá fuera así de fácil.

—Tienes... aura de estrella —insisto.

Lauren atiende a mi súplica y corre a refugiarse entre mis brazos. Está temblando.

—¿No crees que todo pasa por alguna razón? —pregunta con la respiración agitada, abrazándose a mí con fuerza—. Tengo mucho miedo —dice—. Tengo miedo por ti.

—Basta de dudas —le susurro al oído, con la cara escondida entre sus cabellos, mientras la voy llevando poco a poco hacia la mesa de billar—. ¿Sí? —digo en voz baja, y la beso en la boca, y le acaricio el vientre.

Ella se resiste de palabra, pero yo ya le he remangado el vestido, incapaz de controlarme. No me importa quién pueda vernos ni quién pueda entrar por la puerta en este momento en que sólo existe el presente. Salvo el obstáculo de su ropa interior con un dedo que se aventura primero hasta acariciarle el vello y luego hasta el interior de un pasadizo que se va humedeciendo. La presión aumenta y un segundo dedo acude en auxilio del primero. Lauren se adhiere a mi cuerpo y no quiere despegar su boca de la mía, pero yo la obligo a hacerlo para contemplar la expresión de su cara. Instantes después está sentada en la mesa con las piernas abiertas y en alto, rodeándome el cuello con las manos para atraerme hacia sí y con la boca pegada de nuevo a la mía. De pronto me doy cuenta de que los únicos jadeos que se oyen son los míos y veo que retrocede y dirige la mirada a un punto desconocido a mi espalda. Me vuelvo y, en la oscuridad de la sala vip, adivino la silueta de un hombre a contraluz sobre la vista de Union Square.

Lauren se separa de mí a toda prisa.

—¿Damien? —digo.

La silueta se acerca.

—Damien, oye... —digo, y empiezo a andar hacia atrás.

La sombra levanta una mano en la que parece sostener un periódico enrollado.

—¿Damien? —repito una y otra vez.

El mismo haz de luz de antes vuelve a recorrer la sala a cámara lenta e ilumina brevemente el rostro de la sombra. Boquiabierto y desconcertado, veo que Hurley

Thompson se abalanza sobre mí gritando: «¡Hijo de la gran puta!».

Su puño se abate sobre mi mandíbula sin darme tiempo a reaccionar. Mientras Lauren pide clemencia a gritos, yo logro protegerme la cara con los brazos, pero entonces Hurley cambia de táctica y empieza a castigarme el pecho y el estómago. Cuando por fin me desplomo sin aliento ni fuerzas para pedir ayuda, Hurley se agacha, me abofetea la cara con el periódico, me dice entre dientes al oído: «Sé lo que has hecho, cabrón. Sé lo que has dicho, imbécil de mierda». Luego se va, no sin antes propinarme un pisotón en la cara. Me incorporo como puedo y distingo la figura borrosa de Lauren junto a la puerta. Entonces veo que toca un interruptor y tengo que taparme los ojos para protegerme de la explosión de luz, y, cuando la llamo, no responde.

Las páginas desperdigadas a mi alrededor corresponden a la edición de mañana del *News*. En la que tengo más cerca, la que en estos momentos estoy manchando de sangre, está la columna de sociedad de Buddy Seagull encabezada por el titular HURLEY THOMPSON ABANDONA EL RODAJE DE *SUN CITY III* ENTRE RUMORES DE DROGADICCIÓN Y MALOS TRATOS y acompañada por una foto de Hurley y Sherry Gibson en «tiempos mejores». Cierra la columna el recuadro de la sección «¿Qué se traen entre manos?», que consiste en una foto con tanto grano que parece tomada con teleobjetivo en la que aparecen alguien que se supone que soy yo y Lauren Hynde dándose un beso en la boca con los ojos cerrados. El pie de foto informa en negrita de que se trata de «Victor Ward, el chico de moda, y la actriz Lauren Hynde, en actitud amorosa en un estreno». La sangre que me brota de las heridas de la cara sigue empapando el papel. Cuando por fin consigo levantarme, me acerco al espejo del bar e intento una cura de urgencia, pero después de tocarme la boca y peinarme con los dedos acabo con la frente llena de sangre. Entonces me limpio como puedo con una servilleta y bajo corriendo las escaleras.

We'll slide down the surface of things...

Los comensales han abandonado la primera planta y han sido sustituidos por otros invitados. Estiro el cuello buscando alguna cara familiar y en éstas aparece Jotadé y me lleva aparte.

—Suéltame —le digo en vano.

—Pero bueno, ¿qué te ha pasado en la cara? —me pregunta como si tal cosa, y me pasa una servilleta—. ¿Cómo te has manchado el esmoquin de sangre?

—Me he caído —contesto cabizbajo—, pero no es nada. Además, no es sangre. Es el lacito del sida.

Jotadé se estremece.

—Estamos al corriente de que Hurley Thompson acaba de vapulearte, con que no hace falta que...

—¿Dónde está Chloe? —pregunto, y estiro el cuello para intentar verla—. ¿Me

oyes? ¿Dónde está Chloe?

Jotadé respira hondo.

—No sabría decirte.

—¡Jotadé, no empieces con ésas! —le advierto.

—Yo sólo sé que Hurley Thompson le ha dejado un periódico en el regazo y le ha contado no sé qué al oído mientras ponía la mano en remojo en una cubitera. Y entre lo que él le ha contado y lo que ella ha leído en el periódico, al final... se le ha desencajado la cara.

Miro a Jotadé con los ojos abiertos de par en par y me pregunto en qué momento de los diez últimos segundos le he agarrado los hombros.

—¿Qué más? —pregunto sudoroso y sin aliento.

—Pues nada, que Chloe se ha ido a toda prisa, Baxter Priesdy ha echado a correr tras ella, y Hurley Thompson se ha encendido un habano con cara de satisfacción.

La alarma que me produce la noticia debe de notárseme en la cara, porque Jotadé me mira fijamente y susurra:

—Victor, por el amor de Dios...

—Es demasiado pronto para aventurar interpretaciones —lo interrumpo mientras me palpo el costado más castigado por los golpes de Hurley.

—No —me contradice—. Será pronto para ti. —Pausa—. Los demás lo tenemos muy claro.

—Como dice siempre Cindy Crawford...

—¿Y a quién coño le importa lo que diga o deje de decir Cindy Crawford? —grita—. ¡Pero de qué coño estás hablando!

Desconcertado, me lo quedo mirando un buen rato antes de apartarlo de mi camino. Las escaleras están llenas de invitados y fotógrafos que me ayudan a levantarme cada vez que tropiezo con uno de ellos. Cuando por fin llego a la planta baja, el aire está tan saturado de humo de tabaco y marihuana que no puedo respirar y tengo que abrirme paso a empujones. No veo bien, me molesta el volumen de la música —sobre todo en los acordes menores—, y el operador de Steadicam no logra mantenerme dentro de campo.

En la calle se ha formado tal hervidero de gente que resulta imposible distinguir ni una sola cara. La primera reacción de la multitud al verme salir es el silencio, pero pronto empiezan a gritar mi nombre y a exigir que les dejen entrar. Yo me mezclo con los exaltados y me abro paso entre ellos repitiendo tantas veces como hace falta «¿qué tal?», «permiso», «mil puntos por ese look» y «nada, nada, no pasa nada». Sorteado el laberinto de cuerpos, por fin encuentro lo que buscaba: Chloe. Baxter la sigue e intenta tranquilizarla, pero ella se lo quita de encima una y otra vez y se lanza contra los coches aparcados, indiferente al estrépito de las alarmas que se hacen eco de su furia. Yo contemplo la escena con la respiración entrecortada, muerto de miedo

pero también de risa.

Intento adelantar a Baxter para alcanzar a Chloe, pero él me oye llegar, se revuelve, me agarra por las solapas y me empuja contra la pared. Mientras yo veo impotente alejarse a Chloe, Baxter sonrío y se une al ruido del tráfico con sus gritos: «¡Fuera de aquí, Victor! ¡Déjala en paz de una vez!». Cuando Chloe se vuelve y me fulmina con la mirada, su paladín —que es más fuerte de lo que jamás habría imaginado— no logra disimular por completo su satisfacción. Chloe llora desconsoladamente e, incluso con Baxter interponiéndose entre los dos, me doy cuenta de que el disgusto ha hecho mella en su rostro.

—¡No soy yo, amor mío! —grito—. ¡No soy...!

—¡Victor! —me amenaza Baxter—. ¡Ya basta!

—¡Es un montaje! —insisto.

Chloe me mira fijamente hasta que yo me doy por vencido y Baxter deja de forcejear. Un taxi aminora la marcha cuando pasa junto a nosotros. Baxter se acerca a Chloe a paso ligero y la ayuda a subir al coche sosteniéndola por el brazo. Ella me dedica una última mirada y luego se derrumba en el asiento, triste, vulnerable, ausente. Lo último que veo antes de que se haga el silencio es la sonrisa burlona de Baxter, a quien parece haber divertido sobremanera todo lo sucedido.

Los abucheos de unas chicas asomadas a las ventanillas de una limusina me hacen reaccionar. Regreso al local a la carrera. Tras las vallas, los guardias de seguridad rugen órdenes a sus walkie-talkies. Me abro paso entre el gentío hasta llegar, casi sin aliento, al pie de las escaleras, y allí los porteros me ayudan a acceder a la entrada y a dejar atrás los gritos de decepción de los menos afortunados junto con el vapor que se desprende de los focos y se extiende hasta cubrir la multitud. Momentos después me encuentro pasando de nuevo a través de los detectores de metales y subiendo los varios tramos de escalera que conducen al despacho de Damien. Al llegar al segundo piso tengo el tiempo justo de esconderme detrás de una columna.

Damien acompaña a Lauren hasta una escalera privada que les permitirá salir a la calle por la puerta de atrás. Ella respira agitadamente e incluso me parece más delgada que hace un rato. Damien le habla sin parar y, a juzgar por el gesto atormentado de ella, sin darle ocasión de procesar lo que está diciendo; luego abre la puerta, sale al exterior con Lauren y vuelve a cerrar.

Yo regreso a la planta baja a una velocidad alarmante e intento abrirme paso de nuevo entre los invitados. Hay demasiada gente circulando, las caras se desdibujan y quedan reducidas a un perfil, alguien me regala flores, otros hablan por teléfono móvil, todos fundidos en una única masa alcohólica en movimiento. Mientras tanto, yo atravieso la oscuridad absolutamente sobrio, indiferente a la gente que pasa junto a mí siempre en busca de otro lugar.

Una vez en la calle vuelvo a atravesar la marea humana procurando alejarme de

todo aquel que grita mi nombre. Lauren y Damien suben a una limusina aparcada a lo que me parecen kilómetros de donde yo estoy. Aun así, grito: «¡Esperadme!». Luego sigo el coche con la mirada hasta verlo desaparecer en la niebla que cubre Union Square. Sólo el pequeño cataclismo que se está produciendo en mi interior en ese momento me ayuda a ver las cosas con mayor claridad.

Hace frío, todo parece descolorido y la noche desacelera de repente: el cielo se ha convertido en una imagen fija y borrosa. Me detengo un momento para comprobar si llevo encima algún cigarrillo y me vuelvo al oír que alguien me llama por mi nombre. Junto a una limusina aparcada en la esquina reconozco a Alison —sin asomo de compasión en su rostro— y, a sus pies, al Señor Chow y la Señora Chow. Los perros también se percatan de mi presencia y empiezan a tirar de las correas, a dar saltos y a morder el aire con la dentadura al descubierto. Yo me palpo el labio hinchado y la mejilla magullada como si fuera tonto. No se me ocurre qué otra cosa hacer.

Alison sonrío y suelta las correas.

6

El Florent: un restaurante barato del Meat-Packing District, de esos que abren las veinticuatro horas, lóbrego y angosto. Sentado en una de las primeras mesas, invadido por una sensación de suciedad, apuro la Coca-Cola que me he comprado de madrugada en no sé qué bar del East Village donde para colmo he perdido la pajarita. Tengo frente a mí un ejemplar del *News* abierto por la página correspondiente a la columna de Buddy Seagull, que leo por enésima vez a sabiendas de que no me dará ninguna pista de lo sucedido. A mi espalda, los técnicos instalan las luces de un rodaje que está a punto de empezar. A eso de las cuatro he intentado pasarme por casa, pero me lo ha desaconsejado la presencia de un joven muy guapo —de unos veinticinco o veintiséis años—, con un corte de pelo sospechosamente favorecedor, que fumaba con aire de llevar horas esperando. Sólo me ha faltado ver a otro tipo —un miembro del reparto con el que aún no había coincidido— montado en un jeep negro y hablando por teléfono para convencerme de que debía largarme. Bailey me trae otro frappuccino descafeinado. En el Florent hace un frío polar y, por más que soplo, cada vez que me despisto la mesa vuelve a aparecer cubierta de confeti. Lanzo sendas miradas recriminatorias al escenógrafo y a la script, que, lejos de dejarse

intimidar por ellas, me las devuelven. Suena de fondo una música típica de restaurante, y los minutos me parecen horas.

—¿Qué tal, hombre? —pregunta Bailey—. ¿Cómo va eso?

—Eh, ¿qué cuentas? —digo con voz cansina.

—¿Te pasa algo? —insiste—. Te veo un poco fastidiado.

Sopeso el comentario antes de preguntar:

—¿Te ha perseguido alguna vez un chow-chow?

—No sé, tío. ¿Qué es eso?

—¿Un chow-chow? Un perro con el pelo suave y un humor de mil demonios —le explico—. Los usaban en China para vigilar los palacios y todo eso.

—A ver, ¿me ha perseguido alguna vez un chow-chow? —se pregunta Bailey, desconcertado—. Pues no, no recuerdo haber entrado nunca en un palacio chino... —dice con una mueca burlona.

Cuento hasta tres.

—Anda, tráeme un zumo y un bol de muesli, ¿vale?

—En serio que se te ve hecho polvo.

—Estaba pensando... Miami —digo, y lo miro con los ojos entornados.

—Sí, señor Sol, caracolas, art déco, Bacardi, olas rompiendo en la playa —expone con un gesto alusivo—, reportajes de moda y Victor Ward causando sensación. Me parece muy bien.

Contemplo el tráfico matutino que circula por la calle Catorce. Carraspeo.

—O tal vez Detroit...

—El mundo es una selva —dice Bailey—. Aquí y en todas partes. Lo que yo te diga.

—¿Me traes el zumo y el bol de muesli?

—Tienes que aprovechar ese potencial, tío.

—Gracias por el consejo, pero no has tenido en cuenta un detalle.

—¿Cuál?

—Que eres camarero.

Leo las líneas finales de un artículo dedicado a las últimas máscaras de pestañas aparecidas en el mercado (Añicos y Cucaracha son los colores de la temporada), a los lapices de labios más de moda (Congelación, Asfixia, Hematoma) y a las lacas de uñas con más glamur (Sano, Moho), y me siento sinceramente impresionado por los avances de la cosmética. A mi espalda, una chica ataviada con una pamelita y un top bandeau escucha con los ojos muy abiertos a un tipo vestido con un traje hecho con piezas de armadura del siglo dieciséis que chasquea los dedos y farfulla: «Sí, hombre, éste...», y de pronto se acuerda del nombre que buscaba: «¡Ewan McGregor!». Después de eso ambos guardan silencio. El director se acerca a mi mesa y me dice: «Tienes que parecer más preocupado», la señal convenida que me advierte que ha

llegado el momento de salir del Florent.

Una vez en la calle, la luz —en parte artificial— me descubre de nuevo la ciudad. Las aceras de la calle Catorce están vacías, sin figurantes, y, por encima del ruido de un lejano martillo hidráulico, oigo a alguien canturreando «The Sunny Side of the Street». Alguien me toca el hombro, pero, cuando me vuelvo a mirar, no veo a nadie. Un perro pasa de largo a la cañera. Lo llamo, se para, me mira y sigue corriendo. Suena de fondo el «Disarm» de los Smashing Pumpkins, que hace de puente entre esta secuencia y la siguiente: el local que iba a abrir en TriBeCa. Entro en campo sin reparar en la limusina negra que comparte plano conmigo desde el otro lado de la calle, cuatro travesías más allá.

5

Una puerta se cierra de golpe a mi espalda, dos pares de manos me agarran de los hombros y yo doy con mis huesos en una silla que se encuentra en un espacio iluminado por una desconcertante luz negra. Poco a poco, sombras y siluetas cobran identidad: primero los dos esbirros de Damien (incluido Duke pero no Digby, que fue sustituido después de la escena del desayuno de ayer) y Juan, el portero de tarde del edificio del Upper East Side donde vive Alison; después Damien, que aparece cuando encienden el resto de los focos, fumando un Partagas Perfecto y vestido con unos vaqueros muy ceñidos, una camiseta con estampado geométrico, una camisa con estampado galáctico, un abrigo largo de Armani y botas de motero. Cuando me estruja la cara, sus manos frías actúan como un analgésico hasta que se empeña en echarme la cabeza hacia atrás como si quisiera partirme el cuello. Por suerte, uno de los gorilas —puede que Duke— interviene y Damien me suelta y empieza a entonar una especie de sonsonete. Una de las esferas que colgaban sobre la pista de baile yace hecha añicos en un rincón entre montañas de confeti.

—Tienes unos modales infernales —digo cuando me suelta, tratando de mantener la compostura.

Pero Damien no me escucha; se limita a andar de un lado a otro y a entonar esa especie de sonsonete. Aquí dentro hace tanto frío que su aliento forma una nubecilla cada vez que expulsa el aire de los pulmones. Cuando por fin se acerca de nuevo a la silla y se inclina amenazadoramente sobre mí —a pesar de no ser muy alto—, el

humo de su habano me irrita los ojos. Al cabo de unos segundos se cansa de contemplar mi expresión perpleja, sacude la cabeza en señal de desaprobación y retrocede unos pasos para seguir recorriendo la sala hasta haber tomado una decisión.

Sus esbirros y Juan me contemplan sin demostrar especial interés en mi persona, y yo sostengo sus miradas sin apenas desviar la vista. Están esperando a que Damien les indique cuándo deben empezar. Tenso los músculos, me preparo pata encajar los golpes y pienso: en la cara no, en cualquier sitio menos en la cara.

—¿Habéis leído el *Post* esta mañana? —pregunta a nadie en particular—. ¿Habéis visto ese titular que decía que Satanás se ha escapado del infierno?

Gestos y murmullos de asentimiento. Cierro los ojos.

—¿Sabes qué pienso cuando veo todo esto? —dice Damien, señalando a su alrededor—. ¿Quieres que te lo diga?

Niego con la cabeza sin querer hasta que me doy cuenta de mi error y digo que sí.

—Pues pienso: ¡Dios! El signo de los tiempos está a la espera.

No digo nada. Damien me escupe, me agarra la cara y me restriega la saliva por la nariz y las mejillas hasta que se me abre el corte que me hizo Hurley en el labio.

—¿Qué tal, Victor? —pregunta—. ¿Cómo te encuentras esta mañana?

—Un poco... raro —respondo, tratando de adivinar la respuesta correcta y echándome hacia atrás por si acaso—. Y bastante... patético.

—Un papel hecho a tu medida —se burla.

En estos momentos es un hombre furioso, violento, con las venas del cuello y de la frente a punto de estallar.

Me estruja la cara con tanta fuerza que sus manos ahogan mis gritos e incluso veo borroso. Cuando menos lo espero, sin embargo, me suelta y vuelve a deambular.

—¿Nunca se te ha ocurrido hacer examen de conciencia y decir: «Cuidado, que por ahí no vas bien»?

No contesto; bastante trabajo tengo con respirar.

—Supongo que no hará falta decirte que estás despedido.

Le doy a entender que no sin pronunciar ni una sola palabra. No imagino qué expresión debe de tener mi cara en este momento.

—¿Quién te has creído que eres? —pregunta aturdido—. ¿Una estrategia de venta? Te lo diré en pocas palabras: tu escala de valores no me convence.

Le doy la razón con un gesto. No estoy en condiciones de llevarle la contraria.

—En este negocio también existen el bien y el mal, Victor —continúa con la respiración agitada—. Y no sé por qué me da que tú eres incapaz de distinguirlos.

De repente, algo hace clic en mi interior.

—Ya vale, ¿no? —grito con la cabeza alta—. Lo que hay que aguantar...

A Damien no le molesta mi reacción: al contrario. Se lleva el habano a los labios y, mientras va dando vueltas a mi alrededor, va echando una calada tras otra en rápida

sucesión. El extremo del habano se enciende y se apaga al compás.

—A veces hasta en el desierto hiela —declama con voz pretenciosa.

—Te escuchamos, oh gran sabio —digo con desdén—. Santo Dios, lo que hay que oír...

Damien me abofetea una vez, dos veces, tres. No recuerdo que el guión dijera nada de un tercer bofetón. Duke es el encargado de pararle los pies.

—Yo aparco donde me da la gana, Victor —gruñe Damien—. ¡Pero también pago las multas cuando hace falta!

Damien se desembaraza de Duke y me pellizca la mejilla en el punto exacto en que Hurley me propinó el primer puñetazo hasta que le suplico a gritos que me suelte e intento apartar su brazo de mi. Cuando por fin lo hace, vuelvo a derrumbarme sobre la silla, frotándome la cara con una mano.

—No... —Intento recobrar el aliento—. No entiendo... no entiendo qué ha pasado. —Es todo cuanto tengo tiempo de farfullar antes de romper a llorar.

Damien me abofetea otra vez.

—Eh, tú, mírame.

—No tienes pelos en la lengua. —Jadeo, deliro—. Eso es digno de admiración. —Abro la boca y respiro hondo—. ¿Voy a la cárcel, verdad? Voy directamente a la cárcel.

Damien suspira, me mira, se pasa una mano por la cara.

—Haces lo imposible por parecer un tipo especial —dice—, pero en el fondo eres de lo más vulgar. —Pausa—. Eres un fracasado. —Se encoje de hombros—. Un blanco fácil.

Trato de levantarme, pero Damien me obliga a sentarme de nuevo de un empujón.

—¿Te la has tirado? —pregunta de repente.

Se me hace muy difícil contestar porque no sé de quién está hablando.

—¿Te la has tirado? —insiste sin perder la calma.

—Me acojo a la Quinta Enmienda, o sea que no pienso declarar contra mí mismo —farfullo.

—¿Qué has dicho, mamón? —ruge.

Los dos gorilas se abalanzan sobre él para evitar que se líe a puñetazo limpio conmigo.

—¡La foto es un montaje! —grito—. ¡No lo parece, pero te juro que lo es! El de la foto no soy yo. La han retocado.

Damien se lleva la mano al bolsillo del abrigo de Armani y deja caer sobre mí un fajo de fotografías, una lluvia de papel que me obliga a encoger la cabeza. Una de las instantáneas aterriza boca arriba en mi regazo; el resto se esparce por el suelo. En todas aparecemos Lauren y yo haciendo el amor. En algunas se distingue incluso el brillo de nuestras lenguas entrelazadas.

—¿Qué...? ¿Qué son estas fotos? —pregunto.

—Quédátelas, de recuerdo.

—¿Qué son? —insisto.

—Los originales, imbécil —contesta Damien—. Los han mirado con lupa y no están retocados... imbécil.

Damien se dirige al otro extremo de la sala. Más tranquilo, cierra un maletín y consulta el reloj.

—Ni que decir tiene que no abrirás este local —me informa—. Los socios capitalistas ya han dado su opinión al respecto. Nos hemos ocupado de Bean y también hemos despedido a Jotadé. A causa de su desafortunada colaboración contigo, no le será posible volver a trabajar en Manhattan.

—Venga ya, tío —digo en voz baja—. Jotadé no ha hecho nada malo.

—Tiene sida —dice Damien mientras se calza un par de guantes de piel de color negro—. Así que, de todas maneras, no durará mucho.

Damien se da cuenta de que me he quedado petrificado.

—Es una enfermedad de la sangre —dice—. Una especie de virus. Seguro que has oído hablar del tema.

—Sí, claro —digo sin demasiado convencimiento.

—He fichado a Baxter Priestly —me comunica antes de marcharse—. Se diría... —agacha la cabeza para dar con la expresión justa— hecho a propósito, ¿verdad?

Juan se encoge de hombros y sigue a Damien y a sus esbirros hasta la calle. Una vez solo, recojo una de las fotografías del suelo y le doy la vuelta con la esperanza de que el reverso esconda alguna pista. Nada. No puedo más. La cabeza me da vueltas.

—Mierda, mierda, mieeerdá —digo mientras me acerco a un fregadero polvoriento situado cerca de donde habría estado el bar.

Espero a que el director grite «¡Corten!» en cualquier momento, pero, aparte de la limusina de Damien que se aleja de TriBeCa, sólo oigo los crujidos que provocho yo mismo al pisar los restos de la esfera hecha añicos, unos cascabeles que no figuraban en el guión y el zumbido de una mosca que estoy demasiado cansado para espantar.

4

Una cabina telefónica en Houston Street, a tres manzanas del apartamento de

Lauren. Pasan varios figurantes, rígidos y mal dirigidos. Una limusina sigue su camino hacia Broadway. Mastico un Mentos.

—Hola, nena, soy yo —digo—. Necesito verte.

—Imposible —dice, y añade menos tajante—. ¿Quién es?

—Voy para allá.

—No me vas a encontrar.

—¿Por qué no?

—Dentro de una hora o así me voy a Miami con Damien —responde—. Estoy haciendo el equipaje.

—¿Qué hay de Alison? —pregunto—. ¿Qué pasa con su prometida? —insisto—. ¿Eh?

—La ha dejado. Por lo visto la tía quiere llevar el caso a los tribunales —comenta—. ¿No te parece increíble? A mí no, la verdad.

Mientras proceso toda esta información, el cámara me distrae dando vueltas alrededor de la cabina y se me olvida el diálogo. Decido improvisar y, para mi sorpresa, el director no me llama al orden.

—¿Y si...? ¿Y si quedamos cuando vuelvas? —pregunto tentativamente.

—A la vuelta me toca rodar exteriores —explica como si fuera la cosa más normal del mundo—. En Burbank.

—¿De qué película? —le pregunto, y me tapo los ojos con una mano.

—Me han dado el papel de genio chillón en *Aladino y Roger Rabbit*, la última de Disney con actores de carne y hueso. La dirigirá... ¿cómo se llama? Ah, ya, Cookie Pizarro. —Pausa—. En la CAA dicen que puede ser mi salto a la fama.

No sé qué más decir.

—Dale recuerdos a Cookie de mi parte. —Suspiro—. Oye, en serio. Voy para allá.

—No puede ser, cielo —dice con voz dulce.

—Eres imposible —protesto entre dientes—. Ven tú a verme a mí, entonces.

—¿Dónde estás?

—En una suite de lujo del SoHo Grand.

—Parece territorio neutral... pero no.

—Lauren... ¿qué hay de lo de anoche?

—¿Quieres que te dé mi opinión?

Sigue una pausa larga a la que estoy apunto de poner fin porque ya me acuerdo del diálogo cuando Lauren se me adelanta.

—Opino que no deberías esperar demasiado de la gente. Opino que estás acabado y que la culpa es tuya y de nadie más.

—Últimamente he estado sometido a una gran presión —me justifico tratando de aguantar el tipo—. Un tropezón lo tiene cualquiera.

—Tú no has tropezado, Victor —replica ella—. Tú te has caído con todo el equipo.

—¿Lo dices tan alegremente?

—Así es como se dicen las cosas cuando no te importan —dice—. Me extraña que te sorprenda precisamente a ti.

Cuento hasta tres.

—No me das muchos ánimos...

—Hablas como si te hubieras hecho un piercing en la lengua —dice aburrida.

—Tú, en cambio... irradian glamur incluso por teléfono —farfullo mientras introduzco otra moneda en la ranura.

—¿Sabes qué pasa, Victor? —dice—. Que vas por el mundo sin enterarte de nada, y eso no puede ser.

—Los de la foto no somos nosotros —reacciono de pronto—. No sé quién ni cómo... pero no somos...

—¿Estás seguro? —me interrumpe.

—¡Lauren! —protesto en mi tono más agudo de voz—. ¿Qué te pasa? Santo Dios, el mundo se viene abajo y tú me hablas como si...

—Estoy segura de que un día te despertarás y lo entenderás todo de repente —dice—. No pondría la mano al fuego, pero estoy casi segura de que, al final, acabarás entendiéndolo.

—Santo Dios, Lauren, lo dices como si fuera una sorpresa y no quisieras estropeármela.

—Victor... —Suspira—. Bueno, tengo que colgar.

—No soy yo, Lauren —insisto—. Puede que seas tú, pero desde luego no soy yo.

—Pues se te parece mucho. Además, el periódico dice que sí lo eres.

—¡Lauren! —grito asustado—. ¿Qué significa todo esto? ¿De dónde demonios ha salido esa foto?

—Victor —continúa Lauren sin perder la calma—, no volveremos a vernos. No volveremos a hablar. Esta relación ya es agua pasada.

—¡Cualquiera diría que acabas de completar una misión! —grito.

—Me confundes contigo —dice severa.

—Te lo pido por lo que más quieras —suplico al límite de mis fuerzas—. Déjame verte.

—Confía en mí —dice ella—. No te conviene verme.

—Por el amor de Dios, Lauren... ¡se hace las camisas a medida!

—Me trae sin cuidado —replica—. Esos detalles sólo te importan a ti. A nadie más se le ocurriría valorar a la gente por ese tipo de cosas.

Cuento hasta diez antes de seguir.

—Supongo que te habrás enterado de lo de Mica.

—No. ¿Qué? —pregunta sin el más mínimo interés.

—La han asesinado —digo mientras me limpio la nariz.

—Yo no lo llamaría un asesinato —me corrige con cautela.

Otra pausa larga.

—¿Ah, no? ¿Cómo lo llamarías, entonces? —pregunto.

—Una declaración de principios —contesta ella en tono solemne, dando a su respuesta un sentido más profundo del que soy capaz de captar.

—Lauren, por favor —susurro—. Lo que hay que oír.

Y cuelga.

La cámara deja de rodar el tiempo que tarda la maquilladora en aplicarme un par de lágrimas de glicerina. Tal como había hecho en los ensayos, cuelgo el auricular de manera que se me escape de la mano y se columpie unos segundos del cable. Luego lo recupero y, con cuidado, lo cuelgo de la horquilla y me la quedo mirando. La toma se da por buena y pasamos a rodar la secuencia siguiente.

3

Para mi sorpresa, Chloe indica al portero que me deje subir. Ahston, por órdenes del director, ya me ha puesto al corriente de la historia y estoy a punto para rodar la próxima escena, que, básicamente, tiene que ver con que Chloe se ha saltado los pases que tenía para hoy y se ha armado un follón de órdago. *Hard Copy*, *Inside Edition*, *A Current Affair*, *Entertainment Tonight* y *Nightline* llevan toda la mañana llamando, y por eso se ha decidido que Chloe vaya a pasar quince días al centro Canyon Ranch en compañía de Baxter Priesdy. El director, que ya está hasta las narices de mí, aprovecha el trayecto en ascensor para decirme que ponga cara de angustiado, y yo lo intento, pero a lo más que llego es a parecer ligeramente alicaído. Cuando vuelvo la vista hacia la cámara, el operador enfoca hacia arriba y me sigue a través de las puertas abiertas mientras yo penetro en la oscuridad del corredor que conduce al loft de Chloe.

Dentro del apartamento hace un frío polar, incluso con todas las luces encendidas. Las ventanas están sepultadas bajo grandes placas de hielo y también hay escarcha sobre los armarios de la cocina y la gran mesa baja de cristal, y charcos de agua en el suelo. El teléfono no para de hacer ruido, lo mismo que el televisor. Cuando entro en

el dormitorio para apagarlo, están pasando el anuncio del programa de Patty Winters de esta tarde: la presentadora sostiene en brazos a un niño de cuatro años con graves malformaciones mientras suena de fondo «From a Distance» de Bette Midler. Se acaba el intermedio y aparece el personaje de una telecomedia diciendo a otro: «Qué desagradable». Me dirijo a cámara lenta hacia el baño, pero Chloe no está. La bañera está llena de espuma, y en el lavabo, al lado del artilugio que usa Chloe para blanquearse los dientes, hay dos envases vacíos de helado Ben & Jerry's Chubby Hubby y un espejo de mano que me hace temer lo peor pero que no llego a ver de cerca porque en ese preciso instante, mientras el teléfono sigue sonando, oigo que Chloe entra en el dormitorio y doy media vuelta.

Lleva el móvil pegado a la oreja, está escuchando lo que sea que le cuenta su interlocutor, y parece más entera de lo que esperaba. Me ve, se dirige hacia la cama —donde reposa el juego de maletas Gucci que Tom Ford le envió como regalo de cumpleaños—, dice algo que no llego a oír al auricular y cuelga. Considero la posibilidad de abrir los brazos y decir: «¡Tachán!». En vez de eso, pregunto: «¿Quién era?». Cuando me doy cuenta de que el teléfono no es el suyo, añado: «Ese teléfono no es tuyo».

—Es de Baxter —explica—. Me lo ha dado. —Pausa—. Como al mío no me puedo poner...

—Cariño —digo—, ¿te encuentras bien? —Pienso en el espejo que acabo de ver en el cuarto de baño y me pregunto si había algo en él—. ¿No habrás vuelto a...? —No me atrevo a formular la pregunta completa.

Chloe tarda unos segundos —más de los previstos— en entender a qué me refiero, y sólo entonces responde: «No, Victor, no». No obstante, advierto en ella una especie de estremecimiento que me deja más bien inquieto.

El teléfono suena una y otra vez y Chloe saca un jersey tras otro del armario para irlos colocando en las maletas abiertas. Sus movimientos son lentos, pausados, concienzudos, como si respondieran a un plan preconcebido. Ni siquiera mi presencia parece distraerla de su objetivo. De pronto, sin embargo, se detiene, suspira y se vuelve hacia la enorme butaca blanca en que estoy arrellanado. En la pared de enfrente hay un espejo donde me veo reflejado, tembloroso pero no tan magullado como temía.

—¿Por qué? —me pregunta Chloe, mientras el teléfono sigue sonando a modo de recordatorio.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué, Victor?

—Cariño... —digo con las manos en alto, apunto de darle una explicación—. Tú eres... Tú sabes... Tú me inspiras.

—Quiero una respuesta —exige ella sin perder la calma—, no una asociación de

ideas. Explícame por qué.

Proceso sus palabras.

—Te entiendo, te entiendo.

—Si fueras capaz del más mínimo sentimiento... —me recrimina con un suspiro mientras regresa a su labor.

—Cariño, por favor...

—¿Por qué, Victor? —insiste.

—Cariño...

—No pienso llorar. Ya he llorado bastante esta noche —dice—. No pienso darte el gusto de verme llorar, conque ya puedes ir contestando sin miedo.

—Aún no... Aún no... —Suspiro y vuelvo a empezar—. Cariño, lo que ha pasado...

—Nunca respondes a lo que se te pregunta si puedes evitarlo, ¿verdad?

—Esto... —La miro desconcertado—. ¿Qué me habías preguntado?

Chloe coloca varias braguitas y camisetas en un rincón de la maleta grande. Luego enrolla el cable de un secador de pelo alrededor del mango y lo mete dentro de una bolsa más pequeña.

—Me ha llevado mucho tiempo estar a gusto conmigo misma —dice al pasar junto a la butaca—, y no estoy dispuesta a desandar lo andado por tu culpa.

—Pero si tú nunca te has gustado —objeto, y lo subrayo con un gesto de la cabeza—. En el fondo, nunca te has gustado —repito, y luego añado—: Cariño, haz el favor de no dar más vueltas.

Suena el móvil de Baxter, Chloe lo recoge de donde lo había dejado —encima de la cama— y escucha lo que le dicen sin apartar los ojos de mí hasta que me da la espalda y la oigo decir:

—Sí, sí, vale... Estaré lista, sí... Sólo tengo que ver a una persona... De acuerdo, gracias... ¿Hugh Grant y Elizabeth Hurley? De acuerdo, muy bien... No, no, estoy bien... Sí, está aquí... No, no, no, estoy bien, no hace falta... De verdad... Venga, hasta luego.

Chloe cuelga, se va derechita al cuarto de baño, entra y cierra la puerta. La oigo tirar dos veces de la cadena antes de volver a salir. Quiero preguntarle quién llamaba para obligarla a pronunciar su nombre, aunque sé de sobras quién era y, en el fondo, no me apetece nada oírla pronunciar su nombre.

—¿Y bien? —insiste—. ¿Vas a explicarme por qué ha pasado lo que ha pasado o no?

—Porque... —Trago saliva—. No es fácil de explicar, ¿sabes? Tú ya me... Sé lo que sé. Nada más. Soy... lo que soy —declaro con la esperanza de que sea una explicación válida.

—Lo que sabes no sirve para nada —replica ella—. Lo que sabes no sirve para

nada.

—Santo Dios... —Suspiro.

—Fíjate en la vida que llevas, Victor. Así no vas a ninguna parte. Conoces a chicas que se llaman Vagina...

—Cariño, no se llama Vagina, se llama Yanni. Yo no tengo la culpa de que eso signifique «vagina».

—¿En cuántos reservados de cuántos locales nocturnos piensas sentarte en toda tu vida? —pregunta—. Cada vez que vamos al Bowery Bar, al Pravda, al Indochine o adonde sea no haces otra cosa que quejarte. —Una pausa para darme la ocasión de defenderme—. Pero sigues yendo cuatro veces a la semana.

—Cariño, estoy muy cansado.

—No, lo que estás es enfermo —dice, y se queda mirando el equipaje con los brazos en jarras—. Tienes el alma enferma.

—La culpa es... —Levanto la vista hacia ella, aturdido—. La culpa la tiene una cocaína un poco chungueta que... —Suspiro y me doy por vencido—. En fin, no tiene importancia.

—Para ti nada la tiene.

—Oye, ¿qué pasa? ¿Por qué todo el mundo se mete conmigo últimamente?

—Porque te pasas el día tratando de impresionar a gente que te tiene impresionado a ti. Por eso.

—¿Y por qué iba a querer impresionar a gente que a mí ni me va ni me viene?

—Porque la gente a quien tratas de impresionar no se lo merece.

Proceso las últimas palabras de Chloe y luego carraspeo.

—En este momento estoy un poco... hecho un lío —me quejo.

—Vas detrás de gente que pasa olímpicamente de ti.

—Pero qué dices... —protesto—. Fingen que pasan olímpicamente, pero en el fondo...

Chloe me ataja con una mirada de total incredulidad.

—Victor, ¿has oído lo que acabas de decir?

Yo me limito a encogerme de hombros.

—Mira, ya sé que te resulta difícil aceptar los hechos, pero... ¿no va siendo hora?

—Cierra la cremallera de una de las bolsas y se concentra, en la siguiente.

—Cariño, esta semana ha sido la más difícil de toda mi vida. —Respiro hondo—. Me da miedo...

—En qué mundo tan pequeño vives —se lamenta, y me desautoriza con un gesto de la mano.

—No, lo digo en serio. Yo también estoy harto de todo esto, cariño —aseguro, y me incorporo a pesar de que me cuesta respirar—. Estoy harto de ser simpático con gente que me odia o que... o que quiere verme muerto o que...

—¿En serio creías que ibas a salirte con la tuya? —me interrumpe.

Suspiro y espero un poco antes de preguntan.

—¿Y por qué no?

Chloe me mira fríamente.

—La gente hace cosas más difíciles —mascullo.

—Ya, pero es que por lo general la gente es más lista que tú —me espeta—. Por eso. Porque lo que sabes no sirve para nada y porque todo el mundo es más listo que tú.

—Oye, lo de la foto... No sé de dónde ha salido, pero no es verdad. Yo nunca...

—¿Tú nunca qué? —pregunta Chloe, mostrando gran interés.

—La foto —insisto—. No es verdad.

—Entonces, ¿nunca te has acostado con Lauren Hynde? ¿Nunca has intentado ligarte a Lauren Hynde? ¿Es eso?

Proceso la pregunta, la reconstruyo y, finalmente, digo:

—Lo que quiero decir es que...

Chloe se aleja.

—A lo mejor eres otra persona cuando yo no estoy. Quién sabe.

Gesticulo sin parar, intento explicarme, construir una frase.

—¿No has...? ¿No has hablado con Lauren? ¿No te lo ha explicado ella? —pregunto, esperanzado.

—No —contesta—. Y no es que me caiga mal, pero no quiero volver a verla nunca más. —Chloe consulta el reloj y farfulla una palabrota inaudible.

Me levanto como puedo de la butaca y me dirijo al cuarto de baño, donde Chloe está colocando frascos llenos de cremas, aceites y polvos varios en otra bolsa Gucci. Veo que el espejo que había sobre el lavabo ha desaparecido, pero distingo claramente una cuchilla y una cánula transparente junto a un frasco de perfume.

—¿Qué quieres? —pregunta de repente, mirándome—. ¿Por qué no te has largado ya?

—Porque... —Esbozo una sonrisa triste—. Porque eres... mi pareja ideal.

—Tu pareja ideal es un espejo.

—Tal vez... —Titubeo—. Tal vez si no esperaras tanto de mí, no te sentirías tan... decepcionada —admito por fin, y luego, al ver la imagen de Chloe reflejada en el espejo, añado—: No llores.

—Pero si no estoy llorando —replica, sorprendida—. Sólo es un bostezo.

Ya en el vestíbulo, camino de la calle, mientras arrastro los pies aturdido sobre el pavimento de mármol, veo a Tristan, un ex modelo reciclado en camello, hablando con Ashton. Tristan es una de esas personas que actúan como un imán y eso explica que, a pesar de no estar en mi mejor momento, reaccione a tiempo de saludarlo con un apretón de manos y consiga darle conversación (sin hablar de la columna de

Buddy Seagull, las manchas de la camisa, la herida de la ceja ni ningún otro tema delicado), decirle lo mucho que me gusta su corte de pelo (y a él el mío) y recomendarle un par de películas extranjeras y un grupo nuevo de Nevada («el estado de moda», me asegura él).

Antes de salir a la calle, al pisar el primer escalón, me doy la vuelta y veo que Tristan entra en el ascensor. Me dan ganas de preguntarle a qué piso va y comprarle un par de gramos, pero entonces sumo dos y dos y me da un ataque de pánico. Tristan me ve en el portal y me saluda con la mano justo antes de que se cierren las puertas del ascensor. Una imagen escalofriante cruza mi imaginación: Chloe en una ambulancia, otro centro de desintoxicación en algún rincón perdido del desierto, otra serie de intentos fallidos de suicidio seguidos por un último intento no fallido.

—¡No! —grito, y trato de llegar al ascensor, pero varios miembros del equipo me retienen por la fuerza—. ¿Por qué, por qué, por qué? —repito—. Esto no estaba en el guión... —protesto, y finalmente me desplomo. Uno de los técnicos me ayuda a sentarme en los escalones mientras yo sigo gritando—. No lo entendéis, no lo entendéis...

De repente veo al director arrodillado a mi lado, diciendo amablemente a dos miembros del equipo que hagan el favor de soltarme y tratando de tranquilizarme:

—Ya está, ya está... Chiss...

Tiemblo tantísimo que el director tiene que sujetarme la cara con las manos para poder hablar conmigo.

Lo que me dice puede resumirse en una única pregunta:

—¿De verdad quieres volver a subir?

Sigo estremeciéndome de tal manera que me resulta imposible articular una respuesta.

—¿De verdad quieres volver a subir? —repite—. ¿Te parece que eso es lo que haría el personaje?

Tengo el pulso tan acelerado que me cuesta respirar. Poco a poco, me voy quedando solo.

Al cabo de lo que me parecen varias horas, el impulso de regresar al apartamento empieza a remitir (en el fondo, era de esperar) y me levanto. Por encima del ruido de las obras y del tráfico sigo oyendo cascabeles. Alguien de vestuario me cepilla la chaqueta mientras bajo los últimos escalones que me separan de la acera y del sedán negro que me llevará de vuelta a mi apartamento, donde mi punto de vista por lo que respecta a este proyecto ganará, si no en claridad, al menos sí en perspectiva.

2

Delante de mi portal me encuentro a la reportera del *Details* jugando al tejo. Lleva un mono de color verde lima, chaqueta de cuero blanco, playeras con plataforma y trenzas sujetas con pasadores de plástico. Está marcando un número en su teléfono móvil, y la laca marrón que lleva en las uñas está pidiendo a gritos un repaso. Paso a su lado sin decirle nada, con cuidado de no tropezar con los restos de mi Vespa, que yace hecha un amasijo de hierros junto a la basura. Llevo puestas las gafas de sol y un cigarrillo colgando del labio.

—Eh, ¿no teníamos una cita esta mañana? —dice, y desconecta el teléfono.

Me pongo a buscar las llaves sin dignarme siquiera contestar.

—Bueno, de todas formas han cancelado el reportaje.

—¿Y has venido a decírmelo en persona? —Por fin encuentro las llaves—. Qué impresión.

—¿No te importa? —pregunta.

Suspiro y me quito las gafas.

—¿Qué opinión te habías formado de mí?

La reportera agacha la cabeza en un gesto que no deja lugar a dudas, examina la acera, entorna los ojos y, al final, vuelve a mirarme.

—Me habías parecido prácticamente inescrutable —contesta fingiendo un acento británico.

—Tú, en cambio, me habías parecido un batiburrillo de banalidades —replico con el mismo acento postizo.

Abro la puerta y entro. La reportera se encoge de hombros y se va.

Al llegar a la puerta me encuentro con una notificación de desahucio. La arranco, y me vuelvo hacia el director.

—Lo que hay que aguantar —digo con los ojos casi en blanco.

En cuanto pongo los pies en el interior de mi apartamento el teléfono empieza a sonar. Me desplomo rendido sobre mi butaca-puf, descuelgo el auricular y bostezo.

—Victor al habla. ¿Qué hay?

—Soy Palakon —anuncia una voz decidida.

—Me pillas en un mal momento, Palakon. Si...

—Encima de la mesa de la cocina encontrará un sobre de papel marrón —me interrumpe—. Ábralo.

Me vuelvo hacia la mesa de la cocina y, efectivamente, veo un sobre.

—Muy bien —digo—. Ya estoy abriendo el sobre de marras.

—Señor Johnson —dice Palakon enfurruñado—, levántese y vaya a buscar el sobre, por favor.

—Caramba —exclamo impresionado.

—Quiero que se lleve ese sobre a Londres cuando vaya a buscar a Jamie Fields —dice Palakon—. Le he reservado un camarote de primera clase en el *Queen Elizabeth II*, que zarpará del puerto de Nueva York a las cuatro de esta tarde. Los pasajes están en el sobre que encontrará en la mesa de su cocina junto con...

—Espera, espera —lo interrumpo—. Un momento.

—¿Sí? —pregunta Palakon muy educadamente.

Tardo un buen rato en asimilar toda esta información.

—Ya puestos, ¿por qué no me compraban un pasaje para el Concorde, joder?

—Le he reservado un camarote de primera clase en el *Queen Elizabeth II* —repite Palakon sin inmutarse—, que zarpará del puerto de Nueva York a las cuatro de esta tarde. A la una y media pasará un coche a recogerle. Los pasajes están en el sobre, junto con diez mil dólares en efectivo en concepto de... gastos.

—¿Tengo que guardar los comprobantes?

—No. No se preocupe por eso.

—Genial.

—Volveré a ponerme en contacto con usted una vez que haya embarcado. Y no olvide llevar consigo el sobre. Es muy importante.

—¿Por qué? —pregunto.

—Porque contiene todo lo que puede hacerle falta.

—Es un sobre muy bonito —comento.

—Gracias.

—Palakon, ¿cómo has sabido que podría irme hoy mismo?

—Después de leer el *News* —dice—, era fácil suponerlo.

—Oye...

—Ah, otra cosa —dice Palakon antes de colgar—. Llévese también el sombrero. Cuento hasta tres antes de preguntar:

—¿Qué sombrero?

—Lo sabe de sobra.

Y cuelga.

1

—Tienes aptitudes —dijo Jamie.

Estábamos holgazaneando en un flashback de la época de Camden, sentados en una mesa del local estudiantil compartiendo un Molson, con las gafas de sol puestas, los ojos vidriosos y una naranja pelada —pero, por lo demás, intacta— entre los dos. Ya habíamos leído el horóscopo, y yo llevaba una camiseta que decía NULLA DIES SINE RAYA, y estaba esperando el momento de poder sacar mi ropa de la secadora. Jamie olía una orquídea tailandesa que le había enviado un admirador secreto y, cuando se cansaba, jugueteaba con un lápiz, y viceversa. Oíamos heavy-metal de fondo —Whitesnake o Glass Tiger—, pero no sabíamos de dónde salía y nos estaba volviendo locos. El tipo que le pasaba el material a Jamie no volvería hasta el martes siguiente, de modo que ciertos acontecimientos nos dejaban de lo más fríos, y el cielo se iba ensombreciendo.

Estábamos holgazaneando en el local estudiantil, y habíamos estado hablando de lo superficial que era todo el mundo, al tiempo que pasábamos revista a todos los personajes superficiales con los que nos habíamos enrollado, y entonces Jamie vio a alguien que le caía fatal o que se había acostado con ella (ambos casos solían pertenecer a la misma categoría) y me dio un beso en la boca sin darme tiempo siquiera a decir: «Eh, ¿qué pasa?». El chaval en cuestión, Mitchell, pasó de largo. A Jamie no le bastaba con llevar dos semanas follando conmigo: también quería que el resto del mundo lo supiera.

—Menuda paliza me he dado esta noche —comenté mientras me desperezaba con un bostezo.

—Total —dijo ella.

—A ver si nos cortamos el pelo —dije en voz baja a un chaval con coleta que pasaba por allí.

Jamie se fijó en un empleado de mantenimiento que en aquel momento estaba podando un rosal y se relamió con expresión traviesa.

Tenía las uñas muy largas, y siempre las llevaba pintadas con esmalte de color blanco. Le gustaba empezar las frases con las palabras: «En contra de lo que se suele creer...», y no soportaba que los chicos llevaran gorras de béisbol, aunque ella sí podía llevarlas cuando consideraba que su pelo no estaba a la altura de las circunstancias o cuando la resaca le impedía lavárselo. Sus otras fobias en materia de hombres eran más o menos las que cabía esperar: que hablaran como raperos, que llevaran los eslips —una modalidad de ropa interior que ya de por sí aborrecía— manchados de semen o de orina, que fueran mal afeitados, que dejaran chupetones y que llevaran libros a la vista («Ni que esto fuera Yale, por favor»). No era una maniática de los condones, pero sabía —gracias a no sé qué acuerdo con una enfermera lesbiana del servicio médico que bebía los vientos por ella— qué alumnos tenían herpes, o sea que no había ningún problema. Shakespeare la «ponía de los nervios».

Cada vez que yo le decía que no me interesaba meterme en una relación sería ella me miraba como si me hubiera vuelto loco, como si de todos modos fuera incapaz de mantenerla. Le decía que su compañera de habitación era muy guapa y luego le soltaba monólogos interminables sobre mis ex novias, sobre todas las animadoras con las que me había acostado y sobre una prima a la que había metido mano en una fiesta en Virginia Beach. O, sino, me ponía a presumir de la cantidad de dinero que tenía mi familia, e incluso entonces, para conservar su atención, tenía que exagerar las cifras, a pesar de que ella sabía perfectamente quién era mi padre porque lo había visto en la CNN. Me perdonaba mis muchos defectos porque «al menos era guapo».

Al principio se mostró tan distante y hermética que tuve ganas de saber más de ella. Envidiaba su vacuidad, que me parecía el polo opuesto a la indefensión, el deterioro, el deseo, el sufrimiento y la vergüenza. Pero Jamie nunca estaba contenta con nada, y en cuestión de días nuestra relación alcanzó un punto en que a ella ya no le importábamos ni yo ni mis pensamientos o deseos. Yo intentaba hacerla reaccionar en la cama, me esforzaba lo indecible porque alcanzara el orgasmo, e invertía tanta energía en conseguirlo que, mientras retozábamos en el suelo sobre un colchón, rodeados de los libros que ella había robado en la biblioteca y del par de revistas pornográficas que yo había comprado y que los dos habíamos utilizado para masturbarnos, a menudo la oía gritar, empapada en sudor y con la cara congestionada. La llamaban a todas horas: cuando no la llamaba su gestor, era su terapeuta, y, cuando no la llamaba ninguno de los dos, era una prima suya que se había perdido en Ibiza. Manteníamos tristes conversaciones sobre lo mucho que ella odiaba a su madre y lo mucho que le habría gustado que ya hubiera muerto, como la mía. Yo fingía interés y la trataba con consideración porque sabía que su primer novio había muerto en un accidente de circulación cuando volvía de ponerle los cuernos con otra en un refugio de montaña de Brattleboro. «Era tan raro que prefiero no hablar del tema», me decía al cabo de una hora o de setenta minutos de monólogo, o a veces incluso de ochenta.

Una limusina aparcó junto a una de las residencias. Un grupo de novatos tomaban el sol bajo el cielo plomizo tendidos sobre un colchón propiedad de Booth House, una residencia adyacente al local estudiantil. Alguien acababa de poner la espita a un barril y todo el mundo iba en aquella dirección. El viento arrastraba las hojas secas y hacía que Jamie y yo nos fijáramos en lo desnudas que iban quedado las ramas. El televisor de pantalla gigante colocado sobre la chimenea emitía imágenes de la MTV. Un VJ acababa de presentar un vídeo, pero no se oía nada, y las imágenes no tardaron mucho en convertirse en interferencias. La gente había venido a pasar el rato, a esperar la hora del almuerzo o la de su siguiente clase. Alguien se sentó a nuestro lado y empezó a grabar la conversación. A mi espalda, una tercera persona explicaba a una cuarta cómo funcionaba una cámara de vídeo. Jamie miraba el cartel gigante que colgaba de una columna innecesaria levantada en el centro de la sala y que

prohibía hacer fotografías. Yo acababa de reparar en un maniquí abandonado que yacía desnudo y de costado en las escaleras que conducían a los comedores.

—¿Tienes suelto? —le pregunté.

—No te pases, guapito —me advirtió ella después de bajarse las gafas y echar un vistazo a la sala.

Yo me quité las gafas y me puse a contemplar mi imagen reflejada en los cristales ahumados.

Jamie chasqueó los dedos.

—¡Eh! A este paso sólo te va a faltar masticar con la boca abierta y lamerte los dedos después de comer.

—No pienso llevarte a ningún sitio caro —le dije.

—¡Qué culo! —comentó ella a propósito de un chico brasileño que aún no se había tirado (no lo haría hasta una semana más tarde), vestido con la camiseta sin mangas de un gimnasio y unos vaqueros rotos, y que atravesó la sala haciendo botar un balón de fútbol con la rodilla y comiéndose un bagel.

Yo le di la razón para provocarla.

—Serás marica —replicó ella con un bostezo antes de apurar el Molson.

—Lleva sandalias con calcetines —critiqué—. Y aún se pone el anillo de cuando aprobó el bachillerato.

—A ti también te conviene dar un paso hacia la madurez, querido.

—Yo no llevo la cazadora de ningún club universitario.

—En contra de lo que se suele creer, eso no basta para tildar a alguien de malo.

—¿Malo? —repetí con fingido horror—. ¿Cuando están de moda los pósters de luz negra? ¿Cuando están de moda los bongos?

—Eres un pervertido —me dijo alegre—. Tienes aptitudes.

Sean Bateman, a quien Jamie ya se había tirado, se unió a nuestro pequeño grupo con su sonrisa distraída y su costumbre de asentir a todo, aunque no viniera a cuento. Se preguntó en voz alta si alguno de nosotros tenía marihuana y dijo no sé qué de que habían detenido a Rupert en Albany la noche anterior o aquella misma mañana. Luego se sacó una cerveza del bolsillo de la chaqueta que acababa de quitarse y se la pasó a Jamie, que la abrió con los dientes. Mientras yo me fijaba en lo atractivos que resultaban los antebrazos del tal Bateman, alguien rasgueaba una melodía triste de Led Zeppelin —creo que «Thank You»— y dejaba de entrar luz por la ventana.

—Todos los chicos creen que es una espía —me susurró Sean al oído.

Yo asentí con la cabeza y sonreí.

Jamie no me quitaba ojo.

—¿Qué? —pregunté aturdido.

—Eres transparente —me dijo Jamie delante de Sean.

—Pero bueno, ¿qué pasa? —le pregunté yo preocupado y perplejo.

—Tienes aptitudes —dijo Jamie con una sonrisa—. No cabe duda.

0

La cámara toma una lenta panorámica de mi apartamento con «Stumbeline» de los Smashing Pumpkins de fondo: un ventilador industrial antiguo, un acuario vacío, flores secas, un candelabro, una bicicleta, una cocina hecha a medida con piedra de distintos tonos, un frigorífico con la puerta transparente, un robot de cocina con restos de fruta del último batido y un juego de copas de martini. En el cuarto de baño hay un póster de Diana Rigg caracterizada para su personaje de *Los vengadores* y velas de Agnès B. En el dormitorio, un edredón sobre el correspondiente futón tallado a mano en un bosque japonés y un cartel original de *La dolce vita* que Chloe me regaló una vez por mi cumpleaños. En el armario del mismo dormitorio, un traje negro de Paul Smith, un jersey negro de cuello vuelto, vaqueros, camisas blancas, camisetas, un jersey de punto calado, unos Hush Puppies de un color llamativo y un par de botas negras. Sobre mi mesa, vales de consumiciones gratis, un Cohiba en su funda de celofán, un cedé de Clash —*Sandinista!*— precintado, un talón para la organización Save the Rainforest devuelto por falta de fondos, el almanaque de la alta sociedad del año pasado, una bolsa de tripis, un botellín medio vacío de Snapple, un paquete de Mentos, un anuncio arrancado de una revista en que Tyson presta su imagen a un nuevo protector labial —en el dragón que lleva tatuado en el bíceps hay una inscripción en chino que significa «no te fíes de nadie»—, y un fax bastante maltrecho que, en este preciso instante, está imprimiendo lo siguiente:

nie Marais, Christopher Lambert, Tommy Lee, Lauren Hutton, Claire Daines, Patty Hearst, Richard Greico, Pino Luongo, Steffi Graf, Michael J. Fox, Billy Crudup, Marc Jacobs, Marc Audibet, los Butthole Surfers, George Clinton, Henry Rollins, Nike, Kim Beal, Beavis y Butt-head, Anita Hill, Jeff Koons, Nicole Kidman, Howard Stem, Jim Show, Mark Romanek, Stussy, Whit Stillman, Isabella Rossellini, Christian Francis Roth, Vanessa Williams, Larry Clark, Rob Morrow, Robin Wright, Jennifer Connelly, RuPaul, Chelsea Clinton, Penelope Spheeris, Glenn Close, Mandie Erickson, Mark Kostabi, René Russo, Yasmen, Robert Rodríguez, Doctor Dre, Craig Kallman, Rosie

Perez, Champion Platt, Jane Pratt, Natasha Richardson, Scott Wolf, Yohji Yamamoto, L7, Donna Tartt, Spike Jonze, Sara Gilbert, Sam Bayer, Margaret Cho, Steve Albini, Kevin Smith, Jim Rome, Rick Rubin, Gary Panter, Mark Morris, Betsey Johnson, Angela Janklow, Shannen Doherty, Molly Ringwald, O. J. Simpson, Michael DeLuca, Laura Dem, René Chun, la tribu de los Brady, Toni Braxton, Shabba Ranks, las hermanas Miller, Jim Carrey, Robin Givens, Bruno Bevilacqua di Santangelo, Huckleberry Finn, Bill Murr

Estoy a punto de leerlo por cuarta vez, con las mejillas cubiertas de lágrimas, cuando oigo ruido al otro lado de la puerta. Alguien introduce una llave en la cerradura y abre la puerta del apartamento desde fuera. El actor que interpreta al encargado de mantenimiento del edificio —«un joven muy atractivo»— asoma la cabeza, me ve tirado en un sillón-puf bajo un póster enmarcado del álbum *Pleased to Meet Me*^[51] de The Replacements, se aturulla y acaba disculpándose por haber metido la pata.

—Me había parecido oír voces —dice—. Me había parecido oír voces.

II

16

Todo lo que rodea el barco es de color gris o azul oscuro; nada llama la atención. Una o dos veces al día aparece una estrecha franja blanca en el horizonte, pero queda tan lejos que no se sabe si es tierra o cielo. Es imposible creer que en este firmamento plano, de un gris pizarra, en un océano tan inmenso y en calma palpite algún tipo de vida; resulta inverosímil que en semejante limbo exista ningún ser que respire. Bajo la superficie, los movimientos son tan leves, que parecen pequeños accidentes, momentos fugaces e insignificantes, incidentes nimios que no debieron llegar a ocurrir; en el cielo no hay ni rastro del sol —el aire parece vagamente transparente y desechable, con la textura de un kleenex—, sólo un brillante resplandor. Mientras navegamos, sopla un viento constante, ingrátido, y el barco deja en el agua una estela azul jacuzzi que se esfuma al cabo de unos minutos para acabar convirtiéndose en el tedioso manto gris que cubre cuanto rodea el barco. Un día aparece un arco iris de lo más normalito y reparas en él vagamente, mientras sigues pensando en las enormes sumas de dinero que la gira de los Kiss ha generado este verano; o una ballena se desliza por estribor, agitando la aleta, haciéndose la interesante. Es fácil sentirse seguro, que la gente te mire y crea que alguien se dirige a alguna parte. Rodeado de tanto espacio monótono, sin que nada te impresione, cinco días se convierten en una eternidad.

15

Embarqué en el *Queen Elizabeth II* luciendo todavía el esmoquin de Comme de Garçons. Cuando el chófer que me envió Palakon me dejó en la terminal de pasajeros situada en la calle 50 Oeste, me subí al barco con un colocón bestial, por decir que sólo recuerdo unas imágenes imprecisas que ni siquiera pueden calificarse de montaje... globos rojos, blancos y azules flotando en el aire; multitud de fotógrafos que tomé por paparazzi, aunque en realidad no lo eran; un mozo asegurándome que encontraría mi equipaje —unas maletas Gucci desteñidas que había hecho de prisa y corriendo— en el camarote cuando consiguiera (si conseguía) llegar a él; un grupo tocando «The Lambeth Walk». En medio de aquella bruma reparé vagamente en que alguien se había ocupado de todo, pues pasé los trámites de embarque —seguridad,

pasaporte, entrega de una Tarjeta Oro *Queen Elizabeth II*— rápidamente y sin mayores sobresaltos. De todas formas, seguía sintiéndome tan exhausto que a duras penas logré subir por la pasarela, y eso sólo gracias a un par de ayudantes de producción vestidos como extras, uno a cada lado, y un espresso triple del Starbucks, ingerido por obligación, mientras el grupo atacaba una trepidante versión de «Anything Goes».

Al llegar al camarote abrí un botellín de Perrier-Jouët, gentileza de la casa, me tragué dos Xanax desmenuzados y me dejé caer en una amplia y mullida butaca. Los ojos me escocían de tan resecos, y tuve que entornar los párpados para observar cuanto me rodeaba: un teléfono, un minibar, una cama pasable y unas cestas de fruta y flores frescas que contemplé malhumorado. Impasible, me fijé en un televisor y lo conecté con un mando a distancia que tardé quince minutos en encontrar, aunque el chisme reposaba sobre la tele (un lugar poco visible, a mi entender). Traté de enfocar la vista y leí una carta de bienvenida a bordo, pero al ver una invitación solicitando mi presencia para tomar una copa con el «director del crucero» tuve un ataque de ansiedad. Mi camarera, una inglesita la mar de mona, una especie de Courtney Cox en miniatura, me dijo su nombre para lo que quisiera mandar; y al observar mi nuevo abrigo, un holgado modelo de Versace de paño color naranja que yo había sacado de la maleta y arrojado sobre la cama, sonrió muy ufana.

—Veo que ya se ha familiarizado con su chaleco salvavidas —observó.

Yo farfullé lo que se supone que debía farfullar a esas alturas, que me parece que fue: «Respétate a ti misma, guapa», y me quedé mirándola fijamente hasta que la chica se fue y yo volví a caer en mi letargo.

Cuando zarpamos, me envolví la cabeza en una toalla esponjosa, vertí unas cuantas lágrimas de cocodrilo y utilicé una de las lociones de regalo que hallé al entrar trastabillando en el baño para hacerme una paja, pero estaba demasiado machacado para fantasear sobre Lauren Hynde o Chloe Byrnes o, ya puestos, también sobre Gwen Stefani. La pantalla de la tele mostró unas imágenes en directo del horizonte desde la proa del barco y los rascacielos empezaron a desfilan. En éstas nos deslizamos bajo Verrazano Bridge, el cielo comenzó a oscurecerse dando paso a otro mundo, como suele ocurrir en estas ocasiones, y tuve unos sueños que más tarde no logré recordar: emití diversos ruidos a lo Bart Simpson, Heather Locklear era una azafata, besé e hice las paces con Chris O'Donnell, el sonido era un remix de los Toad the Wet Sprocket, los efectos especiales me parecieron cojonudos y los productores habían contratado a un montador de primer orden para que la secuencia quedara perfecta. Luego la cámara empezó a acercarse más y más al sombrero negro que me había dado Lauren Hynde, hasta que la imagen quedó distorsionada al enfocar la diminuta rosa roja.

Viví los primeros dos días «en alta mar» sumido en un letargo, tratando de recuperarme. ¿Era sábado? ¿Martes? ¿Qué más me daba que fuera sábado o martes? Lo compensé durmiendo a pierna suelta, hasta que una mañana sonaron las alarmas a eso de las doce y me desperté presa del pánico, tras imponerse la realidad de que el artículo de *Details* no iba a ser un bombazo. Recuerdo vagamente algo sobre unos simulacros de salvamento. La noche anterior, cuando regresaba de una triste cena en solitario en el Queen's Grill, me encontré un recordatorio que habían deslizado por debajo de la puerta, aunque apenas reparé en él. Hecho polvo, me puse el chaleco salvavidas que hallé en una especie de ataúd en el baño, busqué a toda prisa mis gafas de sol, recorrí a paso ligero docenas de pasillos desiertos con una resaca de órdago, y bajé dos tramos de escaleras tratando de seguir las instrucciones que figuraban en un plano mal fotocopiado. Finalmente di con una cubierta atestada de vejestorios formando corrillos que me miraron con cara de pocos amigos, irritados por mi tardanza.

—Venga ya, denme un respiro —murmuré, y luego seguí con mis farfulleos.

—Está del revés, hijo —me informó un oficial, que tironeó del chaleco salvavidas que yo había enfundado medio dormido para desabrocharlo—. No se preocupe —dijo, mientras iba dándome unas palmaditas en el hombro cada vez que yo esbozaba la enésima mueca de disgusto—, lo más seguro es que no lo necesite.

Yo le ofrecí un Mentos y le comenté que era igualito a Karl Loder, cosa que no era cierta.

Deambulé por el barco manteniéndome en pie gracias a mis reservas de Xanax y pedí hora para un masaje, cita a la que llegué a tiempo sólo de milagro. Ensayé un poco, logré descifrar un par de escenas, pero ya habían sido rodadas, alguien incluso había escrito una crítica favorable en la prensa, de modo que todo el asunto podía considerarse como una miserable pérdida de tiempo. Había viejos y japoneses por todas partes, en el Queen's Grill llegaron a rodearme mientras yo cenaba, triste y solo, sin dejar de hojear un ejemplar de *Interview* del mes anterior porque salían unas flamantes fotos tomadas por Jurgin Teller en las que aparecía Daniela Pestova contemplando un plato de rollitos de primavera, llena de moretones y cicatrices, con vello en los sobacos y guapísima, y una panda de inútiles tumbados ante unos 7-Elevens vacíos en una improbable escena crepuscular en un lugar del «interior». No sé cómo pude contener las lágrimas al pensar que ése hubiese debido ser yo.

La única película que ponían en el auditorio del barco, equipado con sistema Dolby, era *Parque Jurásico*, de modo que siempre acababa en el casino, donde me jugaba a lo tonto el dinero que me había dado Palakon. Llegué a perder mil dólares en la mesa del 21 en cuestión de minutos. El Queen's Lounge estaba repleto de parejas

de vejetes sentados en unos sofás larguísimos que se hacían la picha un lío con unos gigantescos puzzles. Yo me perdía siempre y nunca encontraba nada ni por casualidad. Cuando por fin lograba ubicar alguno de los múltiples bares del barco, me tomaba un mai tai o cuatro y me fumaba todo un paquete de cigarrillos hasta que recobraba las fuerzas para seguir tratando de ubicar mi camarote. De puro aburrimiento, en uno de esos bares me puse a coquetear con un joven alemán, pero el idilio se rompió cuando me propuso en voz baja que al día siguiente le acompañara al gimnasio —«*da voorkoot stashoon*»—, invitación que decliné con educación alegando que acababa de recuperarme de un ataque cardíaco brutal. Su respuesta: «¿Ja?».

Me encontraba flotando junto al borde de la gigantesca piscina de hidromasaje del spa, cuando vi de nuevo al alemán de marras, tras lo cual me dirigí perezosamente hacia la piscina de lasoterapia. Cuando le vi acercarse luciendo un tanga plateado con una confianza que daba asco, me metí apresuradamente en un cubículo privado para hacer inhalaciones, donde me entretuve fantaseando con el destino que le iba a dar a los trescientos mil dólares que F. Fred Palakon me había ofrecido para dar con Jamie Fields. Se me ocurrieron tantas posibles aplicaciones, que a punto estuve de perder el conocimiento y tuvieron que reanimarme con un masaje facial y una sesión de aromaterapia administrados por un tipo que parecía el Guardián de la Cripta, mientras una versión edulcorada de «*Hooked on a Feeling*» sonaba a través del hilo musical del spa.

De vez en cuando se reunía el equipo de rodaje y la cámara me seguía a una distancia discreta, mostrando mayormente imágenes de Victor en la cubierta principal, apoyado en la barandilla de estribor, tratando de encender un cigarrillo (alguno que otro de marihuana), con las gafas de sol puestas y luciendo una fantástica cazadora de cuero de Armani. Me indicaron que pusiera cara de pena, como si echara de menos a Lauren Hynde, como si me arrepintiera de la forma en que había tratado a Chloe, como si mi mundo se desmoronara. Me dijeron que intentara localizar a Lauren en la casa de Damien en Miami, y me dieron el nombre de un célebre hotel, pero yo fingí sentirme mareado y tuvieron que eliminar esas escenas, que de todos modos no venían a cuento.

De fondo sonaba «*Crash into Me*» interpretada por el grupo de Dave Matthews. No es que la letra tuviera nada que ver con las imágenes, pero resultaba «evocadora», creaba «ambiente», «sintetizaba» lo que pretendíamos transmitir, confería a la secuencia unas «connotaciones emocionales» que, supongo, nosotros éramos incapaces de captar. Al principio pensé ¿qué más da?, pero cuando sugerí otra música, concretamente «*Hurt*», de los Nine Inch Nails, alegaron que los derechos eran prohibitivos y que la canción era demasiado «siniestra» para esta secuencia. Cuando comenté que me parecía imposible que las cosas pudieran ponerse más

siniestras de lo que lo estaban, replicaron; «No tienes ni idea de lo siniestras que se ponen las cosas, Victor», tras lo cual me dejaron solo.

—A mí... me gusta la juerga —murmuré a nadie en concreto.

Pasó ante mí un número incalculable de vejestorios, renqueando a lo largo de kilómetros de pasillo, trepando lentamente por docenas de amplias escalinatas, paseándose por cubierta, fingiendo que no estaban perdidos mientras el barco continuaba su travesía.

13

La segunda noche del crucero consumí otra aburrida cena en el Queen's Grill. El sumiller, con el que había trabado cierta amistad al pedir una botella semidecente de vino tinto de doscientos dólares, me preguntó si me apetecía unirme a la familia Mashioki en la mesa del capitán en lugar de cenar solo. Expliqué a Bernard que era imposible, insinuando haber cometido una indiscreción con la hija mayor de los Mashioki, una adolescente gorda y taciturna que siempre rondaba junto a la perrera del barco, luciendo una camiseta que decía ARRIBA ESOS ÁNIMOS, para visitar a su «gato». El sumiller asintió con aire grave, me sirvió otra lata pequeña de beluga, me recomendó el foie-gras y siguió ocupándose de sus asuntos, mientras yo adoptaba mi habitual pose indolente.

Más tarde me dejé otros mil dólares de los que me había dado Palakon en la mesa del 21 y me encontré con Felix, el cámara, en el Captain's Bar, acomodado ante una gigantesca copa de brandy y fumando un Gauloise tras otro.

Tomé asiento a su lado y mantuvimos la «siniestra» conversación o de rigor.

—¿Qué hay? —le saludé después de pedir un botellín de champán, calculo que el décimo de la velada—. Tú eres el cámara, ¿no?

—Eso dicen —respondió Felix con un marcado acento difícil de identificar.

—Por algo debe ser. ¿Cómo van las cosas? Me gustaría conocer tu opinión profesional.

—Mejor que la última cinta que rodé —masculló Felix.

—¿De qué iba?

—Era una película titulada *¡Chiss! El pulpo*. —Felix hizo una pausa—. Era la tercera entrega de una serie que empezó Ted Turner con *Cuidado con el pulpo* y

¡Horror! ¡El pulpo! La cuarta entrega lleva el título provisional de *Alejaos de ese pulpo*. —Felix suspiró de nuevo, distraído, y se quedó mirando fijamente su copa de brandy—. La tercera tenía un reparto de narices. Una Kristin Scott Thomas tope amargada, un Alan Alda tan amargado como ella, y Al Sharpton en el papel de padre de Whitney Houston, un arponero amargado a más no poder. —Felix hizo otra pausa—. La primera víctima del pulpo es David Hasselhoff. —Pausa—. Irónico, ¿no?

Se produjo un largo silencio durante el cual traté de digerir esa información.

—¿Así que... el pulpo se llama... *Chiis*? —balbuceé, algo confundido.

Felix me miró, luego suspiró e indicó al camarero que le sirviera otra copa, aunque aún no se había terminado la que tenía delante.

—¿Qué te parece mi trabajo? —pregunté, confiando en obtener una respuesta favorable.

—Bien, bien —suspiró Felix. Acto seguido hizo otra pausa antes de agregar, articulando lentamente cada palabra—: Tienes una especie de... fabulosidad... inefable... ¡Dios mío! —se lamentó antes de apoyar la frente en la barra.

Miré a mi alrededor, sin prestar atención a esa faux-angst que emanaba el cámara.

—No puede decirse que esto sea el paraíso de los ligues, desde luego.

—Ya va siendo hora de que renuncies a tus estúpidos sueños, Victor —me espetó Felix con severidad, alzando la cabeza de la barra—. Tu mundo es bastante limitado.

—¿Se puede saber a qué viene eso?

—¿No has leído el resto del guión? —preguntó Felix—. ¿No sabes lo que te va a pasar?

—Venga, hombre, esta peli ya está más que terminada. —Empezó a apoderarse de mí una extraña inquietud. Deseaba largarme de allí—. Las cosas no pueden ir mejor. Todo funciona como una seda, tío.

—Prepárate —insistió Felix—. Debes estar preparado. —Apuró el resto de su copa y miró fijamente al camarero mientras éste le servía otro brandy—. Es preciso que estés atento.

—Esto es, increíble, oye —comenté con un bostezo—. Me largo con mi champán a otra parte.

—Victor —me llamó Felix—. Las cosas se van a poner ligeramente... esto, peligrosas.

—¿Pero qué dices? Lo que hay que oír. —Solté un suspiro y me bajé del taburete—. Tú procura que la iluminación me favorezca y no me hagas ninguna putada.

—Me preocupa que el proyecto... fracase —repuso el cámara, y apuró otro trago de brandy—. Los guionistas dan la impresión de ir improvisando a medida que avanza la película, un método que yo mismo solía utilizar. Pero en este caso...

—Me largo con mi champán a otra parte —repetí, lanzándole una ficha de cien dólares del casino.

—Me temo que todo esto acabará desmadrándose —declaró Felix con firmeza antes de que me marchara.

Una vez en la cama se me ocurrió la sensata idea de fumarme un imponente porro mientras escuchaba en mi Walkman una cinta pirata de los Nirvana que me había prestado Jerry Harrington. Las imágenes en directo del barco deslizándose a través de la oscuridad emitidas por la tele eran la única luz del camarote, mientras la voz de un tipo que estaba muerto me arrollaba, todo ello intercalado con diversos sueños y rematado por una voz gritona que luego se fue apagando poco a poco: ¿hola?, ¿hola?, ¿hola?

12

Otro día soleado y semitemplado, pero sopla un viento de proa constante. Yo me paseo a mis anchas alrededor de la piscina, sosteniendo una toalla y luciendo una barba de dos días tipo estrella del rock, una camiseta ceñida de Gap y unas gafas de sol que me he bajado para mirar a la chica a lo Juliette Binoche total si Juliette Binoche fuera rubia y de Darien Connecticut, que está tendida en una de las veinte tumbonas colocadas en hilera: alta, un cuerpazo, con unos abdominales increíbles, un poco demasiado musculosa, aunque la dureza se ve compensada por unas tetas grandes y mullidas apenas veladas por un top de gasa, y las típicas piernas de fábula de una apasionada del gimnasio que se perfilan bajo un pantalón pirata con estampado de leopardo. Junto a ella, una mesa con varios ejemplares de *Vogue*, *Details*, un *W* en el que aparecemos Chloe y yo, *Vanity Fair* y *Harper's Bazaar*, sobre los que ha colocado una jarrita de té helado para impedir que salgan volando y caigan por la borda. Yo me introduzco en su campo visual, sin quitar ojo a mi presa. En éstas que la chica se pone a rebuscar en una enorme bolsa Chanel y se le cae la máscara de pestañas. Yo me inclino para recogerla con un galante gesto muy ensayado que me sale de maravilla.

Cuando ella me da las gracias tímidamente, su voz me resulta familiar. La chica saca una cajetilla de Silk Cuts de la bolsa Chanel y enciende un cigarrillo con movimientos fluidos, lo cual me da pie para instalarme en la tumbona junto a ella.

—Vete, por favor —dice la joven alzando la voz porque lleva puestos los auriculares de un Walkman.

Me fijo en la carátula de la nueva cinta de Tricky que asoma por la bolsa Chanel y repaso mentalmente el último cedé de Tricky, las críticas que he leído de unos conciertos de Tricky y cualquier otro detalle sobre Tricky de mi pasado que me dispongo a utilizar con la chica a lo Juliette Binoche total.

Aunque hace demasiado frío para prescindir de la camiseta —que apenas logra ocultar nada—, me la quito sin desprenderme de las gafas de sol, extendiendo la toalla y me tumbo flexionando los abdominales para atraer la atención de mi objetivo. Está leyendo un libro en cuya portada figura el nombre de MARTIN AMIS en grandes letras negras. Confío en que no sea otro miembro de Amnistía Internacional. En éstas aparece un camarero y le pido una cerveza light y una botella grande de agua mineral, que él se apresura a servirme. Le doy una propina y el camarero desaparece.

Cuando la chica se quita los auriculares del Walkman recuerdo una frase al uso e inicio mi estrategia.

—Oye, ¿no nos conocemos? Sí, me parece que fue en la barbacoa que organizó Kevin Aucoin en Nueva York.

Ella se quita las gafas de sol, aplasta el cigarrillo en un cenicero, sonrío sin achicar los ojos y responde:

—No creo.

—Entonces, ¿de qué te conozco? —insisto—. Tu cara me suena mucho. —Me giro de lado y la contemplo con admiración—. Aunque a lo mejor se debe a que eres la única persona en este barco que nació en la misma década que yo.

De pronto, algo nos distrae. Junto a la barandilla hay una pareja de pie: guapos, cuarentones, vestidos con ropa de baño cara que pone de manifiesto su excelente forma. El hombre enfoca con su videocámara a la mujer mientras ella adopta unas posturitas un tanto forzadas contra el telón de fondo del mar que se desliza lentamente. De vez en cuando dirigen la vista hacia donde estoy tumbado. La mujer tiene una expresión dura, casi severa, que se transforma en una sonrisa que más bien parece una mueca en cuanto me pilla observándola. El hombre tiene pinta de imbécil y no le hago ni puto caso.

—¿Son tus padres? —pregunto a la chica, señalando a la pareja de cuarentones.

—No, mis padres están en Estados Unidos —responde ella, y se vuelve para mirar al hombre y la mujer. Ambos salen de su campo visual cuando reparan que la chica los está observando—. En realidad conozco a Kevin Aucoin. Pero no me ha invitado a ninguna de sus soirées.

—Son bastante divertidas —comento, más animado—. Suele ir todo el mundo: Cindy, Linda, Kate y las Sandras: Bullock, Bernhard y Gallin. En una de esas soirées conocí a Sheryl Crow.

—Veo que tú también eres todo un personaje, ¿no? —pregunta la chica.

—Cuasifamoso —respondo, encogiéndome de hombros.

La chica me ofrece una sonrisa que no parece fingida.

—Quizá nos hayamos visto en algún pase de modelos para vips —sugiero—. Es posible que nos hayamos tropezado en el salón principal del Doppelganger o en el Jet Lounge. O que hayamos tomado unas copas en algún preestreno sin reparar el uno en el otro, ¿no crees?

Arqueo la cejas tratando de asumir una expresión falsamente lasciva, pero la chica no le ve la gracia. De pronto su rostro revela cierto nerviosismo.

—No serás fotógrafo, ¿verdad?

—No, no, tranquila.

Al cabo de unos momentos levanto la jarra de té helado que ella estaba tomando, abro el *W* por la sección de cotilleos y le muestro una foto en la que aparecemos Chloe y yo en un estreno en el Radio City Music Hall. Le tiendo la revista por encima de la mesa. La chica mira fijamente la página, me observa y examina de nuevo la foto.

—¿Eres... Christian Slater? —pregunta, algo confusa.

—No, soy el que aparece más abajo.

—Ah.

Me palpo la cara.

—¿De verdad tengo la cabeza tan grande? —pregunto preocupado.

La chica se concentra en la foto en cuestión: Chloe finge mirarme arrobada mientras yo contemplo fijamente el objetivo de los paparazzi.

—Sí, pareces tú —asiente—. Y ésa es Chloe Byrnes, ¿no?

—Salgo con ella —respondo, aunque me apresuro a precisar—: Es decir, salía con ella.

—Yo salía con Peter Morton. —Me devuelve la revista—. Peter Morton y yo también aparecíamos en el papel cuché.

—¿Te refieres a que estamos en el mismo barco? —pregunto.

—Pues sí, más o menos —contesta la chica, gesticulando y entornando los ojos como si no supiera qué decir.

—Sí. —Suelto una risita más falsa imposible—. La verdad es que sí.

—Marina —se presenta ella—. Marina Cannon.

—Qué tal, Victor Ward. —Hago una pausa para conseguir mayor efectismo. Luego le tiendo la mano y ella la estrecha con delicadeza—. ¿Y se puede saber adónde te diriges?

—A París —responde—. Aunque primero me pasaré por Cherburgo.

—¿Por qué a París? —pregunto—. Aunque, claro, ¿por qué no? —añado luego con aire de quien está de vuelta de todo.

—Oh. —Ella se detiene, observa la aburrida extensión de agua negra y prosigue—: Digamos que ciertos individuos no cumplen sus promesas. Eso es todo.

De inmediato intuyo problemas sentimentales y me lanzo hábilmente al ataque:

—¿Cómo se llama? —pregunto como si tal cosa.

—Gavin —responde ella, un poco turbada pero sin dejar de sonreír.

Yo simulo que me estremezco.

—No me fiaría de un tío que se llama Gavin por nada del mundo —comento, haciendo otra mueca de mentirijillas y manteniendo la expresión hasta que la chica repara en ella. Luego pregunto por preguntar—: ¿Dónde está ese tal Gavin?

—En Pamplona, con los toros^[52] —contesta secamente.

—¿Es un jugador de baloncesto? —pregunto sintiendo que mis esperanzas se vienen abajo—. Creí que los Bulls eran de Chicago. La chica me mira y una chispa de pánico asoma en sus ojos. En éstas aparece el joven gay alemán luciendo una camiseta de la gira de Garth Brooks y unas Nikes negras. Al verme pone rumbo hacia mí en línea recta y yo me hago el dormido. Noto una sombra sobre mi rostro y al cabo de unos momentos oigo unos pasos que se alejan. Tras dejar pasar un tiempo prudencial, abro los ojos. La piscina está repleta de japoneses. De repente suena la sirena del mediodía. Último parte sobre los vejestorios: están en todas partes.

—Un tipo acaba de... inspeccionarte —me informa Marina.

—Es un fan. Un pelmazo —contesto encogiéndome de hombros—. Es un palo, pero ya estoy acostumbrado. ¿Y tú a qué te dedicas?

—Soy modelo a tiempo parcial —responde Marina sin darle importancia.

Yo me incorporo y me vuelvo hacia ella, pero me doy cuenta en el acto de que el gesto es un tanto precipitado y agarro el encendedor.

—Hago algunas cosillas aquí y allá —agrega Marina, qué es consciente de todos mis gestos.

—¡Qué increíble! —comento—. Tía, sabía que eras modelo. Me di cuenta enseguida. ¡Total!

—Bueno, no llego a la altura de Chloe Byrnes, pero no me quejo.

—Sí, Chloe... —suspiro con aire melancólico.

—Lo siento —dice Marina. Luego, en vista de que yo me quedo callado, añade—: Voy a visitar a unos amigos y a hacer un poco de turismo.

—Sí, sí, sí. Perfecto: hay que ver mundo, tía.

—¿Y tú por qué te has embarcado en este crucero? ¿Te da miedo el avión?

—Vi *La aventura del Poseidón* veinte veces cuando era un niño pequeño y asustado de todo —le explico—. En esa película oí una de las mejores frases de la historia del cine: «¡Dios mío! ¡Se nos viene encima un muro de agua!».

Mis palabras dejan a Marina boquiabierta. Tras una larga pausa pregunta:

—¿Ésa... es tu respuesta?

—Voy a Londres para encontrarme con una amiga —me apresuro a contestar. La miro con ojos libidinosos y añado—: Pero no tengo prisa.

—¿Por qué vas en busca de esa amiga?

—*Off the record?* Es una historia muy larga.

—Yo diría que el tiempo no es algo de lo que andemos escasos, precisamente.

—Sí, bueno. Pues resulta que yo iba a presentar un programa de la MTV...

—No me digas —me anima la chica, que se instala cómodamente en la tumbona

—. ¿De qué iba?

Yo respondo sin titubeos:

—De mí. De mi vida, ya sabes, lo que hago en un día cualquiera.

—Ya... —contesta ella un tanto desinteresada.

—Estaba harto de tanto trajín, de tantos pases y sesiones de fotos... Esto de ser cuasifamoso es un agobio que ni te cuento de modo que —respiro hondo para dar mayor énfasis a mis palabras— decidí plantarlo todo y pensé, hombre, Europa no está tan lejos. Pero no quería participar en la movida de Praga. No me apetecía sentarme en un enmohecido café con mi book y aguantar que me asedien las tías de la escuela de diseño de Rhode Island. Quería escribir poesías y filmar unos vídeos..., dejar atrás todos esos rollos del ciberespacio. Recargar las pilas... Volver a mis raíces. *Gotta get back, back to my roots.*^[53] —Bebo un trago de cerveza, convencido de que la he impresionado—. De vez en cuando hay que regresar a la realidad, a nuestras raíces.

—¿Tu familia es europea? —pregunta Marina.

—Esto, no estoy seguro. Quiero decir que me parece que tenemos raíces allí. —Hago una pausa—. Europa. —Otra pausa—. De verdad, tía, lo que necesito ahora mismo es un mínimo de honradez.

Marina no dice nada.

—Esto es difícil, un auténtico palo, ¿sabes? —Suspiro—. Estoy empezando a adaptarme al hecho de no tener que zafarme de los cazadores de autógrafos y aún no me acostumbro a esta nueva situación. ¿No ves? Es que tengo los nervios de punta. Imagínate, hasta me ha dado un tic. —Hago una pausa y bebo otro trago de cerveza con aire pensativo—. ¿Sabes quién soy en estos momentos? —Abro de nuevo el *W* y le muestro la foto en la que aparecemos Chloe y yo en el estreno del Radio City, pero tapo sutilmente con el pulgar el rostro de Chloe.

—No acabo de ubicarte —responde Marina—. Pero me suena haber visto tu cara en alguna parte.

—El mes pasado aparecí en la portada del *YouthQuake* —le explico.

—¿También eres actor? —pregunta Marina.

—Sí. Sé reír, aplaudir, soltar una exclamación de asombro, todo con una espontaneidad muy convincente ¿Te he impresionado?

—No, si al final te van a dar el Oscar al mejor actor secundario —contesta ella sonriendo.

—Gracias —respondo. Luego exclamo fingiendo una especie de síncope—: ¿Has

dicho secundario?

Observo a la pareja de cuarentones, que charlan con el director; un tipo con pinta de ser un cretino integral, y me percato de que Marina también se ha fijado en ellos. Al notar que le estamos mirando, el hombre vuelve la cara y hace un gesto al director, que no creo que se haya dado cuenta de nada. Los tres siguen murmurando, como si estuvieran tramando algo.

—¿Quién es esa chica a la que vas a ver? —pregunta Marina.

—Una compañera de clase.

—¿Y dónde estudiaste?

—¿Te refieres al instituto? En el Camden College.

—¿Y luego?

—Bueno, en realidad... —hago una pausa—, lo dejé ahí.

—Debe de ser una persona muy importante para ti.

—Sí, claro... ella, esto..., sí. —Alzo la vista y entorno los párpados para contemplar el cielo, que tiene un aspecto raro, casi como si no existiera—. Creo que le hago un favor, esto, yendo a buscarla.

—Camden —murmura Marina—. Conozco a un par de personas que estudiaron en Camden. —Tras reflexionar unos instantes suelta—: ¿Katrina Svenson?

—Sí, claro —asiento—. Una estupenda jugadora de baloncesto.

—¿Paul Denton?

—Sí, hombre, Paulie, Paulie, Paulie.

—¿Sam Bateman?

—Ah, sí; éramos amigos.

—Pues la verdad, a mí me parece un tipo bastante repugnante.

—Oye, me alegro de que lo digas, porque en el fondo estoy completamente de acuerdo contigo.

Observo que el director se ha alejado y que los cuarentones vestidos con ropa de playa cara se acercan a nosotros. Al volverme hacia Marina compruebo que ha recogido sus revistas y su Walkman, y lo ha guardado todo en la bolsa Chanel. Tiene un cutis impecable y exhala un aroma floral que me impregna y me emborracha.

—Hey, ¿qué pasa? —pregunto—. ¿Adónde vas?

—Perdona que te deje plantado. —Se levanta—. Me siento como desnuda —añade mientras recoge la toalla.

—Hum, esto, ¿y si quedamos para...? —empiezo a decir.

—Encantada de conocerte, Victor —me interrumpe Marina, que sigue guardando todas sus cosas—. Te deseo una agradable travesía.

—Oye, espera un momento, mujer —insisto levantándome también—. ¿Quedamos para cenar?

—Llámame. Estoy en el camarote 402, cubierta 3. —Marina se aleja

ofreciéndome una breve despedida con la mano sin volverse. Luego desaparece.

De repente siento frío y vuelvo a ponerme la camiseta de Gap. Dejo la toalla sobre la tumbona y decido seguir a Marina, para ver si cae lo de la cena, para consolidar nuestra relación tan genial, para preguntarle si es que la he molestado, si no me he portado como un caballero, si me he pasado o si por aquellas cosas de la vida conoce a Chloe. Me horripila que se entere de cómo me lo monto con las tías, pero la pareja de cuarentones se acerca rápidamente hacia mí antes de que yo consiga escapar. Parecen mayores de lo que supuse al principio y me entretengo doblando la toalla como un imbécil, de espaldas a ellos, confiando en que no me pidan que filme un aburrido mensaje para sus amigos con las minicumbres nevadas que relucen débilmente en el horizonte como fondo.

—¿Victor Johnson? —pregunta el hombre a mis espaldas con acento inglés—. ¿O eres Victor Ward?

Dejo caer la toalla sobre la tumbona y me vuelvo, quitándome las gafas de sol y esbozando una radiante sonrisa.

—Sí —confieso con un hormigueo de emoción.

—Supongo que no nos recordarás —dice el hombre—. Soy Stephen Wallace y ésta es mi mujer, Lorrie. —Estrecho la mano que me tiende y mientras saludo a Lorrie Stephen, el hombre apostilla—: Somos amigos de tu padre.

Suelto la mano de Lorrie y siento que la emoción que experimenté hace unos momentos se evapora como por arte de magia. Vuelvo a calarme las gafas y recojo la toalla.

—¿Ah, sí? —me limito a responder, aspirando aire por la nariz.

—Sí, conocimos a tus padres cuando vivían en Washington —me explica Stephen—. En Georgetown.

—Genial, oye —contesto sin el menor entusiasmo—. No me habréis filmado para algún programa de cámara oculta.

Los Wallace se carcajean con ganas y de pronto recuerdo una cita inexistente.

—La última vez que te vimos debías de tener... —Stephen se detiene y mira a Lorrie para que le eche un cable—. ¿Qué serían? ¿Nueve? ¿Diez años?

—No, pero qué dices. Si fue mucho antes —tercia la mujer, ladeando la cabeza, consultando el cielo.

—¿En qué año se mudó tu padre de Washington a Nueva York? —pregunta Stephen.

—El mismo año en que murió mi madre. —Me paso la mano por el pelo y observo al camarero mientras retira la jarra de té medio vacía que se ha tomado Marina y mi cerveza, sin darme tiempo a agarrarla para tener las manos ocupadas con algo.

—Ah, sí; es cierto —murmura el hombre meneando la cabeza con cara de pena.

La mujer me ofrece una generosa sonrisa de condolencia.

—No os preocupéis —digo—. No me gusta recordar el pasado.

—¿Fue el año en que tú...? —Stephen se atasca de nuevo—. ¿Dónde estudiaste?

—En Camden, ¿no? —dice la mujer, no muy convencida.

—Sí, mi madre murió mientras yo estaba interno en Camden —respondo—.

Claro que ya llevaba mucho tiempo enferma. —Los miro fijamente, tratando de hacerles comprender que ya no me importa. Lo que sí me tiene sumido en un mar de angustia es haber olvidado el apellido de Marina, el número de su camarote, en qué cubierta está.

—La última vez que te vimos eras prácticamente un bebé —comenta el hombre con una risita, supongo que más que nada para cambiar de tema—. Seguramente no te acuerdas. Fue en una cena para recaudar fondos en la casa de tus padres de Georgetown.

—Sí, ahora que lo decís, tengo un vago recuerdo —contesto tras simular una profunda reflexión llevándome una mano a la frente.

—El mes pasado vimos a tu padre en Washington —prosigue Lorrie.

—Genial —contesto.

—Estaba cenando en un restaurante nuevo en Prospect Street con Sam Nunn, Glen Luchford, Jerome Bunnouvrier y Katharine Graham, además de dos expertos en medicina forense pertenecientes al equipo del juicio de O. J. Simpson.

—¡Santo Dios! ¡Lástima no haber estado allí! —me lamento—. Menuda juerga debieron de correrse. Bueno, lo siento, pero tengo que irme volando.

—¿Cómo está tu hermana? —pregunta Lorrie.

—Fenomenal. También vive en Washington. —No logro parecer muy convencido—. En serio, tengo que marcharme.

—¿Adónde te diriges? —inquire Stephen.

—¿Ahora? A mi camarote —contesto.

—No, me refería a Europa —recalca Stephen.

Lorrie me mira con una cálida sonrisa que me envía unas vibraciones decididamente cachondas.

—Creo que a París. En realidad primero me pasaré por Cherburgo y luego, esto..., iré a París.

La mujer mira inmediatamente a su marido, pero reacciona con torpeza y el director tiene que filmar la escena cuatro veces antes de seguir con el resto de la secuencia. «¡Motor!», grita una y otra vez mientras al fondo los extras vuelven a ocupar su lugar: ancianos formando corrillos y japoneses bañándose en la piscina.

—Vaya, vaya. ¿Y qué te lleva a París? —pregunta Stephen.

—Esto, voy a fotografiar la tumba de Jim Morrison para... la revista *Us* y... después, ejem... —Hago una pausa para dar mayor énfasis a mis palabras y añado—:

Visitaré la torre Eiffel, que todo el mundo dice que no debo perderme, de modo que... —Otra pausa—. También dicen que la euromovida gótica es tremenda, así que aprovecharé para echarle un vistazo...

Los Wallace me miran con cara de pasmo.

—¿Dónde vas a hospedarte en París? —pregunta Lorrie por fin tras un carraspeo.

Repaso mentalmente los hoteles en los que me alojé con Chloe y, evitando lo obvio, elijo el hotel La Villa.

—Ah, sí, en la Rue Jacob, junto al Boulevard Saint-Germain —dice Lorrie.

—Has acertado —respondo apuntándole con un dedo en plan simpático—. Bueno, tengo que irme.

—¿Esa joven era tu compañera de viaje? —inquire Stephen, indicando la tumbona que había ocupado Marina.

Como no sabía qué responder, salgo del paso diciendo:

—No, no. Viajo solo.

—Ah, pues pensaba que estabais juntos —comenta Stephen, sonriendo.

—Bueno, quién sabe —contesto riéndome. Adopto una posturita la mar de cinematográfica, pero al cabo de unos momentos me canso y voy cambiando de una pierna a la otra.

—Parece una chica encantadora —observa Lorrie con aire de aprobación.

—Es modelo —comento, asintiendo con la cabeza.

—Ya se nota —dice Stephen—. Y, por lo que tengo entendido, tú también haces tus pinitos.

—Yo también —contesto por decir algo—. En fin, tengo que irme.

—Sabes, Victor —interviene Lorrie—, no te enfades, pero te vimos hace unos tres meses en Londres, en la inauguración del hotel Hempel, y no te saludamos. Chico, estabas tan asediado que ni siquiera pudimos acercarnos —concluye con tono de disculpa.

—Ya, genial, me parece perfecto, Lorrie. Pero verás, sucede que yo no estaba en Londres hace tres meses.

Los cuarentones intercambian otra miradita de las suyas y aunque personalmente opino que se pasan un montón, el director da por buena la toma y no interrumpe la escena.

—¿Estás seguro? —pregunta Stephen—. Y nosotros tan convencidos de que eras tú...

—Pues no, no era yo —replico—. Son cosas que pasan. Oye...

—Leimos la entrevista que te hicieron en... ¿cómo se llama esa revista? —pregunta Stephen volviéndose de nuevo hacia Lorrie.

—¿*YouthQuake*? —sugiere Lorrie.

—Sí, sí, *YouthQuake* —responde Stephen—. Aparecías en la portada.

—¿Ah, sí? —digo, animándome un poco—. ¿Y qué os pareció?

—Excelente —afirma Stephen—. Excelente, en serio.

—Sí —corroboraba Lorrie—. Nos encantó.

—A mí también me pareció muy buena. Ya veis, en cambio a mi padre no le hizo ninguna gracia.

—Tienes que vivir tu vida —me aconseja Stephen—. Estoy seguro de que tu padre lo entiende.

—No lo creo.

—Victor —dice Lorrie—, oye, ¿por qué no cenas con nosotros esta noche?

—Sí, tu padre no nos perdonaría que no cenáramos juntos ni una sola vez en todo el crucero —dice Stephen.

—O al menos cuando estés en Londres —apostilla Lorrie.

—Vale, vale —contesto—. Pero no creo que vaya a Londres. Voy a París. Es decir, primero a Cherburgo y luego a París.

Cuando digo esto, Lorrie mira de nuevo a Stephen como si yo acabara de hacer una observación impropia.

—Vaya, tengo que irme —digo por enésima vez.

—Venga, sé buen chico y cena con nosotros esta noche, Victor —insiste el hombre, como si en realidad no se tratara de una invitación sino de un amable imperativo.

—De verdad, no os ofendáis, pero es que estoy molido —respondo. Mi disculpa parece sentarles tan mal que me apresuro a añadir—: Bueno, lo intentaré, pero he renunciado a la vida social, ya no me interesa.

—Por favor —me ruega Stephen—. Nos encontrarás en el Princess Grill. Hemos reservado mesa para las ocho.

—Insistimos, Victor —dice Lorrie—. Queremos que cenas con nosotros.

—Caray, me siento abrumado. —Voy alejándome apresuradamente—. Gracias. Me alegro de veros. Hala, adiós.

Busco a Marina, concentrándome en todos los lugares donde puede encontrarse. Dejando de lado el centro de cursillos de informática, echo un vistazo a las diversas galerías, la biblioteca, la librería, el centro comercial, los ascensores, el laberinto de pasillos, incluso la guardería. Armado con un plano, localizo y entro en el gimnasio situado en la cubierta 7: Lifecycles, aparatos para remar, cintas andadoras y la sala de aerobic atestada de japoneses que se sacuden al ritmo de un synth-pop inglés patético. El monitor, que tiene una dentadura que da pena —si no asco—, me indica por señas que me una al grupo y yo opto por largarme pitando. Medio muerto de sueño, regreso a mi camarote y me tumbo en la cama. Repaso vagamente unas páginas del guión que me han enviado por fax y que reposan sobre la almohada junto al boletín diario del barco, unos impresos de inmigración e invitaciones a fiestas. A todo esto el cielo

tiene pinta de una nube baja y blanca bajo la cual el barco se desliza con indiferencia.

11

F. Fred Palakon me llama justo después de que yo me termine la cena que he encargado al servicio de habitaciones. En el pequeño televisor situado sobre la cama ponen *La lista de Scbindler*, una película que no me apeteció ver cuando la estrenaron pero que desde el viernes ya me he tragado tres veces, porque me ayuda a matar el rato. ¿Mis notas hasta la fecha? Uno: los alemanes no son precisamente unos tíos guay; dos: Ralph Fiennes está hecho una bola; tres: necesito más maría. Cuando me llama Palakon le oigo con toda claridad, como si telefonara desde alguna parte del barco, pero como es la primera que recibo no puedo afirmarlo con certeza.

—Ya era hora —mascullo.

—¿Cómo está, Victor? —pregunta—. Espero que le traten bien.

—Acabo de consumir una succulenta cena en mi camarote.

Pausa.

—¿Qué ha tomado?

Pausa.

—Un rodaballo... aceptable.

Pausa.

—Suenan... delicioso —dice Palakon por decir algo.

—Hey, Palakon, ¿se puede saber por qué no estoy instalado en una suite? —pregunto y me incorporo bruscamente—. ¿Por qué no dispongo de un mayordomo? ¿Y dónde coño está mi yacuzzi, tío?

—Los caballeros no hablan de dinero —replica Palakon—. Sobre todo cuando no pagan.

—¡Joder! ¿Y quién se supone que es el caballero?

—Pues ni más ni menos que usted, querido Victor.

—¿De qué vas, Palakon? Estás hablando como una mariquita.

—¿Acaso pretende herir mis sentimientos, señor Ward?

—Esta travesía es un auténtico muer-ma-zo —protesto—. Un barco de mierda donde no hay un solo famoso, joder. Mil seiscientas personas a bordo, y todas unas momias. Todas padecen alzheimer, todas están ciegas, todas van por ahí con muletas.

—No será para tanto.

—Estoy hasta los mismísimos de tanto vejestorio, Palakon —insisto.

—Bueno, pues ya llamaré a la Cunard y les pediré que monten un local de piercing, un emporio de tatuajes, una pista de patinaje a lo ciberespacio —responde con resignación—. Algo que transmita esa honradez grunge que tanto os motiva a los jóvenes.

—Eso no aliviará mi cansancio.

—Pues duerma un rato —replica Palakon con más brusquedad—. Es lo que se suele hacer cuando uno está cansado.

—Estoy harto de farfullar por dónde coño voy cada vez que me equivoco de pasillo o de cubierta y me encuentro a kilómetros de donde debo estar. —Tras una pausa agregó—: ¡Rodeado de vejestorios!

—Seguro que no andan escasos de planos que le ayuden a ubicarse, Victor —contesta Palakon, que ya empieza a perder la paciencia—. Si se extravía pida a uno de esos vejestorios que dice usted que le indique el camino.

—¡Pero qué coño van a indicar, si están todos cegatos!

—Los ciegos suelen tener un sentido de la orientación muy agudizado —responde Palakon, alzando exageradamente la voz—. Ellos le indicarán dónde está.

—¿Dónde estoy, Palakon?

—Según mis cálculos, en medio del Atlántico —suspira Palakon, harto ya—. Pero bueno, ¿es que hay que explicárselo todo con pelos y señales?

—¡Sí! —replico mosqueado.

—Sólo quería saber cómo iba todo —dice Palakon, a quien por lo visto mis problemas le tienen sin cuidado—. Volveré a llamarle antes de que llegue a Southampton.

—A propósito, Palakon... —empiezo a decir.

—¿Sí, señor Ward?

—¿Podría hacer una escapada a Francia antes de ir a Londres? —pregunto.

—¿Por qué? —pregunta Palakon tras una larga pausa.

—He conocido a una chica.

Otra pausa.

—¿Y qué?

—He-conocido-a-una-chica —repito.

—Ya, pero no acabo de entenderle.

—Que quiero irme a París con esa chica, ¿de acuerdo? —repito alzando la voz—. Lo que hay que aguantar. ¿Para qué iba a querer ir a París? ¿Para participar en el concurso de degustación de fromage? ¡Palakon, hombre, póngase las pilas!

—No me parece una buena idea, Victor —me responde—. A estas alturas, sería impensable retroceder.

—¿Qué? —exclamo, incorporándome del todo—. ¿Quiere hacer el favor de repetirlo?

—Siga con lo suyo —suspira Palakon—. Aténgase al guión.

—Quiero ir a París con esa chica —le advierto.

—No se lo aconsejo —me advierte a su vez Palakon con tono grave—. Sería una acción autodestructiva.

—Pero es que pienso que encaja con la forma de ser de mi personaje —le explico.

—Puede que este viaje sirva para que su personaje cambie.

—No estoy muy seguro de ello.

—Le llamaré antes de que llegue a Southampton, Victor.

—Eh, un momento, Palakon...

Pero ya ha colgado.

10

Hacia las 12 me visto con un atuendo informal, salgo del camarote y, aunque voy andando tranquilamente con toda la pinta de dirigirme al bufet de medianoche que sirven en la Mauretania Room, en realidad llevo toda la intención de pararme en el primer bar que encuentre para trasegar rápidamente cuatro vodkas con arándanos y encontrar a Marina. Mientras recorro la cubierta superior de estribor como si andara por una pasarela —hace frío y está oscuro— espío a través de las ventanas el absurdo jolgorio que preside el bufet de medianoche. Veo al gay alemán sosteniendo un plato hasta arriba de salmón ahumado y dirigiéndose a una mesa situada a dos palmos de donde me encuentro, pero dudo que vea nada más allá de su imagen reflejada en la ventana. De golpe achica los ojos y su rostro se ilumina, de modo que doy media vuelta con tan mala pata que me tropiezo con los Wallace. Ella lleva un vestido con escote palabra de honor de Armani y la chaqueta del esmoquin de Stephen echada sobre los hombros para protegerse del frío nocturno.

—¡Victor! —exclama Lorrie—. Eh, estamos aquí.

Me llevo la mano a la frente como para evitar que me deslumbre una luz inexistente y respondo:

—¿Qué? ¿Hola?

—¡Victor! —exclaman los dos al mismo tiempo, a pocos metros de donde me

encuentro—. ¡Aquí, estamos aquí!

Avanzo hacia ellos cojeando como si me doliera la pierna. Les tiendo la mano con expresión «jovial» pero de repente hago una mueca, suelto una exclamación de dolor y me masajeo el tobillo.

—Nos preguntábamos dónde habías cenado, Victor —dice Lorrie—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, te hemos echado de menos —apostilla Stephen—. ¿Te has hecho daño en la pierna?

—Me he quedado dormido —contesto—. Esperaba, una llamada, pero... me he quedado como un tronco.

Pausa.

—Y qué, ¿has recibido esa llamada? —inquire Lorrie semiinquieta.

—Oh, sí —respondo—. Todo va de maravilla.

—¿Pero qué te has hecho en la pierna?

—Cuando fui a por el teléfono..., esto, me caí de la silla en la que estaba sentado, quiero decir dormido, y al descolgar el auricular... se me escapó de las manos y me dio... —una pausa larguísima— en la rodilla.

Otra pausa larguísima. Nadie hace el menor comentario.

—Y cuando traté de levantarme mientras seguía hablando por teléfono, tropecé con la silla que hay al lado de la tele. —Me detengo, a ver si se deciden a interrumpirme.

—Qué penoso —comenta Stephen al cabo de unos momentos.

—En realidad resolví el percance bastante bien —agrego con elegancia cuando me doy cuenta de lo ridículo de la situación.

Lorrie y Stephen asienten, lo cual confirma que he logrado convencerles. Lo que ocurre a continuación es una mera exposición de los hechos —el diálogo se desarrolla con fluidez—, pues veo a lo lejos a Marina, vuelta de espaldas, de pie junto a la barandilla del barco, contemplando el negro océano.

—¿Nos vemos mañana por la noche, Victor? —sugiere Lorrie, que ha empezado a tiritar de frío.

—Por favor, Victor —dice Stephen—. Quiero que cenes mañana con nosotros.

—¡Caray, qué insistencia, tíos! Vale, nos vemos mañana por la noche —contesto sin quitar ojo a Marina—. ¡Un momento! Mañana he quedado en cenar con otra persona ¿Lo dejamos para la semana que viene?

—La semana que viene llegamos a Southampton.

—¿Ah, sí? Gracias a Dios.

—Tráete a tu amiga —propone Lorrie.

—¿No os importa? —pregunto.

—No, al contrario, así seremos dos parejas —dice Stephen frotándose las manos

de satisfacción.

—Es americana.

—¿Cómo dices? —pregunta Stephen ladeando la cabeza y sonriendo.

—Es americana.

—Ya..., claro —dice Stephen, confundido.

Lorrie procura no mirarme con incredulidad, pero no lo consigue.

—Y cuando estés en Londres —continúa Stephen—, nos gustaría que vinieras a visitarnos.

—Es que voy a París —murmuro, observando a la chica que sigue junto a la barandilla—. Ya está decidido: no pienso ir a Inglaterra.

Los Wallace encajan mi respuesta con deportividad, como si por fin pillaran la onda, y hacen mutis diciendo: «Hasta mañana por la noche», como si acabaran de cerrar un importante trato. Parecen un tanto cansados y se alejan rápidamente. Menos mal, así no tengo que largarme a toda prisa. Recorro lentamente la cubierta hacia donde se halla Marina, que se ha puesto un conjuntito de pantalón y jersey de cachemir blancos que le sienta de maravilla. Su belleza virginal y lasciva me impresiona tanto que avanzo hacia ella con timidez, como si no me atreviera a acercarme. Marina se está comiendo un cucurucho de helado rosa y blanco y la cubierta está bien iluminada, pero ha tenido que situarse justo en un lugar oscuro donde sopla un viento de mil demonios. Le doy unos golpecitos en el hombro y la miro extrañado.

—¿De dónde lo has sacado? —pregunto, señalando el cucurucho helado.

—Ah, hola —contesta Marina, que no parece muy interesada en mi persona—. Me lo ha hecho un vejete de lo más amable, un tal señor Yoshomoto, aunque no recuerdo habérselo pedido.

—Ah. —Asiento y luego pregunto señalando el mar—: ¿Qué miras?

—Ya sé, está tan negro que no se ve nada.

—Y hace frío —digo. También simulo un estremecimiento.

—No hay para tanto. He pasado más frío.

—Te andaba buscando hace un rato, pero no recordaba tu apellido.

—¿Ah, sí? —pregunta Marina—. ¿Por qué me andabas buscando?

—Iba a invitarte a participar conmigo en un concurso de giga —respondo—. Con gaitas y toda la parafernalia.

—Me llamo Gibson —dice Marina con una sonrisa.

Yo retrocedo unos pasos.

—Pues volvamos a presentarnos —propongo—. Hola, soy Victor Ward.

—Hola —contesta ella, siguiéndome el juego—, soy Marina Gibson.

—Espero no molestarte.

—Qué va, me alegro de verte. Así me distraigo.

—¿De qué?

—De ciertas cosas que me cuesta alejar del pensamiento —responde Marina.

Yo suspiro para mis adentros.

—¿Dónde se encuentra Gavin en estos momentos?

Sorprendida, Marina suelta una carcajada.

—Veo que te has aprendido el guión de memoria —responde. Se limpia los labios con una servilleta de papel y tira lo que queda del helado en una papelerera cercana—. Gavin está en Fiyi con cierta baronesa.

—¿Cierta baronesa?

—Los padres de Gavin poseen algo así como, no sé, la Coca-Cola o algo parecido, pero no creas, él nunca tiene dinero.

Algo me pone alerta.

—¿Y eso te preocupa? —pregunto.

—No —contesta Marina—, ni mucho menos.

—*Don't look back* —le aconsejo—. *You can never look back.* ^[54]

—Soy una experta en cortar los lazos con el pasado.

—Me parece una cualidad bastante atractiva.

Apoyada en la barandilla, Marina empieza a largar: los cambios radicales de peinado, la carrera en la que semitriunfó gracias a los nuevos looks, los turbulentos vuelos a Miami, hacerse mayor, su manía de que le pongan la luz a la izquierda en las sesiones de fotos para disimular la desviación del tabique nasal que le quedó tras una caída cuando estaba patinando hace tres años, en un club de Berlín oriental llamado Orfeo (donde conoció a Luca Fedrizzi), los fines de semana que pasaron juntos en la casa de Armani en Brioni, lo absurdo de los husos horarios, su indiferencia hacia casi todo, algunos personajes clave, el quid de la cuestión. Algunos detalles carecen de importancia (su costumbre de bajar las ventanillas del Jaguar de su madre para poder fumar cuando regresaba zumbando de las fiestas en Connecticut, las horripilantes zancadillas entre agentes, los libros que no ha leído, los gramos de coca que llevaba escondidos en el estuche de polvos compactos, las llantinas durante las sesiones de fotos que daban al traste con dos horas de maquillaje), pero tiene una forma de explicar las cosas que hace que el mundo parezca más grande. Me cuenta que durante su etapa de modelo iba siempre un poco puesta, con los nervios de punta, que muchos amigos suyos murieron, que se presentaron y retiraron más de una y más de dos querellas, su pelea con Albert Watson, su desgraciada relación con Peter Morton, lo jodida que es la vida, lo del alcoholismo de su madre y del hermano que murió a causa de una arritmia cardíaca ligada al abuso de Ecstasy herbal, todo lo cual acaba desembocando en el diseñador que se enamoró de ella —platónicamente— y murió de sida, no sin antes legar a Marina una importante suma para que pudiera retirarse de la pasarela. Ambos conocemos a alguien que firmó una nota de suicidio con una

sonrisa de oreja a oreja ante la perspectiva de dejar este puto mundo.

Al principio consigo poner cara de profunda concentración e incluso llego a asimilar parte de lo que me cuenta, pero en realidad es la historia de siempre. Luego, mientras sigue hablando, Marina se acerca a mí y empiezo a sentir un grato cosquilleo. La miro en silencio, consciente de que me ha activado. Contemplo su rostro durante más de una hora, formulando las preguntas pertinentes, guiándola hacia determinados temas; emito el lenguaje corporal apropiado a cada ocasión; asiento con expresión compungida cuando el caso lo requiere; a veces mis ojos reflejan una tristeza entre auténtica y fingida. El único sonido, aparte de su voz, es el murmullo del mar y las olas que rompen contra el casco del buque. Reparo vagamente en que no hay luna. Marina concluye su historia casi con amargura.

—La vida de una modelo, viajar, conocer a un montón de gente superficial, es una verdadera...

Pero yo no le dejo terminar la frase. Mi rostro casi roza el suyo —es una chica alta, medimos lo mismo— y me inclino levemente para besarla en los labios con delicadeza. Ella se aparta un poco, aunque no parece sorprendida, y yo vuelvo a besarla, también en los labios y de nuevo con delicadeza, y noto el frío y el sabor a fresa del helado.

—Basta, Victor, por favor —murmura—. No puedo.

—Qué bonita eres —susurro—, qué bonita...

—Ahora no, Victor...

Yo me aparto y me desperezo, como si quisiera decirle: «Aquí no ha pasado nada», pero al final le confieso: «Quiero ir a París contigo». Ella se queda como si tal cosa, apoyada en la barandilla con los brazos cruzados sobre el pecho, contemplando el mar con una expresión triste y serena que da a su rostro un aire soñador.

—Oye, vamos a bailar —le propongo. Intento consultar el reloj que no llevo puesto y disimulo fingiendo que me examino una peca inexistente en la muñeca—. Podríamos ir a la disco del Yacht Club. Ya verás, he nacido para el baile.

—No creo que te guste el Yacht Club —responde Marina—. A menos que te apetezca pasarte horas y horas soportando la versión disco de «Don't Cry for Me, Argentina».

—Bueno, pues entonces vamos a tomar una copa. La noche es joven. —Consulto de nuevo el reloj inexistente—. Pouf, qué manía con mirar el reloj.

—Es tarde —contesta Marina—. Creo que iré a acostarme.

—Oye, pásate por mi habitación y tómate una copa —insisto, siguiéndola mientras se aleja de la barandilla—. A lo mejor te apetece alguna exquisitez de la cesta de fruta que aún tengo por empezar. Me portaré bien, te lo prometo.

—Muchas gracias, Victor, pero es que estoy muerta.

—Quiero ir París —suelto repentinamente.

Marina se para en seco y se vuelve.

—¿Por qué?

—¿Me dejas que vaya contigo? —pregunto—. No es preciso que nos alojemos en el mismo hotel pero no sabes cuánto me alegraría que me dejaras acompañarte.

—¿Pero no ibas a Londres?

—Eso puede esperar.

—Eres demasiado impulsivo —señala Marina con cierta desconfianza. Luego echa de nuevo a andar.

—Una de mis múltiples y magníficas virtudes.

—Bueno, ya veremos —contesta Marina con un suspiro—. Depende de cómo vayan las cosas.

—Pero qué dices, si las cosas van divinamente... No podrían ir mejor. Mira, me da corte confesarlo, pero me he tirado una hora mirándote embobado y escucha, de verdad te lo digo, en serio, me gustaría acompañarte a París.

—¿Qué quieres que te diga?

—Di que sí, que te parece fantástico, genial. Di: «Victor puedes venir conmigo a París». —Luego añado medio en broma—: Aunque no necesito que me invites, porque te seguiré de todos modos.

—Ya veo que estás dispuesto a... perseguirme por París.

—Di: «Victor, te doy permiso; puedes acompañarme», y yo te besaré los pies y...

—Es que no sé si estoy preparada para decir eso.

—Te estoy evitando tener que reconocer lo que en el fondo deseas expresar.

—Tú qué sabes lo que yo deseo expresar.

—Te conozco bien. Ahora ya lo sé todo de ti.

—En cambio yo no sé nada de ti.

—Hey. —Me detengo y abro los brazos—. Esto es lo único que te interesa saber.

Marina me contempla sonriendo. Yo le devuelvo la mirada hasta que me veo obligado a apartar los ojos.

—¿Aceptas al menos cenar mañana conmigo? —pregunto «tímidamente».

—Eso... —Marina se detiene, como si sopesara la situación.

—Vamos, decídate. No me hagas sufrir más.

—Eso... —Marina hace otra pausa mientras contempla la negrura que se extiende ante nosotros.

Empiezo a morderme una uña y al darme cuenta registro mis bolsillos en busca de un kleenex, un cigarrillo, Mentos, cualquier cosa que me mantenga ocupado.

—Vale, cenemos juntos.

Emito un suspiro de alivio y me llevo la mano al corazón como si acabara de recobrar me de un golpe tremendo. Marina y yo nos despedimos después de que nos hayan quitado los micrófonos y los del rodaje se hayan largado y volvemos a

besarnos y en ese beso intuyo un plan que se va revelando poco a poco. Luego cada cual se retira a su camarote.

9

Mientras me visto para reunirme con Marina en el bar del Queen's Grill a las 7.30 antes de cenar con los Wallace, el capitán anuncia por el intercomunicador algo sobre unas señales de socorro emitidas por un barco que el *Queen Elizabeth II* interceptará hacia las 9 para recoger a un tripulante diabético que se ha quedado sin insulina. Cuando me dirijo al bar me cruzo con docenas de ancianos preocupados que preguntan si esta parada imprevista retrasará la llegada del barco a Southampton y los directores del crucero, con infinita paciencia, atribulados pero sinceros, les aseguran que no. «¿Y qué coño importará que lleguemos con retraso?», me pregunto yo. Estúpidos vejestorios. Si yo fuera el director del crucero habría respondido: «Da lo mismo, antes de que este barco llegue a su destino estaréis todos muertos».

Esta noche llevo el pelo engominado, me he echado unas gotas de colonia, luzco el esmoquin de Comme de Garçons —recién planchado— y me siento semirretro. Cuando he llamado a Marina esta mañana para proponerle que almorzáramos juntos, me ha informado de que iba a dedicar todo el día a acicalarse y relajarse para sacudirse la depre —limpieza de cutis, masaje corporal, yoga, aromaterapia, lectura de la palma de la mano—, y como me siento tan compenetrado con ella no hace falta que nadie me diga que me pase el día cuidándome, deambulando de un lado a otro, sudando en el gimnasio, reproduciendo conversaciones imaginarias con ella mientras le doy al StairMaster, ensayando las palabras que yo emplearía cuando hiciera el amor con ella.

Pido un martini y me instalo en un mullido diván de época junto a la barra, donde un camarero me enciende el cigarrillo. Las 7.30 dan paso a las 8 un tanto bruscamente y pido otro martini y me fumo otros dos Marlboro Lights, mientras observo a los extras. Como es noche de gala los hombres lucen esmóquines (no veo ni uno medio potable) y las viejas van ataviadas con unos esperpénticos trajes bordados con lentejuelas. Toda la gente pasa frente a mí mientras se dirige a los diversos restaurantes del barco, charlando incesantemente sobre nada.

Marco el número del camarote de Marina desde el teléfono del bar, pero no

contesta.

A las 8.15 el equipo de rodaje me informa que van a filmar la siguiente secuencia y que los Wallace ya están esperando. Aplasto el cigarrillo a medio consumir, suelto una sarta de palabrotas, y antes de darme tiempo a apurar el resto del segundo martini el director se lo lleva «con amabilidad pero firmeza», insinuando que ya he «bebido bastante», que tengo que «controlarme», que quizás esto «me ayude a concentrarme en mi papel ante las cámaras». Yo le arrebató el martini, lo apuro, me relamo los labios y suelto en voz alta:

—No-lo-creo.

Acto seguido le arrojo mi Visa Oro y mascullo:

—Firma la cuenta, mamón.

8

El *Queen's Grill* está atestado, pero los Wallace ocupan una mesa para cuatro junto a la puerta. Cuando bajo la escalera y me dirijo a la mesa, Stephen se levanta, vestido de esmoquin, y me indica que me acerque como si fuéramos a celebrar una ocasión muy señalada. Lorrie está sentada junto a él, muy modosita ella, luciendo el vestido con escote palabra de honor de Armani que llevaba anoche. El *Queen's Grill* está engalanado con decenas de arreglos florales que impiden la libre circulación y casi el mismo número de camareros que portan bandejas llenas de copas de champán. Tropiezo con el maitre mientras el hombre está preparando unas crêpes para un grupo de japonesas que ocupan la mesa contigua a la nuestra y que sonrían contemplando arrobadas al joven gaijin que estrecha la obesa mano de Stephen Wallace.

—Hola, Victor —me saluda Stephen mientras el camarero me aparta la silla—. ¿Dónde está tu amiga?

—No lo sé, chico —respondo, casi a punto de alzar la muñeca para consultar mi inexistente reloj—. Me dijo que se reuniría conmigo en el bar para tomar una copa y no ha aparecido. —Hago una pausa, francamente preocupado—. Sabe que vamos a cenar aquí, pero no entiendo nada, chico.

—Bueno, ya verás como al final aparece —dice Stephen—. ¿Una copa de champán mientras esperamos?

—Desde luego —contesto, alargando la mano para tomar una copa.

—Ésta es la mía —dice Lorrie tímidamente.

—Ah, perdón —me disculpo mientras el camarero sirve champán Dom Pérignon en la copa aflautada que está junto a mi servilleta.

—Cuéntanos, Victor, ¿qué has hecho hoy?

—Si te soy sincero, amigo mío... —hago una pausa para apurar el champán de un trago y aprovecho para meditar mi respuesta—, no estoy muy seguro. —Perplejos, Stephen y Lorrie se echan a reír—. ¿A qué os dedicáis? —pregunto tras recuperar el resuello.

—Yo trabajo en una agencia publicitaria en Londres... —responde Stephen.

—¿Ah, sí? Qué interesante —le interrumpo—. En realidad me refería a qué os dedicáis aquí, en el barco, pero da lo mismo. Continúa. ¿Te sirvo otra copa de champán?

—Yo me dedico a abrir restaurantes —se apresura a decir Lorrie, casi demasiado ansiosa, mientras un camarero llena mi copa—. Hace poco estuvimos en Manhattan buscando un local en TriBeCa. Será mi primer restaurante en Estados Unidos.

—¿Ah, sí? —repito. La verdad es que ya empiezo a estar hasta los mismísimos—. Genial. ¿Qué tipo de restaurantes? —Apuro la segunda copa de champán e indico al camarero que vuelva a llenármela cuando haya terminado de servir las copas de Stephen y Lorrie. El hombre duda unos segundos, pero Stephen le indica con un gesto que nos traiga otra botella.

—El último fue en Holland Park —comenta Lorrie—. En serio, Victor, cuando estés en Londres tienes que pasarte por allí.

—Pero es-que-no-estaré-en-Londres. —Me inclino hacia Lorrie para recalcar mis palabras, pero al darme cuenta de mi grosería, me apresuro a añadir—: Es una invitación muy... tentadora.

—Lorrie es una magnífica cocinera —interviene Stephen.

—¿Ah, sí? —repito por enésima vez, a punto de estallar—. ¿Y cuál es tu especialidad?

—Digamos que una variación sobre la típica cocina californiana —contesta Lorrie ladeando la cabeza con aire pensativo.

Cuando ya es evidente que me toca decir algo, pregunto mirándola fijamente.

—¿Quieres decir que te basas en... la cocina californiana? —Y luego, midiendo bien mis palabras, aunque su respuesta me la trae floja—: ¿O en la cocina poscaliforniana?

—Se advierte una clara influencia del litoral Pacífico —tercia Stephen—. Quiero decir que, aunque suene a lo de siempre, existe un mundo de diferencia.

—¿A qué te refieres? —pregunto desconcertado.

—A... la cocina californiana y, esto, la cocina poscaliforniana —responde Stephen haciendo gala de su paciencia.

—Y la del litoral Pacífico —concluye Lorrie.

Se produce una larga pausa.

—¿Qué hora es? —pregunto.

Stephen mira su reloj.

—Las nueve menos veinte.

Otra larga pausa.

—O sea, todo a base de verduritas-guayaba-pasta-roquefort-maíz-vieiras-en-wasabi-fajitas, ¿no?

—Más o menos —contesta Lorrie con timidez.

No se me ocurre ninguna otra aportación a la charla y cuando me dispongo a volverme hacia el director para que me apunte mi siguiente frase me llevo un susto al oír saltar el tapón de una botella de champán, seguido por la voz de Stephen.

—¿De modo que estás decidido a ir a París? —me pregunta.

—Siempre he tenido intención de ir a París, Stephen, amigo mío.

—¿Por qué? —insiste con cara de morirse de curiosidad—. ¿Tienes amigos allí?

—Os confiaré un secretito —respondo.

—¿De qué se trata? —preguntan los dos al mismo tiempo.

—Tenía que ir a Londres —confieso. Luego esbozo una tímida sonrisa y murmuro—: Pero al final he cambiado de planes.

—Espero que te veamos por allí algún día —dice Stephen—. Pondrías pasar unos días en Londres de regreso a Estados Unidos.

—Depende de cómo vaya todo en París, amigo mío —respondo decididamente esperanzado, y me endilgo otra copa de champán.

Como estoy sentado de espaldas al Queen's Grill no veo entrar a Marina, que acapara todas las miradas, y aunque Stephen y Lorrie no la conocen, en cuanto aparece dejan de parlotear como cotorras. Instintivamente, me vuelvo hacia la puerta. Marina está que rompe, y se la ve muy metida, sin ningún esfuerzo aparente, en el papel que la convertirá en estrella. Sastrería y maquillaje han hecho un trabajo increíble; lleva el pelo en un recogido tan sofisticado y elegante que me quedo boquiabierto. Me levanto de un salto y le ofrezco la mano para conducirla hasta la mesa. Marina acepta con delicadeza, como si yo la estuviera ayudando a atravesar un umbral que teme cruzar, pero como estoy en el otro lado, ella decide lanzarse. Después de las presentaciones de rigor, nos sentamos.

—Ay, perdón por el retraso —se disculpa Marina con sinceridad.

—No importa —contesto—. Estábamos aquí tan a gusto, charlando sobre... —De repente me quedo en blanco y miro a los Wallace.

—La cocina californiana —me recuerda Stephen.

—Eso.

—¿Una copa de champán? —pregunta Stephen a Marina con un tono solícito

super exagerado.

—Gracias —dice Marina cuando Stephen le llena la copa. Luego, tratando de intervenir en la conversación, pregunta—: ¿Vamos a detenernos pronto?

—Dentro de unos quince minutos —responde Stephen, que deja de nuevo la botella de champán en el cubo de hielo. Yo intervengo con presteza: la agarro y me sirvo otra copa.

—¿No os parece raro? —pregunta Marina, mientras el maitre le coloca la servilleta en el regazo.

—Creo que las ordenanzas marítimas exigen que los barcos se ayuden mutuamente cuando están en apuros —comenta Stephen—. Supongo que el *Queen Elizabeth II* también debe cumplir esta norma.

—En realidad no representa ningún inconveniente —observa Lorrie, que le está pegando un buen repaso a Marina.

—No sé cómo van a encontrar el barco con esta niebla —dice Marina.

—¿Ah, pero hay niebla? —pregunto. Y yo tan convencido de estar contemplando un gigantesco muro gris... Pues no, resulta que es un enorme ventanal que da a la cubierta de estribor—. ¡Vaya! —masculló.

—Estos trasatlánticos disponen de un sistema de radar muy sofisticado... —empieza a decir Stephen.

—Disculpa —le interrumpe Lorrie, sin apartar la mirada de Marina—. ¿No nos conocemos?

Marina examina a Lorrie.

—No estoy...

—¿No nos hemos visto en alguna parte? —pregunta Lorrie—. Tú cara me suena mucho.

—Es modelo —intervengo yo—. Por eso te suena.

—No, no es eso. —Lorrie vuelve a la carga, aunque es toda miel—: ¿Vives en Nueva York? ¿No pudimos habernos conocido allí?

—No creo —responde Marina con una sonrisa, aunque luego añade secamente—: Pero quién sabe. —Alza su copa de champán y la acerca a sus labios, pero no toma siquiera un sorbo.

—Juraría que ya nos conocemos —murmura Lorrie, ya algo demasiado pesada con tantas miraditas—. Sí, sí, seguro.

—Vaya. —La voz de Marina revela cierta desconfianza.

—Estoy segura de que nos hemos visto antes —insiste Lorrie.

—¿Dónde, cariño? —pregunta Stephen.

—Eso es lo que no recuerdo —murmura Lorrie.

—¿Viajáis a menudo a Estados Unidos? —inquire Marina.

En éstas aparece nuestro camarero y Stephen propone que pidamos la cena antes

de que el barco se detenga, cosa que apruebo para que la velada prosiga en otro lugar. Marina se hace la remolona, asegurando que no tiene apetito. Stephen dice algo así como: «No se te ocurra pedir el menú infantil, querida», lo cual nos da pie para «soltar la risita». Primer plato: caviar. Segundo: las chicas optan por los medallones de langosta en lugar del foie-gras. Tercero: pato. Stephen pide al sumiller dos botellas de un vino de cosecha. El hombre lo mira impresionado por sus conocimientos sobre el particular.

—¿De qué conocéis a Victor? —pregunta Marina.

—En realidad somos amigos de su padre —responde Stephen.

—Yo no había visto a esta gente en mi vida.

—¿De veras? —pregunta Marina, volviéndose hacia mí—. ¿Quién es tu padre?

—Mejor que dejemos el tema —respondo—. Estoy de vacaciones y quiero relajarme.

—¿Has estado hace poco en Berlín? —pregunta Lorrie a Marina, casi a bocajarro.

—No. —Marina sonrío pero se nota que está bastante nerviosa. Al cabo de unos instantes repite—: No.

—Yo diría que nos conocimos en Berlín, pero llevabas otro peinado —murmura Lorrie, como si insinuara algo—. Sí, fue en Berlín.

—Por favor, cariño, creo que ya podríamos cambiar de tema —sugiere Stephen.

—Hace años que no voy a Berlín —dice Marina con el ceño fruncido.

—Es horrible. Me pone frenética no saber dónde nos hemos visto antes —machaca Lorrie.

—Marina es modelo —insisto. Para conseguir que me sirvan otra copa de champán, opto por tirar al camarero de la manga—. Por eso te suena su cara.

El sumiller descorcha las dos botellas de vino, y después de que Stephen las ha catado las escancia en unas frascas y los cuatro nos concentramos en los platos decorados con un filete dorado que un camarero deposita ante nosotros al tiempo que otro se acerca con un carrito en el que transporta la lata de beluga. Mientras el maitre nos sirve el caviar y yo suelto el rollo sobre el nuevo diseño —no el antiguo, el nuevo— de la revista *Raygun*, un fotógrafo que espía a los comensales en busca de algún famoso nos interrumpe para preguntarnos si queremos que nos haga una fotografía.

—Excelente idea —contesto alzando excesivamente la voz y dando una palmada.

—No, no —protestan los Wallace, meneando la cabeza tajantes.

—Quizá después de cenar —dice Lorrie.

—Venga, animaos. —Me vuelvo hacia Lorrie—. Así tendremos un bonito recuerdo.

—No, Victor —replica Marina—. Ahora no.

—Ya vale, Víctor —interviene Stephen—. Dejémoslo para más tarde.

El fotógrafo se agacha junto a la mesa y espera a que nos decidamos.

—¡Será posible! Lo que hay que aguantar. Haznos la foto de una vez, joder — ordeno al fotógrafo.

—Por favor, Victor —suplican los Wallace al mismo tiempo.

—En estos momentos no me siento muy fotogénica —protesta Marina, cosa que ni ella misma se cree.

—Pues yo estoy más que dispuesto para que me immortalicen —exclamo—. Dispara de una vez, hombre.

Justo en el momento en que se dispara el flash me inclino hacia Marina, quien se aparta un poco y en ésas le da un cabezazo al maitre justo cuando el tipo se retiraba para esperar pacientemente el momento de seguir sirviendo el caviar.

Los Wallace me miran muy serios mientras yo facilito al fotógrafo mi nombre y número de camarote y le encargo cuatro copias. Cuando éste se aleja, el capitán anuncia a través del intercomunicador que el *Queen Elizabeth II* se detendrá dentro de unos minutos y nos ruega que permanezcamos sentados, también añade que no merece la pena que nos levantemos porque tampoco veríamos nada debido a la niebla y que dentro de poco reanudaremos la travesía. A pesar de lo explícito de las instrucciones, la mayoría de los plastas que están en el Queen's Grill pasan de la recomendación del capitán y se levantan para dirigirse a la cubierta de estribor, entre ellos —a Dios gracias— los Wallace, aunque yo diría que es una excusa como otra cualquiera para hablar con el director. El maitre termina de servir el caviar y se larga. Mientras me sirvo una copa de vino blanco de una de las frascas, Marina me da unos golpecitos en el hombro.

—Victor.

—Creo que están cabreados conmigo —comento—. Les ha fastidiado lo de la foto. Estos ingleses de mierda... ¡Dios santo! Tú y yo ya estamos acostumbrados a estas cosas, pero...

—Victor —repite Marina.

—Vale, vale, lo siento —respondo—. Tía, estás que te sales.

—Victor, vas borracho —señala Marina.

—Estás pero que...

—Tengo que hablar contigo, Victor.

—Y yo contigo —contesto agarrándole la mano debajo de la mesa.

—No, en serio —dice Marina, y aparta la mano.

—Yo también. —Me inclino hacia ella en un alarde de insistencia.

—Ya basta, Victor. —Marina parece bastante harta—. Deja de hacer tonterías.

—Tía, estás que...

—Me voy —decide Marina mirando a los Wallace—. Llámame cuando hayas terminado de cenar.

—No, no y no —protesto. Cuando veo cómo se presenta la situación, me sereno

de inmediato—. Ni hablar. Quédate, tía, no me dejes con...

—Yo me marcho ahora y tú me llamas a mi camarote cuando hayas terminado de cenar —puntualiza Marina como si hablara con un niño un poco tontito.

—¿Por qué no puedo acompañarte? —pregunto—. Pero bueno, ¿es que pasa algo malo?

—Tengo que irme —repite Marina levantándose de la silla.

—Te acompaño. —Intento retenerla agarrándola del brazo—. Ya lo tengo: fingiré que me ha dado un síncope.

—¡Que no! —responde Marina—. Suéltame.

—Por favor...

—Es preciso que me llames en cuanto termines de cenar —repite Marina antes de alejarse de la mesa—. ¿Me has entendido?

—Sí. —Alzo la cabeza y la miro entornando los párpados—. Quieres que... tengo que llamarte después de cenar.

—Vale. —Marina suspira aliviada.

—¿Pero se puede saber qué coño está pasando?

—No tengo tiempo de explicártelo.

Los Wallace se dirigen hacia la cubierta de estribor junto con la mayoría de pasajeros. En el comedor resuenan unos murmullos de protesta porque no han conseguido echar un vistazo al diabético de marras. ¡Lo que hay que aguantar!

—Tía, es que no entiendo nada —comento.

—Despídeme de los Wallace —responde Marina, y en cuanto me doy la vuelta ya ha salido del comedor.

Yo la observo mientras desaparece por el pasillo. Luego me fijo en un camarero que al ver mi expresión se encoge de hombros con aire de tristeza, como compadeciéndose de mi.

—Hay una niebla que ni te cuento —observa Stephen, apartando la silla de Lorrie para que se siente.

—¿Adónde ha ido tu amiga? —pregunta la mujer.

—No lo sé —suspiro—. Me parece que se ha cabreado por algo.

—Espero no haber dicho nada que la haya molestado —suspira Lorrie.

—Tómame el caviar, cariño —tercia Stephen.

Más tarde los Wallace insisten en que les acompañe a una fiesta karaoke en el club Lido, pero estoy tan borracho que ni siquiera logro distinguir los detalles que me rodean. Antes de largarme a toda prisa hacia mi camarote la cámara enfoca el postre: un plato decorado con un filete dorado, frambuesas, grosellas y dos montoncitos de mousse de vainilla, todo ello dispuesto junto a un bonsai de chocolate.

De regreso en mi habitación, con un ciego total, marco el número del camarote de Marina, pero no contesta. Cuando pregunto a la telefonista si no me habrá pasado con otro camarote, la tía me suelta una impertinencia. Después de colgar, persigo el minibar por el camarote para tomarme un trago de champán, que bebo directamente del botellín. Debido a mi estado, se me derrama toda la espuma por las manos y tengo que secarme en el albornoz gentileza de la casa. Acto seguido busco una copia del guión, pero nada; me doy por vencido y me pongo a deambular por la habitación. Enciendo un cigarrillo. La niebla oculta totalmente la vista desde la proa del barco que aparece en la pantalla del televisor.

—¿Victor?

Es Marina. Le tiembla la voz, como si hubiera estado llorando.

—Hola —respondo en un tono que espero resulte tranquilizador—. ¿Te ha llamado Gavin? ¿Qué pasa? Oye, tía, pareces con la moral por los suelos.

—Tenemos que hablar.

—Genial —contesto incorporándome—. ¿En mi camarote?

—No.

—Vale, vale —respondo. Luego añado tentativamente—: ¿En el tuyo?

—No me parece prudente —susurra Marina.

Hago una pausa, dándole vueltas al asunto.

—Oye, mira —digo suavemente—, tengo unos condones.

No se le ocurre nada más que colgarme.

Marco el número de su camarote.

Marina atiende la llamada antes de que suene el segundo tono.

—Hola, soy yo.

—No dará resultado —murmura Marina como para sus adentros. Por su tono intuyo que está asustada.

—¿Qué quieres decir? —pregunto—. ¿Prefieres que usemos los tuyos..., si es que te has traído condones?

—¡No es eso! —se indigna.

—Pero tía, qué bestia —protesto alejando el auricular. Luego me lo acerco de nuevo al oído y pregunto—: ¿Se puede saber qué mosca te ha picado?

—Ha ocurrido algo que debemos explicarte, Victor.

—Oye, lo siento mucho, te juro que no quería pasarme. Ya verás: me leeré el resto del guión, esperaré a que nos conozcamos un poco más, seré buenecito.

—¡Es que eres imbécil perdido! ¡Te digo que corres peligro, joder! —grita Marina.

—No te me pongas histérica...

—¿Te han entregado algo para que lo lleves a Londres? —pregunta angustiada.

—¿A qué te refieres? —respondo mientras me contemplo en el espejo de la cómoda para comprobar mi peinado.

—¿Te han pedido que lleves un objeto, un paquete, un sobre, a Londres? —pregunta de nuevo Marina, que pone todo su empeño en conservar la calma.

—¿Como qué?

—¡Y yo qué sé! —estalla Marina—. Un obsequio, algo que debes entregar a otra persona.

—¡Sí, ahora caigo! —exclamo.

—¿Qué es? —pregunta Marina impaciente.

Hago una pausa antes de emitir una risita.

—Nada más ni nada menos que yo mismo en persona.

—Qué burro eres, Victor —exclama Marina—. ¿Estás seguro de que no te entregaron algún objeto? Piensa y calla.

—A estas alturas me veo incapaz.

—Por favor, Victor, procura despabilarte.

—Iré a verte a tu camarote —digo—. Ya veo que necesitas un masajito para aliviar el estrés. Deja que te aplique mi célebre masaje garantizado para eliminar todo tipo de tensiones...

—Te espero en el club Lido.

—¿Por qué no quieres que vaya a tu camarote? —pregunto en tono lastimero, desilusionado.

—Porque es mucho más seguro que nos veamos en un lugar donde haya gente —contesta Marina.

—Oye, tía...

Marina cuelga. A todo esto se supone que yo debo quedarme mirando el teléfono y encogerme de hombros, cosa que hago.

6

Me lavo la cara con agua fría en un intento de recuperar rápidamente la sobriedad, pero cuando compruebo que todos mis esfuerzos son en vano, me limito a procurar no dar demasiados bandazos en mi trayecto hacia el club Lido. Por fortuna, está tan

cerca de mi camarote que consigo llegar sin perder el conocimiento ni partirme la crisma en una escalera. En el club Lido no hay ningún llenazo, porque la fiesta de karaoke que han mencionado los Wallace se ha trasladado al camarote del señor Kusoboshi, según me informa el barman cuando me siento y evito pedir un martini, para acabar decidiéndome por una cerveza light. De vez en cuando miro a través del ventanal que da a la cubierta sumida en la niebla; el vapor que brota del agua de una piscina iluminada por los focos se mezcla con la bruma. Exasperado, un tripulante señala a alguien que está de pie junto a la barandilla; la espesa niebla se arremolina a ratos y esconde la misteriosa figura, aunque en general parece un recio muro de hormigón vagamente transparente dentro del cual se halla la persona en cuestión como perdida. Firmo con un garabato la cuenta de mi cerveza y abandono el local.

En la cubierta reina el silencio, excepto por el sonido de las máquinas de humo que generan las gigantescas nubes de niebla. El barco parece deslizarse más despacio de lo habitual. Marina está de espaldas a mí, vestida con una parka de lana con capucha, un modelo de Prada que le sienta de maravilla a pesar de ser varias tallas más grande de lo necesario.

Cuando le doy unos golpecitos en el hombro, ella da un respingo, pero no se vuelve hacia mí. El frío y la humedad me hacen tiritar. Al contemplar a Marina, me parece más alta que antes, de manera que me agacho disimuladamente para ver si lleva tacones y me extraño al comprobar que se ha puesto unas Nike que también me resultan exageradas; pero como de todos modos no recuerdo haberme fijado antes en sus pies, igual me estoy haciendo un lío.

—¿Marina? —pregunto—. ¿Eres tú?

Tras una pausa, la cabeza encapuchada asiente.

—¿Te encuentras bien? —Agito inútilmente la mano para alejarla apestosa niebla de pacotilla—. ¿Qué pasa? ¿Te ha llamado Gavin? ¿Qué te ocurre?

—No puedes venir conmigo a París —susurra Marina. Tiene la voz ronca, como si hubiera estado llorando—. Debes ir a Londres.

—Oye, ¿a qué viene ese cambio? —Le agarro el hombro—. Pero bueno, mírame al menos.

La cabeza encapuchada hace un gesto en sentido negativo.

—Estás borracho, Victor —protesta Marina, y se aparta sin volverse hacia mí siquiera.

—¿Cómo lo sabes si no me miras? —pregunto casi suplicando.

—No es necesario: se huele a un kilómetro. —Marina emite una tos bronca.

—Pero mujer, acércate un poco —murmuro inclinado hacia ella—. No sabes las ganas que tengo de ir a París contigo.

—Victor, estás borracho —protesta la voz, un poco más lejos que antes.

—No, señora, eso no me sirve —replico—. Como mínimo podrías hacerme el

honor (ejem) de ofrecer una excusa más inteligente. —Tras esta parrafada suelto un sonoro eructo, y me apresuro a disculparme. Por más que intento que Marina se vuelva hacia mí ella sigue en sus trece, arrebuñándose en su cazadora.

—Vete —dice Marina. Tose de nuevo y farfulla unas palabras que no logro captar.

—No, ni hablar —me obstino.

—Te lo ruego, Victor.

—Dijiste que querías verme —le recuerdo—. Pues aquí me tienes. En un estado de ánimo receptivo y dispuesto a escucharte.

—Sólo quería decirte que no puedes acompañarme a París...

—Pero tía, haz el favor de mirarme —repito—. Entremos en el bar a tomamos un café calentito, un capuchino, ¿vale?

En éstas Marina me agarra la mano sin volverse y musita algo sobre mi habitación.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho, preciosa? —respondo en voz baja y acercándome un poco más, casi aturdido ante la increíble perspectiva de acostarme con ella, aunque también por el champán y el aroma que emana la cazadora de Prada.

—Vayamos a tu habitación —responde Marina con un suspiro. Por su voz diría que está un poco ronca.

—Perfecto, has tenido una idea genial... —empiezo a decir.

Sin soltarme la mano, Marina echa a andar a través de la niebla que envuelve la cubierta del barco. Avanza tan rápido, con unas zancadas tan grandes, que apenas consigo seguirla.

—Vaya, ¿a qué vienen esas prisas, tía? —murmuro, pero dejo que me arrastre a toda velocidad por la cubierta en dirección a mi camarote.

Cuando llegamos, yo estoy jadeando como un perro y me entra la risa tonta; saco la llave y se me resbala de los dedos.

—Uf, tía, estoy que ni coordino. —Trato de agacharme para recoger la llave, pero Marina se me adelanta, abre la puerta y entra tan campante en el camarote llevándome casi a rastras. Apaga todas las luces y sigue sin volverse. Yo me tumbo en la cama y la agarro de una pierna cuando pasa por delante.

—Salgo enseguida —dice desde el baño antes de cerrar la puerta. Me incorporo con un gruñido, me quito los zapatos y los dejo caer junto a la cama. Alargo la mano para encender unas luces pero no consigo alcanzarlas; me doy cuenta de que estoy demasiado borracho para hacer nada.

—Oye, ¿no prefieres hacerlo con luz? —pregunto desplomándome de nuevo sobre la cama—. ¿Me has oído?

La puerta del baño se abre y por unos instantes veo a Marina con la capucha colgando sobre sus hombros, pero por más que me esfuerzo no consigo distinguir sus rasgos, sólo vislumbro su silueta iluminada por la luz del baño, una figura oscura que

avanza hacia mí, entornando la puerta tras ella. En el camarote hace un frío polar y mi aliento forma nubecillas en la penumbra de la habitación. Marina se arrodilla junto a la cama, el pelo le resbala sobre el rostro, y empieza a quitarme los pantalones del esmoquin al mismo tiempo que los calzoncillos Calvin Klein, que acaba lanzando a un rincón.

Luego apoya las manos sobre mis muslos y me separa las piernas, deslizando poco a poco la cabeza hasta que la apoya sobre mi cintura. Curiosamente, tengo la polla dura como una piedra, y Marina empieza a lamerme y succionarme la punta mientras me sujeta el miembro por la base, y enseguida empieza a acariciármelo con movimientos ascendentes y descendentes.

—Quiero besarte —gimo y la sujeto por debajo de los brazos para que se ponga encima de mí. Me doy cuenta de que no se ha quitado ni la cazadora, y cuando por fin consigo bajársela un poco, descubro unos hombros pálidos y musculosos en los que destaca una especie de tatuaje, semioculto por el tirante de una camiseta blanca, sobre el omóplato derecho.

—Vamos, desnúdate ya —suplico con voz ronca, pero Marina me retiene sobre la cama, mi polla entra y sale de su boca, su cabello me acaricia las caderas, su lengua se desliza hábilmente, yo me coloco de forma que me permita metérsela toda entera; me sujeta las caderas con ambas manos y sigue mamándomela con avidez, empiezo a soltar ruiditos de placer, me subo la camisa para no manchármela cuando me corra, me masturbo mientras ella me chupa los huevos y me mete un dedo en el culo, por más que trato de apartarle la mano, jadeo y noto que estoy a punto de correrme; la cabeza me da vueltas y veo a través de un objetivo borroso a Marina moviéndose por la habitación, rebuscando en los cajones.

—¿Por qué llevas una peluca? —pregunto antes de perder el conocimiento, cosa que no deseo hacer porque tengo que enseñarle muchas cosas.

5

La sirena del mediodía me devuelve a la realidad. En plena noche me desperté envuelto en unas mantas, pero nadie me había quitado la camisa del esmoquin y la pajarita. Incapaz de permanecer inmóvil en la posición fetal en la que me encuentro —debido a un intenso dolor— alargo la mano para descolgar el teléfono pero me doy

cuenta de que me he saltado el almuerzo y que aunque llame al servicio de habitaciones no podría probar bocado. Tengo la lengua como un papel de lija; me levanto, me encamino al baño dando traspiés y gritando «¡lo que hay que aguantar!, ¡lo que hay que aguantar!» y bebo agua del grifo del lavabo, que sabe a porquería pura. Luego, confundido, observo mi imagen reflejada en el espejo: tengo la piel deshidratada y congestionada, el pelo revuelto y de punta, al nada elegante estilo de los ochenta, y el escaso vello que me crece en el vientre cubierto de semen reseco. Después de darme una ducha la jornada parece salvable y algo menos deprimente. Me visto, ingiero tres Advil, me echo unas gotas de Visine en los ojos y me desplomo a lo bruto sobre la cama. Llamo al camarote de Marina pero no contesta.

4

La sirena del mediodía me devuelve a la realidad. En plena noche me desperté envuelto en unas mantas, pero nadie me había quitado la camisa del esmoquin y la pajarita. Incapaz de permanecer inmóvil en la posición fetal en la que me encuentro—debido a un intenso dolor— alargo la mano para descolgar el teléfono pero me doy cuenta de que me he saltado el almuerzo y que aunque llame al servicio de habitaciones no podría probar bocado. Tengo la lengua como un papel de lija; me levanto, me encamino al baño dando traspiés y gritando «¡lo que hay que aguantar!, ¡lo que hay que aguantar!» y bebo agua del grifo del lavabo, que sabe a porquería pura. Luego, confundido, observo mi imagen reflejada en el espejo: tengo la piel deshidratada y congestionada, el pelo revuelto y de punta, al nada elegante estilo de los ochenta, y el escaso vello que me crece en el vientre cubierto de semen reseco. Después de darme una ducha la jornada parece salvable y algo menos deprimente. Me visto, ingiero tres Advil, me echo unas gotas de Visine en los ojos y me desplomo a lo bruto sobre la cama. Llamo al camarote de Marina pero no contesta.

Cuando doy con el camarote de Marina llamo a la puerta, pero nadie responde. Como es lógico, está cerrado con llave. Vuelvo a llamar y aplico la oreja a la puerta: silencio. Mientras deambulo por el pasillo, todavía aturdido, sin saber qué debo hacer después de disculparme por haberme emborrachado, veo a unas camareras que están limpiando unas habitaciones situadas a cinco camarotes del de Marina y se dirigen lentamente hacia donde me encuentro. Decido darme una vuelta por la cubierta de

estribor, pero termino paseando arriba y abajo por un pequeño tramo del mismo, con las gafas de sol puestas, rezongando para mis adentros; el viento que sopla del Atlántico me obliga a dar vueltas y más vueltas hasta que finalmente regreso al camarote de Marina. Está abierto y el director da la señal de que entre la camarera, que deje junto a la puerta una enorme bolsa de lona llena de ropa sucia.

Llamo, me asomo y carraspeo para anunciar mi presencia. La camarera, que está deshaciendo la cama, alza la cabeza y me mira.

—¿Puedo ayudarle? —pregunta sin sonreír y con un áspero acento escocés.

—Hola —respondo, afanándome en mostrarme simpático pero sin conseguirlo—. Busco a la chica que ocupaba este camarote.

—¿Sí? —pregunta la sirvienta, sosteniendo la pila de sábanas.

—Yo... esto, verá, es que me dejé una cosa —digo, y aprovecho para entrar en el camarote, en el que observo: una cesta de fruta intacta, que al parecer alguien ha derribado; el teléfono con el que Marina me llamaba tirado de cualquier manera en un rincón junto a la cama, ocupando el lugar de la mesilla de noche, como si la última persona que hablo por él se hubiera agazapado detrás de la cama para protegerse.

—Señor... —protesta la camarera, que empieza a impacientarse.

—Tranquila, tranquila. Es mi novia.

—Es mejor que regrese más tarde, señor —indica la camarera.

—Vale —murmuro, y levanto la mano en señal de rendición para que se calle.

El armario ropero está vacío: falta la ropa, las maletas e incluso los colgadores. Paso junto a la camarera y me pongo a rebuscar en los cajones de la cómoda, pero están igual de vacíos.

—Le ruego que se vaya, señor —insiste la sirvienta, mirándome con cara de pocos amigos—. Si no se marcha tendré que llamar a seguridad.

Yo no le hago ni puto caso. Observo que la puerta de la caja fuertes está abierta y encuentro un bolso de Prada —de nailon con el triángulo de metal que identifica la marca— semioculto dentro. Me acerco a la caja fuerte y la camarera, que está a mis espaldas, sale apresuradamente del camarote.

Abro el bolso lentamente, meto la mano y compruebo que está prácticamente vacío, excepto por un sobre.

La resaca me martiriza, estoy con los nervios de punta y me doy cuenta de que mi respiración es casi un jadeo cuando extraigo del bolso unas polaroids.

Son ocho fotografías más. Dos fueron tomadas backstage, en lo que parece un concierto de los Wallflowers: al fondo, un póster del grupo; un sudoroso Jacob Dylan, con un toalla sobre los hombros, sostiene detrás de mí un vasito de plástico rojo. Dos más fueron tomadas durante una sesión de fotos: unas manos me aplican maquillaje con un pincel mientras yo, con los ojos cerrados, mantengo una expresión serena; junto a mí, Brigitte Lancome instala una cámara. Las otras cuatro: yo de pie al borde

de una piscina luciendo unos shorts y una camiseta, sin camisa y rodeado de colchonetas; en dos de las polaroids un gigantesco sol color naranja derrama sus rayos a través de la niebla, y a mis espaldas, tras una alta cristalera que se abre junto a una jovencísima camarera japonesa ataviada con un *sarong*, se extiende la gigantesca ciudad de Los Ángeles. Las dos últimas fueron tomadas al atardecer; a mi lado Rande Gerber extiende un brazo por encima de mis hombros, y junto a nosotros, una persona que no logro identificar enciende unas antorchas tiki.

El lugar es el Sky Bar del hotel Mondrian, inaugurado hace poco, que reconozco porque lo he visto en varias revistas. Las diferencias: mi nariz ofrece un aspecto distinto —más ancha y algo más aplastada—, y tengo los ojos muy juntos; en el mentón, más marcado, observo un hoyuelo; además, jamás he llevado el pelo cortado de forma que pueda hacerme la raya al lado.

Jamás he asistido a un concierto de Wallflowers.

Brigitte Lancome jamás me ha hecho una fotografía.

Jamás he puesto los pies en el Sky Bar de Los Ángeles.

Guardo las fotos de nuevo en el bolso de Prada, porque su simple contacto me desazona.

El baño apesta a tinte de pelo y desinfectante; el suelo está mojado y reluciente pese a que la sirvienta no lo ha limpiado; junto a la bañera hay una alfombra arrugada y en un rincón observo varias toallas húmedas tiradas de cualquier modo con unas extrañas manchas. No hay objetos de tocador, ni frascos de champú, ni pastillas de jabón en el borde de la bañera. A continuación alguien me indica que me agache junto a la bañera y que deslice la mano sobre el desagüe. Después de palparlo observo que tengo los dedos manchados de un extraño color rosado. Cuando introduzco el dedo en el desagüe noto algo suave al tacto, y al retirar la mano —involuntariamente, alarmado por haber tocado algo suave— el color rosado es más intenso, más rojo.

Detrás del váter encuentro más sangre —no mucha, sólo la suficiente para impresionarme—, y al tocarla los dedos me quedan manchados de color rosa, como si la sangre se hubiera diluido con el agua o alguien hubiera tratado de limpiarla sin gran éxito.

A un lado del váter, incrustados en la pared, veo dos objetos pequeños y blancos. Arranco uno de ellos de la pared aplicando la presión necesaria, y después de examinarlo me vuelvo hacia el equipo de rodaje. Se produce un silencio hueco; unos técnicos proporcionan la fría iluminación del baño.

—Puede que se me haya ido la olla —digo en voz baja, como si respirara con dificultad—, pero esto es un diente, joder. —Luego alzo la voz, como si les acusara de algo, extendiendo la mano para mostrárselo o acaso ofrecérselo—. Es un diente, joder —repito, temblando de la impresión—. Es un diente, joder —repito una vez

más. A continuación me indican que salga corriendo de la habitación.

3

Siguiendo las indicaciones del director me dirijo a seguridad, pero como no existe tal cosa a bordo rodamos esta escena junto a la biblioteca, ante una mesa que representa una oficina. Para crear ambiente: un ordenador sin conectar, cuatro agendas en blanco, una lata vacía de Coca-Cola Light, el número del mes pasado de *People*. Un joven actor inglés —que ha hecho unos pequeños papeles en *Trainspotting* y en *Emma*, la obra de Jane Austen, y que parece perdido incluso antes de que yo diga una palabra— está sentado detrás de una mesa improvisada, haciendo de vulgar empleado, pálido, nervioso y bastante guaperas por ser un actor inglés en el papel de empleado de una oficina de seguridad.

—Hola, me llamo Victor Ward. Ocupo el camarote 101, en primera clase —empiezo a decir.

—¿Sí? —El empleado ladea la cabeza, trata de sonreír y está en un tris de conseguirlo.

—Busco a una tal Marina Gibson...

—¿Que busca...?

—A una tal Marina Gibson, que se aloja en el camarote 402.

—¿Ya ha mirado en el camarote 402? —me interrumpe el empleado.

—Sí, pero la señorita en cuestión no estaba en el camarote 402, ni, según parece —respiro hondo y suelto el resto de la frase de un tirón—, tampoco ninguna otra persona y necesito dar con ella y... en fin, que me gustaría que intentaran localizarla por megafonía.

Se produce una pausa que no figura en el guión.

—¿Por qué desea que la localicemos, señor? —pregunta el empleado.

—Pues porque... —respondo sin saber muy bien qué decir— creo que ha desaparecido. —De pronto me entra el tembleque y me agarro a los lados de la mesa ante la que está sentado el guaperas inglés para no perder el control—. Creo que ha desaparecido —repito.

—¿Cree que una pasajera... ha desaparecido? —pregunta el otro despacio, inclinándose ligeramente hacia atrás.

—Quiero decir que... bueno, quizá se haya trasladado a otro camarote.

—Eso es bastante improbable, señor —replica el empleado meneando la cabeza.

—Habíamos quedado en almorzar juntos y no se ha presentado. —Cierro los ojos, procurando no perder la calma—. Quiero que la localicen por...

—Lo lamento, señor, pero no podemos llamar a una persona por el sistema de megafonía sólo porque no se haya presentado a almorzar, señor —replica el actor.

—¿Podría al menos confirmarme si esa señorita se aloja en ese camarote? ¿Qué le parece? ¿Podría hacerme ese favor? —pregunto, apretando los dientes.

—Puedo confirmárselo, señor, pero lo que no puedo hacer es facilitarle el número de camarote de un pasajero.

—No le estoy pidiendo que me facilite ningún número de camarote, joder —contesto ya bastante harto—. No le estoy pidiendo que me facilite el número de camarote de un pasajero. Ya me sé el número del camarote de los cojones. Sólo quiero que me confirme si esa chica está en el 402.

—¿Marina...?

—Marina Gibson —recalco—. Como Mel. Mel Gibson. Pero se llama Marina.

El empleado abre una de las agendas donde se supone que tienen el listado de los pasajeros. Luego se desliza en su silla con ruedas hacia el monitor, pulsa unas teclas, asume un aire competente, va consultando un gráfico tras otro, todo ello aderezado con una serie de suspiros.

—¿Qué número de camarote me ha dicho, señor?

—El 402 —contesto, y tengo que contenerme para no soltarle un par de sopapos.

El empleado hace una mueca, comprueba unos datos en la agenda y luego me mira con expresión ausente.

—Ese camarote no está asignado a nadie —me informa.

Se produce una larga pausa antes de que yo acierte a preguntar:

—¿A qué se refiere? ¿Cómo que no está asignado? Anoche llamé a ese camarote. Alguien contestó el teléfono. Hablé con alguien que estaba en la habitación ¿Cómo que no está asignado?

—No, señor, el camarote 402 no está ocupado —responde el empleado—. En esa habitación no se aloja ningún pasajero.

—Pero... No, no, eso es imposible.

—No se preocupe, señor Ward, estoy seguro de que esa señorita aparecerá —me tranquiliza el empleado.

—¿Y usted qué sabe? —le suelto, pálido y angustiado—. ¿Dónde coño podría estar?

—Quizás esté en el spa de mujeres —sugiere, encogiéndose de hombros.

—Sí, sí, claro —murmuro—. El spa de mujeres... —Pausa—. Un momento, ¿pero hay un spa de mujeres a bordo?

—Estoy seguro de que esta situación tiene una explicación lógica, señor Ward...

—No se le ocurra decir eso. —Me estremezco y alzo las manos—. Cada vez que alguien suelta una estupidez parecida todo se va a la mierda.

—Señor Ward, le ruego...

—Creo que esa chica se ha metido en un lío —insisto, inclinándome sobre el otro—. ¿Me ha oído? ¡He dicho que creo que tiene graves problemas!

—Pero es que en la lista de pasajeros no consta ninguna Marina Gibson —responde el empleado—. En este crucero no se ha registrado ninguna Marina Gibson.

El empleado me mira como si fuera incapaz de comprender la expresión de mi rostro.

Espero en el vestíbulo, sentado en una sillita, y voy fijándome en todas las personas que entran y salen del spa de mujeres hasta que cierran las instalaciones.

2

F. Fred Palakon me llama sobre las 7. Llevo en mi camarote desde las 5, hora en que cerró el spa de mujeres, pensando en la posibilidad de recorrer todo el barco en busca de quienquiera que se hiciera pasar por Marina Gibson. Por fin renuncio a ello debido al hecho de que han deslizado debajo de mi puerta la fotografía que nos tomaron durante la cena de anoche, en un sobre que lleva el logo del *Queen Elizabeth II*. La foto no ha salido muy bien, sobre todo porque en ella no aparecen los Wallace.

Cuando veo a la pareja que está sentada a la mesa en el Queen's Grill resulta que son unas personas a las que no he visto en mi vida y que encima no se parecen ni por asomo a los Wallace. El hombre que me mira con cara de pocos amigos es mucho mayor que Stephen; la mujer, que parece algo desorientada y mantiene la vista clavada en el plato, es mucho menos atractiva y elegante que Lorrie.

Marina tiene la cabeza vuelta, de manera que apenas alcanzo a distinguir su rostro.

Sólo yo sonrío relajado, lo cual no deja de asombrarme, porque los únicos elementos que me resultan remotamente familiares son el montoncito de caviar sobre mi plato, las frascas de vino que pidió Stephen y las japonesas, que siguen sentadas a la mesa junto a la nuestra.

Sobre el escritorio ante el cual estoy sentado, fumando como un descosido,

aparecen extendidas la foto original y tres copias que encargué; en la habitación hace tantísimo frío que llevo dos jerseys de J. Crew debajo del gigantesco abrigo de Versace. Persisten los restos de la resaca, como un ingrato recordatorio.

Soy vagamente consciente de que el barco llega mañana a Southampton.

—¿De modo que ya no piensa ir a París? —comenta Palakon—. ¿De modo que al final ha decidido ir a Londres?

Tras un largo silencio por mi parte, Palakon pregunta con tono apremiante:

—¿Oiga? ¿Oiga?

—Sí —respondo secamente—. ¿Se puede saber cómo ha llegado a esa conclusión?

—He intuido un cambio de planes —contesta Palakon.

—¿Y eso?

—Digamos que sé que esos ataques de precipitación que le asaltan no suelen durar mucho. Digamos que me concentro intensamente en usted, en lo que dice y hace. —Una pausa—. Por lo demás, ahora mismo lo veo todo desde un punto de vista diferente.

—*I'm a lover, not a fighter*^[55], Palakon —suspiro.

—Hemos localizado a Jamie Fields —dice Palakon.

Alzo brevemente la vista.

—De modo que mi misión ha terminado.

—No —contesta Palakon—. Pero lo tiene más fácil.

—¿Qué está haciendo en estos momentos, Palakon? —pregunto—. Ya me lo imagino: le está haciendo la pedicura alguno de sus lacayos mientras usted se zampa una caja de chocolatinas.

—Jamie Fields se encuentra en Londres —prosigue Palakon—. La encontrará pasado mañana en los estudios donde está rodando una película. En el hotel le entregarán toda la información que precisa. Le recogerá un chófer...

—¿Una limusina? —le interrumpo.

Tras una pausa, Palakon responde suavemente:

—Sí, señor Ward, una limusina...

—Gracias.

—... le recogerá en Southampton y le trasladará a Londres, donde yo me pondré en contacto con usted.

Mientras Palakon sigue hablando me entretengo moviendo las fotografías de un lado a otro, en diverso orden. Enciendo otro cigarrillo con la colilla del último.

—¿Entendido, señor Ward?

—Sí, señor Palakon —respondo con una voz que no revela mi estado de ánimo.

Pausa.

—Parece usted nervioso, señor Ward.

—Trato de comprobar una cosa.
—¿Es eso cierto, o lo dice por decir?
—Mire, Palakon, tengo que...
—¿Adónde va?
—Dentro de diez minutos empieza una clase que no me perdería por nada del mundo: aprenda a modelar enanitos.
—Le llamaré cuando llegue a Londres, señor Ward.
—Ya lo he anotado en mi agenda.
—No sabe cuánto me alegro de oírlo, señor Ward.

1

En el piano bar me encuentro con Felix, el cámara, que está sentado ante varias copas de brandy semillenas y contempla apenado su imagen en los espejos situados sobre las hileras de botellas mientras fuma un Gauloise tras otro. El pianista —a quien para mi honor identifico con el monitor de la clase de aeróbic, el tipo con una dentadura de puta pena—, toca una melancólica versión de «Anything Goes»... Yo me siento en el taburete junto a Felix y deslizo la foto sobre la barra, junto a su brazo. El tipo ni se inmuta. Lleva por lo menos diez días sin afeitarse.

—Mira esa foto, Felix —digo, procurando dominarme.

—No estoy de humor para fotitos —responde Felix con desánimo, con ese acento suyo tan peculiar.

—Te aseguro que es importante —insisto—. Al menos, eso creo.

—No tengo por qué mirar esa foto, Victor.

—¡Que mires esta foto, de una puta vez, coño! —grito, totalmente fuera de control.

—Joder, pero qué genio —protesta Felix volviéndose hacia mí. Luego echa un vistazo a la foto y dice—: Vale. ¿Qué tiene de particular? Unos tipos comiendo caviar con cara de funeral ¿Y qué?

—Felix, yo no comí caviar con esa gente ni nada —respondo—. Pero mira, la foto existe —consigo terminar tartamudeando.

—¿A qué te refieres? —suspira Felix—. Joder, estoy hecho polvo.

—Esta foto no es la que nos hicieron anoche —respondo casi histérico—. Yo no

cené con esas personas. No son los Wallace. ¿No lo entiendes, Felix? No-conozco-a-esa-gente.

—Pero ése de la foto eres tú, Victor —observa Felix.

—Sí, soy yo ¿Pero quiénes son ésos, Felix? —pregunto dando unos golpecitos sobre la foto para recalcar mis palabras—. ¿Qué coño está pasando?

—¡Ah, la juventud desengañada! —suspira Felix.

—¿Pero qué dices, tío? Tú alucinas —le suelto, y miro alrededor para reafirmar mi declaración—. En este barco geriátrico no se ve a nadie de menos de sesenta años. Felix indica al barman que le sirva otra copa.

—Tengo miedo, Felix —confieso con un suspiro.

—No me extraña, ¿pero por qué?

—Por muchas razones.

—La vida a veces es muy amarga.

—Lo sé, lo sé, hay que aceptar lo bueno y lo malo... ¡Dios, Felix, cállate de una puta vez y mira la foto!

Al examinarla más de cerca, poco a poco Felix va demostrando más interés. La atmósfera que reina en el bar aparece brumosa, impregnada de humo; el pianista sigue tocando la melancólica versión de «Anything Goes» mientras varios extras que hacen el papel de institutrices, crupiers y camareros, todos ellos con algunas copas de más, escuchan embelesados. Yo me concentro en el silencio que rodea la música y trato de captar la atención del barman.

—Está trucada —dice Felix, con un carraspeo.

—¿En qué lo notas?

—El rostro de la chica no se distingue —contesta señalando a Marina.

—Ya, pero es que en el momento de dispararse el flash se volvió.

—No. Imposible.

—¿Cómo lo sabes?

—La posición del cuello..., ¿te fijas? —comenta Felix—. La posición del cuello indica que estaba mirando a la cámara. Han... ¿cómo se dice...? sobreimpresionado la cabeza de otra chica. —Tras una pausa, Felix pasa a examinar a los Wallace—. Y supongo que hicieron otro tanto con ellos —añade tras observar la foto con detenimiento—. Un trabajo bastante chapucero. —Felix suspira y deposita de nuevo la instantánea sobre la barra—. Pero quién sabe, a lo mejor estabas tan borracho que te sentaste a otra mesa sin darte ni cuenta.

—Pero qué dices, como si se me pudiera ocurrir sentarme con esa gente —me apresuro a negar—. Fíjate en el peinado de esa mujer. —Pido al barman un Absolut con arándanos (con una rodaja de lima, recalco) y cuando me lo sirve lo apuro de un trago, pero no me relajo ni por ésas—. Necesito echar un polvo —suspiro.

—No te inquietes, ya lo harás —dice Felix, carcajeándose.

—Me gustaría que dejaras de reírte como un cretino, Felix.

—¿Has leído el nuevo borrador?

—Pero hombre, si me están cambiando el guión cada dos por tres —protesto—. En el contrato que firmé no decía nada de eso.

—No estás acostumbrado a los desengaños, ¿verdad, Victor?

—Creo que a esa chica le ha ocurrido algo —respondo con tono sumiso—. Me refiero a... Marina.

—¿Crees que alguien ha cometido un error? —Bebe un generoso trago de brandy y aparta un poco la copa para que el camarero deposite otra ante él—. En serio, no me parece recomendable que la gente sepa demasiado.

—Pues yo creo que se ha producido... ¡Joder, Felix! Yo qué sé, una situación grave, algo imprevisto, y... —Dejo la frase a medias. Observo al pianista, a los extras que están sentados a las mesas, en los sofás, moviendo la cabeza al son de la música—. Nadie se ha inmutado siquiera, coño.

—Yo creo que deberías buscar una forma de vida más fructífera y armoniosa.

—¡Pero si acaban de publicar mi foto en la portada de *YouthQuake*! —exclamo—. ¿De qué coño estás hablando?

—Una cosa no tiene nada que ver con la otra.

—Dime que no estoy equivocado, dime que no soy un estúpido —le ruego—. Dime que no se trata de un asunto «al margen» de lo que nos ocupa, Felix. Me considero una persona bastante razonable.

—Lo sé, lo sé —responde Felix en tono afable, y da una calada al cigarrillo—. Es intolerable, ¿verdad?

—¿Y Palakon? —pregunto al cabo de unos momentos—. ¿Qué tiene que ver con todo esto?

—¿Quién? —inquire Felix.

—Palakon —suspiro—. El tío que me metió en este crucero de los horrores.

Felix guarda silencio y luego apaga el cigarrillo.

—No conozco a nadie que se llame Palakon.

Tras indicar al camarero que me sirva otra copa, murmuro irritado:

—¿Cómo es posible?

—Pues porque no figura en el guión, Victor —me asegura Felix.

Pausa.

—¡Pero qué dices! —exclamo alzando la mano, cabreado a más no poder—. A ti se te ha ido la olla, guapito.

—Te equivocas, Victor —replica el otro—. Y por favor, no vuelvas a llamarme «guapito».

—Mira, Felix, me refiero a un tipo que conocí en el Fashion Café. Una especie de eurolobo que me metió en todo este rollo. Palakon, ¿entendido?

Pero Felix insiste en que no le conoce. Yo le miro perplejo.

—Lo conocí en el Fashion Café después de que me persiguiera el jeep negro, ¿recuerdas? ¿Cómo es posible que no te suene el nombre de F. Fred Palakon?

Cuando Felix se vuelve hacia mí, parece más inquieto que de costumbre.

—No hemos rodado ninguna escena en que te persiguiera un jeep negro — contesta. Tras una larga pausa añade—: Ni tampoco en el Fashion Café.

Mientras observo la foto, siento como si algo se desmoronara en mi interior.

—Te aseguro que en el guión no interviene ningún Palakon —murmura Felix, contemplando también la foto—. Jamás he oído hablar de él.

Mientras trato de controlar mi agitación, el camarero deposita otra copa ante mí, pero siento que se me revuelve el estómago y se la paso a Felix.

—Creo que éste es el momento más adecuado para cortar la escena —dice Felix; se levanta y hace un bonito mutis.

0

En cubierta soplaba un aire húmedo; el cielo estaba más oscuro de lo habitual, casi negro, y había unos nubarrones inmensos, distorsionados, que parecían la guarida de un monstruo. En éstas estallaron unos truenos, que nos causaron una ligera aprensión, y más allá del firmamento nos aguardaba tierra firme. Encendí un cigarrillo en cubierta al tiempo que la cámara giraba a mi alrededor; una nueva dosis de Xanax había contribuido a desterrar las náuseas y unos tics muy molestos; «Crash into Me» de Dave Matthews sonaba en mis oídos a través de los auriculares del Walkman y se transmitía también a través de la banda sonora. Me senté en un banco, con las gafas de sol puestas, parpadeando sin cesar, sujetando una nueva revista que había fundado Gail Love llamada *A New Magazine*, hasta que no pude resistir más: tenía que moverme. En mi mente bailaban juguetonas, atormentándome, unas imágenes de Marina cayendo al negro océano, hundiéndose en el fondo apacible y arenoso, a leguas de distancias, engullida sin dejar rastro, o quizá tirándose por la borda porque le aguardaba una suerte infinitamente peor. Después de haber registrado mi camarote de arriba abajo sin dar con el sombrero que me había dado Lauren Hynde en Nueva York y que Palakon me había pedido que trajera conmigo, lo declaré oficialmente «desaparecido»; y aunque eso no tenía por qué constituir un problema,

yo presentía que era un problemón y de los gordos. Según el director, lo más importante era lo que yo no sabía.

En cubierta me puse a deambular de aquí para allá casi sin darme cuenta y pasé varias veces por delante de un puesto de algodón de azúcar que habían abierto «para los niños». Me encontré con los Wallace, quienes me rehuyeron; no logré interpretar las señales que transmitían sus falsas sonrisas y el corazón siguió latiéndome aceleradamente. El caso es que me sentía hundido, apático, una sensación que me pareció un tanto forzada y ni siquiera traté de combatir, convencido de que no podía hacer nada por remediarlo. Para animarme me dije que era modelo, que me representaba la CAA, que era un as en la cama, que mi dotación genética era excelente, que Victor era el rey; pero en cubierta empecé a dudarle seriamente. El joven alemán gay pasó junto a mí sin hacerme ni caso, pero en realidad nunca había encajado en la historia y mis escenas con él habían sido eliminadas sin que el proyecto se resintiera en absoluto. En cubierta el equipo de rodaje había comenzado a desmontar las máquinas de humo y a embalarlas en unas cajas.

Europa avanzaba hacia mí; a nuestro alrededor fluía el negro océano; las nubes comenzaron a dispersarse y unas motas de luz en el cielo se fueron agrandando hasta que volvió a hacerse de día. En cubierta me agarré a la barandilla e intenté hacer un cálculo aproximado de las horas que había perdido. La profundidad y la perspectiva se hicieron borrosas y luego adquirieron mayor nitidez; oí pasar a alguien a mis espaldas silbando «The Sunny Side of the Street», pero al volverme no vi a nadie, como era de esperar. Al bajar la vista para mirarme los pies, reparé en un pedacito de confeti junto a mi zapato, y luego en otro.

III

Una calle de Notting Hill.

Un nuevo Gap, mi Starbucks y un McDonald's; los tres en fila.

Una pareja sale del gimnasio Crunch con unas bolsas deportivas de Prada: por su aspecto se diría que han cargado las pilas. Pasan frente a unos BMW aparcados en una apretada hilera junto a la acera de Notting Hill, mientras a sus espaldas truena «Disco 2000», de Pulp, que brota del gimnasio.

Delante del Gap hay un grupo de adolescentes de caderas esbeltas, con el pelo largo y lacio, luciendo unas camisetas con eslóganes sarcásticos, comparando sus respectivas compras. Uno de ellos sostiene una edición de bolsillo del último libro de Irvine Welsh; se pasan un cigarrillo y en medio de la vacuidad general hacen un comentario desfavorable sobre una moto que baja rugiendo por la calle, reduce la marcha al llegar al semáforo y al final se para.

Un tipo igualito a Bono pasea un labrador negro y tira de la correa cuando el perro se precipita sobre unos restos de basura que quiere devorar, envueltos en Arch Deluxe.

Un hombre de negocios pasa junto al doble de Bono, frunciendo el ceño mientras examina la portada del *Evening Standard* sin soltar la pipa que lleva en la boca, y el doble de Bono pasa junto a una niñera, muy moderna ella, que empuja un cochecito para bebé de diseño, y la niñera pasa junto a dos estudiantes de bellas artes que comparten una bolsa de golosinas envueltas en papeles de colorines mientras observan a los maniqués de los escaparates.

Un turista japonés graba con su videocámara unos pósters, a unas chicas que salen del Starbucks, al doble de Bono con su labrador negro, a la niñera moderna, que se detiene para echar un vistazo al bebé que transporta en el cochecito de diseño.

El tipo de la moto sigue parado ante el semáforo, esperando a que cambie el disco.

Pulp da paso a una siniestra música de Oasis. Todos dan la impresión de llevar Nikes y se mueven de modo un tanto forzado, poco natural, casi programado; en éstas abren sus paraguas porque el cielo sobre Notting Hill presenta un frío color gris Dior, lo cual presagia un inminente chubasco, o al menos eso es lo que les han dicho.

A lo largo de un espacio de tiempo bastante dilatado ocurre lo siguiente:

Jamie Fields aparece corriendo en la calle de Notting Hill, agitando frenéticamente los brazos y lanzando a voz en grito una serie de confusas advertencias; una expresión de angustia menoscaba (¿o intensifica?) la belleza de su rostro, tiznado con unas manchas parduscas.

Un taxi que circula lentamente por la calle de Notting Hill está a punto de atropellar a Jamie Fields, que se arroja chillando sobre el vehículo. El conductor,

lógicamente aterrorizado, sube la ventanilla y se larga zumbando, sorteando de milagro al tipo de la moto, mientras el labrador negro se pone a ladrar como un poseso y los dos estudiantes de bellas artes se vuelven hacia la calzada y la niñera moderna empieza a empujar el cochecito en sentido contrario y tropieza con el hombre de negocios tan bruscamente que al tipo se le cae la pipa de la boca, y éste se vuelve, furioso, exclamando en silencio: «¿Qué coño...?». Ha llegado el momento: los edificios empiezan a saltar por los aires.

Primero el gimnasio Crunch, segundos más tarde el Gap, inmediatamente después el Starbucks y por último el McDonald's se volatilizan. Cada una de las cuatro explosiones genera un gigantesco cúmulo de llamas y humo que se alza hacia el cielo grisáceo, y dado que las bombas han sido colocadas de forma que los edificios estallen hacia fuera, sobre las aceras, los cuerpos desaparecen engullidos por las llamas o vuelan a través de la calle como suspendidos de unos cables hasta empotrarse en los BMW que se hallan aparcados junto a la acera; la detonación succiona los paraguas que sostenían en la mano y éstos se deslizan por el cielo grisáceo, algunos de ellos envueltos en llamas, antes de aterrizar suavemente sobre las pilas de cascotes.

Se disparan los sistemas de alarma y el firmamento queda iluminado por un resplandor naranja, coloreado por dos pequeñas explosiones sucesivas; el suelo no cesa de vibrar; unas personas ocultas gritan órdenes aquí y allá. Por fin se hace el silencio, pero sólo durante unos quince segundos antes de que la gente empiece a chillar.

El grupo de adolescentes: incinerado. El hombre de negocios: reventado por la explosión del Starbucks.

Ni rastro del turista japonés, a excepción de su videocámara, que permanece incólume.

El motorista parado ante el semáforo: un esqueleto calcinado atrapado entre los hierros retorcidos de la moto, con la que forma una amalgama indescifrable.

La niñera moderna está muerta y el cochecito de diseño que empujaba parece haber sido aplastado por una mano descomunal.

El labrador negro ha sobrevivido, pero el doble de Bono ha desaparecido. Su mano —arrancada a la altura de la muñeca— todavía sujeta la correa del can, y éste, cubierto de cenizas y sangre, cagado de miedo, sale zumbando hacia una cámara tras la cual se encuentra su adiestrador.

Y en la calle de Notting Hill, Jamie Fields, aturdida, cae lentamente de rodillas, alza la vista hacia el firmamento grisáceo e inclina la cabeza con expresión de culpabilidad, sacudida por el horror y el dolor, mientras un extraño viento comienza a soplar y arrastra el humo, que tras disiparse revela montones de cascotes, restos humanos, productos de tocador de Gap, centenares de vasitos de plástico del

Starbucks ennegrecidos, tarjetas de miembro del gimnasio Crunch fundidas, incluso máquinas de ejercicios —StairMasters, aparatos de remar, una bicicleta estática—, todo carbonizado.

Al principio la escena parece un absoluto desastre, pero al cabo de un rato la calle no resulta tan destruida, sólo vagamente deteriorada. Sólo dos BMW están destrozados —unos cadáveres cuelgan de los parabrisas—, y en los lugares donde yacen unos cuerpos desmembrados la sangre que los rodea parece artificial, como si alguien hubiera dejado caer en la acera unos barriles llenos de tomates aplastados y hubiera untado con ese mejunje los fragmentos humanos y los maniqués que aún se sostienen en pie en los diezmados escaparates: la carne y la sangre de los estudiantes de pintura. Es un rojo demasiado intenso. En el futuro comprobaré que este color resulta más real de lo que pude haber imaginado al contemplar la escena en la calle de Notting Hill.

Si en estos momentos buscas a Jamie Fields, comprobarás que está riéndose a mandíbula batiente como si se hubiera quitado un peso de encima, aunque se halla rodeada de cabezas, piernas y brazos separados del tronco; claro que esas partes anatómicas son de gomaespuma y los del equipo de rodaje las recogen tan campantes. El director ha gritado «¡corten!» y alguien cubre a Jamie con una manta y le musita unas palabras al oído para tranquilizarla, aunque ella por lo visto se encuentra de primera y cuando inclina la cabeza estallan los aplausos, dominando la escena que acaba de desarrollarse en la calle de Notting Hill esta mañana de miércoles.

Después de las explosiones sopla un viento más insistente; los extras dejan que los técnicos de maquillaje les limpien la sangre de pega del rostro; un helicóptero sobrevuela la escena en silencio; un actor que se parece a Robert Carlyle estrecha la mano del director; los técnicos empiezan a desmontar los travelings y yo sigo a Jamie Fields hasta su caravana, donde una secretaria le entrega un móvil. Jamie se sienta en los escalones de la caravana y enciende un cigarrillo.

Mis impresiones inmediatas: más pálida de lo que yo recuerdo, unos pómulos que quitan el hipo —aunque tal vez más pronunciados que antes—, unos ojos tan azules que parece que lleve lentillas, el pelo rubio algo más corto y peinado hacia atrás, el cuerpo más definido, unos elegantes pantalones beige sobre unas piernas más musculadas, un simple top de terciopelo que cubre unos pechos claramente siliconados.

Una maquilladora le limpia con un disco de algodón húmedo las manchas del rostro, aplicadas estratégicamente en la frente y la barbilla, y Jamie, que está tratando de hablar por el móvil, le indica con un gruñido que se aleje. La chica esboza una sonrisa forzada y se larga con el rabo entre las piernas.

Me sitúo a una distancia prudencial y me apoyo airosamente en una caravana aparcada frente a la de Jamie, de modo que en cuanto alce los ojos me vea: sonriendo,

con los brazos cruzados sobre el pecho, luciendo como un maestro mi atuendo informal de Prada, levemente despeinado, seguro de mí mismo pero sin dárme las de nada. Cuando Jamie levanta la vista, indicando con gesto irritado a otra maquilladora que la deje en paz, ni siquiera se da cuenta de mi presencia... ¡y eso que estoy a dos pasos! Me apresuro a quitarme las gafas de sol de Armani y saco del bolsillo un paquete de Mentos, más que nada para hacer algo con las manos.

—Eso ya me lo conozco de memoria —dice Jamie en tono irritado por el móvil, tras lo cual añade—: Sí, ver para creer. —Y prosigue—: No deberíamos estar hablando por el móvil. —Por último murmura—: Barbados. —En ese momento aprovecho para acercarme.

Jamie alza la vista y sin despedirse siquiera de su interlocutor cierra el móvil y se levanta tan apresuradamente que por poco se cae de los escalones de la caravana blanca que ostenta su nombre sobre la puerta. La expresión de su rostro indica: «Oh, oh. Coñazo a la vista por estribor».

—Eh, ¿qué tal? —la saludo abriendo los brazos, ladeando la cabeza y esbozando una juvenil sonrisa—. ¿Cómo van las cosas?

—¿Qué coño estás haciendo aquí? —gruñe Jamie.

—Pero tía...

—¡Hostia! ¿Qué estás haciendo aquí? —Jamie echa un vistazo alrededor, atemorizada—. ¿Es una broma o qué? ¡Joder!

—Oye, tranquila, tía —contesto, avanzando hacia ella. Jamie retrocede, agarrándose a la barandilla de la escalera para no tropezar—. No pasa nada, tranquila, mujer.

—No, de tranquila nada —me espeta Jamie—. Esto es una mierda. ¡Fuera, largo de aquí ahora mismo!

—Tía, un momento...

—¿Pero no deberías estar en Nueva York? —me interrumpe bruscamente—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Yo alargo la mano para calmarla.

—Pero tía, si tú...

Jamie me aparta el brazo de un manotazo y sube otro escalón.

—¡No me toques! —Luego pregunta—: ¿Qué hacías anoche en Annabel's?

—Escucha...

—No, ya basta —replica ella, mirando asustada a algo situado a mis espaldas, lo cual hace que yo me vuelva unos instantes—. Lo digo en serio... vete, lárgate. No quiero que me vean aquí contigo.

—¿Por qué no lo hablamos en tu caravana? —le propongo con delicadeza—. Sí, entremos. —Pausa—. ¿Te apetece un Mentos?

Atónita, Jamie me aparta de nuevo la mano.

—Largo de aquí ahora mismo o llamo a Bobby, ¿vale?

—¿Bobby? —pregunto—. Pero tía...

—Se supone que debías estar en Nueva York. Coño ya, hostia, ¿es que no me has oído? ¡Lárgate de una puta vez!

Alzo las manos para demostrarle que no oculto nada y retrocedo unos pasos.

—Pero bueno, tía, no te pongas así —susurro—. Contrólate un poco, ¿no?

Jamie da media vuelta antes de meterse en la caravana, me mira con frialdad, da un portazo y cierra a cal y canto. Después, silencio.

Percibo un fuerte olor a caucho quemado, lo cual me provoca un ataque de tos que consigo aliviar con un par de Mentos. Le chorceo un Silk Cut a otra maquilladora, una chica monísima que se parece a Gina Gershon, y me acerco a unas personas que —supongo— no se han fijado en mí, hasta que echo a andar por Westbourne Grove, doblo por Chepstow Road, me detengo en una tienda fantástica llamada Oguri y al cabo de unos minutos veo a Elvis Costello salir de un urinario público estilo neo-déco, con un alicatado color turquesa, en la esquina de Colville Road.

13

Dolido en lo más hondo, tratando de formular un nuevo plan de juego para dejar de deambular como un imbécil, me acerco a varios quioscos en busca de un *New York Post* o un *New York News* para comprobar qué rumbo ha tomado mi vida en Manhattan, pero no encuentro prensa extranjera, sólo los típicos periodicuchos británicos con titulares tipo LIAM: EL HOMBRE DETRÁS DEL MITO o UN DÍA EN LA VIDA DE BIJOU PHILLIPS (un artículo en que puede que yo aparezca o no, según el día), o LAS VENTAS DE CHAMPÁN POR LAS NUBES MIENTRAS LONDRES APRENDE A DIVERTIRSE. Me paso por el Tower Records después de beberme un latte descafeinado bastante mediocre en uno de los muchos Starbucks que veo en las calles de Londres y me compro unas cintas para el Walkman (Fiona Apple, Thomas Ribiero, Tiger, Sparklehorse, Kenickie, la banda sonora de *Mandela*). Luego echo a andar entre la multitud de fanáticos de los patines en línea que pasan zumbando en busca de un parque.

Lo que está más in son los jugadores de rugby y en general el look de jugador de

rugby total, junto con los volantes y el chifón, el patchwork neohippy y las cabezas rapadas; gracias a Liam y a Noel Gallagher, observo que las barbas están más de moda que cuando estuve aquí la última vez, lo cual hace que me palpe la cara constantemente, sintiéndome desnudo y vulnerable y tan perdido que por poco piso a dos cachorros pequineses y a un jugador de rugby neohippy con el que tropiezo en Bond Street. Se me ocurre llamar a Tamara, una chica bien con la que me enrollé cuando visitó Estados Unidos, pero en vez de ello me pongo a pensar en la forma de dar un giro positivo a la situación con Jamie Fields si F. Fred Palakon me llamara. Un viento tormentoso me desbarata el peinado y me meto apresuradamente en la tienda Paul Smith de Bond Street, donde adquiero una elegante gabardina azul marino. En todas partes suena «Missing» de los Everythirtg But the Girl, interrumpido de vez en cuando por música house, junto con alguna que otra dosis de «Where It's At», de Beck, etcétera.

Me doy cuenta de que me sigue un tipo parapetado tras unas descomunales gafas de sol negras que parece salido tal cual de un culebrón televisivo —guapo, con el mentón demasiado cincelado y una mata de pelo negro peinada hacia atrás—, algo así como un Christian Bale pero en cursi, sospechosamente indiferente con su abrigo de Prada, un aspecto de cretino integral y como de plástico.

Remordimiento: no tendría que haber rechazado el anuncio de Scotch.

Nota al margen: esta temporada muchos tíos llevan los ojos delineados.

En el Masako elijo una mesa situada al fondo, me siento en una silla tapizada de terciopelo y pido un plato de sushi que sabe a jamón. El tipo a lo Christian Bale ocupa una mesa para cuatro junto a la puerta del restaurante desierto, sonriendo con expresión ausente; en la silla junto a él reposa una cámara de vídeo. La monótona música que vomitan los altavoces del local no consigue animar a nadie.

Cuando me acerco a él sosteniendo una botella de San Pellegrino, el tipo paga la cuenta, bebe un último trago de sake frío y me sonríe como quien va sobrado.

—¿Quieres mi autógrafo? ¿Es eso? —pregunto. Luego añado en un tono más despreocupado y juvenil—: Oye, déjame en paz de una vez, no me sigas más. ¿Me has oído bien? —Una pausa. El tipo se levanta y echa a andar hacia la puerta—. Si no, te juro que te vaciaré toda esta botella de San Pellegrino en la cabeza, ¿captas?

El tipo responde con una expresión de «Y a mí qué».

Le observo mientras abandona el local y se dirige con paso decidido hacia un jeep azul, modelo Commando, que espera aparcado junto a la acera de enfrente, con los cristales tintados, por lo que no distingo el rostro del conductor. Mientras camino por las calles tomo nota de varios restaurantes tex-mex, del ambiente posapocalíptico y de mi pseudorrealidad, tras lo cual regreso a pie al Four Seasons, donde lo único que me apetece hacer es quitarme la camisa.

Frente al Four Seasons está el correspondiente grupo de paparazzi. Comparten unos cigarrillos y me observan distraídamente cuando me detengo y finjo que me registro los bolsillos en busca de la llave de mi habitación, mientras esperan que aparezca algún taxi o limusina de la que se apeee un famoso, categoría en la que hoy no me incluyo. Dentro del hotel: Ralph Fiennes saluda a un productor de películas de unos veinte años a quien me consta que alguien que yo me sé ha puteado; Gabriel Byrne se dedica a hablar por el móvil, a dejarse entrevistar por *People* y a beber una enorme taza de café. Dicho de otro modo: lo de siempre, como siempre. La única nota de excepción: ningún mensaje de Palakon, cosa que no me produce el alivio que yo esperaba. Abro la puerta de mi suite, pongo la MTV y tras un chasquido metálico suena la música de los Everything But the Girl en la habitación, donde en este preciso instante hace un frío polar. Tiritando violentamente, recojo unas revistas de moda japonesas que yacen sobre la cama, me desplomo sobre ella y me tapo con el edredón. A continuación llamo a la cocina para que me suban un batido proteínico y para averiguar a qué hora cierra el gimnasio del hotel.

En éstas percibo un movimiento en la habitación y me vuelvo apresuradamente.

Jamie Fields: con las piernas apoyadas en el brazo de un sillón giratorio tapizado con un diseño floral, ataviada con un top de Prada ultraelegante, un pantalón negro elástico a lo disco, unos zapatos negros; con tacón de aguja y unas gafas de sol de Armani; su rostro aparece inmutable como una máscara, pero tras la sorpresa inicial balbuceo unas frases de disculpa y logro que se quite las gafas de sol. Lleva las uñas pintadas con laca Hard Candy color rojo escarlata.

Jamie repara en que me he fijado en el detalle.

—Ya sé, ya sé; es horroroso. —Suspira y enciende un cigarrillo—. Es para la película.

—¿Qué película? —pregunto.

—Las dos —responde encogiéndose de hombros y exhalando el humo del cigarrillo.

—¿Cómo has entrado?

—Conozco a quien hay que conocer en el Four Seasons —contesta como sin darle importancia—. Saben quién soy y me dejan hacer lo que quiero. Ventajas del oficio, ya sabes cómo va eso.

Yo hago una pausa antes de preguntar:

—¿Vas a ponerte histérica otra vez?

—No, no. Oye, siento mucho lo de antes.

—¿A qué venía esa escenita?

—Es que te confundí con otro —farfulla Jamie—. Nada, olvídalo. Bueeeno...

—¿Que me confundiste con otro? Te lo juro, no sabes cómo duele eso.

—Sí, lo sé. —Jamie saca de una pequeña cartera de piel de Gucci un paquete envuelto para regalo—. Supuse que esto te consolaría.

Sorprendido, alargo el brazo y tomo la cajita.

—Son puros... Montecristos. —Jamie se levanta y se despereza—. Imagino que te siguen gustando los puros. —Da una calada al cigarrillo, hace una mueca y lo apaga en un cenicero—. No creo que los tiempos hayan cambiado mucho.

Luego, mientras da una vuelta por la habitación, ni impresionada ni aburrida, sólo curiosamente neutral, toca las cortinas y examina diversas chucherías mías que he colocado sobre el escritorio.

En éstas suena el teléfono. Cuando contesto no oigo a nadie al otro lado del hilo. Cuelgo lentamente el auricular.

—Joder, siempre igual —murmuro.

Jamie sigue moviéndose por la habitación, pasando la mano bajo los tableros de las mesas, inspeccionando una lámpara, luego otra, abriendo un ropero, echando un vistazo al espacio detrás del televisor —Beck montado en un burro, una Spice Girl jugando con un lazo—, tras lo cual toma el mando a distancia y al observar que se dispone a desmontarlo le pregunto:

—¿Por qué no te sientas?

—Me he tirado todo el día con el culo en una silla. —Jamie vuelve a desperezarse y adopta una postura más cómoda—. No puedo estar me quieta.

—Oye —empiezo a decir tímidamente—, ¿cómo me has encontrado?

—Sí, bueno... —Jamie se vuelve para mirarme—. ¿Y tú? ¿Cómo me encontraste a mí?

Pausa.

—Te toca a ti primero.

—Pedí a mi secretaria que telefonara a los hoteles donde supuse que te hospedarías. —Jamie suspira y continúa—: El Connaught, el Stafford, Claridge's, el Dorchester, el Berkeley, el Halcyon, y de pronto..., ¡bingo!, el Four Seasons.

Una larga pausa, durante la cual me limito a observarla estupefacto.

—¿Qué? —pregunta Jamie—. ¿Qué pasa?

—¿Y el Hempel? ¿Cómo no se te ocurrió llamar al Hempel? ¡Joder, tía!

En sus labios comienza a insinuarse una sonrisa, pero la reprime al darse cuenta de algo. Luego emite un gruñido y se deja caer de nuevo en el sillón giratorio.

—No hagas que vuelva a ponerme las gafas de sol, Víctor.

El teléfono suena otra vez. Suspiro, alargo la mano hacia la mesilla de noche y descuelgo el auricular. Silencio, una serie de tonos espaciados de forma irregular, dos clics, interferencias, otro tono y silencio.

Observo a Jamie sentada en el sillón giratorio, jugando con sus gafas de sol con

aire pensativo, con las piernas colgando sobre el brazo. Luego cuelgo lentamente el auricular.

—Pedí que me pasaran con la habitación de Victor Johnson pero de repente recordé que te habías cambiado el nombre. No sé, a lo mejor lo leí en alguna parte. Ahora te llamas Victor Ward. —Jamie se detiene y me ofrece una sonrisa toda coquetería—. ¿Por qué?

—Consulté con varios comités y me aseguraron que era una medida oportuna, que impulsaría mi carrera. —Me encojo de hombros—. Me ha hecho semifamoso.

—Lo que te hizo famoso fue un error —puntualiza Jamie.

—Un error que me ha ido genial.

—En realidad tienes que agradecerse todo a un traje.

—Sí, claro, y a toneladas de encanto.

—¿Por qué me da la impresión de que fue tu padre quien te obligó a cambiar de nombre? —pregunta Jamie sonriendo de nuevo coqueta—. ¿Fue tu papá quien te lo pidió?

—Dejemos el tema.

—¡Vale, tío! —Jamie se levanta y vuelve a dejarse caer en el sillón, emitiendo un suspiro tras otro—. Oye, he venido para decirte que siento haberte dejado plantado, ejem, que espero que te diviertas en Inglaterra y, esto, que ya nos veremos dentro de otros ocho años.

—No irás a dejarme plantado otra vez —protesto, haciéndome el interesante y trasladándome al otro lado de la cama para estar más cerca de ella.

—Me he reformado.

—Eso está bien.

Pausa.

—Bueno, depende de tu definición de lo que está bien —puntualiza Jamie.

—¿Y qué tienes pensado? —pregunto fingiendo un suspiro de resignación—. ¿Qué vas a hacer? ¿Adónde vas a ir?

—Hoy ha sido el último día de rodaje —contesta Jamie—. La semana pasada terminamos en Pinewood las escenas de interiores. —Pausa—. De modo que estoy básicamente libre, libre, libre.

—Entonces me alegro de haberte pillado.

—¿Que me has pillado? —pregunta ella nerviosa y vagamente mosqueada—. ¿Por qué te alegras de haberme pillado, Victor?

En éstas suena su móvil. Jamie lo saca de un bolso Lulu Guinness en el que yo no había reparado hasta ahora y contesta.

—¿Sí?... —dice sin quitarme ojo—. Bien... De acuerdo... No, estoy en el Four Seasons... ¿Ésa es la consigna del día...? Pues a ello... Sí, suena delicioso... Vale... Más tarde. —Jamie cierra el móvil y me mira con aire distraído.

—¿Quién era? —pregunto, tiritando. Mi aliento forma unas nubecitas de vaho.

—No lo conoces —murmura ella, y con voz apenas audible añade—: Todavía.

Estoy tumbado de costado y deslizo las manos sobre el edredón de flores, procurando atraer la atención de Jamie. Llevo la camisa arremangada, pero no resulta excesivamente sugerente. Miro hacia abajo «con timidez» y luego alzo la vista hacia Jamie, que me observa con cara de cabreo. Luego se relaja y se despereza.

—Tengo que comer algo —comenta.

—¿Tienes hambre?

—Hambre es poco: estoy famélica.

—¿Llamamos al servicio de habitaciones? —propongo con voz grave, en un tono fingidamente malicioso.

Jamie se levanta como si algo le hubiera llamado la atención, se vuelve hacia el televisor y clava los ojos en el techo.

—Salgamos de aquí —murmura al cabo de unos instantes.

—¿Adónde te apetece ir?

—Vamos a cenar.

—¿Ahora? Si son las cinco —protesto—. Estará todo cerrado.

—Conozco un local que está abierto —murmura Jamie.

Observa insistentemente una esquina del techo. Se dirige hacia esa zona y alza la mano, pero luego se detiene como si de golpe hubiera reparado en algo. Se vuelve, trata de sonreír, pero no lo consigue. Por lo visto en la habitación hay algo que la tiene muy preocupada.

—No es más que un decorado —la tranquilizo—. No te preocupes.

11

Aunque Le Caprice no abre hasta las 6, Jamie consigue que entremos a las 5.30 tras una misteriosa llamada que hace desde el taxi que nos conduce a Arlington Square.

—Había quedado en cenar con Amanda Harlech, pero esto es más interesante —comenta Jamie, mientras se guarda el móvil en el bolso.

—Ése soy yo. Un eco del pasado.

Sentado a una mesa en Le Caprice, me doy cuenta de que Jamie Fields es tan

guapa que hace que se disipe cualquier recuerdo residual que yo pudiera tener de Lauren Hynde. Después de tomar un martini y beber unas copas de vino blanco pedimos sopa de cangrejo y maíz y un plato de calamar a la plancha, y ambos nos relajamos para gozar del momento, sólo puntualmente interrumpido por unos gigantescos bostezos por parte de Jamie y una leve expresión de aburrimento en esos ojos de un azul increíble. Pido otro martini y me asalta un pensamiento fugaz: «Esto está tirado».

—¿Qué has hecho después del rodaje? —pregunto.

—He ido a que me aplicaran el tratamiento rejuvenecedor del Himalaya en Aveda, en Harvey Nichols —contesta Jamie—. Lo necesitaba. Lo merecía.

—Total, oye.

—¿Qué estás haciendo en Londres, Victor? —pregunta—. ¿Cómo me has encontrado?

—Ha sido por pura casualidad —respondo.

—Ya —dice ella recelosa—. ¿Por qué has venido al rodaje esta mañana?

—Fui a dar una vuelta, a comprar un par de cosas en Nothing Hill, y de repente...

—Notting Hill, Victor —me corrige Jamie, indicando a un camarero que nos traiga más pan—. Se llama Notting Hill^[56]. Continúa...

Yo la miro intentando transmitirle unas vibraciones; algunas se vuelven y me dan en las narices, pero otras alcanzan la diana.

—¿Oye? ¡Victor! —dice Jamie agitando la mano ante mi rostro...

—Sí, esto, ¿podrías repetir la pregunta? —contesto yo.

—¿Que cómo me has encontrado? —pregunta secamente.

—Pero si ya te lo he dicho: me enteré por casualidad... —contesto haciendo un gesto ambiguo con las manos, confiando en despejar sus dudas.

—Eso sería muy típico de ti, pero resulta que no cuela.

—Vale, de acuerdo. —Esbozo una sonrisa sexy a más no poder y me inclino hacia delante, tanteando el terreno—. Me encontré con una persona en una fiesta y...

—Victor —me interrumpe Jamie—, eres un auténtico guaperas. No es necesario que despliegues todo tu encanto conmigo, ¿vale? Ya sé de qué vas.

Mi sonrisa sexy se esfuma de golpe y bebo un trago del martini, tras lo cual me limpio los labios con la servilleta.

—Prosigue —insiste Jamie, con los brazos cruzados sobre el pecho, observándome fijamente.

—Esa persona que me encontré en una fiesta dijo algo... —contesto, hecho un lío, encogiéndome de hombros—. Me parece que fue en el Groucho Club. Creo que era una persona que había estudiado en Camden con nosotros...

—¿Lo crees?

—Yo llevaba un pedo descomunal...

—Joder, Victor. ¿Quién era esa persona?

—Espera..., lo siento, creo que fue alguien que me encontré en Brown's...

—¡Por lo que más quieras! ¿Quién era esa persona?

Yo me inclino hacia ella, dedicándole otra sonrisa sexy y ronroneo:

—Me encanta verte tan interesada, nena.

—Suéltalo de una vez, Victor —insiste Jamie, cabreada.

—¿Quieres saber una cosa?

—A ver.

—Jamás revelo mis fuentes —musito en el restaurante desierto. Luego me repantigo en la silla, satisfecho.

Jamie se relaja y, para demostrar que acepta mi explicación, toma un poco de sopa y lame la cuchara con aire pensativo. Acto seguido se inclina sobre la mesa y murmura:

—Sabemos cómo hacerte hablar.

Yo me inclino hacia ella sonriendo de forma desenvuelta y contesto con voz sensual:

—No me cabe la menor duda.

Pero a Jamie no le hace gracia mi respuesta, sino que parece preocupada por otra cosa, aunque no sé si está relacionada conmigo. Ensimismada y pensativa, emite un suspiro y fija la vista en un punto situado a mis espaldas. Yo me vuelvo y contemplo unas fotografías de David Bailey que cuelgan en la pared.

—Tía, pareces hecha polvo.

—Si hubieras tenido que recitar todo el santo día unos diálogos como «cuando Farris consiga el cetro vuestro planeta quedará destruido» tú también estarías hecho polvo —contesta Jamie—. La película está financiada por japoneses. Con eso está todo dicho.

—La verdad es que estoy tan hecho polvo que no puedo con mi alma —digo para animarla—. Al menos eso me dijo una chica en cierta ocasión —añado como si me enorgulleciera de ello.

—¿Con quién sales ahora? —pregunta Jamie como si en realidad le importara un pito.

—Estoy harto de las relaciones serias «Te falta sensibilidad» por aquí, «sé más macho» por allá. ¡No te fastidia! —Pausa—. Ahora me dedico a acostarme con putas.

—A propósito... ¿qué ha sido de Chloe Byrnes? —inquire Jamie—. ¿No la habrá palmado de una sobredosis? Aunque supongo que ya me habría enterado —añade encogiéndose de hombros.

—No, está bien —contesto, sin saber muy bien cómo salir del apuro. Al fin se me ocurre decir—: Estamos en un compás de espera. Nos hemos dado una especie de vacaciones.

—A ver si lo entiendo. ¿Quieres decir que te ha dejado plantado?

—No —respondo con paciencia—. Es que... ya sabes, toda relación tiene sus altibajos.

—Deduzco que éste es un momento bajo.

—Más o menos.

—Gracias por aclarármelo.

—De nada —contesto malhumorado.

—He oído decir que tiene problemillas con la heroína —comenta Jamie.

—No puedo confirmar ese rumor —contesto.

—¿Porque no es cierto? —pregunta Jamie sacando una cajetilla de tabaco.

—Oye, tía...

—No pasa nada —me explica Jamie con paciencia—. En Londres permiten filmar en los restaurantes.

—No, si no lo decía por eso.

—A ver si me aclaro: Chloe no ha muerto, ¿verdad?

—No, Jamie, no ha muerto —contesto ligeramente cabreado.

—Pues no es eso lo que he oído por ahí... —dice Jamie meneando la cabeza con falso aire apenado, y enseguida enciende el cigarrillo.

—Me importa una mierda lo que hayas oído por ahí.

—Bueno, bueno —exclama Jamie repantigándose en la silla, exhalando una bocanada de humo, con los brazos cruzados y observándome maravillada—. ¿Es posible que seas el Victor Johnson que conocí hace mil años, o es que por fin has conseguido centrarte?

—Sólo digo que Chloe...

—En realidad prefiero que no me hables de tu relación con Chloe Byrnes —me corta Jamie irritada, indicando a un camarero que se lleve un bol—. Ya me lo imagino. Fines de semana en South Beach, almuerzos con Andie MacDowell, largas charlas sobre si Chloe Byrnes alcanzará el estrellato de la moda, discusiones sobre el color amarillo, las jeringuillas que descubres en el bolso de Prada de Chloe Byrnes...

—Eh, alto ahí —replico—. Era un hábito más bien... nasal.

—Aaah —suelta Jamie con mala intención—. No me digas.

—También me importa una mierda lo que piense la gente —mascullo, inclinándome hacia atrás—. A estas alturas me la trae floja lo que piensen los demás.

Una pausa.

—No, si te estás adaptando de maravilla —comenta Jamie.

—Es que soy un genio, tía.

—¿Y qué hace este genio en Londres en lugar de estar en Nueva York? —pregunta Jamie—. Déjame adivinarlo: ha venido para documentarse sobre esa obra de teatro que siempre deseó escribir.

—Pues aunque no lo creas, te repito que soy un genio.

—No te hagas el listo —replica Jamie. Acto seguido la fatiga hace presa en ella y gime—: ¡Dios! Es como un flashback: he vuelto a los ochenta y estoy a punto de sufrir un ataque de ansiedad. —Jamie se abraza, tratando de dominar el temblor.

—Eso es bueno, encanto. No te resistas.

—No, Victor —responde Jamie meneando la cabeza—. Contrariamente a la opinión popular, no es nada bueno.

—¿Por qué?

—Porque hace que recuerde los años de instituto, y lo que es yo no tengo ningunas ganas de recordarlos.

—Pero tía, si lo pasaste fenomenal en Camden. Reconócelo. Y no me mires como si estuviera chalado.

—¿Que lo pasé fenomenal? —pregunta, estupefacta—. ¿No te acuerdas de Rupert Guest? ¿Qué tenía de fenomenal salir con ese tipo?

—Era un camello —respondo—. Ni siquiera estaba matriculado.

—¿No? —pregunta Jamie, confundida. Luego, como si de pronto recordara algo de carácter íntimo y horripilante, gime—: ¡Dios!

—A la que sí recuerdo es a Roxanne Forest —digo para tomarle el pelo—. Y los ratos que pasé con esa tía sueca... Katrina Svenson.

—No seas grosero —suspira Jamie. Luego decide seguirme el juego—. ¿Te acuerdas de David van Pelt? ¿Y de Mitchell Allen? ¡Qué gozada!

Una pausa considerable.

—En ese caso no eran amigos míos.

Reconozco la expresión que en estos momentos refleja el rostro de Jamie: de rechifla. Al cabo de unos momentos me suelta un nombre, pero yo fijo la vista en el suelo negro del restaurante, tratando de acordarme de David van Pelt y de Mitchell Allen. Ni por éstas. Le digo a Jamie que no he captado el nombre que acaba de mencionar y le pido que lo repita.

—Lauren Hynde —dice Jamie en un tono bastante raro—. ¿Te acuerdas de ella?

—Pues no, la verdad —respondo con desenvoltura.

—Tienes que acordarte de ella, Victor —insiste Jamie con un suspiro, desviando la mirada—. ¿Es posible que no te acuerdes de Lauren Hynde?

—Qué quieres que te diga, no me suena de nada —contesto sin inmutarme—. ¿Por qué lo preguntas?

—Me dejaste por ella.

Tras un largo silencio, que aprovecho para tratar de recordar esos hechos, concluyo diciendo:

—No, imposible.

—¡Por Dios, aquí hay algo que falla! —Jamie se revuelve en la silla, incómoda,

como si tratara de levantarse y no pudiera.

—No, si la recuerdo —contesto mirando a Jamie a los ojos—. Pero también recuerdo que me salté un curso y cuando regresé en diciembre tú te habías largado...

—Yo también me salté un curso, Victor —replica.

—El caso es que... —Derrotado, sabiendo que tengo la batalla perdida, me limito a preguntar suavemente—: ¿Sigues cabreada?

—Estaba con la moral por los suelos —responde Jamie entornando los ojos—. Tuve que largarme a Europa para olvidar al genio.

—¿Has vivido aquí desde entonces? —pregunto desconcertado—. Pero... no puede ser.

—Vivo en Nueva York, idiota —responde Jamie—. Y también trabajo en Nueva York.

—Entonces, ¿por qué no nos vemos nunca?

—Creo que la combinación de tu egocentrismo y mi temor a todo bicho viviente en Manhattan conspira contra nosotros.

—Eres una chica fuerte. No me creo que le temas a nadie.

—¿Conoces a Alison Poole? —pregunta Jamie.

—De ésa no quiero saber nada —murmuro tras un ligero carraspeo.

—Pues a mí me han contado...

—Oye, ¿cuándo me viste por última vez? —la interrumpo—. Es que el Klonopin que me estoy tomando me afecta la memoria.

—La semana pasada vi en el *WWD* unas fotos tuyas en los pases.

—¿Te refieres al pase de Todd Oldham? —pregunto—. ¿Conservas aún ese número?

—No, era el de Calvin Klein.

—Ah, sí —contesto distraído.

—Cuando te vi en un anuncio que hiciste para Gap hace un par de años comprendí que estaba perdida —comenta Jamie—. Era una foto estupenda en blanco y negro y decía «Hasta Victor Ward lleva dockers», o algo por el estilo. Daba la impresión de que lucías esos dockers con auténtico orgullo. Demoledor total.

—Me pregunto si... —empiezo a decir, pero no termino la frase—. No, nada.

—¿Quieres saber si acabamos odiándonos a muerte? ¿Como siempre supimos que acabaríamos? ¿Si acabé luciendo dockers a todas horas por culpa del anuncio de marras?

—No, si hicimos juntos un anuncio para CQ.

Se produce una larga pausa.

Jamie observa perpleja mi copa de martini semivacía.

—¿Cuántos te has bebido? —Otra pausa—. Chico, te aconsejo que dejes el Klonopin.

—Olvídalo. Reconozco que es una pregunta estúpida —contestó tratando de sonreír y meneando la cabeza—. Cambiemos de tema: ¿con quién te has acostado últimamente?

—Disfruto del arte de estar semisola —responde Jamie con un suspiro.

—Eso sí sería una novedad —le digo, apoyando el mentón en la palma de mi mano y mirándola fijamente—. Pero ya sé que estás mintiendo.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo de estar sola.

—¿Y tú qué sabrás?

—Las chicas guapas como tú nunca estáis solas —afirmo con un falso aire de seguridad—. Además, te conozco Jamie. Te gustan demasiado los tíos.

Ella me mira, pasmada.

Luego estalla en carcajadas de puro histerismo y no deja de reír hasta que le pregunto:

—¿Ya tenías esos pómulos en Camden?

Jamie respira hondo un par de veces y apura mi martini.

—¿Qué quieres que te responda, Victor? —pregunta sonrojada y jadeando.

—Me dejaste patidifuso —murmuro, sin dejar de mirarla.

—¿Qué? —pregunta sorprendida, pero fingiendo no estarlo.

—Que me dejaste de una pieza, completamente impresionado.

—¿Cuándo?

—Cuando nos conocimos.

—¿Y?

—Y sigo en el mismo estado.

—Ya se te pasará —dice Jamie.

—Pero a que estás pensando algo... —digo, negándome a interrumpir nuestro contacto visual, sin atreverme a parpadear siquiera...

—Bueno, pues sí —confiesa ella, sonriendo.

—¿Y en qué piensas, dulce Jamie?

Tras una pausa y mirándome a los ojos, Jamie responde:

—Pienso que eres una persona potencialmente interesante a quien me gustaría volver a frecuentar.

—Siempre me has parecido una de las cincuenta mujeres más sensacionales del mundo.

—¿Te gustaría que volviéramos a salir, Victor? —pregunta Jamie, como retándome, bajando la vista y alzando de nuevo los ojos para observarme intensamente.

El tono de su voz y la expresión de su rostro al pronunciar estas palabras sugieren una experiencia de sexo total, lo cual me pone tan nervioso que al responder sólo

atino a ruborizarme y tartamudear como una idiota.

—Esto, hum, no sé...

—No te escandalices —dice—. No te propongo que echemos un polvo. Sólo digo que podríamos... volver a salir.

—A estas alturas no me escandalizo por nada.

—Eso está bien, Victor —dice Jamie con una mirada escrutadora—. Eso está pero que muy bien.

El camarero nos retira los platos y nos sirve el postre, que Jamie y yo compartimos.

—¿En qué piensas? —me pregunta ella.

Tras una larga pausa, sin saber por dónde tirar, respondo:

—Estaba pensando: «No sé si seguirá metiéndose».

—¿Y? —pregunta Jamie en tono guasón.

—Y... «A lo mejor lleva algo de material encima».

Jamie me sigue el juego.

—Pues no. —Una breve pausa—. Pero sé dónde conseguir.

—¡Camarero! —digo, alzando la mano—. La cuenta.

Cuando nos traen la cuenta Jamie me mira atónita, como si no diera crédito a sus ojos.

—¿Pero vas a pagar tú? —pregunta—. ¡Santo cielo!

—Estoy forrado, tía. Tengo un pastón.

Al verme pagar la cuenta de la cena y dejar una generosa propina, Jamie murmura:

—A lo mejor es cierto que las cosas han cambiado.

10

Cuando comienza a sonar «Setting Sun» de los Chemical Brothers, Jamie y yo nos hallamos de nuevo en Notting Hill, en el almacén de un megamillonario de la industria, uno de los decorados más espectaculares de los que he visto hasta la fecha: una serie de almacenes ubicados en un gigantesco edificio. Es una fiesta para Gary Hume, aunque en realidad la han organizado en honor de Patsy y Liam. No resulta fácil entrar si no eres un personaje famoso como nosotros, pero Jamie ha conseguido

que los de seguridad, unos tipos pertrechados con un sistema ultrasofisticado de auricular con micrófono incorporado, nos dejen pasar sin mayores problemas y atravesamos un arco plateado detrás de Kate Moss y Stella Tennant. Antes de penetrar en el almacén tengo la impresión de que vamos a asistir a «otro gigantesco montaje» preparado de cara a los medios, con las furgonetas de los equipos de televisión, las vallas, los fans que tratan de tocarnos, los nombres de famosos pintados en la espalda de las chupas, los jóvenes que nos contemplan con admiración pensando «queremos parecemos a ellos», pensando «queremos ser ellos». Cuando pregunto a Jamie la identidad del industrial megamillonario, me informa de que se dedica a financiar ciertas guerras y que es un alcohólico «encantador»; en ese momento nos topamos con Patsy Palmer y Martine McCutcheson y aseguramos a Nellie Hooper que nos encanta el nuevo remix de los Massive mientras Damon Albarn besa a Jamie en ambas mejillas.

En el interior del almacén: los inmensos espacios vacíos parecen cocinas de restaurantes con grandes ventanales empañados, hace un frío glacial debido a unas esculturas de hielo en forma de mamut que han colocado por ahí, en cada nivel toca un grupo distinto (en el sótano los Jon Spencer Blues Explosion), todo el mundo se pone en plan Gucci mientras bebe cerveza Tsingtao, pero al mismo tiempo es una velada estilo camiseta-de-Prada-deportiva, sin trampa ni cartón. Videocámaras por todas partes; Carmen Electra, vestida con un traje morado de Alaïa, baila con una de las esculturas de hielo; en ocasiones la fiesta es en blanco y negro, otras en colores chillones como los nuevos anuncios de Quicksilver, pero el ambiente opta básicamente por el antiestilo. Jamie y yo no dejamos de tiritar, como si estuviéramos metidos en un iceberg que flota frente a las costas de Noruega o algo así.

En el nivel donde nos hemos apalancado sobre un pequeño diván verde lima, debajo de una descomunal escalera y rodeados de flores blancas, suena un trip-hop melódico; en la penumbra relucen los números de un gigantesco reloj digital, proyectados desde el elevado techo; esnifamos un poco de coca, que Jamie ha conseguido sin mayores problemas, y como también ha conseguido birlar una licuadora Waring de una de las cocinas nos tomamos unos combinados de un color naranja intenso a base de tequila, y en un momento dado Jamie se cambia el vestido por un modelo negro de Jil Sander; unos paparazzi que no conoce ni Dios pretenden hacernos unas fotos, pero Jamie está cansada y yo estoy en mis horas bajas, de modo que los ahuyento gritando: «¡Dejadnos en paz, joder! ¿No veis que está cansada?»; de pronto aparece otro famoso que atrae su atención y cuando los paparazzi se lanzan tras él yo me quedo un poco mosqueado. La gente charla y murmura en las sombras. Jamie y yo nos encendemos mutuamente los cigarrillos.

—Gracias, Victor —dice Jamie, exhalando el humo—. No era preciso que te mostraras tan enérgico, pero me gusta sentirme protegida.

—Qué delgados y divinos están todos. —Me siento como si la coca se extendiera por todo mi cuerpo—. Y qué dentaduras, blancas como la nieve. Menudo cambio; no recordaba que Londres fuera así.

—Teniendo en cuenta que la mayoría de los presentes son americanos, no te preocupes por el tema de la memoria —responde Jamie.

—Y qué ambientazo, oye.

—Sabía que te gustaría —suspira ella.

—¿Y tú qué opinas del sitio? —pregunto, acercándome más a Jamie sobre el diván verde lima.

—Para mi gusto se parece demasiado a un nuevo hotel diseñado por Philippe Starck.

—¿Demasiado? A mí me parece multifuncional, pero dejemos el tema del interiorismo.

—¿Y de qué quieres hablar? —pregunta Jamie—. Que no sea de tu maravillosa persona.

—No, tía, lo que quiero es hablar de ti. —Pausa—. Mejor dicho, de nosotros. —Otra pausa—. Pero empecemos por ti. ¿Me pasas la coca?

Jamie me pasa el frasquito.

—Deja que adivine: quieres ser uno de esos tipos cuyas ex novias jamás lograron olvidarse de ellos, a que sí.

Me vuelvo hacia la pared, doy unas cuantas esnifadas y le muestro la nariz para que me dé el visto bueno. Jamie asiente con la cabeza, como indicando que todo está en orden, y yo le devuelvo el frasquito al tiempo que ella saluda con la mano a un tipo vestido con un traje de Prada de tres botones que está charlando con Oliver Payton mientras los dos sostienen unas pitones. El tipo del traje de Prada le devuelve el saludo un tanto pretenciosamente.

—¿Quién es ése? —pregunto.

—El de las piernas que salen en el nuevo anuncio de Tommy Hilfiger —responde Jamie.

—Qué ambientazo —repito.

—Te sientes genial y tienes un aspecto fenomenal, ¿verdad?

—Desde más arriba se llega más lejos —asiento.

—En este momento estoy viendo a Emily Lloyd que mantiene una envidiable compostura mientras devora un gigantesco camarón a la plancha —dice Jamie bostezando. Luego abre el frasquito y se vuelve—. Estoy hecha polvo.

—Mira, ahí está Lulu Guinness, la que hizo tu bolso —comento, totalmente puesto—. Y ahí está Jared Leto... en principio es el actor que me encarnará en la película que van a filmar sobre mi vida.

Jamie tuerce el gesto y se vuelve hacia mí, limpiándose la nariz y bebiendo un

generoso trago del combinado de tequila.

—Convendría que alguien te diera un par de lecciones sobre las verdades de la vida, Victor.

—Sí, sí, tía; ya te vale —replico—. Pero creo que lo que a ti te pasa es que no logras asimilar mis vibraciones hipermasculinas.

—No te pases —me advierte Jamie.

—Oye, mira, si no has venido a divertirme, no me amargues la fiesta —contesto, acercándome hasta que nuestros muslos se rozan.

—Sí, ésa soy yo. —Jamie enciende un cigarrillo, sonriendo—. Doña Aguafiestas.

—¿Qué nos pasó en Camden, tía? —pregunto—. Por más que lo intento no logro recordarlo.

—En primer lugar creo recordar que dejamos bien claro que eras un idiota —responde Jamie, exhalando una bocanada de humo.

—Ajá, ajá, pero creo que ahora he conseguido hacerte cambiar de opinión...

—Y que tenías unos problemas de relación con las mujeres que dudo que hayas conseguido superar.

—Lo que hay que oír —contesto entre risas, inclinándome hacia ella y abriendo los brazos—. Pero si soy un tipo cojonudo. ¿Es que me ves algún defecto?

—¿Además de no saber cuál es tu sitio en el mundo? —pregunta Jamie—. ¿Y que te gustaba tirarte a unas tías que no conocías de nada?

—Oye, yo creía que la marchosa eras tú —le espeto—. Por otra parte, creo que yo, en fin, que he evolucionado.

—Yo te dejé a ti, Victor —afirma Jamie, aunque interpreto que lo hace sin mala intención, porque se acerca más a mí y me sonrío.

—Bueno, pero no lograste partirme el corazón —susurro, porque estamos muy cerca.

—Pero si tú no tienes de eso —murmura Jamie a su vez, acercándose más—. Aunque confieso que me parece una cualidad... bastante sexy.

Al observar su rostro me doy cuenta de que está más dispuesta de lo que había imaginado, pero como yo todavía no me encuentro de humor, me aparto un poco, haciéndome el interesante, observo a la gente y bebo un trago de combinado. Jaime se incorpora con aire pensativo, da un sorbito a su copa y deja que apoye en su muslo la mano con la que no sostengo el cigarrillo.

—Según los rumores, saliste huyendo de Estados Unidos —digo—. ¿Por qué?

—¿Los rumores? —pregunta Jamie, cruzando las piernas y obligándome a apartar la mano—. ¿Quién dice eso? —Pausa—. De modo que corren rumores...

—Eres una estrella —respondo encogiéndome de hombros—. Apareces continuamente en la prensa.

—Ni siquiera sabías que yo vivía en Nueva York —replica Jamie, con el ceño

fruncido—. ¿De qué coño estás hablando? ¿Qué prensa?

—¿De modo que... no saliste huyendo del país? —pregunto tentativamente—. ¿Así que no has venido a ocultarte aquí?

—¿Que salí huyendo de Estados Unidos? ¿Que he venido a ocultarme aquí? Si es que no te enteras de nada, tío —me espeta Jamie—. ¿Tengo pinta de estar escondiéndome?

—Yo, esto, oí decir...

—Vine aquí para rodar una mierda de película de ciencia ficción —declara Jamie—. ¿Con quién has estado hablando? ¿Quién te ha contado esta patraña?

—He oído decir que tenías mal de amores —contesto encogiéndome de hombros—. Estoy muy bien relacionado, ¿sabes?

Jamie me mira fijamente y, al cabo de unos momentos, menea la cabeza y murmura:

—Cielo santo.

—¿Cuándo piensas regresar? —pregunto.

—¿Adónde? —inquire ella a su vez—. ¿A donde vas tú? No, gracias.

—A USA, encanto...

—¿A USA? ¿Quién coño lo llama USA?

—Siempre se ha dicho así, USA —repito encogiéndome de hombros—. ¿Quieres venirte conmigo?

—¿Por qué te preocupa tanto lo que haga yo? —pregunta Jamie tras una larga pausa.

—No es que me preocupe —respondo, prestándole de nuevo atención y acercándome a ella—. Sólo me gustaría saber si piensas marcharte y, en tal caso, si podría acompañarte.

—No lo sé, Victor —dice Jamie, sin apartarse de mí—. No sé lo que voy a hacer. Ni siquiera sé qué hago en esta fiesta contigo.

—No me creo nada. Inténtalo de nuevo.

—¿Y por qué no me crees?

—Por la forma en que lo has dicho. —Me encojo de hombros, pero esta vez sin dejar de observarla fijamente.

Jamie también me observa. De pronto se estremece.

—Tengo el horrible presentimiento de que dentro de tres años acabarás presentando uno de esos programas nocturnos de la tele vestido con un esmoquin rosa.

—Estoy programado para durar, encanto —susurro con voz grave. Es el momento del beso—. Ven aquí y goza del sabor de mis labios.

Las luces parpadean y se amortiguan. Cuando empieza a sonar el estribillo de «Staring at the Sun» de los U2, Jamie inclina la cabeza para que mi boca acceda más

fácilmente a la suya. A nuestro alrededor cae una lluvia de confeti y de pronto aparece Raquel Welch triscando en *Hace un millón de años*, proyectada en un gigantesco muro; y cuando, nuestros labios se unen, Jamie demuestra una insólita insistencia, a la que yo reacciono de inmediato, pero en éstas Tara Palmer-Tomkinson y el diseñador de sombreros Philip Treacey se detienen para saludarnos y cuando Jamie y yo nos separamos y nos ponemos a charlar con ellos Jamie pregunta a Tara dónde están los servicios y cuando se marchan juntas Jamie me guiña un ojo y yo no sólo experimento un flashback relativo a Camden, sino que me percato que voy a acostarme con ella y encima a embolsarme trescientos mil del ala. Nota a mí mismo: ¿por qué molestarse en seguir trabajando de modelo? Nuevo plan: recordar todas las chicas con quienes he salido y a quienes conviene localizar. Empiezo a confeccionar mentalmente una lista, preguntándome si el asunto interesaría a Palakon.

Observo a un grupo de japoneses sentados ante un pequeño televisor, fumándose unos puros y bebiendo bourbon mientras contemplan un vídeo de *Friends*. En éstas uno se percate de mi presencia y me mira insistentemente, cosa que me halaga, aunque finjo no darme cuenta. Como no estoy seguro de si Jamie se ha llevado la cocaína, me pongo a rebuscar en el enorme bolso de ante de Mark Cross que luce en esta escena mientras los Smashing Pumpkins empiezan a tocar «1979» a un volumen ensordecedor, pero la gente protesta y ellos lo sustituyen por un trip-hop melódico más suave.

Calculo que Jamie puede haber guardado la coca en el bolso después de meterla en: un billetero de piel de serpiente de Gucci, una pluma estilográfica en miniatura Mont Blanc, una agenda Asprey, unas gafas de sol Calvin Klein, un móvil Nokia 9000, un lápiz de labios Nars, un atomizador Calvin Klein y un lector portátil de cedés Sony ICD-50 que me quedo mirando sin saber qué hacer hasta que me indican que pulse el botón Play, y cuando lo hago oigo mi propia voz resonando en el comedor vacío de Le Caprice:

«—Esto, hum, no sé...

»—No te escandalices —dice—. No te propongo que echemos un polvo. Sólo digo que podríamos... volver a salir.

»—A estas alturas no me escandalizo por nada.

»—Eso está bien, Victor —dice Jamie con una mirada escrutadora—. Eso está pero que muy bien».

Oigo una voz por encima de mi cabeza proveniente de alguien que está asomado a la barandilla luciendo un esmoquin de Gucci, alguien exquisitamente atractivo y de mi edad, un tipo que podría ser o no ser Bentley Harrolds, el modelo, con una curda de aquí te espero, sosteniendo precariamente en una mano un tanto torpe una copa llena hasta el borde de un líquido transparente.

—Qué movida —se lamenta—. Qué show.

Me apresuro a apagar el reproductor de cedés portátil y a guardarlo de nuevo en el bolso de Jamie, tras lo cual alzo la vista para mirar a Bentley y le dedico una sonrisa tan sexy que el tipo abre los ojos como platos y me contempla con expresión cachonda, rojo como un tomate. Asomado a la balaustrada, balbucea:

—La primera impresión es la que cuenta, y la tuya no puede decirse que sea vulgar.

—Y tú eres Bentley Harrolds —respondo. Luego, señalando la copa, pregunto—: ¿Qué estás bebiendo?

—Esto... —Bentley se mira la mano y a mí, bizqueando debido a la intensa concentración—. Un Bacardi helado. —Luego añade sin quitarme ojo de encima—: Visto así de frente estás como Dios.

—Eso dicen —contesto.

Bentley baja la escalera y se planta ante mí con la cara congestionada. No puede evitar oscilar adelante y atrás.

—Te pareces a Brad Pitt —observa—. Después de haber peleado con un enorme... y peludo... oso. —Pausa—. Y eso me pone a cien.

—Dame un minuto para calmarme.

—A propósito, ¿qué hacías registrando el bolso de Jamie Fields? —pregunta Bentley, tratando de sentarse, pero yo me deslizo de un extremo a otro del diván, impidiéndoselo. Bentley suspira y se da por vencido.

—¿No prefieres que te cuente mi agotadora sesión de esta mañana en el gimnasio del Four Seasons?

Se produce una larga pausa mientras Bentley reflexiona, tratando de enfocar la vista.

—¡Ay, que me desmayo...! —Bentley traga saliva.

—No serías el primero.

El japonés sigue pegándose unos lingotazos de bourbon sin quitarme ojo de encima. Le da un codazo a otro japonés, pero éste no le hace caso y sigue contemplando *Friends* mientras devora una terrina de helado Häagen-Dazs sabor Chocolate Midnight Cookies. Tras no pocos esfuerzos, Bentley logra sentarse junto a mí en el diván verde lima, y se concentra en mi anatomía: brazos, pecho y piernas.

—La verdad, no me costaría nada caer en tus brazos, Victor —acaba confesando.

—Sabía que me reconocerías.

—Es que eres único —suelta Bentley en plan guasón.

—Estoy de acuerdo.

Silencio momentáneo.

—¿Puedo preguntarte una cosa, Victor?

—Dispara.

—Ésa es una sugerencia más bien peligrosa —me advierte Bentley gravemente,

ladeando la cabeza.

—Quiero decir que prosigas —le aclaro.

Bentley carraspea un poco.

—¿Todavía sales con Stephen Dorff? —me pregunta, ya en serio.

Jamie aparece en el preciso instante en que a mí me da un ataque de tos tan bestia que por poco vomito el ponche de tequila.

—En la planta sexta están disputando un partido de croquet y en la quinta han organizado un concurso para ver quién luce los complementos más elegantes —dice. Se sienta entre los dos y da un beso a Bentley en la mejilla.

—Hola, guapa —dice Bentley, que le devuelve el beso.

—¿Qué te pasa? Estás en las últimas, tío —observa Jamie—. ¿Qué le ha ocurrido? ¿Qué le has hecho, Bentley?

—*Moi?* —contesta Bentley con extrañeza—. Sólo le he hecho una pregunta un poquito personal. Desde luego, la respuesta me ha satisfecho inmensamente.

—Aún no he contestado a tu pregunta —protesto con voz ronca, limpiándome la boca.

—Pues sé bueno y dale una respuesta a tu amigo, Bentley, cariñito —dice Bentley.

Yo me encojo de hombros y decido seguirle el juego, aunque en realidad tengo los pelos de punta.

—Tal vez sí, tal vez no.

Bentley lo encaja con serenidad. Luego, totalmente en serio, con los ojos cerrados como en un arrebató de dolor y deseo, pregunta:

—¿Quieres venirte a vivir conmigo?

—Sería total —respondo, recobrando la compostura—. Pero verás... —Miro a Jamie, a quien por lo visto el asunto no le viene ni le va—. En este momento estoy comprometido.

Otra pausa por parte de Bentley, que aprovecha para apurar el resto del ron y poner en orden sus ideas.

—¿Y no podría... mirar?

—Pues no.

—Victor estaba registrando tu bolso, Jamie —dice Bentley, que de pronto parece haber recuperado la sobriedad y me señala con el dedo.

—Sólo quería la coca —me apresuro a justificarme.

—Pero cómo es posible, Victor —dice Jamie, metiendo la mano en un bolsillo de la chaqueta—. Toma. No es necesario que vayas hurgando en mis cosas.

Por suerte el enfado le dura sólo una fracción de segundo, hasta que ve a Iris Palmer y a Honor Fraser, a quienes saluda con la mano, mientras Bentley inclina la cabeza y levanta la copa vacía.

—Iris está guapísima —murmura Jamie.

—¿Cómo os conocisteis el señor Ward y tú? —pregunta Bentley, inclinándose hacia nosotros—. Prometo ser buen chico y dejarlo en paz. Es que he estado coqueteando toda la noche con Harry Nuttall y de pronto me fijé en Robbie, pero todo es tan insoportablemente árido... —En éstas echa un vistazo a la parroquia y exclama—: ¡Dios! ¿Quién ha invitado a Zandra Rhodes?

—Estudiamos juntos en Camden —explica Jamie—. La única diferencia es que yo llegue a graduarme. —Luego se vuelve hacia mí y pregunta—: ¿No?

—Ah, sí, recuerdo que me lo contó Bobby —interviene Bentley.

—¿Quién es Bobby? —pregunto, tratando de captar la atención de Jamie.

De pronto Bentley finge echar un vistazo a su alrededor abriendo los ojos de forma desmesurada, como si estuviera «muy ocupado» examinando a la gente.

El japonés sigue observándome de una forma tan extraña que empiezo a ponerme nervioso. Deduzco que Jamie también se ha dado cuenta, porque en ese momento se inclina hacia mí, privando al japonés de mi visión, y me besa suavemente en los labios. Quizá sea ésa la respuesta a la pregunta sobre Bobby. Mientras contemplo el rostro de Jamie —cuya expresión dice básicamente «ataca ya»—. Bentley carraspea teatralmente y Jamie se aparta casi avergonzada; yo me quedo mirando de nuevo al japonés.

—¿Qué te parece Londres, Victor? —pregunta Bentley con la sutileza de un cuervo.

—Veo que la falsa beatlemania ha mordido el polvo.

—Qué forma tan sutil y elegante de expresarlo.

—Hey, Joaquin, tío —grito, saludando a Joaquin Phoenix con la mano. Va vestido con un traje marrón de Prada y lleva el pelo peinado hacia atrás. Me estrecha la mano y, al reconocer a Jamie, le da un beso en la mejilla. A Bentley lo saluda con una breve inclinación de cabeza.

—¿Cómo te va, hombre? —pregunto—. Qué montaje, ¿no?

—Es un ambiente muy... agradable —contesta Joaquin, echando un breve vistazo a la gente que está a sus espaldas.

—Sí —digo—. ¿Qué estás haciendo en Londres?

Joaquín se queda cortado y finge no haber oído la pregunta.

—¿Cómo dices?

—¿Qué estás haciendo en Londres? —repito, mirándole a la cara.

—Pero, Victor, hombre... —responde Joaquin—. ¿No te acuerdas? Pero si estuvimos hablando del tema anoche: estoy filmando una película dirigida por John Hughes en Hampstead.

—Ah, sí, sí, es verdad.

—¿Os visteis anoche? —pregunta Bentley, de repente muy interesado en mis

meteduras de pata.

—Pues sí, en Annabel's —suspira Joaquin rascándose la patillas—. Era una fiesta en honor de Jarvis Cocker organizada por Catrina Skepper. —A continuación bebe un trago de Tsingtao.

—Chico, esto del jet-lagg te deja hecho polvo —alego, forzando una sonrisa—. Fue una fiesta estupenda.

—Si, estuvo bastante bien —responde Joaquin.

Sólo se queda unos momentos porque Iris Palmer y Bella Freud aparecen de pronto y se lo llevan casi en volandas. Bentley enciende otro cigarrillo para Jamie, que me mira fijamente y de forma un tanto extraña, como si tratara de descifrar algo. Yo sigo el juego ladeando la cabeza, asumiendo una expresión de perplejidad, sonriendo como un imbécil, jugueteando con el cigarrillo que Bentley insiste en tratar de encender, y encogiéndome de hombros.

—Ese labio leporino de Joaquin me vuelve loco —comenta Bentley en tono afectado.

—¿Por qué le dijiste que anoche estuviste en Annabel's? —pregunta Jamie.

—Porque es cierto —respondo—. Estuve charlando un rato con Jarvis y luego apareció Joaquin y, bueno, me puse a charlar con él y... Estábamos rodeados de payasos, de gente que no paraba de hacer gansadas, ¿sabes?

Jamie asiente y da una calada al cigarrillo.

—Pero tú no estuviste allí, Victor —afirma.

—Ah, ¿no? ¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque yo sí fui a esa fiesta —replica.

Una larga pausa, durante la cual finjo sentirme ofendido.

—¿Y ni siquiera te dignaste saludarme? ¡Joder, tía!

—No te saludé, Victor, porque tú no estabas allí —puntualiza Jamie—. De lo contrario me acordaría.

—Pues Joaquín asegura que me vio allí —insisto, alzando los brazos y encogiéndome de hombros, confiando en que ese gesto baste como respuesta—. A lo mejor no coincidimos.

A todo esto, Bentley se dedica a extraer rosas blancas de unos jarrones metálicos y, tras aspirar su aroma, se las prende en la solapa mientras escudriña la habitación y observa a los extras que pasan ante nosotros. Jamie no me quita ojo de encima mientras yo muevo la cabeza al son de la música, tratando de serenarme.

—¿Qué haces en Londres, Victor? —pregunta Jamie de sopetón.

—Ya ves, divertirme sin parar —contesto. Me echo sobre ella y la beso de nuevo en la boca, esta vez más intensamente, con lengua. Jamie me devuelve el beso, pero enseguida se separa cuando nota la presencia de una sombra junto a nosotros.

—En la planta sexta actúa Kula Shaker —anuncia una voz.

Al levantar la vista me encuentro con una pareja. Los dos son guapos de verdad, y sonrían a Jamie como si la hubieran pillado haciendo algo malo. La chica luce un vestido transparente de Yohji Yamamoto y me parece reconocerla como Tammy, una modelo de Kentucky, que va agarrada de la mano de Bruce Rhinebeck, un modelo también muy atractivo que luce un traje muy entallado y reluciente de Gucci y una chupa de Dolce & Gabbana. Bruce ofrece automáticamente a Jamie el porro que él y la chica comparten.

—Dicen que el DJ de la azotea es Laurent Garnier —comenta Bruce—. Qué pasada, ¿no?

—Os presento a Victor Ward —dice Jamie.

—Genial —responde Bruce de forma bastante educada—. Otro expatriado.

—Tienes unas bonitas cejas, colega —comento a Bruce.

—Gracias —contesta—. Son mías.

—Oye, nosotros nos vamos, que esto es un rollazo —dice Tammy.

—¿Qué estás bebiendo? —pregunta Jamie, arrebatándole a Tammy la copa—. ¿Puedo probarlo?

—Es ron, tónica y zumo de lima —responde Tammy—. La bebida de la década, según dicen.

—¿La bebida de la década? —Bentley hace una mueca—. Qué horror. ¿Quién habrá sido el cretino que le puso ese nombre?

—Fue Stella McCartney —contesta Tammy.

—Ah, qué chica tan estupenda —se apresura a decir Bentley, incorporándose—. Quiero a Stella con locura... Déjame tomar un sorbito. —Después de probar la bebida se relame los labios y exclama—: ¡Delicioso! Stella tiene razón: es la bebida de la década. Informa a los medios, Jamie. Que alguien vaya en busca de un publicista.

—Me he pasado casi todo el día en las oficinas de Elite Premier —Tammy bosteza apoyada en Bruce—. Luego almorcé en Chelsea.

—¿Dónde? —inquire Bentley, al tiempo que examina una rosa blanca.

—En el Aubergine —suspira Tammy—. Pasé unas dos horas en el Vent y luego me tomé unas copas en el Sugar Club antes de venir aquí. ¡Qué día!

—Yo tuve una sesión de fotos para el anuncio de Craig McDean. —Bruce toma el porro que le devuelve Jamie—. Luego acompañé al representante de las Spice Girls a firmar un contrato megabestial y cené temprano en el Oxo Tower con Nick Knight, Rachel Whitehead y Danny Boyle.

—Eres todo un personaje. —Jamie sonríe.

—Básicamente soy un creador de tendencias —responde Bruce sonriendo también.

—Un genio total —explica Tammy a Jamie.

—Y tú eres la tendencia de otoño más interesante —dice Bentley a Tammy.

—Un auténtico fenómeno —afirma Bruce, apretando la mano de Tammy.

—¿Qué es esto? —pregunto—. ¿La noche del chic eterno?

—Parece como si todo el mundo se dirigiera a alguna parte, pero no es así —comenta Tammy echando un vistazo a su alrededor.

—Pues a mí me da la impresión de que esto ya es historia —replica Bruce, al tiempo que mata el porro.

Como han vuelto a poner el vídeo de *Friends*, el japonés consigue atraer la atención de sus colegas y éstos se vuelven hacia mí. El japonés gesticula como un poseso y trato de recordar qué anuncios de los que he rodado han aparecido en Japón, pero no me viene ninguno a la cabeza. Al percatarse de mi nerviosismo, Bruce se vuelve para observar a los japoneses y Tammy y Jamie le imitan. Tammy hace un gesto casi imperceptible con la cabeza y Bruce propone:

—Creo que ha llegado el momento de largarse.

Jamie se inclina hacia mí y murmura:

—¿Te vienes con nosotros?

—¿Adónde vais? —pregunto mientras Jamie me ayuda a levantarme. Tammy y Bruce alzan a Bentley del diván verde lima. Bentley apenas se sostiene en pie y, después de conseguir que mantenga mínimamente el equilibrio, le conducen escaleras abajo.

—Vamos a nuestra casa.

—¿Qué es nuestra casa?

—Un lugar donde vivimos todos juntos —contesta Jamie—. ¿Captas?

—¿Por qué no regresas conmigo al Four Seasons?

—Tú haz lo que te dé la gana, Victor. —Jamie se acerca y me besa con tal ardor que doy un paso atrás, choco con un jarrón lleno de rosas blancas y sin querer meto la cabeza entre las flores. Los pétalos me rozan las mejillas, el cuero cabelludo y el cuello.

—Me alegro de que estés aquí —ronronea Jamie antes de conducirme escaleras abajo, hacia el Jaguar de Bruce—. A salvo —añade suavemente.

—Eres muy persuasiva —murmuro con voz ronca.

Bruce conduce a toda pastilla pero con maestría por las calles de Londres; Tammy, sentada junto a él, enciende otro porro; los dos nos observan de vez en cuando por el retrovisor. Pese al aire acondicionado, las ventanillas están empañadas. Yo voy sentado entre Bentley y Jamie, que se me abraza en la oscuridad del asiento trasero mientras la canción «One and One», de Robert Miles, suena a todo volumen. La beso en la boca con pasión, deseándola como jamás la había deseado en Camden, al tiempo que procuro frenar los avances de Bentley, que se dedica a quitarme pedacitos de confeti de la chaqueta Versace; cada vez que le aparto la mano, el muy pelmazo emite un gemido de protesta. Jamie me toquetea la polla, que está tiesa y me roza el muslo, y yo tengo que cambiar de postura cada dos por tres, hasta que le sujeto la mano, la guio y hago que me la frote con más energía; y cuando estoy totalmente perdido en las actividades de Jamie, Bentley me introduce la mano en el bolsillo y al encontrar algo duro comienza a restregarlo emitiendo ruiditos de placer, pero enseguida se da cuenta de que es el paquete de Mentos y suelta un sonoro gemido de protesta.

Bruce pega un golpe de volante y cambia de dirección porque las calles que dan a Trafalgar Square están cerradas debido a una amenaza de bomba. A través de los altavoces suena «Rock Off» de Primal Scream, sofocando cualquier otro posible sonido. El Jaguar toma una curva a una velocidad de vértigo; las ventanillas están bajadas y el aire penetra en el vehículo. Cada vez que Jamie me toca me pongo a cien, cachondo perdido. En éstas Jamie se quita los zapatos, coloca las piernas sobre mis muslos y apoya los pies en el regazo de Bentley, mientras las luces de la ciudad parpadean a nuestro alrededor.

—Qué guapo eres —musita Jamie cuando me inclino para besarla en la boca con el rostro congestionado.

Cada vez que nos detenemos ante un semáforo suelto una retahíla de palabrotas. Bentley se pone a discutir con Bruce hasta que descubre una foto que alguien se dejó en el asiento trasero en la que aparece Matthew McConaughey retozando en un arroyo; Bentley la contempla arrobado, olvidándose de todo lo demás. Por fin Bruce enfila un camino asfaltado y se detiene ante una pequeña verja, que se abre automáticamente; al atravesarla una luz cegadora nos enfoca desde varios puntos del tejado de la casa negra que se alza ante nosotros. La luz se apaga lentamente y Bruce saca un mando a distancia, pulsa unos botones y cuando por fin vuelve a estar oscuro, todo se desvanece excepto las nubes en el firmamento.

Cruzo el umbral de la casa negra, precedido por Jamie, mientras Bentley, Bruce y Tammy nos dejan solos en un espacio oscuro para dirigirse a las habitaciones del piso superior. Jamie enciende unas velas y me ofrece una copa que huele a Sambuca; ambos ingerimos unos Xanax para sacudimos de encima los efectos de la coca antes de tomar un baño caliente en una habitación que huele a pintura fresca, donde Jamie enciende más velas y se quita el traje de Jil Sander y me ayuda a desnudarme, hasta que finalmente me arranca los calzoncillos Calvin Klein mientras yo permanezco tendido en el suelo del baño, delirando, sin parar de reír, agitando las piernas en el aire. Jamie está de pie junto a mí, iluminada por el resplandor de las velas que proyectan su alargada sombra sobre los muros y el techo; yo extiendo la mano para tocarle el culo y al cabo de unos instantes nos sumergimos en el agua.

Después del baño Jamie me tumba de un empujón en un lecho gigantesco. Estoy totalmente sereno, caliente a más no poder; suena una suave música de fondo, un cede de Tori Amos. Me tumbo de costado, contemplando maravillado a Jamie, le acaricio su escaso vello púbico, le introduzco los dedos en la vagina, canturreo al son de la música mientras dejo que ella me vaya chupando la lengua.

—Oye —susurra Jamie, apartándose un poco.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —pregunto.

Jamie no quiere follar y comienza a mamármela. Yo hago que se ponga mirando a los pies de la cama y le como el chocho, caliente y estrecho, empiezo a lamérselo con movimientos lentos, alcanzo el ano, introduzco la lengua en la vulva con movimientos rápidos y profundos, o pongo la lengua rígida y se la meto hasta el fondo, devorando y chupándole el coño; luego deslizo la punta de la lengua sobre el clítoris y ella se sienta sobre mi cara, moviéndose hacia arriba y hacia abajo mientras yo le masajeo los pezones, y Jamie se corre tocándose el clítoris con el dedo corazón, emitiendo gemidos de placer, y yo le lleno la mano de babas; cuando me corro yo, ella trata de inmovilizarme las caderas con el pecho para evitar que la golpee sin querer, me corro sobre su mano mientras ella me masturba, eyaculo interminablemente y con tal violencia que sepulto de nuevo la cara en su coño para sofocar los gritos que suelto sin querer en pleno orgasmo. Luego me dejo caer hacia atrás, con la barbilla, la boca y la nariz cubiertos del flujo de su vagina. Lo único que rompe el silencio es mi respiración entrecortada. El cedé que sonaba se ha parado; algunas velas se han consumido; noto que la cabeza me da vueltas.

—¿Te has corrido? —pregunta Jamie en la oscuridad.

—Sí —contesto resollando, sin poder reprimir una carcajada.

—Vale —dice Jamie.

El lecho cruje cuando se levanta. Me parece que sostiene algo con mucho

cuidado, como si temiera dejarlo caer al suelo.

—Oye...

—Buenas noches, Victor.

Jamie se dirige a la puerta y la abre. Me llevo una mano a los ojos para que no me deslumbre la luz del pasillo, y cuando ella cierra la puerta estalla una oscuridad incontrolada y la cabeza sigue dándome vueltas y tengo la sensación de que me elevo hacia un lugar donde me espera alguien y oigo unas voces que me dicen: sigue, sigue.

7

Me despierta el sol que entra por la claraboya y pasa a través de unas vigas de acero modernísimas hasta derramarse sobre el lecho desde donde admiro los dibujos geométricos grabados en las modernísimas vigas de acero. Me incorporo despacito, preparado para lo peor, pero por lo visto he dormido tanto que ya se me ha pasado el resacón. Echo un vistazo a mi alrededor: una habitación decorada en gris ceniza, minimalista total; un enorme jarrón de acero que contiene tulipanes blancos; unos ceniceros metálicos guapísimos distribuidos por la habitación; una mesilla de acero sobre la que reposa un diminuto teléfono negro junto al número del próximo mes de *Vanity Fair*, en cuya portada aparece Tom Cruise; una pintura de Jennifer Bartlett colgada sobre el lecho. Abro una persiana de acero y contemplo lo que parece ser una calle londinense relativamente de moda, aunque no estoy seguro de su ubicación. Como en la habitación no hay ningún reloj, no tengo ni idea de qué hora es, pero por la forma en que las nubes se deslizan frente al sol a través de la claraboya calculo que es más de mediodía.

Llamo al Four Seasons y pregunto si hay algún mensaje para mí, y al averiguar que no hay ninguno experimento una leve sensación de pánico que espero controlar dándome una ducha en el baño contiguo al dormitorio, revestido de azulejos verde pálido y gris oscuro, y la bañera que Jamie y yo utilizamos anoche aparece vacía y rodeada de velas; consumidas; junto a las pilas de acero inoxidable del lavabo aparecen dispuestos unos artículos de tocador Kiehl. Me seco y me pongo un albornoz Ralph Lauren que encuentro colgado de un gancho antes de abrir la puerta despacio, porque no estoy seguro de lo que hallaré detrás de ella.

6

Me hallo en lo que parece el primer piso de una mansión urbana de dos plantas, de un estilo tan simple, funcional y abierto que resulta difícil ocultarse en algún sitio. Enfilo por un pasillo —al que dan varios dormitorios, un estudio, dos baños y numerosas hileras de estantes vacíos— y me dirijo hacia una escalera que me conducirá a la planta baja; en la decoración predomina el tono ceniza —el color de los sillones y los sofás y los edredones y los escritorios y los jarrones y las alfombras que cubren los suelos de roble claro—, con algunos toques en aqua, verde manzana y crema. Tras bajar una escalera, sujetándome a la fría barandilla de acero, llego a un inmenso espacio diáfano dividido en dos por una serie de columnas de acero; los suelos son de terrazo y las ventanas unos simples cubos de cristal opaco. En la zona del comedor unas sillas de Frank Gehry están colocadas alrededor de una gigantesca mesa de granito de Budeiri, bajo una lámpara que emite luz indirecta. Entro en una cocina en tonos salmón con unos estantes suspendidos de unos cables de acero; el frigorífico, un modelo antiguo, contiene yogures, diversos quesos, una lata de caviar sin abrir, Evian y media docena de focaccia, y en un armario veo unos paquetes de Captain Crunch y varias botellas de vino. Todo el lugar exhala un aire transitorio; hace tanto frío que me pongo a tiritar mientras observo un montón de teléfonos móviles sobre una mesa rosa monísima y pienso que todo esto es demasiado 1991.

Me dirijo hacia un gigantesco espacio situado en el centro de la casa, donde suenan los Counting Crows en un aparato estéreo, y al pasar junto a una columna de acero veo ante mí un descomunal sofá color pistacho y una enorme pantalla de televisión sin el sonido —Beavis y Butt-head sentados muy tiesos— junto a una máquina tragaperras desconectada, que se halla a su vez junto a un largo bar de granito bastante deteriorado sobre el que reposan dos tableros de backgammon. Me acerco por detrás a un tipo vestido con una camiseta USA Polo Sport y un holgado pantalón corto con las perneras excesivamente subidas, que está inclinado sobre un ordenador en cuya pantalla azul aparecen unos diagramas de aviones; sobre la mesa descansa una mochila de Hermes que contiene un ejemplar de un libro de Guy Debord y varios sobres sobre los que alguien ha garabateado unos ciempiés. El tipo se vuelve.

—Estoy helado —grita—. Tengo un frío de cojones.

Pasmado, me paro en seco y asiento con un gesto.

—Sí, hace un frío que pela.

El tipo mide aproximadamente un metro ochenta de estatura, tiene el cabello negro, corto y peinado hacia atrás; un bronceado tan natural que parece imposible disimular un cutis sonrosado, y al contemplar esos pómulos me digo de inmediato: «Vaya, pero si es Bobby Hughes». El tipo clava sus ojos de un tono verde oscuro en

mí y sonrío mostrando una dentadura increíblemente blanca que pone de relieve su pronunciada mandíbula.

—Permíteme que me presente —dice, tendiéndome la mano. Tiene el brazo tan musculoso que ese simple movimiento revela su abultado bíceps—. Soy Bobby.

—Hola —contesto, estrechándole la mano—. Yo soy Victor.

—Perdona que esté tan sudado —se disculpa con una sonrisa—. Acabo de subir del gimnasio. Coño, qué frío hace aquí. No tengo ni puta idea de dónde está el termostato.

—¿Ah, sí? —suelto sin saber qué decir—. Vaya. —Pausa—. ¿Tenéis un gimnasio... aquí?

—Sí, en el sótano —responde Bobby haciendo un gesto con la cabeza.

—¿Ah, sí? —repito, tratando de mostrarme más desenvuelto—. Genial, oye.

—Se han ido todos a la tienda —dice Bobby, volviéndose hacia el ordenador y llevándose una Coca-Cola Light a los labios—. Tienes suerte de estar aquí, esta noche cocina Bruce. —Al cabo de unos momentos se vuelve hacia mí y pregunta—: ¿Quieres desayunar? En la cocina hay una bolsa de cruasanes y creo que queda un poco de zumo, si no se lo ha bebido Bentley.

Pausa.

—Ah, no, no. Estoy bien —contesto con aire distraído.

—¿Te apetece un bloody mary? —pregunta Bobby sonriendo—. ¿O un poco de Visine? Chico, tienes los ojos fatal.

—No, no... —Una pausa, una sonrisa tímida, suspiro de forma casi imperceptible—. Estoy bien.

—¿En serio? —pregunta Bobby.

—Sí, sí.

Después de ser expulsado de Yale el primer año por «conducta inapropiada», Bobby Hughes comenzó su carrera de modelo para Cerutti a los dieciocho años y se convirtió en una sensación de la noche a la mañana. Al poco tiempo pasó a ser el modelo favorito de Armani y firmó varios contratos millonarios; en realidad llegó a cobrar un pastón escandaloso para aquellos tiempos. Recuerdo el famoso anuncio de Hugo Boss donde Bobby se alejaba de la cámara dando saltos mortales mientras debajo aparecían unas letras rojas fosforescentes que decían: «¿Quién va a fijarse en eso?»; y el histórico anuncio para Calvin Klein en el que Bobby posaba en ropa interior, tosiendo y con expresión ausente, mientras una voz femenina susurraba: «Tu ego te lo agradecerá»; y en la época en que *CQ* publicaba modelos en la portada, el rostro de Bobby aparecía continuamente, impávido y seguro de sí. Hizo de guaperas en dos vídeos de Madonna, de «chico triste y perdido» en un clip de Belinda Carlisle, y apareció descamisado en muchos más porque poseía unos abdominales que quitaban el hipo mucho antes de que la gente reparara en el torso del modelo, una

moda que probablemente impuso él. A lo largo de su carrera desfiló por innumerables pasarelas hasta conquistar el apodo de «Chico Diez». Apareció en la portada del último álbum de Smith, *Unfortunately*. Tenía un club de fans en Japón. La prensa le trataba bien, lo que siempre me hizo sospechar que, bajo su cultivada imagen de supermacho, Bobby Hughes era más listo que el hambre y poseía una personalidad «polifacética». Durante un tiempo, en los ochenta, fue el modelo masculino mejor pagado porque ofrecía los mejores rasgos, el aire más sofisticado, el cuerpo perfecto. Se vendieron millones de ejemplares de su calendario.

En el invierno de 1986 concedió una última entrevista a *Esquire*, donde dijo sin el menor resquemor: «Sé exactamente lo que quiero hacer y adónde me dirijo», tras lo cual dejó la escena de la moda neoyorquina más o menos desierta. Todo esto ocurrió antes de que yo iniciara mi vida en la ciudad, antes de que me hiciera semifamoso como Victor Ward, antes de que conociera a Chloe, antes de que mi mundo comenzara a adquirir forma y a expandirse. Luego fueron apareciendo de vez en cuando en algunas revistas de moda europeas unas fotos granulosas de Bobby Hughes asistiendo a una fiesta en una embajada en Milán, Bobby Hughes sorprendido por la lluvia en Wardour Street ataviado con una gabardina verde de Paul Smith, Bobby Hughes jugando a boley-playa en Cannes, o en el vestíbulo del Cap d'Antibes al amanecer vestido con esmoquin y sosteniendo un cigarrillo, Bobby Hughes dormido en un asiento de primera clase en el Concorde... Y puesto que había dejado de conceder entrevistas, la prensa del corazón se dedicaba a difundir rumores sobre su compromiso con Tiffani-Amber Thiessen, a insinuar que «por poco» había hecho que rompieran Liz Hurley y Hugh Grant, o a sugerir que había sido el causante de la separación de Emma Thompson y Kenneth Branagh. También se decía que conocía de primera mano el ambiente de ciertos locales sadomaso de Santa Monica. Aseguraban que iba a protagonizar la segunda parte de *American Gigolo*. Comentaban que se había gastado toda su fortuna montando restaurantes que habían fracasado, en los caballos, en cocaína, en un yate al que había puesto el nombre de *Animal Boy*. Aseguraban que iba a reanudar su carrera de modelo a una edad en que resultaba poco probable que decidiera hacerlo. Pero no llegó a hacerlo.

Y ahora lo tengo ante mis ojos, en carne y hueso, cuatro años mayor que yo, algo más alto que yo, tecleando en un ordenador, bebiendo Coca-Cola Light y luciendo unos calcetines deportivos blancos. Como no estoy acostumbrado a la compañía de tipos más guapos que Victor Ward, me resulta francamente incómodo, pero le escucho con más atención que a ningún otro hombre que he conocido por un hecho incuestionable: Bobby Hughes es demasiado atractivo para resistirse a él. Te cautiva casi sin pretenderlo.

—La verdad, me siento algo perdido —murmuro—. ¿Dónde... me encuentro exactamente?

—Oh. —Bobby alza la vista y me mira, parpadea un par de veces y por fin dice —: En Hampstead.

—¿Ah, sí? —contesto, aliviado—. Mi amigo Joaquin Phoenix, ya sabes, el hermano de River...

Bobby asiente sin dejar de observarme.

—Está rodando la última película de John Hughes en Hampstead —termino. De pronto me siento un poco ridículo ataviado con este albornoz—. Al menos eso creo —añado, para salir del mal trago.

—Genial —responde Bobby, volviéndose hacia el ordenador.

—Anoche estuve con él en una fiesta.

—¿Y qué tal fue? —pregunta Bobby—. Siento habérmela perdido.

—Pues fue una fiesta... —trato de explicarle poniéndome nervioso por momentos—. A ver si me acuerdo. Estaba por... bueno, fue en Notting Hill.

—Ya, claro —dice Bobby en tono despectivo, lo cual casi consigue calmarme.

—Sí, bueno... —Hecho un lío, me quedo mirándole arropado en el albornoz mientras él observa la pantalla del ordenador.

—Era en honor del pintor Gary Hume, ¿verdad? —inquire Bobby.

—Sí —contesto—. Pero todos sabíamos que en realidad era para Patsy y Liam.

—Claro, claro —dice Bobby, pulsando tres teclas y haciendo que aparezcan en la pantalla más diagramas de aviones—. ¿Quién estaba ahí? ¿Había mucha gente del mundillo?

—Pues estaba Kate Moss y Stella Tennat e Iris Palmer y creo que Jared Leto y Carmen Electra y, esto, Damon Albarn y... Tomamos un combinado de ponche de naranja y... vaya, yo pillé un colocón monumental y... ah, sí, había muchas esculturas de hielo.

—Vaya.

—¿Cómo es que no fuiste? —pregunto, adoptando un registro en el que me siento más cómodo.

—Estaba en París.

—¿Para un anuncio?

—Por negocios —responde Bobby secamente.

—¿Relacionados con el trabajo de modelo?

—No, ya lo he dejado del todo —contesta Bobby, comprobando un dato en una agenda situada junto al ordenador—. He cerrado ese capítulo de mi vida.

—Sí, claro, te entiendo —digo por decir algo.

—¿Sí? —Bobby me mira por encima del hombro, sonriendo—. ¿De veras?

—Sí, sí, desde luego. —Me encojo de hombros—. Yo también estoy pensando en dejarlo.

—¿Qué estás haciendo en Londres, Victor? —me pregunta Bobby.

—*Off the record?*

—¿Publicidad? ¿Un pase? —pregunta sonriendo de nuevo.

—No fastidies —contesto echándome a reír—. Ni hablar... Quiero dejarlo, independizarme.

—Es una vida, muy dura, ¿verdad?

—Joder si es dura.

—Potencialmente devastadora.

—He decidido frenar y darme un respiro.

—Muy inteligente por tu parte.

—¿Sí?

—Esta profesión te machaca. Conozco a muchos que han acabado hechos una ruina.

—Sí, yo también. Tienes toda la razón.

—Te lo juro, todo esto me pone enfermo. Me revuelve el estómago —afirma Bobby.

—Vaya... pues nadie lo diría. Estás mejor que nunca —observo confundido.

—¿Qué? —Bobby se mira, se da cuenta de mi torpeza y sonrío con simpatía—.

Ah, gracias. Eres muy amable.

—¿Cuándo has llegado? —pregunto, iniciando el proceso de estrechar los lazos.

—Esta mañana —responde Bobby bostezando y desperezándose—. ¿Y tú?

—Hace un par de días.

—¿Saliste de Nueva York?

—Sí.

—¿Y qué se cuece por allí últimamente? —pregunta Bobby, concentrándose de nuevo en el monitor—. Hace siglos que no voy. Por lo que he leído en la prensa, me parece que no me sentiría a gusto. Ya ves, a lo mejor he madurado.

—Sí, sí, todo puro teatro —respondo—. Y además, todos esos niñatos idiotas... ¿sabes?

—¿Gente aplaudiendo como loca a los supermodelos que desfilan por la pasarela? No, gracias.

—Tienes toda la razón.

—¿A qué te dedicas cuando estás allí?

—Más o menos a lo de siempre: trabajo de modelo. La semana pasada colaboré en la inauguración de un local. —Pausa—. Ah, y voy a hacer un papel en la segunda parte de *Línea mortal*.

—Joder, qué frío hace —protesta Bobby de nuevo, abrazándose—. ¿No tienes frío?

—Sí, un poco —admito.

Bobby sale de la habitación y desde alguna parte de la casa grita:

—¿Dónde está la puñetera estufa? —Luego pregunta—: ¿Quieres que encendamos el fuego?

Entre los cedés diseminados sobre los gigantescos altavoces hay algunos de Peter Gabriel, de John Hiatt, de alguien llamado Freedy Johnson y el último álbum de los Replacements. A través de los ventanales veo una pequeña terraza rodeada por un jardín repleto de tulipanes blancos; unos pajarillos se congregan sobre una fuente de acero, pero cuando se levanta el viento y las sombras comienzan a extenderse a través del césped deciden que no están a gusto y remontan el vuelo todos al mismo tiempo.

—¿Quién vive aquí? —pregunto cuando Bobby entra de nuevo en la habitación—. Ya sé que se trata de un decorado, pero está muy bien.

—A veces alquilo esta casa —responde Bobby, dirigiéndose hacia el ordenador y examinando la pantalla—. En estos momentos la comparto con Tammy y Bruce, a quienes creo que ya conoces.

—Sí, son una gente muy legal.

—También están por aquí Bentley Harrolds, un amigo de toda la vida, y Jamie Fields, a quien... —Bobby se detiene, sin mirarme—. Bueno, me parece que os conocisteis en el instituto.

—Pues sí —asiento con un gesto—. Ella también es muy legal.

—Ya —dice Bobby con aire cansado, apagando el monitor y emitiendo un suspiro—. Somos todos de lo más legales.

Se me ocurre comentarle algo, pero no me atrevo. Al fin decido lanzarme:

—Oye, Bobby.

—¿Sí? —pregunta volviéndose de nuevo hacia mí.

—Sólo quería que supieras que, en fin, aunque suene cursi, tú fuiste... —respiro hondo y prosigo— una inspiración para mí y para muchos como yo, una influencia importante. Sólo quería que lo supieras. —Me detengo y aparto la vista, turbado, con los ojos llenos de lágrimas—. Espero que no te parezca una estupidez.

Silencio.

—No, no —responde Bobby al cabo de unos instantes—. Te lo agradezco, Victor —añade mirándome con afecto—. Me ha gustado mucho. Gracias.

Siento un alivio enorme a pesar del nudo en la garganta, y haciendo un esfuerzo, con voz entrecortada, atino a contestar.

—Vale.

En éstas suenan unas voces en el jardín. Una verja se abre y se cierra. Cuatro personas guapísimas, vestidas de negro, luciendo gafas de sol y portando unas bolsas del delicatessen de la esquina, atraviesan el jardín en penumbra y se dirigen hacia la casa. Bobby y yo las observamos a través de los ventanales.

—Bueno, por ahí vienen todos —comenta Bobby.

Saludo a Jamie con la mano mientras el grupo echa a andar hacia el ventanal tras

el que me encuentro, pero nadie me devuelve el saludo. Bentley tuerce el gesto y lanza el cigarrillo con un papirotazo. Bruce, cargado con dos bolsas hasta los topes, empuja a Tammy en plan jugueteón y la arroja del camino empedrado. Jamie avanza hacia nosotros, con la mirada al frente, impávida, mascando chicle.

—¿Es que no me ven? —pregunto.

—No, el cristal es de los que sólo permiten ver por un lado —me explica Bobby.

—Ah. Vaya, qué moderno.

Los cuatro entran en la cocina por la puerta trasera. Al cerrar la puerta suenan unos débiles bips electrónicos. Bobby y yo nos volvemos y les observamos mientras dejan las bolsas de comida sobre una amplia encimera de acero. Nos acercamos a ellos, tal como indica el guión. Jamie es la primera que repara en nuestra presencia y se quita las gafas de sol, sonriendo.

—Conque ya estás despierto —dice mientras avanza hacia nosotros.

Yo le devuelvo la sonrisa y al ver que se acerca a mí, deduzco que va a besarme, de modo que cierro los ojos y me alzo de puntillas, impaciente. Experimento una leve punzada de deseo que se va intensificando hasta hacerme perder el control. Pero no: Jamie pasa de largo y yo abro los ojos y me vuelvo.

Ella y Bobby se abrazan y se besan con ardor, de forma casi ruidosa. Jamie tarda un buen rato en percatarse de mi presencia, pero cuando trata de apartarse de Bobby éste la retiene con fuerza.

—¿Os conocéis? —es cuanto acierta a balbucir Jamie tras observar la expresión de mi rostro.

—Sí —contesto.

—Suéltame —exclama Jamie, que aparta a Bobby de un empujón—. Vamos, suéltame.

Pero Bobby no le hace ni caso y la sigue besando en la cara y en el cuello. Yo me quedo ahí plantado, mirándoles como un idiota, excitado y de repente completamente alerta.

—Creo que ha llegado el momento de tomarse una copa —propone Bentley con una mueca.

Tammy se acerca a mí.

—Nos hemos encontrado con Buffy. Acaba de regresar de una expedición al Everest en la que han muerto dos personas. Y encima Buffy perdió su móvil.

Como no tengo ni remota idea de a quién se dirige Tammy, asiento lentamente.

—Me muero de hambre —dice Bobby sin soltar a Jamie, que por lo visto ya se ha dado por vencida—. ¿A qué hora comemos? —pregunta—. Y por cierto, ¿qué hay para comer?

Enseguida susurra unas palabras al oído de Jamie y ella se echa a reír, le da unos golpecitos en los brazos y luego lo aparta agarrándolo por los bíceps.

—Estoy preparando brochetas —contesta Bruce desde la cocina—. Risotto e porcini, higos con prosciutto y ensalada de arugula al hinojo.

—Date prisa —grita Bobby, besuqueando a Jamie y estrechándola contra sí—. Estoy que no veo de hambre.

—¿Qué llevas debajo del albornoz, Victor? —pregunta Bentley observándome mientras sostiene en la mano una botella de Stoli—. Un momento... no me lo digas. No podría resistirlo. Por cierto —añade desde la cocina—, tengo tu ropa interior.

—Voy a darme un baño —dice Tammy parpadeando y clavando sus ojos grises en mí—. Caray, pues sí que tienes buena cara, a pesar de la juerga de anoche. —Frunce los labios y añade—: Aunque claro, son las cinco de la tarde.

—Tengo una buena dotación genética —respondo, encogiéndome de hombros.

—Y llevas un albornoz que te sienta de miedo —apostilla Tammy dirigiéndose hacia la escalera.

—Oye, aquí hace un frío horroroso —observa Bobby, soltando por fin a Jamie.

—Pues vístete —le espeta ella secamente, alejándose—. Y deja de hacer el burro.

—¡Oye! —exclama Bobby fingiéndose pasmado por la sorpresa, con la boca exageradamente abierta. Acto seguido echa a correr detrás de ella. Jamie suelta unos grititos de gozo y entra en la cocina a toda prisa. De pronto lo veo todo con una claridad meridiana y soy consciente de que llevo varios minutos plantado en el mismo lugar.

—Ándate con cuidado, Bobby —dice Bentley—, que Jamie tiene una pistola.

En éstas Jamie se dirige hacia mí, resollando. A sus espaldas veo a Bobby registrando las bolsas del delicatessen y charlando con Bruce. Bentley pide a uno de ellos que pruebe los martinis que ha preparado.

—¿Dónde está mi ropa? —pregunto a Jamie.

—En el armario —suspira ella—. En el dormitorio.

—Tú y Bobby formáis la pareja perfecta —observo.

Jamie contesta «lo siento» en silencio y se aleja.

Cuando Jamie pasa junto a él, Bobby le propina un cachete en el culo, como para asegurarse de que no se le escapa.

—Oye, ¿has vuelto a olvidarte de conectar las alarmas? —pregunta Bobby a alguien.

Al atardecer el equipo de rodaje obtiene unas imágenes de un cielo crepuscular fabuloso antes de que oscurezca por completo, mientras el interior de la casa se ilumina y los seis —Bentley, Tammy, Bruce, Jamie, Bobby y yo— nos repantigamos en las sillas Frank Gehry dispuestas en torno a la mesa de granito en la zona del comedor y yo me hago el tímido mientras dos cámaras giran a nuestro alrededor. Nos pasamos los platos y las botellas de vino y pese al factor Bobby Hughes, que puede impedir que me lleve trescientos mil dólares, me siento en paz y tolerante y dispuesto a lo que sea. Las continuas atenciones que me dispensan mis nuevos amigos hacen que pase por alto ciertos detalles, especialmente la forma en que Jamie abre los ojos como platos cuando me mira a mí o a Bobby, en ocasiones risueña, otras no tanto. Yo respondo a las preguntas que me hacen sobre Chloe —la concurrencia parece francamente impresionada por el hecho de que yo fuera su novio—, la portada de *YouthQuake*, la orquesta en que había tocado, mis ejercicios de gimnasia y las pastillas que tomo para desarrollar más músculos; a nadie se le ocurre preguntar «¿quién eres?» ni «¿de dónde eres?» ni «¿qué quieres?», preguntas que no vienen al caso porque todos parecen conocer las respuestas. Bentley menciona unos recortes de prensa que leyó sobre la inauguración del local la semana pasada, una noticia que ha recogido la prensa londinense, y promete enseñarme esos recortes más tarde, sin insinuar nada inconfesable.

Guiños, miradas de complicidad y bromitas entre nosotros y Felix y el director, pero no nos burlamos unos de otros porque en el fondo es una forma de vender nuestra imagen y al fin y al cabo estamos unidos porque «lo hemos logrado». Yo me esfuerzo en no mostrarme impresionado cuando la conversación gira en torno a nuestras respectivas relaciones con la prensa, dónde estábamos durante los ochenta y qué aspecto presentaremos en la pantalla. Tras felicitar a Bruce por su maravilloso risotto pasamos a comentar la bomba que hace unos días unos terroristas colocaron en un hotel de París, en el Boulevard Saint-Germain, mientras suena la suave música de fondo de «Achtung Baby», de U2, y nos preguntamos mutuamente si conocemos a alguien que resultara herido durante la última serie de terremotos registrados en Los Ángeles. La casa está más caldeada.

A ratos tengo la impresión de que ya estoy en Nueva York, en el Da Silvano, sentado a una de las mejores mesas, junto a la entrada, mientras un fotógrafo aguarda tiritando de frío en la Sexta Avenida a que apuremos nuestros espressos descafeinados y nuestras copas de Sambuca; Chloe paga la cuenta con un ademán cansino; Bobby también está presente. Ahora mismo, esta noche, Bobby se muestra más silencioso que los otros, pero parece bastante contento y satisfecho. Cada vez que yo le lleno la copa de vino con un excelente Barbaresco me da las gracias con un gesto de la cabeza y una sonrisa relajada, mirándome fijamente a los ojos; a veces un poco distraído por las luces, las cámaras y los técnicos que dan vueltas a nuestro

alrededor. Comentamos las invitaciones que nos han hecho a varias fiestas, pero optamos por quedarnos en casa; porque estamos cansados. Bruce enciende un puro. Tammy y Jamie lían unos gigantescos porros. Todo el mundo va a la suya mientras yo retiro los platos.

En la cocina, Bobby me da un golpecito en el hombro.

—Oye, Victor, ¿puedes hacerme un favor? —pregunta.

—Pues claro, hombre —contesto secándome con el trapo de cocina más caro que he tenido nunca entre las manos—. Dalo por hecho.

—He quedado en encontrarme con un amigo que va a alojarse aquí este fin de semana —empieza a decir Bobby.

—¿Y?

—Tengo que recogerlo sobre las diez —responde Bobby, que se acerca y consulta su reloj—. Pero la verdad, estoy hecho polvo.

—Chico, tienes un aspecto estupendo aunque... —Ladeo la cabeza buscando en su rostro algún fallo, la más mínima imperfección—. Sí, parece un poco cansado.

—Si pido que envíen un coche, ¿te importaría ir al Pylos...

—¿Al Pylos? Total, oye.

—... a recogerlo en mi lugar? —Bobby está tan cerca que siento aliento—. No sabes cuánto te lo agradecería, porque están todos para el arrastre —dice indicando con la cabeza a Tammy, Bruce, Bentley y Jamie, los cuales están situados detrás de las columnas de acero frente al gigantesco televisor, discutiendo sobre qué película van a ver—. ¿No te has fijado? Esta noche apenas han bebido —señala Bobby—. De modo que supongo que no te importará ir a recoger a mi amigo.

—Yo también estoy bastante cansado después de la juerga de anoche, pero...

—Sí, anoche —murmura Bobby. Por un momento parece estar en otro mundo.

—¿Dónde queda ese local? —me apresuro a preguntar, lo cual le obliga a regresar a la realidad.

—El chófer ya lo sabe —contesta Bobby—. Os esperará fuera con el coche. Dile al portero del Pylos que eres amigo mío. Encontrarás a Sam en la sala de los vip.

—¿No sería más sencillo incluir mi nombre en la lista de amigos tuyos?

—Ese lugar se ha puesto tan de moda que no consigues entrar aunque figures en la lista de amigos de un socio.

—¿Cómo identificaré a Sam? —pregunto.

—Es asiático y poca cosa. Se llama Sam Ho. No te preocupes, lo reconocerás en cuanto lo veas —me explica Bobby—. Es un poco... ¿cómo expresarlo? Teatral.

—Vale. —Me encojo de hombros, porque no entiendo de qué va la cosa—. ¿Quién es? —luego añado—: ¿Qué pasa? ¿Tenéis organizada alguna movida?

—No, no, Sam no se dedica a las drogas —contesta Bobby—. ¿No has oído hablar de Sam Ho? Es un modelo asiático muy famoso.

—¡No fastidies!

—Tranquilo —dice Bobby—, todo está controlado. Figura en el guión.

—Ya lo sé —respondo.

—Ten —dice Bobby, y me entrega un sobre en el que yo no había reparado que sostenía en la mano—. Dáselo a Sam. Él ya sabe de qué va. Nos veremos aquí más tarde.

—Vale, perfecto.

—De verdad, tío, no sabes qué favor me haces.

—No le des más vueltas —contesto—. Tenía ganas de pasarme por Pylos desde que abrió hace... cuatro semanas, ¿no?

—Lo mismo abre que vuelve a cerrar.

Bobby me acompaña hasta la calle en esta brumosa noche; junto a la acera me espera una limusina negra. Felix lo tiene todo dispuesto para la siguiente toma.

—Muchas gracias, Victor —dice Bobby mirándome a los ojos.

—De nada, hombre, será un placer.

—¿Podemos repetirlo? —pregunta el director—. Pon más énfasis en la palabra «será». Vamos a repetir la toma.

—Muchas gracias, Victor —dice Bobby mirándome a los ojos.

—De nada, hombre, será un placer.

—Eres el rey.

—No, tú eres el mejor.

—No, Victor, tú eres el rey.

—No puedo creer que Bobby Hughes me diga que soy el mejor —exclamo, deteniéndome para aspirar aire—. En serio, tío, tú eres el mejor.

Bobby me abraza y cuando se dispone a alejarse yo sigo abrazado a él, incapaz de contenerme.

El chófer me abre la puerta del asiento delantero y compruebo que es el mismo que me recogió en Southampton (una escena que han decidido eliminar). Es pelirrojo y parece un tipo legal.

—Oye, Victor —dice Bobby antes de que entre en la limusina.

—¿Qué?

—¿Hablas francés? —pregunta Bobby, una mera sombra en la penumbra junto a la casa.

Tardo treinta segundos en formar las palabras:

—*Un... petit peu.*

—Estupendo —responde Bobby, metiéndose en la casa—. Nosotros tampoco.

La velada evoluciona hacia su conclusión lógica.

En el interior de la limusina que me conduce hacia Charing Cross Road suena «Wrong» de los Everything But the Girl mientras observó el pequeño sobre blanco que me ha dado Bobby para que se lo entregue a Sam Ho. Noto la forma de una llave envuelta en una nota, pero por respecto a Bobby ni siquiera me planteo abrir el sobre. Son las once de la noche y está lloviendo; la limusina dobla por un callejón donde veo un letrero que dice DANCETERIA seguido por una precaria flecha que indica la puerta trasera del Pylos. Alrededor del cordón de seguridad se agolpa un montón de gente con paraguas, y en el espacio libre veo al gorila de turno, ataviado con una camisa china de Casely Hayford, una peluca a lo María Antonieta y una chupa negra con las palabras ÁNGEL DEL INFIERNO bordadas sobre un corazón rojo, que grita: «¡No entra ni uno más!» a través de un megáfono, pero yo me apeo de la limusina, y me acerco a él.

—Soy un invitado de Bobby Hughes —digo cuando el gorila levanta el cordón de seguridad.

El tipo asiente, masculla algo a través del walkie-talkie y me conduce a toda prisa escaleras arriba. Junto a la puerta me topo con una jovencita con toda la pinta de ser modelo, que tiene perfectamente asimilado el código de la moda (un modelito de Vivienne Westwood de los setenta y una chaqueta de piel sintética). La chica me mira como si hubiera quedado perdidamente enamorada de mí y me conduce hacia la sala vip a través de habitaciones y pasillos iluminados con infrarrojos, donde alumnos de diseño de moda flipan mientras las parpadeantes luces proyectan unos dibujos caprichosos sobre los muros. El piso inferior es más húmedo; veo a unos grupos de adolescentes reunidos frente a pantallas de ordenadores y unos dílers vendiendo pastillas de Ecstasy. En éstas el suelo desciende y me encuentro sobre una pasarela de acero; a mis pies se extiende una gigantesca pista de baile repleta de una multitud monstruosa; pasamos frente a la cabina del DJ, provista de cuatro platos, donde un legendario DJ pincha ambient drum and bass —rítmico y ensordecedor— junto con su ayudante, un chico jamaicano que promete. La música que pinchan es transmitida esta noche por varias emisoras piratas en toda Inglaterra. Las salas que atravesamos parecen girar de forma incontrolada debido a las luces estroboscópicas que parpadean incesantemente. Cuando estoy a punto de perder el equilibrio, mi guía me señala la sala vip, custodiada por dos gorilas de dos por dos, pero cuando trato de trabar conversación con ella —«Este sitio se ha puesto muy de moda, ¿no?»— la chica da media vuelta mascullando: «Estoy ocupada», y me deja allí plantado.

Tras las cortinas hay una mala imitación de la sala de espera de un aeropuerto, aunque con unas luces blancas de discoteca y unos sofás tapizados de terciopelo color burdeos. En la pared negra han colocado un gigantesco póster que dice PROCREA en

unas letras moradas espectrales; docenas de ejecutivos ingleses de casas discográficas vestidos con atuendos de Mad Max charlan con modelos holandesas cubiertas de tatuajes y varios directores delegados de Polygram comparten plátanos y unas bebidas psibertrónicas con editores de revistas, mientras la mitad de la movida inglesa hip-hop luce uniformes de alumnas de escuela y baila con agentes de modelos y fantasmas, extras, gente de la profesión y todo tipo de personal. Los paparazzi van a la caza de famosos y famosillos. En la sala vip hace un frío que pela y al respirar nuestro aliento forma unas nubecillas de vaho.

Yo pido una cerveza de Tasmania al barman de ojos saltones, que luce un esmoquin de terciopelo y trata de venderme descaradamente un canuto aderezado con Special K mientras me enciende el cigarrillo. Sobre el muro revestido de espejos, a mis espaldas, se proyectan unos dibujos fluorescentes en forma de espirales mientras Shirley Bassey; canta el tema de *Goldfinger* y en varios monitores de vídeo aparece una incesante serie de anuncios de Gap.

En el muro de espejos veo de pie junto a mí al tipo parecido a Christian Bale que me siguió ayer hasta Masako. Me vuelvo rápidamente y le dirijo la palabra, pero él parece molesto y hace ademán de alejarse, momento en que el director me lleva aparte y murmura:

—Sam Ho es asiático, idiota.

—Vale, ya lo sé —replico, alzando las manos—. Tranquilo.

—¿Entonces ése quién es? —pregunta el director señalando al tipo que se parece a Christian Bale.

—Creía que trabajaba en la película —contesto—. Pensaba que era del reparto.

—No lo había visto en mi vida —me espeta el director.

—Ya, bueno... es amigo mío —digo, saludándolo. El tipo que se parece a Christian Bale me mira como si me faltara un tornillo y sigue tomándose su cerveza.

—Mira —exclama el director—, allí está Sam Ho.

Un chico asiático bastante guapito, aproximadamente de mi edad, delgado, con el pelo rubio teñido y gafas de sol, sudoroso y canturreando, está apoyado en la barra del bar esperando a que le sirvan mientras se rasca continuamente la nariz con la mano en la que sostiene el dinero. Lleva una camiseta teñida, unos Levis 501 puestos del revés, una cazadora Puffer y unas botas Caterpillar. Al verle, suelto un suspiro de resignación y me dirijo hacia él. La primera vez que le miro Sam Ho se da cuenta y sonrío, pero en ese momento el barman pasa de largo sin hacerle caso y Sam suelta unos improperios. Luego se baja las gafas de sol y me mira enojado, como si yo tuviera la culpa. Yo aparto la vista, no sin antes observar que en el dorso de su mano lleva tatuada la palabra ESCLAVO.

—Vaya, ya era hora de que te dejaras ver —protesta Sam Ho con ademán teatral y un marcado acento.

—¿Eres Sam Ho? —pregunto—. ¿El modelo?

—Eres mono, pero un poco descerebrado —responde sin mirarme.

—Vaya —replico sin dejarme amedrentar—. ¿Qué te parece todo esto?

—Me encantaría vivir aquí —contesta Sam, con aire aburrido—. Y eso que esta noche ni siquiera está lleno.

—Ha cambiado la definición de la movida nocturna, ¿verdad?

—A ver si me cobras de una vez, chaval —grita Sam al camarero cuando éste vuelve a pasar de largo sosteniendo tres botellas de Absolut Citron.

—¿Qué pasa? —pregunto—. ¿Una especie de Fiesta del Fetiche?

—En este local, cada noche hay la Fiesta del Fetiche, querido —contesta Sam—. Pero bueno, ¿intentas ligar conmigo, o qué? —pregunta mirándome por el rabillo del ojo. Luego observa mi muñeca y añade—: Bonitas venas.

—Gracias, pero son más —contesto—. Oye, si eres Sam Ho, tengo un mensaje para ti.

—¿En serio? —pregunta Sam mirándome con curiosidad—. ¿Eres un mensajero?

—*Dirty deeds and they're done dirt cheap.*^[57]

—Anda, pero si te sabes la letra de AC/DC —comenta Sam con fingida dulzura—. ¿Y puede saberse quién me envía el mensaje?

—Bobby Hughes —contesto secamente.

De golpe Sam Ho se acerca tanto que yo me veo obligado a retroceder y por poco tropiezo con alguien a mis espaldas.

—¡Oye! —exclamo en tono de advertencia.

—¿Qué? —responde Sam, agarrándome del cuello de la camisa—. ¿Dónde está? ¿Ha venido contigo?

—¡Vas a romperme la camisa! —protesto, y le aparto con amabilidad las manos—. No, he venido yo solo.

—Lo siento, seas quien seas —dice Sam, retrocediendo unos pasos—. Eres un bomboncito, pero yo esperaba a Bobby Hughes. —Una pausa. Sam parece decepcionado y asustado. Luego pregunta—: Vosotros dos... no seréis pareja, ¿verdad?

—Mucho cuidadito con lo que dices, Sam —replico ofendido—. Tengo una excelente reputación y no, no somos pareja.

—¿Dónde está Bobby? —inquire Sam.

—Toma —respondo al tiempo que le entrego el sobre—. Sólo he venido para darte esto y...

Pero Sam no me hace ni caso. Abre el sobre apresuradamente, saca la llave y entorna los párpados mientras lee la nota. Luego se echa a temblar con violencia mientras una beatífica sonrisa suaviza los ángulos de su rostro, dándole un aspecto menos amariconado, más sereno, no tan irritable. En pocos segundos parece haber

madurado.

—¡Joder! —exclama Sam, perdido, estrechando la nota contra su pecho—. ¡Joder! ¡Qué hombre tan... esencial!

—Lo has dicho igualito que un fan —observo.

—Te invito a una copa —dice Sam—. A ver si acierto... ¿una cerveza de yuppie con una rodajita de lima?

—Me llamo Victor —contesto—. Victor Ward.

—Victor, eres la viva imagen de un chico con el que siempre quise darme un buen revolcón cuando estaba en el instituto. Por desgracia, nunca me atreví a decírselo. — Para calmarse, Sam enciende un Marlboro y exhala el humo con aire teatral.

—No me digas. —Suspiro—. ¡Lo que hay que oír!

—¿Estás en casa de Bobby? —pregunta con recelo.

—Sí —contesto, encogiéndome de hombros—. Es amigo mío.

—No: él es un dios; tú eres el amigo —me corrige Sam—. ¿Estáis en la casa de Charlotte Road?

—No, no; estamos en Hampstead.

—¿Hampstead? —Sam mira de nuevo la nota—. Pero si aquí dice que estáis en Charlotte Road.

—Bueno, es que yo sólo me hospedo en hoteles —le aclaro—. En realidad ni siquiera sé dónde estamos. —Tras una pausa aplasto la cerilla—. De todos modos, no es más que un decorado.

—Ya —dice Sam inspirando—. ¿Tienes coche? Dios mío, espero que la respuesta sea «sí», porque no me apetece ir en taxi.

—En realidad, hay un coche con un chófer esperándome fuera.

—Genial —responde Sam—. Pero primero tenemos que dar esquinazo a una gente.

—¿A quién? —pregunto echando un vistazo a mi alrededor.

—A esos tipos —responde Sam, señalando con la cabeza—. ¡No, no mires! Están ahí, debajo de ese arco. Les encanta jugar a perseguirme.

A pocos pasos de nosotros veo a unos tíos con pinta de gorilas vestidos con abrigos clónicos de Armani, los dos muy juntitos, pero sin dirigirse siquiera la palabra, bajo una luz azul que acentúa el perímetro de sus enormes cabezotas. Una variada muestra de adictos a la moda desfila ante ellos tratando de ligárselos, pero los gorilas permanecen impávidos, con los brazos cruzados sobre el pecho y sin perder de vista a Sam.

—¿Quiénes son?

—Fue idea de mi padre —responde Sam—. Ciertos aspectos de mi vida no acaban de convencerle.

—¿Les paga para que te sigan? —pregunto estupefacto—. ¡Joder, y yo creía que

mi padre era un incordio!

—Les diré que tengo que ir al lavabo y luego... —Sam me da unos golpecitos en el pecho con los dedos—. ¡Caray, qué pectorales! Bueno, les diré que me voy a casa contigo. —Se guarda el sobre en el bolsillo—. Casi nunca quieren entrar en el lavabo de caballeros conmigo... por razones obvias. —Sam consulta su reloj y respira hondo—. Les diré, antes de desaparecer en la noche, que después de mear te llevaré conmigo a casa, bonita. ¿De acuerdo?

—Supongo que... bueno, vale —respondo haciendo una mueca.

—¿De qué color es el coche?

—Es una limusina negra —contesto, procurando no mirar a los gorilas—. Al volante verás a un tipo pelirrojo.

—Fabuloso —dice Sam—. Nos vemos fuera. Y apresúrate. Son grandotes, pero saben moverse.

—¿Estás seguro de que esto dará resultado?

—Tengo veintiséis años —contesta Sam—. Puedo hacer lo que me venga en gana. Hala, ábrete.

—Bueno.

—Cuidado al salir —me advierte Sam—. Uno de ellos suele llevar encima un frasco de ácido clorhídrico y gasta muy malas pulgas. —Tras una pausa Sam agrega—: Antes trabajaban en la embajada israelí.

—¿Qué local es ése?

Sam Ho deja de sonreír, más relajado, y me acaricia la cara con delicadeza.

—Lo tuyo sí que es estar de moda —murmura.

Empiezo a decirle «a mí me gusta frecuentar los locales de moda, pero soy un tipo tranquilo» cuando Sam Ho se acerca a los guardaespaldas, me señala y dice algo que hace que el Guardaespaldas 1 palidezca y luego ambos asienten de mala gana y Sam sale corriendo de la habitación y el Guardaespaldas 2 hace un gesto al 1 y sigue a Sam mientras el Guardaespaldas 1 me mira fijamente, y yo me vuelvo sin saber qué hacer, jugueteando con un Marlboro.

Miro al tipo clavadito a Christian Bale, que está solo en la barra, a pocos pasos de donde me encuentro.

—Oye, ¿no estamos en la misma película? —pregunto, acercándome a él.

En éstas, una chica que está sentada en uno de los sofás de terciopelo se pone a gritar como una posesa cuando empieza a sonar «Lust for Life» de Iggy Pop; salta sobre la plataforma, se arranca el modelito de Stussy que lleva puesto y la camiseta Adidas, y vestida sólo con el sujetador y unas botas Doc Martin empieza a brincar y a girar, en unos movimientos que podrían definirse como estilo braza; en aquel preciso momento el Guardaespaldas 1 mira a un ayudante de producción en el que yo no había reparado antes y me indica en voz baja:

—¡Pero vete ya de una vez!

Y yo salgo como disimulando de la sala vip mientras todos los extras se ponen a aplaudir.

3

En el callejón que hay junto al Pylos salto por encima del cordón de seguridad y aterrizo en medio de una multitud de entusiastas del hip-hop que esperan bajo la lluvia a entrar en el local. Tras abrirme paso entre el gentío me vuelvo para comprobar si me siguen los gorilas, pero creo que he logrado engañarlos disimulando que entraba en la cabina del DJ. Sam, que está sentado en la limusina, asoma la cabeza por la ventanilla y grita «¡eh! ¡eh!» mientras yo corro hacia el coche y grito «¡a toda leche!» al chófer. El vehículo abandona el callejón y dobla hacia Charing Cross Road seguido por un coro de bocinazos. Sam se precipita sobre el minibar, descorcha un botellín de champán y se lo toma directamente de la botella, apurándolo en menos de un minuto, mientras yo le observo con aire cansino.

—¡Pero venga, más deprisa! —grita Sam al chófer, al tiempo que trata de agarrarme de la mano.

En los momentos en que está más calmado, me enseña sus cristales, pide LSD, me muestra un folleto sobre armonizadores de ondas cerebrales, canta el tema de «Lust for Life» que suena a través de los altavoces situados en la parte trasera de la limusina. Tras apurar el champán abre una botella de Absolut y mientras empina el codo se pone a gritar «¡Soy un pastillero total!» asomando la cabeza por el techo corredizo del coche que circula a toda velocidad bajo la lluvia hacia la casa de Hamsptead.

—Voy a ver a Bobby, voy a ver a Bobby —canturrea, totalmente puesto, brincando sobre el asiento.

Yo enciendo un cigarrillo, tratando de asumir una expresión de reproche.

—¿Podrías hacer el favor de serenarte de una vez?

La limusina se detiene ante la casa, que está a oscuras, y cuando se abre la verja enfila por el camino asfaltado. De inmediato se encienden los focos del tejado, que nos deslumbran a través de las lunas tintadas de la limusina, y al cabo de unos instantes se desvanece.

Sam Ho abre la portezuela, salta del coche y avanza dando traspiés hacia la casa. En una de las ventanas del piso superior me parece ver una silueta que nos observa a través de una persiana, y luego se apaga la luz.

—Sam, tío, ten cuidado —le advierto—, que el sistema de alarma está conectado.

Pero Sam ya ha desaparecido. El cielo está despejado y lo único que se ve ahí arriba es una media luna.

El chófer abre la portezuela para que me apeee de la limusina y de golpe me doy cuenta de que estoy hecho polvo. Tras bajarme del coche me desperezo y me quedo ahí plantado, evitando la casa y cuanto ocurra en su interior. Enciendo un cigarrillo.

—¿Nos sigue alguien? —pregunto al chófer.

—No.

—¿Estás seguro?

—La segunda unidad se encargó de despistarlos —responde el tipo.

—Hmmm. —Doy una calada al cigarrillo y lo tiro al suelo.

—¿Desea algo más? —pregunta el chófer.

—No —contesto tras considerar su oferta—, no lo creo.

—Buenas noches. —El chófer cierra la portezuela por la que acabo de apearme y se instala de nuevo en el asiento del conductor.

—Oye —digo.

El chófer se vuelve.

—¿Tú no conocerás por casualidad a un tipo llamado Fred Palakon?

El chófer se me queda mirando hasta que al final desvía la mirada para fijarla en otro objeto que al parecer le resulta más interesante.

—Ya —contesto mosqueado—. De acuerdo.

Abro la verja y ésta se cierra a mis espaldas automáticamente. Echo a andar por el jardín en sombras mientras oigo que suena «How the West Was Won», de los REM, en uno de los pisos superiores de la casa; las luces encendidas en algunas ventanas no revelan nada. La puerta de la cocina está entornada; entro, la cierro y se disparan los bips electrónicos de rigor mientras avanzo a tientas. Abajo no hay nadie, ni rastros del equipo de rodaje, todo está impecable. Saco una botella de Evian del frigorífico. En el gigantesco televisor aparecen unas imágenes sin sonido de *La jungla 2: alerta roja*. Luego aparecen los créditos y la cinta empieza a rebobinarse. Sacudo unos pedacitos de confeti del inmenso sofá color pistacho y me tumbo, esperando que aparezca alguien, echando de vez en cuando un vistazo hacia la escalera que conduce a los dormitorios, escuchando atentamente, pero sólo percibo el murmullo de la cinta al rebobinarse y las últimas notas de la canción de los REM. Imagino vagamente a Jamie y a Bobby juntos en la cama, quizás incluso con Sam Ho, y la verdad: me da rabia; pero enseguida se me pasa y no siento nada.

Tomo distraídamente un guión que yace sobre la mesa de centro y lo abro al azar

por una página que describe una escena bastante rara: Bobby procura calmar a alguien, me da un Xanax, yo no paro de llorar, los otros se visten para asistir a una fiesta, todo ello con una línea de diálogo («¿Y si un día te conviertes en una persona distinta de la que eres?»). Se me cierran los ojos. Imagino que en estos momentos el director susurraría: «Duérmete».

2

Me despierto bruscamente de un breve sueñecito al oír que alguien dice suavemente «motor» (aunque cuando abro los ojos y miro alrededor compruebo que no hay nadie en el cuarto de estar), me levanto del sofá y descubro sin darle mayor importancia que el guión que estaba leyendo al quedarme traspuesto ha desaparecido. Tomo la botella de Evian, bebo un buen trago y me la llevo mientras deambulo por la casa. Alguien ha apagado las luces mientras yo dormía. En la cocina me quedo contemplando el frigorífico durante una eternidad, sin saber qué hacer, cuando de pronto oigo un ruido extraño —unos golpes sucesivos seguidos por un débil gemido— al tiempo que las luces de la cocina se amortiguan una, dos veces. Alzo la vista y digo en voz baja: «Hola». Luego vuelve a ocurrir.

Debido a la iluminación del plato observo una puerta enmarcada por un intenso resplandor, situada en un distribuidor contiguo a la cocina, en la que no había reparado hasta ahora. La parte superior está cubierta por un anuncio de Calvin Klein: Bobby Hughes en una playa, sin camiseta, bañador Speedos blanco, luciendo un bronceado y unos músculos increíbles, que mira a la cámara, te mira a ti, en lugar de prestar atención a una Cindy Crawford medio desnuda que tiene ante las narices. Me acerco y deslizo la mano sobre el cristal que cubre el póster. La puerta se abre lentamente y veo una escalera sembrada de confeti. Mi aliento forma unas nubecillas de vaho porque hace un frío que pela y empiezo a bajar la escalera hacia el sótano, sujetándome a la helada barandilla. Oigo otro golpe, unos extraños y lejanos gemidos; las luces vuelven a amortiguarse.

Al llegar al sótano encuentro un pasillo desprovisto de todo elemento decorativo y avanzo atentas, rozando el frío muro de ladrillo, canturreando *hush hush, keep it down now, voices carry*^[58]. Me acerco una puerta con otro póster de Calvin Klein, otra escena de playa, otra foto de Bobby exhibiendo muy ufano sus abdominales,

junto a otra belleza a la que no hace ni caso, y al cabo de unos segundos me detengo e intento identificar los confusos sonidos que emite un disco a un volumen demasiado bajo. Veo una manecilla, que se supone que debo girar, y el suelo de cemento sembrado de confeti.

En este instante pienso vagamente en mi madre y en el concierto de George Michael al que asistí pocos días después de que ella falleciera, en la azaleas que crecían en la manzana donde vivíamos en Georgetown, en una fiesta en la que nadie lloraba, en el sombrero que me dio Lauren Hynde en Nueva York, en la minúscula rosa prendida en ese sombrero. Tomo otro trago de Evian y giro la manecilla, encogiéndome de hombros, las luces se amortiguan de nuevo.

«Lo más importante es lo que no sabes», dijo el director.

Percibo un movimiento a mis espaldas y me vuelvo justo cuando se abre la puerta.

Jamie se acerca a mí vestida con una sudadera, con el pelo recogido en una coleta, luciendo unos guantes de goma que le llegan a los codos.

Yo le sonrío.

—¡Victor! —grita Jamie—. No...

La puerta se abre de par en par.

Yo me vuelvo y echo un vistazo al interior de la habitación. No entiendo nada.

Jamie balbucea algo que no acierto a captar.

Los aparatos de gimnasia han sido colocados en los rincones de una habitación que parece insonorizada. Un maniquí de cera untado de aceite o vaselina yace tumbado de espaldas en una posición siniestra, sobre una mesa quirúrgica de acero, desnudo, con las piernas separadas y encadenado a unos estribos, con el escroto y el ano en primer plano y los brazos sujetos detrás de la cabeza, que está sostenida por una cuerda conectada a un gancho en el techo.

Junto a la mesa de acero hay una persona sentada en una silla giratoria, con el rostro oculto bajo un pasamontañas negro, gritando al maniquí unas instrucciones en un idioma que me suena a japonés.

Bruce está sentado cerca de la mesa, observa fijamente una caja metálica, de la que sobresalen dos palancas donde ha apoyado las manos.

Bentley Harrolds graba la escena con una cámara de vídeo que ha enfocado sobre el maniquí.

Yo sonrío, perplejo. Me asombra lo concentrado que parece Bentley y me impresiona lo siniestro y artificial que parece el maniquí de cera.

El tipo enmascarado con un pasamontañas negro sigue gritando en japonés. En ésas le hace una señal a Bruce.

Bruce asiente y oprime una palanca, lo cual provoca una serie de destellos. Mi vista se desplaza de inmediato de los cables conectados a la caja a los puntos donde

están insertados, en unos cortes y heridas en los pezones, los dedos, los testículos y las orejas del maniquí.

El muñeco cobra vida, se contrae con movimientos grotescos en la gélida habitación, chilla, arquea el cuerpo una y otra vez, se alza de la mesa de acero; los tendones de su cuello parecen a punto de romperse y una espuma violácea brota del ano, en el que también tiene insertado un cable más largo y grueso. Las patas de la mesa están envueltas en unas toallas blancas empapadas de sangre y cubiertas de manchas negruzcas. A través del profundo corte en el vientre del maniquí asoma algo que parece un intestino.

Observo que ningún miembro del equipo de rodaje se encuentra presente.

Estupefacto, dejo caer la botella de Evian. El ruido llama la atención de Bentley, que mira.

—¡Llévólo de aquí! —grita Jamie a mis espaldas.

Sam Ho emite unos ruidos que yo jamás había oído emitir a nadie.

—Lo siento, lo siento, lo siento —grita el asiático entre esas arias de dolor.

La figura que está sentada junto a la mesa se desliza en la silla giratoria para alejarse del campo visual de la cámara y se quita el pasamontañas.

Sudoroso y extenuado, Bobby Hughes murmura —no estoy seguro de a quién— las palabras:

—Mátalo. —Y luego a Bentley—: Sigue grabando.

Bruce se levanta y le corta el pene a Sam Ho con un cuchillo pequeño y afilado. El asiático muere invocando a su madre, mientras la sangre sale de su cuerpo como un surtidor hasta que finalmente se acaba.

Alguien apaga las luces.

Yo trato de abandonar la habitación, pero Bobby me intercepta el paso. Cierro los ojos y repito «por favor, por favor» como una salmodia, respirando con dificultad. Estallo en sollozos. Alguien que quizá sea Jamie trata de abrazarme.

1

—Victor —dice Bobby—. Vamos, Victor... Venga, hombre, que no pasa nada. Levántate. Muy bien, eso es.

Estamos en uno de los dormitorios decorados en tono gris ceniza situado en el

piso de arriba. Yo estoy tumbado en el suelo abrazado a las piernas de Bobby, sacudido por unas convulsiones, incapaz de controlar mis propios gemidos. Bobby me va dando pastillas de Xanax una tras otra y por un momento los espasmos cesan. Pero entonces corro al baño —mientras Bobby aguarda fuera con paciencia— y me pongo a vomitar hasta que lo único que arrojo son babas y saliva. Cuando termino me quedo tumbado en posición fetal, con el rostro sobre las baldosas, resollando, confiando en que Bobby me deje en paz. Pero no, se arrodilla a mi lado, musita mi nombre, trata de incorporarme; yo me aferró a él entre sollozos. Bobby me mete otra pastilla en la boca y me lleva de vuelta al dormitorio, donde me obliga a sentarme en la cama mientras se inclina sobre mí para tranquilizarme. A todo esto, no sé cómo me encuentro sin camisa y me araña el pecho con tal violencia que hasta me sale sangre.

—Chiss —dice Bobby—, tranquilo, todo va bien, Victor.

—No —replico sin dejar de sollozar—. No es cierto, Bobby.

—Pues claro, Victor —contesta Bobby—. Todo va bien. Tú estás bien.

—Sí, vale, vale, tío.

—Bien, lo estás haciendo muy bien. Tú sigue respirando así. Muy bien, relájate.

—Vale, tío. Vale ya.

—Escucha —dice Bobby—. Hay algunas cosillas que deberías saber —añade entregándome un kleenex, que destrozo en cuanto lo toco con las manos.

—Quiero irme a casa —gimoteo con los ojos cerrados—. Lo único que quiero es irme a casa.

—Nooo, no puede ser —responde Bobby suavemente—. No puedes irte a casa, Victor. —Pausa—. Imposible.

—¿Por qué? —pregunto, como una criatura—. Por favor...

—Porque...

—Te juro por Dios que no se lo contaré a nadie, Bobby —digo, alzando la vista y mirándole, enjugándome los ojos con el kleenex destrozado, estremeciéndome de nuevo—. Te juro que no diré ni una palabra.

—Eso ya lo sé, Victor —responde Bobby con paciencia. Me doy cuenta de que su tono de voz ha variado ligeramente.

—De acuerdo, me iré, deja que me vaya —insisto, sonándome la nariz y rompiendo de nuevo a llorar.

—Victor —empieza a decir Bobby con delicadeza—, tú eres... oye, pero mírame, Victor.

Yo obedezco dócilmente.

—Muy bien, eso está mejor. Escúchame —dice Bobby, inspirando—. Tú eres la última persona que vio a Sam Ho vivo.

Bobby se detiene.

—¿Comprendes lo que te estoy diciendo? —pregunta.

Yo trato de asentir.

—Eres la última persona que vio a Sam Ho vivo, ¿lo entiendes?

—Sí, sí.

—Y cuando descubran el cadáver hallaran restos de semen tuyo, ¿sabes? — Bobby va asintiendo despacio mientras me lo explica todo, como si hablara con un crío con quien emplear infinita paciencia.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho? —Siento como si una mano me estrujara el corazón y rompo de nuevo a llorar—. Eso no puede haber pasado, dime que no es cierto... — repito empujándolo, tratando de apartarlo.

—¿Pero es que no te acuerdas de lo que pasó la otra noche, Victor? —dice Bobby sujetándome con fuerza, apoyando la cabeza en mi hombro.

—¿Qué pasó? A ver, ¿qué coño pasó? —grito abrazándome a él, aspirando el olor de su cuello.

—Tú estabas en la cama con Jamie, ¿sí o no? —pregunta Bobby suavemente—. Pues ten en cuenta que eso no volverá a repetirse. —Pausa. Bobby me abraza más fuerte—. ¿Me has oído, Victor?

—Pero si no fue nada —sollozo en su oído, estremeciéndome—. Te juro que no pasó nada...

De pronto lo veo todo de nuevo. Mi escandaloso orgasmo, su intensidad, la forma en que me corrí sobre mis dedos, sobre mi vientre, sobre Jamie, que me limpió con sus manos, el sigilo con que salió de la habitación sosteniendo algo, como si temiera que se cayera, la forma en que me protegí los ojos de la luz del pasillo, la rapidez con que me sumí en un profundo sueño.

—¿Me has oído, Victor? —insiste Bobby, apartándose un poco—. ¿Lo entiendes? —Pausa—. ¿Está claro? ¿Comprendes que jamás volverá a ocurrir nada entre tú y Jamie?

—Me marcharé, te lo juro, no se lo diré a nadie...

—No, Victor, calla, escúchame —me ordena Bobby—. No puedes marcharte.

—¿Por qué? Deja que me vaya...

—No irás a ninguna parte, Victor.

—Pero yo quiero marcharme...

—Victor, escúchame bien. Sí tratas de largarte publicaremos unas fotos y un vídeo en los que apareces follando con el hijo del embajador...

—Pero yo no...

—Si te marchas enviaremos ese material...

—Te lo suplico, ayúdame...

—Eso trato de hacer, Victor.

—¿El hijo de un embajador? —pregunto con voz entrecortada—. ¿De qué coño estás hablando, Bobby?

—Sam Ho es el hijo del embajador de Corea —responde Bobby articulando cada palabra con sumo cuidado.

—¿Pero cómo...? Pero si yo... no hice nada con él.

—Vas a tener que aceptar muchas cosas, Victor —continúa Bobby—. ¿Entiendes? Yo asiento como un autómeta.

—No pongas esa cara de miedo, Victor —dice Bobby—. Si todo esto figuraba en el guión; no entiendo de qué te asombras.

—Pero... —Abro la boca para replicar, pero en lugar de eso inclino la cabeza hacia adelante y me echo a llorar en silencio—. Joder, tengo miedo.

—Te necesitamos, Victor —dice Bobby, acariciándome los hombros para tranquilizarme—. Muchas personas temen avanzar, temen aventurarse en terreno desconocido. —Tras una pausa Bobby prosigue—: Todo el mundo teme el cambio, Victor. —Pausa—. Tú eres distinto, a ti eso no te da miedo.

—Pero yo... —suelto una exclamación involuntaria de protesta mientras trato de impedir que mi pavor se transforme en náuseas—. En realidad yo soy... una persona muy centrada, Bobby.

Bobby me mete otra pastillita blanca en la boca, que yo me apresuro a tragar.

—Tú nos caes bien, Victor —prosigue Bobby en tono tranquilizador—. Nos caes bien porque no tienes un proyecto vital. —Pausa—. En definitiva: no tienes respuestas.

Reprimo unas arcadas y me limpio la boca, estremeciéndome de nuevo.

En el exterior ya ha oscurecido y se perciben los murmullos nocturnos. Esta noche debemos asistir a varias fiestas y en los dormitorios del segundo piso el resto de los ocupantes de la casa se ducha, se viste, memoriza el guión. Hoy toca masaje, y Tammy y Jamie han acudido a una peluquería muy elegante que no tiene nombre ni número de teléfono. Hoy han ido de compras a Wild Oats, en Notting Hill, y han regresado con una caja de Evian y comida marroquí, que han depositado en la cocina decorada en tonos salmón. Hoy ha sonado a través de los altavoces de la casa la música de los Velvet Underground y han borrado numerosos archivos en el ordenador del cuarto de estar y han eliminado un montón de información contenida en unos disquetes. Hoy han limpiado el gimnasio, han esterilizado las toallas y han quemado y destruido varias prendas. Hoy Bentley Harrolds ha ido al Four Seasons con Jamie Fields para pagar mi cuenta, recoger mis cosas y dar una propina al conserje, pero no han dejado mis señas en recepción. Hoy han ultimado los detalles del viaje y han empezado a preparar el equipaje, pues mañana partimos hacia París. Aparte de esos detalles, se han desembarazado de un cadáver y han enviado un vídeo de su tortura a la dirección apropiada. Hoy el equipo de rodaje ha dejado un mensaje en el que se nos ordenaba que nos reuniéramos con ellos en una casa de Holland Park no más tarde que las 9 de esta noche.

Sobre un diván gris ceniza situado en un ángulo de la habitación reposa un austero traje negro de Armani, una camisa blanca de Comme des Garçon y un chaleco rojo de Prada. Bobby Hughes, calzado con zapatillas, sirve té de menta de una tetera negra de cerámica que deposita sobre una mesa cromada. Posteriormente se dirige al vestidor para elegir la corbata Versace que debo lucir esta noche.

Cuando nos abrazamos de nuevo, me susurra insistentemente al oído.

—¿Y si un día te conviertes en una persona distinta de la que eres? —pregunta inspirando aire.

0

Primero nos tomamos unas copas de Stolichnaya en el Quo Vadis del Soho para una gala benéfica europea de la MTV; luego nos presentamos en la fiesta de Holland Park en dos flamantes Jaguar XK8 rojos, que aparcamos formando unos conspicuos ángulos frente a la casa. Los asistentes no pudieron por menos que reparar en nosotros y empezaron a murmurar entre sí cuando los seis echamos a andar juntos hacia la casa; en aquel preciso momento comenzó a sonar «Je T’Aime», de Serge Gainsbourg, y siguió sonando durante toda la velada. No había un centro discernible en la fiesta, sus anfitriones eran invisibles, los convidados aducían unos motivos de lo más peregrinos para explicar su presencia allí, y algunos incluso habían olvidado quién les había invitado, de modo que nadie sabía qué hacían allí. Las modelos de lencería de Emporio Armani se mezclaban con una multitud en la que figuraban Tim Roth, Seal, miembros de los Supergrass, Pippa Brooks, Fairuz Balk, Paul Weller, Tyson y alguien que se dedicaba a pasar unas enormes bandejas de osso buco. El jardín estaba lleno de rosas y junto a unos elevados setos unos niños vestidos con camisas safari de Tommy Hilfiger jugaban con una botella vacía de Stolichnaya, dándole patadas por el amplio y mullido césped; más allá imperaba la noche. En el interior de la casa flotaban aromas de estragón, flores de tabaco, bergamota y musgo de roble. «Posiblemente», farfullé a alguien.

Me arrellané en un sillón de cuero negro mientras Bobby, ataviado con un traje que había adquirido en Savile Row, seguía suministrándome Xanax. «Más vale que te vayas haciendo a la idea», murmuraba cada vez que se alejaba de mí. Yo me entretuve jugueteando con un coche de cerámica que había junto al sillón en el que

me había apalancado, observando de vez en cuando un voluminoso tomo que yacía en el suelo titulado *Decorar con azulejos*. Había un acuario que contenía unos peces negros de gran tamaño que se me antojó esencial. Todo el mundo acababa de regresar de Los Ángeles y se dirigía a Reykjavik para pasar el fin de semana; algunos parecían preocupados por la suerte de la capa de ozono, mientras que a otros decididamente les traía al fresco. En un baño aluciné con una pastilla de jabón con unas iniciales grabadas que reposaba en una jabonera negra mientras me hallaba de pie ante el váter, sobre una mullida alfombra de lana, incapaz de orinar. Luego me dediqué a mordisquear lo que quedaba de mis uñas mientras Sophie Dahl me presentaba a Bruce y a Tammy antes de que éstos se fueran a bailar junto a los setos. Contemplé las gigantescas frondas de plátanos que crecían por doquier; me sobresaltaba por cualquier cosa, pero Sophie ni siquiera se percató.

Jamie Fields, a quien tuve casi siempre en mi campo visual, logró pasar de mí toda la noche. O se reía de algún chiste con Amber Valletta, o meneaba levemente la cabeza cada vez que le ofrecían una bandeja de entremeses de un restaurante en San Juan; también asentía a casi todo lo que le preguntaban Bentley se quedó pasmado al observar que un adolescente algo patoso pero bien educado que bebía pinot noir de una jarra de tamaño mediano caía rendido a mis pies en cuestión de segundos. Yo le dirigí una sonrisa lánguida mientras el chaval me sacudía unos pedacitos de confeti de la chaqueta Armani y repetía «total» como si la segunda sílaba contuviera doce aes. No fue hasta más tarde que me fijé en que el equipo de rodaje también estaba presente, incluyendo a Felix el cámara, aunque ninguno de ellos parecía preocupado. En éstas empezó a disiparse la niebla y deduje que probablemente no estaban al corriente de lo que le había ocurrido a Sam Ho, de la atroz muerte que había sufrido, de la forma en que había agitado la mano espasmódicamente, de que la palabra ESCLAVO que tenía tatuada se había visto borrosa debido a las violentas convulsiones que habían sacudido su cuerpo. Bobby, de punta en blanco, me entregó una servilleta para que me limpiara las babas, según dijo.

—No te quedes ahí pasmado —murmuró—. Vamos, muévete.

Alguien me entregó otra copa de champán y otra persona me encendió el cigarrillo que llevaba colgando de los labios desde hacía media hora. Ya apenas me atormentaba la idea de que quizá yo estuviera en lo cierto y ellos equivocados, porque había empezado a capitular.

IV

Los técnicos siguen a Tammy cuando se dirige a la zona de comedor, donde comparte un desayuno con Bruce. El ambiente está tan cargado que saltan chispas. Tammy bebe a sorbitos chocolate tibio, fingiendo que lee *Le Monde*, y Bruce, con aire hostil, unta una rebanada de pan de almendras con mantequilla hasta que decide romper el silencio para comunicar a Tammy que ha averiguado unos datos sorprendentes sobre su pasado, entre ellos una aventura en Arabia Saudí, aunque no entra en más detalles. Bruce tiene el pelo húmedo y el cutis sonrosado debido a la ducha que acaba darse; luce una camiseta de Paul Smith color pistacho y más tarde tiene pensado asistir a un prestigioso almuerzo en un suntuoso ático situado en el decimosexto *arrondissement* que organiza Versace y al que sólo acudirá la *crème de la crème*. Bruce ha decidido lucir un ceñido mono negro y unos zapatos grises de Prada en el almuerzo, al que va a asistir porque a última hora ha tenido que cancelar otro compromiso.

—Nos encantará que vengas —comenta Tammy.

—A ti no te encantará en absoluto.

—No digas tonterías —protesta ella.

—Ya sé con quien has quedado esta tarde.

—¿Qué más vas a hacer hoy? —pregunta Tammy para cambiar de tema.

—Asistiré al almuerzo de Versace. Tomaré un sándwich de pollo y ensalada.

Asentiré cuando corresponda. —Pausa—. Me ceñiré al guión.

La cámara gira en torno a la mesa a la que están sentados; Tammy permanece impassible y a Bruce le tiembla un poco la mano cuando se lleva la taza de Hermes a los labios, pero vuelve a depositarla en el platito sin haber probado siquiera el café con leche y cierra sus ojos verdes, sin fuerzas para discutir. El actor que hace el papel de Bruce inició una carrera muy prometedora como jugador de baloncesto en Duke y luego se fue con Danny Ferry a Italia, donde Bruce consiguió de inmediato trabajo de modelo y en Milán conoció a Bobby, que en aquella época salía con Tammy Devol. A partir de ahí las cosas se precipitaron. Entre ellos aparece un incongruente jarrón —de atrezzo— que contiene unos gigantescos tulipanes blanco.

—Estás celoso —murmura Tammy.

En éstas suena un móvil que hay sobre la mesa, pero ninguno de los dos atiende la llamada. Al final, temiéndose que sea Bobby, Bruce decide contestar. En realidad se trata de Lisa-Marie Presley, que quiere hablar con Bentley —a quien llama «hermana»—, pero Bentley está durmiendo porque ha llegado al amanecer acompañado por un alumno de cinematografía de la Universidad de Nueva York a quien se acercó anoche en La Luna porque el susodicho lucía una perilla rubia teñida que acentuaba sus desmesurados labios y manifestó una marcada afición a las

prácticas incruentas de bondage que Bentley no pudo resistir.

—Estás celoso —repite Tammy, antes de marcharse.

—Cíñete al guión —le advierte Bruce.

En el preciso momento en que Tammy toma una caja de Vuitton que reposa sobre una mesa de acero en el vestíbulo, comienzan a sonar los primeros acordes de piano de «S.O.S.», de ABBA, y la canción sigue sonando el resto de la jornada de Tammy, aunque el Walkman que lleva puesto mientras atiende sus asuntos en la ciudad contiene una cinta que le grabó Bruce con canciones de los Rolling Stones, Bettie Serveert, DJ Shadow, Prince, Luscious Jackson, Robert Miles y una canción de Elvis Costello cargada de significado para ambos.

Un Mercedes recoge a Tammy y un chófer ruso llamado Wyatt la lleva a Chanel, en la Rue Cambon, donde Tammy sufre un ataque de nervios en un despacho. Al principio llora en silencio, pero luego las cosas se desmandan hasta que aparece Gianfranco y al intuir que algo va mal se larga a toda prisa después de avisar a un colaborador para que tranquilice a Tammy. Ella está destrozada, tanto que apenas se sostiene en pie durante las pruebas. Más tarde se encuentra con el hijo del primer ministro francés en un mercado de ocasión en Clignancourt y se sientan en un McDonald's. Ambos llevan sendas gafas de sol, él tiene sólo tres años menos que Tammy, a temporadas vive en un palacio, odia a los nuevos ricos y a lo largo de su vida sólo ha follado con americanas (entre ellas su institutriz, cuando él tenía diez años). Tammy «se tropezó» con él hace cuatro meses en la Avenue Montaigne, delante de Dior. A ella se le cayó algo. Él la ayudó a recogerlo. Tenía el coche aparcado muy cerca. Empezaba a oscurecer.

El hijo del primer ministro francés acaba de regresar de Jamaica y Tammy le felicita por su bronceado, tras lo cual pasa a interesarse por su problema con la cocaína. ¿Se ha resuelto? ¿Le tiene preocupado? El sonríe con actitud evasiva, y comprende demasiado tarde que ha cometido una torpeza porque Tammy se ha puesto de mal humor. El joven pide un Big Mac y Tammy picotea una cajita de patatas fritas. Él le explica que se aloja en la suite presidencial del Bristol porque le están pintando el apartamento. En el McDonald's hace mucho frío y, mientras conversan, su aliento forma unas nubecitas de vaho. Ella se mira las yemas de los dedos, preguntándose si la cocaína es perjudicial para el pelo. Él farfulla algo ininteligible y trata de agarrarle la mano, le acaricia el rostro mientras le dice que es una mujer muy sensible. Pero todo es inútil, una simple etiqueta, y él tiene que marcharse corriendo a cortarse el pelo.

—Estoy cansada —confiesa Tammy por fin.

Él —aunque Tammy lo ignora— se siente deprimido. No quedan en nada seguro, aunque comentan que ya se verán.

Tammy se aleja del McDonald's. En la calle, donde aguarda el equipo de rodaje,

hace calor, cae un chirimiri y la torre Eiffel constituye tan sólo una sombra sobre un gigantesco muro de niebla que comienza a disiparse. Tammy se concentra en las calles adoquinadas, en un algarrobo, en un policía que pasea llevando un pastor alemán sujeto de una cadena. Al cabo de unos minutos ella monta de nuevo en el Mercedes que conduce el chófer ruso llamado Wyatt. Muy a su pesar, no podrá asistir a un almuerzo en Chez Georges porque está demasiado disgustada; la situación se le escapa de las manos, por más que toma un Klonopin tras otro. Telefonea a Joan Buck para disculparse. Luego despide al chófer, se lleva la caja Vuitton y se desmarca del equipo de rodaje en la boutique de Versace en la Rue du Faubourg Saint-Honoré. Por espacio de treinta y cinco minutos nadie sabe dónde coño se ha metido esa tía.

Tammy entrega la caja Vuitton a un libanés extraordinariamente atractivo que está sentado al volante de un BMW negro aparcado junto a la acera, en el segundo *arrondissement*, no lejos de Chez Georges; de modo que cambia de parecer y decide acudir al almuerzo, donde encuentra al equipo de rodaje y al director y a Felix el cámara esperándola Tammy saluda a todo el mundo con dulzura y se disculpa murmurando distraídamente: «Me he perdido». Su agente le da una buena noticia: aparecerá en la próxima portada del *Vogue* inglés. Todo el mundo lleva gafas de sol. Se inicia una discusión sobre *Seinfeld* y los ventiladores de techo. Tammy rechaza una copa de champán, pero enseguida cambia de opinión.

El cielo empieza a despejarse y las nubes se disipan y la temperatura sube diez grados en quince minutos. Los estudiantes que comen en el patio abierto del Instituto de Estudios Políticos toman el sol mientras el BMW conducido por el libanés se detiene en el Boulevard Raspail, donde otros miembros del equipo aguardan instalados en los tejados de los edificios vecinos, dispuestos a filmar los siguientes acontecimientos con teleobjetivos.

En la calle todo el mundo emite suspiros de gozo y los estudiantes beben cerveza y se tumban descamisados sobre los bancos a tomar el sol leyendo revistas y compartiendo bocadillos mientras idean el medio de saltarse las clases. Alguien con una cámara de vídeo graba la escena en el patio y enfoca a un chico de veintiún años que está sentado sobre una manta llorando en silencio mientras lee una nota de su novia —que le acaba de dejar—, meciéndose y repitiendo: «No pasa nada, no pasa nada». La videocámara se aleja y enfoca a una joven que está dando un masaje en la espalda a una compañera suya. Un equipo de la televisión alemana entrevista a los estudiantes a propósito de las próximas elecciones. Los estudiantes comparten unos porros. Junto a ellos pasan unos jóvenes deslizándose sobre unos patines en línea.

Las instrucciones que ha recibido el libanés son muy sencillas: tiene que retirar la tapa de la caja Vuitton antes de abandonar el coche; pero como Bobby Hughes mintió con respecto al momento en que estallará la bomba —le dijo al chófer que aparcara y la dejara en el Boulevard Raspail, frente al instituto— el tipo va a morir en la

explosión. El libanés, que participó en la planificación de un atentado en enero contra el cuartel general de la CIA en Langley, come unos M&M y piensa en una chica llamada Siggí a la que conoció el mes pasado en Islandia. Una estudiante llamada Brigid pasa junto al BMW y se fija en el libanés, que está inclinado sobre el asiento delantero, e incluso repara en su expresión de pánico cuando éste levanta un objeto segundos antes de que el vehículo salte por los aires.

Un simple destello de luz, una detonación y el BMW estalla.

No se sabe con exactitud el grado de destrucción, y las secuelas en realidad carecen de importancia. Lo principal es la bomba en sí, su colocación y activación; ése es el quid de la cuestión. No el hecho de que el cuerpo de Brigid haya estallado en mil pedazos; ni que la onda expansiva haya lanzado a los treinta estudiantes más próximos al vehículo a cuarenta, cincuenta metros en el aire; ni los cinco estudiantes que han muerto instantáneamente, dos de ellos a causa de la metralla que voló a través del patio para acabar empotrada en su pecho; ni la otra sección del coche, que al salir despedida amputó el brazo de uno de ellos; ni los tres estudiantes que se han quedado ciegos. El asfalto destrozado, los árboles calcinados, los bancos manchados de sangre..., todo eso tiene una importancia meramente relativa. Lo grave no es el resultado, sino la voluntad de llevar a cabo esa destrucción; lo otro es un simple elemento decorativo.

Tras un silencio sepulcral comienzan a oírse —entre las víctimas que siguen conscientes y que están cubiertas de sangre, no siempre la suya propia— unos gritos desgarradores.

Cincuenta y un heridos. Cuatro personas no volverán a caminar. Otras tres sufren graves daños cerebrales. Contando el chófer del BMW, han fallecido trece personas, entre ellas un anciano que muere a varias manzanas de distancia de un ataque coronario a causa de la detonación. (Una semana más tarde el ayudante de un maestro de Lyon morirá a causa de unas heridas en la cabeza, circunstancia que eleva el número de víctimas a catorce). Cuando aparecen las parpadeantes luces azules de las ambulancias en el lugar del atentado, el equipo de rodaje ya ha recogido sus trastos y se ha largado; dentro de unos días aparecerá en otro lugar previamente designado. Sin mirar a través del objetivo de las cámaras, a esa distancia todo les parece diminuto, insignificante y vagamente irreal. Sólo se distingue a los muertos de los vivos por el aspecto que presentan sus cuerpos al levantarlos para introducirlos en la ambulancia.

Aquella noche, durante una cena muy elegante y sexy celebrada en una sala del piso superior en el hotel Crillon, a la que da acceso una puerta flanqueada por unos guardas morenos y atractivos, Tammy charla con Ambet Valletta, Oscar de la Renta, Gianfranco Ferré, Brad Renfro, Christian Louboutin, Danielle Steele, la princesa de Gales, Bernard Arnault y varios rusos y editores de *Vogue*. Todo el mundo adopta posturitas; hay quien acaba de regresar de Marruecos —algunos de ellos se muestran

menos cínicos después de ese viaje— y otros presentan sus respetos a Tammy mientras ésta charla en un rincón con Shalom Harlow sobre el hecho de que todas las chicas salgan con gente tan poco recomendable (tipos anodinos, gánsters, pescadores, gigolós, miembros de la Cámara de los Lores, jamaicanos con los que no tienen nada en común). Tammy se abanica con la invitación a una fiesta a la que ha decidido no asistir para ir a otra que organiza Naomi en el decimosexto *arrondissement*. Sirven sashimi, se gorrean cigarrillos a mansalva, Tammy se acerca a John Galliano y murmura: «Estás como una cabra, tío». Al darse cuenta de que se está pasando con el vino tinto opta por la Coca-Cola y más de una lesbiana se acerca a ella, como por casualidad, y alguien vestido con un quimono pregunta cómo está Bruce Rhinebeck, y Tammy, observando a una figura que baila en la oscuridad, contesta «Espera» en tono ensoñador, porque acaba de comprender que ésa es otra velada complicada.

37

Durante el otoño que pasamos en París, Jamie Fields, Bobby Hughes, Bentley Harrolds, Tammy Devol, Bruce Rhinebeck y yo vivimos en un gigantesco set que simula ser un apartamento situado en el octavo o decimosexto *arrondissement*. Ocupamos un triplex de quinientos metros cuadrados pagado con dinero iraquí blanqueado a través de Hungría. Para entrar en la casa hay que desactivar una alarma y atravesar un patio. Dentro, una escalera circular une los tres pisos. Predominan los tonos verde aceituna, marrón claro y rosa suave. En el sótano hay un gimnasio con las paredes cubiertas de dibujos de Clemente. La amplia cocina, diseño de Biber, contiene unos armarios de ébano de Makasar y madera de tulipero teñida, un horno y dos lavavajillas Miele, un frigorífico con la puerta transparente, un congelador Sub-Zero, un botellero y especiero hechos por encargo, unos fregaderos industriales de acero inoxidable y una rejilla escurrer platos de teca en la que se seca una vajilla con motas doradas. Junto a la mesa de la cocina, sobre la que pende una lámpara con una pantalla de seda de Fortuny, se alza un gigantesco mural de Frank Moore.

Sobre relucientes pavimentos de terrazo verde y blanco, y moquetas diseñadas por Christine van der Hurd, penden unas arañas de Serge Mouille. En la casa abundan los muros de cristal, gigantescas velas blancas de melisa, torres de cristal repletas de

cedés, chimeneas de cristal blancas, sillas Dialogica tapizadas con chenille de Giant Textiles, puertas revestidas de cuero acolchado, aparatos de estéreo, sillones de Ruhlman dispuestos frente a los televisores conectados a un sistema de satélite digital que permite ver quinientos canales de todo el mundo; las paredes están cubiertas de estanterías repletas de arreglos florales y en las mesas reposan montones de móviles. Los dormitorios están decorados con tupidas cortinas diseñadas por Mary Bright, alfombras de Maurice Velle Keep, sillones y sofás de Hans Wegner tapizados con cuero de Spinneybeck, unos divanes tapizados con chenille de Larson, junto a los cuales aparecen unos bonsáis frutales, y las paredes de todos los dormitorios están revestidas de cuero. Los lechos fueron fabricados en Escandinavia y las sábanas y toallas son de Calvin Klein.

El apartamento dispone de un complejo sistema de vídeos de seguridad (las cámaras exteriores están provistas de iluminación incorporada) junto con un sofisticado sistema de alarma. Los códigos se memorizan y rememorizan, porque la secuencia se modifica cada semana. Los dos BMW aparcados en el garaje están equipados con sistemas de localización global, matrículas no identificables, cristales blindados, neumáticos antirreventones, luces halógenas cegadoras en la parte delantera y trasera y parachoques de ataque. Dos veces a la semana se efectúa una inspección del apartamento para detectar cualquier anomalía: líneas telefónicas, enchufes, ordenadores, pantallas de las lámparas, retretes y todos los componentes eléctricos. Detrás de las puertas cerradas a cal y canto hay unas habitaciones, y detrás de esas habitaciones más puertas cerradas a cal y canto, y esas habitaciones contienen docenas de maletas —en su mayoría Vuitton y Gucci— que no esperan otra cosa que ser utilizadas. Otras estancias secretas contienen máquinas de coser ultramodernas, explosivos, granadas de mano, rifles M-16, metralletas, un archivador que contiene cargadores de baterías, detonadores, Semtex y cebos eléctricos. En un armario ropero cuelgan docenas de trajes de diseño forrados con Kevlar, un material lo suficientemente grueso para absorber el impacto de un disparo de rifle o metralla de bombas.

Todos los teléfonos de la casa analizan las voces de las personas que llaman a fin de detectar las microoscilaciones subauditivas que se producen cuando el interlocutor está nervioso o miente, procurando al oyente información constante. Todos los teléfonos de la casa están equipados con unos sistemas que emiten impulsos eléctricos a través de la línea y que procuran al oyente una lectura positiva si la llamada está siendo rastreada. Todos los teléfonos de la casa disponen de un aparato de interferencias que convierte las voces en códigos binarios y que permite a la persona que está al otro lado de la línea telefónica descodificarlos, para que una hipotética tercera persona no capte más que ruido blanco.

De improviso, aquella primera semana en París, Bobby organizó un elegante

cóctel en honor de Joel Silver, quien presumió ante Richard Donner, que acababa de regresar de Sacramento en su jet privado, de haberse comprado una caravana de tres millones de dólares; alguien más comentó que sus perros habían viajado en el Concorde. En éstas llegó Serena Altschul y nos puso al corriente sobre las últimas novedades de la campaña de Bush y sobre un rapero que no tardaría en morir asesinado. Hamish Bowles se presentó con Bobby Short y acto seguido llegaron —pam, pam, pam, uno tras otro— la princesa heredera Katherine de Yugoslavia, el príncipe Pavlos de Grecia, la princesa Sumaya de Jordania y Skeet Ulrich, que lucía un traje y una camisa de Prada con unos solapones de aquí te espero. Al principio se mostró encantado de verme aunque la última vez que nos encontramos yo salí disparado por una oscura calle de SoHo. Skeet se mostró preocupado por la insistencia con que yo observaba un Mentos que yacía en el suelo de terrazo. Por fin me agaché y, después de limpiarlo un poco, me lo metí en la boca y empecé a masticarlo rápidamente.

—Es preciso que... en fin, que des un giro positivo a tu vida —me aconsejó Skeet, no sin cierta turbación.

—He decidido sumirme en la nada —repuse sin dejar de masticar. Skeet permaneció en silencio, se encogió de hombros, asintió con aire deprimido y finalmente se alejó.

En éstas pasó Aurore Ducas, seguida por Yves Saint-Laurent y Taki. Un embajador iraquí se pasó toda la fiesta pegado como una lapa a Bobby, quien me hacía constantemente señales con la mano para que me animara a circular y a charlar con el personal. La primera parte de la velada me dediqué a conversar —procurando reprimir mis nervios— con Diana de Furstenberg y Barry Diller. También intentaba aproximarme a Jamie, quien a ratos fingía no reparar en mí y otras veces se echaba a reír como una histérica mientras acariciaba a un basset que había traído un invitado. Los camareros servían champán en unas copas aflautadas de cristal fino con ademán grave y ausente. Como era de prever, la fiesta fue animándose y la gente se puso a bailar al son de la música de los República. Kate Moss y Naomi Campbell llegaron con el artista antes conocido como Prince, y Tom Ford se presentó con Dominique Browning. Tuve una conversación de lo más heavy con Michael Douglas sobre safaris sin dejar de sostener un plato de langosta con expresión benévola. Mientras atronaba «I'm Your Boogie Man» de los K.C. and the Sunshine Band, momento en el que según el guión Jamie debía ponerse a bailar mientras yo la contemplaba con aire pensativo. Los arreglos florales corrieron a cargo de Baptiste Pitou. Sobre nuestras cabezas resplandecía intermitente la palabra FIESTA en brillantes letras multicolores.

Bruce se marchó en cuanto apareció el hijo del primer ministro francés y Tammy se encerró en un dormitorio con una botella de champán y cayó en un lamentable estado de histerismo. Un tipo completamente colocado —el estudiante de

cinematografía de la Universidad de Nueva York que había pasado unas noches en el apartamento y se dedicaba a encender los cigarrillos de todo el mundo— me dio su número de teléfono y firmó en el dorso de un viejo ejemplar de *Le Monde* con una pluma carísima que había pedido prestada a algún famoso de por allí. En Pigalle estaba a punto de inaugurarse un nuevo gimnasio David Barton y la princesa Sumaya de Jordania, que no salía de su estupor, exclamó: «¡Ah, perfecto!». El director y Felix, junto con la mayoría de los miembros del equipo, se mostraban entusiasmados con el rumbo que había tomado la fiesta. Yo acabé tirado en un banco del patio, con una curda de las que hacen época.

—Bonjour, colega —saludé a Peter Jennings cuando se marchó.

Como se me había dormido un pie me incorporé de nuevo a la fiesta cojeando y traté de bailar con Jamie, pero Bobby no me dejó.

36

Hoy hemos asistido a los siguientes desfiles: Gaultier; Comme des Garçons y, después de darnos una vuelta por el nuevo local de Frank Malliot situado más abajo de los Campos Elíseos, también Galliano (un gigantesca cortina blanca, una iluminación insólitamente moderna, «Stupid Girl» de Garbage tronando por los altavoces, las modelos saludando al público, nosotros mostrando nuestros pases para entrar), y luego la inevitable cena en Les Bains en honor de Dries von Noten. Los gorilas de la entrada nos conducen dentro casi en volandas. Yo llevo un atuendo de Prada y voy medio puesto tras ingerir grandes dosis de Xanax. Es un montaje impresionante. «Eh, qué te cuentas», saludo a Candelas Sastre, a Peter Beard, a Eleanore de Rohan-Chabot, a Emmanuel de Bantes, a Greg Hansen, a un dentista a quien hice una breve visita en Santa Fe cuando Chloe estuvo allí rodando exteriores, y a Inés Rivero. Sobran fotógrafos, compradores y relaciones públicas. Todas las chicas llevan bolsos de paja y vestidos de colorines. El local está adornado con inmensos arreglos florales de gardenias y rosas. Escucho machaconamente la palabra «insectos», y cuando enciendo un cigarrillo reparo en que estoy sosteniendo en la mano los mil francos que por algún motivo me dio Jamie durante el pase de Galliano, mientras yo me hallaba sentado a su lado temblando como un poseso. Esta mañana, durante el desayuno, Bobby no dijo una palabra acerca de adónde pensaba ir, pero

como hay muchas escenas en las que yo no aparezco, me dedico a memorizar mis diálogos según el programa de rodaje y procuro mantenerme en un discreto segundo plano.

Me acerco adonde se encuentran los miembros del equipo y me apresuro a encender el cigarrillo de Jamie. Luce un ceñido traje pantalón con lentejuelas de Valentino y los ojos perfectamente delineados para resaltar las pestañas. Por los altavoces empieza a sonar la música de Eric Clapton, que es la señal para que yo entre en escena.

—Eric Clapton es un mamón.

—¿Ah, sí? —pregunta Jamie—. Pues qué bien.

Un camarero pasa deslizándose junto a nosotros y yo cazo al vuelo una copa de champán. Jamie y yo nos encontramos en la pista de baile, uno junto a otro, procurando no mirarnos.

—Te deseo —digo con una sonrisa desvaída y saludando con la cabeza a Claudia Schiffer cuando pasa—. Te deseo con locura.

—Eso no está en el guión, Víctor —me advierte Jamie, que me corresponde con una sonrisa de idénticas características—. No cuela, guapo.

—Por favor, Jamie —protesto—. Hablemos. Bobby no ha llegado todavía.

—Quítate de la cabeza esas fantasías de salir conmigo y violarme —responde ella, exhalando el humo del cigarrillo.

—Te juro que no quiero hacerte ningún daño —afirmo con sinceridad.

—Si sigues así acabarás haciéndonos daño a los dos.

—¿A qué te refieres? —pregunto.

Jamie se aleja unos pasos. Yo me acerco a ella.

—Jamie... —Alargo la mano y le toco el hombro—. ¿Qué pasa?

—Ni siquiera sabes dónde estás, Víctor —contesta Jamie con solemnidad pero sin perder la sonrisa, mientras devuelve con la mano el saludo a alguien que acaba de pasar por ahí—. No tienes ni remota idea de dónde estás.

—Pues, dímelo tú.

—No puedo hacer eso, Víctor.

—Tú no le quieres, lo presiento. No quieres a Bobby. Sólo es un trabajo, ¿verdad? Forma parte de un plan, ¿no es cierto? Representas un papel.

Jamie no responde.

Bobby aparta una cortina de terciopelo verde y aparece luciendo un deslumbrante esmoquin de Valentino y una mochila de Prada que no ha dejado en guardarropía. Echa un vistazo a su alrededor mientras enciende un cigarrillo, momentáneamente deslumbrado por los paparazzi. Acaba de llegar de una fiesta en Anahi y tiene el pelo húmedo. Al vernos atraviesa la pista de baile en dirección hacia donde estamos con una sonrisa forzada.

—Mi teoría es que no le quieres, sino que le tienes miedo —digo a Jamie.

—Mira, ya hablaremos de eso la semana que viene, ¿vale? —responde, bastante nerviosa.

—Dime que le quieres, anda —murmuro—. Dime siquiera que te gusta.

De golpe la cámara deja de girar alrededor de nosotros y nos enfoca de frente, mientras los dos observamos impotentes a Bobby, que avanza hacia nosotros.

—Silencio —me ordena Jamie, y asiente en dirección a alguien que pasa entre las sombras.

—Voy a decirle un par de cosillas —susurro—. No le tengo miedo.

—Baja el volumen, Victor —me advierte Jamie sonriendo abiertamente.

—Espero que fuera una referencia humorística a algo que no he oído, Victor —comenta Bobby, que se acerca y estampa a Jamie un beso en toda la boca.

—Mmmm —ronronea Jamie, relamiéndose—. ¿Margarita?

—¿De qué estás hablando, Bobby? —le suelto en un tono que hace imposible adivinar si me hago el ingenuo o el duro. Pero Bobby observa con interés algo que se encuentra al otro lado de la habitación, como dando a entender que le importa un bledo.

—Me muero de hambre —tercia Jamie.

—¿Qué? —murmura Bobby, ladeando la cabeza.

—He dicho que me muero de hambre —repite Jamie nerviosa.

Sintiendo una leve punzada de pánico, ingiero otro Xanax y observo al equipo de la MTV que entrevista a Nicole Kidman, que luce un bindi en la frente.

—Rhinebeck está de un humor de perros —comenta Bobby contemplando a Bruce, que está sentado con cara de pocos amigos en un sofá situado en la periferia de la fiesta junto a Tammy, fabulosa e impávida, con las gafas de sol puestas. Ambos están rodeados de un grupo de jóvenes londinenses.

—Ya se le pasará —contesta Jamie.

—Puede, pero Tammy sufre y eso podría joder todo el montaje —dice Bobby—. Disculpadme.

Bobby se dirige al sofá donde están sentados Bruce y Tammy, estrechando la mano de todo el que se siente impresionado por su presencia. Bruce apenas se fija en él. En éstas aparece Bentley acompañado por Marc Jacobs. Tammy alza la vista cuando Bentley le muestra el reloj que lleva y sonrío brevemente a Marc, pero cuando el resto de los presentes estalla en carcajadas su rostro adquiere una expresión pétrea.

—Habla con él —le digo a Jamie—. Dile que todo ha terminado entre vosotros. Dile que todo irá bien.

—¿Que todo irá bien? —pregunta Jamie—. No seas idiota —murmura entre dientes.

—Sólo trato de expresar cómo me siento.

—A estas alturas, Victor, tu primera obligación...

—Cállate —replico suavemente.

—... es olvidarte de mí.

—Fuiste tú quien empezó todo esto.

—Esto no es más que la punta del iceberg —dice Jamie. Luego, sin poder evitarlo, su rostro se relaja y me mira fijamente a los ojos—. Por favor, Victor —murmura apresuradamente—, compórtate con discreción. Ya hablaremos más tarde.

—¿Cuándo? —inquiero.

Bobby regresa con Bentley y Marc Jacobs, que han ido a echar un vistazo al cuartel general de Marc junto al Pont Neuf; Marc está de los nervios porque uno de los nuevos diseñadores estrella es una drag queen adolescente que se inspira en un chihuahua llamado Hector.

—Estaba atrapado en una conversación con un iconoclasta belga y el señor Jacobs aquí presente me salvó —explica Bentley, y ahuyenta una mosca.

Marc se inclina, besa a Jamie en la mejilla y me saluda con un gesto de la cabeza.

—Hola, Victor.

—Santo Dios, qué frío hace aquí —protesta Bentley emitiendo unas nubecitas de vaho—. Pareces cansado, Victor —añade observándome—. Estás de un guapo subido, pero cansado.

—No, estoy bien —contesto sin alterarme—. Todo va bien.

—Toma, olvidaste esto. —Bobby entrega a Bentley la mochila de Prada mientras Marc divierte a Jamie haciendo muecas a espaldas de Bentley; hasta Bobby esboza una media sonrisa.

—¿Por qué no la has dejado en guardarropía? —se queja Bentley—. ¡Pero bueno, Bobby, por el amor de Dios!

—No tenía pensado quedarme —aduce Bobby sin quitarme ojo.

Después de haberme sentado a la mesa con Donatella Versace, Mark Vanderloo, Katrine Boorman, Azzedine Alaïa, Franca Sozzani y el iconoclasta belga, y de habernos reído un rato a costa de otra gente y de habernos fumado docenas de cigarrillos, y de que los camareros hayan retirado los platos de comida que apenas hemos mirado y menos aún probado, y de que todos hayamos susurrado secretitos al oído de la persona que está a nuestra izquierda, Jamie se acerca a la mesa con un porro y pide fuego a Donatella, quien a su vez está sentada junto a mí, y Jamie —que finge charlar con Donatella, que está hablando con Franca— me informa de que Bobby parte mañana para Beirut y que luego se trasladará a Bagdad y a Dublín, donde ha de reunirse con un miembro de un grupo paramilitar de Virginia, y que regresará dentro de cinco días. Yo la escucho con atención mientras me lo cuenta y me río alegremente, de forma que si uno estuviera al otro lado de la habitación —como lo está Bobby— deduciría que Jamie le está comentando a Donatella lo

sensacional que está Victor o reflexionando en voz alta sobre lo fabulosa que es su vida (la de Jamie). Jamie da una calada al porro antes de pasarlo a los demás comensales. Se me ha dormido el pie y trato de seguirla a la pata coja. Choco con unos cuerpos y unas sombras que se mueven lentamente. En éstas el grupo de rock Autour de Lucie empieza a afinar sus instrumentos y se disponen a tocar su primera canción, una versión de «Substitute» de los Who.

35

La banda sonora emite la canción «Voulez-Vous» de ABBA. Frente a Les Bains aguarda un Range Rover blanco; el director de otro equipo de rodaje está sentado en el asiento del acompañante, repasando la secuencia de esta noche mientras al fondo varios ayudantes con cara de concentración se comunican a través de unos auriculares inalámbricos con la segunda unidad, que ya ha instalado el decorado correspondiente. Bentley, con la mochila de Prada al hombro, se monta en el Range Rover y el vehículo inicia su trayecto, seguido por un Citroën negro, hacia el Boulevard Saint-Germain. Durante toda la semana se han dedicado a examinar minuciosamente el café Flore, y una detallada descripción de la disposición de sus instalaciones les ha permitido elegir la mesa idónea para dejar en ella la mochilita de marras. Bentley estudia la siguiente escena en dos hojas de papel enviadas por fax y memoriza los diálogos.

El taxi deja a Bentley a una manzana del café Flore y echa a andar con paso rápido y decidido hacia una mesa de la terraza, junto a la acera, donde Brad, el actor que encarna al estudiante de cinematografía de la Universidad de Nueva York que Bentley conoció la semana pasada en La Luna, está sentado con dos amigos, unos chicos de Seattle con aspecto de gamberros que estudiaron en Camden con Brad. Los tres mascan chicle ruidosamente y fuman Marlboro, repantigados en sus sillas con el peinado impecable. En el centro de la mesa hay un vasito vacío de Starbucks y junto a los pies de Brad una bolsa de Gap que contiene unas camisetas recién compradas.

—Pongámonos finolis —dice Brad al ver que Bentley se dirige a la mesa vestido con un esmoquin de Versace.

El café Flore está atestado y deslumbrante; no queda ni una mesa libre. Bentley observa la terraza con cierta satisfacción, pero se siente perdido. No deja de pensar en

la película *Grease* y le obsesionan sus piernas, que se le antojan excesivamente delgadas, aunque nadie ha reparado en este detalle ni le ha perjudicado en su carrera de modelo. Por otra parte, no ha logrado olvidar a un chico que conoció en un concierto de los Styx en 1979, en un estadio ubicado en el Medio Oeste, en las afueras de un pueblecito al que Bentley no ha regresado desde que se marchó de allí a los dieciocho años. El chico se llamaba Cal y se hacía pasar por heterosexual, aunque se sintió inmediatamente atraído por el supermagnetismo de Bentley. Cal sabía que Bentley sufría graves desórdenes emocionales y el hecho de que no creyera en el cielo no contribuyó a mejorar la situación, de modo que Cal le dejó plantado e inevitablemente se convirtió en jefe de la programación de la HBO, cargo que ocupó durante un par de años. Bentley se sienta a la mesa, en la que los técnicos han instalado ya los micrófonos, concretamente en una silla tapizada en escarlata y verde musgo, y por fin enciende un cigarrillo. Junto a ellos unos turistas japoneses examinan unos mapas y de vez en cuando toman una fotografía. Ésta es la primera toma del día.

—Hola, Bentley —le saluda Brad—. Te presento a Eric y Dean. Estudiaron en Camden y aspiran a convertirse en modelos. Hemos estado comparando dietas.

—Ahora me explico ese aspecto tan estupendo que tenéis —responde Bentley. La referencia a Camden le hace pensar súbitamente en Victor y la suerte que le espera.

—Esta noche Laurent Garnier se encargará de la música en el Rex —dice Brad confiando en que alguien se apunte.

—Ya veremos, ya veremos —contesta Bentley, que asiente y exhala una bocanada de humo. Al observar el tatuaje que luce Dean alrededor de la muñeca comenta—: Muy bonito.

—¿Lo tienes? —pregunta Brad, refiriéndose al Ecstasy que quedaron en que Bentley traería al café Flore.

—Tendré que ir al apartamento de Basil —responde Bentley, como si quisiera restar importancia al asunto. Sonríe de nuevo a Dean.

—¡Qué rollo! —protesta Brad—. Tardarás horas en ir y volver.

—Paciencia. ¿A qué viene tanta prisa? Sólo tienes veintitrés años, tío —comenta Bentley, al tiempo que da unos golpecitos en el muslo de Brad y se lo pellizca. Gracias a estas muestras de confianza, Brad se siente más relajado, aunque se sonroja levemente—. Ya verás, como mucho tardaré veinte minutos —le promete Bentley mientras apaga el cigarrillo en un cenicero. Acto seguido se levanta.

—¿Cómo sé que vas a volver? —inquieta Brad mirando a Bentley.

—Te dejo esto —contesta Bentley, y acto seguido deposita la mochila de Prada sobre las rodillas de Brad—. Vigíla.

—Venga, ya tardas. —Brad sonríe—. Necesitamos con urgencia un poco de carburante.

—Eres igualito a Jon Bon Jovi —observa Bentley.

—Eso me han dicho —replica Brad con una sonrisa de satisfacción.

—Por eso me gustas tanto.

—¿Dónde suena esa música de ABBA? —pregunta Dean, volviéndose.

—Volveré —promete Bentley, sacudiendo unos pedacitos de confeti del hombro de Brad—. Volveré.

La imitación de Arnold Schwarzenegger no funciona una segunda vez y Bentley, que en el fondo piensa que Brad no es mal chico, suelta un taco por lo bajinis.

—¿Qué es eso? —pregunta Bentley al fijarse en el tosco dibujo de una hoja y un número que Brad ha garabateado en una servilleta.

—El diseño de un tatuaje que quiero que me hagan.

—¿Por qué has elegido el cuatro? —inquire Bentley.

—Es mi número favorito.

—Me parece muy bien.

—Esto es una hoja. ¿Lo ves? —señala Brad.

Pero ha llegado le momento de que Bentley se marche, según le indican por medio de gestos y señales desde diversos coches y furgonetas que están estratégicamente aparcados al otro lado del bulevar. Las cámaras siguen filmando la escena.

—Estás buenísimo —dice Brad, y besa a Bentley suavemente en la boca.

—No la pierdas —le advierte Bentley, señalando la mochila de Prada.

—Descuida, no me separaré de ella —responde Brad un tanto irritado. Sujeta la mochila y conmina a Bentley a que se largue de una vez.

Bentley echa a andar y desaparece entre la multitud que pasea esta noche por el bulevar.

—Tiene un apartamento impresionante —es la última frase que Bentley oye pronunciar a Brad.

Después de recorrer una manzana, Bentley atraviesa el Boulevard Saint-Germain y se monta en el Citroën negro que espera junto a la acera. Su rostro se ensombrece con una siniestra sonrisa.

Un teleobjetivo enfoca la mochila de Prada que reposa sobre las rodillas de Brad.

La onda expansiva de la primera explosión arroja a Brad por los aires, le arranca una pierna de cuajo a la altura del muslo y le provoca una herida de más de un palmo en el abdomen. Su cuerpo destrozado yace en la acera del Boulevard Saint-Germain, bañado en su propia sangre, sacudido por los espasmos de la muerte. La segunda bomba colocada dentro de la mochila de Prada está activada.

Dean y Eric, cubiertos por la sangre de Brad y la de sus propias heridas, consiguen acercarse al lugar donde yace su compañero y gritan pidiendo auxilio. Al cabo de unos segundos se produce la segunda explosión.

Esta bomba es mucho más potente que la primera y los daños que causa son más extensos, tanto que hasta abre un cráter de diez metros de diámetro frente al café Flore.

Dos taxis que pasaban en aquel preciso momento quedan con las ruedas para arriba a causa de la detonación y comienzan a arder.

Lo que queda del cadáver de Brad sale despedido a través de un gigantesco póster de Calvin Klein, situado sobre un andamio al otro lado de la calle, salpicándolo todo de sangre, visceras y fragmentos de hueso.

Eric atraviesa una ventana de la boutique Emporio Armani situada al otro lado de la calle.

El cadáver de Dean cae sobre la valla de hierro que separa la acera del bulevar y queda empalado en un barrote.

La metralla vuela en todas las direcciones y hiere a una mujer de mediana edad que está sentada en el interior del café en el cuello, el rostro y el pecho. La mujer muere instantáneamente.

Una japonesa que había ocupado una mesa junto a la de Brad aparece trastabillando a través del humo, aturdida, con ambos brazos amputados a la altura del codo, y se desploma sobre un montón de cascotes en la acera.

Un joven armenio yace con medio cuerpo en la calzada y medio en la acera. La explosión le ha arrancado la cabeza pero conserva la moto entre las piernas.

De un saliente de la fachada blanca cuelga un brazo separado del tronco y grandes pedazos de carne han ido a empotrarse en el letrero del café Flore.

Detrás de las cámaras, en las azoteas y en el interior de varias furgonetas, se repite la escena habitual: gente que huye despavorida, desangrándose a través de la negra y densa humareda; los gritos de los heridos y los moribundos; un hombre arrastrándose por el bulevar vomitando sangre; unos cadáveres calcinados asomando a través de las portezuelas de los coches que pasaban frente al café Flore en el instante en que estallaron las bombas; unas bolsas de la compra empapadas de sangre junto a la entrada del establecimiento. El caos, las sirenas, el centenar de heridos ...a estas alturas todo me resulta ya familiar. El director ha encargado a un excelente profesional el montaje de las secuencias y comunica a los miembros del equipo que ha llegado el momento de largarse. Cuando el Range Rover abandona a toda prisa la escena del atentado, pasando frente al Citroën negro, Bentley observa, durante unos segundos a una mujer que yace en la acera gritando, con el muslo destrozado.

—Llévame de regreso a Les Bains, s'il vous plaît —le dice al director mientras enciende un cigarrillo.

Allí escucha a Jean Tripplehorn, que se tira una hora perorando sobre los buñuelos de queso de Taillevant. Bentley le comenta que no aprueba las relaciones interraciales.

Todo el mundo se ha ido. Bobby esta mañana, Tammy a pasar el fin de semana en casa de Jacques Levy, Bruce a revisar el plano de las terminales del aeropuerto de Orly, Bentley de vacaciones: «No sé, a lo mejor a Grecia». Yo acompaño a Jamie al salón de Carita en la Rue du Faubourg Saint-Honoré, donde (no necesariamente en este orden) le tiñen el pelo, le dan un masaje, le aplican un tratamiento antiestrés y de aromaterapia, una sesión de manipulación magnética para equilibrar las energías, tras lo cual un asesor New Age (dieciocho años, un bombón) la conduce a una «playa apacible» provista hasta de sonidos grabados de moluscos que se arrastran sobre una inmensa y escarpada roca. Yo aguardo junto con los guardaespaldas, que a su vez esperan a unas millonarias brasileñas, a dos emperatrices, a la princesa de Monaco y a Judith Godreche. Entre tanto nos tomamos unas copitas de Château de Bellet del 92 y yo ingiero unos Xanax mientras el equipo de rodaje me filma hojeando con aire ausente un libro de fotografía sobre las revistas de cine de los sesenta, hasta que el técnico de efectos especiales golpea a uno de los guardaespaldas en la cabeza y el director se aburre y el equipo se va a cenar antes de preparar el siguiente decorado.

En la Opéra Garnier se oyen opiniones contradictorias sobre el libreto japonés, pero en realidad estamos allí sólo para complacer a los paparazzi que aguardan al pie de la escalera; por eso Jamie y yo nos detenemos en lo alto. Entre los asistentes está Christian Brandolini, Sao Schlumberger pierde una lentilla e Irene Amic murmura «Me estás pisando el vestido», pero cuando se vuelve y ve mi rostro, angustiado e iluminado por el resplandor de la araña, suaviza el gesto, sonrío y me dice que soy muy guapo. Candy Spelling saluda a Jamie con la mano y Amira Casar y Astrid Kohl me hablan sobre una fiesta que se celebró hace una semana en Les Bains, a la que no me invitaron.

Veo al doble de Christian Bale con el que me topé en Bond Street, en Londres. En esta ocasión luce un esmoquin y cuando se da cuenta de que le estoy mirando como hipnotizado, me saluda inclinando brevemente la cabeza. Jamie y yo decidimos marcharnos durante el primer entreacto.

Un Citroën negro nos lleva al Buddha Bar y después de sentarnos a una mesa, conmocionados, mirándonos sin articular palabra, Jamie saca el móvil de su bolso de Prada y llamada al Hotel Costes. Gracias a su amistad con Jean Louis y Gilbert cuando llegamos al número 239 de la Rue Saint-Honoré hay una habitación dispuesta para nosotros. El ayudante del director examina una lista de llamadas y nos comunica que debemos presentarnos en el plato principal a las 9 de la mañana. Es medianoche y Jamie entra apresuradamente en el vestíbulo, arrojándose en el abrigo de piel de poni de Helmut Lang. Yo la sigo.

La puerta se cierra a nuestras espaldas y Jamie y yo nos dejamos caer en la cama

mientras la beso en la boca y ella me abraza. Una vez desnudo, me pongo a temblar con tal violencia que Jamie se aparta. De pronto alguien llama.

Jamie se levanta, también desnuda, se cubre con el abrigo de Helmut Lang y se dirige perezosamente hacia la puerta. La abre sin preguntar siquiera quién es.

Unos técnicos de rodaje que yo no había visto con anterioridad entran en la habitación portando una voluminosa cámara Panavision que se desliza sobre ruedas e instalan los focos. El primer ayudante de dirección me indica el lugar donde debo tumbarme en la cama mientras Jamie cambia impresiones con el director y la script. El jefe de atrezzo descorcha una botella de champán y llena dos copas. La escena requiere la presencia de un porro —que no sea de atrezzo— y Jamie se tiende junto a mí mientras yo lo enciendo. Alguien deshace un poco la cama y cuando el director grita «¡Playback!». Jane Birkin empieza a suspirar «Je T’Aime» en un cedé. Los técnicos constituyen una mera sombra detrás de los focos. Hace tanto frío en la habitación que nuestro aliento forma unas nubecitas de vaho.

Jamie permanece tumbada de espaldas, fumando con aire lánguido el porro que le he pasado; retiene el humo en la boca unos instantes antes de expelerlo despacio, tras lo cual comienza a desgranar con tono vacilante pero deliberado un discurso entrecortado y perdido, con los ojos entornados.

—Bobby entró en Superstudio Industria... La sesión de fotos se había retrasado... No recuerdo si era para la campaña de Anne Klein... Nos pagaban cien mil dólares diarios y merecía la pena... Debían de ser las diez o la once... Fue en diciembre de 1990... No sé, hará cuatro o cinco años... Se había producido una avería en el fluido eléctrico y... nos quedamos a oscuras... Encendieron unas velas, pero no veíamos ni torta y hacía un frío polar... En pocos minutos la temperatura bajó brutalmente... Yo estaba muerta de frío aquella noche en Industria, tenía la piel de gallina. En éstas vi una figura que se movía en la oscuridad..., una persona alta que avanzaba hacia donde me hallaba yo, sola... Se puso a dar vueltas alrededor de mí. Esa persona iba silbando una canción que me sonaba mucho... «On The Sunny Side of the Street», creo... No cesaba de cantar.

»Entonces me di cuenta de que los técnicos de rodaje le seguían a una distancia prudencial... Los focos estaban apagados... Pero seguían a esa figura, esa persona... Cuando encendió un cigarrillo vi su rostro y le reconocí... Me llevó a la sala vip del club Xerox... Al fondo estaban los técnicos de rodaje... En alguna parte del local sonaba la música de los Who...

»No puedo explicar con exactitud qué me motivó... No puedo darte detalles... Era una época muy triste en mi vida... Odiaba mi cuerpo, detestaba mi aspecto. Tomaba pastillas, visitaba a psiquiatras, acudía al gimnasio porque creía que era la única forma de gustar a la gente. Incluso pensé en hacerme la cirugía estética... Tenía veintitrés años... Mis padres se habían divorciado, una experiencia muy traumática, y

mi madre se hundió en la depresión... Por la noche mis sueños consistían en unas horas de espacio negro, interrumpidas a veces por huesos y esa canción que Bobby silbaba aquella noche en Industria... Yo había mantenido una complicada relación con un fotógrafo bastante famoso y una breve aventura con un chico que había trabajado en un vídeo de Aerosmith. Tenía muchos planes: quería aparecer en la portada de más revistas, quería ser guapa, quería ser rica y famosa... Me habían retratado los mejores fotógrafos: Lindbergh, Elgort, Demarchelier... Había hecho un montón de pases, pero no pasaba de ser una del montón... Me sentía muy desgraciada... Quería algo más... Bobby también se había propuesto unas metas... Durante nuestra relación yo... fui evolucionando. Bobby se dio cuenta enseguida de lo limitado que era mi mundo y me motivó... Yo nunca me había considerado guapa y él hizo que... me sintiera atractiva... Me mimaba y yo... me sentí mejor. Me dijo que tenía un físico perfecto... Y yo decidí seguirlo a donde fuera... Pasé una primavera con él en Los Ángeles y me presentó a sus amigos... “El genio”, un hombre llamado Mister Leisure... y Steven Meisel contribuyeron a impulsar mi carrera. Pero te juro, Victor, que... yo no estaba al corriente de lo que hacía Bobby. No me informaba de sus proyectos. Sólo sabía que era un ave nocturna..., como yo, por otra parte... Durante una inauguración en MOCA..., una cosa llamada “La historia del moteado”... Cuando...».

—Lo recuerdo, yo también asistí.

—... estábamos charlando en un rincón... Bobby empezó a contarme en voz baja ciertas cosas... Yo le rogué que parara...

Jamie rompe a llorar en silencio. Enciendo de nuevo el porro y se lo paso. Ella lo toma sin incorporarse en la cama, da una calada y tose un poco.

—¿Cómo reclutaba a la gente...? Sólo le interesaban los modelos, masculinos y femeninos, los modelos famosos... Se aprovechaba del hecho de que nos pasamos el día de un lado para otro, cumpliendo un horario que nos viene impuesto... Nosotros le escuchábamos... Era una analogía que resultaba coherente... Al fin... cuando él nos pedía ciertas cosas... No le resultó difícil reclutar a gente... Todo el mundo quería unirse a nosotros..., todo el mundo quería ser artista de cine... Y al final, todos nos convertimos en psicópatas... Todas las chicas íbamos peinadas con moño..., siempre sonaba en alguna parte la música de los Who...

»Recuerdo muy poco sobre el principio de aquella época... Una vez reclutada... Hubo largas temporadas monótonas y aburridas... Seguía un régimen muy estricto, iba al gimnasio, que era una obsesión de Bobby..., ausencias..., espacios gigantescos... He olvidado muchas cosas... Era una existencia tan vacía... Todo lo que hacíamos era ultramoderno... los restaurantes donde comíamos, los hoteles en los que nos hospedábamos, la gente que frecuentábamos... En Nueva York solíamos bromear sobre el hecho de que nunca nos hospedábamos en unas señas que no

tuvieran el código postal 10021... Acudíamos a bodas en jets privados... Los camareros jamás nos metían prisa... Podíamos fumar donde nos daba la real gana... La gente nos envidiaba porque éramos jóvenes, ricas y guapas... Y nadie, nadie, nadie se alegró de mi éxito... Pero eso, según Bobby, era algo inevitable... No obstante tampoco sospechaban de nosotros...

»Viajábamos a Palm Beach, Aspen, Nigeria... Pasábamos las Navidades en St. Bart's..., una semana en la casa de Armani en Pantelleria... Bobby me consiguió muchos trabajos, y luego vinieron Cindy Crawford, Paulina Porizkova y... Claudia Schiffer... Y Yasmeen Ghauri, Karen Mulder, Chloe Byrnes, Tammy Devol, Naomi, Linda, Elaine y... Jamie Fields... Hay que conocer las claves para comprender cómo funcionan las cosas en este mundo... Era casi como aprender el lenguaje de los signos... La gente se comportaba correctamente en mi presencia... Cuando empecé a salir con Bobby Hughes las chicas me trataban de forma distinta... Pero de golpe empezaron a aparecer unos esquemas siniestros... Cuando me quejé a Bobby de que nadie era como aparentaba, de que todo era falso, Bobby me hizo callar y luego murmuró: “Son tal como aparentan...”.

»Bobby trató de instruirme, de hacerme comprender los motivos de lo que hacía, adónde iba y todo eso... “Oye, tía, George Washington fue un terrorista”, me dijo. Yo contemplaba aquellos ojos, aquellos labios... Empecé a entender la situación, a adquirir cultura... Bobby decía que al mostrar al mundo ciertas cosas le mostrábamos lo que pretendíamos conseguir... Me hacía leer novelas de E. M. Forster qué jamás llegué a comprender y, curiosamente, Bobby parecía como aliviado... “No somos sino un reflejo de nuestra época”, me dijo, aunque no entró en más detalles... “¿Qué significa fin de siècle?”, le preguntaba yo a veces, y entonces él se tiraba una hora hablando de la maldad inherente a la música rap... Y siempre sonaba una canción de los Who...

»Yo sabía que Bobby no me era fiel. Se acostaba con modelos importantes, mujeres de la alta sociedad, guapas y ricas... De vez en cuando se acostaba con un tío o con una menor, niñas que estudiaban en Spence, Chapin y el Sagrado Corazón, y si sus madres se ponían pesadas se las tiraba también... Controlaba a las chicas, no podías pasar de cierto peso... Y por lo general, aunque no siempre, tenías que medir una cierta estatura... para follar con Bobby Hughes. Si te subías a la báscula y pasabas la prueba..., Bobby se acostaba contigo...

Noto que se me han dormido los brazos y cambio de postura; enciendo otro porro que me pasa un miembro del equipo de rodaje.

—Muchas chicas desaparecían o la palmaban de una sobredosis. A veces sufrían un accidente. Yo empecé a alucinar cuando volaba en el Concorde, cuando veía la curva de la Tierra y las nubes parecían estar a centenares de kilómetros debajo de nosotros... Tuve unas crisis espantosas..., pese a ingerir grandes dosis de Xanax y de

haber llegado a lo más alto. Por mi culpa aumentó la tasa de suicidios entre adolescentes y mujeres jóvenes que sabían que nunca lograrían parecerse a mí... Me lo decían en las columnas de los periódicos, en las cartas que recibía de madres obesas..., en artículos escritos por mujeres pertenecientes al movimiento feminista... Me decían que destruía vidas, pero a mí nada de eso me afectaba porque esas personas no eran reales, la gente parecía... ficticia... A Bobby le gustaba que yo encarara el problema de ese modo, decía que era positivo... Al final, me hice tan famosa que él ya no podía deshacerse de mí...

Su voz se quiebra, recobra la serenidad, vuelve a vacilar y de pronto comienza a mascullar una sarta de frases sobre cómo empezó en el cine, su primer película, *La noche del pozo sin fondo*, la tramitación de pasaportes falsos, los mercenarios de Tailandia, Bosnia, Utah, los nuevos números de la Seguridad Social, las cabezas golpeadas con tal violencia que se partían como cáscaras de huevo, un método de tortura que consistía en obligar a la víctima a tragarse una cuerda.

—En Bombay... —Jamie se estremece, traga saliva; las lágrimas brotan a través de sus párpados entornados—. En Bombay...

Pero no puede continuar. Comienza a gritar incoherencias sobre un asesino en serie con el que Bobby trabó amistad en Berlín, momento que aprovecho para levantarme de un salto y decir al director:

—Vale, ya está.

Mientras recogen las cosas para largarse, Jamie se revuelca en la cama, sollozando como una histérica, agarrando las sábanas y gritando nombres en árabe.

33

Ante la fachada del edificio situado en el octavo *arrondissement*, o tal vez en el decimosexto, bajo una tenue e iridiscente bruma que flota sobre el plató, los técnicos aguardan una vez que el director y Felix el cámara han preparado la primera toma del día, en la que aparecemos los seis dirigiéndonos «alegremente» hacia un Citroën negro que está aparcado junto a la acera y ha de llevamos a una fiesta en el Natacha. Pero este equipo no sabe que esta misma tarde bien tempranito los técnicos de rodaje a los que me presentaron la otra noche en el hotel Costes se han instalado en la casa, después de que Bobby les franqueara la entrada, y han pasado las tres últimas horas

colocando cables y focos y rodando unas secuencias en las que yo no aparezco, entre ellas una larga discusión entre Tammy y Bruce que no conduce a nada, una escena de cama entre Jamie y Bobby, y otra toma en la que aparece Bruce, a solas, tocando la guitarra y cantando «It Don't Matter to Me», la vieja canción de Bread. Se mueven discretamente por el cuarto de estar —los electricistas, una foquista imponente y un director con una barba negra—, hablando con el cámara, que se parece a Brad Pitt en *Johnny Suede*. Arriba, en el dormitorio de Bentley, el primer ayudante de dirección no cesa de descorrer las gruesas cortinas de Mary Bright para observar a los otros técnicos de rodaje que están en la calle, ofreciéndoles indicaciones a través de los sofocados sonidos de otra pelea entre Tammy y Bruce —ésta no está incluida en el guión— referente al actor que encarna al hijo del primer ministro francés. Se oyen portazos, voces airadas y finalmente más portazos.

Yo llevo un traje de Prada que no sé quién me ayudó a ponerme y estoy sentado en uno de los sillones Dialogica en el cuarto de estar, jugueteando con una corbata verde lima que alguien ha elegido para mi. En la pantalla del televisor y sin sonido bajado, aparecen unas imágenes de viejos episodios de *Cheers* seguidos por otros de *Un chapuzas en casa* grabados en una cinta que alguien ha introducido en el vídeo. Un ayudante de dirección me entrega un cuaderno en el que, según me informa, Bobby ha anotado una completa lista. Investigar posibles contenedores, reproducir el plano de planta del Ritz, obtener a través de un ordenador de la terminal de la TWA en el Charles de Gaulle unos planos del aeropuerto, conseguir unos esquemas de las instalaciones del Harry's Bar en Venecia, entrevistar a grafólogos para que verifiquen unas firmas, revisar las entradas en un diario de un tal Keith referentes a un viaje que hizo a Oklahoma City. Hay numerosas páginas dedicadas; a explosivos plásticos, los cables más adecuados, el temporizador idóneo, el contenedor apropiado, el mejor detonador.

Leo: «Semtex se fabrica en Checoslovaquia». Leo: «Semtex es un explosivo plástico inodoro e incoloro». Leo: «Libia posee toneladas de Semtex». Leo: «Se precisan 170 gramos de Semtex para hacer estallar un avión». Leo unas especificaciones sobre un nuevo explosivo plástico denominado Remform, fabricado y distribuido sólo «clandestinamente» en Estados Unidos y que aún no ha llegado a Europa. Leo una lista de las ventajas e inconvenientes del Remform. Leo las palabras que Bobby ha garabateado en los márgenes de una página: «¿Más útil que Semtex?», seguidas de tres palabras que me quedo mirando fijamente hasta que me ordenan que me levante del sillón Dialogica y me dirija a la cocina para prepararme una copa: «... pendiente de comprobación...».

Con las dosis de Xanax que ingiero me resulta increíblemente fácil concentrarme en la preparación de un cosmopolitan. El truco consiste en no pensar en otra cosa mientras echas zumo de arándanos, una medida de Cointreau y unas gotas de limón

en una coctelera llena de hielo pilé, tras lo cual cortas una lima, añades el zumo a la coctelera, viertes el líquido a través de un colador en una copa de cóctel gigantesca y regresas al cuarto de estar. La estilista me arregla el pelo. Alzo la vista al techo, imaginándome lo que Jamie y Bobby estarán haciendo en el dormitorio. Me bebo el cosmopolitan a sorbitos y alucino con la pegatina de Paul McCartney y los Wings adherida a la tapa del cuaderno de notas que Bobby ha confeccionado para mí.

—¿Aplicamos Sérifos? —pregunta la estilista.

—¿Que ligamos en el Sérifos? —pregunto perplejo—. Ah; sí, sí; perdona.

Trato de leer una entrevista que Jamie concedió el miércoles a *Le Figaro* pero no entiendo una palabra, sin duda porque no tengo ni pajolera idea de francés. Reparo en la granada de mano que está apoyada contra un rifle automático sobre la mesa donde reposa mi cosmopolitan, pero sólo muy por encima; me resulta mucho más fácil concentrarme en la curiosa presencia de esta pegatina de Paul McCartney y los Wings en la cubierta del cuaderno de notas. Los técnicos de sonido discuten sobre si deben poner el último disco de los U2, hasta que el director ordena que todo el mundo se calle.

En éstas aparece Bobby. Yo levanto la vista de lo que estoy haciendo y le observo con aire solemne.

—Estás muy elegante —comenta Bobby.

Yo suavizo el gesto y sonrío tímidamente.

—¿Qué bebes? —pregunta Bobby.

Antes de responder echo un vistazo al color de mi copa para cerciorarme.

—Un cosmopolitan.

—¿Me das un poco?

—No faltaba más —respondo pasándole la copa de cóctel.

Bobby toma un trago y sonrío.

—Un cosmo genial, tío.

Una larga pausa mientras espero que me devuelva la copa.

—Gracias por... el cumplido.

—Oye, Víctor —empieza a decir Bobby, arrodillándose ante mi.

Yo me tenso y cruzo las piernas, dejando que el número de *Le Figaro* se deslice al suelo de terrazo.

—Te agradezco que te ocuparas de Jamie y...

—Oye, tío, yo...

—... sólo quiero que sepas que...

—Oye, tío, yo...

—Tranquilo, no pasa nada. —Bobby inspira y me mira fijamente—. Mira, si a veces me muestro duro contigo, si... —Hace una pausa para subrayar sus palabras—. Si te hablo con aspereza para recordarte el papel que desempeñas en todo esto, es

para que te mantengas alerta. —Bobby se interrumpe sin dejar de mirarme a los ojos—. Yo me fío de ti, Victor. —Otra pausa—. Te lo juro.

Una larga pausa, esta vez por mi parte.

—¿Qué va a ocurrir, Bobby?

—Descuida, ya te informaremos —contesta él—. Te pondremos al corriente de todo lo que debes saber. Recibirás la suficiente informa...

De pronto suena un portazo arriba, Tammy grita y luego se produce el silencio. Se oyen unos pasos por un pasillo y una sarta de palabrotas. Del dormitorio de Tammy brota la estruendosa música de Prodigy. Bobby hace una mueca y suspira.

—Esa situación se está desmadrando.

—¿Qué pasa? —pregunto despacio.

—Tammy tiene una aventura con cierta persona que es importante para nosotros pero que no debería afectar a Bruce. —Bobby vuelve a suspirar, sin levantarse del suelo—. Pero el caso es que le afecta. Se está convirtiendo en un problema. Es preciso que Bruce lo supere. Cuanto antes.

—¿Cuál es... —empiezo a decir, inspirando—. ¿Cuál es el problema?

—El problema... —Bobby me mira con aire de reproche. Luego sonrío—. El problema no te incumbe. No tardaremos en resolverlo.

—Ajá, ajá —contesto, tratando de beber un trago del cosmopolitan.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Bobby.

—Tan bien... como... —tomo un sorbo de cóctel— cabe esperar.

—En realidad creo que te encuentras mejor de lo que piensas —replica Bobby.

—¿Y eso qué significa? —pregunto con franca curiosidad.

—Que te has adaptado a la situación sin ningún problema.

Una larga pausa antes de que yo atine a murmurar.

—Gracias.

Bruce baja por la escalera circular luciendo un traje negro de Prada, un jersey de cuello vuelto color naranja y sosteniendo una botella de agua Volvic. Sin dirigirnos siquiera una mirada, se apoltrona en un rincón de la habitación y se pone a rasguear la guitarra antes de tocar de nuevo la canción «It Don't Matter to Me» de Bread. El equipo de rodaje aguarda en silencio. Bobby contempla a Bruce durante un buen rato antes de volverse hacia mí.

—Mira, Victor —dice—, comprendo cómo te sientes. Nos dedicamos a colocar bombas. El Gobierno se encarga de que cualquier sospechoso desaparezca.

—Ajá.

—La CIA tiene las manos más manchadas de sangre que la OLP y el IRA juntos. —Bobby se acerca a una ventana, descorre unos visillos de encaje oscuro y observa a los otros técnicos congregados en la calle, unas meras siluetas hablando por sus walkie-talkies, moviéndose a través de la bruma, esperando—. El Gobierno es

nuestro enemigo. —Bobby se vuelve hacia mí—. ¡Por el amor de Dios, pero si lo sabes de sobra, Victor!

—Pero si es que a mí... no me interesa la política —balbuceo.

—La política nos interesa a todos —replica Bobby, y se vuelve de nuevo hacia la ventana—. Es inevitable.

Mi única respuesta es apurar de un trago el resto del cosmopolitan.

—Tienes que aclarar tus ideas sobre la situación mundial —afirma Bobby—. Tienes que asimilar la información que recibes.

—Asesinamos a personas inocentes —murmuro.

—El año pasado se cometieron veinticinco mil asesinatos en nuestro país, Victor.

—Pero... yo no cometí ninguno de ellos, Bobby.

Bobby sonrío con benevolencia y se acerca al sillón en el que estoy sentado. Yo le miro, expectante.

—¿Crees que es preferible mantenerse al margen, Victor?

—Sí —murmuro.

—Todos estamos implicados —murmura Bobby a su vez—. Tienes que comprenderlo.

—Es que, tío, es que, tío...

—Victor...

—Me cuesta justificar todo esto y... —Miro a Bobby con expresión implorante.

—No creo que debas justificar nada.

—Pero es que yo... soy americano, ¿sabes?

—¡No te jode! Y yo —replica Bobby.

—¿Por qué me elegiste a mí, Bobby? —pregunto—. ¿Por qué confías en mí?

—Porque crees que la franja de Gaza es un numerito erótico que se montan las bailarinas de la danza del vientre —responde Bobby—. Porque crees que la OLP grabó los singles «Don't Bring Me Down» y «Evil Woman».

Silencio hasta que suena el teléfono. Bobby contesta. Bruce deja de tocar la guitarra. Nos comunican que el equipo situado fuera está preparado. Bobby les dice que salimos enseguida. Los técnicos que rodaban dentro de la casa empiezan a recoger los trastos. El director, decididamente satisfecho, conversa con Bobby, que asiente con la cabeza sin quitar ojo a Bruce. En el momento indicado, Tammy, Bentley y Jamie descienden por la escalera circular; los técnicos situados fuera nos filman tres veces dirigiéndonos entre alegres risas desde la puerta hasta el Citroën negro. Bentley abre el cortejo, seguido por Jamie y Bobby, que avanzan del brazo haciéndose carantoñas, mientras Bruce y yo flanqueamos a Tammy, que camina de la mano de ambos, mirándonos feliz porque según el guión de la película que rueda el equipo situado en el exterior yo estoy enamorado de ella. Jamie se traslada al Natacha en un Mercedes negro porque lleva un vestido que vale treinta mil dólares.

En el Natacha los de la MTV graban una fiesta que se celebra arriba. Las chicas están todas divinas con su aspecto demacrado, y los tíos están cachas; todos llevan gafas de sol y esperan que los técnicos les enciendan los cigarrillos. Abajo se celebra otra fiesta en la que Lucien Pellat-Finet charla con el diseñador de sombreros Christian Liagré y Andre Walker aparece del brazo de Claudia Schiffer, que luce un mono adornado con plumas y una peluca pelirroja cortada a lo paje; Galliano luce un pequeño sombrero de fieltro y Christian Laboutin toca «Je T’Aime» en el piano mientras Stephanie Marais, de pie junto a él, canta el papel de Jane Birkin. Recibimos a nuestros fans en la mesa ante la que estamos sentados; la gente se agolpa alrededor de nosotros, murmurando, emitiendo las exclamaciones de rigor. Hay unas bandejas de plata con canapés de caviar, que ni siquiera hemos probado; reina un ambiente muy a lo youthquake y relajado hasta que aparecen Ralph y Ricky Lauren. El tema de esta noche es la insoportable levedad del ser; todo es ubicuo; en la sala flota cierto olor a mierda.

—Victor —me advierte Bobby cuando alguien me pasa un paquete de cocaína, recordándome que mañana tengo una misión—. Oye, Bentley, cuidadito, tío.

Bentley tiene los ojos vidriosos tras haber pasado casi todo el día bronceándose con una lámpara de rayos UVA y alucina al ver a tantos chicos adolescentes vestidos con camisetas que marcan músculo. Se me ha dormido el pie y noto un cosquilleo en toda la pierna. Echo un vistazo a mi nombre escrito en la invitación a la fiesta de esta noche. Los fotógrafos no dejan de acribillar nuestra mesa con los flashes. Tammy aparta la vista; lleva la boca pintada con una gruesa capa de lápiz labial Urban Decay.

—Está locamente enamorado de ese camarero. —Jamie sonrío y enciende un cigarrillo.

Todos nos volvemos.

—En cierta ocasión leí en la revista *Time* un artículo sobre camareros guapos — responde Bentley encogiéndose de hombros—. ¿Qué queréis? La carne es débil.

—El proyecto de Venecia se ha cancelado —anuncia Bobby en voz alta para hacerse oír en medio del barullo.

—¿Harry’s Bar? —pregunta Bruce, apartando la vista de Tammy.

—No —contesta Bobby al tiempo que saluda con la mano a alguien que está al otro lado de la sala.

Vagamente, sin necesidad de preguntar nada, comprendo que eso significa que no vamos a poner ninguna bomba en el Harry’s Bar.

Abajo, en la penumbra del Natacha, el equipo de la MTV interrumpe los comentarios de Bobby sobre un proyecto denominado «Band on the Run». El entrevistador ruega a Bobby, a Jamie y a Bentley que se aproximen para que la cámara pueda captarlos, a lo cual los tres acceden amablemente.

—Lo importante es la actitud en cuanto estilo de vida —afirma Jamie.

—Tía, eso suena como un anuncio de Calvin Klein. Qué vulgaridad —gruñe Bobby.

Jamie saluda a la cámara con la mano en un gesto desenfadado hasta que preguntan a Bobby sobre su colaboración con Amnistía Internacional. Al girar la cara veo a Dennis Rodman paseándose por la habitación luciendo un taparrabos, un par de alas descomunales y un arito de brillantes en la nariz. Cuando me vuelvo de nuevo hacia la mesa, el VJ pregunta a Bentley si le gusta París.

—Me encanta todo menos los americanos —responde Bentley con un bostezo, procurando ser vagamente divertido—. Los americanos son un desastre a la hora de aprender idiomas ¿Mi idea del tedio? Escuchar a un imbécil de Wisconsin esforzándose en pedir un té helado en el Deux Magots.

A mis espaldas oigo que el director le dice a alguien:

—Eso no vamos a incluirlo.

—No te metas tanto con la gente, Bentley —le aconseja Jamie con delicadeza. Se inclina hacia él y le arrebató el cigarrillo—. Te va a dar algo.

—Veamos los modelitos —dice el VJ. Las luces y las cámaras se mueven alrededor de nosotros—. Venga, vosotros a vuestro aire.

En el Natacha hace un frío que pela; nuestro aliento forma unas nubecitas de vaho. Por más que las ahuyentamos, las moscas no nos dejan en paz, el suelo está sembrado de confeti y el hedor a mierda se intensifica después de que le pego dos esnifadas al paquete de farlopa que devuelvo muy a mi pesar a Bentley. Markus Schenkenberg, que cree sin razón que es amigo mío, se sienta en un sillón junto al mío para chupar cámara, para exhibir su cazadora de piel de serpiente negra y para decirme:

—No somos infalibles, Victor.

—¿Me lo dices o me lo cuentas?

Markus bosteza cuando Beatrice Dalle hace una entrada de lo más teatral. Luego se vuelve para observarme.

—Es un terrorista —informo a Markus, señalando a Bobby.

—No —replica Markus meneando la cabeza—. No tiene aspecto de terrorista. Es demasiado guapo.

—Ponte las pilas, nenita —contesto, repantigándome en el sillón—. Ese tío es un terrorista.

—No —insiste Markus—. Conozco a varios terroristas y ese guaperas no tiene pinta de serlo.

—Lo que hay que oír. —Bostezo, observándolo por el rabillo del ojo—. Eres un renegado total.

—Si te digo la verdad, ando un poco descontrolado —confiesa Markus—. Ahora mismo lo que más me apetece es meterme un par de rayas.

—Te aseguro que ese tío es el malo de la película —suspiro.

Un tipo que estudió en Camden se acerca a Jamie, un francés llamado Bertrand que era compañero de cuarto de Sean Bateman, y le susurra algo al oído. Ambos se vuelven para mirarme. Jamie asiente con la cabeza pero de pronto Bertrand suelta algo que hace que se tense y deje de asentir. Con cara de angustia, Jamie aparta bruscamente a Bertrand, quien me mira mosqueado antes de perderse entre la multitud. En éstas aparecen Mario Sorrenti y David Sims y se ponen a charlar con Markus Bobby se dedica a ir de mesa en mesa saludando al personal en compañía de Shoshanna Lonstein, una ex presentadora de televisión, el mago David Blaine y Snoopy Jones. Tammy, deshecha en lágrimas, se aleja de Bruce, que tiene a China Chow sentada en las rodillas. Un díler amiguete de Bentley llamado el Grand Poobah me susurra al oído «¿Lo has probado?», tras lo cual cerramos el trato.

32

Un pedazo de cinta adhesiva aplicado con guantes de goma a un bote de gas de metal blanco. Este plano —filmado mientras la cámara se aleja lentamente— acaba con un corte directo a otro plano en el que aparezco yo dándome una ducha, enjabonándome despacio el pecho y las piernas; la cámara se desliza innecesariamente sobre mi culo mientras el agua cae sobre mi musculosa espalda. Otro plano del recio bote de metal reposando sobre un diván de Hans Wegner. Un rápido montaje de mi personaje vistiéndose: unos calzoncillos Calvin Klein, un jersey de cuello vuelto Prada y un traje Yohi Yamamoto con un primer plano de la etiqueta para mayor deleite del público. Un primer plano de mi rostro, una mano tomando unas Ray-Ban negras (un ejemplo de publicidad encubierta bien remunerada). Otro primer plano de mi mano depositando una pastilla de Xanax sobre la lengua y acercando una botella de agua Volvic a los labios. Un plano de las manos metiendo el bote de gas en una bolsa Louis Vuitton.

Un plano exterior del Hozan. Un breve plano interior en el que salgo yo almorzando. En éstas pasa junto a mí el doble de Christian Bale, pero yo no reparo en él porque estoy observando a unos tipos que patrullan armados con metralletas, y también porque en ese momento sólo pienso en que se me ha dormido el brazo. Unos planos de mi personaje echando a caminar por la Rue de Fourey hacia el Sena, luego

en el Pont Marie atravesando la Île Saint-Louis, con la silueta de Notre Dame al fondo. El cielo está encapotado. A continuación cruzo el Sena y me dirijo a la Rive Gauche. Un plano de mí doblando a la derecha en el Boulevard Saint-Germain. Un plano de mí bajando las escaleras de la boca del metro. La cámara se detiene unos segundos sobre un grupo de desastrados turistas.

Un plano de mí en un tren, sentado junto a la bolsa Louis Vuitton. Indicaciones: coloca la bolsa debajo del asiento, hojea un ejemplar de *Le Monde*, frunce el ceño, finge que lee, levanta la vista y observa a un adolescente guapísimo que trata de enrollarse contigo. Un plano de Victor forzando una sonrisa y desviando la mirada, un sutil rechazo, un pequeño movimiento de la cabeza, un gesto que dice: «No me interesa». Otro plano del chico encogiéndose de hombros, esbozando una leve sonrisa. Yo repito para mis adentros la frase de una canción —*when Jupiter aligns with Mars when Jupiter aligns with Mars*^[59]— y como no me han informado de lo que transporto en la bolsa Vuitton, la coloco debajo del asiento sin dar más vueltas al asunto. Más tarde averiguaré que han depositado la bomba en un bote de gas de quince kilos junto con unos pernos, unos fragmentos de vidrio y unos clavos, y que eso es lo que transporto en la bolsa, la misma que dejé en el guardarropía del Hozan mientras almorzaba esta tarde, la misma que he llevado tan campante por las calles de París.

Atribuirían el atentado a un grupo guerrillero argelino, a un fundamentalista musulmán, a una facción islámica o a un grupo escindido del movimiento separatista vasco (qué cachas están los vascos); todo depende del significado que atribuya al hecho el jefe del servicio de contraespionaje francés. Yo no controlo el detonador. Una imagen de la infancia: estás en una pista de tenis, empuñas una raqueta, como música de fondo suena el disco *Rumours* de Fleetwood Mac, acaba de empezar el verano y tu madre aún vive, pero de alguna manera sabes que la tragedia es inminente.

Quince minutos después de apearme del tren, justo pasadas las 6 de la tarde, en el cruce del Boulevard du Montparnasse y el Boulevard Saint-Michel, frente al Cloiserie de Lilas, la bomba mata a diez personas en el acto. Otras siete mueren en el transcurso de los tres días siguientes, todas a causa de quemaduras graves. Ciento treinta han de ser hospitalizadas debido a heridas de diversa consideración, veintiocho de ellas de pronóstico reservado. Posteriormente rodarán una escena en la que Bobby expresa su indignación de que la bomba no estallara bajo tierra, donde la repercusión habría sido «mucho mayor», en lugar de hacerlo en Pont Royal, que está parcialmente al aire libre. Bobby recalca que la bomba debía explotar en la estación de Saint-Michel-Notre Dame, junto al Sena, en el preciso instante en que las puertas se abrían sobre la plataforma situada frente a la catedral.

En lugar de ello: la deflagración.

Un plano de las ventanillas del tren implosionando debido a la fuerza de la detonación.

Un plano de las puertas derrumbándose.

Un plano del tren precipitándose hacia adelante, envuelto en llamas.

Un plano de la multitud huyendo despavorida.

Varios planos de gente que vuela por los aires hecha pedazos, extras y especialistas que salen despedidos del vagón de acero y aterrizan sobre la vía.

Planos de restos humanos —piernas, brazos y manos, en su mayoría reales— deslizándose sobre la plataforma. Planos de víctimas mutiladas que yacen amontonadas. Planos de gente sin rostro. Planos de asientos fundidos y destrozados. Supervivientes que se incorporan entre la espesa humareda negra, tosen, prorrumpen en llanto, se asfixian en medio del pestazo a pólvora. Un plano del tipo igualito a Christian Bale agarrando un extintor y abriéndose paso a través de la aterrorizada multitud para alcanzar el vagón calcinado del metro. Música de fondo: la canción «Je T’Aime» de Serge Gainsbourg.

Un montaje: centenares de policías se presentan en el lugar del atentado junto al puente que atraviesa el Sena y conduce a Notre Dame. Victor pasa a pie frente a la tienda de Gap y un tipo vestido con una amplia camisa de Tommy Hilfiger lo adelanta patinando. Victor tomando una copa en la brasserie de la Rue Saint-Antoine, jugando con sus Ray-Ban. El primer ministro francés llega al lugar del atentado en un helicóptero, mientras Tammy y el hijo del primer ministro francés —filmados por la segunda unidad— pasan el día en Les Halles tras recibir una llamada que los aleja del Louvre (una llamada realizada por Bruce desde una cabina telefónica en la Rue de Bassano, cerca del Arco de Triunfo). Ambos llevan gafas de sol. Tammy parece feliz y contenta, y consigue hacer sonreír al hijo del primer ministro francés pese al mono que sufre el muchacho tras haber pasado tanto tiempo dándole a la coca que incluso llegó a vomitar sangre. Ella le ofrece un diente de león. Él sopla sobre la flor y el esfuerzo le provoca un ataque de tos.

Luego: unos planos de los controles de seguridad en las carreteras, en las fronteras, en varios grandes almacenes. Planos del tren siniestrado siendo arrastrado hasta un laboratorio policial. Un montaje de controles policiales en los barrios musulmanes. Un Corán —un objeto de atrezzo que ha dejado el equipo de rodaje francés—, junto con unos disquetes que revelan unos planes de asesinar a varios importantes funcionarios franceses, es hallado en un contenedor de basura cerca de una urbanización en Lyon y, debido a una pista que Bobby ha dejado, un actor que encarna a un joven fugitivo argelino es abatido a tiros frente a una mezquita.

Vestido con un traje de Armani forrado con Kevlar, conduzco a Jamie a través de las vallas metálicas que la policía ha colocado frente al Ritz debido a que esta semana se hospeda en el hotel una delegación diplomática japonesa. Pese a mi invitación y la participación de Jamie en el pase, nos obligan a mostrarles los pasaportes «por precaución», para que puedan comprobar nuestros nombres en unas listas que chequean en tres puntos de control antes de que consigamos llegar al backstage. Jamie pasa sin mayores problemas por los detectores de metal, lo cual demuestra la ineficacia de estos aparatos como método de protección.

En el backstage hace un frío polar; todo está lleno de cámaras de vídeo y de preparadores físicos franceses que aspiran el humo de unos porros bastante mal liados; veo a un adolescente con pinta de gamberro que trabajó en *Poltergeist V: La Pierna de pie*, discutiendo junto a una mesa repleta de botellas de champán. Oigo — aunque no presto atención— a Jamie y a Linda Evangelista charlando sobre el hecho de que no las llamaran para participar en el último bombazo, sobre el amanecer en Asia, sobre Rupert Murdoch. Ofrezco una sonrisa un tanto forzada cuando Linda me da un golpecito en el hombro y dice: «Anda, Victor, ánimo, hombre». Apuro otra copa de champán, me concentro en las modelos que trajinan a nuestro alrededor, percibo de nuevo un olor a mierda, me siento molesto porque el brazo y un lado del cuello se me han dormido.

Han instalado una pasarela sobre la piscina de la planta baja para el pase de modelos de un célebre diseñador japonés que acaba de abandonar una clínica de rehabilitación para toxicómanos. El pase se abre con un vídeo del viaje a Groenlandia que hizo el amiguito del diseñador, mientras una voz de fondo comenta su comunión con la naturaleza. Al cabo de unos momentos el silbido de los gélidos vientos que suena a nuestras espaldas da paso a Yo La Tengo y cuando se encienden unas luces muy blancas, las modelos, encabezadas por Jamie, comienzan a desfilarse por la pasarela hacia una gigantesca pantalla gris. Yo observo a Jamie en un pequeño monitor en el backstage junto con Frédéric Sanchez y Fred Bladou, los productores de la música para el pase. Sigo el ritmo con el pie para transmitirles mi aprobación, pero ellos no reparan en ese detalle.

Más tarde, en la fiesta, poso para los paparazzi —tal como me han indicado— con Johnny Depp, con Elle Macpherson, con Desmond Richardson y con Michelle Montagne; luego poso entre Stella Tennant y Ellen von Unwerth, con una expresión idiotizada a más no poder. Concedo una breve entrevista a la MTV de Taipei, pero el pestazo a mierda hace que me lloren los ojos y me alejo de los paparazzi para tomarme otra copa de champán. Cuando recobro la visión normal y consigo respirar con calma por la boca, distingo al actor que encarna al hijo del primer ministro

francés.

Enciende un puro con una cerilla muy larga al tiempo que ahuyenta una mosca y conversa con Lyle Lovett y Meg Ryan. Sin apenas darme cuenta, me acerco a él; de pronto me doy cuenta de que estoy hecho polvo. Con un rápido ademán, alargo el brazo y le toco en el hombro; aunque luego retiro la mano de inmediato.

Él se vuelve, a mitad de un chiste que está contando, y al verme sonrío:

—¿Qué quieres? —pregunta.

—Tengo que hablar contigo —respondo, tratando de sonreír.

—No lo creo. —El actor se vuelve y empieza a gesticular.

—Que sí, hombre —insisto, tocándole de nuevo en el hombro—. De verdad: es muy importante que hablemos.

—Lárgate —contesta el actor, impacientándose. Al darse cuenta de que Lyle y Meg se han puesto a charlar, suelta una palabrota en francés.

—Creo que corres peligro —susurro—. Si sigues saliendo con Tammy Devol acabarás mal, ya verás. Creo que corres un gran peligro...

—Lo que yo creo es que eres imbécil perdido —contesta el otro—. Y también creo que si no te largas enseguida el que correrá peligro vas a ser tú.

—Por favor... —insisto, tocándole de nuevo en el hombro.

—¡Tío, ya vale! —exclama el actor, encarándose conmigo.

—Aléjate de ellos...

—¿Qué? ¿Te envía Bruce? —inquire el actor con tono despectivo—. ¡Qué patético! Dile a Bruce Rhinebeck de mi parte que se comporte como un hombre y me diga lo que tenga que decirme a la cara.

—No se trata de Bruce —respondo, inclinándome hacia él—. Son todos...

—¿Te vas a largar de una vez, coño?

—Sólo trato de ayudarte...

—¿Es que no me has oído? —me espeta el actor—. ¿Hay alguien ahí? —agrega dándome unos golpecitos en la sien con el dedo con tal fuerza que parpadeo y tengo que apoyarme en una columna para no caerme.

—Vete ya, joder —concluye el actor—. ¡Que me dejes en paz!

En éstas Jamie me agarra del brazo y arrastra a otra parte.

—Eso ha sido una estupidez, Victor —me susurra al oído.

—Au revoir, colega —dice el actor, imitando el socorrido acento de un joven americano.

—Eso ha sido una estupidez —susurra Jamie de nuevo, repitiendo la frasecita de marras mientras me conduce a través de la multitud, deteniéndose cuatro, once veces para posar ante las cámaras.

Al salir del Ritz veo al doble de Christian Bale de pie junto a la base de la columna cubierta de verdín en la Place Vendôme, pero me abstengo de comentárselo

a Jamie mientras echamos a andar junto a la verja de hierro que conduce a la Cour Vendôme. Un policía le dice algo a Jamie y ella asiente. Doblamos hacia el extremo sur de la plaza Jamie, incapaz de hallar nuestro coche, suelta unos cuantos tacos. Yo voy tras ella; los ojos siguen llorándome y trago saliva constantemente para aliviar la opresión que siento en el pecho. El doble de Christian Bale ha desaparecido. Finalmente Jamie asoma la cabeza por la ventanilla del BMW negro que nos condujo hasta aquí y dirige un par de palabras al chófer.

Bobby se ha marchado esta mañana con su tarjeta de embarque para el puente aéreo París-Londres de la British Airways. Nuestras instrucciones: llegar al Ritz, asistir al pase de modelos, envenenar el agua de la piscina con unas cápsulas de LiDVI96#, dejar que los paparazzi nos fotografíen, pedir unas copas en el bar del Ritz, esperar veinte minutos, marcharnos tan ricamente. Los rumores de que Jamie Fields sale con Victor Ward mientras Bobby Hughes está ausente podrían ser —según las notas de Bobby— «un excelente sistema para distraer la atención de la gente».

Un montaje de Jamie y Victor caminando por el Quai de la Tournelle: empiezan junto a las torres de Notre Dame y luego contemplan las barcas que navegan por el Sena. Jamie procura tranquilizarme cuando me pongo histérico y empiezo a arañarme la cara respirando con dificultad, sin dejar de gemir, «¡me muero! ¡me muero!». Me conduce hacia un área separada por un muro junto al Boulevard Saint-Michel. Terminamos rodando de nuevo mi crisis histérica cerca del Quai de Montebello, donde me suministran más Xanax. Luego un taxi nos conduce al Boulevard Saint-Germain y Jamie y yo nos sentamos a una mesa en la terraza de Les Deux Magots, donde confieso:

—Es que llevo unos calcetines muy incómodos que me compré en Gap.

Tras lo cual me sueño y me pongo a reír como un histérico.

—Cálmate —dice Jamie mientras me pasa otro kleenex.

—¿Es que no me quieres? —pregunto.

—Sí, claro; aunque sospecho que le diste al taxista una propina de cien dólares, te quiero —me contesta.

—No me extraña que soltara un silbido de asombro —comento.

Al llegar a la habitación que siempre compartimos en el Hôtel Costes compruebo que han abierto la cama y han esparcido un poco de confeti sobre la colcha. Deposito la Walther automática del calibre 25 en la mesilla de noche, y mientras follamos, Jamie se coloca de forma que yo pueda contemplar las imágenes de los vídeos que aparecen en el televisor, hacia el cual me obliga a volver la cara continuamente, porque a pesar de tener los ojos cerrados Jamie asegura que siente mi anhelo, la necesidad que irradian mis ojos, lo insoportable que es todo. Es posible que Jamie haya experimentado un chispazo, que haya llorado un poco. Es posible que yo haya dicho: «Te quiero».

Más tarde, repantigado en un sillón frente a la cama, fumando un cigarrillo, le pregunto:

—¿Qué te decía Bertrand?

—¿Dónde? —pregunta ella sin vacilar—. ¿Quién?

—La otra noche, en el Natacha —respondo, exhalando el humo del cigarrillo—. Bertrand, te dijo algo y tú le apartaste de un empujón.

—¿Ah, sí? —contesta Jamie, encendiendo un cigarrillo con expresión lánguida—. Nada. Olvídalo.

—¿No lo recuerdas de Camden?

—Creo que sí —responde Jamie, midiendo bien sus palabras—. ¿En Camden?

—Era el compañero de cuarto de Sean Bateman...

—Joder, tío, por el amor de Dios —me interrumpe Jamie; su aliento forma unas nubecitas de vapor—. Sí. Bertrand estudió en Camden. Sí. Nos vimos en el Natacha. Vale.

Apago el cigarrillo y me trago otro Xanax con una copa de champán.

—¿Está implicado Bertrand? —pregunto.

—¿Está implicado Bertrand? —repite Jamie articulando despacio las palabras, revolcándose en el lecho y dando patadas a las sábanas con sus largas piernas morenas.

—¿Está implicado Bertrand en el proyecto «Band on the Run»? —pregunto.

—No —contesta Jamie tajante—. Ese juego es el de Bobby.

—Jamie, yo...

—¿Por qué fuiste a Londres, Victor? —pregunta ella, evitando mi mirada—. ¿Qué hacías allí? —Luego, tras una larga pausa, cierra los ojos y añade—: Por lo que más quieras, dímelo.

Respiro hondo.

—Me enviaron para que te localizara —sin vacilar.

Una larga pausa, durante la cual Jamie deja de propinar patadas a las sábanas.

—¿Quién, Victor?

—No sé, un tipo. Me dijo que tus padres andaban buscándote.

Jamie se incorpora, cubriéndose los pechos con una toalla.

—¿Qué has dicho? —pregunta mientras apaga el cigarrillo con mano temblorosa.

—Un hombre llamado Palakon me ofreció dinero para que viniera a locali...

—¿Por qué? —inquire Jamie, alerta, mirándome por primera vez desde que entramos en la habitación del hotel.

—Para que te llevara de regreso a Estados Unidos —respondo suspirando.

—¿Eso...? —Jamie se detiene, como si dudara—. ¿Eso figuraba en el guión? ¿Ese tal Palakon figuraba en el guión?

—La verdad, no lo sé seguro —contesto—. Hace tiempo que no tengo noticias de

él.

—¿Ese tipo... te dijo que mis padres andaban buscándome? —pregunta Jamie, asustada—. ¿Mis padres? Eso es absurdo, Victor. ¡Dios, Victor!

—Me ofreció dinero para que te encontrara —suspiro.

—¿Para que me encontraras? —inquire Jamie, abrazándose—. ¿Por qué lo hiciste? ¿De qué estás hablando?

—Tenía que marcharme, tenía que...

—¿Qué pasó, Victor?

—Vine en el *Queen Elizabeth II*. Ese hombre me ofreció dinero para que viniera a Europa en busca de una chica que había sido compañera mía en el instituto. No tenía previsto ir a Londres. Conocí a una chica en el barco y decidí ir a París con ella. — Me detengo porque no sé muy bien adónde me conduce esto.

—¿Y qué ocurrió? —pregunta Jamie—. ¿Por qué no fuiste a París con ella?

—Porque... desapareció.

De golpe se lo cuento todo atropelladamente: la desaparición de Marina, nuestras escenas juntos, las fotos que hallé en el bolso de Prada de un chico clavado a mí, en el concierto de Wallflowers, en el Sky Bar, en la sesión de fotos de Brigitte Lancome, los dientes incrustados en la pared del baño, el rastro de sangre detrás del váter, la ausencia del nombre de ella en la lista de pasajeros, las fotografías retocadas de la cena con los Wallace.

Jamie aparta el rostro.

—Dime la fecha.

—¿La fecha de qué?

Jamie me lo aclara. La noche en que había niebla y conocí a Marina. La noche en que regresamos a mi camarote. La noche en que pillé un ciego épico. La noche que vi a una figura registrando los cajones de mi habitación y perdí el conocimiento. Yo le digo la fecha.

—¿Cómo se llamaba la chica, Victor?

—¿Qué? —De golpe me siento perdido, muy lejos de Jamie.

—¿Cómo se llamaba? —pregunta de nuevo.

—Marina. —Suspiro—. ¿Qué más da?

—¿Se llamaba...? —Jamie se detiene unos instantes, como si se sintiera confusa; luego inspira y concluye la frase—. ¿Marina Cannon?

El pensar en ello, el oír a otra persona pronunciar su nombre, contribuye a aclararme las ideas.

—No, no era Cannon.

—¿Cómo se llamaba? —insiste Jamie, transmitiéndome ciertas vibraciones de temor.

—Marina Gibson —respondo, y me doy cuenta de que logro articular las palabras

con nitidez.

En éstas Jamie alarga una mano y vuelve la cabeza, un gesto que no hemos ensayado. Me acerco a ella con paso vacilante y tomo su rostro suavemente en mis manos, pero la intensidad de su expresión me hace retroceder, impresionado. Jamie se levanta de la cama, corre hacia el baño y cierra de un portazo. Al cabo de unos instantes me llegan unos gemidos, como si alguien sofocara sus gritos con una toalla. Las dimensiones de la cama me permiten tumbarme cómodamente de espaldas y contemplar el techo mientras las luces de un vídeo de Bush se proyectan sobre mi rostro en la penumbra. Subo el volumen para no oír los sonidos que proceden del baño.

30

Tammy y yo no sentamos en un banco frente al Louvre, junto a la pirámide de cristal que se alza en el centro de la entrada por la que en estos momentos desfilan unos estudiantes japoneses. En alguna parte suena una música; ambos llevamos gafas de sol y Tammy se ha puesto un modelo de Isaac Mizrahi y yo un traje negro de Prada; mientras esperamos al director encendemos unos cigarrillos y charlamos en voz baja sobre un restaurante muy de moda, un lugar donde nos tomamos unos margaritas Midori. Yo sigo ingiriendo Xanax a mansalva y Tammy tiene resaca debido a la heroína que se metió anoche. Lleva el pelo teñido de rubio. Cuando uno de los técnicos del equipo me hace una pregunta mientras nos bebemos unos capuchinos calentitos que nos han servido, respondo: «No opino». Luego, para animar a Tammy, le cuento lo que me pasó la última vez que me dio por la heroína y le explico que a la mañana siguiente no podía ni abrir los ojos y que cuando me bebí una Coca-Cola la vomité en cuestión de segundos, tan pronto la devolví que aún hacía burbujitas en el agua del váter. Tammy trata de memorizar el estúpido diálogo sobre nuestra «relación». Hemos rodado la escena cuatro veces esta mañana, pero Tammy está distraída, se olvida de lo que tiene que decir y da un tono lacrimógeno a unas frases inocuas porque no deja de preocuparse por el hijo del primer ministro francés en lugar de pensar en Bruce Rhinebeck, que es de quien estamos hablando en esta escena. Para colmo, la película está rodada por un equipo internacional cuyos miembros hablan diversos idiomas, por lo que las reuniones con la producción

requieren unos intérpretes, y el director se queja de que el rodaje es precipitado, que el guión necesita un repaso. Han contratado a un profesor de arte dramático, hablamos sobre motivación, practicamos ejercicios mnemotécnicos y ejercicios de respiración. Me fijo vagamente en que las fuentes que rodean la pirámide no funcionan.

El director se arrodilla junto a nosotros. Hace frío y su aliento forma unas nubecitas de vaho.

—Debéis representar esta escena con mucha ternura —nos explica bajándose las gafas de sol—. Los dos apreciáis a Bruce. No queréis herir sus sentimientos. Bruce es tu novio, Tammy. Bruce es tu mejor amigo, Victor. —Tras una pausa el director continúa con tono solemne—: Pero vuestro amor, la pasión que os consume, es superior a todo. No podéis seguir ocultando la verdad a Bruce. Quiero sentir en vosotros esa desesperación, ¿entendido?

Tammy asiente en silencio, apretando los puños.

—Trataré de darte lo que me pides —digo al director.

—Lo sé —contesta éste.

El director se retira y conversa durante unos momentos con Felix el cámara. Yo me vuelvo hacia Tammy y alguien grita: «¡Acción!».

Yo tengo que sonreír y acariciar la mano de Tammy. Ella tiene que mirarme y devolverme la sonrisa, cosa que consigue no sin cierta dificultad.

—Hace frío —observa ella, tiritando.

—Si —respondo—. Ven, abrígate.

—Sí —dice ella distraídamente—. Lamento lo de anoche.

—¿Dónde está Bruce? —pregunto—. ¿Qué está pasando?

—No me atormentes, Victor —suspira Tammy—. Se ha ido a Atenas. No quiero que se interponga entre nosotros. Cuando vuelva se lo contaré todo, absolutamente todo; te lo prometo.

—Da igual, porque ya lo sospecha —respondo yo.

—*If I could only turn back time*^[60] —dice Tammy, pero le falta un toque de nostalgia.

—*Can I believe the magic in your sighs?*^[61] —respondo, inclinándome hacia ella para besarla.

—Sabes que sí. —Tammy pronuncia esa frase con excesiva indiferencia.

—¡Corten! —grita el director. Luego se acerca a nosotros y se arrodilla junto a Tammy—. ¿Te encuentras bien, nena?

Tammy, incapaz siquiera de asentir, se rasca un punto de la espalda que no logra alcanzar.

—Verás, nena, en esta escena lo principal es la sutileza —le explica el director, bajándose las gafas.

Tammy se sorbe los mocos y responde: «Sí, ya lo sé», pero no, qué va a saber

ella. En éstas le dan unos temblores tan violentos que tenemos que suspender el rodaje de la escena. El director la agarra del brazo y se la lleva casi a rastras a pesar de las protestas de Tammy, que trata inútilmente de soltarse. Helado de frío, enciendo un cigarrillo y contemplo el Sena. El pestazo a mierda lo invade todo. A mis espaldas se alza el Louvre, un edificio inmenso y aburrido. De pronto imagino que ante mí pasa un Saab con un perrito faldero en el asiento del acompañante. Se me ha dormido el pie.

Tammy se vuelve varias veces para mirarme, a fin de comprobar si estoy al tanto de la hora. Yo consulto el reloj que me entregó anoche un miembro del equipo de rodaje francés.

Sus números digitales indican: 9.57

Un miembro del equipo de rodaje inglés pasa frente a mí deslizándose sobre unos patines en línea, disminuye la velocidad para que repare en él, me saluda con un gesto de la cabeza y sigue su camino.

Me levanto, lanzo la colilla al suelo, me acerco a la silla del director y recojo una mochila negra de Prada que hay debajo de la misma.

—Tengo que ir al lavabo —informo a un ayudante de producción.

—Vale —responde éste encogiéndose de hombros, sin dejar de examinarse un tatuaje consistente en un pentagrama que tiene en el bíceps—. Y a mí qué.

Tomo la bolsa y aguardo a la entrada del museo hasta que el reloj señala las diez en punto.

Siguiendo las órdenes que me han dado, me coloco los auriculares del Walkman y ajusto el volumen mientras sujeto el aparato a una pinza que llevo en el cinturón.

Oprimo el botón Play.

A través de los auriculares empiezan a sonar los primeros compases del *Bolero* de Ravel.

Me monto en una escalera automática.

Debo depositar la mochila negra de Prada junto a uno de los tres teléfonos públicos del tiovivo situado al pie de la escalera automática de la Allée de Rivoli.

Desde los primeros compases del *Bolero* hasta su apoteósico final transcurren 12 minutos y 38 segundos.

10.01: La bomba es activada oficialmente.

Abro un mapa que me indica adónde debo dirigirme.

Al pie de la escalera automática aguardan seis miembros del equipo francés, incluido su director; todos ellos van vestidos de negro y asumen un aire grave.

El director asiente con la cabeza desde detrás del operador de la Steadicam. El director quiere rodar esta secuencia de un tirón. Me indica que me quite las gafas de sol que olvidé quitarme mientras bajaba por la escalera automática.

Echo a andar lentamente por el salón Napoleón. Mientras escucho el *Bolero*, que

va adquiriendo vehemencia, me afano en no caminar erráticamente y mantener un ritmo regular, contando los pasos que doy, con la vista clavada en el suelo, al tiempo que formulo un deseo.

10.04: Veo los teléfonos.

10.05: Deposito la mochila de Prada a mis pies y simulo que hago una llamada por teléfono que acepta tarjetas de crédito.

10.06: Miro mi reloj.

Me alejo de los teléfonos, seguido por el equipo de rodaje.

Me han indicado que me detenga y compre una Coca-Cola en un puesto callejero. Hago lo que me ordenan y bebo un sorbo antes de tirar la lata a un contenedor de basuras.

Acto seguido regreso al salón, seguido por el equipo de rodaje; el operador de la Steadicam echa a andar frente a mí.

10.08: El *Bolero* se hace más insistente, más frenético.

Pero de pronto el equipo disminuye la marcha lo cual me obliga a hacer otro tanto.

Al alzar la cabeza observo la expresión atónita de sus rostros.

El cámara se detiene y aparta la cara del visor.

Alguien me da un golpecito en el hombro.

Me quito los auriculares y me vuelvo rápidamente, atemorizado.

Es una ayudante de producción del equipo de rodaje norteamericano, una tía que se parece a Heather Graham. Su rostro refleja una curiosa mezcla de preocupación y alivio. Jadea un poco, como si hubiera realizado un esfuerzo, y luego sonrío tímidamente.

—Te has dejado esto en la cabina —dice.

Yo me quedo mirando la mochila de Prada que sostiene en la mano.

—¿Victor? —pregunta la joven—. Toma.

—¿Ah... sí? —contesto, tomando la mochila.

La entrego de inmediato a un ayudante de producción del equipo de rodaje francés. Temblando, el ayudante de producción agarra la mochila y se la pasa al director.

El director contempla la mochila de Prada y se la devuelve de inmediato a la ayudante de producción, que tuerce el gesto.

—¿Quiénes son estas personas? —pregunta la joven, sonriendo, como si estuviera esperando que yo la presente.

—¿Qué? —pregunto distraído.

—¿Pero qué pasa? —pregunta la chica con insistencia, sin dejar de sonreír.

El director chasquea los dedos y alguien le trae de inmediato un móvil. Lo abre, marca un número, se vuelve y murmura algo en francés.

—¿Quiénes son? —pregunto como un idiota—. ¿A qué te refieres?

10.09.

—A esa gente —contesta la chica. Luego se inclina hacia mí y susurra—: Esos que están detrás de ti.

—Ah, ¿ésos? —contesto volviéndome—. Me siguen por todas partes, pero no sé quiénes son.

El ayudante de producción me mira con ojos muy abiertos; su respiración es audible.

El *Bolero* de Ravel sigue adquiriendo ímpetu.

Se me ocurre un número infinito de posibilidades.

Apenas me atrevo a respirar.

—Anda, Victor, creo que deberíamos marcharnos —murmura la chica tocándome en el brazo con una mano muy pequeña para una joven de su edad.

Miro al director, quien asiente con un gesto.

Mientras subimos por la escalera automática, me vuelvo.

El equipo de rodaje francés se ha esfumado.

—¿Por qué se han quedado con tu mochila, Victor? —pregunta la chica—. ¿Es que los conoces?

—Oye, tía, tú tranquila, ¿eh? —respondo cansado—. Estáte calladita.

—¿Pero por qué se han quedado con tu mochila? —insiste ella.

El *Bolero* de Ravel termina.

La cinta del Walkman se detiene automáticamente.

Yo no me molesto en consultar mi reloj.

Tammy, que me espera junto a la pirámide, me mira perpleja y consulta su reloj. Parece haberse recobrado.

—Me he perdido —digo, encogiéndome de hombros.

A lo lejos, desde donde me hallo repantigado en una silla, veo a la ayudante de producción que se parece a Heather Graham conversando con el director y con Felix, quienes me miran fijamente: sospecha, murmullos, cierto aire de preocupación. Todo está cubierto de confeti; unos pedacitos caen sobre nosotros desde lo alto, pero yo apenas reparo en ello. Igual podría estar tumbado sobre una toalla en la playa de Malibú. Igual podría ser el año 78 o el 83. Igual podrían estar atacándonos los extraterrestres. Igual yo podría ser una chica que se siente sola y cubre la lámpara de su dormitorio con un chal. Durante toda la semana he tenido unos sueños que consistían en unas imágenes de un helicóptero en el momento de despegar por encima de un gigantesco espacio metálico mientras las palabras «más allá» flotan en letras blancas y doradas. Alguien del equipo me entrega una pandereta.

Esta noche todo el mundo está presente en la suite Windsor del Ritz, situada en el primer piso. Entre los asistentes: Kristen McMenemy, Sting y Trudie Styler, Kate Moss, Jennifer Saunders, Brian Ferry, Tina Turner, Donatella Versace, Jon Bon Jovi, Susie Bick, Nadja Auermann con un traje de cóctel estilo burbuja adornado con encaje, Marie-Sophie Wilson con un vestido rosa inca, un puñado de nuevos ricos rusos, un famoso productor recién salido de la cárcel o de una clínica de rehabilitación, a saber. Por la sala se pasea un pequinés que trata desesperadamente de evitar que le pisen. No tengo ni pajolera idea de qué va todo este montaje, quizá lo hayan organizado para lanzar el nuevo perfume Pandemonium. Me siento como descoyuntado, al borde de un ataque, tengo la boca reseca por culpa de tanto Xanax. Hemos pasado el día en un yate, mirándonos unos a otros y asintiendo casi por inercia. Oribe se presentó de improviso y nos peinó a todos. Alguien que está de pie en un rincón se desvanece, según observo distraídamente mientras enciendo un cigarrillo. Por los altavoces suena la típica música disco.

Jamie luce —obligada por Bobby— la crinolina de seda con estampado de leopardo amarillo canario, y en estos momentos charla con Shalom Harlow y Cecilia Chancellor; las tres no paran de reír con expresión cansina. Cecilia, vestida con un jersey de cuello vuelto negro y un pantalón ceñido que le deja el ombligo al descubierto, se ha quedado un poco sorda porque su novio se ha pasado el día siguiéndola y encendiendo petardos.

Cuando Jamie me mira lo hace con una expresión que me recuerda: estás más solo que la una.

Un rubiales situado detrás de mí, con el pelo a lo rasta y un piercing en la barbilla, pide una cerveza.

Bertrand Ripley se acerca a Jamie, besa a Shalom, abraza a Cecilia por la cintura y de vez en cuando me dirige una mirada asesina.

Yo estoy obsesionado por la mosca que no cesa de revolotear sobre un gigantesco bol de plata lleno de beluga, por el leve olor a mierda que flota en la habitación. —«¿Pero vosotros no lo oléis?», pregunto. «Oh, sí», responden todos con expresión de complicidad—, por el tipo que se pasea vestido con una bata blanca de laboratorio, por los planos de cohetes y los expedientes clasificados información secreta que vi sobre la mesa en un dormitorio de la casa situada en el octavo o decimosexto *arrondissement* y por la chica que está junto a mí, sosteniendo una sombrilla y repitiendo en tono plañidero:

—Qué démodé. Todo está archivado.

—Sí, es bastante patético —observo, tiritando.

—Qué cruel eres —replica ella haciendo girar la sombrilla. Luego se aleja

danzando y me deja allí tirado, como un náufrago. Llevo tanto rato de pie que se me ha dormido la pierna.

Un Edgar Cameron más delgado —un tipo al que conocí brevemente en Nueva York y al que no veía desde Navidad y cuya novia, Julia, es una cretina relativamente elegante a la que me tiré después de haberme enrollado con Chloe— me ha saludado varias veces con la cabeza desde que llegó a la fiesta y como me he quedado solo, sosteniendo una copa de champán, procurando no dar la impresión de estar deprimido, me he convertido en un excelente candidato para una visita. Julia me dijo en cierta ocasión que Edgar tiene un gato sin pelo y bebe tanto que un día se comió una ardilla que se encontró en un callejón junto a Mercer Street «por una apuesta». Yo besaba a Julia como si la amara sinceramente, como si no pensara abandonarla nunca.

—Te debo dinero, Victor —dice Edgar en tono de disculpa—. Lo sé, te juro que ya lo sé. Te debo... ¿cuánto? Pongamos doscientos para redondear la cifra. —Edgar se detiene con expresión preocupada—. ¿Aceptas francos?

—No me debes nada, Edgar —contesto suavemente, mientras observo a Jamie que posa para un fotógrafo.

—Te lo agradezco, Victor. Yo habría pagado mi consumición en el Balthazar pero...

—¿Se puede saber de qué me estás hablando? —le interrumpo con un suspiro.

—Sí, hombre. ¿No te acuerdas de lo de la semana pasada? —responde Edgar, al tiempo que saluda vagamente a alguien con la mano—. En el Balthazar. En Nueva York. Cuando pagaste la cuenta con la tarjeta de crédito.

Pausa.

—Yo no estuve en el Balthazar la semana pasada, Edgar —aseguro, aunque no las tengo todas conmigo—. Llevo fuera de Nueva York desde... —Me detengo. Algo diminuto y duro comienza a cobrar forma.

Pero Edgar se echa a reír.

—Pues la verdad, la otra noche parecías bastante más animado. En fin, será que París te ha dejado por los suelos. Mira, ahí está Mouna Al-Rashid.

—Y que lo digas —murmuro—. ¿Cuándo cenamos tú y yo, Edgar?

—El martes pasado —responde Edgar. Se ha puesto serio, su sonrisa se ha disipado—. En el Balthazar. Éramos un montón de gente. Pagaste con la tarjeta de crédito. Todos te pagaron en metálico. —Pausa. Edgar me mira como si de pronto me hubiera quedado dormido—. Todos menos yo, claro. Te propuse ir a un cajero automático y pagarte...

—Yo no estaba ahí, Edgar —declaro en voz baja; los ojos me lagrimean—. No era yo.

—Pero si más tarde fuimos a bailar —insiste Edgar—. Lo estabas celebrando —

añade haciendo unos gestos para indicar que nos corrimos la gran juerga—. Toda la noche rodeados de modelos, una mesa en el Cheetah. Fue genial.

Me seco una lágrima que se desliza por la mejilla y fuerzo una ligera sonrisa.

—¡Joder, tío!

—Hombre, Victor, no... —dice Edgar tratando de reír sin conseguirlo—. Al día siguiente te llamé a tu apartamento. Dejé un mensaje. Quería invitarte a almorzar.

—No recuerdo nada de eso, Edgar. —Tengo un nudo en la garganta.

—Estabas muy animado —prosigue Edgar, como si tratara de convencerme—. Comentaste que querías volver al instituto, a Columbia o a la NYU. —Pausa—. No estabas borracho, Victor. De hecho, creo que no te tomaste ni una copa siquiera. —Otra pausa—. ¿Te encuentras... bien? —De nuevo una pausa—. ¿Llevas maría?

—¿Y tú, Edgar? ¿Te encuentras bien? —me defiendo—. Quizás eras tú el que estaba borracho, quizá...

—¿Te acuerdas de mi novia, Julia? Pues ella...

—No, no la recuerdo.

—Me contó que al día siguiente se encontró contigo en Gap —dice Edgar, arrugando el ceño—. El que está en la Quinta Avenida. ¿Recuerdas? —Pausa—. Me dijo que estabas comprando crema solar y que parecías bastante contento.

—Un momento ¿Quién más fue a esa cena en el Balthazar? —pregunto.

—Pues Julia, yo y... Oye, no te estarás quedando conmigo, ¿verdad, Victor?

—Contesta —insisto, enjugándome otra lágrima que se desliza por mi mejilla—. Por favor.

—Pues Julia y yo, Rande Gerber, Mira Sorvino, alguien de la productora de Demi Moore, Ronnie Newhouse, un tipo de Cardigans y, por supuesto, Damien y Lauren Hynde.

Entrego a Edgar la copa de champán que sostengo, procurando no derramar el líquido, y él la toma, perplejo.

—Estabas encantador, Victor —dice Edgar—. Te lo juro. No llores, hombre. Tú y Damien hicisteis las paces, el local va viento en popa y...

—Por lo que más quieras, Edgar. —Siento un subidón de adrenalina. Tras rebuscar en mi bolsillo encuentro dos pastillas de Xanax. Me las meto en la boca y levanto bien la cabeza. Tomo de nuevo la copa de champán de manos de Edgar y la apuro tan rápidamente que me provoca un ataque de tos.

—Tú y Damien comentasteis la posibilidad de abrir otro local. En TriBeCa, si no recuerdo mal —continúa Edgar.

—Edgar —respondo, inclinándome hacia él y respirando con dificultad—. Ése no era yo.

—Pues quienquiera que fuera. —Edgar titubea, se aparta un poco—. Estuvo muy amable y... Oye, tengo que irme. Nos vemos más tarde, Victor. —Edgar desaparece

en la vacuidad de la fiesta.

Tengo calor pese a que mi aliento forma unas nubecitas de vaho cada vez que respiro. Las palabras «más allá» —que se repiten constantemente en mis sueños— aparecen sobre la concurrencia, cerca del techo, como un letrero luminoso. Da la impresión de que todos los presentes llevan por lo menos diez horas aquí.

—Sería preferible que no ahuyentaras a la gente, ¿no crees, Victor?

Felix el cámara aparece de pronto luciendo una americana color chartreuse adornada con unas charreteras. Me guiña el ojo, como dándome pie para que pronuncie mi siguiente frase. Trato de recobrarme, pero nada, no lo consigo.

—Si tú lo dices...

El director, en quien yo no había reparado, manifiesta su presencia plantándose ante mi y mirándome con aire de reproche.

—Una noche estelar —observa.

—¿Qué? —pregunto, y enseguida añado—: Supongo que sí.

—¿Qué pasa? —inquire el director—. ¿Te preocupa algo, Victor?

—No. Me siento... no sé, como abrumado.

—Es lógico que un tipo de tu categoría asista a estos eventos, ¿no?

—Desde luego —asiento—. Es por eso que me siento abrumado.

—Victor... —empieza a decir el director.

—¿Sí?

—¿Con quién has hablado últimamente? —pregunta el director—. Aparte de las personas que viven en la casa, quiero decir.

—Con... nadie. —Me encojo de hombros—. Sólo... conmigo mismo.

—¿Qué ha pasado esta mañana en el Louvre? —pregunta Felix—. Dimity, la ayudante de producción, me ha comentado que un equipo de rodaje estaba siguiendo todos tus movimientos.

—Dimity no tiene ni puta idea de lo que dice —respondo cuando recobro la voz—. Aunque debo decir que... a su manera... no deja de ser... —Trago saliva—. Bueno, que es una persona encantadora.

—También nos gustaría saber qué le ocurrió al actor que hacía el papel de Sam Ho —suelta el director de sopetón—. ¿Tienes idea de dónde puede estar?

El nombre —Sam Ho— me suena vagamente.

Por un momento me siento transportado al gimnasio en el sótano de aquella casa en Londres: Jamie gritando como una posesa, Bobby cubierto con un pasamontañas, Bruce esgrimiendo un cuchillo, la sangre, los cables, las luces que parpadean, el maniquí eviscerado, la fiesta a la que asistimos la noche siguiente y la chica que me dejó plantado.

—No quiero hablar sobre... el pasado —atino a decir—. Concentrémonos en el pre-pre-presente.

Pausa.

—Bien... —empiezo a decir—. ¿Habéis hablado con... el chófer?

—Tampoco hemos podido localizarlo —contesta el director—. ¿Qué ocurrió aquella noche, Victor?

—¿Regresó Sam Ho contigo a la casa aquella noche, Victor? —pregunta Felix—. Esto es muy importante. Piénsalo con calma.

—No, no regresó conmigo —contesto ruborizado.

—Mientes —me espeta el director.

—Ese comentario me ofende.

—¡Joder! —replica el director.

—Victor —interviene Felix sin perder la calma, aunque en tono agresivo—. ¿Qué le ocurrió a Sam Ho aquella noche? Después de que tú y él os marcharais del Pylos.

—Él... empezó a insinuarse.

—¿Pero adónde fuisteis? —inquiere el director, avanzando un paso—. ¿Por qué no os quedasteis fuera del local? El equipo de rodaje estaba ahí. Dijeron que te vieron echar a correr hacia la limusina y que os largasteis a toda velocidad.

—¿Pero a qué viene todo esto? ¿Crees que voy a hacer... yo qué sé, una sorprendente declaración sobre dónde...? ¡Lo que hay que aguantar!

—¿Adónde os fuisteis Sam Ho y tú?

—No lo sé —contesto, derrotado—. Fuimos a... dar una vuelta. Fue idea de Sam. Me propuso ir... a otro local, si no recuerdo mal. —Entorno los párpados para dar la impresión de que me estoy devanando los sesos—. No lo recuerdo bien... Creo que Bobby me dijo que regresara con él a la casa pero...

Felix y el director se miran.

—Alto ahí —dice el director—. ¿Bobby te dijo que regresaras con él a la casa?

—Sí —contesto. Al fijarme en lo que está mirando Felix veo a Bobby al otro lado de la habitación.

Bobby, que parece de lo más relajado, le enciende el cigarrillo a Cameron Diaz. Cuando se vuelve hacia mí, se da cuenta de con quién estoy charlando, se pone pálido (aunque trata de disimularlo), y se disculpa con la gente que le acompaña, unas personas que no logro reconocer porque a estas alturas ya veo borroso.

—Pero eso no estaba en el guión —objeta Felix—. Eso no figuraba para nada en el guión.

—¿Por qué quería Bobby que regresaras con Sam Ho a la casa, Victor? —pregunta el director suavemente.

Yo me encojo de hombros porque no sé qué responder. Observo que en la manga de mi chaqueta negra hay un poco de confeti.

Bobby apoya una mano en ese brazo y esboza una amplia sonrisa dirigida a Felix y al director.

—Tengo que hablar con nuestro amigo —dice—. ¿Os importa que os prive de su presencia?

Más que una pregunta es una exigencia.

—Pues si. Estamos hablando con él.

—¿Interrumpo algo importante? —pregunta Bobby, que me sujeta con fuerza.

—No, nada, una charla intrascendente.

—Oye, que yo no soy el supervisor del guión, colega —replica Bobby—. Eso coméntaselo a otro.

Felix y el director se callan. Se diría que obedecen las vibraciones silenciosas que les transmite Bobby: soy bello, tengo un propósito en la vida, regresad a vuestros sueños. Pasamos junto a un grupo de extras. Bobby me echa el brazo alrededor del cuello y me da unos golpecitos en el hombro mientras me conduce hacia donde se encuentra Jamie, junto a la salida. Jamie se ríe de modo forzado de algo que acaba de decir alguien a quien ni siquiera conoce.

—¿Qué te parecería si todas las personas que están aquí murieran y este hotel se derrumbara? —me pregunta Bobby. Aunque sonrío, sé que está hablando en serio.

—Joder, tío —murmuro, hecho polvo.

—Anda, tómate esto —dice Bobby, metiéndome una pastilla en la boca y ofreciéndome su copa de champán mientras me acaricia el cogote—. Es como un arco iris.

En la ducha del baño que comparten Jamie y Bobby éste admira el fantástico bronceado que hemos adquirido hoy en el yate, la profunda blancura de la piel que cubría mi bañador, las marcas blancas del biquini de Jamie, la palidez casi iridiscente en la penumbra del baño. El agua del enorme teléfono cromado de la ducha cae como un torrente sobre nuestras pollas, que están erguidas a más no poder; Bobby juguetea con su pene, tieso y gordo, debajo del cual cuelgan las pelotas, y los músculos de sus hombros se contraen mientras se acaricia sin quitarme ojo. Ambos nos miramos a los ojos.

—Menuda polla, tío —dice Bobby con voz ronca.

Yo me la miro mientras sigo masturbándome, contemplando mis musculosas piernas...

En la ducha Bobby me deja que sobe a Jamie mientras él introduce la cabeza entre sus piernas. Jamie dobla las rodillas un par de veces, pero Bobby la sostiene con un brazo mientras oprime la cara sobre su coño; ella arquea la espalda, restregándose sobre Bobby, que mientras le lame el chocho me agarra la polla y comienza a enjabonármela. De pronto empieza a chupármela y se me pone tan dura que la noto palpar. Bobby se saca mi verga de la boca y la observa, apretujándola; luego desliza la lengua sobre el prepucio, la levanta por la punta y empieza a lamerla con unos movimientos rápidos y precisos alrededor del glande, mientras Jamie gime: «Oh, sí, hazlo», y se masturba en la penumbra del baño. Bobby se mete mi polla en la boca, hasta el fondo, y comienza a chuparla con avidez mientras permanece agachado, sin dejar de jugar con su pene. Observo la marcada curva de sus muslos mientras se instala cómodamente; luego ladeo la cabeza para que el chorro de agua caiga sobre mi pecho. Cuando bajo la vista compruebo que Bobby me observa fijamente, sonriendo; tiene el pelo pegado a la frente y el color rosa pálido de la lengua contrasta con el moreno de su rostro. Bobby me indica que me vuelva y enseguida me separa las nalgas me introduce la lengua; al cabo de unos momentos retira la lengua y empieza a follarme con el dedo, lo que hace que mi polla se mueva de forma espasmódica e incontrolable. Me arrodillo y empiezo a lamerle el chocho a Jamie, separándole los labios de la vulva con los dedos; mientras ella me agarra el pelo yo la apoyo contra la pared de la ducha. Bobby continúa arrodillado a mis espaldas, sin dejar de follarme con el dedo mientras con la otra mano me acaricia los abdominales, tensos y duros Yo sigo comiéndole el coño a Jamie, deslizando la lengua desde el clítoris hasta su ano; luego, tras colocar unas de sus piernas sobre mi hombro, le succiono el clítoris mientras le meto dos y luego tres dedos. A continuación le hincó la lengua en el culo varias veces mientras sigo toqueteándole el clítoris. Cuando me incorporo, Bobby me saca el dedo, y al mismo tiempo hago que Jamie se vuelva. Me

acucillo tras ella, le separo las nalgas, menudas y firmes, y empiezo a meterle y a sacarle la lengua en el culo; luego se la introduzco hasta el fondo y la mantengo allí mientras le froto el clítoris hasta que se corre...

Después de secarnos nos trasladamos al dormitorio de Jamie y Bobby. Nos detenemos junto al gigantesco lecho, desprovisto de sábanas. Todas las luces de la habitación están encendidas para que no nos perdamos detalle. Jamie empieza a chuparme la polla mientras Bobby se dirige hacia un cajón para sacar un frasco de loción; al agacharse sus nalgas se separan mostrando el agujero del culo. Cuando da media vuelta observo que tiene la polla tiesa. Entre tanto Jamie empieza a toquetearse el chocho, metiendo y sacando un dedo de la vagina y acariciándose el clítoris; luego me acerca ese dedo a la boca y yo lo chupo. Jamie vuelve a meterse el dedo en la vagina y me lo ofrece; yo lo chupo de nuevo y noto su sabor salado. Luego tomo su rostro y lo acerco al mío; mientras la beso deslizo mis manos hasta su culo, luego le acaricio la cintura y los pechos, deslizo las palmas sobre sus pequeños pezones hasta que se le ponen duros, mientras ella no cesa de temblar, de gemir. A continuación la tiendo sobre la cama, me arrodillo junto a ella y le olisqueo los dedos y aspiro profundamente el olor a sexo. Observo unas gotas de agua sobre su pubis mientras respiro levemente sobre ella; le acaricio los labios de la vulva con un dedo, un toque muy suave sin llegar a separárselos. Luego le meto un dedo en el chocho y jugueteo con el clítoris, que adquiere un tono más intenso. Jamie permanece tumbada boca arriba, con los ojos cerrados, mientras yo le lamo el clítoris; luego la levanto por las caderas y le separo los labios de la vulva hasta observar la carne rosada de su vagina.

Le beso las tetas, succionando con fuerza los pezones mientras le estrujo los pechos; luego me deslizo hacia abajo y le paso la lengua por la raja del culo; Jamie alza las piernas, y las separa para ofrecerme su clítoris hinchado, rojo; al principio apenas lo rozo, evitándolo deliberadamente, haciendo que Jamie se agite con movimientos frenéticos para buscar el contacto con mi lengua gimiendo; cuando empiezo a lamerla su clítoris se agranda y se pone más tieso. Le estrujo la parte posterior de las piernas y el interior de los muslos mientras sigo follándola con la lengua; luego le levanto de nuevo las caderas y comienzo a chuparle el culo. Bobby se inclina sobre nosotros para observar cómo meto y saco la lengua por el ano de Jamie mientras él me acaricia la polla.

—Estás empapada —murmuro, y sigo follándola con la lengua.

Luego le introduzco un dedo en la vagina y Jamie empieza a mover las caderas en sentido rotatorio mientras yo le succiono los labios y el clítoris, con lo cual vuelve a correrse.

De pronto Jamie se levanta y abraza a Bobby. Éste la toma por la barbilla con su manaza, obligándola a levantar la cara, y ambos se besan con pasión, entrelazando sus rosadas lenguas. Jamie agarra la polla de Bobby y la estruja. Bobby se tiende a mi

lado, con la cabeza junto a mis pies y la verga ante mis narices; Jamie se arrodilla junto al lecho y empieza a lamer la polla de Bobby sin dejar de mirarme a los ojos. Mientras Bobby me lame los pies, gimiendo de gusto, Jamie desliza su boca hacia arriba y luego hacia abajo, devorando la polla de Bobby hasta los huevos mientras éste levanta las caderas. Jamie se sube a la cama, se coloca sobre la polla de Bobby y luego se sienta lentamente sobre ella, mirándome fijamente mientras Bobby hunde de nuevo la picha en su coño; luego Jamie se retira un poco y se restrega sobre el glande hasta meterse de nuevo toda la polla en el chocho; tras unos instantes se detiene, dejando que su coño se adapte, y de pronto empieza a restregarse de nuevo sobre la polla de Bobby, primero con suavidad y luego con más ímpetu. Bobby gime de placer mientras la folla. De pronto todos los músculos del cuerpo de Jamie se contraen mientras ella trata de contener el orgasmo, pero pierde el control y grita: «Fóllame, fóllame». En el otro extremo de la habitación suena una señal electrónica, pero no prestamos atención...

Me arrodillo delante de Bobby y él me pide que le levante el pene y le huelga las pelotas. Me aparta un poco la cabeza y me introduce la polla en la boca hasta el fondo, haciendo que me atragante y empiece a boquear, pero Bobby me sujeta la cabeza hasta que los músculos de mi garganta se relajan; sigue metiendo y sacando el pene de mi boca; luego se retira un poco hasta que mis labios apenas rozan el glande, para enseguida meterme la polla hasta la garganta, hasta que mi labio superior queda sepultado en su pubis y la nariz aplastada contra su abdomen duro y musculoso, sintiendo sus pelotas contra mi barbilla. Al levantar la vista compruebo que tiene la cabeza echada hacia atrás; sólo veo la punta de su mentón destacando sobre los músculos tensos de su cuello. Deslizo una mano sobre sus músculos abdominales, desde el pecho hasta la base del estómago, mientras con la otra le acaricio el culo. Sigo chupándole el pene, deslizando mis labios sobre mi propia saliva y el líquido que rezuma su polla, succionándosela hasta la raíz con unos movimientos lentos y regulares, hundiendo la nariz en su sudoroso pubis, y Bobby comienza a meter y sacar su polla en mi boca más rápidamente...

Luego se tumba boca arriba y me arrastra con él para colocarme de forma que pueda chuparme la verga mientras yo hago lo mismo con la suya, moviendo la cabeza arriba y abajo mientras me succiona el pene con fuerza, llenándome de babas, moviendo las caderas en sentido rotatorio al ritmo que yo muevo las mías. Acto seguido Bobby se coloca boca abajo, apoyado sobre una rodilla; sus pelotas descansan debajo de la raja del culo. Jamie le separa las nalgas y yo, jadeando, me inclinó sobre él y le beso el culo y le meto la lengua en el ano. Bobby responde alzando las caderas hasta quedar a gatas. Empiezo a mover la lengua y siento que el ano se relaja y contrae suavemente. Jamie se coloca en la cabecera del lecho y se abre de piernas ante Bobby al tiempo que lo sujeta por la cabeza. Él trata de alcanzarle el

chocho pero no lo consigue porque Jamie está sentada. Entonces Bobby se inclina hacia atrás arrastrando a Jamie consigo hasta que ésta queda tendida de espaldas, con las piernas levantadas y separadas ante el rostro de Bobby, y él comienza a devorarle el chocho hasta que la obliga a volverse y a apoyarse sobre las manos y las rodillas, y entonces le chupa el coño por detrás al tiempo que gime de placer entre sus piernas. Yo unto el ano de Bobby con la loción que trajo a la cama...

En éstas Jamie se inclina sobre mí y empieza a chuparme la polla, cubriéndola de saliva. A continuación me pongo de rodillas y tras apartar a Jamie, introduzco los dedos de una mano en el ano de Bobby para dilatárselo mientras con la otra me unto la loción en el pene. Luego le introduzco suavemente la punta del glande en el culo, le sujeto por las caderas, y empiezo a follarlo con furia sintiendo cómo mi vientre choca con sus nalgas cada vez que le hundo la picha hasta el fondo, mientras Jamie me agarra, tirando de mí hacia atrás después de cada acometida. Al deslizar la mano hacia abajo compruebo que Bobby se está acariciando la polla, que está dura y tiesa debido a la intensa excitación. Yo le sujeto la mano y la muevo rítmicamente al tiempo que le follo por el culo, resollando con tal violencia que temo que el corazón me estalle en el pecho...

—Tranquilo, tranquilo —oigo murmurar a Bobby—. No te corras todavía.

Bobby me agarra el pene y me ayuda a introducirlo en el chocho de Jamie. Yo la penetro mientras le levanto las piernas sujetándola por los muslos, luego empiezo a chuparle las tetas mientras la sigo follando; su coño me succiona la polla mientras ella se agita respondiendo a mis movimientos y gime como una posesa. Yo embisto con más fuerza y emito unas exclamaciones de placer. Jamie tiene el rostro arrebolado y no cesa de gemir; de pronto me aparto y la obligo a tumbarse boca abajo, le dilato el culo con el pulgar y el índice de una mano y mientras la follo por delante con el índice de la otra Bobby me unta más loción en el pene. Sujeto a Jamie por las caderas mientras muevo las mías en sentido rotatorio e introduzco mi verga, tiesa y dura, en su recto; noto cómo se dilata, y sin esperar a que se relajen los músculos me pongo a follarla con violencia. Bobby se inclina sobre nosotros para observar mi polla que penetra y sale del ano de Jamie mientras contrae y relaja el esfínter; luego Bobby se coloca en la cabecera de la cama, desliza las caderas hacia adelante y separa las piernas para que Jamie le chupe el culo mientras él se masturba. Yo agarro las tetas de Jamie con una mano y se las estrujo, luego deslizo la mano sobre su vientre hasta encontrarle el clítoris y empiezo a frotarlo con dos dedos; luego la follo con un dedo mientras ella sigue devorándole el ano a Bobby, chupándole de vez en cuando la polla...

Jamie se pone en pie sobre la cama y se sitúa sobre Bobby a la altura de las caderas. Se inclina hacia adelante, agarra su polla con una mano y la introduce en su vagina; luego se tumba sobre él, aplastando las tetas sobre su pecho; Bobby las agarra

con ambas manos y le chupa los pezones. Yo estoy arrodillado entre las piernas de ellos dos; separo las nalgas de Jamie y paso un dedo alrededor de su ano, que está dilatado debido a la presión ejercida por la enorme polla de Bobby, que la ha penetrado por detrás. Me siento sobre los talones, observando cómo mi picha se mueve espasmódicamente, y al separarle aún más las nalgas Jamie levanta las caderas haciendo que el pene de Bobby se deslice hacia fuera hasta que sólo la punta del glande le roza los labios de la vulva. Yo la penetro sin mayores dificultades por detrás. Jamie se mete en el coño la verga de Bobby mientras yo la follo con suavidad por el culo. La polla de Bobby se eleva al tiempo que la mía se desliza hacia afuera; ambos sentimos cómo se contraen los músculos vaginales de Jamie durante su convulsivo orgasmo...

—Levántate —me ordena Bobby.

Mientras alzo las caderas él coloca una toalla debajo de mi trasero. Palpo los contornos de su pecho, le deslizo la mano por la raja del culo. Él me separa las piernas mientras se inclina sobre mí y me besa en la boca; tiene los labios húmedos e hinchados. Luego me introduce dos dedos en el ano y empieza a moverlos. Ambos estamos completamente empapados de sudor. Yo apoyo la cabeza en el regazo de Jamie mientras ella me murmura al oído y me acaricia la verga.

—Enséñame esa polla, Victor —dice Bobby—. Sigue acariciándola, así. Separa las piernas. Más arriba. Enséñame el culo.

Bobby me levanta las piernas y las separa, inspeccionando esa área.

—Qué agujero tan mono, qué rosadito. ¿Quieres que te dé por el culo?

Miro a Bobby, preparándome para el momento en que me penetre, pero él permanece impassible. No sé si me ha metido dos o tres dedos en el culo. De pronto empieza a mover la mano con gestos circulares para hincar los dedos hasta el fondo.

—Más suave —gimo.

Con la otra mano Bobby me estruja las tetillas hasta hacerme daño. Tengo la cabeza en el sobaco de Jamie y me esfuerzo en no correrme todavía.

—Espera —digo levantando la cabeza—. ¿Tienes un condón?

—¿Qué? —pregunta Bobby—. ¡Estás idiota, o qué!

—Vale —contesto, y me tumbo de nuevo.

—¿Quieres que te folle, o no? —pregunta Bobby.

—Sí, sí.

—¿Quieres que te meta toda la polla? —insiste Bobby, mientras me levanta las piernas y las apoya sobre sus hombros.

—Si, sí, fóllame.

Jamie observa mientras Bobby hunde su larga y gruesa polla en mi ano y empieza a bombear con furia, sacando el pene casi por completo y metiéndomelo de nuevo, una y otra vez, rozándome la próstata con la picha. Yo le miro y grito de gusto,

observando la forma en que sus abdominales se tensan con cada movimiento, al igual que los músculos de sus brazos, debido al esfuerzo.

Bobby frunce el ceño y su rostro —generalmente impasible— muestra una fugaz expresión de placer.

—Métesela toda, más fuerte —exclama Jamie.

Bobby me mete y saca la picha por el culo con furia; ambos gemimos de gusto a medida que aumenta la intensidad. De pronto suelto un grito y comienzo a moverme de forma espasmódica, incontrolable, hasta que eyaculo, derramando mi semen sobre mis hombros y mi pecho, mientras Bobby sigue follándome y noto que mi ano se contrae alrededor de su polla.

—Eso es, córrete... —gime Bobby, eyaculando también, y luego se desploma sobre mí.

27

Más tarde, de nuevo en la ducha, solo, debajo del chorro de agua, me palpo con delicadeza el ano, que está dilatado, sensible y untuoso debido a la loción y al semen de Bobby, la carne lacerada. Tras salir de la ducha me seco y evito contemplarme en el gigantesco espejo del baño, pues temo lo que veré en él. Miro en el estante en busca de un peine, desodorante, aspirinas. Abro el botiquín, pero está vacío. Rebusco en los cajones: un reloj Breitling, dos sortijas Cartier (una con un citrino engarzado, la otra con una amatista), unas gafas de sol decoradas con brillantitos, un frasco de colonia llamada Ambush, loción hidratante Sisheido. En otro cajón: docenas de lápices de labios Chanel, un ejemplar de la revista *Harper's Bazaar* con una foto de Tammy en la portada, unas rosas secas y —en una bolsa de plástico transparente guardada en el último cajón del baño que comparten Jamie y Bobby— un enorme sombrero negro, doblado.

Dudo unos instantes antes de sacar la bolsa del cajón, porque mi instinto me aconseja que no lo haga.

Sostengo la bolsa ante mi rostro, evitando mirarla.

El zumbido de una mosca revoloteando alrededor de mi cabeza hace que mire la bolsa.

La bolsa contiene el sombrero que me dio Lauren Hynde en Nueva York.

El sombrero que Palakon me dijo que llevara conmigo en el *Queen Elizabeth II*.

Le han arrancado la tira interior.

En el lugar donde estaba la pequeña rosa roja hay un agujero de gran tamaño.

En un lado del sombrero hay adherido unos pedacitos de confeti rosa y verde.

Me repugna tocar la bolsa. Trago saliva varias veces involuntariamente y la deposito de nuevo en el cajón inferior, que cierro despacio. Todo esto es un sueño, una película que se repite una y otra vez, tranquilizándome, pero en el fondo de mi mente oigo una risa sofocada y siniestra que proviene de una tumba, murmurando, acusándome de algo.

Desnudo y sin soltar la toalla, me dirijo al dormitorio donde Jamie y Bobby duermen profundamente en una postura de lo más airosa, sobre la sábana empapada con nuestro sudor, aunque la habitación está helada.

La habitación es una trampa. Nadie formulará nunca la pregunta sobre el sombrero. La pregunta sobre el sombrero es una gigantesca montaña negra y la habitación es una trampa. En la portada de una revista aparece una foto de tu rostro inexpresivo, sobre una gélida mesilla descansa una pistola. En esta habitación hace un frío polar y esta habitación es una trampa.

Sobre el hombro de Bobby observo un tatuaje, negro y desvaído, en el que no había reparado antes.

Un flashback del barco, un plano iluminado por potentes focos.

El olor del mar, una tarde de octubre, el Atlántico navegando lentamente, medianoche, me reúno con Marina frente al club Lido, tiene la voz ronca por haber llorado, las máquinas de humo, la silueta de Marina inclinándose sobre un cajón, qué tímida parecía de pie junto a la barandilla de cubierta, con qué decisión se movía por mi camarote, la parka con capucha.

El cabello le ocultaba el rostro. La parka con capucha.

El tatuaje, negro y desvaído, en el omóplato derecho.

Este tatuaje no existía la tarde en que nos conocimos.

Aquella noche no viste en ningún momento el rostro de Marina.

«Tienes que ir a Londres», murmuró una voz.

Aquella noche no tocaste su cuerpo.

Sabes que algo incompleto se te está revelando.

Una parada imprevista durante la travesía.

Alguien sube a bordo del barco.

Una chica a quien no lograste salvar estaba condenada. Todo está muy claro, pero tienes que seguir descifrando el enigma. «Lo más importante es lo que no sabes». Eso es lo que te dijo el director.

Me visto y salgo de la casa.

Al volverme le veo de pie ante la ventana del dormitorio. Observándome. Con un

dedo sobre los labios. Diciendo:

—Chiss.

26

Como el servicio de metro no comienza hasta las 5.30, camino a través de la niebla matutina, sin rumbo y dando traspiés, hasta que los temporizadores automáticos hacen que se apaguen las farolas y los locales nocturnos cierran. Una figura, un espectro, pasa junto a mí y me dirige una sonrisa venenosa; a través de la niebla diviso las siluetas de los rascacielos de cristal y hormigón, que van cambiando de forma continuamente.

Sin pensar, me dirijo hacia la torre Eiffel, a través del Parc del Champ de Mars, cruzo el Sena por el Pont d'Iéna y paso frente al Palais de Chaillot. Una paloma surge de entre la niebla y deja un remolino tras sí. De improviso veo al doble de Christian Bale apoyado en un Citroën negro.

—¿Victor? —pregunta, impasible, relajado. Luce una chaqueta negra de punto, unas botas hasta el tobillo y un abrigo de Prada.

Me acerco a él en silencio; las calles están sembradas de confeti, la niebla nos envuelve.

—Una persona desea hablar contigo —dice sin más.

Yo hago un gesto afirmativo y sin que el otro tenga que emplear la fuerza me monto en el Citroën y me tumbo en el asiento trasero. Pero cuando el coche arranca me siento con las piernas encogidas, emitiendo unos ruiditos que parecen gemidos, a veces sollozando. El tipo dice que procure controlarme. Comenta con delicadeza no sé qué sobre una oportunidad en mi destino. Pero yo no le hago ni caso; le escucho con la atención que dedicaría a un ladrillo, un árbol, un montón de arena. Por fin se me ocurre preguntarle estúpidamente:

—¿Sabes quién soy?

Por la radio suena una música que encaja a la perfección en la situación en la que me encuentro en estos momentos, algo así como «Don't Fear the Reaper» o «I'm a Believer».^[62]

Un hotel en la Avenue Kléber.

Sigo al doble de Christian Bale por un pasillo repleto de fotografías de estrellas

en su mayoría difuntas. Tengo tanto sueño que casi me fallan las piernas. Las luces parpadean elegantemente y al llegar al final del pasillo nos detenemos ante una puerta cubierta con una fina capa de escarcha.

Dentro, la habitación está iluminada por una luz difusa, y sentado ante una mesa, de espaldas a una enorme pantalla de televisión sobre la que aparecen las imágenes sin sonido de la Sky-TV, con las piernas cruzadas y fumando un cigarrillo, está F. Fred Palakon.

Yo finjo asombro.

—Hola, Victor —me saluda Palakon—. ¿Cómo va todo? —pregunta en tono amenazador—. ¿Me recuerda?

El doble de Christian Bale cierra la puerta y gira la llave en la cerradura.

Palakon señala el borde del lecho. Después de que yo me siento frente a él, vuelve a cruzar las piernas y me observa con cara de reproche. En la habitación del hotel hace un frío polar y me froto las manos para entrar en calor.

—Me he... perdido —confieso avergonzado.

—Bueno, en realidad no —contesta Palakon—. No lo que uno llamaría técnicamente «perdido», pero reconozco que su afirmación contiene parte de verdad.

Yo clavo la vista en la alfombra, observando los diseños que se revelan en ella, sin dejar de frotarme las manos para entrar en calor.

—Veo que frecuenta a una gente muy importante —comenta Palakon—. No me sorprende, tratándose de un joven tan moderno y atractivo como usted, solo en París. —Palakon pronuncia esa frase articulando cada palabra con tal aspereza que aparto la vista, turbado—. Está muy moreno.

—Palakon, yo...

—No diga nada, señor Ward —me advierte Palakon—. Aún no.

—No me llamó cuando estuve en Inglaterra —suelto de sopetón—. De qué se queja ahora.

—No lo hice porque me informaron de que no se hospedó en el Four Seasons —replica Palakon secamente—. ¿Cómo iba a llamarle si no tenía ni remota idea de dónde estaba?

—Pero eso... no es cierto —protesto, enderezándome—. ¿Quién se lo contó? ¿A qué se refiere, Palakon?

—Me refiero a que no hay constancia de que se hospedara en el Four Seasons —responde Palakon—. Si alguien trataba de localizarlo en el Four Seasons le informaban de que en el hotel no se hospedaba ningún señor llamado Victor Ward ni Victor Johnson. —Una gélida pausa—. ¿Qué ocurrió, Victor?

—Le aseguro que me alojé en el Four Seasons —insisto—. El chófer que me recogió en Southampton podrá confirmarlo.

—No, Victor —contesta Palakon—. El chófer le vio entrar en el hotel, pero no le

vio inscribirse.

—Esto es un error —farfallo.

—Todo intento de localizarlo en el Four Seasons resultó infructuoso —dice Palakon, que me mira irritado—. Cuando por fin tratamos de ponernos en contacto directo con usted, para lo cual incluso llegamos a registrar el hotel, tampoco obtuvimos resultado alguno.

—Pregúnteselo a él —contesto señalando al doble de Christian Bale, que está de pie a mis espaldas—. No ha dejado de seguirme desde que llegué a Londres.

—No es cierto —replica Palakon—. Le perdió el rastro la noche en que acudí al Pylos, y no volvió a dar con usted hasta la otra noche, cuando lo vio en la ópera. —Pausa—. Con Jamie Fields.

Yo callo.

—Pero debido a las decisiones que usted ha tomado, el papel de este hombre ha adquirido mayor relieve.

—Palakon —empiezo a decir—, el dinero ya no me interesa. Sólo quiero largarme de aquí.

—Muy altruista por su parte, señor Ward, pero se comprometió a localizar a Jamie Fields en Londres y conducirla de regreso a Estados Unidos —puntualiza Palakon—. En ningún momento se habló de que visitara usted París. De modo que, a estas alturas, el dinero ya es lo de menos, ya lo ve.

—Vale, he venido a París, he venido a París, lo confieso... —mascullo, clavando la vista de nuevo en la alfombra.

—¿Qué hace usted...? —Palakon suspira, alza la vista hacia el techo, curvado y con alguna que otra mancha, y me mira ya francamente enojado—. ¿Qué está haciendo usted en París, señor Ward?

—Sí, he venido a París... —sigo murmurando.

—Señor Ward —me interrumpe Palakon—. Se lo ruego.

—¿Qué más sabe? —pregunto—. ¿Cómo me ha encontrado?

Palakon vuelve a suspirar, apaga el cigarrillo y desliza las manos sobre la chaqueta del traje, muy moderno y elegante.

—Como expresó su deseo viajar a París con esa chica que conoció en el barco, nosotros decidimos llevar a la práctica algunas teorías.

—¿Nosotros, Palakon? —pregunto nervioso.

—¿Le alarma la existencia de una tercera persona?

—¿Quién es... esa tercera persona?

—¿Cuál es la situación en estos momentos, señor Ward?

—La situación... la situación... —balbuceo. Incapaz de ofrecer una respuesta coherente, me rindo—. La situación se ha descontrolado.

—Mal asunto —responde Palakon tras reflexionar unos instantes—. ¿Existe

algún medio de remediarla?

—¿Qué... quiere decir? —pregunto—. ¿Remediarla? Ya le he dicho que se ha descontrolado.

Palakon pasa la mano sobre la superficie de la mesa ante la que está sentado y, tras una larga pausa, pregunta:

—¿Cree que podrá solucionar esa situación?

—No lo sé —contesto. Soy vagamente consciente de que mientras permanezco sentado en el borde de la cama se me han dormido los pies y los brazos—. No estoy seguro.

—Veamos, ¿se fía ella de usted? —inquire Palakon—. ¿Está dispuesta a marcharse? ¿Accederá a regresar a Estados Unidos? —Otra pausa—. ¿Está enamorada de usted?

—Hemos... mantenido relaciones íntimas —respondo por decir algo—. No estoy seguro de que...

—Enhorabuena —me corta Palakon—. Qué parejita tan encantadora. Conmovedor. —Palakon ladea la cabeza—. Y qué oportuno, por cierto.

—No creo que esté usted al corriente de la situación —le espeto, tragando saliva—. Creo que no estamos en la misma película.

—Saque a Jamie Fields de París —me ordena Palakon—. Llévela de regreso a Nueva York. Me tiene sin cuidado los medios que emplee. Prométale lo que sea, cácese con ella, secuéstrela, lo que sea.

Mi aliento forma unas nubecitas de vaho.

—Ella tiene un novio.

—Eso nunca ha sido un obstáculo para usted, señor Ward —contesta Palakon—. ¿De quién se trata? ¿Con quién sale? ¿Uno de los que viven en la casa? No será Bruce Rhinebeck. Y menos aún Bentley Harrolds.

—Es Bobby Hughes —respondo en tono inexpresivo.

—Ah, claro —asiente Palakon—. Me había olvidado de él.

—¿Cómo es posible? —pregunto, confundido.

—Según en qué planeta viva uno, le aseguro que no es tan difícil, Victor.

Un largo silencio.

—Existe un pequeño problema, Palakon.

—Si es pequeño no es un problema, señor Ward.

—Sí lo es —respondo con un hilo de voz.

—Limítese a llevar a Jamie Fields a Estados Unidos —dice Palakon—. Es cuanto le pedimos.

—Existe un pequeño problema —repito.

—Está agotando usted mi paciencia, señor Ward. ¿De qué se trata?

—Verá —contesto, y me inclino hacia adelante para que preste toda su atención a

mis palabras. Sonríó casi sin querer, siento como una locomotora en el pecho y finalmente murmuro en voz alta—: Todos son unos asesinos.

Palakon suspira con aire resignado.

—Excusas, excusas. Vamos, señor Ward, me decepciona usted. No le tenía por un vago.

Con calma y articulando cada palabra, trato de exponerle todo lo ocurrido: el afán de los otros por memorizar planos, consignas, señales de alarma, horarios de vuelos, su maestría a la hora de desmontar, volver a montar y cargar una serie de metralletas ligeras —M16, Browning, Scorpion, RPG, Kalashnikov—, o de dar esquinazo a cualquiera que les siga. Le explico que en un solo día habían eliminado todos los datos almacenados en nuestro ordenador que les vinculaba con Libia. Le explico lo de los detallados planos de diversas embajadas norteamericanas e israelíes diseminados por la casa, que siempre guardan tres millones de dólares en metálico en un armario de la planta baja, junto al gimnasio; que a ciertas personas las conocemos sólo por su nombre en clave; que con frecuencia almuerzan en la casa unos tipos que actúan de intermediarios; que en la organización participa un montón de gente. Explico a Palakon cómo tramitan los pasaportes falsos, que luego queman y destruyen; que Bobby viaja con frecuencia a Belgrado y a Zagreb; que solicitan visados para trasladarse a Viena; que siempre hay consultas de última hora con terceras personas, sobre los viajes y las villas situadas en las afueras de numerosas ciudades. Le explico que siempre me presentan a algún joven palestino con «un pasado conflictivo» o a alguien que perdió parcialmente la vista debido a una carta-bomba israelí, a patriotas que se han alejado del buen camino, a gente que siempre aduce algún pretexto para negarse a negociar, a hombres superatractivos que alardean de mantener relaciones secretas con personajes importantes.

Le hablo sobre el atentado del Instituto de Estudios Políticos, el del café Flore, el del metro en el Pont Royal. Le hablo sobre un coche cargado con cincuenta kilos de explosivos que rodó por una colina de Lyons y fue a empotrarse en una comisaria, donde estalló y mató a ocho personas, cuatro de ellas niños, e hirió a cincuenta y seis. Le hablo sobre el atentado fallido del Louvre, sobre la vez en que Jamie Fields envenenó el agua de la piscina del Ritz, sobre las sutiles referencias a vuelos de la TWA que despegan del Charles de Gaulle, sobre los nuevos números de la Seguridad Social que inventaron, sobre las fotografías aéreas que tomaron de ciertas instalaciones, de las caóticas fiestas. Mientras hablo, estrujo el edredón entre las manos. Todo me parece delirante y de pronto recuerdo la consigna del movimiento separatista vasco que me mostró un día uno de los guionistas: «La acción une. Las palabras dividen».

Palakon me mira fijamente. Luego suspira, y sigue suspirando durante un buen rato.

—Suponiendo que yo le crea, señor Ward, la verdad no sé si creerle, ¿qué tiene todo esto que ver con...?

—Le aseguro que no me lo he inventado —protesto—. No soy tan buen actor.

—No digo que se lo haya inventado, Victor —responde Palakon, encogiéndose de hombros—. Pienso que tiene una imaginación más viva de lo que yo suponía. Quizás haya visto demasiadas películas, señor Ward.

De pronto caigo en un detalle que había olvidado, un detalle siniestro.

—El sombrero —digo—. Lo tienen ellos.

Palakon mira al tipo que es igualito a Christian Bale.

Luego me mira a mí.

—¿A qué se refiere? —pregunta Palakon.

—Ellos tienen el sombrero —respondo—. El sombrero que usted me pidió que trajera conmigo.

—¿Ah, sí? —pregunta Palakon, arrastrando las sílabas—. ¿A qué se refiere exactamente?

—Encontré el sombrero que me dio Lauren Hynde —contesto—. Estaba en el baño de Jamie y Bobby.

—Francamente, no lo entiendo —confiesa Palakon—. ¿Se lo dio usted?

—No.

—Pero... —Palakon cambia de postura, nervioso. Por fin se endereza y me mira a los ojos. De pronto me invade una sensación de inquietud—: ¿Pero qué dice? ¿Cómo consiguieron el sombrero?

—No lo sé —respondo—. Desapareció de mi camarote del *Queen Elizabeth II*. Lo encontré precisamente hará menos de una hora en un cajón del baño.

Palakon se levanta y empieza a pasearse arriba y abajo por la habitación, enojado. No me cabe la menor duda de lo que significa su expresión: esto cambia las cosas.

El doble de Christian Bale se inclina hacia adelante con las manos apoyadas en las rodillas, respirando de forma profunda y acompasada.

De pronto todo parece desplazado, unas sutiles gradaciones desdibujan los bordes, pero es más intenso que eso.

—¿Por qué era tan importante el sombrero, Palakon? —pregunto lentamente.

Silencio.

—¿Por qué me dio Lauren Hynde el sombrero? ¿Por qué es tan importante ese sombrero? —insisto.

—¿Quién dice que sea importante? —replica Palakon, irritado, agobiado, sin dejar de pasearse de un lado a otro de la habitación.

—Tengo muchos defectos, Palakon —suspiro—, pero la estupidez no es uno de ellos. —Estoy tan asustado que empiezo a perder el control—. Necesito ayuda. Tiene que sacarme de aquí. A la mierda con el dinero. Me matarán. Lo digo en serio,

Palakon. Me matarán. —Aterrorizado, doblado sobre la cama, imagino mi cadáver en una playa, la idea del guionista de un «toque exótico», sopla una leve brisa, es mediodía, una misteriosa figura se oculta en una cala—. ¿Pero qué coño estoy haciendo aquí? ¡Dios! ¿Qué coño hago aquí?

—Nadie le ha seguido —me tranquiliza Palakon—. Por favor, señor Ward, cálmese.

—No puedo —gimo, encogido sobre la cama, abrazándome—, no puedo, no puedo...

—¿Hay alguien que esté en situación de ayudarle, señor Ward? —pregunta Palakon—. ¿Alguien con quien pueda ponerse en contacto?

—No, no, no. Nadie.

—¿Y su familia? ¿Y sus padres? Quizá lleguemos a un acuerdo. Un acuerdo económico ¿Sabe su familia que está aquí?

—No —contesto, inspirando—. Mi madre ha muerto. Mi padre... no, mi padre tiene que mantenerse al margen.

Palakon se detiene bruscamente.

—¿Por qué? —pregunta—. Quizá si nos pusiéramos en contacto con su padre éste podría venir aquí y librarlo a usted de este lío...

—¿A qué lío se refiere? No puedo meter a mi padre en esto —sollozo—. No, no, es imposible...

—¿Por qué?

—Usted no lo comprendería —murmuro.

—Sólo trato de ayudarlo, señor Ward.

—No puedo, no puedo...

—¡Señor Ward! —exclama Palakon.

—¡Mi padre es un senador americano! —grito, mirándolo con rabia—. ¿Me ha entendido? Por eso no puedo implicarlo en este asunto. ¿Lo comprende ahora, joder?

Palakon me mira con el ceño fruncido, tratando de asimilar esta información. Visiblemente alarmado, cierra los ojos para concentrarse. Las olas lamen el cadáver que yace en la playa; al fondo se ven unos surfistas cabalgando sobre inmensas olas de color turquesa bajo un sol abrasador. Encima del horizonte, más allá de los surfistas, se ve una isla —rocas, un bosque, una vieja cantera de granito, el olor salobre— y en esa isla otra misteriosa figura se oculta en una cala. De pronto cae la noche.

—¿Su padre es Samuel Johnson? —pregunta Palakon.

—Sí —contesto, fulminándolo con la mirada—. ¿Acaso no lo sabía cuando se puso en contacto conmigo?

—No, no lo sabíamos —reconoce Palakon humildemente—. Pero ahora... —Hace una pausa y carraspea—. Claro, ahora lo entiendo todo.

—¡No, no lo entiende! —replico meneando la cabeza de un lado a otro, como un niño—. Nada, no entiende nada.

—No tiene que explicarme quién es su padre, Victor —dice Palakon—. Me parece que lo comprendo todo. —Hace otra pausa—. Y debido a ello, también veo que la situación es aún más... delicada.

Yo me echo a reír.

—¿Delicada? ¿Le parece que la situación es delicada? —Mis risas se transforman en sollozos.

—Nosotros podemos ayudarle, Victor. Creo...

—Estoy atrapado, atrapado, atrapado; me matarán...

—Señor Ward —me interrumpe Palakon, arrodillándose ante el borde de la cama sobre la que estoy sentado—, se lo ruego, podemos ayudarle pero...

Cuando trato de abrazarlo, él me aparta con suavidad.

—Escuche: debe comportarse como si nada hubiera ocurrido. Debe fingir que no sabe nada. Debe seguirles el juego hasta que se me ocurra la forma de resolver el problema.

—No, no, no...

Palakon hace una señal al doble Christian Bale. Unas manos me agarran por los hombros. Oigo unos murmullos.

—Tengo miedo, Palakon —confieso entre sollozos.

—No tema, señor Ward —responde el otro—. Sabemos quién es usted. Entre tanto, debo resolver unos asuntos. Nos pondremos en contacto con usted.

—Vaya con muchísimo cuidado —digo—. Han puesto cámaras y micrófonos ocultos por todas partes.

Los dos hombres me ayudan a incorporarme. Mientras me conducen hacia la puerta, trato de apoyarme en Palakon.

—Es preciso que se calme, señor Ward —dice Palakon—. Deje que Russell le conduzca de regreso y nos pondremos en contacto con usted dentro de un par de días, quizás antes. Pero sobre todo, cálmese. La situación ya es bastante complicada, lo último que nos conviene ahora es que pierda la serenidad.

—¿No podría quedarme aquí? —imploro, resistiéndome mientras me conducen hacia la puerta—. Por favor, se lo suplico: deje que me quede aquí.

—Necesito tener una visión global del asunto —responde Palakon—. En estos momentos sólo tengo una perspectiva parcial y lo que necesito es una visión global.

—¿Qué ocurre, Palakon? —pregunto, sin fuerza ya para resistirme—. ¿Qué pasa?

—Que algo ha salido mal.

El asiento posterior del Citroën negro está cubierto de confeti. Tras un trayecto que se me antoja interminable, Russell me deja junto al Boulevard Saint-Marcel. Atravieso el Jardin des Plantes y cruzo el Sena. El cielo matutino aparece blanco. Me

digo a mí mismo: «No te muevas de la casa, duerme, mantente al margen, obsérvalo todo sin darle importancia, bebe whisky, disimula, acepta».

25

Me meto en una cabina en la Rue du Faubourg Saint-Honoré para llamar a Felix al Ritz. El teléfono de su habitación suena seis veces antes de que Felix responda. Estoy tan nervioso que no ceso de quitarme y ponerme las gafas de sol.

—¿Sí? —Felix atiende el teléfono con voz cansina.

—Hola, Felix —respondo—. Soy yo Victor.

—¿Sí? —pregunta Felix—. ¿Qué pasa? ¿Qué quieres?

—Tenemos que hablar.

Al otro lado de la calle observo a un tipo que me llama la atención; lleva un peinado muy raro, agita el periódico para alejar el humo de los tubos de escape y se ríe histéricamente. Al otro lado de la calle despunta el sol, pero de pronto decide no hacerlo.

—Ya estoy hasta las narices de todo esto —dice Felix—. Estoy hasta las narices de ti, Victor.

—Felix, por favor, no te cabrees precisamente ahora —le ruego—. He de explicarte algunas cosas. Tenemos que hablar.

—No me interesa, no pienso seguir escuchándote —replica Felix—. Todos estamos cansados de ti, Victor. Francamente, no creo que tengas nada que decir, salvo si se trata de algo referente a tu pelo, a tus ejercicios gimnásticos o a quién te vas a tirar la semana que viene.

(Bobby vuela a Roma y posteriormente a Amán, Jordania, con Alitalia. Su bolsa, que ha depositado sobre el asiento en primera clase, contiene carretes de cable eléctrico, unas pinzas muy delgadas, silicona, cuchillos de cocina, papel de aluminio, varios paquetes de Remform, martillos, una cámara de video, una docena de carpetas que contienen los diagramas de armas militares, misiles y tanques. En el avión Bobby lee un artículo en una revista de moda sobre el nuevo corte de pelo del presidente y lo que significa; memoriza las frases que debe pronunciar y coquetea con la azafata, que menciona de pasada que su canción favorita es «Imagine», de John Lennon. Con voz suave, Bobby la felicita por haber elegido la profesión de azafata. La chica le

pregunta si le impresionó asistir al programa de Oprah Winfrey. Bobby recuerda una visita a la habitación 25 del Dreamland Motel. Planea una catástrofe. Mordisquea una galleta con aire contemplativo).

—Felix, ¿verdad que me preguntaste qué le había ocurrido a Sam Ho? —le pregunto—. ¿Recuerdas lo del otro equipo de rodaje? ¿El que vio Dimity ayer en el Louvre?

—Victor, cálmate un poco, joder —responde Felix—. Contrólate. Nada de eso importa ya.

—Pero qué dices, claro que importa, Felix.

—No —insiste el otro—. No importa nada.

—¿Por qué? —pregunto—. ¿Por qué no importa?

—Porque la película ha terminado —contesta Felix—. El rodaje ha concluido. Todo el mundo se marcha esta noche.

—Pero Felix...

—Te has comportado de un modo muy poco profesional, Victor.

(Jamie está atrapada en el tráfico, dando vueltas y más vueltas al Arco de Triunfo; luego baja por la Avenue de Wagram, dobla a la derecha hacia el Boulevard de Courcelles y se dirige a la Avenue de Clichy para encontrarse con Bertrand Ripley. Jamie piensa que éste ha sido el día más largo del año y recuerda un árbol de Navidad en su infancia, aunque no fue el árbol lo que le impresionó, sino los adornos. También; recuerda el terror que le infundía el mar de niña: «Hay mucha agua», decía a sus padres. Rememora un día en los Hamptons, cuando tenía dieciocho años, un amanecer de verano; dentro de una semana comenzará sus estudios en Camden, piensa mientras contempla el Atlántico y escucha a sus espaldas los suaves ronquidos de un chico que conoció en el backstage de un concierto de los Who en el Nassau Coliseum; dos años más tarde se suicidará en Cambridge, atraído por una fuerza que no supo calibrar; pero ahora es fines de agosto y ella tiene sed y una enorme gaviota vuela describiendo círculos y el luto aún carece de importancia).

—Por lo que más quieras, Felix, tenemos que hablar. —Estoy tan alterado que jadeo y me vuelvo constantemente para comprobar si alguien está observándome.

—¡Entérate de una vez, idiota! —me espeta Felix—. La película ha terminado. No tienes que explicarme nada porque ya no importa. Toda explicación sobra.

—Aquella noche mataron a Sam Ho, Felix, lo asesinaron —suelto de sopetón—. Están rodando otra película. Una película de la que no sabes nada. Utilizan otro equipo de rodaje... Bruce Rhinebeck mató a Sam Ho...

—Victor —me interrumpe Felix suavemente—, Bruce Rhinebeck vino esta mañana para hablar con el director, con el guionista y conmigo, y nos explicó la... situación. —Una pausa—. En realidad nos explicó tu situación, para ser más concretos.

—¿Qué situación? ¿Mi situación? Yo no tengo una situación.

—Olvídalo, Victor —dice Felix, que ya está hasta el gorro—. Nos marchamos mañana. Regresamos a Nueva York. Todo ha terminado, Victor. Adiós.

—No te fíes de él, Felix —le advierto—. Miente. No sé lo que te dijo Bruce, pero seguro que miente como un bellaco.

—Por el amor de Dios, Victor —replica Felix, cansado.

De golpe me doy cuenta de que el acento de Felix ha desaparecido.

(Bruce sustituye el armazón de cartón que contiene una bolsa Gucci por unas piezas de plástico oscuro que ocultan los explosivos, los cuales se componen de unas tiras de color gris que no huelen a nada. En las tiras van adheridos unos alambres de níquel revestidos de oro. Bruce ha metido veinticinco kilos de explosivos, dispuestos uno junto a otro, unidos a un detonador. El detonador es activado por unas baterías AAA. De vez en cuando Bruce repasa el manual de instrucciones. Bentley está de pie detrás de él, con los brazos cruzados, observándolo en silencio, la parte posterior de su cabeza pensando en lo requeteguapo que es, pensando: si al menos le gustaran... Cuando Bruce se vuelve, Bentley disimula, se encoge de hombros y reprime un bostezo).

—Supongo que puedo decírtelo, ya que es evidente que Bruce no te cae bien, aunque a mí me parece encantador y pienso que debería haber sido el protagonista de la película —declara Felix con aire de superioridad—. Sabes de sobra que Bruce merecía ser la estrella de la película, Victor. Porque Bruce Rhinebeck es una estrella nata, Victor, por eso.

—Sí, ya lo sé, Felix, ya lo sé —contesto—. Bruce debía haber sido la estrella de la película.

—Bruce dice que ha tratado de ayudarte, Victor.

—¿Ayudarme a qué? —grito.

—Según él estás sometido a una tensión emocional muy fuerte, posiblemente debido a tu drogodependencia —Felix suspira—. También dice que eres propenso a sufrir alucinaciones y que no debemos creer nada de lo que digas.

—¡Joder, Felix! —grito—. Esos tipos son unos asesinos, coño. Son unos terroristas de mierda. —Al darme cuenta de que estoy gritando, me vuelvo para ver si hay alguien detrás de mi luego bajo la voz y añado—: Son unos terroristas de mierda.

—Bruce comentó que estás loco y que por más que el director y yo nos negáramos a aceptarlo eres un elemento peligroso. —Tras una breve pausa Felix agrega—: También nos advirtió de que les acusarías de ser terroristas.

—Se dedica a montar bombas, Felix —mascullo indignado a través del auricular—. Él es el loco, Felix. Todo es mentira.

—Bueno, cuelgo ya, Victor —responde Felix.

—Voy para allá, Felix.

—Te lo advierto: si vienes avisaré a la policía.

—Por favor, Felix. Por lo que más quieras.

Felix no responde.

—¿Felix? —gimo—. ¿Estás ahí?

Felix sigue callado.

—Bueno, quizá resultes útil —dice Felix por fin.

(En el Jardin du Luxembourg, el hijo del primer ministro está de nuevo bajo los efectos de una resaca —otra fiesta amenizada con cocaína, otro amanecer sin pegar ojo, otro cielo formado por ladrillos grises—, pero Tammy le besa para animarlo; en el mercadillo de ocasión de Porte de Vanves, mientras Tammy le apoya ambas manos sobre el pecho, él la atrae hacia sí con el brazo derecho; ella lleva puestas unas zapatillas. «¿Almas gemelas?», pregunta él. Tammy huele a limones y tiene un secreto, algo que desea mostrarle en la casa situada en el octavo o decimosexto *arrondissement*. «Tengo enemigos aquí», declara el joven, y compra una rosa para Tammy. «Descuida, Bruce se ha ido», responde ella. Pero él quiere hablar sobre un viaje que va a emprender en noviembre al sur de California. «*Si'l vous plaît?*», le ruega Tammy con los ojos resplandecientes. De regreso en la casa Tammy empuja la puerta tras él y cierra con llave, siguiendo las instrucciones que le han dado. Bentley prepara unas bebidas en la cocina y ofrece al hijo del primer ministro francés una copa de cóctel llena hasta el borde de un gimlet blancuzco; mientras el joven se bebe la copa presiente que hay alguien detrás de él y al volverse Bruce irrumpe en la habitación —tal como estaba previsto— gritando como un poseso y empuñando un martillo. Cuando el hijo del primer ministro se pone a chillar Tammy se vuelve, cierra los ojos y se tapa los oídos con las manos. El barullo que organizan en aquella habitación es increíble. Bentley vacía en silencio la jarra que contenía la bebida drogada en el fregadero y limpia la encimera con una bayeta color naranja).

Yo rompo a llorar de alivio.

—Claro que puedo ser útil —digo—, puedo seros de gran utilidad...

—Bruce se dejó una bolsa aquí. Se la olvidó.

—¿Qué? —pregunto, oprimiendo el auricular contra la oreja al tiempo que me enjugo la nariz con la manga de la americana—. ¿Qué has dicho?

—Se dejó una bolsa de Gucci —contesta Felix—. ¿Te importaría pasar a recogerla?

—Un momento, Felix... Tienes que desprenderte de esa bolsa —le advierto. La adrenalina que fluye por mi torrente sanguíneo me provoca náuseas—. No te acerques a esa bolsa.

—La dejaré en conserjería —responde Felix enojado—. No quiero volver a verte.

—¡Felix! —grito—. No te acerques a esa bolsa. Consigue que toda la gente del hotel sea evac...

—Y no trates de ponerte en contacto con nosotros —me interrumpe Felix, sin hacer ni puto caso de mis advertencias—. Hemos cerrado la oficina de producción en Nueva York.

—Felix, sal del hotel.

—Ha sido un placer trabajar contigo —responde Felix—. No te lo tomes al pie de la letra.

—¡Felix! —grito.

(Al otro lado de la Place Vendôme, veinte técnicos están situados en diversos puntos estratégicos mientras el director examina las tomas del día: Bruce Rhinebeck abandonando el hotel con un palillo entre los dientes, Bruce posando para los paparazzi, Bruce riendo alegremente, Bruce montando en una limusina con cristales blindados. A los miembros del equipo de rodaje francés les han entregado unos cascos para que se protejan del estallido cuando el equipo de demolición comience a detonar las bombas).

Salgo hacia el Ritz a toda pastilla.

(En una habitación de color rosa pálido, Felix cuelga el teléfono. La suite que ocupa se halla relativamente cerca del centro del hotel, lo que garantiza que la explosión causará el máximo número de daños estructurales.

La bolsa de Gucci reposa sobre la cama.

En la habitación hace tanto frío que el aliento de Felix forma unas nubecitas de vapor.

El cámara abre la cremallera de la bolsa.

Mira en el interior, perplejo.

La bolsa está llena de confeti rojo y negro.

Felix aparta el confeti.

Debajo asoma algo.

—No —dice Felix.

La bomba engulle a Felix y lo vaporiza al instante. Desaparece literalmente sin dejar rastro).

De inmediato, en el primer *arrondissement*, se produce un corte general de fluido eléctrico.

La detonación destroza el Ritz a partir del centro —prácticamente desde la fachada delantera hasta la posterior—, y va debilitando su estructura a medida que la pulsión se extiende a ambos lados del hotel.

Las ventanas vuelan hechas añicos.

Un gigantesco muro de hormigón y cristal se precipita sobre los turistas que se encuentran en la Place Vendôme.

Una bola de fuego cae sobre ellos.

Sobre París se alza un inmenso nubarrón de humo negro, de múltiples capas, irregular.

La onda expansiva levanta el Ritz y desplaza prácticamente todas las vigas maestras. El edificio comienza a deslizarse hacia la Place Vendôme y se desploma acompañado por dos rugidos sobrecogedores, sucesivos.

Se produce una lluvia de cascotes, los muros se agrietan y se derrumban y hay tanto polvo que parece como si una tempestad de arena se hubiera abatido sobre la Place Vendôme.

El sonido de cristal al hacerse añicos precede a los gritos.

Las calles que circundan el Ritz están sembradas de bloques de hormigón y es preciso trepar sobre ellos para acceder a la Place Vendôme, donde la gente corre despavorida, cubierta de sangre y gritando a través de sus móviles; las masas de humo ocultan el cielo. Toda la fachada del hotel ha quedado destruida, el viento agita unos pedazos de caucho de la techumbre y varios coches, en su mayoría BMW, aparecen envueltos en llamas. Dos limusinas yacen volcadas y el olor de alquitrán lo invade todo. Las calles y aceras han quedado totalmente calcinadas.

El cadáver de un japonés cuelga de la tercera planta, entre los pisos, goteando sangre, con un enorme trozo de vidrio clavado en el cuello; otro cadáver pende enmarañado con un montón de vigas de acero, su rostro petrificado en una expresión de angustia. Yo me abro camino a través de las pilas de cascotes por entre las cuales asoman brazos y piernas, muebles Luis XV, arañas de tres metros de altura, arcones antiguos. La gente avanza dando traspiés, algunos desnudos, tropezando con pedazos de yeso y material aislante. Paso junto a una chica que ha perdido medio rostro y tiene la mitad del cuerpo destrozado, cuya pierna yace empotrada en unos clavos y tornillos; otra mujer, con el cuerpo ennegrecido y retorciéndose de dolor, que ha perdido una mano, agoniza entre estertores; una japonesa cubierta con un traje de Chanel hecho jirones y ensangrentado se desploma ante mí, con la yugular y la carótida seccionadas por unos fragmentos de cristal, escupiendo sangre con cada aliento.

Al avanzar hacia un gigantesco bloque de hormigón que yace frente a la fachada

del hotel, veo a cuatro hombres tratando de sacar a una mujer que ha quedado atrapada debajo del mismo; cuando tiran de su pierna ésta se desprende con toda facilidad del resto de su cuerpo, que aparece rodeado por unos pedazos de carne irreconocibles a través de los cuales asoman huesos. Un hombre con la nariz amputada por un fragmento de cristal y una adolescente que no cesa de llorar yacen juntos en un inmenso charco de sangre; la chica tiene los ojos quemados, arrancados de las órbitas. A medida que me aproximo a la entrada principal, el número de brazos y piernas que yacen desperdigados por doquier se multiplica; grandes pedazos de piel arrancados de sus correspondientes cuerpos por la explosión yacen aquí y allá, entre algún maniquí perdido que simula un cadáver.

Veo rostros desfigurados por profundos cortes, montones de ropa de alta costura, conductos de aire acondicionado, vigas, un corralito de niños y un bebé totalmente cubierto de sangre que yace sobre un montón de cascotes. Junto a mí se halla tendido el cadáver de un chiquillo que sangra por la boca; en un lado de la cabeza tiene un orificio por el que asoma parte de la masa encefálica. Los cadáveres de varios botones yacen entre revistas, maletas Louis Vuitton y cabezas separadas del tronco — una de ellas, de rasgos perfectamente cincelados, pertenece al amigo de un modelo que conocí en Nueva York—, muchas de ellas TC (lo que Bruce Rhinebeck denomina Totalmente Calcinados). Veo pasar junto a mí, aturcidos y dando traspiés, a: Polly Mellon, Claudia Schiffer, Jon Bon Jovi, Mary Wells Laurence, Steven Friedman, Bob Colacello, Marisa Berenson, Boy George, Mariah Carey.

La gente abre unos caminos entre los bloques de hormigón que impiden el acceso a la Place Vendôme. Los primeros en aparecer son los paparazzi, seguidos por los reporteros de la CNN y los equipos de la televisión local; por último llegan las ambulancias, los equipos de salvamento y unos furgones azules y negros que transportan a los policías del grupo antiterrorista, vestidos con chalecos antibalas y monos de paracaidista, empuñando armas automáticas. Comienzan a envolver a las víctimas en unas mantas. Centenares de palomas yacen muertas; algunas aves heridas tratan de remontar el vuelo. Posteriormente colocan unas etiquetas en los pies de los niños que yacen en el depósito de cadáveres improvisado. Los cuerpos serán identificados mediante marcas de nacimiento, dentaduras, cicatrices, tatuajes, joyas. En un hospital cercano a la Place Vendôme exponen unas listas con los nombres de los muertos y los heridos, junto con el parte médico sobre su estado; los equipos de salvamento que trabajan en las inmediaciones del Ritz prosiguen su tarea sin esperanzas de salvar a nadie.

Me siento en un teatro revival en el Boulevard des Italiens. Me dejo caer sobre un banco en la Place du Parvis. En cierto momento echo a andar sin rumbo a través de Pigalle. En otra ocasión cruzo el Sena en un sentido y en otro, una y otra vez. Echo a andar a través de Aux Trois Quartiers en el Boulevard de la Madeleine hasta que la imagen de mí mismo que observo en el espejo de un mostrador de Clinique me obliga a regresar apresuradamente a la casa situada en el octavo o decimosexto *arrondissement*.

Al entrar en la casa veo a Bentley sentado delante de un ordenador en el cuarto de estar, luciendo una camiseta de Gap y los auriculares de un Walkman. Está estudiando una imagen que aparece en la pantalla tomada desde distintos ángulos. Me escuece la garganta debido al humo que he inhalado y al pasar ante un espejo observo que tengo la cara cubierta de hollín, el pelo tieso y lleno de polvo, y los ojos amarillentos. Me acerco sigilosamente a Bentley por detrás, sin que él se dé cuenta.

En la pantalla del ordenador, en un dormitorio artesonado el actor que encarnó a Sam Ho yace tumbado boca arriba, desnudo, con las piernas levantadas y separadas; un tipo de aspecto vulgar y corriente, aproximadamente de mi edad, también desnudo, de perfil, se lo está follando. Bentley teclea sin apartar la vista de la pantalla, entrando y saliendo de la imagen. Al cabo de unos minutos el tipo vulgar y corriente que se está follando a Sam Ho adquiere una musculatura más definida, unos pectorales más marcados, la parte visible de su polla aparece más gruesa, el vello púbico más claro. El dormitorio artesonado se transforma en el dormitorio que ocupé en la casa de Hampstead: las elegantes vigas de acero, el cuadro de Jennifer Bartlett colgado sobre la cama, el jarrón lleno de gigantescos lirios blancos, los ceniceros cromados. Los ojos de Sam Ho, que aparecen rojos, son corregidos.

Me llevo una mano a la frente, un gesto que hace que Bentley se vuelva en su silla giratoria y se quite los auriculares.

—¿Dónde te habías metido? —me pregunta con aire de inocencia, pero no puede mantener esa fachada y sonrío.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, aturdido, desesperado.

—Me alegro de que hayas vuelto —responde Bentley—. Bobby me ha pedido que te enseñe una cosa.

—¿Qué estás haciendo? —repito.

—Se trata de un nuevo programa —contesta Bentley—. El Photo Soap de Kai para Windows 95. Mira, mira.

Pausa.

—¿Para qué sirve? —inquiero, tragando saliva.

—Permite mejorar las imágenes —responde Bentley con voz infantil.

—¿En qué sentido? —pregunto sin dejar de tiritar.

Bentley escanea de nuevo la foto de la escena de sexo mientras sigue tecleando; de vez en cuando consulta las páginas arrancadas de un manual de instrucciones que yacen sobre la mesa junto al ordenador. Al cabo de cinco minutos logra pegar mi cabeza —de perfil— sobre los hombros del tipo vulgar y corriente que se está follando a Sam Ho. Bentley sale de la imagen, satisfecho.

—Hay que tener bastante memoria en el disco duro —comenta Bentley volviéndose hacia mí—. Por no mencionar una buena dosis de paciencia.

—Eso está... muy bien —contesto porque Bentley no deja de mirarme sonriendo; pero al cabo de unos segundos siento unas náuseas que me obligan a guardar silencio.

Bentley pulsa una tecla. La fotografía desaparece. La pantalla está vacía. A continuación oprime otras dos teclas, el número de un archivo y una orden.

En la pantalla parece una serie de fotografías en rápida sucesión Sam Ho y Victor Ward en distintas posturas, desnudos, follando, un montaje fotográfico.

Bentley se inclina hacia atrás, satisfecho, con las manos en el cogote, una pose cinematográfica, aunque no hay ninguna cámara para captarla.

—¿Quieres ver otro archivo? —pregunta Bentley, pero en realidad no es una pregunta porque empieza a oprimir unas teclas de inmediato—. Veamos... ¿Cuál elegimos?

Un flash. Bentley teclea una orden. En la pantalla aparece una lista, cada entrada acompañada de una fecha y un número de archivo.

«VICTOR» Pase de CK

«VICTOR» Telluride c/S Ulrich

«VICTOR» Concierto de los Dogstar c/K Reeves

«VICTOR» Union Square c/L Hynde

«VICTOR» Miami, Orlando Drive

«VICTOR» Miami, el hall del Delano

«VICTOR» Serie *Queen Elizabeth II*

«VICTOR» Serie Sam Ho

«VICTOR» Pylos c/S Ho

«VICTOR» Sky Bar c/Rande Gerber

«VICTOR» Sesión de fotos GQ c/Fields, M Bergin

«VICTOR» Café Flore c/Brad, Eric, Dean

«VICTOR» Instituto de Estudios Políticos

«VICTOR» Nueva York, Balthazar

«VICTOR» Nueva York, Wallflowers

«VICTOR» Annabel's c/J Phoenix

«VICTOR» Calle 80 y Park c/A Poole

«VICTOR» Hell's Kitchen c/Mica, NYC

A medida que va apareciendo la lista en la pantalla es obvio que ésta ocupa numerosas páginas. Bentley se pone a teclear y me muestra más fotos. Realza los colores, ajusta el tono, confiere más nitidez a las imágenes o las suaviza. Engrosa los labios digitalmente, elimina pecas, coloca un hacha en la mano de alguien, un BMW se convierte en un Jaguar que se convierte en un Mercedes que se convierte en una escoba que se convierte en una rana que se convierte en una fregona que se convierte en un póster de Jenny McCarthy; modifica matrículas, esparce más sangre en la escena de un crimen, un pene sin circuncidar aparece de pronto circuncidado. Al tiempo que teclea y examina atentamente las imágenes, Bentley añade movimiento borroso (a una foto de «Victor» haciendo footing junto al Sena), o mayor nitidez (en un remoto desierto en el este de Irán se me ve estrechando la mano a unos árabes, luciendo gafas de sol y haciendo un mohín, y al fondo aparece una hilera de camiones), pone grano, elimina personas, inventa un nuevo mundo, todo ello sin el menor esfuerzo.

—Con esto puedes mover planetas —dice Bentley—. Transformar vidas. La fotografía sólo es el principio.

Una larga pausa.

—No pretendo herir tus sentimientos, pero... eres un hijo de la gran puta —digo en voz baja, mientras contemplo la pantalla del ordenador.

—Estabas ahí, ¿no? —pregunta Bentley—. Todo depende a quién se lo preguntes, y ni siquiera eso tiene importancia.

—No... —Pero se me olvida lo que iba a decir.

—Ven, que te enseñaré otra cosa —dice Bentley—. Pero antes date una ducha ¿Dónde te has metido? Estás hecho un asquito. A ver si lo adivino. ¿No te habrás dado un garbeo por la Place Vendôme?

En la ducha, respirando agitadamente, repaso los dos archivos más recientes que contienen mi nombre de aquella interminable lista.

«VICTOR» Washington DC c/Samuel Johnson (padre)

«VICTOR» Washington DC c/Sally Johnson (hermana)

Después de ducharme, bajo la escalera conducido a punta de pistola (método que a Bobby le pareció excesivo, absurdo, pero no así a Bruce Rhinebeck) hasta una habitación oculta dentro de una habitación en lo que deduzco que es el sótano de la casa situada en el octavo o decimosexto *arrondissement*. Allí es donde se dedican a envenenar lentamente al hijo del primer ministro francés, que está encadenado a una silla. Está desnudo, empapado en sudor; en un charco de sangre que se coagula en el suelo junto a él, flotan unos trocitos de confeti. Tiene el pecho casi totalmente negro, le faltan los pezones, y debido al veneno que Bruce le administra, apenas puede respirar. Le han arrancado cuatro dientes y unos alambres tiran brutalmente de su rostro, algunos de ellos insertados a través de los labios, de manera que da la impresión de estar sonriendo. Tiene otro alambre metido a través del vientre y aplicado en el hígado, al que someten a violentas descargas eléctricas. El actor se desvanece una y otra vez, le reaniman, vuelve a desvanecerse. Le suministran más veneno, seguido de una dosis de morfina, mientras Bentley graba la escena con una cámara de vídeo.

La habitación está invadida por un olor dulzón. Yo trato de no mirar una sierra de tortura que reposa sobre un baúl Louis Vuitton, pero en realidad en esa habitación no hay nada más que se pueda observar. Suena una música que proviene de una de estas dos emisoras de radio: NOVA o NRJ. Bruce formula a gritos unas preguntas al actor, en francés, de una lista de trescientas veinte, todas ellas impresas en una gruesa pila de papel de ordenador, muchas repetidas siguiendo un esquema específico, mientras Bobby contempla la escena desde una silla situada fuera de cámara, con expresión de disgusto. Bruce muestra al hijo del primer ministro francés unas fotografías, que el actor contempla desconcertado, sin saber qué responder.

—Pregúntale de nuevo desde la dos setenta y ocho hasta la dos noventa y uno —murmura Bobby—. Primero según el mismo orden. Luego repítelas siguiendo la secuencia C.

Bobby ordena a Bruce que reduzca la tensión de los alambres que desgarran la boca del actor y que le administre otra dosis de morfina.

Yo me apoyo contra la pared, aturdido. La pierna se me ha dormido debido al rato que llevo en esta postura. Bentley tiene la cara empapada en sudor mientras sigue grabando la escena; Bobby está preocupado por los ángulos de los planos, pero Bentley le asegura que la cabeza de Bruce no aparece en ningún momento. El hijo del primer ministro francés, momentáneamente lúcido, empieza a soltar obscenidades. La exasperación de Bruce es palpable. Bruce se toma un respiro, se enjuga la frente con una toalla de Calvin Klein y bebe un trago de Beck tibia, sin espuma. Bobby enciende un cigarrillo e indica a Bruce que arranque otro diente al actor; luego cruza los brazos, con el ceño fruncido, y se dedica a contemplar el techo.

—Retrocede a la sección cuatro, hazle las preguntas siguiendo la secuencia B.

Pero no obtienen ningún resultado. El actor no sabe nada. Se ha aprendido otro guión. No le está dando a Bobby lo que éste desea. No encaja en el papel. Todo ha terminado. Bobby ordena a Bruce que vierta ácido sobre las manos del actor. El rostro del hijo del primer ministro francés se contrae en una mueca de dolor mientras me mira, llorando inútilmente. Luego le cortan la pierna con la sierra.

21

El actor que encama al hijo del primer ministro francés no tarda en comprender, en el sótano de la casa del octavo o decimosexto *arrondissement*, que da lo mismo la vida que uno lleve. Se encontraba en la Riviera italiana, conduciendo un Mercedes descapotable, en un casino de Montecarlo, en Aspen, en una soleada terraza salpicada de nieve, y una chica que acababa de ganar la medalla de plata en la Olimpiada de las Modelos se alza de puntillas para besarlo con avidez. Estaba frente a un local en Nueva York llamado Spy, huyendo en una noche brumosa. Se reunía con cómicos negros de renombre, se apeaba de limusinas. Estaba subido en una montaña rusa, hablando por el móvil, junto a una chica drogada que espía su conversación. Estaba en pijama observando a su madre mientras ésta se tomaba un martini, a través de la ventana se percibía el destello de los relámpagos, y él acababa de poner sus iniciales en el dibujo de un oso polar que había hecho para ella. Le daba patadas a un balón a través de un gigantesco prado. Notaba la mirada de su padre fija en él. Habitaba en un palacio. La oscuridad, matizada, se curva hacia él, luminosa y danzante. Todo era tan arbitrario: promesas, dolor, deseo, gloria, aceptación. Oyó el sonido del obturador al dispararse una cámara, un bulto se precipitó sobre él, una figura cubierta con una capucha, y al caer sobre él, el actor vio la cabeza de un monstruo con el rostro de una mosca.

20

Asistimos a una cena en un apartamento situado en la Rue Paul Valéry, entre la Avenue Foch y la Victor Hugo. Reina un ambiente más bien sosegado porque una parte de las estrellas que estaban invitadas saltó hecha pedazos durante el atentado perpetrado ayer en el Ritz. La gente se consuela yendo de compras, lo cual es comprensible, aunque a decir verdad dedica un entusiasmo un tanto excesivo al hecho de adquirir meras baratijas. Esta noche la decoración consiste sólo en flores silvestres y lirios blancos; sólo están presentes el director de la oficina parisiense de W, Donna Karan, Aerin Lauder, Inès de la Fressange y Christian Louboutin, que se queja de que el otro día no le saludé, y puede que sea cierto pero a estas alturas me la trae floja. Sólo Annette Bening y Michael Stipe, con una peluca roja. Sólo Tammy, serena y con los ojos vidriosos debido a la heroína, con los labios hinchados por las inyecciones de colágeno, con la boca untada con bálsamo de cera de abejas, deslizándose a través de la sala, deteniéndose para escuchar a Kate Winslet, a Jean Reno, a Polly Walker, a Jacques Grange. Sólo el olor a mierda que flota en el ambiente; sus emanaciones se extienden por doquier. Sólo otra conversación con un elegante sádico obsesionado con las técnicas de origami. Sólo un manco que agita su muñón al tiempo que murmura eufórico: «¡Me han dicho que vendrá Natasha!». Sólo unas personas muy bronceadas que acaban de regresar del Ariel Sands Beach Club en las Bermudas, algunas de las cuales parecen haber mudado de piel. Sólo yo, que establezco unas relaciones basadas en el temor, que tengo vértigo, que me bebo un woo-woo.

El móvil de Bobby suena y él abandona la habitación, fumándose tranquilamente un puro que sostiene en la misma mano que sujeta el móvil, mientras con la otra se tapa la oreja para aislarse del barullo que reina en la habitación, Jamie aprovecha la ocasión y se acerca a mí.

—Ése está en el paraíso capilar —comenta señalando a Dominique Sirop. Jamie luce una minifalda que la hace parecer más esbelta y unos zapatos de mil quinientos dólares—. Esta noche estás guapísimo —añade, mordisqueando una galleta italiana.

—Desde más alto se llega más lejos —respondo.

—Tomo nota.

—Ya sé que no lo harás, pero fingiré que te creo.

—No, en serio —dice Jamie, ahuyentando a una mosca—. Estás muy elegante. Tienes un aspecto fantástico.

—¿Qué quieres? —pregunto, retrocediendo ante su abyecta presencia.

Detrás de ella veo entrar a Bobby apresuradamente en la habitación. Se detiene a hablar con nuestra anfitriona, sosteniéndole ambas manos, con expresión grave; nuestra anfitriona asiente afablemente a las mentiras que Bobby le está soltando en esos momentos. Lo cierto es que está un poco disgustada porque la gente se ha puesto a bailar en el hall, pero decide echarle valor al asunto.

En éstas Bobby se fija en Jamie y echa a andar hacia nosotros a través de la multitud, aunque se detiene cada dos por tres para saludar o despedirse de alguien.

—Ésa es una pregunta capciosa —contesta Jamie con frialdad.

—¿Sabes cuántas personas murieron ayer en el Ritz? —pregunto.

—No he llevado la cuenta —responde Jamie, y enseguida añade—: No seas tan morboso.

—Ése era Bertrand —dice Bobby a nadie en particular—. Me largo.

—Pareces cabreado —observa Jamie pausadamente—. ¿Qué ha ocurrido?

—Te lo contaré más tarde, en casa —responde Bobby. Toma la copa de champán que sostiene Jamie y se bebe la mitad del contenido.

—¿Por qué te marchas, Bobby? —pregunta Jamie discretamente—. ¿Adónde vas?

—Es que tengo una vida social más ajetreada que la tuya —contesta Bobby para quitársela de encima.

—Pero qué bestia —le espeta Jamie, sonriendo—. Eres un cafre.

—Quédate a cenar —dice Bobby consultando su reloj—. Y luego vete a casa. Regresaré a las once.

Bobby besa a Jamie en la boca tratando de aparentar serenidad, pero apenas consigue disimular su terror. Yo aparto la vista, pero se ha dado cuenta de que le estaba observando.

—¡Qué pasa! ¿Tengo monos en la cara? —dice irritado—. Estaré de vuelta en casa a las once. Puede que antes.

De camino hacia la puerta, Bobby se para detrás de Tammy, que escucha arrobada a un diler llamado Kaiser mientras se balancea de un lado a otro. Desde el otro lado de la habitación Bobby dice a Jamie moviendo tan sólo los labios: «Vigíla». Jamie asiente con un gesto.

—¿Se ha marchado Bobby? —pregunta Jamie.

—Esta, noche estás en excelente forma —espeto mirándola con rabia—. ¿Sabes cuántas personas murieron ayer en el Ritz?

—Te lo ruego, Victor —dice ella en tono sincero, afanándose en sonreír por si alguien nos observa. Pero los miembros del equipo de rodaje francés están agrupados alrededor de unas plañideras que no cesan de reír en un rincón del cavernoso cuarto de estar.

Se oye el zumbido de las licuadoras, en la chimenea chisporrotea el fuego y los móviles no dejan de sonar.

—Ayer mataron también al hijo del primer ministro francés —digo con calma a

fin de recalcar mis palabras—. Le cortaron la pierna con una sierra. Vi cómo murió. ¿Cómo has sido capaz de ponerte ese vestido? —le espeto, contemplándola con repugnancia.

—¿Se ha marchado Bobby? Dime si se ha ido o no.

—Sí —contesto asqueado—. Ya se ha ido.

Jamie se relaja.

—Tengo que decirte una cosa, Victor —dice atisbando por encima de mi hombro y hacia los lados.

—¿Qué? —pregunto—. Que de repente has crecido.

—No es eso —contesta Jamie pacientemente—. Tú y yo... No podemos seguir viéndonos.

—¿Ah, no? ¿Por qué? —pregunto echando una ojeada alrededor de la habitación.

—Es demasiado peligroso.

—¡No me digas! —exclamo con tono de guasa—. Ésa sí que es buena.

—En serio, de verdad.

—No quiero seguir hablando contigo.

—La situación se ha descontrolado —dice Jamie.

Yo me echo a reír a carcajadas hasta que un espasmo de temor hace que los ojos me lagrimeen y mi rostro se crispe en una mueca de angustia.

—¿Eso es todo? —pregunto entre toses y lágrimas, sorbiéndome los mocos—. ¿Se ha descontrolado? —Mi voz suena aflautada, casi afeminada.

—Victor...

—No observas la reglas del juego —replico. Siento una opresión en el pecho—. No te atienes al guión.

—Aquí no hay reglas que valgan, Victor —protesta Jamie. Tras una pausa repite—: Es demasiado peligroso.

—Siento una falta de progreso —respondo—. Tengo la sensación de que todos vivimos metidos en una caja.

—Supongo que ahora ya vas conociendo mejor a Bobby —dice Jamie—. Así es más fácil calibrar el factor del miedo, ¿verdad?

Una larga pausa.

—Supongo que sí —contesto sin mirar a Jamie.

—¿Pero seguirás... cerca de mí?

—Supongo que sí —repito—. Ya ves, qué tranquilizador.

—No te acerques a Bertrand Ripley.

—¿Por qué?

—Te odia.

—Eso explica que siempre me mire con cara de pocos amigos.

—Hablo en serio —insiste Jamie con tono casi implorante—. Aún te tiene rencor

—añade, tratando de sonreír al tiempo que saluda a alguien—. Desde los tiempos de Camden.

—¿A santo de qué? —pregunto con una mezcla de enojo y temor.

—Estaba enamorado de Lauren Hynde —responde Jamie—. Según él te portaste con ella como un cabrón. —Una pausa—. Tómalo en serio. —Otra pausa—. Ándate con cuidado.

—¿Es una broma o algún chiste francés?

—No te acerques a él —me advierte Jamie—. No le provoques.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Estamos... incomunicados —responde Jamie, encogiéndose de hombros.

Una pausa.

—¿Cuál es el grado de seguridad? —pregunto.

—¿Siempre y cuando no te acerques a él?

Yo asiento.

Por la mejilla de Jamie se desliza una minúscula lágrima, cambia de parecer y se evapora, mientras ella trata de sonreír.

—Medio —contesta.

—Me marcho —digo al cabo de unos momentos.

—Victor —Jamie me toca en el brazo antes de que me aleje.

—¿Qué pasa? —le contesto iritado—. Estoy echo polvo. Me marcho.

—Espera, Victor —dice Jamie.

Me detengo.

—En el ordenador, en la casa, hay un archivo —dice Jamie inspirando aire. Hace una pausa y saluda con la cabeza a un invitado—. El archivo se llama WINGS. — Pausa. Al volverse, añade—: Te aconsejo que le eches un vistazo.

—¿Por qué? —pregunto—. Ya nada me importa.

—Victor —empieza a decir Jamie—, creo que... sé quién era esa chica a la que conociste en el *Queen Elizabeth II*... —Jamie traga saliva, sin saber dónde mirar, tratando de controlarse sin conseguirlo—. La chica que desapareció del barco...

Yo la miro, impávido.

Cuando Jamie asimila mi reacción —el asco que me inspira— meneaba la cabeza y murmuraba:

—Da lo mismo, olvídalo.

—Me voy.

En el preciso instante en que echo a andar cae una lluvia de confeti.

Debido a la iluminación del apartamento, los extras tienen que andarse con

cuidado para no tropezar con los cables eléctricos y el traveling situados en medio del cuarto de estar. En el vestíbulo, el primer ayudante de dirección del equipo francés me entrega la hoja de rodaje de mañana. Russell —el tipo que se parece a Christian Bale— lleva unas gafas de sol pequeñas y redondas, se está fumando un porro y compara tallas de calzado con Dermot Mulroney. Al cabo de unos segundos me doy cuenta de que están hablando por sus respectivos móviles, no entre sí. Russell finge reconocermelo y grita «con voz de borracho»:

—¡Hola, Victor!

Yo fuerzo una sonrisa y le tiendo la mano.

—Eh, tío —dice Russell, apartándome la mano—. Hace meses que no nos vemos. —Me abraza con fuerza y mete algo en el bolsillo de mi chaqueta—. ¿Qué tal la fiesta? —pregunta, al tiempo que retrocede y me ofrece el porro. Yo declino su invitación con un gesto de la cabeza.

—Fantástica, total —respondo mordiéndome los labios—. Alucinante. Adiós. — Y me alejo.

—Genial —dice Russell dándome una palmada en la espalda y retomando su conversación por el móvil mientras Dermot Mulroney descorcha una botella de champán que sujeta entre las rodillas.

En el taxi que me conduce a la casa situada en el octavo o decimosexto *arrondissement* examino la tarjeta que Russell me ha metido en el bolsillo.

Una hora. Una fecha (mañana). Unas señas. Una esquina en la que debo detenerme. Indicaciones para llegar a esa esquina. Sugerencias sobre cómo debo comportarme. Todo ello en una letra minúscula que me esfuerzo en leer en el asiento trasero del taxi hasta que empiezo a sentir náuseas. Apoyo la cabeza en la ventanilla. El taxista pega un golpe de volante para evitar un vehículo que ha sufrido un pequeño accidente; veo unos policías patrullando pacientemente las calles armados con metralletas. Me duele la espalda. Irritado, busco una servilletita y empiezo a quitarme el maquillaje que me apliqué hace un rato.

Al llegar a la casa, después de pagar al taxista, pulso el código para desactivar la alarma. La puerta se abre con un clic.

Avanzo a través del patio.

El cuarto de estar está vacío, a excepción de los muebles que los técnicos franceses colocaron esta tarde junto a la pared para rodar la secuencia.

Sin quitarme el abrigo, me siento delante del ordenador. Está encendido. Pulso una tecla. Doy una orden.

Tecleo «Wings».

Una pausa.

En la pantalla aparece: WINGS MISIÓN 376.

Empiezan a aparecer unas letras. Empieza a revelarse un gráfico.

15 DE NOV.

BAND ON THE RUN

Debajo: 1985

A continuación: 511

Paso a otra página En la pantalla aparece un plano: una carretera, una ruta que conduce al aeropuerto Charles de Gaulle. Debajo de esto aparece el logo de Trans World Airlines.

TWA.

Nada más.

Comienzo a pulsar unas teclas para imprimir el archivo. Dos páginas.

No ocurre nada. Siento que la adrenalina circula por mis venas, respiro con dificultad. Entonces oigo cuatro bips en rápida sucesión.

Alguien ha entrado en el patio.

En éstas me doy cuenta de que la impresora no está conectada. Cuando la enciendo, emite un pequeño ruido seguido de un zumbido.

Pulso otra tecla: un flash.

Oigo voces fuera: Bobby y Bentley.

La página 1 de WINGS se imprime lentamente.

Oigo insertar unas llaves en las diversas cerraduras de la puerta de entrada.

La página 2 sigue a la página 1 del archivo WINGS, y queda encima.

Oigo abrirse unas puertas en el vestíbulo, unos pasos, unas voces.

Saco las dos hojas de la impresora, las oculto en el interior de mi chaqueta y apago el ordenador y la impresora. Acto seguido me siento en un sillón.

En éstas recuerdo que cuando entré el ordenador ya estaba conectado.

Me precipito hacia el ordenador, vuelvo a conectarlo y corro de nuevo a sentarme en el sillón.

Bobby y Bentley entran en el cuarto de estar, seguidos por varios miembros del equipo francés, entre los cuales se encuentran el director y el cámara.

Tengo la cabeza apoyada en las rodillas y el corazón me late con violencia.

Una voz —no estoy seguro de quién— pregunta:

—¿Qué haces aquí?

Yo guardo silencio. En la habitación hace un frío invernal.

—¿Victor? —pregunta Bobby—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Estoy mareado —contesto resollando. Alzo la vista y achico los ojos—. No me encuentro bien. —Una pausa—. Me he quedado sin Xanax.

Bentley mira a Bobby y, al pasar ante mí, murmura fríamente:

—No te jode.

Bobby mira al director; que me observa como si tratara de tomar una decisión. Por fin el director hace un gesto con la cabeza a Bobby.

Bobby se encoge de hombros, se deja caer en un sofá, se suelta el nudo de la corbata y se quita la chaqueta. El hombro de su camisa blanca de Comme des Garçons está manchado con unas gotas de sangre. Bobby emite un suspiro.

Bentley reaparece al cabo de unos momentos y ofrece a Bobby una copa.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, más que nada para oír su voz—. ¿Por qué os fuisteis de la fiesta?

—Hubo un accidente —responde Bobby—. Ha ocurrido... un percance.

Bobby bebe un trago.

—¿Qué? —pregunto.

—Bruce Rhinebeck ha muerto —contesta Bobby, sin mirarme, llevándose de nuevo la copa a los labios con un pulso envidiable.

Bobby no espera a que le pregunte qué ocurrió, cosa que de todos modos yo no tenía la menor intención de hacer.

—Estaba desactivando una bomba en el apartamento del Quai de Béthune. — Bobby suspira, pero no entra en detalles—. Mala suerte.

Permanezco inmóvil tanto rato como me es posible sin volverme completamente loco. De pronto el director me indica que me levante, cosa que hago, temblando.

—Me voy... a acostar —digo. Luego levanto el dedo y añado—: Arriba.

Bobby se limita a observarme con indiferencia, sin decir nada.

—Estoy... hecho polvo. —Echo a andar hacia la escalera—. No me sostengo en pie.

—Victor —dice Bobby de pronto.

—¿Sí? —contesto, volviéndome, procurando relajar los músculos de mi rostro.

—¿Qué es eso? —pregunta Bobby.

De golpe me doy cuenta de que estoy cubierto por un sudor viscoso y mi estómago no cesa de regurgitar un chorro de ácido tras otro.

—¿Qué? —inquiero.

—Eso que asoma de tu bolsillo —contesta Bobby señalando mi chaqueta.

Yo bajo la vista con aire inocente.

—¿A qué te refieres?

Bobby se levanta del sofá y se dirige a mí tan rápidamente que está a punto de chocar conmigo. Acto seguido me arranca del bolsillo de la chaqueta el papel que tanto le ha intrigado.

Lo examina, por un lado y por otro, y luego me mira fijamente.

Me devuelve el papel con gesto adusto. Observo que tiene unas gotas de sudor en las sienes, en el caballete de la nariz, en la piel bajo los ojos. Esboza una sonrisa espeluznante: un rictus.

Temblando tomo la hoja con mano sudorosa.

—¿Qué es? —pregunto.

—Vete a la cama —responde Bobby, y da media vuelta.

Yo miro la hoja.

Es la información sobre la hoja de rodaje que me entregó el primer ayudante de dirección cuando me marché de la fiesta organizada en la Rue Paul Valéry.

—Siento mucho lo de Bruce —digo, pero me parece que no consigo engañarme ni a mí.

El piso de arriba. Estoy acostado, muerto de frío, con la puerta cerrada con llave. Devoro varias pastillas de Xanax, pero no logro conciliar el sueño. Empiezo a masturbarme una docena de veces, pero paro al darme cuenta de que no consigo nada con ello. Trato de no oír los gritos que suenan abajo colocándome los auriculares del Walkman, pero alguien del equipo de rodaje francés ha metido una cinta de noventa minutos en la que sólo suena «Heroes», de David Bowie, que se repite una y otra vez, sin solución de continuidad, otro crimen con su propia lógica. Me pongo a contar las muertes en las que no he participado: sellos de correo con toxina en la cola, páginas de libros untadas con sustancias químicas que al tocarlas la palmas al cabo de unas horas, trajes de Armani saturados con tal cantidad de veneno que la víctima que se lo pone lo absorbe a través de la piel antes de que concluya el día.

A las once Tammy entra por fin en la habitación, sosteniendo un ramo de lirios blancos. Tiene los brazos repletos de llagas, en su mayoría concentradas en un punto junto al codo. Jamie entra tras ella. He leído la escena y sé cómo debo representarla. Cuando comunican a Jamie que Bruce ha muerto ésta se limita a responder «Vaya». (Pero Jamie sabía lo que iba a ocurrirle a Bruce Rhinebeck, lo sabía ya en Londres, lo sabía cuando llegamos a París, lo sabía la primera tarde que jugó al tenis con Bruce, lo sabía desde el principio).

Cuando Bobby informa a Tammy ésta le mira con expresión vacua, perpleja. Acto seguido Jamie toma los lirios que sostiene Tammy, quien relaja la mano. «Mentiroso», murmura Tammy, y cuando consigue asimilar la débil sonrisa de Bobby repite: «Mentiroso». Tras éste se encuentran los miembros del equipo francés; la cámara filma la reacción de Tammy, que se siente desfallecer. En éstas comienza a gritar y a gemir como una posesa. Ni siquiera se molesta en preguntarse por qué apareció Bobby en su vida. Los otros le aconsejan que se acueste, que se olvide

cuanto antes de Bruce, le explican que fue él quien asesinó al hijo del primer ministro francés, le dicen que debe dar gracias a Dios por haber salido indemne, mientras Bentley (por increíble que parezca) se pone a preparar una ensalada.

Dentro de la casa situada en el octavo o decimosexto *arrondissement* reverbera la preocupación por las consecuencias de la muerte de Bruce; debido a ello no me dan ningún encargo y todos están tan distraídos que yo consigo largarme tan campante. Interminables conversaciones sobre cambios en los créditos del filme, recortes de presupuesto, el alquiler de una grúa de veinticinco metros de altura, la fecha del estreno, un productor en Los Angeles que está de los nervios debido a las modificaciones en el guión. Antes de marcharme ruedo una escena con Tammy sobre las reacciones de nuestros personajes tras la muerte de Bruce (un accidente de moto, un camión cargado con sandías, Atenas, una curva mal calculada), pero dado que Tammy es incapaz de articular una frase y menos aún realizar el más simple movimiento, pronuncio mi parlamento de pie en un pasillo mientras una ayudante de producción recita la parte de Tammy de un modo infinitamente más convincente que ella (supongo que luego insertarán unos planos de Tammy). Para el final de la escena, colocan una peluca en la cabeza de otra ayudante de producción y la gigantesca Panaflex enfoca mi rostro «triste pero esperanzado» mientras la ayudante de producción y yo nos abrazamos. Jamie finge pasar olímpicamente de mí, o a lo mejor es que no quiere reparar en mi presencia mientras permanece sentada delante del ordenador en el cuarto de estar —donde examina diagramas y descodifica e-mails con rostro impasible—, mientras yo paso ante ella sin dignarme mirarla siquiera. Fuera, el cielo está gris, nublado. Un bloque de apartamentos en el Quai de Béthune. Doblo la esquina en el Pont de Sully. Un Citroën negro está aparcado junto a la acera en la Rue Saint-Louise-en-l'Isle y al ver el coche me dirijo apresuradamente hacia él. Russell nos conduce hasta un bloque de apartamentos en la Avenue Verdier, en el distrito de Montrouge. Yo llevo una Walther automática del 25. He doblado las hojas impresas del archivo WINGS y me las he metido en el bolsillo de mi cazadora negra de Prada.

Ingiero una pastilla de Xanax que se me queda atravesada y chupo un Mentos para eliminar el sabor de la primera.

Russell y yo subimos apresuradamente tres tramos de escalera.

En el cuarto piso penetramos en un apartamento desprovisto de muebles excepto por seis sillas plegables blancas. Los muros están pintados de color escarlata y negro; en un rincón hay unas cajas apiladas formando elevadas columnas. Un pequeño televisor está conectado a un VCR que reposa sobre una caja. Unas lámparas situadas en diversos puntos del apartamento rompen de vez en cuando la oscuridad. Hace tanto frío que el suelo está cubierto de escarcha.

F. Fred Palakon está sentado en una de las sillas plegables blancas junto a dos de sus colaboradores, a los cuales me presenta como David Crater y Laurence Delta;

todos van vestidos con trajes negros, todos son algo mayores que yo. Encienden unos cigarrillos, abren unas carpetas, nos ofrecen una taza de café Starbucks, que aceptamos y bebemos a sorbitos.

Me siento en una de las sillas plegables blancas, frente a ellos, y de golpe reparo en un japonés que está sentado en un rincón, en una silla plegable blanca junto a una ventana cubierta con unas cortinas de terciopelo. Es bastante mayor que los otros — más gordo, con un aire más apático—, pero resulta difícil precisar su edad. El japonés está reclinado hacia atrás, con el rostro en sombras, y no me quita ojo.

Russell no cesa de pasearse arriba y abajo de la habitación, hablando en voz baja por el móvil. Por fin lo cierra, se acerca a Palakon y murmura algo que disgusta a éste.

—¿Estás seguro? —pregunta Palakon.

Russell cierra los ojos y suspira mientras asiente con la cabeza.

—De acuerdo —dice Palakon—. En ese caso no disponemos de mucho tiempo.

Russell se coloca junto a la puerta, a mis espaldas; yo me vuelvo para asegurarme de que no piensa marcharse y dejarme ahí plantado.

—Le agradezco que haya venido, señor Ward —dice Palakon—. Veo que ha seguido las instrucciones al pie de la letra.

—Ya, bueno... de nada.

—Es preciso que seamos breves —prosigue Palakon—. No disponemos de mucho tiempo. Sólo quería presentarle a mis colaboradores —Palakon señala con la cabeza a Delta y a Crater— y mantener con usted una entrevista preliminar. Queremos que verifique unos datos, que mire unas fotografías; nada más.

—Un momento, un momento... ¿quiere decir que el problema no se ha resuelto? —pregunto con voz entrecortada.

—No, todavía no... —titubea Palakon—. He informado a David y a Laurence de lo que me refirió usted hace un par de días y vamos a buscar el medio de sacarle de esta... —Palakon no logra dar con la palabra. Yo espero a que concluya la frase—. De esta... situación.

—Vale, vale, muy bien —contesto nervioso; cruzo las piernas pero luego vuelvo a cambiar de postura—. ¿Unos datos? Vale. ¿Unas fotos? De acuerdo. Venga. Vamos a ello.

Una pausa.

—Esto, señor Ward —dice Palakon con cierta reticencia.

—¿Sí?

—¿Le importaría...? —Palakon carraspea—. ¿Le molestaría quitarse las gafas de sol?

Una pausa más larga, hasta que caigo en la cuenta.

—Ah, sí. Disculpe.

—Señor Ward —empieza a decir Palakon—, ¿cuánto tiempo lleva viviendo en esa casa?

—No... lo sé —respondo, tratando de hacer memoria—. ¿Desde que llegamos a París, quizá?

—¿En qué fecha? —pregunta Palakon—. Necesitamos la fecha exacta.

—Hace unas dos semanas... —Pausa—. O quizá sean cuatro.

Crater y Delta se miran.

—Vaya... en realidad no estoy seguro... En fin, soy un desastre para las fechas.

Trato de sonreír y los otros tuercen el gesto; es evidente que mi actuación no les impresiona lo más mínimo.

—Lo siento —murmuro—. Lo siento...

Una mosca revolotea por la habitación, emitiendo un intenso zumbido. Por más que intento relajarme no lo consigo.

—Queremos que especifique qué personas viven en la casa con usted —dice Palakon.

—Es un... equipo —respondo—. Forman un equipo.

Palakon, Delta y Crater me miran, perplejos.

—Sí. De acuerdo. —Cruzo y descruzo las piernas por enésima vez, sin dejar de tiritar—. Sí. La casa. Sí.

Palakon lee en voz alta una hoja de su carpeta:

—Jamie Fields, Bobby Hughes, Tammy Devol, Bentley Harrolds, Bruce Rhinebeck...

—Bruce Rhinebeck ha muerto —le interrumpo.

Un silencio profesional. Crater mira a Delta, y Delta, manteniendo la vista al frente, sin devolverle la mirada, asiente con un gesto.

—¿Puede confirmar ese dato? —pregunta Palakon.

—Sí, sí —murmuro—. Está muerto del todo.

Palakon da la vuelta a una hoja y anota algo.

—¿Y Bertrand Ripleys? ¿Vive también en la casa?

—¿Bertrand? —me extraño—. No, no vive en la casa. No.

—¿Está seguro? —insiste Palakon.

—Desde luego —respondo—. Segurísimo. Estudié en Camden con él, de modo que le conozco bien. Si viviera en la casa, le aseguro que yo lo sabría.

En aquel instante caigo en la cuenta de que probablemente no lo sabría, que no es fácil saber si Bertrand Ripleys vive con nosotros en la casa del octavo o decimosexto *arrondissement* porque es una casa enorme que siempre está cambiando de aspecto y a la que añaden continuamente nuevas habitaciones.

Palakon se inclina hacia mí y me entrega una fotografía.

—¿Es éste Bertrand Ripleys? —pregunta.

Podría ser la foto de un anuncio de Armani tomada por Herb Ritts: un desierto, el atractivo rostro de Bertrand mirando a la cámara con displicencia, con las mandíbulas tensas y los labios fruncidos en un mohín muy seductor, luciendo unas gafas de sol pequeñas para poner de relieve la perfección de su hermoso cráneo. Pero no: en realidad se está apeando de una furgoneta, sin percatarse de que le fotografían de lejos con un teleobjetivo, armado con una metralleta Skorpions y luciendo una camiseta de Tommy Hilfiger.

—Sí, es él —respondo en tono inexpresivo, y devuelvo la foto a Palakon—. Pero no vive en la casa.

—¿Alguno de los ocupantes de la casa tiene tratos con Bertrand Ripleys? —inquire Crater.

—Sí —respondo—. Creo que todos ellos.

—No —tercia Palakon—. Usted no tiene tratos con él, ¿no es cierto señor Ward?

—Ah —contesto—. Claro, yo no.

Palakon toma nota. Un largo silencio. Más notas.

Yo miro al japonés, que me observa impávido.

Palakon se inclina y me entrega otra fotografía, que al mirarla me produce un escalofrío.

Es un primer plano de Sam Ho y en la parte inferior aparecen escritas unas palabras en alguna lengua asiática.

—¿Reronoce a esa persona? —pregunta Palakon.

—Sí, es Sam Ho —contesto y enseguida rompo a llorar. Inclino la cabeza y clavo la vista en mis pies sin dejar de sollozar histéricamente, boqueando.

Oigo el murmullo de papeles, un sonido extraño provocado por mi intempestiva reacción.

Respiro hondo y trato de recuperar el control.

—Bruce Rhinebeck y Bobby Hughes lo mataron en Londres después de torturarlo, hace un mes —declaró. Luego prorrumpo de nuevo en sollozos.

Después de un minuto como mínimo, por fin consigo reprimir el llanto. Trago saliva y carraspeo. Russell me ofrece un kleenex.

—Lo siento —digo. Me sueno la nariz.

—Créame, señor Ward, no nos gusta verle tan trastornado —dice Palakon—. ¿Se siente bien? ¿Puede continuar?

—Sí, sí, estoy bien —respondo; carraspeo un poco más y me seco las mejillas.

Palakon se inclina hacia mí y me pasa otra foto.

Sam Ho aparece de pie en una playa, que parece South Beach, acompañado de Mariah Carey y Dave Grohl, escuchando con atención algo que les cuenta K. D. Lang. Al fondo se ven unas personas instalando focos, sosteniendo platos de comida, con talante sosegado, hablando por sus móviles.

—Sí, ése también es él —digo, sonándome de nuevo la nariz.

Crater, Delta y Palakon intercambian unas miradas cargadas de significado, tras lo cual vuelven a fijar la vista en mí.

Mientras observo al japonés Palakon dice:

—Esta foto de Sam Ho fue tomada en Miami. —Hace una pausa.

—¿Ah, sí? —pregunto.

—La semana pasada —declara Palakon.

Tratando de disimular mi sorpresa, me recobro rápidamente de la impresión causada por las palabras «la semana pasada» y respondo con frialdad:

—Entonces no puede ser él. No es Sam Ho.

Delta se vuelve para observar al japonés.

Crater se inclina hacia Palakon y con el bolígrafo señala algo dentro de la carpeta que sostiene éste sobre las rodillas.

Palakon asiente con aire enojado.

Yo me echo a temblar.

—Son unos maestros manipulando fotografías —digo—. Ayer vi a Bentley Harrolds en plena faena. Lo hacen continuamente...

—Señor Ward, estas fotografías han sido examinadas por un laboratorio muy competente y no han sido manipuladas en modo alguno.

—¿Cómo lo sabe? —le espeto.

—Tenemos los negativos —responde Palakon secamente.

Pausa.

—¿No pueden manipularse los negativos? —pregunto.

—Los negativos no fueron manipulados, señor Ward.

—Pero en ese caso..., ¿quién demonios es ese tipo? —pregunto. Me revuelvo en la silla y me estrujo las manos, luego las separo tras no pocos esfuerzos—. Un momento, un momentito...

—¿Sí, señor Ward? —pregunta Palakon.

—No me estarán gastando una broma... —Escrueto la habitación en busca de indicios de focos, alguna prueba oculta que demuestre que antes ha estado aquí un equipo de rodaje o que en estos momentos se encuentra en el apartamento contiguo, filmando a través de unos orificios practicados estratégicamente en los muros de color escarlata y negro.

—¿A qué se refiere, señor Ward? —pregunta Palakon.

—Quiero decir. ¿Esto es una película? —pregunto, sin dejar de revolverme en la silla—. ¿Nos están filmando?

—No, señor Ward —contesta Palakon sin perder la calma—. Esto no es una película; no le están filmando.

Crater y Delta me miran fijamente, como alelados. La realidad es que no

entienden nada.

El japonés se inclina hacia adelante, pero no el tiempo suficiente para que yo vea su rostro con detalle.

—Pero... yo... —Miro de nuevo la foto de Sam Ho—. Yo no... —Respiro con dificultad y como el aire en la habitación es tan frío y enrarecido, los pulmones me escuecen—. Ellos..., escuchen, ellos... Creo que utilizan dobles. No sé cómo lo hacen pero utilizan dobles. Ése no es Sam Ho; es otra persona... Quiero decir... Creo que utilizan dobles, Palakon.

—Palakon —tercia Crater en tono admonitorio.

Palakon me mira, perplejo.

Busco en mi bolsillo otra pastilla de Xanax y cambio de postura para evitar que se me duerman los brazos y las piernas. Dejo que Russell encienda el cigarrillo que me ha ofrecido alguien, pero tiene un sabor raro y lo lanzo al suelo. El cigarrillo aterriza sobre un charco de hielo fundido.

Delta toma su taza de Starbucks.

Me entregan otra foto.

Marina Gibson. Un sencillo primer plano, reproducido sobre una copia de ocho por diez bastante mala.

—Es la chica que conocí a bordo del *Queen Elizabeth II* —digo—. ¿Dónde está? ¿Qué le ha ocurrido? ¿Cuándo tomaron esa foto? —Luego, conteniendo mi nerviosismo, pregunto—: ¿Está bien?

Palakon hace una breve pausa antes de responder.

—Creemos que ha muerto.

—¿Cómo? —pregunto con voz entrecortada—. ¿Cómo lo saben?

—Señor Johnson —contesta Crater, inclinándose hacia mí—, creemos que enviaron a esa mujer para advertirle.

—Un momento —exclamo, incapaz de seguir sosteniendo la foto—. ¿Que la enviaron para advertirme? ¿Sobre qué? Un momento, joder...

—Eso es lo que tratamos de averiguar, señor Johnson —responde Delta.

Palakon se inclina hacia el vídeo y pulsa el botón Play. Unas imágenes tomadas con una cámara doméstica, de una calidad sorprendente. Es el *Queen Elizabeth II*. Durante unos instantes, la actriz que hace el papel de Lorrie Wallace se apoya en la barandilla, muy modosita ella, con la cabeza ladeada, contemplando el océano y sonriendo a la persona que se halla detrás de la cámara.

Las imágenes pasan a un plano de Marina yaciendo en una tumbona, luciendo un pantalón pirata con estampado de leopardo, un top de gasa y unas gigantescas gafas de sol con montura de carey que le tapan la mitad de la cara.

—Es ella —afirmo—. Es la chica que conocí en el barco. ¿Cómo consiguieron esta cinta? Es la chica con la que pensaba ir a París.

Palakon hace una pausa, fingiendo que consulta sus papeles, y por fin responde en tono apesadumbrado:

—Creemos que ha muerto.

—Como le decía, señor Johnson —interviene Crater, inclinándose hacia mí en un gesto un tanto agresivo—, creemos que enviaron a Marina Cannon para advertirle...

—Eh, eh, un momento —le interrumpo—. Se llamaba Gibson.

—No, se llamaba Cannon —afirma Delta—. Se llamaba Marina Cannon.

—Pero bueno, un momento —digo—. ¿Quién la envió? ¿Dé qué tenía que advertirme?

—Eso es precisamente lo que tratamos de averiguar —repite Palakon en un tono que sugiere que está teniendo una paciencia infinita conmigo.

—Creemos que el responsable fue la persona que quería impedir que se pusiera usted en contacto con Jamie Fields, y por ende con Bobby Hughes, cuando llegara a Londres —me explica Crater—. Creemos que la enviaron para que le distrajera. Como alternativa.

—¿Como alternativa? —pregunto—. ¿Y se puede saber qué coño significa eso?

—Señor Ward... —empieza a decir Palakon.

—Jamie me dijo que la conoce —suelto de repente—. ¿Por qué iba a querer Marina impedir que me pusiera en contacto con ella, si las dos se conocen?

—¿Le dijo Jamie Fields cómo la conoció? ¿Y en qué circunstancias se produjo el encuentro? —inquire Palakon—. ¿Le dijo Jamie Fields qué tipo de relación mantenían?

—No... —murmuro—. No.

—¿No se le ocurrió preguntárselo? —exclaman Crater y Delta al unísono.

—Pues no, la verdad —respondo aturdido—. No. Lo siento, pero no...

—Palakon —dice Russell a mis espaldas.

—Sí, sí —contesta Palakon.

En la pantalla del televisor aparecen unas imágenes de la cubierta del barco; cada vez que Marina mira hacia la cámara, ésta enfoca acto seguido a Lorrie Wallace. Pero en un momento dado la cámara se detiene en Marina, que la observa casi con actitud desafiante.

—¿Dónde consiguió este vídeo? —pregunto.

—No es un vídeo original —contesta Delta—. Es una copia.

—¿Y a mí qué me importa? Eso no contesta mi pregunta —protesto, tensando las mandíbulas.

—No importa cómo lo conseguimos —replica Delta.

—Ya, lo grabaron los Wallace —comento, observando la pantalla del televisor—. Quítenlo.

—¿Los Wallace? —pregunta uno de los presentes.

—Sí —contesto—, los Wallace. Un matrimonio inglés. No recuerdo a qué se dedican, aunque en algún momento me lo dijeron. Creo que ella tenía unos restaurantes o no sé qué. Da lo mismo. Quítenlo, no quiero verlo.

—¿Cómo los conoció? —pregunta Palakon, pulsando un botón para cambiar del vídeo a la televisión.

—No lo sé. Estaban en el barco. Se presentaron ellos mismos. Cenamos juntos — respondo con voz plañidera, restregándome la cara—. Dijeron que conocían a mi padre...

Entre los tres hombres sentados ante mí se produce una conexión automática y casi audible.

—Mierda —exclama Delta.

—Joder, joder, joder —murmura Crater inmediatamente.

Palakon asiente con la cabeza en un gesto involuntario, abriendo un poco la boca para asimilar mejor el bombazo que acabo de soltar.

Delta escribe apresuradamente algo en los papeles que sostiene sobre las rodillas.

—Joder, joder, joder —sigue murmurando Crater.

El japonés enciende un cigarrillo; la llama de la cerilla ilumina brevemente su rostro. Por su expresión deduzco que está molesto.

—¿Palakon? —dice Russell a mis espaldas.

Palakon alza la vista, sobresaltado.

Yo me vuelvo.

Russell da unos golpecitos en su reloj. Palakon asiente irritado.

—¿No le hizo ninguna pregunta Marina Cannon? —inquire Delta, que se inclina hacia mí.

—Mierda —farfullo—. Y yo qué sé. ¿Qué tipo de pregunta?

—¿No le preguntó si...? —empieza a decir Crater.

De pronto me acuerdo de una cosa e interrumpo a Crater para responder.

—Me preguntó si alguien me había pedido que llevara un objeto a Inglaterra.

«Su precipitada marcha del Queen's Grill, la llamada urgente que hizo más tarde. Yo estaba borracho y mirándome al espejo en mi camarote, sonriendo como un idiota. El baño lleno de sangre. ¿Qué otra persona, aparte de Bobby Hughes, sabía que ella estaba a bordo de ese barco? Y tú te dirigías a otro país. El tatuaje negro y desvaído de su hombro».

Me limpio el sudor de la frente; siento como si la habitación empezara a dar vueltas, pero enseguida recobro el control.

—¿Qué clase de objeto? —pregunta Palakon.

Me devano los sesos, tratando de dar con la respuesta.

—Creo que se refería... —Alzo la vista y miro a Palakon—. Bueno, pues al sombrero.

Todos se apresuran a tomar nota de mi respuesta. Aguardan a que yo continúe, a que les facilite más detalles, pero como no puedo, Palakon interviene para preguntar:

—Pero el sombrero desapareció del barco, ¿no es así?

Yo asiento lentamente.

—Pero es posible... Creo que... es posible que ella se lo llevara y... se lo diera a alguien.

—No —murmura Delta—. Según nuestras fuentes no fue así.

—¿Sus fuentes? —pregunto—. ¿Y quién coño son sus fuentes?

—Señor Ward —empieza a decir Palakon—. Se lo explicaremos más adelante, de modo que le ruego...

—¿Qué coño había en ese sombrero? —le corto bruscamente—. ¿Por qué me pidieron que lo trajera? ¿Por qué lo encontré hecho una piltrafa? ¿Qué había en ese dichoso sombrero?

—Señor Ward, Victor, le prometo que durante nuestra próxima entrevista se lo explicaré todo —asegura Palakon—. Pero ahora no tenemos tiempo...

—¿Qué quiere decir? —le espeto, aterrorizado—. ¿Que tiene asuntos más importantes que atender? ¡Joder, Palakon! No tengo ni puta idea de lo que está pasando y...

—Queremos mostrarle otras fotografías —me interrumpe. Palakon, entregándome tres copias de ocho por diez.

Dos personas vestidas con prendas veraniegas en una playa. Kilómetros de arena húmeda. A sus espaldas se extiende el mar. El sol derrama sobre la pareja una luz blanca, con una orla violácea. Su pelo revuelto indica que soplaba viento. El hombre se toma una copa servida en una cáscara de coco. Ella aspira el perfume de una guirlanda color violeta que cuelga en torno a su cuello. En otra foto (improbable) ella posa acariciando a un cisne. Detrás de ella se ve a Bobby Hughes con una sonrisa (aún más improbable) de lo más afable. En la última foto Bobby Hughes aparece arrodillado junto a la chica, ayudándola a cortar un tulipán.

La chica que aparece en las tres fotografías es Lauren Hynde.

Yo rompo a llorar de nuevo.

—Es... Lauren Hynde.

Tras una larga pausa, alguien pregunta:

—¿Cuándo vio a Lauren Hynde o habló por última vez con ella, Victor?

Yo no ceso de llorar, incapaz de serenarme.

—¿Victor? —pregunta Palakon.

—¿Qué hace ella con él? —gimo.

—Victor, la conoció en Camden, según tengo entendido —explica Palakon en voz baja a sus colegas, una puntualización que no viene a cuento. Yo asiento en silencio, incapaz de alzar la cabeza.

—¿Y después? —pregunta alguien—. ¿Cuándo vio por última vez a Lauren Hynde?

Sin dejar de sollozar, consigo decir:

—La vi el mes pasado, en Manhattan. Fue en un Tower Records.

En éstas empieza a sonar el móvil de Russell y el ruidito nos sobresalta a todos.

—De acuerdo —oigo decir a Russell.

Después de cerrar el móvil éste indica a Palakon que ya es hora.

—Debemos irnos —dice Russell—. Se hace tarde.

—Seguiremos en contacto, señor Johnson —dice Delta.

Mientras me seco la cara, introduzco la mano en el bolsillo de la chaqueta.

—Sí, ha sido una entrevista... muy esclarecedora —observa Crater, cosa que no se cree ni él.

—Tenga. —Haciendo caso omiso de Crater, que alarga la mano hacia mí, entrego a Palakon las hojas impresas con el archivo WINGS—. Encontré esto en el ordenador que hay en la casa. No sé qué significa.

—Gracias, Victor —dice en tono sincero, pero el tío se guarda las hojas en la carpeta sin mirarlas siquiera—. Quiero que se calme, Victor. Seguiremos en contacto. Quizá nos veamos mañana mismo...

—Pero desde la última vez que nos vimos, Palakon, han volado un hotel —me exaspero—. Y han asesinado al hijo del primer ministro francés.

—Señor Ward —contesta Palakon suavemente—, otras facciones se han atribuido el atentado del Ritz.

—¿Qué otras facciones? —grito—. Fueron ellos. Bruce Rhinebeck colocó una bomba en el Ritz. No hay otras facciones que valgan. La facción son ellos.

—Realmente, señor Ward...

—Me da la impresión de que mi seguridad le importa una puta mierda, Palakon —protesto, atragantándome.

—Eso no es cierto, señor Ward —replica Palakon, que se pone en pie. Yo hago otro tanto.

—¿Por qué me envió a Londres para que la localizara? ¿Por qué me encargó que localizara a Jamie Fields? —Cuando me dispongo a agarrar a Palakon por las solapas, Russell se apresura a impedírmelo.

—Se lo ruego, señor Ward —dice Palakon—. Ahora debe marcharse. Estaremos en contacto.

Yo me abrazo a Russell, quien me sujeta para evitar que me desplome.

—Ya nada me importa, Palakon. No existe nada en este mundo que me importe.

—Yo creo que sí, señor Ward.

—¿Por qué? —pregunto, desconcertado—. ¿Por qué cree eso?

—Porque si no le importara nada no estaría usted aquí.

Tardo unos momentos en asimilar su respuesta.

—Eh, Palakon —respondo, pasmado—. No he dicho que no estuviera cagado de miedo.

18

Russell baja precipitadamente la escalera del edificio situado en Avenue Verdier, salvando los peldaños de dos en dos. Yo le sigo dando traspiés, sujetándome a la balaustrada de mármol, que está recubierta por una capa de hielo tan espesa que me quema la mano. Una vez en la calle, alzo esa mano, resoplando, y suplico a Russell que frene la marcha.

—Imposible —contesta Russell—. Debemos largarnos ahora mismo.

—¿Por qué? —pregunto en vano, inclinándome hacia adelante y tratando de recuperar el resuello.

Me dejo arrastrar a toda velocidad hacia el Citroën negro, pero de pronto Russell se detiene y recobra la compostura.

Desorientado, endezco la espalda. Russell me da un codazo disimuladamente.

Yo me vuelvo hacia él, confundido. Russell finge sonreír a alguien.

Jamie Fields avanza tambaleándose hacia nosotros, sosteniendo una bolsita de papel. Va sin maquillar, vestida con una sudadera, el pelo recogido en una coleta. Lleva unas gafas de sol de Gucci.

A sus espaldas veo al equipo de rodaje francés cargando el material en una furgoneta azul aparcada en doble fila en la avenida Verdier.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Jamie, bajándose las gafas.

—Bueno, ya ves —digo por decir, gesticulando de forma ambigua.

—¿Qué pasa? —me pregunta Jamie, intrigada—. ¿Qué ocurre, Victor?

—No, nada, que pasaba por aquí —respondo vagamente, semiatontado—. Yo... esto, pasaba por aquí.

Pausa.

—¿Qué? —pregunta Jamie echándose a reír, como si no me hubiera oído—. ¿Que pasabas por aquí? Oye, ¿estás bien?

—Claro, tía, mejor imposible —contesto, gesticulando de forma ambigua—. Parece que va a llover, ¿no?

—Estás pálido —observa Jamie—. Parece como si hubieras estado llorando — agrega tocándome la cara. Yo me aparto casi sin darme cuenta.

—No, no —respondo—. Pero qué dices; no he estado llorando, es que he bostezado. Todo va estupendamente, perfecto.

—Ah —dice Jamie, tras lo cual se produce una larga pausa.

—¡Qué casualidad! —comento. Otra larga pausa.

—¿Pero qué estabas haciendo por aquí? —insiste Jamie.

—Pues nada, tía, ya te lo he dicho: pasaba por aquí con... —miro a Russell— mi amigo y... —Al cabo de unos segundos se me ocurre decir—: Me está dando clases de francés.

Jamie me observa en silencio.

—Como sabes, no hablo una palabra de francés. Así que... —Me encojo de hombros.

Jamie sigue observándome fijamente. Silencio.

—Ni-una-palabra —recalco un tanto forzosamente.

—Vale —responde Jamie, mirando a Russell—. Tu cara me suena, ¿no nos conocemos?

—No lo creo —contesta Russell—. Pero quizá sí.

—Jamie Fields —dice Jamie, extendiendo la mano.

—Christian Bale —contesta Russell, estrechándosela.

—Ya sabía yo que te conocía de algo —comenta ella—. Eres el actor.

—Pues sí —asiente Russell con un gesto un tanto infantil—. Yo también te he reconocido.

—Aquí todos somos famosos —intervengo un tanto absurdamente, forzando una sonrisa—. Qué gracia, ¿no?

—Me impresionó tu trabajo en *Captar onda* y *Gente enrollada* —dice Jamie sin doblez aparente.

—Gracias —contesta Russell sin dejar de asentir con la cabeza.

—Y también en *Enganchado* —continúa Jamie—. Estabas sensacional.

—Muchas gracias —responde Russell, que se sonroja y sonrío tal como indica el guión—. Eres muy amable. Te lo agradezco.

—Sí, en *Enganchado* estabas genial —murmura Jamie, mientras observa a Russell con aire pensativo.

Una larga pausa que aprovecho para observar a los técnicos franceses mientras recogen la cámara y la instalan en la parte posterior de la furgoneta. El director me saluda con la cabeza, pero yo me abstengo de devolverle el gesto. Del interior de la furgoneta brotan las notas de «Knowing Me, Knowing You», de ABBA, una canción que me recuerda algo. Entorno los ojos, devanándome los sesos. En éstas el director echa a andar hacia nosotros.

—¿Qué estás haciendo en París? —pregunta Jamie a Russell.

—Nada, pasearme por la ciudad —contesta Russell, echándole valor al asunto.

—¿Y dar clases de francés? —pregunta Jamie, que ríe un tanto cohibida.

—Eso es un favor personal —contesto, echándome también a reír—. Me debía un favor.

A nuestras espaldas, Palakon, Delta y Crater salen por la puerta principal del bloque de apartamentos —ataviados con unos abrigos y unas gafas de sol— sin el japonés. Pasan frente a nosotros y echan a andar manzana abajo, charlando entre sí.

Jamie sigue observando a Russell, por lo que apenas repara en ellos. Pero el director se detiene bruscamente al fijarse en Palakon cuando éste pasa ante él. Me mira y luego observa de nuevo a Palakon, visiblemente preocupado, tenso.

—Es un favor —dice Russell, poniéndose sus gafas de sol Diesel—. En estos momentos no tengo trabajo.

—Sí, en estos momentos no tiene trabajo —apostillo—. Espera un papel que le llene, que sea digno de su talento.

—Tengo que irme —dice Russell—. Te llamo más tarde, Victor. Encantado de conocerte, Jamie.

—Vale —responde Jamie, algo insegura—. Igualmente.

—Paz —dice Russell antes de marcharse—. Estaremos en contacto, Victor. Au revoir.

—Vale —balbuceo—. Bonjour, colega —añado—. *Oui, monsieur.*

Jamie se planta frente a mí, con los brazos cruzados. El equipo de rodaje francés aguarda junto a la furgoneta, con el motor en marcha. Por más que me esfuerzo, no logro controlar los latidos de mi corazón. El director echa de nuevo a andar hacia nosotros. Veo borroso, estoy mareado. En éstas se pone a llover.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunto tratando de controlar mi voz.

—He venido a recoger un medicamento para Tammy —contesta Jamie.

—Ajá. Porque está muy malita, ¿verdad?

—Sí, y muy disgustada —responde Jamie con frialdad.

—No me extraña.

Me paso la lengua por los labios. Siento un incómodo cosquilleo; el pánico me atenaza los músculos de las piernas, los brazos, la cara. Jamie me observa fijamente. Una larga pausa. El director atraviesa la calle a la carrera y avanza hacia nosotros, hacia mí, con aire siniestro.

—Vamos a ver si me aclaro —dice Jamie.

—¿Qué?

—Estás tomando clases de francés.

—Ajá.

—¿Y tu profesor es Christian Bale?

—No, estamos liados —respondo secamente—. No me he atrevido a llevarlo a casa.

—Pues no me parece tan increíble.

—No, no; me da clases de francés —contesto—. *Merci beaucoup, bon soir, je comprends, oui, mademoiselle, bonjour, mademoiselle...*

—Vale, no insistas —masculla Jamie, dándose por vencida.

El director está a pocos pasos.

—Diles que se vayan —musito, poniéndome de nuevo las gafas de sol—. Por favor, diles que se larguen.

Jamie suspira y se dirige hacia el director, que está hablando por el móvil. Al verla acercarse, el director cierra el teléfono y la escucha con atención mientras se ajusta el pañuelo rojo que lleva alrededor del cuello. Lloro en silencio para mis adentros y cuando Jamie regresa junto a mí me pongo a tiritar.

—¿Te sientes bien? —pregunta.

Trato de decir algo, pero no logro articular palabra. Soy vagamente consciente de que se ha puesto a llover.

Me pregunta Jamie en el taxi que nos conduce de regreso a casa:

—¿Dónde te da las clases?

Me resulta imposible responder.

—¿Cómo os conocisteis Christian Bale y tú? —insiste ella.

El taxi avanza rápidamente entre el tráfico; la lluvia golpea las ventanillas. El ambiente en el interior del taxi está preñado de cosas invisibles. Me reclino en el asiento. Se me ha dormido un pie.

—Pero bueno, ¿es que te has quedado sordo? —pregunta Jamie.

—¿Qué llevas en esa bolsa? —pregunto, señalando el bulto blanco que Jamie sostiene en el regazo.

—El medicamento para Tammy —contesta.

—¿Metadona?

—Halcion.

—Espero que le hayas comprado una tonelada ¿Me das un poco?

—No —responde Jamie—. ¿Qué estabas haciendo con ese tipo?

—¿Cómo conociste a Marina Gibson? —pregunto de sopetón.

—¡Dios! —replica Jamie—. Otra vez con lo mismo.

—Jamie —le advierto—. Te lo ruego —añado, suavizando el tono.

—Y yo qué sé —contesta Jamie enojada—. La conocí en Nueva York, durante un pase. No lo recuerdo. A lo mejor fue en un local.

—No me lo creo —digo, echándome a reír.

—Vete a la mierda.

—¿Crees que todo esto era inevitable? —pregunto en voz baja.

—Eso son meras conjeturas —responde Jamie secamente.

—¿Hay más gente metida en esto?

Jamie suspira.

—Qué más da, eso no importa. —Pausa—. Ya lo sabes: cuanto mayor es el grupo, mayor es el peligro de que nos descubran.

—Eso quizá funcione en teoría.

—¿Has mirado el archivo? —pregunta Jamie.

—Sí —murmuro.

—Bien —responde ella, más relajada—. Ese Christian Bale me parece un tipo legal. Pero no cuela.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, volviéndome hacia ella.

—No era el protagonista de *Enganchado* —contesta Jamie—. Christian Bale no trabajó en esa película.

Tras una pausa para ganar tiempo se me ocurre la siguiente respuesta:

—Quizá lo dijo... por no llevarte la contraria.

—No te canses —me espeta Jamie.

Frente a la casa del octavo o decimosexto *arrondissement* aparecen unos rayos de sol que empiezan a disolver las nubes, Jamie y yo abrimos la verja y avanzamos en silencio a través del patio. Tras la muerte de Bruce Rhinebeck la casa parece menos opresiva, más agradable, más vacía, pese a que la segunda unidad ha comenzado a instalar los focos y las cámaras. Bobby está sentado delante del ordenador mientras habla por el móvil, fumando un cigarrillo, tirando la ceniza en una lata de Coca-Cola Light; frente a él hay un montón de agendas; a través de los altavoces suena música lounge. Han traído una mesa de billar, han ido a recoger otro BMW y han encargado un nuevo papel para las paredes; esta noche dan otra fiesta no sé dónde.

—Está todo confirmado —informa Bobby.

Dentro de la casa hay una temperatura de seis grados. Dentro de la casa, el olor a mierda, turbio y denso, lo invade todo. Dentro de la casa bulle «una intensa actividad» y los técnicos se apresuran a encender las luces.

Me sitúo detrás de Bobby, tratando de reprimir las lágrimas. En la pantalla del ordenador: diseños de un nuevo artilugio, un análisis de los componentes que integran el explosivo plástico Remform, una lista de futuros objetivos. Jamie está en la cocina, leyendo el folleto del medicamento que le ha traído a Tammy mientras saca una botella de Evian del frigorífico.

—¿Cómo está Tammy? —pregunta Jamie a Bobby.

—Mejor, por si te sirve de consuelo —responde éste.

Jamie pasa frente a mí sin mirarme siquiera y sube la escalera de caracol, abriéndose paso entre los miembros del equipo de rodaje mientras piensa que quizá debería compadecerse de mí, pero mi temor no la conmueve, es un sentimiento que

sólo me concierne a mí, que ya no se lleva, totalmente démodé.

Toco a Bobby en el hombro porque necesito sentir el contacto con alguien.

Él se aparta de mí y murmura:

—No me toques. —Luego añade—: Eso ya no es posible.

Un largo silencio, que aprovecho para asimilar un par de cosillas.

—Estás muy delgado —observa Bobby—. ¿Hace mucho que no vas al gimnasio? Tienes una pinta enclenque, y estás pálido.

—Necesito dormir.

—Eso no es una explicación —replica Bobby—. Necesitas hacer unos ejercicios de motivación.

—No lo creo —respondo con voz entrecortada.

Pero es como si Bobby estuviera sumergido en una piscina, como si esta conversación se desarrollara debajo de una cascada. Bobby ni siquiera tiene por qué estar en esta habitación. No es más que una voz. Es como si yo estuviera hablando por teléfono con alguien, como si contemplara esta escena a través de un telescopio, como si la soñara. De pronto caigo en que ése es precisamente el quid de la cuestión.

Bobby se dirige en silencio hacia la cocina.

—La situación se está descontrolando —murmuro—. Y todo el mundo disimula.

—¿Qué es lo que se está descontrolando? —pregunta Bobby, dando media vuelta y dirigiéndose de nuevo hacia mí—. Yo creo que todo se va desarrollando según lo previsto.

Pausa.

—¿Según... lo previsto? —pregunto—. ¿A qué te refieres?

—A las cosas.

—Pero ¿qué cosas?

—Pues las cosas —responde Bobby encogiéndose de hombros—. Lo que está a punto de ocurrir.

Pausa.

—¿Y luego... qué?

—¿Y luego qué?

—Sí, ¿luego qué?

—¿Luego qué?

Yo asiento; por mis mejillas ruedan unos gruesos lagrimones.

—Bum —responde con expresión serena, y me da una palmadita en la cara. Tiene la mano helada.

Arriba, tal como indica el guión, Jamie se pone a gritar.

Pese a las sombras magistralmente creadas por la iluminación del baño que compartían Tammy Devol y Bruce Rhinebeck, enseguida observamos que el agua de la bañera está teñida de rojo; el rostro azulado de Tammy flota en la superficie, con

los ojos abiertos y vidriosos. Se supone que debemos fijarnos en una botella de Amstel Light que reposa en el borde de la bañera y en los caprichosos dibujos que forma la sangre sobre los azulejos. Tammy se ha cortado las muñecas hasta el hueso, pero por si esto no «bastara», tiene también un profundo corte en el cuello.

(Pero tú sabes que es demasiado profundo, que ella no ha podido hacerse ese corte, aunque decides no decir nada porque sabes que ruedan unas escenas en las que tú no apareces y que existen otros guiones en los que tu personaje no figura y sabes que se trata de una trama muy profunda).

Y como huele tal como imaginé que olería una habitación cubierta de sangre y Jamie no cesa de gritar, me resulta difícil juntar las piezas, atar cabos, dar en la diana. No puedo menos que echarme a temblar, impresionado.

«Lo más importante es lo que no sabes».

Dos técnicos de atrezzo, cubiertos con unas máscaras antipolvo, se cuelan rápidamente entre nosotros y sacan a Tammy de la bañera. Tiene las muñecas y el cuello destrozados, como si hubieran reventado debido a una explosión; de su coño se desliza un enorme consolador color morado intenso, que se sumerge de nuevo en el agua sanguinolenta de la bañera. Yo clavo los ojos en el piercing que lleva en el ombligo.

Jamie retrocede espantada y cae en brazos de Bentley. Finge debatirse para salir huyendo, le abraza, se aparta de nuevo. Se tapa la boca con una mano. Tiene las mejillas arboladas, como si le ardieran. Bobby y el director conversan en un rincón del dormitorio; ambos permanecen inmóviles y asienten de vez en cuando con la cabeza.

Jamie se aparta de Bentley y echa a correr como una loca hacia la habitación de Tammy, pero choca con otro técnico de atrezzo que también va protegido con una máscara antipolvo y que arrastra un colchón empapado de sangre por el pasillo para quemarlo en el patio.

Jamie contempla horrorizada el colchón manchado de sangre —la verdad que éste revela— mientras Bentley trata inútilmente de sujetarla. Jamie se arroja sobre el lecho de Tammy, arrastrando a Bentley consigo, se precipita sobre el guión que reposa en la mesita de noche y lo lanza contra Bobby y el director. Acto seguido comienza a pelearse con la almohada, un gesto que se me antoja un tanto absurdo. Sus gritos se intensifican, una variación de sus anteriores chillidos.

Bobby observa a Jamie, preocupado. La contempla sin mover un dedo, tratando de oír lo que le dice el director mientras Jamie se araña la cara, emite unos extraños gorjeos y se desgañita dando la paliza a quien esté dispuesta a escucharla.

Yo no consigo articular una frase, todos mis reflejos están bloqueados. Alargo dubitativamente una mano para sujetarme mientras las cámaras giran a nuestro alrededor, captando diversas reacciones.

Bobby propina un bofetón a Jamie mientras Bentley sigue sosteniéndola.

—¿No quedamos en que su muerte no iba a afectarnos? —pregunta Bobby.

Jamie emite unos ruidos que nadie es capaz de traducir.

—Quedamos en que su muerte no iba a afectarnos —dice Bobby—. ¿Vale? —Vuelve a abofetearla, esta vez más fuerte. Jamie lo mira atónita—. Esta reacción tuya es inútil. No nos conmueve lo más mínimo y es inútil. Acordamos que su muerte no debía afectarnos.

Jamie asiente en silencio y cuando parece que ya empieza a calmarse, de pronto se pone histérica otra vez. Bentley suda lo suyo mientras trata de sujetarla, pero está tan nervioso que se le escapa una risita tonta.

—Nadie podía salvarla —razona frívolamente un miembro del equipo de rodaje.

Trato de dirigirme a la puerta con pasos aiosos. Trato de despertarme momentáneamente alejándome de esta escena, volviéndome transparente, pero al mismo tiempo me doy cuenta de que el frasco de Halcion que compró Jamie no era para Tammy, sino para ella.

17

Es medianoche y bebo Absolut en un vasito de plástico, vestido con un traje negro de Prada (demasiado elegante para la ocasión) y botas de Gucci; ingiero una pastilla tras otra de Xanax, sostengo un cigarrillo entre los dedos. Se trata de una fiesta en un nuevo y gigantesco megastore Virgin que, según dicen, Tommy Hilfiger ayuda a promocionar; han instalado un escenario, se supone que tocarán unos grupos, han colgado un cartel de Amnistía Internacional, se supone que se trata del enésimo concierto benéfico (aunque en estos momentos por los altavoces suena «Hazy Shade of Winter» de las Bangles); el ambiente está cargado de vibraciones negativas. Actúa la cantante más importante de Verve. Entre los presentes veo a dos miembros de los Blur luciendo unas deportivas antediluvianas, a Andre Agassi, a William Hurt, a tres de las Spice Girls y un montón de personas que pululan por el local sosteniendo unas guitarras, los primeros negros que he visto en Francia. Hay también un gran número de tipos de Hollywood (o pocos, según a quién se lo preguntes), bandejas de canapés de avestruz sobre galletitas, pinchos de zarigüeya, colas de langostinos envueltas en hojas de parra, enormes bandejas de tentáculos sobre un lecho de perejil, pero no

puedo probar bocado. Busco un sofá de cuero en el que apalancarme porque no sé si los asistentes experimentan la indiferencia que aparentan o si están simplemente aburridos. Sea lo que fuere, es contagioso. Cuando no se dedican a chismorrear o espiar a los demás, ahuyentan las moscas. Yo me limito a decir «hola», a seguir el guión. Es una fiesta alarmante, todo el mundo es un monstruo. También es un espejo.

Aspiro una gigantesca bocanada de aire, dudando de la realidad de lo que veo.

Un poco apartada de la multitud, perfectamente iluminada, enfocada por las cámaras de los paparazzi, rodeada de playboys, con el pelo rubio bronce y peinado hacia atrás, hay una chica.

Chloe.

Los recuerdos me asaltan y me provocan un impacto físico que me desestabiliza. Me dirijo hacia ella a través de la multitud sintiendo el torrente de adrenalina que circula por mis venas, respirando de forma audible. Elle Macpherson me mira y se dispone a saludarme, pero al observar mi aspecto —el rostro contraído en una mueca de angustia, jadeando— decide fingir que no me ha visto.

En el preciso momento en que Elle se vuelve veo a Bertrand Ripley en el otro extremo del local, avanzando hacia Chloe con los ojos clavados en ella como si fuera una diana.

Desesperado, empiezo a hacer unos movimientos extraños, como si nadara al estilo mariposa, para abrirme paso entre el gentío, pero el Virgin está tan atestado que es como trepar por una pendiente. Chloe parece hallarse a kilómetros de distancia.

Me asombra la rapidez con que Bertrand Ripley se acerca a ella, sonriendo, ensayando un saludo, la forma de besarla.

—No, no y no —murmuro, avanzando a través de la multitud, mareado debido al ruido de fondo.

En éstas Bertrand se queda atrapado, primero por un camarero que sostiene una bandeja de canapés, a quien Bertand aparta de un violento empujón, y luego por una Isabelle Adjani insólitamente insistente que apenas le deja pronunciar palabra. Cuando Bertrand se vuelve y comprueba la distancia que he cubierto, se sacude de encima a Isabelle y se aproxima Chloe avanzando de lado.

Alargo la mano para dejarla caer sobre el hombro de Chloe, pero antes de mirarla —debido a la ansiedad que me consume— me vuelvo y veo que Bertrand se ha detenido y me observa impávido antes de emprender la retirada.

—Chloe —digo con voz ronca.

Ella se vuelve, dispuesta a sonreír a la persona que acaba de pronunciar su nombre, pero al verme parece confundida y no dice nada.

La gente se agolpa a nuestro alrededor. Yo me echo a llorar y abrazo a Chloe. Vagamente, me doy cuenta de que ella también me abraza.

—Creí que estabas en Nueva York —dice Chloe.

—No, no, —respondo—, estoy aquí. Llevo varios días aquí. ¿Por qué creías eso?

—¿Te encuentras bien, Victor? —pregunta Chloe, y se aparta un poco.

—Claro, claro, a las mil maravillas —respondo. Por más que trato de dominarme, al final me echo a llorar.

Arriba, a petición de Chloe, un relaciones públicas nos conduce hasta un banco en la zona reservada a los vips desde la cual se domina el cotarro. Chloe mastica un Nicorette, procurando que no se le corra el carmín. Se ha aplicado un poco de sombra dorada y marrón visón en las comisuras de los ojos. Yo le agarro la mano y se la estrujo, y a veces ella me la estruja a mí.

—¿Cómo van las cosas? —pregunta.

—Muy bien, perfecto. —Una pausa—. Bueno, regular. —Otra pausa—. Oye necesito ayuda —digo, tratando de sonreír.

—No será un problema de drogas... —comenta Chloe—. No nos habremos pasado...

—No, es que... —Fuerzo una sonrisa y le acaricio la mano—. Es que te he echado mucho de menos y me alegro de que estés aquí y lamento todo lo ocurrido —suelto de sopetón. De nuevo rompo a llorar.

—Pero bueno, cálmate, ¿a qué viene esta crisis emocional?

No puedo ni hablar. La cabeza me resbala entre las manos y sigo sollozando con amargura.

—¿Pero qué te ocurre, Victor? —pregunta Chloe.

Aspiro una gigantesca bocanada de aire, pero no me sirve de nada, porque no consigo reprimir el llanto.

—¿Qué pasa, Victor? —pregunta Chloe—. ¿Necesitas dinero? ¿Es eso?

Muevo la cabeza en sentido negativo, incapaz de articular palabra.

—¿Te has metido en un lío?

—No, no, tía. No es nada de eso —contesto, enjugándome la cara.

—Me asustas, Victor.

—Es que éste es mi peor traje —respondo, tratando de reír—. Me vistió la sastra. El director insistió en que me lo pusiera, pero me sienta como un tiro.

—Estás muy elegante —dice Chloe—. Tienes cara de cansado, pero estás muy elegante. —Tras una pausa añade—: Te echaba de menos.

—Cariño...

—Aunque te parezca una estupidez, yo también te añoraba.

—Oye...

—La semana pasada te dejé una docena de mensajes en el constestador de Nueva York —dice Chloe—. Supongo que no los has recibido.

—No —respondo, carraspeando y sorbiéndome los mocos—. No he recibido nada.

—Victor...

—¿Sales con alguien? —pregunto con voz temblorosa pero sin perder la esperanza—. ¿Has venido con alguien?

—Por favor, no me hagas preguntas indiscretas. ¿De acuerdo?

—Venga, mujer, dímelo.

—Qué pesado eres, Victor —protesta Chloe, apartándose—. Ya hemos hablado de eso. No salgo con nadie.

—¿Qué ha pasado con Baxter? —pregunto, rompiendo a toser.

—¿Baxter Priestley? Victor...

—Sí, Baxter —respondo. Me seco la cara con el dorso de la mano, y luego me limpio la mano en los pantalones.

—Nada. ¿Por qué? —Chloe se detiene sin dejar de mascar, visiblemente alerta—. Me preocupas, Victor.

—Creí que Baxter trabajaba también en esa película —insisto—. Creí que le habían dado un papel importante.

—Decidieron eliminar su personaje —responde Chloe—. Aunque todo eso a ti ni te va ni te viene.

—De verdad, no sabes cuánto me alegro de verte, tía.

—Estás temblando —observa Chloe—. No paras de temblar.

—Es que... tengo frío —contesto—. ¿Y qué te trae por aquí?

—Pues asuntos de trabajo —contesta ella, observándome de forma extraña.

—Ya —digo, y le tomo la mano de nuevo—. ¿Nada más?

—Voy a salir como narradora en un documental sobre la historia del salto de cama.

—Genial, tía.

—Sí —admite Chloe—. ¿Y tú? ¿Qué estás haciendo en París?

—Estoy, esto, estudiando el siguiente proyecto —respondo.

—Muy constructivo.

—Ya. Bueno, cualquiera sabe —contesto—. Aún no tengo ningún plan concreto.

A la entrada de la zona reservada a los vips, en lo alto de la escalera, Bobby está conversando con Bertrand, quien se inclina hacia Bobby al tiempo que señala insistentemente con el dedo hacia el lugar donde nos hallamos Chloe y yo. Parece muy enfadado. Bobby se limita a asentir con aire de «complicidad» y hace un gesto con la mano para calmarle, pero Bertrand la aparta de un manotazo. Bobby emite un suspiro de resignación y echa a andar hacia nosotros, seguido por Bentley, que aparece en ese preciso instante.

Tras no pocos esfuerzos consigo encender un cigarrillo. Exhalo el humo, esbozando una mueca, y le paso el cigarrillo a Chloe.

—He dejado de fumar —contesta ésta sonriendo. Luego toma el cigarrillo de mi

mano y lo deja caer en una botella de cerveza—. Ni siquiera debería mascar esta porquería —añade con una mueca.

Bobby y Bentley se acercan a nosotros con aire desenvuelto pero decidido.

—No podemos hablar aquí —digo—. No puedo hablar aquí.

—La música está muy fuerte —replica Chloe.

—¿En qué hotel estás? —pregunto, inspirando.

—En el Costes. ¿Y tú?

—Yo... bueno, en casa de unos amigos.

—¿Quiénes son?

—Bobby Hughes —contesto, porque mentir no se me dan bien.

—¿Ah, sí? No sabía que lo conocías.

—Y Jamie Fields. Estudiamos juntos en Camden. Salen juntos. Bobby y Jamie son pareja.

—No tienes que darme explicaciones, Victor.

—No es eso —yo sigo dale que te pego—. Están juntos, y me propusieron que pasara unos días en su casa.

Una pausa deliberada.

—¿Tú no salías con ella? —pregunta Chloe.

—Sí, pero ahora está con Bobby Hughes.

—¿Cómo es Bobby? —pregunta Chloe, y enseguida añade—: Victor, hombre, cálmate, me estás poniendo de los nervios.

—Ya no salgo con Jamie Fields —digo—. No siento el menor interés por ella.

—No tienes que darme explicaciones, Victor —repite Chloe—. No estoy enfadada.

—Lo sé, lo sé. —Tengo los ojos llenos de lágrimas y no dejo de pestañear.

—Dame las señas —dice Chloe—. ¿Dónde vives?

Tengo tanto miedo de darle la dirección que me limito a mencionar el nombre de una calle del octavo *arrondissement*.

—Muy elegante —comenta Chloe. Luego añade un tanto perpleja—: ¿Hay gente que vive allí?

—Te llamaré, ¿de acuerdo?

En éstas Chloe levanta la cabeza y al fijarse en una persona que está detrás de mí sonrío, se pone en pie de un salto y exclama:

—¡Dios mío, pero si es Bentley!

—Chloe, cariño —exclama Bentley, bastante colocado, y la abraza con fuerza.

Chloe ríe de gozo, girando en brazos de Bentley, mientras Bobby espera en un discreto segundo plano y escucha pacientemente las frases de rigor que intercambian Chloe y Bentley. Yo me obligo a reparar en la presencia de Bobby mientras éste sigue observando a Chloe con ojos negros e impenetrables. Ella le sonrío y de pronto los

fotógrafos comienzan a disparar sus cámaras; y en el preciso instante en que los cuatro nos levantamos, fingiendo no posar con desenvoltura para los paparazzi, Bobby se lleva la mano de Chloe a los labios.

—Qué galante —comenta Chloe, medio en serio y medio en broma.

Bobby le besa la mano y cuando me doy cuenta siento un impulso de partirle la cara tan incontrolable que tengo que hacer un esfuerzo para contenerme y acabo desplomándome en el banco, derrotado.

—Sentimos tener que llevarnos a Victor —dice Bobby al tiempo que esboza un gesto ambiguo hacia mí.

Lo cual me da pie a replicar:

—Me siento acorralado.

—No pasa nada —responde Chloe—. Mañana por la mañana tengo un pase.

—Vámonos, Victor —dice Bentley—. Andando.

—¿A santo de qué? —pregunto, negándome a levantarme del banco—. Pero si sólo son las doce.

—No, es más tarde —responde Bobby tras consultar su reloj.

—¿A santo de qué queréis que nos marchemos? —pregunto nuevamente.

—Tenemos una cena y se está haciendo tarde —explica Bobby a Chloe—. Además, ahora va a tocar un grupo que es una mierda. Es el momento ideal para hacer un mutis.

—Tenemos que celebrar tu llegada a París —dice Bentley, y le da un beso a Chloe—. Te lo prometo.

—Me alegro de verte, Bentley —responde Chloe. Luego añade dirigiéndose a Bobby—: Encantada de haberte conocido Bobby.

Bobby se sonroja, tal como exige el guión.

—Igualmente —responde Bobby, pero es una frase tan cargada de significado que me hecho a temblar sin poder remediarlo.

—Vamos —me dice Bentley—. Levántate.

—¿Por qué no os vais sin mí? —sugiero—. Es demasiado tarde para cenar.

—Poseo un metabolismo asombroso —replica Bobby—. Andando.

—¿Te apetece tomarte una copa conmigo? —pregunto a Chloe.

—Victor —tercia Bobby, visiblemente harto.

—Tengo que deshacer las maletas —responde Chloe, que ha captado al instante la reacción de Bobby—. El jet-lagg me ha dejado echa polvo. Mañana por la mañana tenemos una conferencia de prensa y a las doce tengo una sesión de fotos con Gilles Bensimon, de modo que... otro día, ¿vale?

—Cancelemos la cena —propongo a Bobby.

—Imposible —responde Bobby muy secamente—. Me muero de hambre.

—De verdad, Victor, no pasa nada —insiste Chloe—. Me marchó. Estoy molida.

Fíjate, pero si he venido directamente del aeropuerto.

—¿Nos vemos mañana? —pregunto.

Una pausa. Por algún motivo Chloe mira a Bobby antes de responder.

—Claro. Llámame.

—De acuerdo. —Miro a Bobby, nervioso—. Te llamaré.

Chloe alarga la mano y me limpia una mancha de carmín en la mejilla. Luego me besa y desaparece.

Los tres nos quedamos mirándola mientras ella se aleja y es engullida por la multitud.

—Vamos, Víctor —dice Bobby.

—No —contesto, sin levantarme del banco.

—No te hagas el remolón —interviene Bentley.

Bobby me tira de la manga en un gesto «cariñoso».

—Vamos. Es hora de retirarse.

Me levanto pausadamente, pero en realidad es Bobby quien me alza en volandas con un solo brazo. La escalera está resbaladiza porque todo el establecimiento está cubierto por una capa de hielo; sobre nosotros cae una siniestra lluvia de confeti dorado; todo está lleno de moscas.

16

Frente al megastore Virgin espera una limusina. Nos rodea un inmenso carnaval, los gorilas impiden el paso a la gente que, ingenuamente, pretendía entrar en el establecimiento. Atormentado, vomito dos veces junto a la limusina mientras Bobby enciende un cigarrillo.

—Vámonos ya, Victor —dice Bentley con tono grave—. Mueve el culo.

—¿Y te lo meto en la cara? —pregunto con voz ronca.

—Muy gracioso —responde Bentley con tono cansino—. Anda, sé buen chico. Muévete de una vez.

—Eres un imbécil —contesto mientras me incorporo.

Bertrand me observa desde la acera. Yo le miro con rabia y de pronto echo a correr hacia él con el puño en ristre. No me sirve de nada: Bobby me da alcance y me sujeta. Bertrand sonrío satisfecho, a escasos pasos de mí. Luego se aleja con aire displicente, mascullando unas palabrotas en francés que no comprendo.

15

En la limusina que nos conduce de regreso a la casa voy sentado entre Bentley y Bobby.

—Chloe Byrnes —dice Bobby—. Qué... interesante.

Apoyo la cabeza en las rodillas y respiro hondo, procurando dominar las náuseas.

—Me gusta Chloe Byrnes —prosigue Bobby—. No teme aceptar su sensualidad —murmura—. Un cuerpo extraordinario. —Pausa—. Muy... atractiva —comenta con una carcajada siniestra.

—Si le pones la mano encima, Bobby, te juro que te mato. Te lo juro por Dios —digo, articulando con claridad las palabras.

—¡Un desafío! —exclama Bentley entre risitas.

—Calla, maricón —le espeto.

—Mira quién habla —replica Bentley—. Según se cuenta...

—Chicos, chicos —nos reprende Bobby, riéndose también.

—¿Me has oído, Bobby? —pregunto.

Bobby sigue riéndose y de pronto me estruja el muslo y responde en tono áspero:

—No tienes ni la experiencia ni los huevos necesarios para formular una amenaza como ésa, Victor.

14

En mi dormitorio en la casa del octavo o decimosexto *arrondissement*, el insomnio es interrumpido de vez en cuando por un insoportable sueño formado por las siguientes imágenes: alguien me persigue por unos pasillos; la palabra «más allá» aparece reiteradamente; veo algo que vuela a través del ángulo superior del plano, emitiendo un sonido como un aleteo; me cepillo continuamente el pelo, tratando de hallar la forma idónea de crear un personaje. En mi sueño anulo citas excesivamente comprometedoras, bajo por escaleras tan estrechas que corro el riesgo de partirme la crisma, me veo siempre suspendido sobre una gran extensión de agua. En mi sueño me tropiezo constantemente con rostros que me miran con insistencia. Al despertarme, pienso: «No eres más que un tipo que se pasa la vida acechando en la oscuridad por si percibe un ruido sospechoso junto a su puerta o una sombra en el pasillo».

Abro la puerta. El director del equipo de rodaje francés espera. Parece nervioso y expectante. En la mano sostiene una cinta de vídeo. Lleva una parka supercara. Sin esperar a que yo le invite a pasar, entra en la habitación y cierra la puerta. Luego echa la llave.

—¿Qué quieres? —pregunto, y regreso a la cama.

—Reconozco que tú y yo apenas hemos hablado durante el rodaje —dice en tono de disculpa y sin el acento acostumbrado.

—Es que no tengo nada que decirte —replico.

—Lo comprendo —asiente el director—. Comprendo perfectamente tus motivos.

—De puta madre, pero me trae sin cuidado; tengo mis propios problemas —respondo con un bostezo—. ¿Qué hora es?

—Aún no ha anochecido —contesta el director.

Tomo dos Xanax de la mesita de noche y me las trago con un poco de Evian. Fulmino al tipo con la mirada.

—¿Qué es eso? —pregunto indicando la cinta que lleva en la mano—. ¿El copión?

—No exactamente.

De pronto caigo en algo.

—¿Sabe Bobby que estás aquí?

El director aparta la vista, nervioso.

—Es mejor que te marches —digo—. Si Bobby no sabe que estas aquí es mejor que te marches.

—No sé si debo mostrarte esto, Victor.

El director hace una breve pausa. Tras tomar una decisión, se dirige hacia el televisor de pantalla gigante que está empotrado en un armario de roble americano, situado frente a la cama en la que estoy acostado, tiritando.

—Pero en vista de los acontecimientos, creo que es necesario que veas esto.

—Eh, un momento —protesto—. No lo pongas...

—Creo que debes verlo, Victor.

—¿Por qué? —pregunto asustado—. ¿A santo de qué?

—No lo hago por ti —responde el director—. Lo hago por otra persona.

El director sopla sobre la cinta para eliminar unos trocitos de confeti y la introduce en el vídeo situado debajo del televisor.

—Creemos que es preciso pararle los pies a Bobby Hughes.

Yo me envuelvo en el edredón porque estoy helado, y emito unas nubecitas de vaho debido al frío que hace en la casa.

—Creo que es necesario aclararte ciertos puntos —continúa el director—. Para que... veas las cosas con más claridad. —Hace una pausa mientras comprueba algo en el vídeo—. De otro modo no terminaremos nunca de rodar esta película.

—No sé si tengo ánimos para ver eso.

—Es muy cortito —me tranquiliza el director—. Además aún conservas cierta capacidad de concentración. Lo he comprobado.

—Pero quizá me sienta confundido —contesto—. Quizá no logre...

—No me vengas con excusas —me interrumpe.

A continuación pulsa el botón de Play. Yo le indico que se siente en la cama junto a mí, porque estoy tan nervioso que necesito agarrarle la mano, aunque lleva guantes de cuero. Él accede.

La negrura de la pantalla da paso a unas imágenes de Bobby.

Bobby en el Boulevard du Montparnasse. Bobby sentado a una mesa en La Coupole. Bobby caminando por los Champs Elysées. Bobby tomando notas mientras espera que comience el pase de Vivienne Westwood, sentado en un gigantesco sótano en el Louvre. Bobby atravesando la Rue de Rivoli. Bobby atravesando el Quai des Celestins. Luego dobla por la Rue de l'Hôtel-de-Ville. Entra en la boca del metro de Pont Marie. Se sube a un tren y se agarra a la barra cuando el tren penetra lentamente en la estación de Sully-Morland. Un plano de Bobby a bordo de un vuelo de Air Inter

de París a Marsella, leyendo un ejemplar de *Le Figaro*. Bobby montándose en un coche de alquiler en el aeropuerto de la Provenza.

—¿Qué es esto? ¿Un día en la vida de Bobby Hughes?

—Tú calla y sigue mirando la pantalla —replica el director.

—Deduzco que Bobby no sabe que has venido a mostrarme esta cinta.

Bobby se baja de un avión que acababa de aterrizar en el aeropuerto de Le Bourget.

Bobby camina por la Place des Voyages y entra en un restaurante llamado Benoît.

Bobby en el túnel de la Place de l'Alma, cerca de su extremo oriental, agachado junto a la mediana de hormigón que separa los carriles que conducen hacia el este y el oeste.

De golpe una escena que no recuerdo haber rodado. El café Flore. En este plano sólo aparezco yo, muy bronceado, vistiendo un conjunto blanco y con el pelo repeinado hacia atrás. Busco a una camarera.

—Este capuchino es una mierda, tío —murmuro—. No tiene espuma.

Sobre mi cabeza se ve un micro de brazo.

Una voz —la de Bobby— contesta:

—No hemos venido aquí por los capuchino, Victor.

—Quizá tú no, pero a mí me gustan con espuma.

Un plano de unas colegialas caminando en fila y cantando por la Rue Saint-Honoré. Tras unas interferencias, un primer plano de unos billetes de avión a Tel Aviv.

Bobby frente al Dschungel, un local en Berlín, llamando puta a una chica. Tras él aparece un famoso jugador de rugby.

Bobby frente a una sinagoga judía en Estambul.

Bobby luciendo el casquete judío. Bobby rezando en hebreo.

Bobby en la embajada saudí en Bangkok.

Bobby saliendo de un bungalow en Trípoli y pasando frente a una destartalada antena de radio, con una sofisticada Nikon colgada del cuello. Le sigue un grupo de hombres que luce unos pañuelos en la cabeza y lleva unas carteras Samsonite.

De música de fondo se oye a alguien entonando una canción de amor en árabe.

Bobby se monta en un viejo Mercedes 450SEL. Una furgoneta Toyota con cristales blindados sigue al Mercedes en su viaje hacia un sombrío e inmenso desierto.

La cámara enfoca a un bulldozer que excava un hoyo gigantesco.

Más interferencias.

Luego se ve un Citroën negro que circula por la Route Nationale, en el sur de Normandía, y atraviesa una aldea llamada Male.

La cámara de mano tiembla un poco mientras sigue a Bobby a través de un

escenario que parece un anuncio de Ralph Lauren: un paisaje de un verde intenso, un cielo gris plomizo. Bobby va insólitamente bien arreglado, con un blazer de lana negro, un jersey también negro de cuello vuelto, unas botas Gucci, el peinado impecable. En la mano sostiene una botella de Evian. Avanza por un caminito.

En éstas aparecen dos mastines. Los animales se apresuran a saludar a Bobby cuando éste se acerca a un edificio que parece un establo reformado. Bobby pasa bajo un arco y luego frente a la furgoneta de una empresa de catering. El establo reformado es de piedra caliza y troncos elegantemente dispuestos. Al aproximarse a la entrada Bobby se vuelve hacia la cámara y sonríe, diciendo algo que el espectador no logra captar mientras señala un antiguo comedero de pájaros que cuelga junto a la puerta principal. Bobby llama a la puerta. Se agacha para acariciar a los mastines. Son unos perros muy fotogénicos y pacíficos. De pronto los dos animales alzan la cabeza y echan a correr hacia la persona que se encuentra detrás de la cámara.

La puerta se abre y en el umbral aparece una figura que saluda a Bobby estrechándole la mano. Al percatarse de la cámara, la señala con gesto de enojo e invita a Bobby a pasar.

Entonces aparece con toda claridad el rostro de F. Fred Palakon, que mira a ambos lados antes de cerrar la puerta.

El director se inclina hacia mí, me suelta la mano y rebobina la cinta hasta el momento en que aparece el rostro de F. Fred Palakon entre las sombras del establo reformado.

De nuevo, F. Fred Palakon estrecha la mano de Bobby.

De nuevo, F. Fred Palakon gesticula hacia la cámara.

El director pulsa la tecla Pause en el aparato del vídeo, y congela la imagen en el preciso momento en que Palakon se percata de la presencia de la cámara, y parece mirar directamente al dormitorio que ocupó en la casa situada en el octavo o decimosexto *arrondissement*.

—Sé que esto resulta bastante inquietante —comenta el director.

Yo retrocedo hacia el otro lado de la cama, alucinado, apretujándome contra la pared, sintiendo que me hundo.

—¿Sabes qué significa esto? —añade el director.

Rompo a llorar.

—Voy a morir, me matarán...

—Victor...

—No, no, no —gimo, revolcándome sobre la cama.

—En cualquier caso —dice el director, al tiempo que extrae la cinta del vídeo—, no es ninguna fantasía.

Permanezco tendido en la cama, inmóvil, cubriéndome el rostro con las manos.

—¿Pero esto qué es? —le pregunto sin dejar de gemir—. ¿Un castigo?

—No —contesta el director antes de salir de la habitación—. Una orden.

13

Una hora más tarde reparo vagamente en que me estoy lavando los dientes en la ducha. Me seco como puedo —la toalla se me cae de las manos una y otra vez— y me visto. Aturdido, riendo histéricamente en la penumbra de mi dormitorio, empiezo a concebir un plan.

12

Bajo despacio la escalera hacia el cuarto de estar, con el rostro contraído en un rictus de terror, temblando incontinentemente. Un cámara, apoyado en la enorme Panaflex que ocupa la mitad del vestíbulo, se bebe un café aguado con aire de resignación. El director está sentado en la silla del director y contempla una consola de vídeo mientras prepara una escena en la que yo no aparezco. Los técnicos, relajados, charlan entre sí con ademanes desenvueltos. «No tiene mayor importancia», oigo decir a uno de ellos.

Yo me juro que ésta será la última vez que vea a esta gente.

Bentley se ha pasado toda la mañana preparándose para aparecer en *House of Style: Dubail*, de la MTV y en estos momentos se halla frente a un espejo en un rincón del cuarto de estar mientras una estilista le seca el pelo y Bentley, gritando para hacerse oír, explica al entrevistador:

—Se trata de una cocina esencialmente moderna, pero con un aire de bistrot clásico.

El entrevistador quiere hablar sobre lo último en maquillaje de ojos y qué país tiene los soldados más sexys.

—¡Qué divino! ¿Puedo tomar un pretzel? —suelta de pronto el periodista.

Me seco una lágrima con el dedo; siento el corazón en un puño, como si estuviera a punto de estallar. Saludo con la mano a Bentley, para que no se ofenda. El entrevistador le susurra algo al oído mientras me mira con insistencia y Bentley murmura:

—¡Ya lo he hecho!

Tras lo cual ambos se echan a reír a carcajadas y chocan la palma de la mano derecha.

Jamie está tumbada en un sofá, con una máscara rosa sobre la cara, recuperándose de un aborto que le practicaron ayer tarde, con una resaca de órdago tras haber asistido anoche a la inauguración de un Planet Hollywood. Está hablando por el móvil con gesto hosco. Sobre su pecho reposa un libro, el horóscopo de los acuario. Tiene un aspecto horroroso, parece como si alguien la hubiera arrojado de un quinto piso. Oprime una flor sobre sus labios, con los dedos manchados de tinta de periódico. Cuando paso frente a ella, Jamie alza la mano en un gesto cansino y musita:

—Chiss, es mi agente.

Un cámara se agacha junto al sofá, captando el rostro inexpresivo de Jamie en súper 8. Bobby está sentado delante del ordenador vestido con unos tejanos de Helmut Lang, una cazadora de la misma firma y una camiseta verde musgo de Comme des Garçons. En la pantalla del ordenador aparecen las palabras AL BORDE DE LA DESTRUCCIÓN. Yo pienso automáticamente ¿a quién se refieren?, jamás he oído hablar de ese grupo. Bobby, en uno de sus estados de ánimo «mínimamente tolerante», me pregunta:

—¿Adónde vas?

—A ver a Chloe —respondo con brusquedad mientras me dirijo a la cocina. No sin esfuerzo consigo abrir la puerta del frigorífico y echar un vistazo al interior, afanándome en mostrarme relajado, un momento delicadísimo. En éstas estalla un relámpago seguido por truenos, tal como indica el guión.

Bobby medita sobre lo que acabo de decirle.

—¿Acaso tratas de salvarla? —pregunta—. ¿O de rescatarte a ti mismo? —Bobby hace una pausa—. Ésa no es la solución —dice, tras lo cual añade con tono afable—: ¿O sí?

—Quiero asegurarme de que está bien.

—Creo que te has confundido —replica Bobby—. Ésa es otra película.

—¿Tienes algún problema? —pregunto cuando regreso al cuarto de estar.

—No —contesta Bobby—, pero no me creo que sólo pretendas ir a ver a Chloe. Seguro que es un pretexto.

—Joder, ¿es que tengo que pedirte permiso para ir a visitar a mi ex novia? —

pregunto—. Mira: es muy sencillo...

—Oye, no me hables en ese tono —me espeta Bobby.

—... de entender, Bobby. Voy a ver a Chloe. *Ciao*.

El rostro de Bobby experimenta un cambio sutil que da paso a una expresión de aburrimiento, casi como si se fiara de mí.

Parece imposible que logre salir de esta casa. Para animarme me digo: «Sólo es otra escena, otra etapa», como si se tratara de la letra de una canción que significa algo para mí.

—¿Crees que miento? —pregunto.

—No —responde Bobby—. Sólo pienso que no me cuentas toda la verdad.

—¿Y qué quieres que te diga? —pregunto en tono desafiante.

Bobby reflexiona unos momentos, tras lo cual se vuelve de nuevo hacia el ordenador.

—He decidido escuchar otra cosa.

—¿Y eso qué coño significa?

—¿Quieres que te lo traduzca? —replica Bobby—. Ponte las pilas. Haz tus deberes.

—Sólo pretendo mantener una conversación normal —contesto.

—Pues no lo consigues ni por asomo.

—No pienso dejarme influir por tu actitud negativa —respondo, apretando los dientes—. Hasta luego, tío.

El director me mira y mueve la cabeza para indicar que la toma es buena.

—Bien, necesitamos unas risas espontáneas de fondo —señala el entrevistador de *House of Style*.

Yo paso frente a Bentley mientras éste muestra un montón de revistas de cine de los años sesenta, un libro de fotografías de muñecas desmembradas y el nuevo tatuaje en forma de diablo que decora sus bíceps.

—Te echaremos de menos —dice Bentley, que parpadea con gesto coqueto.

Al salir compruebo que llueve. Veo a un hombre barbudo que pasea a su perro con aire preocupado. Ante mí pasa una joven sosteniendo un ramo de girasoles. Rompo de nuevo a llorar desconsoladamente. Paro a un taxi y me monto en él, tratando de no ponerme a gritar como un histérico. Experimento unos instantes de duda, pero lo achaco a la lluvia y al final digo al conductor:

—A la embajada de Estados Unidos.

11

He conseguido tranquilizarme lo suficiente para reducir al mínimo mi crisis de llanto y dominar mi jadeante respiración. Pero he ingerido tal cantidad de Xanax que el siguiente episodio aparece borroso y oscuro, si no lo veo totalmente negro es sólo por el terror que sigue atenazándome y que actúa a modo de luz de seguridad.

Deduzco que nos encontramos en la Avenue Gabriel cuando el taxi se detiene ante la embajada americana, supongo. Entrego al taxista los billetes que me quedan en la cartera, unos doscientos cincuenta o trescientos francos. Qué más da, me digo al apearme del taxi.

Soy vagamente consciente de que subo unos peldaños, paso frente al puesto de seguridad y penetro en el edificio. Al mirar a ambos lados veo a varios miembros de la policía urbana, una metralleta, una cámara de vigilancia, un guardia que responde sólo ligeramente y con recelo cuando paso ante él tan campante con una sonrisa en los labios.

Una vez en el vestíbulo paso por un detector de metales sin mayor contratiempo. Me acerco a una ventanilla de plexiglás.

Explico a la mujer que está sentada detrás de la ventanilla de plexiglás que deseo hablar con un funcionario de la embajada.

—Un oficial...

La mujer me pregunta en inglés si tengo cita con alguien.

—No.

La mujer me pregunta mi nombre.

—Victor Johnson —contesto.

Luego me pregunta cuál es el motivo de mi visita.

—Una bomba —le digo.

La mujer descuelga un auricular y dice unas palabras que no logro oír. Sigue hablando por teléfono, explicando algo que estoy demasiado aturdido para descifrar.

En éstas aparecen dos policías armados con metralletas que se sitúan junto a mí, sin pronunciar palabra, y aguardan en posición de firmes. Un joven de lo más corriente cuya cara me suena mucho, de aspecto vagamente europeo —no, vagamente no—, vestido con un traje gris de Prada y una elegante corbata verde, recorre a toda prisa un pasillo y se acerca a mí.

—¿En qué podemos ayudarle, señor Johnson? —pregunta el joven.

—¿No podríamos hablar en otro sitio? —me limito a contestar.

—¿De qué se trata? —inquire en tono cauto.

—Conozco a las personas que colocaron la bomba en el Ritz. Sé dónde viven. Sé cómo se llaman. Sé quiénes son.

El funcionario me mira, sin saber qué responder.

—¿Ah, sí?

—Sí —contesto con aire solemne.

—¿Y qué? —pregunta el joven, expectante.

—Hicieron estallar el Instituto de Estudios Políticos —contesto—. Son también los responsables del atentado del café Flore. —Las palabras salen atropelladamente de mis labios—. Son los autores del atentado del metro de la semana pasada. — Pierdo cualquier atisbo de seguridad y rompo a llorar.

El funcionario no parece muy impresionado por mi relato. Por fin toma una decisión.

—Tenga la bondad de esperar aquí —señala.

El funcionario dice algo en francés a los guardias, quienes se ponen a sus órdenes y se relajan un poco, aunque se aproximan un poco más a mí.

—No —replico—, no quiero esperar aquí.

—Se lo ruego. Iré en busca de un funcionario de Seguridad para que hable con él —me explica el joven cortésmente.

—Deje que le acompañe —le suplico—. Quizá me estén siguiendo...

—Cálmese, señor Ward. Enseguida vuelvo —me asegura.

Y se marcha.

En éstas aparece un tercer guardia que con sus dos compañeros forma un triángulo, rodeándome. De golpe algo estalla en mi cerebro.

—Oiga —exclamo—. ¿Cómo sabe que me llamo Ward? Yo no he dado ese nombre. ¿Cómo sabe usted que me llamo Ward?

Pero el joven funcionario no es más que una mera silueta en el pasillo, y al cabo de unos instante desaparece incluso su sombra.

Los guardias avanzan unos pasos y me pongo a suspirar con frecuencia y de manera ostensible para transmitirles mi desazón; me invade un terror que no logro controlar, el hedor a mierda me asfixia y hago unos gestos que no significan nada para los guardias, cuyos semblantes impávidos no revelan la menor emoción. Movimiento, personas y sonidos empiezan a deslizarse hacia mí. Veo unas nuevas siluetas en el pasillo: otros dos guardias, el funcionario de antes y otra persona. A medida que las sombras se van aproximando, mi respiración se hace más audible; me paso las manos por la cara y me vuelvo para mirar a la mujer que está sentada detrás de la ventanilla de plexiglás, pero ha desaparecido. De pronto oigo una voz.

—¿Señor Ward?

Lentamente, aturdido, me vuelvo.

Ante mí aparece F. Fred Palakon, iluminado por la luz que está encendida al final del pasillo, detalle que dota a la escena de mayor dramatismo.

Yo trato de huir.

Una sala de interrogatorios. Hace un frío polar. En el techo hay un ventilador y todo está lleno de confeti, adherido a los muros, al suelo, a las sillas que ocupamos, diseminado sobre la mesa ante la que están sentados Palakon, David Crater; Laurence Delta, Russell y el japonés que vi en la Avenue Verdier. También está presente un inspector de la sección primera de la Prefectura de Policía, que no deja de tomar notas, y un tipo de la Interpol de Lyon. Su cara me suena mucho, pero por más que me devano los sesos no logro recordar dónde lo he visto antes. Para crear más ambiente alguien saca una cajetilla de tabaco.

—Usted no quería que yo localizara a Jamie Fields —espeto a Palakon sin poder contenerme—. Esto no tiene nada que ver con ella.

Palakon suspira.

—Señor Ward, lo cierto...

—Palakon —le interrumpo en tono de advertencia; el corazón me late aceleradamente—. Te juro por Dios que si no me explicas de qué va esto, no soltaré ni una palabra más.

—Señor Ward, se lo ruego...

—No, Palakon, joder —espeto. Me levanto y aparto la silla de una patada.

—Estamos aquí para ayudarle, señor Ward —responde éste en tono conciliador.

—¡Ya basta! —exclamo—. Explícame que coño está pasando. ¿Cómo es que tienes un despacho en la embajada? ¿Es que están todos metidos en este jodido lío?

Palakon mira a Crater, a Delta y al japonés, que observa la escena con expresión de enojo. Éste hace un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Qué es lo que quiere saber, Victor? —pregunta Palakon con calma y articulando cada palabra con mucho cuidado.

—¿Para quién trabajas? —pregunto.

Palakon medita la respuesta, pero no sabe qué decir.

—Vete a la puta mierda, Palakon.

Miro al inspector de la Interpol, que parece estar ahí simplemente para hacer acto de presencia, sin apenas prestar atención a lo que decimos. Pero esos pómulos, ese maxilar... Estoy seguro; yo he visto antes a este tipo.

—Trato de explicárselo de la forma más...

—Déjate de monsergas —grito—. Dime para quién trabajas.

—Soy un agente independiente, señor Ward.

—No pienso decir una palabra más hasta que me digas para quién trabajas.

Una larga pausa, durante la cual Delta emite un sonoro suspiro y hace una señal con la cabeza a Palakon.

—Venga, ¿para quién coño trabajas, eh? —insisto—. Porque Jamie Fields no

tiene nada que ver en este asunto, ¿no es cierto?

—No... exactamente —responde Palakon.

—¡Ya estoy hasta los huevos de tantos rodeos, Palakon! —grito.

—Señor Ward... —empieza a decir Palakon, impacientándose.

—¡Que te den por el culo, Palakon! —grito—. ¿Para quién trabajas? —pregunto apoyando las manos en los bordes de la mesa y mirándole a los ojos—. ¡Dime de una puta vez para quién trabajas, hostia! —grito a voz en cuello, con el rostro contraído en un rictus de ira.

Palakon inspira y me mira con frialdad.

—Trabajo para su padre —responde. Hace una pausa, suspira y me mira fijamente—. Trabajo para su padre, señor Ward.

Palakon pronuncia esta frase con tal naturalidad, con tal franqueza, que su simple existencia abre una puerta y si alguien se asomara a ella me vería deslizándome sobre una carretera cubierta de nieve y luego descendiendo precipitadamente hasta estrellarme en la acera sin que nadie fuera capaz de remediarlo. Lo que eso significa es que la verdad equivale al caos y que esto es una regresión. Experimento una sensación física que me obliga a pasar olímpicamente de cuanto ocurre en esta habitación: de Russell, que se alisa el pelo con la mano; del japonés, que enciende otro cigarrillo; de la mosca que revolotea sobre mí. Estos hombres son unos terroristas sentados ante una mesa que de pronto se me antoja descomunal mientras se dedican a urdir planes, a tomar notas, a hacer conjeturas y a trazar itinerarios. En el gélido ambiente de la habitación comienza a formarse algo dirigido por mí, que se precipita sobre mí. Pero el rostro del inspector de Interpol lo interrumpe todo, me hace recordar una escena anterior, de la que emerge algo que contribuye a aclararme las ideas.

—¿Qué quieres decir? —pregunto.

—Su padre me contrató —contesta Palakon—. Él se puso en contacto conmigo.

Me alejo lentamente de la mesa, cubriéndome la boca con la mano, y me siento de nuevo en la silla que antes he apartado de una patada.

—Señor Ward —empieza a decir el japonés con un fuerte acento—. Su padre se retirará pronto del Senado estadounidense, ¿no es así?

—No... lo sé —respondo, mirándolo como aletado.

—Su padre presentará su candidatura para... —prosigue el japonés.

—¡Eh, un momento! —le interrumpo—. ¿Qué tiene esto que ver con lo que estamos hablando?

—Victor —interviene Palakon—, su padre...

Pero le interrumpe el japonés.

—Permítame decir algo, señor Palakon.

Palakon asiente un tanto perplejo.

—No nos han presentado —dice el japonés.

—¿Quién es usted? —pregunto.

El japonés duda unos instantes antes de responder.

—Y por motivos de seguridad, señor Johnson, es preferible dejar las cosas tal como están. Tanto usted como yo saldremos beneficiados.

—Joder —suelto.

—Señor Johnson, su padre va a retirarse del Senado estadounidense. —El japonés hace una pausa—. Desea ascender en su carrera, ¿no es así? —El japonés hace un gesto ambiguo con las manos y trata de sonreír con afabilidad, pero no lo consigue—. Quiere ocupar un cargo más importante. Va a anunciar su candidatura a...

—¡Joder, joder! —Mis protestas hacen que el japonés se interrumpa.

—Señor Ward —empieza a decir Crater—, cuando su padre se puso en contacto con nosotros, nos expresó su preocupación por... esa tendencia que muestra usted a...

—Lo que Crater trata de decir —interrumpe Palakon— es que no es usted precisamente un elemento desconocido.

—¿Un qué?

—En determinados ambientes, en ciertos círculos mediáticos, la gente le conoce —tercia Delta—. Es un blanco.

Palakon y Crater asienten levemente.

—Existen ciertos aspectos de su vida que según su padre impiden... —Delta hace una pausa—. Impiden que se concreten ciertas posibilidades.

—Mire, Victor —interviene Crater en tono afable—. Lo que desea su padre es que se tome unas vacaciones.

—¿Por qué? —pregunto secamente.

—Porque piensa que... que los numeritos que monta usted... —A Palakon le cuesta completar la frase. Echa un vistazo al expediente que reposa en la mesa, al tiempo que la habitación parece encogerse—. A su juicio son contraproducentes. —Palakon hace una pausa—. Que son... innecesarios. Teme que generen una mala publicidad —añade con delicadeza.

—A su padre le preocupaba que las cosas no resultaran según lo previsto —añade el japonés—. Temía que las perspectivas en New Hampshire se malbarataran debido a que usted...

—No es necesario tocar este tema todavía —le interrumpe Palakon.

—Por supuesto —asiente el japonés—. Tiene razón.

—Victor, su padre no quería que sufriera usted el menor daño —asegura Palakon—. Sólo pretendía que... en fin, que se tomara unas vacaciones. Quería que estuviera ocupado fuera de Estados Unidos. —Palakon se detiene—. Por eso acudió a nosotros. Comentamos la situación y llegamos a un acuerdo.

Reina un silencio vacío y amargo. Yo les miro, incapaz de asimilar esta información porque hay ciertos detalles que no puedo aceptar, y esa incapacidad va aumentando, y tengo la sensación de mirar a través de una ventana que están tapiando, y se hace de noche y ninguno de ellos está dispuesto a confesar quién es.

Nos deslizaremos por la superficie de las cosas.

Lo más importante es lo que no sabes.

La habitación se inclina, pero enseguida vuelve a enderezarse.

En la calle ha comenzado a tronar.

He superado el límite del temor. Me obligo a mirarlos. Trato de no derrumbarme. Trato de sentir algo, pero no puedo. Por más que lo intento, no puedo. Y ahora, en esta habitación, me doy cuenta de que ellos lo saben.

«La confusión y la impotencia no mueven necesariamente a una persona a pasar a la acción». Alguien del despacho de mi primer publicista me dijo eso hace tiempo. Ahora cobra vigencia y comprendo todo su significado.

—¿Por qué utilizaron a Jamie Fields como excusa? —pregunto.

—Indagamos en el pasado de usted —responde Palakon—. Entrevistamos a ciertas personas. Comentamos las posibilidades y finalmente tomamos las decisiones pertinentes.

—Pero no sabíamos que Jamie Fields conocía a Bobby Hughes —tercia Delta, rascándose el hoyuelo que tiene en la barbilla.

—Eso fue un error —reconoce Palakon con expresión contrita.

—Supusimos que Jamie había venido a Europa a rodar una película —interviene Delta—. Nada más.

—Y una mierda —protesto—. Eso es una puta mentira. Vosotros sabíais mucho más, joder.

—Señor Ward... —empieza a decir Palakon.

—Tú me pediste que trajera el sombrero y se lo entregara a Jamie Fields.

—Es cierto —admite Palakon—. Pero no teníamos ni idea de que andaba liada con Bobby Hughes. Ni siquiera conocíamos la existencia de Bobby Hughes hasta que... ya fue demasiado tarde.

—¿Sabe Bobby Hughes quiénes sois vosotros? —pregunto, recordando el vídeo que me mostró el director.

—Sí —responde Palakon—. No nos conoce personalmente, pero estamos bastante seguros de que sabe quiénes somos.

—¿Saben que tú me enviaste? ¿Que tú eres el motivo de que yo esté aquí? —pregunto.

—Eso parece —asiente Palakon—. Aunque no creemos que se lo dijera Jamie Fields.

—¿Desde cuándo lo saben Bobby y los demás?

—Quizá desde que nos conocimos usted y yo —responde Palakon—. Pero no estamos seguros.

—¿Y qué es lo que quieren?

Palakon inspira profundamente.

—Que fracasemos. Es evidente que están dispuestos a hacer lo que sea con tal de conseguirlo.

—¿Que fracaséis? ¿En qué? —preguntó—. ¿Quiénes son «ellos»?

—Es imposible responder a esa pregunta con exactitud —contesta Palakon—. En realidad, existen muchas respuestas. Pero está claro que han decidido utilizarle a usted, o mejor dicho, su presencia, en provecho propio.

—Señor Ward —dice Delta—, hace poco averiguamos que Jamie Fields está relacionada con una facción de tendencia contraria a la del grupo de Bobby Hughes. Cuando lo averiguamos comentamos la posibilidad de que ello influyera en la situación, en su situación. Decidimos que la posibilidad de que surgiera un problema provocado por esa relación —con respecto a que usted resultara lastimado— era remota. Y en el caso de que usted corriera peligro estábamos dispuestos a intervenir rápidamente para alejarlo de esa situación.

—En aquellos primeros momentos Jamie Fields no mantenía un trato estrecho con Bobby Hughes —añade Delta—. Estábamos convencidos de que usted estaba a salvo.

—Jamie Fields trabaja para una organización de contraespionaje que se ha infiltrado en la organización del señor Hughes —me explica Palakon—. Cuando le enviamos a usted aquí, no teníamos ni idea de lo que ocurría. No averiguamos la realidad de la situación hasta que usted desapareció de Londres —Palakon hace una pausa—. Hasta que fue demasiado tarde.

—Pero ellos se conocen desde hace tiempo —objeto—. Jamie me dijo que conoció a Bobby hace muchos años, que estuvieron saliendo juntos mucho tiempo.

—Se conocieron hace tiempo, sí, ese punto está confirmado —asiente Palakon—. Pero Bobby Hughes conoce a mucha gente, y no todos acaban trabajando para él. No todos son reclutados por su organización.

Pausa.

—¿Y el sombrero que me pediste que trajera? —pregunto.

Palakon suspira.

—El sombrero que le pedí que trajera iba destinado al grupo para el que trabaja Jamie Fields.

Una larga pausa indica que esa es la respuesta definitiva a mi pregunta.

—¿De modo que... Jamie Fields trabaja para Bobby Hughes?

—No señor Ward —contesta Palakon—. Jamie Fields trabaja para el Gobierno de Estados Unidos.

—¿Qué había en el sombrero? —pregunto.

Suspiros, carraspeos, miradas cargadas de significado por parte de los presentes. Palakon observa a Crater, quien asiente con un gesto. Cuando estoy a punto de recordar dónde he visto al inspector de Interpol, Russell enciende un cigarrillo y se me va de la cabeza. No me consuela saber que Jamie no trabaja para Bobby, porque no lo creo.

—En las costuras del sombrero ocultamos el prototipo de un nuevo explosivo plástico —contesta Palakon.

Sus palabras me dejan helado. Siento un escalofrío que me recorre el cuerpo como una gigantesca ola, las venas se me congelan. Me revuelvo en la silla, incapaz de quedarme quieto.

—No sabíamos si era detectable —prosigue Palakon—. Necesitábamos que alguien trajera el sombrero a Europa, alguien que no levantara sospechas.

—Pero cuando usted se embarcó en el *Queen Elizabeth II*, Victor, alguien se fue de la lengua —tercia Crater—. No sabemos cómo ocurrió.

—No... acabo de entenderlo —atino a decir.

—Yo me comprometí ante su padre a sacarlo a usted del país, y ya ve que cumplí lo convenido —dice Palakon—. También me comprometí a otra cosa —Palakon hace una pausa—. Yo debía... un favor a otra persona. —Otra pausa—. Me comprometí a entregar a esa persona el prototipo del Remform. Pero ambas cosas —el hecho de que usted se trasladara a Europa y la entrega del explosivo plástico— no estaban relacionadas. Su padre no sabía nada de ello. Esto fue un error por mi parte, lo admito y asumo la responsabilidad. Pero el asunto apremiaba, las cosas se habían precipitado y yo necesitaba hallar inmediatamente a un mensajero. Usted era el candidato ideal.

—¿Qué es exactamente el Remform? —pregunto.

—Un explosivo plástico prácticamente imposible de detectar —responde Palakon—. De nada sirven detectores de metales, aparatos de rayos X, detectores de microelementos, detectores de emanaciones por captura electrónica, marcaje, perros policía... —Palakon se encoge de hombros—. Es de una eficacia extraordinaria.

—¿Qué uso pensabais darle al Remform? —pregunto.

—Eso no hace al caso. No es preciso que lo sepa, Victor, pero le aseguro que no iba destinado a Bobby Hughes, todo lo contrario. Cayó en manos equivocadas —Palakon se detiene con aire grave—. Creí que usted estaría a salvo, pero me equivoqué. Lo lamento. Ahora sabemos que el Remform fue sustraído mientras viajaba usted a bordo del *Queen Elizabeth II*. Le juro que no comprendimos la situación hasta que nos reunimos la semana pasada en el hotel.

—No sabíamos nada de esto hasta que Palakon se puso en contacto con usted la semana pasada —repite Delta.

—No comprendí dónde se encontraba el Remform hasta que usted me lo dijo —

afirma Palakon.

—¿Por qué no ponen a Jamie al corriente de la situación? —pregunto.

—Eso sería muy peligroso para ella —objeta Palakon—. Si tratáramos de ponernos en contacto con ella y los otros lo descubrieran, habríamos desperdiciado tiempo y esfuerzos. No podemos arriesgarnos.

—¿Y mi padre? ¿Lo sabe él? —pregunto.

—No.

Me he quedado bloqueado, incapaz de articular una frase.

—El caso es que Bobby Hughes tiene el Remform y está claro que piensa fabricarlo y utilizarlo —prosigue Palakon—. Eso no debió de haber sucedido jamás.

—Pero... —empiezo a decir.

—¿Sí?

—Pero tú conoces a Bobby Hughes —señalo.

—Perdone, pero sólo le conozco de oídas —replica Palakon.

—No, Palakon. Le conoces personalmente.

—¿Pero de qué está hablando, señor Ward?

—¡Yo mismo te vi en una cinta de vídeo, estrechando la mano de Bobby Hughes, cabrón! —grito—. ¡Te vi saludar con un apretón de manos a ese hijo de la gran puta! ¡No me digas que no lo conoces!

—No entiendo a qué se refiere, señor Ward —contesta Palakon—, pero jamás he visto a Bobby Hughes en persona.

—¡Mientes! —vocifero—. ¿Por qué mientes, Palakon? Yo vi esa cinta. Vi cómo le estrechabas la mano —insisto. Me levanto de un salto y avanzo hacia él.

Palakon traga saliva y se apresura a aclarar.

—Señor Ward, como sin duda ya sabe, existen técnicas muy sofisticadas para manipular fotografías y cintas de vídeo. —Palakon hace una pausa—. Lo que vio usted probablemente era una trampa: unos efectos especiales, un trozo de película manipulada digitalmente. Ignoro con qué fin se la mostraron, pero le aseguro que yo no conocía a Bobby Hughes antes de...

—¡Y dale! —grito—. ¡No me vengas con esas idioteces, hombre! —El torrente de adrenalina que circula por mis venas hace que me ponga a temblar violentamente.

—Creo que usted también ha sido una víctima de este juego, señor Ward —añade Palakon.

—¿Pretende decir que ya no podemos creer nada de lo que nos muestran? —pregunto—. ¿Que todo está manipulado? ¿Que todo es mentira? ¿Que todo el mundo acabará tragándose este cuento?

—Pues sí —responde Palakon.

—Entonces, ¿cuál es la verdad? —grito.

—Ninguna, Victor —responde Palakon—. Existen distintas verdades.

—¿Qué ocurrirá con nosotros?

—Cambiamos —contesta Palakon, encogiéndose de hombros—. Nos adaptaremos.

—¿A qué? ¿Para mejor o peor?

—No sé si esos términos siguen teniendo vigencia.

—¿A qué te refieres? —grito.

—A nadie le importa ya lo de «mejor» o «peor» —responde Palakon—. Todo ha cambiado.

Alguien carraspea mientras noto que por mis mejillas ruedan unos gruesos lagrimones.

—Cálmese, nos ha sido de gran ayuda —murmura Crater.

—¿En qué sentido? —pregunto entre sollozos.

—Gracias a los datos que había en las hojas que facilitó a Palakon, creemos que Bobby Hughes va a utilizar el Remform para organizar un atentado esta semana —explica Crater—. Un atentado que ahora estamos en disposición de evitar.

Yo vuelvo el rostro y mascullo unas palabras ininteligibles.

—Creemos que esos datos están relacionados con un atentado previsto para el viernes —dice Palakon sin inmutarse—. La fecha es el 15 de noviembre. Creemos que «1985» es una errata, que el 8 es un 0.

—¿Qué les hace suponer eso?

—Creemos que 1985 es en realidad 1905 —responde Crater—. Según la jerga militar, significa las 7.05 de la tarde.

—¿Y qué? —murmuro.

—El viernes, 15 de noviembre, a las 7.05 de la tarde, despegará un vuelo de la TWA del aeropuerto Charles de Gaulle —contesta Palakon.

—¿Y qué? —pregunto—. Imagino que despegarán muchos vuelos en esa fecha y hacia esa hora.

—El número de vuelo es el 511 —aclara Palakon.

9

Me dicen que conserve la calma.

Me dicen que se pondrán en contacto conmigo mañana.

Me dicen que regrese a la casa del octavo o decimosexto *arrondissement* y siga mi vida como si nada hubiera ocurrido.

Me dicen que con el tiempo me incorporarán a un programa de protección a las víctimas. (Me dicen esto después de que yo me haya desplomado en el suelo y haya empezado a sollozar como un histérico).

Me recomiendan de nuevo que conserve la calma.

Dispuesto a confiar en ellos, de pronto se me enciende una lucecita: el inspector de la Interpol es el actor que encarnó al empleado de la oficina de seguridad a bordo del *Queen Elizabeth II*.

—Nos pondremos en contacto con usted, señor Ward —me aseguran.

—Le vigilaremos —prometen.

—Lo sé —respondo por decir algo.

Como ya no me queda Xanax y ha comenzado a llover, me dirijo al Hotel Costes, donde espero en el bar fingiendo un aire pensativo, bebiendo té, fumando unos Camel Lights de una cajetilla que alguien se ha dejado en la mesa contigua, hasta que aparece Chloe acompañada de una célebre bailarina de ballet, de una conocida ex drogadicta que acaba de salir de una clínica de rehabilitación y de las gemelas Aphex. Se detienen para conversar animadamente con Griffin Dunne, que está junto al mostrador de recepción. Luego todas ellas, salvo Chloe, se alejan como sumidas en un trance y yo me acerco a Chloe mientras ella lee los mensajes que le han dejado. La abrazo, dirigiendo amedrentadas miradas a diestro y siniestro, y la beso en los labios. Tengo la sensación de volver a formar parte de su vida. Ambos nos echamos a llorar. El conserje aparta discretamente la vista.

Ya me siento más tranquilo, pero en éstas reparo en un equipo de rodaje que ha seguido a Chloe hasta el vestíbulo del hotel. La cámara empieza a girar alrededor de nosotros y nos piden que volvamos a «hacerlo» una vez más. Alguien grita «acción». Alguien grita «corten». Yo dejo de llorar y Chloe y yo volvemos a «hacerlo».

8

Por la tarde unas nubes plateadas se deslizan por el cielo mientras llueve sobre un París en el que impera el gris plomizo. Hoy ha habido dos pases, uno en la Conciergerie y el otro en los jardines del museo Rodin. Chloe ha cobrado una

millonada en francos suizos. Abundaban los agoreros, las pasarelas parecían más largas, los paparazzi parecían más numerosos y frenéticos, las modelos se habían adornado con huesos, cráneos de aves, dientes humanos, vestidos manchados de sangre; empuñaban pistolas de agua fluorescentes; en la sala se oían comentarios serios o ridículos; todo era alucinante o superficial.

Hemos pedido al servicio de habitación que nos suban café, que Chloe no prueba, una botella de vino tinto, de la que bebe sólo una copa, y un paquete de tabaco, pero no le apetece fumar. Transcurre una hora, y luego otra. La suite está hasta los topes de ramos de flores enviados por varios diseñadores, de unas formas y colores tan llamativos que durante los ratos muertos en la conversación nos concentramos en ellos. Una paloma se ha aposentado en el alféizar de la ventana y ha empezado a zurear. Al principio no cesamos de repetir: «Qué más da», improvisando, como si ocultáramos unos secretos que no deseamos revelar, pero luego debemos ceñirnos al guión y le como el chocho y hago que Chloe se corra repetidas veces. Luego me tumbo de costado y empiezo a meter y sacar la polla en su boca, arqueando la espalda en cada movimiento. Chloe me sujeta por el culo y no me relajo hasta haber eyaculado dos veces, con el rostro oprimido contra su coño. Más tarde Chloe rompe a llorar y dice que no se fía de mí, que todo es imposible. Yo recorro la habitación en busca de otra caja de kleenex para que se suene y ella se levanta varias veces para lavarse la cara y luego volvemos a follar. Chloe apoya la cabeza en la almohada. «Cuéntame», dice «Posiblemente», dice. «Te creo más que capaz de ello», dice. Miramos la MTV con el sonido bajado y de golpe Chloe dice que tengo que afeitarme y yo le contesto que me estoy dejando crecer la barba; luego, con una sonrisa forzada, le explico que es para ocultar mi identidad. Ella cree que hablo en serio y cuando dice «No lo hagas» siento como si de golpe se hubiera arreglado todo, como si la esperanza hubiera renacido en mí y vislumbrara un futuro.

Después de tratar de conciliar el sueño sin conseguirlo porque no dejo de recordar cómo he llegado a esta situación, me vuelvo de costado sobre el lecho que ocupo junto a Chloe y tomo su rostro en mis manos.

—Suponía que marchándome lo resolvería todo —digo—. Estaba hecho un lío, no sabía qué hacer, ¿entiendes?

Chloe sonrío con tristeza.

—Tenía que organizar mis prioridades, aclarar mis ideas —murmuro.

—¿Por qué?

Yo suspiro.

—Porque el camino que había tomado... —me interrumpo; siento un nudo en la garganta.

—¿Sí? —musita Chloe—. Porque el camino que habías tomado...

Inspiro una bocanada de aire, desarmado.

—No conducía a ninguna parte.

—¿Necesitabas aclarar las ideas?

—Sí.

—Por eso viniste a París.

—Sí.

—En Nueva York hay parques, Victor —responde Chloe—. Pudiste haber ido a una biblioteca, o dar un paseo. —Sin pretenderlo, Chloe revela más de lo que suponía. Me despabilo un poco.

—Antes de marcharme tuve la impresión de que tú y Baxter...

—Pues no —me corta ella.

No añada más.

—Podías estar mintiéndome, ¿no? —pregunto con voz temblorosa.

—¿Por qué iba a molestarme en mentirte? —Chloe alarga la mano y toma un ejemplar del guión que reposa en la mesita de noche.

—No pasa nada —digo—. Olvídalo.

—Victor. —Chloe suspira.

—Estaba muy preocupado por ti.

—¿Por qué?

—Creí que habías vuelto a tomar drogas —contesto—. Me pareció ver algo en tu baño, en Nueva York... Vi a ese tipo, a ese tal Tristan que siempre anda metido en el ajo, en el vestíbulo de tu casa y... ¡Dios! Perdí los estribos.

—Victor...

—No, en serio, aquella mañana, después de la inauguración...

—Sólo fue aquella noche, Victor —dice Chloe, acariciándome la mejilla—. Te lo aseguro.

—Me llevé un susto de muerte...

—No, no, escúchame —dice Chloe—. Compré un poco de droga para el fin de semana. Eso es todo. Me puse a gusto y el resto lo tiré.

—Deja eso, tía, por favor —digo indicando el guión que sostiene enrollado en la mano.

Más tarde.

—Había muchas cosas que eras incapaz de hacer, unas cosas relativamente sencillas —dice Chloe—. Siempre tenía la impresión de que me gastabas bromas, aunque en el fondo sabía que no era así. Pero qué quieres que te diga; me daba esa impresión. Me parecía como si fuera un huésped en tu vida, como un nombre más en una lista.

—Nena...

—Al principio te portaste muy bien conmigo, Victor —continúa Chloe—. Pero luego cambiaste. —Hace una pausa—. Empezaste a tratarme como si fuera una

mierda.

Yo me echo a llorar con el rostro hundido en la almohada.

—Pero ahora estoy muy centrado, nena —respondo, alzando por fin la cabeza.

—¿Pero qué dices? Estás hecho un lío. Me asusta verte en este estado —replica Chloe.

—Es que... tengo mucho miedo —sollozo—. Tengo miedo de volver a perderte... Quiero que comprendas que... quiero que se arreglen las cosas entre nosotros...

La tristeza acentúa sus rasgos, como si tratara de concentrarse en algo.

—No podemos dar marcha atrás, Victor —comenta Chloe—. Es imposible.

—Yo quiero retroceder —insisto.

—Un traje muy elegante —comenta Chloe—. Marrón: el tono de moda. El corte de pelo te sienta divinamente. Sólo te preocupa que la gente piense que eres famoso, guapo y genial, que estás cachas... o lo que sea —Chloe suspira de nuevo y clava la vista en el techo—. Ése no es precisamente un indicio de inteligencia, Victor. Éste es un mal planeta.

—Tienes toda la razón, tía, estaba demasiado obsesionado con mi aspecto. Lo reconozco.

—Como de costumbre, te arrepientes cuando ya es demasiado tarde —observa Chloe, y se encoge de hombros.

Yo rompo a llorar de nuevo.

—¿Por qué? —pregunta Chloe, que me apoya la mano en el hombro—. ¿Por qué? —repite.

—Es que no encuentro nada... que me llene —respondo con voz entrecortada.

—Cariño...

—¿Por qué no me olvidaste?

—Porque estaba enamorada. Te quería —contesta Chloe.

Cierro los ojos. La oigo pasar las páginas del guión. Chloe inspira y recita la siguiente frase («cálidamente, con afecto»):

—Porque sigo enamorada de ti.

Yo aparto el rostro y me apresuro a secarme las lágrimas.

—Tengo que contarte tantas cosas...

—Pues adelante, te escucho —responde Chloe.

Los ojos vuelven a llenáreme de lágrimas, pero esta vez quiero que Chloe las vea.

—Victor, cariño, no llores o vas a hacer que yo también me eche a llorar.

—Las cosas no son... como aparentan...

—Cálmate, amor, no pasa nada.

—Te equivocas, han pasado muchas cosas...

—Venga, Victor...

—Pero no lograrán quitarme de en medio tan fácilmente —suelto de sopetón antes de estallar de nuevo en llanto.

Cierro los ojos. Chloe cambia de postura y sigue pasando las páginas del guión, haciendo unas pausas e intercalando unas frases que no figuran en el diálogo. Tengo la nariz taponada y por más que carraspeo siento un nudo en la garganta.

—No sigas, tía. Déjalo.

Chloe suspira y deja caer el guión en el suelo, junto a la cama. Luego me toma la cara entre sus manos y me obliga a abrir los ojos.

—Victor.

—¿Qué?

—Victor.

—Te escucho.

—Estoy embarazada —dice por fin Chloe.

Un problema. Las cosas se complican. Nos hemos saltado una etapa. Me he saltado una lección, hemos retrocedido, nos hemos perdido en un valle, un lugar donde siempre es enero, donde el aire es fresco y yo saco una Coca-Cola de un cubo de hielo. Las palabras «estoy embarazada» me suenan ásperas, pero de un modo impreciso. Me encuentro en el centro de la habitación, aplastado por esa información y lo que exige de mí. Trato de articular una frase, formular una promesa, asegurarle que no voy a abandonarla. ¿Te has enterado?, pregunta ella. Siempre has recibido más de lo que dabas, me digo. Trato de aplazar el próximo instante pero ella me mira a los ojos, impacientándose.

—Sí, es tuyo —anuncia.

Estoy tan pasmado que no atino a articular palabra.

—¿Pero puedes permitirte en estos momentos? —pregunto por fin con voz atiplada.

—Gano un buen dinero —responde Chloe señalando la suite con la mano—. Puedo retirarme. Ése no es el problema.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Lo que vas a hacer tú —responde suavemente—, el papel que vas a desempeñar en este asunto.

—¿Cómo sabes que... es mío? —pregunto.

Chloe suspira.

—Porque desde que rompimos sólo me he acostado contigo —contesta con una risotada.

—¿Qué quieres decir? —pregunto—. ¿Y Baxter?

—Yo no me he acostado con Baxter Priestley, nunca —grita Chloe.

—Vale, vale.

—Joder, Victor —protesta Chloe, volviéndose.

—¿Qué pasa?

—Hace cuatro semanas. ¿Te acuerdas del día que nos vimos?

—Sí, y qué —contesto tratando de recordar qué ocurrió hace cuatro semanas.

Silencio.

—¿Recuerdas el día en que me llamaste? —pregunta Chloe—. Era domingo, yo acababa de regresar de Canyon Ranch. Me reuní contigo en el Jerry's, ¿te acuerdas? En el SoHo. Nos sentamos a una mesa al fondo. Me dijiste que pensabas matricularte en la Universidad de Nueva York. —Chloe se detiene y me mira abriendo mucho los ojos—. Luego regresamos a mi casa... —Chloe aparta la cara y añade—: Hicimos el amor y luego te marchaste. —Otra pausa—. Aquella noche me dijiste que tenías una cena con Viggo Mortensen, Jude Law y uno de los productores de *Línea mortal II*. Sean MacPherson estaba en la ciudad con Gina y a mí no me apetecía ir, aunque de todos modos tampoco me habías invitado, y no volviste a llamarme... Esa semana leí que habías cenado en el Diablo's, creo que fue en la columna de Buddy Seagull, y que tú y Damien habíais hecho las paces. Un buen día me topé con Edgar Cameron y me dijo que te había visto en el Balthazar y que después habíais ido todos al Cheetah y... No volviste a llamarme... Da lo mismo, olvídale. Es agua pasada, ¿no, Victor?

Hace cuatro semanas yo me había embarcado en un crucero.

Hace cuatro semanas vi sangre en aquel barco, un charco de sangre detrás de un váter en el camarote de una pobre chica.

Hace cuatro semanas asistí a una fiesta en Londres, en Notting Hill.

Hace cuatro semanas me encontré con Bobby Hughes. Jamie Fields me abrazó para tranquilizarme mientras yo chillaba como un poseo en el pasillo de un sótano.

Hace cuatro semanas yo no estaba en Nueva York.

Hace cuatro semanas se presentó un impostor en el apartamento de Chloe.

Hace cuatro semanas, aquel domingo, él la desnudó.

No digo nada. Mi estómago no cesa de regurgitar chorros de ácido y me echó a temblar de puro pánico.

—Oye —digo.

—¿Sí?

—Tengo que irme —respondo vistiéndome.

—¿Qué? —pregunta Chloe, incorporándose en la cama.

—Voy a recoger mis cosas —contesto, intentando controlar la voz—. Me largo de esa casa. Me mudo aquí.

—Victor —empieza a decir Chloe, pero luego se detiene—. No sé qué decirte.

—Da lo mismo. Me quedaré aquí contigo.

Chloe sonrío con tristeza y me tiende una mano.

—¿En serio?

—Sí —contesto—. Estoy completamente decidido.

—De acuerdo —asiente Chloe.

Me siento en la cama y la abrazo. La beso en los labios, le acaricio la cara.

—Volveré dentro de una hora —le prometo.

—Vale —responde Chloe—. ¿Quieres que te acompañe?

—No. Espérame aquí. Será sólo un momento.

Al llegar a la puerta cambio de parecer y me vuelvo.

—A menos que... quieras acompañarme.

—¿Cuánto vas a tardar? —pregunta Chloe, que ha vuelto a tomar el guión y le echa una ojeada.

—Una hora. Probablemente menos. Unos cuarenta minutos.

—En realidad debería quedarme aquí —observa Chloe.

—¿Por qué?

—Porque voy a rodar una escena.

—¿Y yo qué debo hacer? —pregunto.

—Creo... —Chloe echa un vistazo al guión, levanta la cabeza y responde—: Me parece que debes marcharte.

—¿Y luego?

—¿Y luego? —pregunta Chloe con una sonrisa.

—Sí.

—Pues vuelves aquí.

7

No es necesario que pulse el código para desactivar el sistema de alarma en la casa del octavo o decimosexto *arrondissement*. La puerta del patio se abre con sólo empujarla.

Tras cruzar rápidamente el patio, saco mis llaves del bolsillo de la chaqueta de Prada que llevo puesta, pero no las necesito porque la puerta principal también está abierta. Es por la tarde, pero aún no ha oscurecido; un lejano tronar interrumpe de vez en cuando el aullido del viento.

Al entrar en la casa me asalta un mal presentimiento.

Descuelgo el teléfono que hay a la entrada y me acerco el auricular a la oreja. La

línea está cortada. Avanzo hacia el cuarto de estar.

—¿Hola? ¿Hay alguien? —grito—. Soy yo... Victor.

Soy consciente de lo silenciosa y oscura que está la casa. Tiendo la mano para encender una luz, pero nada, ni por ésas.

La casa apesta a mierda, un hedor húmedo y fétido que me obliga a respirar por la boca. Me detengo ante la puerta del cuarto de estar, armándome de valor, pero al entrar compruebo que está vacío.

—¿Bobby? —grito—. ¿Estás ahí? ¡Eo! ¿Dónde estás? —Luego añado en voz baja—: Mamón.

Observo que hay docenas de móviles diseminados por toda la casa, sobre las mesas, debajo de las sillas, amontonados en el suelo, muchos de ellos destrozados, con la antena arrancada. Algunos de ellos tienen batería, pero no consigo línea con el exterior. Entonces

you are the sort of person who doesn't see well in the dark^[63]

entro en la cocina, que está a oscuras. Abro el frigorífico y el congelador. Su luz ilumina una parte de la cocina desierta. Saco del congelador un envase, que se había tumbado y bebo un trago de una botella semivacía de Stoli, que apenas saboreo. El viento sigue rugiendo en el exterior.

En un cajón junto al fregadero encuentro una linterna y cuando me dispongo a mirar en otro cajón noto algo que pasa rápidamente junto a mi.

Una imagen en el espejo con marco dorado que cuelga sobre la encimera: mi expresión grave. Suelto una risita nerviosa y me llevo la mano a la frente, dejándola ahí hasta que logro calmarme lo suficiente para hallar la Walther del 25 que escondí la semana pasada en otro cajón.

A la luz de la linterna observo que la puerta del microondas está abierta y que el interior está manchado con un emplaste marrón y reseco de ramas, piedras y hojas. Luego reparo en los dibujos rupestres.

El techo, los muros, todo está lleno de gigantescos espacios blancos decorados con toscas figuras de búfalos, caballos, dragones y lo que parece una serpiente.

—No pierdas la calma —me digo.

En éstas, por los altavoces instalados en toda la casa, empieza a sonar un cedé a todo volumen, sofocando el rumor del viento que se oye en la calle: una cascada, varios sonidos difíciles de identificar, la guitarra de Paul Weller, el grupo Oasis y la voz de Liam Gallagher atacando los primeros compases de «Champagne Supernova». La música retumba a través de la oscuridad de la casa.

—Me cago en su puta madre —mascullo, a punto de perder los estribos. El haz amarillo ilumina las paredes y va oscilando a medida que avanzo a través de la casa.

where were you while we were getting hi-i-i-igh?^[64]

El hedor a mierda me provoca náuseas. Mientras sostengo la linterna con una

mano, con la otra, con la que sujeto la pistola, me tapo la nariz y la boca.

in the champagne supernova in the skyyyyyy^[65]

Me agacho para recoger otro móvil del suelo. Extiendo la antena, abro el teléfono. No hay señal de cobertura.

Echo a andar por un pasillo y enfoco el haz de la linterna por el hueco de la escalera circular, entornando los párpados para ver con mayor nitidez unas vagas formas de estrellas que aparecen por todas partes.

Pero me doy cuenta de que se trata de unos pentagramas dibujados con pintura roja en los muros, el techo y en la escalera que da acceso al segundo piso.

Siento un movimiento a mis espaldas en la oscuridad.

Me vuelvo rápidamente.

Nada.

Subo la escalera a toda prisa. Cada cinco peldaños me detengo y me vuelvo para iluminar con la linterna la oscuridad que se extiende a mis pies.

in a champagne supernova, in a champagne supernova in the sk-k-yyyyyy^[66]

Cuando llego a lo alto de la escalera vacilo unos instantes y luego echo a andar por el pasillo arrimado a la pared, tanteándola en busca del interruptor.

Doblo otra esquina y —salvo los pentagramas y los móviles que aparecen esparcidos por doquier— el decorado aparece immaculado, intacto; todo está en su sitio, la mar de ordenadito.

Me dirijo hacia el dormitorio que he ocupado; mi sombra se desliza sobre la puerta cuando me acerco a ella. Tras dudar unos momentos agarro la manecilla de la puerta al tiempo que me digo «No la abras».

Después me guardo la pistola en el bolsillo y tomo la linterna con la otra mano. Busco el interruptor de la luz, pero no lo encuentro.

Enfoco la linterna hacia el otro extremo de la habitación.

Abro un cajón, pero está vacío. Abro otro, también vacío. Toda mi ropa ha desaparecido. El pasaporte que yo había ocultado debajo del colchón también se ha desvanecido.

En el baño compruebo que han retirado mis objetos de aseo.

Sobre el espejo han dibujado un gigantesco pentagrama rojo.

where were you while we were hi-i-i-i-i-ighhh

Me dirijo hacia el armario sintiendo que el corazón me late con violencia.

Se han llevado toda mi ropa.

En su lugar han pegado en las paredes del pequeño vestidor unas polaroids en las que aparecemos Sam Ho y yo, desnudos, sudorosos, en pleno éxtasis sexual.

En medio de este collage destaca una fotografía más grande.

En ella se me ve clavando un cuchillo de cocina en el pecho de Sam Ho, sonriendo, con los ojos rojos por culpa del flash, mirando a la cámara e indicando con

mi expresión «¿Te gusta?, ¿estás satisfecho?».

Retrocedo y cierro el vestidor de un portazo. En la puerta observo otro pentagrama gigantesco, negro y cubierto de churretones de pintura.

Me acercó a otra pared llena de pentagramas y luego enfoco el haz de la linterna hacia unas letras que parecen flotar a través del inmenso muro blanco sobre mi lecho. Achico los ojos, tratando de leer lo que dice, pasando el haz de luz sobre las letras hasta que consigo pronunciarlas en voz alta.

D eSA PaRECES

AQuí

Las palabras me causan un violento impacto. Me apoyo en la pared, asiendo la pistola con tanta fuerza que apenas noto su tacto, mientras la canción de Oasis alcanza su apoteosis y el interminable solo. Al salir precipitadamente de la habitación, mi sombra se proyecta sobre otro inmenso pentagrama rojo.

El cedé llega a su fin.

Silencio.

Al echar a andar por el pasillo las suelas de mis zapatos producen un ruido extraño y el eco de mis pasos reverbera en el silencio. De pronto un relámpago recorta mi silueta sobre un muro. Oigo el aullido del viento. Estoy helado. Paso frente a otro pentagrama.

De golpe se oyen con claridad unos sonidos en el silencio de la casa.

Unos gemidos.

Proceden del otro extremo del pasillo.

Empuñando la pistola con una mano extendida frente a mí, me dirijo hacia el lugar de donde provienen los lamentos.

El dormitorio de Bentley.

Veo otro gigantesco pentagrama pintado en la pared. El viento sopla con fuerza y en este preciso instante descarga un trueno. Me atenaza un temor vago, indefinible, inevitable. Me llevo la mano a la boca para aplacar un tic nervioso que me contrae el labio y entro en la habitación.

Oriento la linterna hacia el suelo de terrazo.

—Dios mío —murmuro.

Veo un bulto oscuro que yace en el centro de la estancia, hasta que lo ilumino con la linterna y compruebo que es Bentley.

Está tendido en el suelo, amordazado con un pañuelo negro sujeto con cinta adhesiva, con los brazos extendidos hacia atrás, amarrados a los postes de la cama por medio de unas cuerdas y cadenas delicadamente entrelazadas que le sujetan las muñecas. Tiene los tobillos atados con otras cuerdas y cadenas a las patas de una

cómoda de roble americano.

Bentley me hace unas señas con la mirada.

Sobre cada uno de sus bíceps tiene adherido un artefacto conectado a un temporizador. En la oscuridad relucen unos números digitales rojos. Se ha iniciado la cuenta atrás.

Al acercarme a él, resbalando sobre unas placas de hielo, observo que tiene otro artilugio pegado al pecho. Me agacho junto a Bentley y después de dejar la linterna y la pistola en el suelo, le quito la mordaza Bentley empieza a resollar.

—Ayúdame, Víctor —gime. Su voz se quiebra en el momento de pronunciar mi nombre. Luego se echa a llorar de alivio.

—Cálmate, ya ha pasado todo —le tranquilizo, aunque no consigo disimular que estoy cagado de miedo.

Las piernas apenas me sostienen mientras trato de quitarle el artefacto que tiene conectado al muslo derecho, sobre la rodilla.

—¿Qué le dijiste, qué le dijiste, qué le dijiste? —balbucea Bentley—. ¡Por lo que más quieras, Víctor! ¿Qué le dijiste a Bobby?

—Nada te lo juro; no le dije nada —murmuro, orientando la linterna sobre el artefacto mientras trato de hallar el medio de quitárselo.

Pero me da miedo tocarlo.

—¿Quién te ha hecho esto? —pregunto.

—Bruce Rhinebeck —grita Bentley.

—Pero si Bruce ha muerto —replico, también gritando—. Murió en el atentado...

—Por favor, date prisa, Víctor —gime Bentley con una voz que no parece la suya—. No quiero morir, no quiero morir —repite entre dientes. Luego empieza a emitir unos extraños y agudos chillidos.

—Chiss —murmuro.

El viento bate contra las ventanas. Por más que me devano los sesos, no tengo ni remota idea de cómo desprender el mecanismo que Bentley tiene sujeto al muslo. Respiro de forma entrecortada, con la boca abierta.

—Vamos allá —digo, agarrando el artefacto y tirando de él, pero nada; está sujeto firmemente.

En éstas oigo un ruido. Un clic.

Proviene del mecanismo adherido al brazo derecho de Bentley.

Bentley se tensa.

Silencio.

Luego oigo otro sonido: bip, bip, bip, bip.

Bentley me mira brevemente, como si yo le hubiera ofendido de alguna forma. Acto seguido abre los ojos desmesuradamente y empieza a flexionar los dedos, horrorizado.

Silencio.

Bentley rompe a llorar.

Otro clic seguido de un zumbido sordo.

—No me dejes morir —gime Bentley—. Por favor. No quiero morir Dios...

De golpe se da cuenta de lo que está a punto de suceder y comienza a gruñir, como si se anticipara.

Cuando el artilugio estalla, el ruido de la explosión queda amortiguado por la carne.

Un ruido denso, como si se desgarrara un cuerpo. Una lluvia de sangre.

El cuerpo de Bentley se convulsiona.

El brazo se desliza por el suelo; los dedos todavía se flexionan. Entonces Bentley suelta un grito desgarrador.

Del muñón que le cuelga del hombro brota un chorro de sangre como el agua que sale de una manguera, inundando el suelo de terrazo y deslizándose debajo de la cama.

Bentley abre la boca, pero en vez de soltar un grito se pone a boquear.

—¡No, no, no! —grito aterrorizado.

Esto es obra de los efectos especiales, me digo. Todo producto del maquillaje. Bentley es un maniquí, un objeto inanimado sacudido por las convulsiones, que no cesa de mover la cabeza de un lado a otro como si la tuviera descoyuntada, con los ojos desorbitados debido al dolor. Su voz se ha convertido en unos meros gorgojeos.

El acre olor de la pólvora invade la habitación.

Yo trato de no desvanecerme. Saco la pistola y la apoyo en la cuerda que sujeta el otro brazo de Bentley.

—Dispara —murmura éste—. Dispara.

Sostengo el cañón contra el amasijo de cuerdas y cadenas y aprieto el gatillo.

Nada.

Bentley no cesa de gemir, tratando de no perder el control.

Oprimo de nuevo el gatillo.

Nada.

La pistola no está cargada.

A la luz de la linterna, el rostro de Bentley presenta un color ceniciento, casi blanco, mientras la sangre no cesa de manar de la herida; tiene la boca abierta, como si no le quedaran fuerzas para cerrarla, y su respiración es un doloroso resuello.

Afanándome en dominar el temblor de mis manos, trato inútilmente de deshacer el nudo de cuerdas y cadenas. El viento sopla con fuerza, aullando sin parar.

Otro momento terrible.

Otro clic. Esta vez en la pierna izquierda de Bentley.

Silencio.

Bip, bip, bip, bip.

Entonces se oye de nuevo un zumbido sordo.

Bentley se da cuenta de lo que va a ocurrir y comienza a chillar como un poseso antes de que el artefacto estalle. Me meo encima y vuelvo la cabeza, gritando tan aterrorizado como él, cuando el mecanismo emite el fatídico estallido.

Un crujido siniestro.

El artefacto le arranca la pierna a la altura de la rodilla. Cuando vuelvo la cabeza, veo que su pierna se desliza por el suelo, choca con la pared y la cubre de sangre. Grito aterrorizado al tiempo que trato de dominar las náuseas.

Bentley pierde durante unos instantes el conocimiento debido al shock.

Yo cierro los ojos.

El artefacto sujeto a la otra piernas estalla.

—¡Mátame! —me suplica Bentley mientras se desangra con los ojos desorbitados, hinchados de dolor.

El corazón me late con violencia. Desesperado, trato de deshacer el nudo de la cuerda que sujeta el artilugio adherido al pecho de Bentley.

—¡Mátame! —repite éste una y otra vez.

El temporizador emite su característico zumbido.

Apoyo la Walther en la sien de Bentley y oprimo inútilmente el gatillo; pero la pistola no se dispara.

La explosión arranca el otro brazo de Bentley, manchando de sangre el muro sobre el lecho y otro pentagrama. La lengua le cuelga entre los labios y cuando empieza a agitarse espasmódicamente, sacudido por los estertores, se la amputa de un mordisco.

El artefacto que tiene sujeto al pecho comienza a emitir un zumbido sordo.

El estallido lo destroza.

De pronto su pecho se volatiliza.

Los intestinos salen disparados formando espirales. Un gigantesco chorro de sangre alcanza el techo. La habitación huele a casquería, un olor dulzón, rancio, espantoso. Como hace tanto frío, unas nubecitas de vaho se alzan sobre los charcos de sangre y los trozos de carne diseminados por el suelo. Tengo las piernas entumecidas por haber permanecido tanto rato acucillado junto a Bentley. Me levanto y retrocedo tambaleándome. En la calle, el viento continúa aullando.

Mientras retrocedo hacia el pasillo, oigo el repulsivo sonido de los pedacitos de carne ensangrentados que se deslizan por las paredes. El rostro de Bentley sigue contrayéndose espasmódicamente, con la boca abierta, tendido en un reluciente charco de sangre que cubre todo el suelo. Salgo de la habitación sosteniendo la linterna con una mano; con la otra voy manchando de sangre todas las superficies a las que me agarro para sostenerme en pie.

6

Me precipito hacia el baño, resollando, sin alzar la cabeza, con los ojos fijos en el suelo mientras doblo la esquina del pasillo. Al mirarme en el espejo me da la impresión de que me han pintado la cara de rojo; tengo la pechera de la camisa empapada de sangre y cubierta de fragmentos de carne adheridos a la misma. Me quito la ropa sin dejar de chillar y me meto bajo la ducha, golpeándome el pecho y arrancándome los cabellos, con los ojos cerrados. De pronto pierdo el equilibrio y me caigo de bruces, chocando con la pared de azulejos, con las manos extendidas ante mí.

Encuentro unas ropas en la habitación de Bobby y me visto apresuradamente, sin alzar los ojos del suelo. Aturdido, canturreando suavemente y sin dejar de llorar, me ato los cordones de los náuticos Sperry que acabo de calzarme.

Corro por el pasillo del piso superior, evitando mirar dentro de la habitación de Bentley, sollozando sin parar. De pronto me percato de otro olor que invade la casa, más intenso que el pestazo a mierda que percibí antes.

Al cabo de unos momentos logro identificarlo.

Huele a palomitas de maíz.

5

Fuera ya ha oscurecido y el viento no cesa de aullar sobre el patio que atravieso a trompicones; la llovizna me humedece el rostro. El viento hace que se me peguen unos pedacitos de confeti en la cara y que se apilen junto a los muros como montoncitos de nieve formados por papelitos dorados, verdes y violetas. Reparo en unas bicicletas en las que no me había fijado nunca, tumbadas de costado, mientras las ruedas giran impulsadas por el viento. En un rincón distingo un bulto tendido en el suelo y me paro en seco, aterrorizado. Sobre el patio cae de pronto un denso silencio, que es una indicación para que me acerque al bulto.

Sobre la cabeza de Jamie aparece otro pentagrama garabateado con unas letras rojas que dicen:

DeSap Areces

Aquí

Junto a ella reposa una botella semivacia de Absolut. Jamie está medio incorporada, aturdida, apenas lúcida. Al tocarle la mejilla noto que está ardiendo; tiene el rostro abotargado. Me agacho junto a ella. Tiene los ojos cerrados y al abrirlos no manifiesta el menor interés, aunque parece haberme reconocido y ambos nos miramos con ojos inexpresivos, vidriosos. Jamie lleva un traje pantalón blanco de Gucci, con el cuello ligeramente salpicado de sangre, pero no veo ninguna herida porque alguien la ha envuelto por completo en un plástico.

—¿Estás... bien, Jamie? —pregunto con voz átona—. ¿Quieres que vaya a buscar ayuda?

Jamie suspira débilmente y dice algo que no logro entender.

—¿Qué? —pregunto—. No te oigo.

—Se supone que... deberías estar... en el hotel —musita de nuevo.

—Iré a buscar ayuda...

—No —murmura Jamie. Luego señala algo a mis espaldas. Yo me vuelvo, achicando los ojos. Es el colchón sobre el que asesinaron a Tammy Devol; está medio quemado, tirado en medio del patio; un amasijo negruzco salpicado de confeti blanco y plateado.

—Pediré una ambulancia —digo.

—No... no lo hagas, Victor —responde Jamie con un hilo de voz.

—Quiero ayudarte —insisto, esforzándome en adoptar un tono animado.

Jamie me agarra por las muñecas, con el rostro demacrado y tenso, los ojos entornados.

—No quiero que nadie me ayude.

—¿Qué ha pasado? —pregunto.

—Estoy totalmente... jodida —musita Jamie, sonriendo.

Luego se encoge de hombros y aparta la vista.

—Háblame, Jamie, cuéntame lo que ha ocurrido.

—Vi esa escena... cuando fuiste a la embajada —murmura—. Ellos... te mintieron, Victor. —Jamie no cesa de estremecerse; yo retiro unos pedacitos de confeti que se le han metido entre el cabello.

—¿Sobre qué me mintieron? —pregunto.

Estoy medio afónico de tanto gritar y la voz de Jamie es como la de un fantasma, hueca, la de alguien sumido en un profundo sueño. A nuestras espaldas se oye el fragor del viento.

—Palakon trabaja para los japoneses —dice Jamie de corrido, y crisca la cara en un rictus de dolor—. Pero también trabaja... para ellos...

Luego se pone a reír histéricamente, como una niña.

—¿Qué japoneses? —inquiero.

—Todo está relacionado... con los japoneses —contesta Jamie—. Todo lo compran con dinero de bancos japoneses y ellos... se encargan de suministrar todo el material. —Con voz lánguida, átona, Jamie empieza a enumerar una lista.

—Explosivos plásticos, detonadores, temporizadores...

—¿Porqué los japoneses, Jamie? —pregunto, acariciándole el rostro para tranquilizarla.

—Porque quieren que tu padre salga... elegido.

Pausa.

—¿Elegido? ¿En qué?

—Palakon también trabaja contra tu padre —musita Jamie—. ¿Me oyes..., Victor? —Luego emite una risita forzada—. Tu padre lo contrató... pero Palakon le ha traicionado.

Los aullidos del viento atraviesan el patio.

—También trabaja para la gente que no... —Jamie cambia de postura para aliviar el dolor que la martiriza—. Los que no quieren que tu padre salga elegido.

—Palakon me dijo que mi padre lo había contratado.

—Pero Palakon no tiene ninguna afinidad... —responde Jamie con voz cansada—. He visto la cinta de la escena en la embajada... Te mintió. Él conocía mi relación con Bobby antes de enviarte a Europa. Te mintió.

—¿Por qué me envió Palakon a Europa? —pregunto.

—Tu padre quería que te marcharas del país —contesta Jamie—. Palakon lo consiguió..., pero la gente que no quiere que tu padre salga elegido... también estaba en contacto con... Palakon y... tenía unos propósitos muy distintos. —Jamie emite un suspiro—. Una proposición...

—¿Qué clase de proposición? —pregunto alzando la voz para que Jamie me oiga.

—Un escenario... —Su voz se apaga. Tiene los ojos entornados, pero consigue esbozar un gesto ambiguo.

—¿Qué escenario, Jamie?

Jamie trata de recordar algo.

—Supongamos que tú cayeras en manos de cierta organización... y que esta información pudiera filtrarse a la prensa... ¿Cuánto dinero estaría dispuesto tu padre a pagar a Palakon... para que se encargara también de evitarlo? Como ves, Palakon tiene las espaldas bien cubiertas. Él lo organizó todo.

Le seco una lágrima que se desliza por su mejilla; el viento levanta una nube de confeti que revolotea a nuestro alrededor.

—¿Cómo? —pregunto.

—Ofreció... Palakon te ofreció a... Bobby. Hicieron un pacto.

Jamie traga saliva.

—Palakon había prometido a Bobby un nuevo rostro. Bobby quería un hombre... y Palakon te envió a ti. Todo encajaba. Tu padre quería que abandonaras el país... y Bobby necesitaba un nuevo rostro. Palakon unió ambos planes. —Jamie se pone a toser, vuelve a tragar saliva—. Al principio, cuando se enteró de tu identidad, Bobby se puso furioso... Sabía quién eras tú y quién era tu padre. No le gustó nada.

—Creí que Bobby era partidario de utilizar a gente famosa —observo—. Creí que las celebridades tenían una coartada automática.

—Tu padre... —responde Jamie moviendo la cabeza lentamente—. Era demasiado... Bobby desconfiaba. No las tenía todas consigo y... Bobby estaba convencido de que Palakon trabajaba para otra persona.

Silencio.

—¿Qué ocurrió, Jamie? —pregunto pausadamente.

—Bobby comprendió que... podía utilizarte en su propio provecho.

—¿En qué sentido, Jamie? —Siento una punzada de terror.

—Bobby se puso en contacto con tu...

—No, no, no —la interrumpo, sujetándola por los hombros.

—Bobby y tu padre...

—Eso es imposible, Jamie —replico cerrando los ojos.

—Tu padre y Bobby estaban en contacto, Victor.

—No... no...

Es como si todo se disipara, se alejara flotando a mis espaldas.

—Los japoneses se enfadaron con Bobby cuando él... hizo un pacto con tu padre —dice Jamie, y toma aire—. Querían que desaparecieras, que te largaras del país... pero tenían que protegerte.

—¿Por qué?

—Porque si Bobby filtraba a la prensa lo de... tus actividades terroristas, tus vínculos con nuestra organización... eso echaría por tierra las posibilidades de tu padre de ser elegido. —Jamie levanta la cabeza, haciendo una mueca de dolor—. Los japoneses... quieren que tu padre gane.

Otra ráfaga de viento sofoca la frase. Yo me inclino hacia ella, pero Jamie vuelve la cara. Acerco la oreja a sus labios.

—Palakon no sabía... lo que contenía el sombrero, Victor —dice Jamie—. Eso fue otra mentira.

—¿Entonces por qué me pidió que lo trajera?

—Bobby sabía lo del sombrero... Le indicó a Palakon... que te pidiera que lo trajeras contigo —responde Jamie—. Bobby necesitaba que alguien trajera el... Remform a Europa.

De pronto su voz se hace más suave, casi curiosa.

—Palakon no supo lo que contenía el sombrero hasta más tarde. Cuando lo

averiguó... —Pero Jamie no termina la frase. Abre los ojos y vuelve a cerrarlos—. El Remform... era para mi.

—Oye, Jamie; por favor, mírame —murmuro—. ¿Cómo te metiste en esto? ¿Por qué me encargó Palakon que te localizara?

—Él sabía que yo... andaba liada con Bobby. Lo sabía desde el principio, Victor..., ¿entiendes? Le pareció que eso sería una ventaja... que tú y yo nos hubiéramos conocido en Camden.

La vida de Jamie se va apagando poco apoco.

—Jamie, Jamie, óyeme —digo, tratando de acercar su rostro al mío—. ¿Quién era Marina Cannon?

Su rostro se contrae en un rictus de amargura.

—Embarcó en el crucero para advertirte, Victor... Se suponía que debías acompañarla a París.

—¿Y qué pasó, Jamie?

—Bobby envió a unas personas... de Nueva York para que te vigilaran... Quería asegurarse de que no fueras a París. —Jamie empieza a sollozar suavemente.

—¿Te refieres a los Wallace? —pregunto—. ¿El matrimonio inglés?

—No lo sé... No sé cómo se llaman. Se pusieron en contacto con nosotros y...

—El barco se detuvo, Jamie.

—... Palakon quería que fueras a Londres.

—Se detuvo, Jamie. Dijeron que otro barco había enviado una señal de socorro.

—Lo sé, ya lo sé...

—El maldito barco se detuvo, Jamie. En medio del océano.

—Bobby no quería que fueras a París —Jamie sonrío cómo para sus adentros.

—¿Era Bobby? ¿Era Bobby quién subió a bordo aquella noche?

—Victor...

—Vi el tatuaje —grito—. ¿Qué le Ocurrió a Marina?

—No lo sé —musita Jamie—. Me enteré después de que tú me lo contaras... aquella noche en el hotel. Cuando se lo pregunté a Bobby sé negó a responder. Sólo le interesaba el Remform.

—¿Qué más quería? —preguntó.

—Quería que tú... murieras.

Cierro los ojos y no los abro hasta al cabo de un rato.

—No lo sé... —dice Jamie—. A Bobby no le parecía prudente traerte aquí... Pero luego pensó que podía hacerte parecer culpable.

—¿Del asesinato de Sam Ho?

Jamie se limita a asentir.

—Después... se le ocurrieron otras ideas.

—¿Qué otras ideas?

—Oh, Victor... —Jamie suspira—. Todo fue un montaje. Incluso en Nueva York... la chica que murió... aquella DJ...

—¿Mica?

—La chica... con la que debías reunirte en el Fashion Café... La nueva DJ. ¿Te acuerdas?

Yo asiento como un autómata, aunque Jamie no me mira.

—La mataron la víspera... Vi el informe.

—¡Joder!

—Todo fue un montaje.

—¿Y tú, Jamie? ¿De parte de quién estás? —pregunto.

Ella sonrío y al hacerlo se le parte el labio superior, pero no sangra.

—¿Para quién trabajas?

—Qué más da.

—¿Para quién trabajas? —grito, sacudiéndola por los hombros.

—Trabajaba contra... Bobby —murmura Jamie—. Para hacer eso, tuve que... trabajar para él, Victor.

La suelto y me aparto un poco, jadeando.

—Yo trabajaba para el mismo grupo que Marina... Y también para el de Bobby... Además, estaba en tratos con Palakon... al igual que tú.

—Yo no trabajo para Palakon.

—Te equivocas. —Jamie traga saliva con dificultad—. Has estado trabajando para él desde que le conociste. —Tras estas palabras comienza a temblar.

—¿Qué tiene que ver Lauren Hynde en este asunto? —pregunto—. Mírame... ¿Está también implicada Lauren Hynde? Fue ella quién me dio el sombrero. He visto fotos de ella con Bobby.

Jamie se echa a reír, delirando.

—¿No recuerdas a Lauren Hynde, de la época de Camden? —pregunto—. Ella conoce a Bobby. Me dio el sombrero. —Acercó el rostro de Jamie al mío—. Eso también fue un montaje, ¿no es cierto?

—Ésa no era... Lauren Hynde —suspira Jamie.

—Pues claro que era Lauren Hynde.

—Ni siquiera... te has dado cuenta. —Jamie suspira de nuevo—. Esa chica no era Lauren...

—La conozco bien, Jamie —insisto—. Es la mejor amiga de Chloe. ¿De qué estás hablando?

—Era otra chica —afirma Jamie, emitiendo un suspiro tras otro.

—No es posible... —replico meneando la cabeza con energía.

—Lauren Hynde murió en diciembre de 1985... en un accidente de carretera cerca de Camden, en New Hampshire.

Jamie se inclina hacia mí y baja la voz, casi como si temiera que alguien la estuviera escuchando. Es una cáscara vacía, está muerta, pienso. En éstas aparece un objeto gigantesco e informe volando sobre nosotros en la oscuridad, suspendido sobre el patio, y oigo una voz que dice: «Todos lo estáis».

—Tengo que hablar con Bobby —digo—. ¿Dónde está?

—No, Victor, no...

—¿Dónde se ha metido, Jamie? Dímelo.

—Se ha marchado... —Jamie se detiene, jadeando, y levanta la cabeza exageradamente—. Ha ido... —Pero no termina la frase.

—¿Dónde está? —grito, sacudiéndola de nuevo por los hombros.

—Ha ido... al Hôtel Costes —responde Jamie sin fuerzas para seguir hablando—. Para ver... a Chloe.

Yo me levanto, gimiendo, y noto el viento que me golpea en la cara.

—Espera, Victor, no vayas... —dice Jamie sujetándome el brazo con fuerza, pero yo me aparto bruscamente.

—Victor...

—Me marchó. —El pánico invade cada célula de mi cuerpo—. ¿Qué quieres, Jamie?

Ella dice unas palabras que no logro captar.

—¿Qué has dicho? —pregunto, inclinándome sobre ella.

Jamie vuelve a farfullar una frase.

—No oigo lo que dices, Jamie —murmuro.

—Yo... no soy... Jamie Fields —es lo único que dice. Son sus últimas palabras antes de morir.

En aquel preciso instante, tal como indica el guión, un enorme enjambre de moscas irrumpe en el patio formando una gigantesca nube negra.

4

Regreso corriendo al hotel.

Atravieso apresuradamente la puerta giratoria pero disminuyo el paso mientras cruzo el vestíbulo en dirección a los ascensores.

Al llegar al piso donde está la habitación de Chloe echo a correr por el pasillo.

Golpeo la puerta con fuerza.

—¿Chloe? ¿Estás bien, Chloe? —grito con voz aguda, tanto que me parece afeminada—. Abre la puerta. Soy yo.

La puerta se abre y aparece Chloe, risueña, vestida con una bata blanca.

—Te has cambiado —comenta al reparar en la ropa de Bobby—. ¿Dónde están tus cosas?

Entro en la habitación como una tromba y me pongo a registrar la suite, acojonado, sin saber muy bien qué haría si me topara con Bobby.

—¿Ha estado alguien aquí? —pregunto, abriendo la puerta del baño.

—Cálmate, Victor —responde Chloe.

—¿Dónde se ha metido? —insisto. Abro el vestidor y cierro de un portazo—. ¿Quién ha estado aquí?

—Ha venido Bobby Hughes —responde Chloe, tiritando. Luego se sienta en una silla frente a una mesa donde estaba escribiendo algo en una voluminosa agenda. Cruza las piernas y me mira con expresión severa.

—¿Qué quería? —inquiero, tratando de calmarme.

—Hablar, eso es todo —contesta ella, encogiéndose de hombros—. Me preguntó dónde estabas...

—¿Qué dijo?

—Victor...

—¡Contéstame, joder! ¿Qué dijo exactamente?

—Quería hablar —responde Chloe, asustada—. Le apetecía tomarse una copa de champán. Trajo una botella. Dijo que era para hacer las paces contigo... Yo lo rechacé, y...

—¿No bebiste champán?

Una larga pausa.

—Sólo media copa —Chloe emite un suspiro—. Me pidió que te guardara el resto. Está allí, en el cubo de hielo.

—¿Y qué más? —pregunto, inspirando con fuerza. Siento una sensación de alivio tan intensa que se me nubla la vista.

—Nada. Dijo que quería celebrarlo, pero no precisó el qué. —Chloe hace una pausa significativa—. Dijo que lamentaba no haberte visto...

—Ya me lo imagino.

—Victor, él... —Chloe suspira de nuevo y tras cierto titubeo decide concluir la frase—. Está preocupado por ti.

—Me importa una puta mierda —contesto.

—He dicho que está preocupado por ti —exclama Chloe.

—¿Dónde está?

—Tuvo que marcharse —responde Chloe sin dejar de tiritar.

—¿Dónde?

—No lo sé, Victor. A una fiesta que daban no sé dónde.

—¿Qué fiesta? ¿Dónde? Es muy importante, Chloe.

—No sé, te digo que no lo sé —insiste ella—. Mira, tomamos un poco de champán, charlamos un ratito y luego se marchó a una fiesta. ¿Qué te pasa? Pareces asustado.

Silencio.

—¿Con quién vino? —pregunto.

—Con un amigo —responde Chloe—. Se parecía a Bruce Rhinebeck, pero no creo que fuera él.

Una larga pausa. Permanezco plantado en medio de la suite como un pasmarote, con los brazos colgando a ambos lados.

—¿Bruce Rhinebeck?

—Sí, me chocó bastante. Se parecía a Bruce, pero había algo raro en él. Su pelo tenía un aspecto distinto. —Chloe tuerce el gesto y se frota el vientre—. Dijo que se llamaba Bruce, pero no mencionó su apellido. Vete a saber.

Sigo clavado en el suelo.

—Esto es increíble. —Suspiro.

«Bruce Rhinebeck está muerto».

—¿Qué es increíble? —pregunta Chloe.

«Bruce Rhinebeck estaba desactivando una bomba en un apartamento del Quai de Béthune y murió».

—Tía, no vas a creerme, pero ése no era Bruce Rhinebeck.

—Pues era clavado a él —me espeta Chloe. Su respuesta resulta demasiado brusca y adopta un tono más suave—. No pasó nada más, ¿de acuerdo? Cálmate, Victor —añade, esbozando otra mueca.

Yo saco las maletas del armario ropero.

—¿Qué haces? —pregunta Chloe.

—Nos largamos de aquí —contesto, y arrojo las maletas de Gucci sobre la cama—. Ahora mismo.

—¿Pero a qué viene esto? —pregunta Chloe, irritada, cambiando, de postura.

—Nos largamos de París —contesto—. Regresamos a Nueva York.

—Mañana tengo unos pases...

—No me importa —grito—. Nos marchamos inmediatamente.

—Yo también estoy preocupada por ti, Victor —confiesa Chloe—. Siéntate un minuto. Quiero hablar contigo.

—Pues yo no tengo ganas de hablar —replico—. Sólo quiero largarme de aquí.

—Basta —estalla Chloe. Veo que se inclina hacia adelante y se frota de nuevo el vientre—. Siéntate.

—Chloe...

—Disculpa, voy un momento al baño —contesta—. Pero no hagas las maletas. Quiero hablar contigo.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—No me encuentro bien —responde Chloe.

—¿Te ha sentado mal alguna comida? —preguntó, preocupado.

—No, sólo he tomado la media copa de champán.

Miro la botella de Cristal que está dentro del cubo de hielo, la copa vacía que reposa sobre la mesa.

Chloe sé levanta de la silla.

Pasa ante mí y se dirige al baño.

Tras observar la copa de champán unos segundos me acerco a ella. En el fondo de la copa hay unos gránulos.

Luego me fijo en otra cosa.

La silla que ocupaba Chloe está manchada de sangre.

Me quedo mirándola, perplejo.

—Chloe —digo.

Ella se vuelve.

—¿Sí?

No quiero que note lo asustado que estoy, pero en ese momento descubre también la mancha.

Empieza a respirar agitadamente. Al bajar la vista comprueba que tiene toda la parte inferior de la bata empapada de sangre.

—Chloe... —repito.

Ella se dirige hacia el baño tambaleándose y se agarra a la puerta para no caer al suelo. Por sus piernas se deslizan unos hilos de sangre y cuándo Chloe se levanta la bata ambos observamos que tiene las bragas empapadas, completamente manchadas de rojo. Aterrorizada, Chloe se las quita y de pronto cae un chorro de sangré que forma un charco en el suelo del baño.

Chloe emite un sonido bronco mientras se dobla, sujetándose el vientre. Luego empieza a gritar. Con expresión de asombro y sujetándose aún el estómago, se pone a vomitar al tiempo que retrocede unos pasos y se desploma en el suelo del baño. Por entre sus piernas asoman unos fragmentos de tejido carnoso.

—¡Chloe! —grito.

Ella se arrastra por el suelo del baño, dejando un reguero de sangre.

Yo me tiro al suelo junto a ella mientras se desliza sobre las baldosas, jadeando, en dirección a la bañera.

De entre sus piernas brota otro chorro de sangre, junto con un sonido siniestro, como si sus intestinos se estuvieran desgarrando. Chloe levanta una mano, chillando,

y yo me apresuro a sostenerla. Siento las vibraciones de sus gritos a través de la piel, seguidos por otro sonido espeluznante.

Descuelgo el teléfono del baño y pulsó el botón cero.

—¡Por favor, socorro! —gritó—. Alguien se esta muriendo. Estoy en la habitación de Chloe Byrnes. Envíen una ambulancia. Sé está desangrando... Se muere...

Silencio.

—¿Señor Ward? —pregunta una voz al cabo de unos instantes.

—¡No, no, no!

—Subiremos enseguida, señor Ward.

La comunicación se corta.

Rompo a llorar y arrojo el teléfono al suelo.

Salgo corriendo del baño y descuelgo el teléfono de la mesita de noche, pero no tiene línea.

Oigo que Chloe me llama a gritos.

Desde el lugar donde me encuentro, todo el suelo del baño parece cubierto de sangre, como si algo en el interior de Chloe se hubiera licuado. La hemorragia persiste; la sangre es arenosa, granulosa. Una gruesa tira de carne cae al suelo mientras Chloe emite un grito desgarrador y se sujeta el vientre. Deshecho en llanto, la abrazo y trato de calmarla asegurándole que todo irá bien, pero ella comienza a chillar históricamente, exhausta. Por entre sus piernas se desprende otra tira larga y retorcida de carne.

—¡Victor! ¡Victor! —grita Chloe como una posesa. Su piel presenta un color amarillento, sus gritos se licuifican, su boca se abre y cierra sin cesar.

En un intento de controlar la hemorragia, presiono una toalla contra su vulva, pero la tela queda empapada al cabo de unos instantes. Chloe emite unos jadeos roncós; luego comienza a defecar sonoramente, arqueando la espalda, mientras expulsa otro pedazo de carne, seguido por otro chorro de sangre que forma un charco en el suelo.

—¡Aguanta un poco, cariño! —grito con todas mis fuerzas. Tengo las manos manchadas de sangre.

De entre sus piernas brota otro estallido de sangre, caliente y viscosa Chloe me mira con los ojos desorbitados, tratando de inspirar una profunda bocanada de aire. Su cuerpo emite unos sonidos atroces. Chloe suelta otro grito desgarrador.

—Por favor, por favor, haz que pare —me suplica. Yo estoy llorando como un histérico y no puedo contenerme.

Chloe expulsa otro pedazo de carne, esta vez blanca y lechosa. Después de la siguiente punzada de dolor, Chloe ni siquiera consigue articular una palabra. Por fin se relaja y trata de sonreír, pero su boca se contrae en una mueca. Veo sus dientes

cubiertos de sangre, todo la cavidad bucal presenta un color violáceo. Chloe murmura unas frases incoherentes mientras me sujeta con una mano y con la otra golpea el suelo del baño con movimientos espasmódicos. El baño apesta a sangre. Yo abrazo a Chloe con fuerza, la miro a los ojos y sollozo:

—Lo siento, nena, lo siento.

De pronto los ojos de Chloe reflejan una expresión de asombro, como si se diera cuenta de que su muerte es inminente. Me mira sin verme, incapaz de enfocar la vista, mientras emite unos sonidos inhumanos, como un animal herido. La siento desfallecer entre mis brazos. A los pocos instantes de morir, su rostro adquiere una palidez cadavérica y sus facciones se relajan. El mundo entero parece esfumarse ante mis ojos y me doy por vencido mientras de la vagina de Chloe sigue manando un líquido color lavanda.

Cierro los ojos y me tapo los oídos con las manos en el preciso momento en que unos técnicos del equipo irrumpen en la habitación.

3

Circulamos por una carretera. En una furgoneta de grandes dimensiones. Nos dirigimos al aeropuerto. El conductor es el mejor chico del equipo de rodaje francés. Me encuentro en un estado catatónico, tumbado en el suelo de la furgoneta, rodeado por cámaras y material por el estilo; las perneras de mi pantalón están manchadas con la sangre de Chloe. En ocasiones el paisaje que desfila ante las ventanillas de la furgoneta es negro, en otras un desierto, quizás en las afueras de Los Ángeles, y en otras es una pantalla mate, de color azul eléctrico o de una blancura deslumbrante. A veces la furgoneta se detiene, luego acelera. Esporádicamente los técnicos emiten órdenes a través de sus walkie-talkies.

El director está sentado en el asiento del acompañante, repasando el programa de rodaje. Sobre el tablero reposa una metralleta Uzi.

Durante el trayecto hacia el aeropuerto se produce un breve episodio.

Comienza con una advertencia del conductor, que está mirando preocupado por el retrovisor.

Un camión negro nos sigue por la autopista.

El primer ayudante de dirección y un electricista se agachan junto a las

ventanillas traseras, empuñando unas Uzis. Apuntan.

El camión negro acelera y se inicia la persecución.

El ambiente dentro de la furgoneta parece estar cargado de radiactividad.

La furgoneta se sacude al ser alcanzada por unos disparos.

Los cañones de las Uzis que el primer ayudante de dirección y un electricista apuntan contra el camión negro —aún nos persigue— escupen unos minúsculos destellos de luz.

Cada vez que la furgoneta pega un acelerón me agarro a los objetos que tengo más a mano para mantener el equilibrio.

El parabrisas del camión negro estalla hecho añicos.

El camión se desvía hacia la derecha y choca con varios coches. El camión negro sale despedido de la calzada y vuelca. La furgoneta acelera y se aleja de la escena del siniestro.

Dos segundos más tarde se alza detrás de nosotros una inmensa bola de fuego.

Continúo tendido en el suelo, resollando, hasta que el jefe de decorados y un ayudante de producción me ayudan a incorporarme y quedo sentado frente al director. A través de la ventanilla veo de nuevo un desierto; no ceso de gemir.

La furgoneta dobla por una carretera secundaria.

El director saca una pistola del bolsillo interior de su chaqueta.

Yo me quedo contemplándola. Lo único que consigue sacarme de mi ensimismamiento es la frase que pronuncia el director:

—Sabemos dónde está Bobby Hughes.

De pronto me arrojó sobre la pistola para comprobar si está cargada, pero el ayudante de producción me contiene y me dice que me calme, mientras el director me arrebató el arma.

—Bobby Hughes quiere matarte —me informa el director.

El jefe de decorados me coloca la funda de un cuchillo en torno a la pantorrilla, e introduce una enorme navaja plateada con un mango negro. Luego me arregla la pernera del pantalón de Prada que llevo para ocultar la funda de la navaja.

El director me comunica que desean ver a Bobby Hughes muerto. Me preguntan si eso entra en lo «posible».

Yo asiento distraído y gimoteo ante semejante perspectiva. En éstas un penetrante olor a gasolina invade la furgoneta y el conductor frena bruscamente, con lo cual todos nos precipitamos hacia adelante.

—Hay que pararle los pies, Víctor —me indica el director.

Después de guardarme la pistola en un bolsillo de la chaqueta, me apeo de la furgoneta seguido por el equipo de rodaje. Las cámaras filman la escena mientras nos dirigimos apresuradamente al aeropuerto. La banda sonora transmite el fragor del despegue de los aviones.

2

Los técnicos me indican que vaya hacia los servicios de caballeros, situados en la primera planta de la terminal. Echo a correr hacia la puerta, la abro de un violento empujón con el hombro derecho e irrumpo bruscamente en el baño. Los técnicos ya han instalado los focos, pero no para rodar la escena que suponía Bobby.

Bobby está de pie ante un lavabo, examinando su rostro en el espejo. Me lanzo sobre él como un rayo, gritando, empuñando la pistola en la mano.

Bobby se vuelve, me ve, ve al equipo de rodaje que sigue mis movimientos, esboza una mueca de asombro y exclama enfurecido:

—¡Cabrones! —Luego repite a pleno pulmón—: ¡Sois unos cabrones, hijos de puta!

Acto seguido saca una pistola, pero yo le pego un manotazo; el arma se escurre sobre las baldosas y va a parar debajo de un lavabo. Bobby se agacha instintivamente cuando me lanzo sobre él, tratando de arañarle el rostro y gritando.

Alarga la mano, me aporrea la cabeza y se precipita sobre mí con tanta fuerza que me lanza contra la pared. Yo me deslizo desmadejado hasta el suelo, entre toses.

Bobby retrocede, pero de pronto extiende el brazo y me agarra por el cuello.

Yo alzo el brazo y le asesto un puñetazo en toda la boca. Bobby retrocede tambaleándose y se parapeta tras un cubículo.

Yo me precipito sobre él y lo arrojo contra la pared. Le apoyo el cañón de la pistola entre los ojos y grito:

—¡Te mataré, cerdo!

Bobby trata de arrebatarme el arma de un manotazo.

Oprimo el gatillo. La bala queda alojada en la pared revestida de baldosas, detrás de Bobby, produciendo un enorme orificio. Disparo de nuevo, cuatro, cinco, seis veces, hasta haber vaciado el cargador. La pared ha quedado como un colador.

Bobby alza la cabeza, mira la pistola descargada que sostengo y luego mi rostro.

—¡Hijo puta! ¡Voy a matarte! —grita, y salta sobre mi.

Bobby me agarra por el cuello, y trata torpemente de inmovilizarme con una llave. Apoyo la mano con la que empuño la pistola sobre su nuez y empiezo a presionar. Pero Bobby inclina la cabeza hacia atrás y consigue escapar.

Yo trato de sujetarlo, esta vez con la otra mano y más estrechamente, y le asesto un puñetazo en la mandíbula. Bobby me suelta, rompiéndome la camisa, y se lanza sobre mí. Me aferra por los hombros y acerca mi rostro al suyo.

—Estás muerto —dice con voz ronca.

Es casi como si ejecutáramos un baile: chocamos, los dos antes de estrellarnos contra la pared. Estamos a punto de derribar a un cámara. Bobby y yo nos abrazamos hasta que mediante una rápida maniobra él consigue aplastarme la cara contra un

espejo de cuerpo entero, una, dos veces, golpeándome la cabeza contra la luna hasta que el cristal se parte y yo caigo de rodillas, sintiendo que algo tibio se desliza por mi rostro.

Bobby retrocede y mira alrededor, en busca de su pistola.

Yo me incorporo, pestañeando porque la sangre me nubla la vista. Un electricista me arroja un cargador.

Yo lo atrapo al vuelo y arrojo a Bobby contra la puerta de un cubículo. Él trata de derribarme de un puñetazo, pero yo logro zafarme. Bobby salta sobre mí como si estuviéramos en un ring cubierto de barro, con el rostro deformado por una mueca, moviendo los brazos de forma descontrolada, tratando inútilmente de alcanzarme.

De pronto me golpea la cabeza contra un urinario; luego me agarra por el cuero cabelludo y me baja la cabeza al tiempo que me asesta un rodillazo en la frente, lo cual me deja totalmente fuera de combate. Acto seguido Bobby me arrastra a través del suelo de baldosas hasta donde yace su pistola, junto a la papelera.

—¡Quitadle la pistola! —grito a los técnicos del equipo mientras Bobby me arrastra por el suelo.

Desesperado, me agarro al picaporte de un cubículo.

Bobby suelta un gruñido, me sujeta por la cinturilla del pantalón de Prada que llevo y me obliga a levantarme con tal violencia que ambos acabamos rodando por el suelo.

Yo quedo sobre él. Luego me apoyo sobre una rodilla, me pongo en pie y corro a encerrarme en un cubículo con el propósito de cargar la pistola con los cartuchos que tan oportunamente me han entregado. Pero Bobby derriba la puerta, me obliga a salir, y me lanza contra un lavabo. Alzo el brazo para amortiguar la fuerza del impacto, pero me estrello contra el espejo, que queda hecho añicos. El cargador se cae de la pistola. Trato de quitarme a Bobby de encima, pero me araña la cara. Ambos rodamos de nuevo por el suelo. La pistola se me cae de la mano y se desliza sobre las gélidas baldosas. Trato de apoderarme del arma de Bobby, que está debajo del lavabo, pero Bobby me pisa la mano, lo cual me provoca un dolor tan intenso que me devuelve a la realidad.

Luego apoya la otra bota sobre mi sien y me la aplasta con saña. Yo le agarro el pie y se lo retuerzo hasta que Bobby pierde el equilibrio y cae de espaldas.

Me levanto tambaleándome y, después de haber recobrado el equilibrio, me apodero de su pistola.

Bobby se precipita sobre mí y me pega un cabezazo en el costado. Luego me asesta un feroz puñetazo en la sien que me pilla desprevenido. Se oye el crujir de huesos. Antes de darme tiempo a reaccionar, Bobby me aferra por el cuello con ambas manos y aprieta con fuerza.

Se sienta sobre mí, oprimiéndome la yugular, asfixiándome. Trato de obligarle a

soltarme, pero me tiene inmovilizado.

El muy cerdo sonríe, mostrándome sus dientes manchados de sangre.

Desesperado, apoyo una mano sobre su mandíbula, tratando de quit rmelo de encima.

Mientras Bobby me agarra del cuello con una mano, extiende la otra y me arrebató la pistola.

Me pongo a patalear, incapaz de librarme, y a golpear el suelo de baldosas con las manos.

Bobby empuña la pistola a la altura de mi pecho, apuntando hacia mi cara.

Yo trato de gritar mientras me debato frenéticamente.

Bobby oprime el gatillo.

Cierro los ojos.

Nada.

Bobby vuelve a apretar el gatillo.

Nada. Durante unos segundos ambos permanecemos inmóviles.

En éstas me incorporo, gritando, y derribo a Bobby de un puñetazo en el maxilar.

Bobby cae de espaldas, chorreando sangre por la nariz.

Sentado en el suelo, miro alrededor mío en busca de mi pistola y el nuevo cargador.

De pronto descubro ambas cosas debajo del lavabo.

Me arrastro hacia all .

Bobby se levanta de un salto, se vuelve efectuando una rápida pirueta, saca unos cartuchos del bolsillo de su chaqueta y vuelve a cargar la pistola.

Recupero apresuradamente el cargador que está debajo del lavabo y lo introduzco en la pistola, tenso, cerrando los ojos.

Bobby dispara. La bala destroza el espejo que cuelga sobre mí.

Bobby dispara de nuevo, pero falla el tiro. El proyectil penetra en la pared a mis espaldas, Bobby sigue disparando mientras los azulejos estallan junto a mi rostro.

Yo me vuelvo rápidamente y le apunto.

— No! —grita Bobby, desplomándose en el suelo.

Presiono el gatillo y al mismo tiempo suelto un grito de rabia.

Nada.

La pistola de Bobby se ha encasquillado y me doy cuenta, demasiado tarde, de que he olvidado quitarle el seguro a la m .

Bobby echa a correr hacia mí.

Suelto la pistola y, tendido en el suelo, me subo la pernera del pantalón.

Bobby arroja su pistola y se lanza hacia mí, aullando enloquecido.

Yo desenfundo la navaja.

Bobby ve el arma unos segundos antes de caer sobre mí y trata de esquivar la

acometida.

Yo le clavo la navaja en el hombro hasta la empuñadura.

Bobby suelta un grito y se vuelve de costado.

Yo extraigo la navaja de su hombro, llorando, y al hundírsela en el cuello Bobby me mira con expresión de perplejidad, tensando los músculos del rostro.

Bobby se aparta; emite unos sonidos entrecortados mientras un grueso chorro de sangre brota de la herida en su cuello, que se hace más grande y profunda a medida que él va retrocediendo.

Las piernas no le sostienen y Bobby se lleva las manos al cuello, tratando de contener la hemorragia.

Yo comienzo a arrastrarme despacio hacia la pistola, alargando la mano hasta tocar el frío metal.

Con una mueca de dolor, me incorporo hasta lograr sentarme en el suelo.

El equipo sigue filmando la escena; la cámara se acerca a Bobby mientras éste se desangra.

Aturdido de dolor, me levanto y apunto la pistola a su cabeza.

—Es demasiado tarde —murmura Bobby; la sangre brota de su cuello formando unos arcos al tiempo que él trata de sonreír—. Es demasiado tarde.

Me cercioro de que le he quitado el seguro a la pistola.

Disparo a bocajarro contra él y el impacto me hace retroceder unos pasos.

Luego me dirijo hacia la puerta con pasos inseguros. Al volverme compruebo que en el lugar dónde antes se hallaba la cabeza de Bobby ahora no hay sino un montón de fragmentos de huesos, masa encefálica y otros tejidos. El director me conduce hacia una oficina de producción que han montado en el vestíbulo de un hotel de cinco estrellas, porque quiere mostrarme algo en la videoconsola. Los técnicos chocan las palmas de las manos y sé disponen a recoger los bártulos.

Yo esbozo una mueca de dolor cuando el director me agarra del brazo.

—Descuida, no tienes ningún hueso roto —dice el director eufórico—. Sólo son unas pocas contusiones.

1

Estoy sentado en un sofá junto a una hilera de ventanas mientras el médico del

equipo me venda los dedos y aplica alcohol para desinfectar las diversas herida. «Todos han muerto», murmuro para mis adentros. El monitor del vídeo muestra la escena en que yo aparezco sentado y el director se acomoda juntó a mí.

—Todos han muerto —repito con voz monótona—. Creó que Jamie Fields ha muerto.

—No saques conclusiones precipitadas —réplica el director sin apartar la vista de la videoconsola.

—Estaba envuelta en un plástico, agonizando —musito.

—Pero su muerte no ha sido en vano —afirma el director.

—¿No? —pregunto.

—Te puso al corriente de la situación —responde el director—. Ha salvado muchas vidas. Ha salvado todo un avión.

Como para recordármelo, el director me da las hojas impresas que saqué del ordenador en la casa del octavo o decimosexto *arrondissement*.

WINGS. 15 DE NOVIEMBRE. BAND ON THE RUN. 1985. 511.

—Observa esto, Victor —indica el director—. Falta pulir la escena y hay que eliminar algunos elementos, pero observa.

El director acerca la consola. En el monitor aparecen unas imágenes en blanco y negro rodadas con cámaras de mano, pero yo estoy distraído pensando en el mes que decidí dejarme crecer una perilla después de haber leído un artículo en la revista *Young Guy*, en la tarde en que estuve reflexionando durante horas la mejor forma de encasquetarme la gorra de un diseñador, en los numerosos cuerpos que rechacé porque la chica no tenía tetas, porque no estaba lo bastante «en forma», porque no tenía el cuerpo lo bastante «duro», porque era demasiado «vieja» o no lo bastante «famosa», en el día en que saludé con la mano a una modelo que me llamó desde la otra acera de la Primera Avenida y en todos los cedés que compré porque unas estrellas de cine me habían confiado a altas horas de la madrugada, en salas reservadas a los vips, que eran unos grupos cojonudos. «No sabes lo que significa la palabra vergüenza», me dijo una chica con la que no me apetecía acostarme pero que era bastante mona «¿Y qué?», le espeté antes de entrar en un Gap y dejarla plantada en plena calle. Soy vagamente consciente de que se me ha dormido todo el cuerpo.

El monitor del vídeo muestra a unos soldados haciéndose con el control de un avión.

—¿Quiénes son? —pregunto haciendo un gesto ambiguo.

—Unos comandos franceses y algún que otro agente de la CIA —responde el director sin darle importancia.

—Ah —digo suavemente.

Delta y Crater descubren lo que creen que es una bomba en la cabina de primera clase y empiezan a desmontarla.

«... pero en realidad no se trata de una bomba, sino de un señuelo. Los agentes se han equivocado de avión, han colocado una bomba en un avión, pero no en éste, lo que han descubierto no es una bomba, porque esto es una película, y éstos son unos actores, y la bomba auténtica está en otro avión».

Los extras que encarnan a los pasajeros salen del avión y felicitan a los comandos y estrechan la mano de Delta y de Crater. Los paparazzi están apostados junto a la puerta de salida, tomando fotos de esos hombres que han salvado el avión. Cuando observo al fondo a Bertrand Ripleys haciendo el papel de uno de los comandos, empiezo a respirar agitadamente.

—No —digo, al percatarme de cierto detalle—. No, esto es un error.

—¿Qué quieres decir? —pregunta el director, distraído—. ¿Qué es un error?

Bertrand Ripleys sonrío directamente a la cámara, casi como si supiera que le estoy observando. Es como si se anticipara a la sorpresa que voy a llevarme y a las exclamaciones de protesta que emitiré.

«Sé quién eres y lo que estás haciendo».

—La bomba no está en ese avión —digo.

Miro la hoja del ordenador con los datos del archivo WINGS que sostengo arrugada en la mano.

BAND ON THE RUN

1985

511

—Es una canción... —digo.

—¿A qué te refieres? —pregunta el director.

—Es una canción, no un vuelo.

—¿Qué canción?

—Una canción que se titula «1985».

—¿Una canción? —pregunta el director, sin entender nada.

—En un álbum de los Wings titulado *Band on the Run*.

—¿Y qué? —inquire el director, hecho un lío.

—No es un número de vuelo —respondo.

—¿Pero qué estás diciendo?

—Cinco-uno-uno.

—¿Cinco-uno-uno no es un número de vuelo? —pregunta el director—. Pero esto sí. —El director señala el monitor del vídeo—. Ése es el vuelo cinco-uno-uno.

—No —contesto—, es el tiempo que dura la canción. —Respiro hondo y exhalo el aire temblando—. Esa canción dura cinco minutos y once segundos. No es el número de vuelo.

En otro cielo, otro avión alcanza la altitud de crucero.

0

Cae la noche sobre Francia, y en el cielo se forma una gigantesca sombra, un telón de fondo monstruoso, a medida que el 747 se aproxima a los cinco mil metros de altura y sigue ascendiendo para alcanzar la altura de crucero. La cámara enfoca un paquete enviado por correo aéreo que ostenta unas señas de Georgetown, y contiene un casete Toshiba. El aparato será activado cuando suenen las primeras notas del piano de la canción «1985» de Paul McCartney y los Wings (*Band on the Run*; Apple Records, 1975). La bomba estallará coincidiendo con la apoteosis de los platillos, cinco minutos y once segundos después de haberse iniciado la canción. El Toshiba lleva incorporado un temporizador en un microchip relativamente sencillo y unos cartuchos de Remform equivalentes a seiscientos gramos de explosivo plástico; el paquete ha sido colocado junto al revestimiento metálico del avión, a fin de que atravesase el fuselaje y debilite el armazón del aparato sin mayores dificultades. El 747 estallará en mil pedazos. En estos momentos la nave se desplaza a 560 kilómetros por hora y vuela a una altura de cuatro mil quinientos metros.

Un gran estruendo interrumpe la conversación del piloto en la cabina de mandos.

La detonación es seguida por unos siniestros crujidos que se suceden rápidamente.

El humo invade inmediatamente la cabina principal.

La parte delantera del 747 —incluyendo la cabina de mandos y la de primera clase— se desprende y se precipita hacia tierra mientras el resto del avión sigue volando, propulsado por los motores que siguen intactos. Toda una fila de asientos situada cerca del lugar de la explosión (sus ocupantes gritan como desesperados) desaparece.

La situación se prolonga durante unos treinta segundos, hasta que el avión empieza a deshacerse; un enorme pedazo de techo se volatiliza para mostrar acto seguido un amplio panorama del firmamento nocturno.

Con los motores funcionando todavía, el avión continúa volando hasta que cae mil metros.

El aire emite un sonido que recuerda el aullido de una sirena.

Botellas de bebidas, utensilios, comida y demás objetos de la cocina salen disparados hacia atrás e irrumpen en las cabinas preferente y turista.

La muerte se produce en oleadas.

Los pasajeros salen disparados hacia atrás, doblados sobre sí mismos, arrancados de sus asientos, sin dientes, ciegos; sus cuerpos arrojados por el aire hacia el techo para luego deslizarse hasta la parte trasera del avión, estrellándose contra otras personas que chillan angustiadas, mientras en la atestada cabina penetran unos fragmentos de aluminio desprendidos del fuselaje, que amputan las extremidades de

los pasajeros. Todo está cubierto de sangre, la gente tiene la ropa empapada en sangre, la escupen por la boca, pestañean para eliminarla de sus ojos. De pronto un pedazo gigantesco de metal irrumpe en la cabina y le arranca el cuero cabelludo a una fila entera de pasajeros, mientras otra pieza metálica parte en dos la cabeza de una mujer joven, pero sin matarla en el acto.

Lo malo es que muchas personas no están preparadas para morir y comienzan a vomitar aterrorizadas cuando el avión desciende otros mil metros.

De repente se parte otra sección del avión.

Al cabo de unos momentos se produce otro estruendo mientras el aparato comienza a deshacerse rápidamente y la muerte se produce en oleadas.

Un pasajero se pone a girar como una peonza antes de ser absorbido por un remolino de aire que estrella su cuerpo contra el fuselaje y lo parte en dos, pero aun es capaz de tender las manos implorando ayuda antes de desaparecer gritando en el vacío. Otro joven no cesa de gritar «mamá, mamá, mamá», hasta que una parte del fuselaje que se ha desprendido lo clava en su asiento y lo parte por la mitad, pero el joven cae en un estado de shock y no fallecerá hasta que el avión se estrelle en un bosque y la muerte se produzca en oleadas.

En la cabina de clase preferente todo el mundo está empapado en sangre; un hombre tiene la cabeza envuelta en los intestinos de una mujer que estaba sentada dos filas delante de él; la gente no cesa de chillar y gemir de dolor.

Un chorro de combustible penetra en la cabina y empapa los cuerpos de los moribundos.

Una fila aparece cubierta con la sangre y las vísceras de los pasajeros que ocupaban la fila inmediatamente anterior, cuyos cuerpos han quedado sajados en dos.

Otra fila de pasajeros es decapitada por un inmenso fragmento de aluminio; la sangre invade la cabina y se mezcla con el combustible. El combustible desencadena una certidumbre, obliga a los pasajeros a aceptar un hecho muy simple: que tienen que separarse de sus seres queridos —madres e hijos, hermanos y hermanas, maridos y esposas— y que la muerte se producirá de forma inminente e inevitable. Comprenden que no hay esperanza. Pero el hecho de asumir esta muerte atroz les lleva unos segundos, durante los cuales vuelan propulsados de un extremo al otro de la cabina gritando, vomitando y sollozando sin querer; sus cuerpos se retuercen como si fueran contorsionistas mientras se disponen a afrontar la muerte, agachando la cabeza.

—¿Por qué a mí? —se pregunta alguien inútilmente.

Una pierna atrapada en un amasijo de metal y alambres se agita frenéticamente en el aire mientras el avión sigue perdiendo altura.

De los tres graduados de Camden que viajan a bordo del 747 —Amanda Taylor (86), Stephanie Meyers (87) y Susan Goldman (86)— Amanda es la primera en morir

cuando una viga que se desprende del techo del avión cae sobre ella. Su hijo se vuelve tendiendo sus bracitos hacia Amanda en el preciso momento en que un remolino de aire lo arranca de su asiento y hace que su cabeza se estrelle contra el compartimiento de equipaje de mano. Por fortuna muere en el acto.

Susan Goldman, que padece un cáncer de matriz, casi se alegra de morir, pero cambia de parecer al ser alcanzada por un chorro de combustible ardiendo.

El avión estalla en llamas y una gigantesca oleada de gente parece asfixiada por el humo, con la boca, la garganta y los pulmones abrasados.

Algunos, que permanecen conscientes, tardan un minuto en morir mientras el avión sigue perdiendo altura.

El aparato se estrella en un bosque situado a unos cien kilómetros de París. El suave sonido de unos cuerpos al reventar, desmembrados a causa del impacto.

Una gigantesca sección del fuselaje aterriza en el bosque, y debido a un sistema de emergencia secundario todas las luces del avión siguen parpadeando al tiempo que cae una fulgurante lluvia de cenizas.

Una larga pausa. Los cadáveres yacen amontonados. Algunos pasajeros —muy pocos— no presentan herida alguna, aunque tienen todos los huesos rotos. Algunos pasajeros han quedado reducidos a una tercera o cuarta parte de su tamaño normal. Un hombre ha quedado tan comprimido que parece una bolsa humana, una forma con la vaga silueta de una cabeza adherida a ella, el rostro aplastado y blanco como la nieve. Otros pasajeros han quedado mutilados por la metralla, algunos tan desfigurados que es imposible distinguir su sexo, todos ellos desnudos porque las ropas se les han desprendido durante la caída, algunos totalmente calcinados.

El escenario del siniestro está invadido por el hedor a podredumbre que emana de los pies, las piernas, los brazos y los torsos que asoman entre los restos humanos, los montones de intestinos y cráneos aplastados; las cabezas que están intactas muestran un grito de pavor petrificado. Y los árboles que no han ardiendo serán talados para rescatar de entre ellos las piezas del avión y los fragmentos humanos que los adornan, las tiras amarillentas de tejido adiposo que cuelgan de las ramas y que componen el macabro cuadro. Stephanie Meyers sigue sujeta a su asiento, con los ojos abrasados y colgando de sus cuencas. Y como el avión transportaba un cargamento de serpentinas doradas y confeti a Estados Unidos —concretamente dos toneladas—, millones de minúsculos papelitos de color púrpura, verde, rosa y naranja caen en cascada sobre la pila de cadáveres desmembrados.

El bosque se compone ahora de los siguientes elementos: miles de remaches de acero, la puerta intacta del avión, una serie de ventanillas, gigantesca piezas de material aislante, chalecos salvavidas, cables, asientos —con el cinturón de seguridad sujeto todavía— destrozados y cubiertos de sangre y vísceras; algunos de los respaldos calcinados muestran aún la silueta de los pasajeros grabada en ellos.

Numerosos perros y gatos han muerto en sus respectivas jaulas.

Curiosamente, la mayoría de pasajeros de este vuelo tenía menos de treinta años, según se manifiesta por los restos de sus objetos personales: móviles, ordenadores portátiles, gafas de sol Ray-Ban, gorras de béisbol, patines en línea, cámaras de vídeo, guitarras, centenares de cedés, revistas de moda (entre ellas *YouthQuake* con una foto de Victor Ward en la portada), numerosos trajes de Calvin Klein, de Armani y de Ralph Lauren que cuelgan de las ramas de los árboles, un osito empapado en sangre, una Biblia, varios juegos Nintendo, rollos de papel higiénico, bolsas de viaje, anillos de compromiso, plumas, cinturones arrancados de la cintura de sus propietarios, bolsos de Prada sostenidos entre las manos crispadas de sus dueñas, cajas de calzoncillos de Calvin Klein y un montón de prendas de Gap manchadas de sangre y demás fluidos corporales. Todo apesta a combustible del aparato.

El único atisbo de vida: el viento que sopla sobre la escena del siniestro, la luna que se alza en un cielo tan oscuro que casi parece abstracto y la cascada de serpentinas y confeti que sigue cayendo sobre los restos humanos. El combustible del avión comienza a abrasar los árboles del bosque. En un gigantesco tablón de anuncios en el aeropuerto JFK de Nueva York aparece la palabra CANCELADO; y a la mañana siguiente, cuando el sol se alza suavemente sobre los equipos de limpieza, las campanas empiezan a doblar, los clarividentes de turno llaman a los medios de comunicación para ofrecer su asesoramiento y comienza a propagarse todo tipo de rumores.

V

Atravieso a pie el parque de Washington Square, sosteniendo una cartera de piel de Kenneth Cole que contiene mis libros de derecho y una botella de agua Evian. Para hoy he elegido un estilo falsamente despreocupado: unos vaqueros de Tommy Hilfiger, un jersey de pelo de camello y un abrigo de paño de Burberrys. Avanzo procurando sortear la multitud de patinadores y los grupos de estudiantes japoneses de la escuela de cinematografía de la Universidad de Nueva York que ruedan películas en el parque. A través de un voluminoso radiocasete portátil suena una música trip-hop; otro emite la canción «New Kid in Town», de los Eagles. Yo sonrío. Mi busca no para de sonar. Me llama Chris Cuomo, y también Alison Poole, que me cae bastante bien y a quien voy a ver esta noche. En University me tropiezo con Deepak, mi nuevo gurú y consejero espiritual.

Deepak luce un traje de Donna Karan y unas gafas de sol Diesel y va fumando un puro.

—Partagas Perfecto —murmura con su característico acento hindú.

—Aaaah —murmuro yo a mi vez en tono de admiración.

Intercambiamos opiniones sobre un nuevo restaurante que está muy en boga (¡hay tantos!), la próxima sesión de fotos que voy a hacer para la revista *George*, la mejoría que ha experimentado un amigo nuestro enfermo de sida, la curación de otro que tenía el hígado hecho polvo, el exorcismo de una mansión urbana situada en Gramercy Park, los espíritus malévolos que han sido expulsados del edificio por obra y gracia de unos ángeles.

—Es increíble, tío —comento—. Es genial.

—¿Ves ese banco? —pregunta Deepak.

—Sí —contesto.

—Crees que es un banco, pero no lo es —dice Deepak.

Yo sonrío con paciencia.

—El banco también eres tú —me aclara Deepak—. Tú, Victor, eres ese banco.

Deepak hace una leve reverencia.

—Reconozco que he cambiado —le digo—. Soy una persona distinta.

Deepak hace otra leve reverencia.

—Yo soy ese banco —me oigo decir.

—¿Ves esa paloma? —pregunta Deepak.

—Chico, tengo que irme pero ya —le interrumpo—. Te llamo más tarde.

—No le temas a la muerte, Victor —suelta Deepak a modo de despedida.

Asiento con la cabeza, distraído, sonriendo como un imbécil, hasta que me vuelvo y farfullo:

—Joder, pero si yo soy la muerte, Deepak.

Una joven muy guapa me sonríe desde debajo de una marquesina.
Es miércoles por la tarde y está oscureciendo.

8

Después de una sesión con Reed, mi preparador físico, me doy una ducha en el vestuario diseñado por Philippe Starck y cuando me hallo ante un espejo, con una toalla de Ralph Lauren anudada alrededor de la cintura, veo a Reed de pie detrás de mí, tan ufano él con una cazadora de cuero negra de Helmut Lang. Tras beber un trago de Evian me aplico un poco de exfoliante Clinique. Acabo de encontrarme con un modelo llamado Mark Vanderloo, que me ha soltado un rollazo sobre su vida que, la verdad, me la traía floja. A través del equipo estéreo del gimnasio suena una versión lounge de «Wichita Lineman». Alucinante.

—¿Qué ocurre? —le pregunto a Reed.

—Oye —replica éste con voz ronca.

—¿Qué? —pregunto volviéndome.

—Dale un abrazo a tu amigo Reed.

Una pausa para reflexionar y para secarme las manos en la toalla que llevo sujeta en tomo a la cintura.

—Pero hombre...

—Tú y yo hemos llegado muy lejos —dice Reed con voz entrecortada por la emoción—. Te parecerá raro, pero me impresiona ver todo lo que has conseguido.

—Jamás lo habría conseguido sin tu ayuda, Reed —contesto—. Mereces un regalo. Has logrado ponerme en forma.

—Y tu actitud es impecable —replica Reed.

—Se acabó el ir de copas hasta las tantas, apenas asisto a fiestas, me dedico a mis estudios de derecho en cuerpo y alma y mantengo una relación estable. —Me pongo una camiseta de Brooks Brothers—. He dejado de engañarme a mí mismo y leo a Dostoievski. Te lo debo todo a ti.

A Reed se le llenan los ojos de lágrimas.

—Y has dejado de fumar —observa.

—Pues sí.

—Y has reducido tu grasa corporal a un siete por ciento.

—En efecto.

—Victor: las personas como tú hacen que este trabajo merezca la pena —dice Reed tratando de reprimir su emoción—. Te lo digo en serio.

—Lo sé, tío —contesto, y le apoyo una mano sobre el hombro.

Reed me acompaña hasta la puerta del gimnasio, situado en la Quinta Avenida.

—¿Qué tal te va la dieta de manzana que te aconsejé? —pregunta.

—Perfecta —respondo, parando un taxi—. Mi novia dice que mi semen sabe más dulce.

—Fantástico. —Reed sonrío.

Me monto en el taxi.

Antes de cerrar la puerta, Reed se inclina hacia adelante, me tiende su mano tras una pausa, y dice:

—Siento mucho lo de Chloe.

7

Después de habernos desnudado mutuamente enloquecidos de pasión, me encuentro tumbado junto a Alison, succionándole los pechos con delicadeza. De vez en cuando la miro a los ojos mientras deslizo la lengua sobre sus pezones y le estrujo las tetas levemente. Ella suspira, satisfecha. Más tarde Alison reconoce que nunca ha fingido un orgasmo para complacerme. Estamos acostados en su cama. Los dos perros —el Señor y la Señora Chow— yacen arrebujados entre los pliegues de un edredón rosa a nuestros pies. Yo los acaricio. Alison me habla sobre Aerosmith mientras suena un cedé de Joni Mitchell a un volumen muy suave.

—Steven Tyler confesó hace poco que en su primer sueño erótico salía con Jane Fonda. —Alison emite un suspiro y da una calada a un porro que no le he oído encender—. ¿Qué te parece?

Yo sigo acariciando y rascando detrás de las orejas al Señor Chow, que tiene los ojos cerrados y parece sumido en un trance.

—Quiero tener un perro —murmuro—. Una mascota.

—Pero si odias a los perros —contesta. Alison—. ¿A qué viene ese antojo repentino? La única mascota que has tenido en tu vida es el águila de Armani.

—Tienes razón, pero es que he cambiado.

—No sabes cuánto me alegró —responde Alison con sinceridad.

Una larga pausa. Los perros se acurrucan junto a mí.

—Tengo entendido que mañana vas a ver a Damien —comenta Alison.

—¿Te importa? —pregunto un poco tenso.

—¿Por qué vas a verle? —pregunta Alison.

—Voy a decirle... —Suspiro, me relajo—. Tengo que comunicarle que no puedo abrir el nuevo local con él. Los estudios me tienen ocupado todo el día.

Tomo el porro de manos de Alison y doy una calada.

—¿Te molesta que vea a Damien? —pregunto.

—No —responde Alison—. Ya le he perdonado. Y aunque no soporto a Lauren Hynde, comparada con la mayoría de lobas que se arriman a los tíos en esta ciudad me parece semiaceptable.

—No me digas —comento con una sonrisa.

—¿Sabías que Lauren es miembro del NOSA, el nuevo movimiento feminista? —pregunta Alison.

—¿Qué quiere decir NOSA?

—Son las siglas de «No Somos un Agujero» —suspira Alison—. Además, ten en cuenta que vamos al mismo acupunturista. Algunas cosas son inevitables.

—Supongo que sí —respondo suspirando a mi vez.

—También es miembro del PATEA —me informa Alison—, de modo que no puedo odiarla. Aunque se esté tirando a mi ex novio.

—¿Qué quiere decir PATEA? —pregunto intrigado.

—Partidarios del Tratamiento Ético a los Animales —contesta Alison dándome una cariñosa palmada en el trasero—. Pero Victor, deberías saberlo, hombre.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —pregunto—. ¿El tratamiento ético a... los animales?

—Es muy sencillo, Victor —contesta Alison—. Queremos un mundo donde los animales reciban el mismo trato que los seres humanos.

Yo me quedo mirándola, perplejo:

—¿Y no crees que es así? —pregunto.

—No, mientras sigamos matando a los animales de forma indiscriminada. No.

—Ya.

—El viernes organizan una reunión en casa de Asia de Cuba —dice Alison—. Asistirán Oliver Stone, Bill Maher, Alec Baldwin y Kim Basinger, Grace Slick, Noah Wyle y Mary Tyler Moore. Alicia Silverstone leerá un discurso que ha escrito Ellen DeGeneres. —Alison hace una pausa—. El DJ será Moby.

—Y todos llevarán pantalones de camuflaje, ¿no? —pregunto—. Y zapatos de plástico. Y hablarán sobre lo sabroso que es el sucedáneo de la carne.

—¿Qué quieres decir con eso? —me espeta Alison, que entorna los ojos en una

expresión decididamente más agresiva.

—Nada.

—Si hubieras oído hablar de las trampas de animales, de cómo torturan a las crías de visones bebés y cómo quedan mutilados algunos conejos, por no hablar de los experimentos médicos que realizan con inocentes mapaches y linceos, estarías más concienciado, Victor.

—Oye, tía, sí yo... —susurro.

—Es increíble; con lo que sufren esos pobres animalitos y tú tan tranquilo.

—De paso podrían salvar a los pollos.

—No tienen voz, Victor.

—Pero no dejan de ser pollos.

—Trata de ver el mundo a través de los ojos de un animal sometido a todo tipo de vejaciones —me espeta Alison.

—Pero tía, ¿es qué no te acuerdas? Oye, que yo he trabajado de modelo durante muchos años —replico—. Te juro que conozco muy bien la sensación.

—No seas tan frívolo —me reprocha Alison.

—También quieren proteger las frutas y hortalizas, ¿no? —pregunto, incorporándome en la cama.

—¿Te parece mal? De paso protegemos el ecosistema.

—Cariño, los melocotones no tienen madre.

—Pero tienen carne, Victor, y también piel.

—Creo que tienes una concepto de la realidad un tanto distorsionado.

—Los animales necesitan tanto amor y respeto como los seres humanos.

Medito unos instantes. Pienso en todas las cosas que he visto y he hecho, y luego reflexiono sobre lo que dice Alison.

—Creo que es preferible que no reciban el mismo trato que los humanos —respondo—. De hecho, creo que los animales tienen mucha más suerte que nosotros.

Vuelvo a tener una erección y me tumbo sobre ella.

Más tarde, Alison me hace una pregunta.

—¿Crees que Europa te ha cambiado, Victor?

—¿Por qué lo preguntas? —respondo adormilado.

—Porque pareces distinto —dice Alison suavemente—. Contesta.

—Quizá sí —respondo tras una larga pausa.

—¿En qué sentido? —pregunta Alison.

—Soy menos... —Me detengo—. Soy menos... yo qué sé.

—¿Qué ocurrió en Europa, Victor?

—¿A qué te refieres? —pregunto, algo preocupado.

—¿Qué pasó allí? —insiste Alison.

Yo guardo silencio, meditando la respuesta mientras acaricio a los perros. Uno de

ellos me lame la mano.

—¿Qué le pasó a Chloe? —murmura Alison.

6

Al llegar al Industria para una sesión de fotos que aparecerán en la revista *George*, alucino al comprobar la importancia que da la prensa al acontecimiento. Se trata de unas simples fotos de «antes y después». Antes: aparezco sosteniendo una cerveza Bas, luciendo un conjunto de Prada, una perilla falsa y una expresión grunge, con los ojos entornados. Después: aparezco sosteniendo un montón de libros de texto, vestido con un traje mil rayas de Brooks Brothers, con una botella de Coca-Cola Light en la mano izquierda y unas gafas con montura metálica de Oliver Peoples. LA TRANSFORMACIÓN DE VICTOR WARD (MEJOR DICHO, JOHNSON) reza el titular de la portada del número de enero. La sesión de fotos iba a realizarse en las afueras de St. Albans, en Washington —una escuela a la que asistí brevemente antes de que me expulsaran—, pero mi padre jodió el asunto. Muy típico de él. El Dalai Lama se pasa por el Industria; estrecho la mano de Chris Rock; y uno de los hijos de Harrison Ford —un redactor de *George*— pulula por ahí, junto con varias personas que dimitieron de la Administración Clinton. La MTV va a hacer un reportaje de la sesión de fotos para *The week in Rock*, y un presentador de la cadena me hace unas preguntas sobre el contrato millonario que ha firmado Impersonators con Dream Works y qué siento al no formar parte del grupo.

—Es más fácil estudiar derecho que formar parte de ese grupo —es la ingeniosa respuesta que se me ocurre.

Todo es muy *Los ojos de Laura Mars*, pero al mismo tiempo la gente se muestra hipócritamente respetuosa debido a lo que le ocurrió a Chloe. John F. Kennedy, Jr., que en realidad no es más que otro maravilloso cretino, me estrecha la mano y dice cosas como: «Soy un gran admirador de tu padre». «¿Ah, sí?», contesto, y aunque me muestro amable y divertido, sereno, se produce un momento de tensión cuando un tipo que estudió en Camden empieza a atosigarme a preguntas. Yo no logro identificarlo, pero respondo con la suficiente vaguedad para que no sospeche y al cabo de un rato el tío se da por vencido y se larga.

—¡Eh! —Un ayudante se acerca apresuradamente con un móvil—. Una persona

quiere hablar contigo.

—¿Sí?

—Chelsea Clinton quiere saludarte —anuncia el ayudante, jadeando.

Yo tomo el móvil de sus manos.

—¿Eres tú? —pregunta Chelsea, a quien apenas consigo oír debido a las interferencias.

—Sí —respondo «tímidamente» y «sonrojándome».

Un momento Eureka resuelto con extraordinario tacto.

Me resulta un poco difícil relajarme cuando comienzo la sesión de fotos.

—No te preocupes, siempre resulta difícil mostrarte tal cual eres —dice el fotógrafo.

Yo esbozo una sonrisa secreta al tiempo que pienso en cosas secretas.

—¡Perfecto! —exclama el fotógrafo.

Los flashes continúan disparándose mientras aguanto la pose.

Al salir, una admiradora me entrega con mano temblorosa —es la emoción— una invitación para una fiesta que organiza Gap para el PATEA mañana por la noche, en el nuevo restaurante del hotel Morgan.

—No sé si podré acudir —informo a una supermodelo que pulula por ahí.

—Eres un tipo muy sociable —contesta la supermodelo. Hace poco leí que había roto con su novio, un ex modelo que dirige un nuevo local muy de moda llamado Ecch! Cuando me dirijo hacia la puerta sonrío, coqueteando conmigo.

—¿Cómo los sabes? —pregunto, coqueteando con ella.

—Eso se nota —contesta la supermodelo encogiéndose de hombros. Luego me invita a un juego de strip-póquer que han montado en casa de un tipo llamado Míster Ocio.

5

Hablo por teléfono con mi padre.

—¿Cuándo vienes? —me pregunta.

—Dentro de dos días —contesto—. Te llamaré.

—De acuerdo. Sí.

—¿Y ya está hecha la transferencia? —pregunto.

—Sí. Ya está.

Pausa.

—¿Te encuentras bien? —pregunto.

Pausa.

—Sí, sí. Estoy un poco... preocupado.

—Déjate de preocupaciones. Ahora lo que tienes que hacer es concentrarte — digo.

—Sí, sí, claro. Tienes razón.

—Cuando yo haya llegado, alguien se pondrá en contacto contigo y te lo comunicará.

Una larga pausa.

—¿Hola? —pregunto.

—No... no sé qué decir —responde mi padre, inspirando aire.

—Te noto tenso. No pierdas el control —le advierto.

—En realidad, no tenemos por qué vernos cuando estés aquí, ¿verdad?

—No —contesto—. Sólo si a ti te apetece. —Pausa—. ¿No quieres exhibirme ante alguna de tus amistades?

—Oye... —protesta mi padre.

—¡Mucho ojo! —le advierto.

Mi padre tarda cuarenta y tres segundos en recuperar la compostura.

—Me alegro de que vengas —dice por fin.

Pausa.

—Y yo me alegro de ir.

—¿De veras? —pregunta mi padre inspirando, con voz temblorosa.

—Todo sea por la causa.

—¿Es un sarcasmo?

—No. —Pausa—. Adivínalo. —Suspiro—. ¿Acaso te importa?

Pausa.

—Si necesitas algo...

—¿No te fías de mí? —pregunto.

—Creo que sí —contesta mi padre al cabo de mucho rato.

Yo sonrío.

—Estaremos en contacto.

—Adiós.

—Adiós.

Tengo una cita con Damien. Hemos quedado para tomarnos unas copas en el Independent, no lejos del local que íbamos a abrir el mes que viene en TriBeCa. Damien está fumando un puro y bebiendo una Stoli Kafya, que personalmente me parece una porquería. Luce una corbata de Gucci. Quiero liquidar este asunto cuanto antes. Suena una música folk-rock agridulce.

—¿Has visto esto? —pregunta Damien cuando me siento en un taburete junto a él.

—¿Qué?

Damien desliza un ejemplar del *New York Post* sobre el mostrador, abierto por la página seis. Chismorreos sobre las mujeres con las que ha estado liado Victor Johnson desde la desgraciada muerte de Chloe Byrnes en la habitación de un hotel de París. Peta Wilson. Una Spice Girl. Alyssa Milano. Garcelle Beauvais. Carmen Electra. Otra Spice Girl.

—Sólo apto para mayores de edad, ¿eh? —comenta Damien, dándome un codazo y arqueando las cejas.

Nos saludamos con un leve abrazo.

Yo me relajo y pido una Coca-Cola. Damien menea la cabeza y masculla: «Joder». Muestra cierta agresividad.

—Supongo que sabes por qué estoy aquí —digo.

—Victor, Victor, Victor. —Damien suspira, moviendo la cabeza.

Yo me detengo, confundido.

—Lo sabes, ¿no?

—Te perdono sinceramente —responde Damien con aire desenvuelto—. Ya lo sabes, hombre.

—Quiero abandonar el asunto —digo—. Soy mayor. Tengo que hacer algo de provecho en la vida.

—¿Qué tal van tus estudios de derecho? —inquire Damien—. Al principio creí que sólo era un rumor. ¿Es verdad que estás estudiando para abogado?

—Sí —contesto con una sonrisa. Bebo un trago de Coca-Cola—. Es mucho trabajo, pero...

Damien me observa fijamente.

—¿Pero...?

—Pero me estoy adaptando —concluyo.

—Me alegro —dice Damien.

—¿Lo dices en serio? —pregunto—. ¿De veras?

—Victor —empieza a decir Damien, agarrándome el antebrazo.

—¿Qué? —pregunto tragando saliva, aunque en realidad no me da nada de

miedo.

—La dicha humana es un tema que me preocupa profundamente.

—Caray.

—En serio, hombre —dice Damien, y toma un delicado sorbo de su copa de vodka.

—¿Amigos? —pregunto—. ¿No me odias por haberte dejado en la estacada?

Damien se encoge de hombros.

—Cuento con unos inversores japoneses. Todo se arreglará.

Sonrí para demostrar mi gratitud, pero como no quiero seguir hablando del asunto, cambio rápidamente de tema.

—¿Cómo está Lauren? —pregunto.

—Ay, ay, ay... —responde Damien.

—No, hombre, es una pregunta.

Damien me da un golpecito en el hombro.

—Lo sé, tío. Era una broma. No te lo tomes así.

—Vale. No pasa nada.

—Lauren está muy bien —asegura Damien—. Estupendamente.

Damien deja de sonreír y pide al barman que le sirva otra copa.

—¿Y Alison? ¿Cómo le van las cosas?

—Muy bien —contesto un tanto secamente—. Se dedica en cuerpo y alma al PATEA, esa organización de partidarios de un tratamiento ético para... no sé qué coño.

—Qué chica tan imprevisible —comenta Damien—. Tan, esto, escurridiza —añade—. Claro que la gente cambia...

Tras una breve pausa, pregunto:

—¿A qué te refieres?

—Tú mismo te has convertido en un tipo sano, deportista, estudioso.

—Te equivocas —contesto—. Eso es sólo la apariencia.

—¿Es que hay algo más? —pregunta Damien—. Era una broma —agrega en tono guasón.

—No se trata de presentarse a un concurso de trajes de baño, colega.

—¡Y yo que acabo de depilarme! —replica Damien, alzando los brazos en un gesto irónico.

—¿Amigos? —pregunto al cabo de unos momentos.

—Desde luego.

Observo a Damien con admiración.

—Voy a asistir al festival de rock de Fuji —me informa Damien cuando vuelvo a centrarme en la conversación—. Regresaré la semana que viene.

—¿Me llamarás?

—¿Tú qué crees?

No me molesto en responder.

—Oye, ¿quién es ese tal Míster Ocio, del que todo el mundo habla? —pregunta Damien.

3

Bill, un agente de la CAA, me llama para comunicarme que he «ganado» el papel de Ohman en la película *Línea Mortal II*. Estoy en mi nuevo apartamento, vestido con un traje serio de Prada, a punto de salir para asistir a una fiesta a la que no me apetece ir. Adopto un tono cínico que sé que a Bill le fascina.

—Cuéntame qué más se cuece por ahí mientras me cepillo el pelo —digo.

—Estoy leyendo un guión sobre un chico judío que trata de celebrar su bar mitzvah bajo un régimen nazi represivo. Pero no acaba de convencerme.

—¿Qué opinas sobre el guión? —pregunto con un suspiro.

—¿Quieres saber mi opinión? Pues que el final es un churro. ¿Quieres saber mi opinión? Que sueltan demasiados pedos.

Silencio mientras continúo cepillándome el pelo.

—Bueno, Victor —empieza a decir Bill taimadamente—, ¿qué te parece?

—¿El qué?

—*Línea mortal II* —grita Bill. Después de recobrar la compostura añade en voz baja—. Lo siento.

—Genial —respondo—. Total, tío.

—Ese nuevo look tuyo está dando excelentes resultados.

—La gente dice que me sienta de miedo.

—Supongo que estudiaste todos los vídeos de Madonna.

—Uno tras otro.

—Los años no pasan para ti, tío. Estás en plena forma.

—También me han comentado eso.

—Es que a la gente le encanta que uno se arrepienta, que se reforme —dice Bill.

Una breve pausa mientras me contemplo en el espejo.

—¿Es eso lo que he hecho, Bill? ¿Arrepentirme?

—Al menos has intentado cambiar —contesta Bill—. Y eso a la gente le gusta. Se

llama reinventarse, ¿sabes? Una palabra muy útil.

—¿Qué tratas de decirme, Bill?

—Me ofrecen tantos papeles para ti que no doy abasto —responde Bill—. Y eso me gusta. Me siento orgulloso de representar a Victor Johnson.

Una pausa.

—Bill, no creo... —Me detengo buscando la forma de decírselo—. Yo no... Ése no soy yo.

—¿Qué quieres decir? ¿Con quién estoy hablando? —pregunta Bill nervioso. Luego, en voz baja, susurrante, añade—: No estaré hablando con Dagby, ¿verdad? —Casi le oigo estremecerse.

—¿Dagby? No, no. Bill, escucha, estoy estudiando para ser abogado y...

—Pero supongo que eso es un truco publicitario —dice Bill, al tiempo que suelta un bostezo—. ¿No?

Pausa.

—No, Bill, no es un truco publicitario.

—Para, por lo que más quieras, que me vas a partir el corazón. No vuelvas a darme esos sustos, ¿vale?

—Hablo en serio, Bill. Estoy estudiando derecho y no quiero hacer la película.

—Te han ofrecido el papel de un astronauta que contribuye a salvar el mundo en *Cadetes del espacio*, una película dirigida nada menos que por Will Smith. En Navidad van a sacar cuatro muñecos Hasbro, de esos articulados, y me aseguraré de que tengan los genitales intactos. —Tras un interminable ataque de tos, Bill añade con voz ronca—: ¿Me sigues?

—Todo eso suena demasiado comercial.

—¿Pero qué dices, tío? ¿No te has corrido de gusto con lo de los *Cadetes del espacio*? —pregunta Bill dándose unos golpecitos en los auriculares—. ¿Hola? ¿Con quién hablo? No serás Dagby, ¿verdad?

—¿Qué quieres que haga? —suspiro. Me miro fijamente para comprobar si tengo algún granito. Pero todo está bajo control: esta noche tengo el cutis perfecto.

—Podrías hacer el papel de un tipo apodado El Traidor a quien muelen a hostias en un aparcamiento en una peli titulada *Golpe bajo*. La dirige un italiano conocido como Vivvy, que acaba de salir de una clínica de rehabilitación. Claro que sólo recibirás veinte vales para un Burger King y ya puedes ir olvidándote de la fiesta del estreno. —Bill se detiene mientras asimilo esa información—. Todo depende de ti: de Victor Johnson.

—Déjame pensarlo —contesto—. Tengo que irme. Me han invitado a una fiesta.

—Oye, conmigo no te hagas el duro, ¿vale?

—No se trata de eso.

—Mira, no quisiera ofenderte, pero ten en cuenta que ese número de duro

atormentado por la muerte de su novia (un toque genial, no lo niego) dentro de una semana estará pasado. —Bill hace una breve pausa—. Tienes que decidirlo ahora.

—Te llamaré más tarde, Bill —contesto, riéndome de sus ocurrencias.

—No me cuelgues, hombre —dice él riéndose también.

—Tengo que irme, Bill —insisto sin dejar de reír—. Requieren mi presencia en otro lugar.

2

La fiesta, organizada por ron Bacardi en un local del centro, tiene un propósito: recaudar fondos para los ciegos. Mis nuevos publicistas, Rogers y Cowan, me han exigido que asista a este montaje. Entre los vips: Bono, Kal Ruttenstein, Kevin Bacon, Demi Moore, Fiona Apple, Courtney Love, Claire Danes, Ed Burns, Jennifer Aniston y Tate Donovan, Shaquille O'Neal y un Tiger Woods insólitamente acicalado. Algunos parecen conocerme, otros no. Me bebo una Coca-Cola con un tipo llamado Ben Affleck mientras suena la música de Jamiroquai en un cavernoso local en el que todos nos sentimos perdidos. Gabé Doppelt acaba de presentarme a Bjork y me piden que pose con Giorgio Armani, que me abraza como si fuéramos íntimos de toda la vida y luce una camiseta, un jersey de cachemir y unos vaqueros de pana, todo en color azul marino, además de un descomunal reloj Jaeger-Le Coultre Reverso. Todos me dicen: «Pobre, qué mala pata lo de Chloe», como si me hubiera hecho una putada al morir en aquel hotel de París. (La información que doy es «hemorragia masiva debido a la ingestión de una dosis mortal de mifepristone, conocido también como RU 486»). Mark Wahlberg, unos tragasables y la clásica cháchara sobre el malestar general; todo huele a caviar.

Un rollazo, aunque presentado de forma muy chic. La conversación gira inevitablemente en torno a los asesinos en serie, a las clínicas de rehabilitación, a la cantidad de chochos «supersecos» que circulan por el local en contraposición a los «secos» sin más y al comportamiento espectacularmente autodestructivo de una modelo descerebrada. Me siento tan incómodo que recorro a frases hechas como: «Soy un ciudadano respetuoso de la ley». El comentario relativo a «reemprender mis estudios» —que suelto cada vez que algún periodista me mete el micro delante de las narices— al cabo de un rato se me hace insoportable, de modo que me disculpo y

pregunto dónde está el lavabo de caballeros.

En el cubículo junto al mío hay dos gays contrastando opiniones sobre cómo vivir en un universo absurdo mientras yo me tomo un respiro y compruebo si tengo mensajes en mi móvil. Al cabo de un rato los gays se marchan y el lavabo queda en silencio, lo que me permite escuchar los mensajes sin taparme el oído con la mano.

Comienzo a murmurar para mis adentros —el pesado de Damien, Alison, mi publicista, unos actores de una serie de televisión que no he visto nunca—, pero de pronto me detengo al darme cuenta de que no estoy solo.

Alguien anda por ahí, silbando.

Después de cerrar el móvil, ladeo la cabeza, porque la canción se me antoja conocida.

Atisbo con cautela por encima de la puerta del cubículo, pero no veo a nadie. El tipo sigue silbando. En éstas oigo una voz profunda y viril aunque con un toque espectral que se pone a canturrear, desafinando un poco: «*On the... sunny side of the Street...*».^[67]

Abro la puerta del cubículo bruscamente, tanto que dejo caer el móvil al suelo.

Avanzo hacia los lavabos instalados debajo de un espejo de cuerpo entero para poder controlar todo el baño.

No hay nadie.

El baño está desierto.

Me lavo las manos, echo un vistazo a todos los cubículos y salgo para incorporarme de nuevo al mogollón.

1

Vuelvo al apartamento que mi padre me ha comprado en el Upper East Side. Los muros del cuarto de estar son azul y verde Nilo y las cortinas que cubren las ventanas que dan a la calle Setenta y dos son de tafetán de seda pintado a mano. Las mesitas de café son de época. En el vestíbulo hay un espejos biselados franceses. He colocado unas lámparas de Noguchi y situado unas mullidas poltronas en puntos estratégicos. Sobre un sofá reposan unos cojines de Paisley. En el techo he instalado un ventilador. Hay cuadros de Donald Baechler. Incluso dispongo de una biblioteca.

La cocina contiene unos toques modernos: suelo de mosaico de pizarra y mármol,

un mural fotográfico en blanco y negro de un paisaje desértico, sobre el que vuela la maqueta de un avión.

Muebles de metal pertenecientes a la consulta de un médico. Las ventanas del comedor están cubiertas con cristales esmerilados. Unas sillas diseñadas por encargo rodean una mesa adquirida en una subasta en Christie's.

Entro en el dormitorio para escuchar los mensajes, pues una luz parpadeante indica que han llamado más de cinco personas desde que me marché del local hace veinte minutos. En el dormitorio, un espejo de Chippendale, regalo de mi padre, cuelga sobre un lecho de nogal fabricado en Virginia en el siglo XIX, o eso creo.

He estado considerando la idea de comprarme un dalmata.

Gus Frerotte está en la ciudad. Han llamado Cameron Diaz y Matt Dillon. Cameron Diaz volvió a llamar más tarde. Matt Dillon también.

Enciendo la tele en el dormitorio. Ponen unos vídeos, como de costumbre. Elijo el canal meteorológico.

Me desperezo, emitiendo un sonido de placer y alzando los brazos por encima de la cabeza.

Decido darme un baño.

Cuelgo con esmero la chaqueta de Prada que llevaba puesta. Pienso: es la última vez que me la pongo.

Me inclino sobre la bañera de porcelana blanca y abro los grifos para asegurarme de que el agua está bien caliente. Echo unas sales de baño Kiehl y remuevo un poco el agua con la mano para que se disuelvan.

He estado considerando la idea de comprarme un dalmata.

Me desperezo nuevamente.

De pronto me fijo en algo que está en el suelo del baño.

Me agacho.

Se trata de un pequeño círculo de papel. Oprimo el índice sobre él.

Me acerco el dedo al rostro.

Es un pedacito de confeti.

Lo miro durante un largo rato.

Una pequeña ola negra.

Que se precipita sobre mí.

Me pongo a silbar como si tal cosa y regreso al dormitorio.

Al entrar en el dormitorio observo que alguien ha desparramado un montón de confeti —rosa, blanco y gris— sobre la cama.

Me miro en el espejo Chippendale que cuelga sobre la cama, armándome de valor antes de inspeccionar la sombra que acecha detrás de un biombo del siglo XVIII situado en un rincón.

La sombra se mueve un poco.

Yo aguardo. Me resulta de lo más sospechoso.

Me acerco a la cama.

Sin dejar de silbar me inclino sobre la mesita de noche y, riendo, finjo afanarme en deshacer los lazos de los zapatos que me quito sin mayores dificultades; luego saco del cajón una Walther del 25 provista de silenciador.

Regreso descalzo al baño.

Empiezo a contar en voz baja. Cinco, cuatro, tres...

De pronto cambio de dirección y me dirijo hacia el biombo, empuñando la pistola.

Calculo la altura de la cabeza y aprieto el gatillo. Dos veces.

Un quejido sofocado. El sonido de un chorro de sangre al salpicar el muro.

Una figura vestida de negro, con la mitad del rostro destrozado, se desploma de bruces sobre el biombo; en su mano derecha, enguantada, sostiene una pistola pequeña.

Cuando me dispongo a inclinarme sobre él para quitarle la pistola de la mano, un movimiento a mis espaldas hace que me vuelva apresuradamente.

Otra figura vestida de negro, que empuña un enorme cuchillo, salta sobre mí desde la cama.

Yo me agacho al instante.

La primera bala pasa casi rozándole y se aloja en el espejo de Chippendale, quebrándolo en mil pedazos.

En el momento en que la figura cae sobre mí, la segunda bala le alcanza en el rostro y lo derriba de espaldas.

La figura permanece tendida en el suelo, agitando las piernas de forma convulsiva. Me levanto tambaleándome y le descerrajo dos tiros en el pecho. La figura se queda inmóvil.

—Mierda, mierda, mierda —exclamo. Agarro el móvil y marco un número que sólo recuerdo a medias.

Al tercer intento oigo una señal de transmisión.

Pulso un código, casi jadeando.

—Vamos, vamos.

Otra señal. Otro código.

—Es DAN —digo a través del teléfono.

Espero unos instantes.

—Sí. —Escucho—. Sí.

Doy las señas. Anuncio unas palabras: «Código 50».

Cuelgo. Cierro los grifos de la bañera y de prisa y corriendo meto cuatro cosas imprescindibles en la bolsa de viaje.

Me marcho antes de que lleguen las mujeres de la limpieza.

Paso la noche en el hotel Carlyle.

0

La noche siguiente me reúno con Eva para cenar en un restaurante japonés que está muy de moda situado cerca del SoHo, en la nueva y glamurosa zona de Houston Street. Eva se ha sentado a una mesa en el comedor principal, que está atestado; bebe té verde y me espera con resignación; sobre la mesa, junto a su muñeca, reposa un ejemplar del *New York Observer* (donde publican un artículo muy favorable sobre mi padre, aunque en realidad trata sobre el nuevo Victor Johnson y todas las cosas que ha aprendido). El maitre me conduce hacia la mesa; dejándose llevar por su entusiasmo, me estrecha la mano, me ofrece sus condolencias y me asegura que tengo mejor aspecto que nunca. Yo le doy las gracias con toda naturalidad y me siento junto a Eva. Los dos nos sonreímos. Recuerdo que debo besarla. Recuerdo que debo hacer todo lo que se supone que hace un hombre al reunirse con su novia, porque somos el blanco de todas las miradas, porque precisamente por esto hemos reservado esta mesa, porque precisamente por esto hemos quedado citados aquí.

Pido un sake muy frío y comento a Eva que me han dado el papel en *Línea mortal II*. Ella responde que se alegra por mi.

—¿Dónde está tu amiguito esta noche? —pregunto sonriendo.

—Una cierta persona ha tenido que ausentarse —contesta Eva con evasivas.

—¿Dónde está? —insisto para hacerla rabiar.

—Ha ido al festival de rock de Fuji —contesta Eva, entornando los ojos y bebiendo un sorbo de su té verde.

—Un amigo mío también ha ido a ese festival.

—A lo mejor han ido juntos.

—Quién sabe.

—Sí, quién sabe —repite Eva, mirando la carta.

—O sea, que no lo sabes —insisto.

—Exacto.

—Estás guapísima.

Eva no dice nada.

—¿Me has oído? —pregunto.

—Me gusta tu traje —responde ella sin alzar la vista.

—¿A qué viene esta actitud? —pregunto.

—La prensa se ocupa mucho de ti estos días —comenta Eva al tiempo que señala el ejemplar del *Observer*—. Vayas adonde vayas, te sigue una nube de paparazzi.

—No todo se reduce a gafas de sol y autógrafos, nena.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Qué gente tan ridícula, ¿no te parece? —pregunto, señalando al personal que nos rodea.

—No sé —contesta Eva—. Esta sencillez resulta muy agradable. Es como volver a la escuela.

—¿En qué sentido?

—Pues que cuando te rodeas de imbéciles, en comparación tú pareces inteligente —responde Eva—. Al menos ésa fue mi experiencia en el instituto.

—*Where where you while we were getting high?* —murmuro para mis adentros, procurando rehuir la mirada de los otros comensales.

—¿Cómo dices?

—Disculpa, estaba distraído —contesto, carraspeando un poco.

—Sin nosotros todo esto es pura basura —afirma Eva.

Pruebo el edamame.

—A propósito —dice Eva—, ¿cómo está Alison Poole?

—Tengo la impresión de que voy a destrozarle el corazón.

—Tengo la impresión de que eres un experto en eso —replica Eva.

—No para de hacerme preguntas sobre Chloe Byrnes —murmuro.

Eva guarda silencio. Mientras bebe un trago de Stolichnaya Limonnaya yo pruebo el hijiki.

—¿Qué has hecho hoy? —pregunto antes de darme cuenta de que me trae al fresco lo que Eva haya hecho hoy, aunque para disimular le estrujo el muslo por debajo de la mesa.

—He tenido una sesión de fotos. He comido con los de Salt-n-Pepa. He evitado a ciertas personas. He hablado con otras a las que no quería evitar. —Eva inspira una bocanada de aire—. Ahora mismo mi vida es más sencilla de lo que nunca había imaginado que pudiera ser. —Suspira, pero sin tristeza—. Hay ciertas cosas a las que aún no me he acostumbrado, pero no me preocupa.

—Afirmativo. Información computada —digo imitando el tono mecánico de un robot.

Eva se ríe, pronuncia mi nombre, deja que le estruje el muslo con más fuerza.

Pero cuando aparto la vista todo me parece muy complicado. Apuro otra tacita de sake.

—Estás un poco distraído —comenta Eva.

—Anoche ocurrió algo —murmuro.

—¿Qué?

Yo se lo cuento todo en voz baja.

—Debemos andarnos con cuidado —dice Eva.

En éstas se acerca una pareja y oigo que alguien exclama:

—¡Victor! ¿Cómo estás, hombre?

Inspirando con fuerza, alzo la vista y esbozo una media sonrisa de circunstancias.

—Hola —les saludo.

Es una pareja de nuestra edad, ambos bastante atractivos. El hombre —a quien no reconozco— me estrecha la mano con energía, como diciendo «espero que te acuerdes de mí porque eres un tío legal». La joven que lo acompaña, que oscila de un lado a otro entre los apretujones del gentío que llena el local, saluda a Eva con la cabeza y ésta le devuelve el gesto.

—Corrine, te presento a Victor Ward —dice el hombre—. Disculpa —se apresura a rectificar—, quiero decir a Victor Johnson. Victor, te presento a Corrine.

—Encantado de conocerte —digo estrechando la mano de Corrine.

—Y ésta es Lauren Hynde —dice el hombre señalando a Eva, quien sonrío sin mover ni una pestaña.

—Hola, Lauren, creo que ya nos habíamos visto en alguna ocasión —dice Corrine—. ¿No nos conocimos en la fiesta benéfica organizada por Kevin Aucoin? ¿O fue en el Chelsea Piers? Nos presentó Alexander McQueen. La MTV te hizo una entrevista. O quizá fue en el preestreno de la película.

—Ah, sí, sí —responde Eva—. Tienes razón.

—Qué hay, Lauren —dice el hombre con excesiva timidez.

—Hola, Maxwell —responde Eva en un tono sexy pero discreto.

—¿Así que ya os conocíais? —pregunto mirando a Maxwell y a Eva.

—Lauren y yo coincidimos en un banquete organizado por la prensa —explica Maxwell—. Fue en el Four Seasons de Los Ángeles.

Eva y Maxwell sonrían con aire de complicidad. Yo siento náuseas.

—Un local que se ha puesto muy de moda, ¿no? —me pregunta Maxwell.

—¿Es una de esas preguntas de «verdadero o falso»? —contesto tras una breve pausa.

—Chico, estás en todas partes —observa Maxwell, como si quisiera prolongar la conversación.

—Ya, los quince minutos de gloria.

—Yo diría más bien una hora —contesta Maxwell, echándose a reír.

—Sentimos mucho lo de Chloe —interrumpe Corrine.

Yo asiento con expresión grave.

—¿Vais a asistir a la fiesta que dan en el Life? —pregunta Corrine.

—Desde luego, allí estaremos —respondo vagamente.

Corrine y Maxwell esperan junto a nuestra mesa mientras Eva y yo les miramos con frialdad hasta que por fin comprenden que no vamos a pedirles que se sienten con nosotros; luego se despiden. Maxwell me estrecha la mano de nuevo y desaparece entre la multitud congregada frente a la barra. La gente empieza a mirar a Corrine y a Maxwell de forma distinta, con admiración, porque se han detenido junto a nuestra mesa y han dado la impresión de que nos conocían.

—Dios, no reconozco a nadie —comento.

—Conviene que mires esos books que te dieron —contesta Eva—. Tienes que memorizar las caras.

—Tienes razón.

—Yo te haré preguntas —sugiere Eva—. Los estudiaremos juntos.

—De acuerdo.

—¿Qué hace Victor Ward? —pregunta Eva sonriendo.

—Contribuye a definir la década, nena —contesto sarcásticamente.

—La grandeza sólo se recompensa a posteriori —me advierte Eva.

—Pero tía, si esto ya es a posteriori.

Ambos soltamos una carcajada. Pero después guardo silencio, deprimido, incapaz de comunicarme con Eva. El restaurante está atestado y las cosas no están tan claras como deberían. La gente que nos ha saludado con la mano y ha hecho signos indicando que nos llamarán más tarde han visto cómo Corrine y Maxwell han roto el hielo y no tardarán en echársenos encima. Apuro otra tacita de sake.

—No te pongas tan triste —dice Eva—. Eres una estrella.

—¿No tienes frío aquí dentro? —pregunto.

—¿Qué pasa? Pareces deprimido.

—¿No tienes frío aquí dentro? —repito, al tiempo que ahuyento a una mosca.

—¿Cuándo te marchas a Washington? —pregunta Eva.

—Pronto.

VI

0

—Perteneces al único signo del horóscopo que no es un ser vivo —me dijo Jamie.

—¿A qué te refieres? —murmuré.

—Eres libra —contestó Jamie—. Eres una balanza.

«Esto no es más que aventurilla, ¿no? —pensé—. Quiero follarte de nuevo».

—Ya ves, y yo que pensaba que era capricornio —suspiré. Estábamos en un prado bordeado de árboles amarillos y rojos, y yo había alzado la mano para protegerme los ojos del sol que se filtraba a través de las ramas; su calor me acariciaba el rostro. Era septiembre y el verano quedaba atrás. Nos habíamos tumbado en el césped del campus y a través de una ventana del segundo piso de Booth House oímos vomitar a alguien al tiempo que en alguna parte sonaba la canción «Us and Them» de Pink Floyd. Me había quitado la camisa y Jamie me había untado Bain de Soleil en toda la espalda y el pecho, mientras yo pensaba en las chicas a las que me había tirado aquel verano, agrupándolas en parejas, clasificándolas, sorprendido ante las similitudes que presentaban. Se me habían dormido las piernas y una tía que pasaba por allí me dijo que le había gustado la historia que yo había leído en voz alta en un taller de escritura creativa. Yo asentí sin prestarle atención, y la chica continuó su camino. Me palpé un condón que llevaba en el bolsillo, tratando de tomar una decisión.

—Pero si yo no fui a esa clase —comenté a Jamie.

—*No future, no future, no future, for you* —canturreó Jamie.^[68]

Y ahora, en la habitación de un hotel en Milán, recuerdo que aquel día, tumbado en el césped, rompí a llorar porque Jamie me contó ciertas cosas, me las susurró al oído tan tranquila, como si le importara un comino que alguien la oyera: que deseaba volar el campus universitario para «borrarlo de una puta vez del mapa», que ella había sido la causante de la muerte de su novio, que se moría de ganas de cortar el cuello a Lauren Hynde. Confesaba esas cosas sin darles la menor importancia. Jamie siguió hablando hasta que apareció Sean Bateman con seis paquetes de Rolling Rock. Sean se tumbó a nuestro lado; parecía nervioso, pues no paraba de hacer crujir sus nudillos. Todos nos pusimos a ingerir pastillas. Yo estaba tumbado entre Sean y Jamie y les vi intercambiar una mirada cargada de significado.

—Todos creen que Jamie es una espía —me susurró Sean al oído.

—Tienes aptitudes —me susurró Jamie al otro oído.

Sobre nosotros revoloteaban unos grajos, unos cuervos, como unas sombras negras, y más arriba vi pasar un avión cuya estela de humo formaba el logo de Nike. Cuando me incorporé y miré a lo lejos a través del césped, detrás del cual se extendía el Fin del Mundo, vi a un equipo de rodaje. Parecían desorientados, como si no supieran hacia dónde ir, pero Jamie les hizo una seña con la mano y enfocaron sus

cámaras hacia nosotros.

1

Al día siguiente unos ayudantes de producción del equipo de rodaje francés me suministran heroína mientras volamos a Milán a bordo de un avión privado puesto a nuestra disposición por un tal Míster Ocio y pilotado por dos japoneses. El avión aterriza en el aeropuerto de Linate y los ayudantes de producción me conducen al Principe di Savoia un apacible viernes por la tarde, en temporada baja. Permanezco encerrado en una suite, custodiado por un italiano de veintitrés años llamado Davide que lleva una Uzi sujeta al pecho. El equipo de rodaje se hospeda en el barrio de Brera, pero nadie me facilita un teléfono ni una dirección; el único que se pone en contacto conmigo religiosamente cada tres días es el director. Una noche Davide me traslada al hotel Diana y a la mañana siguiente nos mudamos de nuevo al Principe di Savoia. Me comentan que el equipo de rodaje está filmando exteriores en La Posta Vecchia. Me anuncian que partiremos de Milán dentro de unos días. Me aconsejan que me relaje, que no deje que las preocupaciones perjudiquen mi buen aspecto.

2

Llamo a mi hermana, que está en Washington, D.C. La primera vez responde el contestador automático. No dejo ningún mensaje.

La segunda vez mi hermana atiende el teléfono, pero en Washington son las tantas de la madrugada.

—¿Sally? —murmuro.

—¿Sí?

—¿Sally? —murmuro—. Soy yo Victor.

—¿Victor? —pregunta, con un gruñido de protesta—. ¿Qué hora es?
Como no sé qué decir, cuelgo.
Más tarde, cuando vuelvo a llamarla, en Georgetown es mediodía.
—¿Sí? —contesta mi hermana.
—Soy yo otra vez —digo.
—¿Por qué murmuras? —pregunta, irritada—. ¿Dónde estás?
Al oír su voz rompo a llorar.
—¿Victor?
—Estoy en Milán —murmuro entre sollozos.
—¿Dónde? —pregunta mí hermana.
—En Italia. Silencio.
—¿Victor?
—¿Sí? —pregunto secándome las lágrimas.
—¿Estás de broma?
—No. Estoy en Milán... Necesito que me ayudes.
Mi hermana hace una breve pausa antes de responder con voz áspera:
—Quiquiera que sea usted, tengo que colgar.
—No, no... espera, Sally.
—Pero bueno, ¿no hemos quedado a la una para almorzar, Victor? —pregunta Sally—. ¿Qué coño te pasa?
—Sally —murmuro.
—No sé quién es usted, pero le advierto que no vuelva a llamar.
—Espera, Sally...
Pero ha colgado.

3

Davide es de Legnano, un suburbio industrial ubicado en el noroeste de Milán. Tiene el pelo a mechass negras y doradas y no deja de comer caramelos de menta de una bolsita verde mientras monta guardia sentado en una silla dorada en la suite del Principe di Savoia. Me dice que trabajaba de repartidor de una marca de champán, que tiene conexiones con la Mafia, que su novia es la Winona Ryder italiana. Cuando habla se le dilatan los orificios de la nariz y me mira con ojos penetrantes. Fuma

Newport Lights; en ocasiones luce un pañuelo alrededor del cuello y otras no. A veces deja deslizar que su nombre auténtico es Marco. Hoy viste un jersey de cachemir con cuello vuelto color verde aguacate. Hoy juega con una pelota de ping-pong Tiene los labios tan gruesos que parece que se haya dedicado a besar y a chupar desde el día en que nació. A ratos se entretiene con un videojuego, o mirando los vídeos musicales que ponen en la MTV italiana. Yo le observo nervioso desde la cama cada vez que cambia de postura. No para de formar globos con el chicle. La lluvia bate contra la ventana y Davide suelta un suspiro. La habitación tiene un techo abovedado y azul.

4

Otro día. Sigue lloviendo a cántaros. Hace un tiempo de perros. Me como una tortilla que Davide ha pedido que me suban, pero está sosa. Davide me informa de que su «chica del tiempo» preferida es Simone Ventura, a quien conoció un día en L'Isola. La suite contigua a la nuestra está ocupada por un príncipe saudí que se comporta de forma impresentable con una mujer casada guapísima. El director del equipo de rodaje francés llama por teléfono. Ha pasado una semana desde la última vez que hablamos.

—¿Dónde está Palakon? —pregunto automáticamente.

—Ah —suspira el director—. Ya me tienes harto, estoy cansado de oír ese nombre, Victor.

—¿Dónde está? —repito angustiado.

—Hemos hablado del tema más de cien veces —contesta el director—. No existe ningún Palakon. Jamás he oído ese nombre.

—Eso no te lo crees ni tú.

—¿Qué quieres que te diga? —responde el director—. Es la verdad.

—Quiero regresar a casa —sollozo.

—Eso siempre es una posibilidad, Victor —me asegura el director—. Yo que tú no la descartaría.

—¿Por qué me tienes abandonado? —pregunto—. Hace una semana que no me llamas.

—Estamos perfilando unos planes —dice el director.

—No me has llamado en una semana —grito—. ¿Qué coño estoy haciendo aquí?

—¿Cómo podría... explicártelo? —responde el director, confuso.

—Crees que el proyecto se ha cancelado, ¿no es así? —grito, aterrorizado—. ¿No es así? Pues no: te equivocas.

—¿Cómo podría explicártelo? —repite el director.

—Con delicadeza —murmuro.

—¿Delicadeza?

—Sí.

—Tu papel ha concluido, Victor —dice el director—. No te lo tomes a mal.

—¿Debo interpretarlo como... una advertencia?

—No —contesta el director. Tras una pausa agrega—: Más bien como un largo período de adaptación.

—¿Significa eso que voy a quedarme aquí hasta... cuándo? ¿Agosto? ¿El año que viene?

—Tarde o temprano alguien acabará sacándote de esta situación —responde el director—. No puedo decirte exactamente cuándo. —Hace una pausa—. Davide se ocupará de ti y dentro de unos días se pondrá en contacto contigo una persona.

—¿Y tú? —gimo—. ¿No puedes hacer nada? Llama a Palakon.

—Victor —contesta el director con paciencia—. No puedo hacer nada. Me han encargado otro proyecto.

—No puedes dejarme aquí tirado —grito.

—Dado que voy a encargarme de otro proyecto, dentro de poco llegará alguien más para sustituirme. Esa persona te informará sobre, tu próximo papel.

—Esto es increíble —murmuro.

Davide alza la vista del videojuego. Me ofrece un momento de atención y una breve sonrisa.

—Entre tanto... —El director no termina la frase.

Antes de colgar, el director me promete que tratará de agilizar las cosas poniéndome en contacto con un criminal de guerra «que posiblemente sepa qué hacer» conmigo. Luego cuelga y no vuelvo a hablar más con él.

De vez en cuando me dejan salir a dar un paseo. Davide siempre hace una serie de llamadas. Siempre bajamos en el ascensor de servicio. Davide siempre va discretamente armado. Durante nuestro paseo Davide siempre escruta detenidamente a cada extraño con el que nos cruzamos. Como es temporada baja y no hay nadie en la ciudad, me deja que eche un vistazo a la boutique masculina de Prada, en la Via Montenapoleone. Nos tomamos una copa en el café L'Atlantique, en Viale Umbría. Más tarde compartimos un plato de sushi en el Terrazza, en Via Palestro. Tengo varias y pequeñas teorías. Trato de unir las piezas del rompecabezas —es sólo un esbozo—, y a veces lo consigo, pero sólo cuando me tomo unas copas de una botella helada de Sambuca. Davide tiene una gran teoría que lo explica todo.

—Me gusta cómo te expresas, Davide —digo. Luego bajo la vista y añado—: Lo siento.

Davide hace un comentario sobre Leonardo y *La última cena*, y lo buena que está la camarera.

A última hora de la tarde el cielo sobre Milán ofrece un aspecto contaminado. Oscurece rápidamente. Davide y yo caminamos a través de la niebla que nos rodea. Cuando nos dirigimos a Via Sottocorno observo una limusina aparcada junto a la acera y unas modelos con el cabello teñido de naranja y los labios pintados de azul que se acercan a unos escaparates. En éstas echo a correr y me meto en Da Giacomo. Allí me encuentro con Stefano Gabbana y Tom Ford, quien me saluda con la cabeza antes de que Davide me saque del restaurante. Ese gesto extemporáneo por mi parte significa que ya es hora de regresar al hotel.

6

De regreso en la habitación, que tiene forma de colmena, Davide me pasa un *Playboy* antes de darse una ducha. Lo que prefiere la conejita de diciembre: insignias militares, dibujos de armamento, visitar el centro de mando nacional del Pentágono. Pero yo prefiero ver en la MTV un programa sobre el contrato millonario que han firmado los Impersonators con Dream Works, una entrevista con el grupo, el nuevo single «No pasó nada» de su próximo cedé titulado *En presencia de nada*. Me acerco lentamente a un espejo. Mi rostro ofrece un aspecto fantasmal, casi transparente; mi mirada perdida en el infinito me recuerda a algo; observo que me han salido algunas

canas. Oigo a Davide duchándose, el chorro de agua cayendo sobre los azulejos, Davide silbando una canción que estuvo de moda hace cuatro años. Cuando Davide abre la puerta del baño, yo ya estoy en la cama, cubierto con el edredón, medio dormido, chupando un caramelo.

—Tú aún estás vivo —dice Davide, pero al leer esa frase del guión tengo la sensación de que pone cierto énfasis en el pronombre.

Davide está desnudo y se seca ante mí. Tiene unos bíceps descomunales, un tupido vello en los sobacos, unas nalgas como melones, los músculos de su estómago ponen de relieve su ombligo. Al darse cuenta de que le estoy mirando, sonrío. Yo me digo que está aquí par a protegerme contra cualquier peligro.

Una vez vestido, Davide se muestra taciturno y poco tolerante con el aire de desesperación que muestro, ahí tumbado en la cama, sobre la que no dejo de revolverme, sollozando y observándole. Él me mira irritado, perplejo, en silencio. Luego se pone a mirar una película porno, unas japonesas follando sobre un colchón de gomaespuma.

De pronto suena su móvil.

Davide contesta con gesto apático y mirada vacua.

Suelta una parrafada en italiano. Se detiene unos instantes para escuchar a su interlocutor. Luego suelta otra retahila en italiano antes de colgar.

—Va a venir alguien a vernos —me informa Davide.

Yo canturreo «*Listen to the wind blow, watch the sun rise*». ^[69]

7

Alguien llama a la puerta.

Davide la abre.

Una hermosa joven entra en la habitación. Davide y la chica se abrazan y conversan amigablemente en italiano mientras yo contemplo la escena desde la cama, atónito. La chica sostiene un sobre que contiene una cinta de vídeo, la cual me entrega, aunque Davide no nos ha presentado.

Yo observo la cinta sin salir de mi perplejidad. Entonces Davide me la arrebató bruscamente de las manos y la introduce en el vídeo que hay debajo del televisor.

Davide y la chica se trasladan a otra habitación de la suite cuando aparecen las

primeras imágenes de la cinta.

8

Se trata de un episodio de *60 Minutes* pero sin sonido.

Dan Rather presenta el episodio. Detrás de él, el artículo de una revista. El rostro de mi padre. Y debajo, medio en sombras, mi rostro.

Azaleas. La casa de Pamela Digby Churchill Hayward Harriman. Una cena en honor de Samuel Johnson. Una evento benéfico destinado a recaudar fondos para su campaña presidencial. Los invitados: Ruth Hotte, Ed Huling, Deborah Gore Dean, Barbara Raskin, Deborah Tannen, Donna Shalala, Hillary Clinton y Muffy Jeepson Stout. También están presentes Ben Bradlee, Bill Seidman, Malcolm y Endicott Peabody. Además de Clayton Frithceys, Brice Clagett, Ed Burling y Sam Nunn. Por no mencionar a Marisa Tomei, Kara Kennedy, Warren Christopher, Katharine Graham y Esther Coopersmith.

Mi padre está acompañado por una mujer de cuarenta y tantos años ataviada con un traje de noche de Bill Blass. La veo fugazmente durante unos breves instantes.

Ahora aparece Dan Rather entrevistando a mi padre en su despacho. Mi padre se ha hecho un lifting, le han hecho un retoque en la zona del labio superior, le han eliminado las bolsas de los ojos y le han blanqueado los dientes. Aparece risueño y relajado.

Acto seguido aparecen sucesivamente en la pantalla unas fotografías. Mi padre con Mort Zuckerman. Mi padre con Shelby Bryan. Mi padre con Strom Thurmond. Mi padre con Andrea Mitchell.

De pronto presentan material de archivo. Una entrevista realizada a mi madre a mediados de los ochenta. Unas imágenes de mis padres en la Casa Blanca, junto a Ronald y Nancy Reagan.

Dan Rather entrevistando de nuevo a mi padre.

Un montaje: Brooks Brothers, Ann Taylor, Tommy Hilfiger. Entonces aparezco yo caminando por Dupont Circle, mientras Dan Rather me hace una entrevista.

A continuación intercalan unas imágenes en las que aparezco haciendo abdominales en el gimnasio de Reed, para el programa *Entertainment Tonight*.

Varias fotos extraídas de mi book: Versace, CK One, unos fragmentos del video

Sex de Madonna. Unas fotos tomadas por los paparazzi: yo mismo saliendo de un local llamado Crush, abandonando el Jockey Club.

Dan Rather me hace una entrevista en el sótano del Red Sage.

Yo estoy sonriendo, relajado, luciendo unas gafas con montura metálica. Visto un traje juvenil de Brooks Brothers, Asiento a todo lo que Dan Rather me pregunta.

Dan Rather me muestra una foto de un artículo de *Vogue* en la que aparezco con unos calzoncillos de Calvin Klein y pintando las uñas de los pies de Christy Turlington. Dan Rather gesticula de forma elocuente y hace comentarios sobre mi atractivo físico.

Yo asiento con un gesto, como si me sintiera avergonzado.

A continuación: una foto de Chloe Byrnes, seguida por varias portadas de revistas.

Una imagen del Hôtel Costes de París.

Un montaje de su funeral en Nueva York.

Yo estoy sentado en primera fila, llorando, mientras Alison Poole y Baxter Priestley tratan de consolarme.

Entrevistas con Fred Thomson, Grover Norquist y Peter Mandelson.

Unas imágenes en las que salgo paseando por Washington Square Park.

De nuevo mi padre. En esta ocasión sale del Palm con la cuarentona, una mujer de pelo oscuro, atractiva pero no imponente. Caminan tomados de la mano.

La mujer aparece de nuevo frente al Combay Club, besando a mi padre en la mejilla.

De pronto reconozco a la mujer.

Es Lorrie Wallace.

La inglesa que viajaba a bordo del *Queen Elizabeth II*.

La esposa de Stephen Wallace.

La mujer que quería que yo fuera a Inglaterra.

La mujer que reconoció a Marina.

Me precipito hacia el televisor para subir el volumen mientras Dan Rather entrevista a Lorrie Wallace. Pero no hay sonido, sólo se oyen interferencias.

Por último aparecen mi padre y Lorrie Wallace en la fiesta navideña que Carol Laxalt celebra todos los años. Mi padre está junto a una flor de pascua, estrechando la mano de John Warner.

Y al fondo, bebiendo ponche de una tacita de cristal, aparece E. Fred Palakon. A sus espaldas se alza un gigantesco árbol navideño cuajado de luces.

Yo me llevo una mano a la boca par a reprimir un grito.

9

Llamo de nuevo a mi hermana.

El teléfono suena tres, cuatro, cinco veces.

Por fin lo coge.

—¿Sally? —Siento un nudo en la garganta que apenas me permite respirar.

—¿Quién es? —pregunta mi hermana recelosa.

—Soy yo, Victor.

—Ya —contesta ella con tono sarcástico. Le ruego que deje de llamar.

—Sally, soy yo, te lo juro —insisto desesperado.

—Es para ti —oigo decir a mi hermana.

Oigo que Sally le pasa el teléfono a otra persona.

—¿Sí? —pregunta una voz.

Escucho atentamente, sin responder.

—¿Sí? —pregunta la voz de nuevo—. Soy Victor Johnson. ¿Quién es? —
Silencio.

—Le agradecería que dejara de llamar a mi hermana —ordena la voz—. ¿De
acuerdo?

Silencio.

—Adiós —dice la voz.

Un clic.

La comunicación se corta.

10

Davide quiere estar a solas con la chica. Me da un jersey y me insta a que vaya a dar una vuelta. La chica está sentada en un mullido sofá color tostado, desnuda, fumando un cigarrillo. Me mira, expectante. Yo asiento, aturdido.

Al llegar a la puerta, me vuelvo hacia Davide.

—¿Cómo sabes que volveré?

—Confío en ti —contesta sonriendo, y me pide que me largue ya de una vez.

—¿Por qué? —pregunto.

—Porque no sabrías adónde ir —contesta, gesticulando, sin dejar de sonreír.

Lo dice de una forma tan encantadora que asiento y le doy las gracias.

—Gracias —digo a Davide.

La chica se levanta y se acerca a la cama. De golpe se detiene, vuelve su musculoso cuerpo y susurra algo en italiano al oído de Davide. Davide cierra la puerta con llave.

11

Bajo en el montacargas, atravieso el vestíbulo y salgo del hotel. Es de noche, las calles están húmedas y por las fachadas de los edificios se deslizan unas gotas, aunque no llueve. Junto a mí circula lentamente un taxi, vacío. Me aparto para dejar pasar a unos patinadores. Presiento que me están filmando. ¿Cuántas señales he pasado por alto?

12

De regreso en el hotel, una hora más tarde, subo a mi habitación en el montacargas. Recorro lentamente el pasillo desierto. Antes de meter la llave en la cerradura, llamo discretamente a la puerta.

Nadie responde.

Giro la llave en la cerradura y abro la puerta.

Davide yace desnudo en el baño. No presenta ninguna herida grave, pero tiene tantas laceraciones que no me explico qué ha podido ocurrir. El suelo está cubierto de sangre, sembrado de fragmentos de porcelana. En éstas estalla un relámpago que confiere mayor dramatismo a la escena. Ni rastro de la chica. Atormentado por un sentimiento de culpabilidad, me encamino hacia el bar.

13

En una habitación próxima a mi suite en el Principe di Savoia un técnico de atrezzo carga una mini Uzi de 9 milímetros.

14

Sinead O'Connor cantaba «The Last Day of Our Acquaintance» y debían de ser las once o la una, o quizá fueran las tres y cuarto. Todos estábamos tumbados alrededor de la piscina de Gianni en su suntuosa mansión de Ocean Drive. Éramos unas veinte personas, hablando por nuestros respectivos móviles y metiéndonos unas rayas. Hacía pocos días que yo había conocido a Chloe. Ella estaba en una tumbona, abrasándose bajo el sol, con los labios hinchados debido a las inyecciones de colágeno. A mí me dolía la cabeza horrores por culpa de la resaca resultado de haber ingerido una docena de daiquiris de mango. Mientras me tomaba una limonada cuya acidez me provocaba ardor de estómago, me fijé en el brillante de cuarenta quilates que lucía Chloe. La frase más repetida era «¿Y qué?». Alguien había visto hacía un rato una cucaracha y todo el mundo andaba sobresaltado. Había un montón de chicos —delgados, con labios carnosos, unos músculos imponentes y pómulos pronunciados—, así como un par de estrellas del rock y un adolescente gay de Palestina que no cesaba de fanfarronear sobre lo genial que se lo había pasado arrojando piedras en Hebrón. Todo esto bajo un cielo sereno azul chicle.

Sinead O'Connor cantaba «The Last Day of Our Acquaintance» y frente a mí había una chica tumbada en una posición tal que se le veía el ano. De vez en cuando se metía la mano en la braguita del bikini y se rascaba el culo, tras lo cual se acercaba los dedos a la nariz y los olía. En la pantalla de un gigantesco televisor Bang & Olufsen que habían instalado junto a la piscina aparecían las imágenes de un episodio de *Expediente X* que trataba sobre un perro que había sido devorado por una serpiente marina. Por alguna razón todos leían un libro titulado *The Amytville Horror* y estaban agotados tras haber asistido al estreno de una nueva película titulada *Autopsy 18*: el tipo inclinado sobre la tabla de espiritismo, la chica que acababa de asistir a una fiesta en casa de Madonna para celebrar el nacimiento de su hija, el niño que jugaba con una cobra adquirida con una tarjeta de crédito robada. Aquella semana se celebraba

un importante juicio por un caso de asesinato y los abogados defensores habían logrado convencerme de que la víctima —una niña de siete años a quien el borracho de su padre había matado de una paliza— era culpable de su propia muerte. Alguien había visto a unas sirenas nadando en la piscina antes del amanecer.

—¿Serías capaz de matar a alguien? —oí preguntar a una voz.

Transcurrieron unos momentos antes de que otra voz respondiera:

—Creo que sí.

—¿Y qué? —exclamó otro.

De pronto reparé en un tipo que paseaba a un lobo que jadeaba sujeto a una cadena.

Sinead O'Connor cantaba «The Last Day of Our Acquaintance» y yo había dedicado buena parte de la mañana a recortarme el vello púbico. Todos leían las crónicas sociales en la prensa para comprobar si aparecían en ellas, pero en su mayoría eran unos mediocres que jamás triunfarían. En el baño colgaba un Rauschenberg y en el office un Picasso. El tipo con el que me había acostado la noche anterior —un chico que se parecía a Paul Newman cuando éste tenía veinte años— empezó a hablarme sobre un amigo al que habían asesinado la semana anterior en Maui. De golpe todo el mundo empezó a meter baza y no entendí una palabra de lo que decían ¿Una pequeña discrepancia con un dólar? ¿Un importador/exportador indignado? ¿Un encontronazo con un caníbal? A saber. ¿Había tenido una muerte cruel? Lo habían metido en un barril lleno de insectos famélicos. A alguien se le ocurrió hacer una encuesta. En una escala de 1 a 10, ¿qué muerte era la más atroz? ¿Que te metieran en un barril lleno de insectos famélicos? Había opiniones para todos los gustos. Yo creí que iba a desmayarme. Encendí un cigarrillo que me había dado River Phoenix. Empezaba a ser famoso y mi relación con el universo estaba a punto de experimentar un cambio radical.

Sinead O'Connor cantaba «The Last Day of Our Acquaintance» y alguien arrojó las llaves de un Pégola al propietario de un Mercedes aparcado en el garaje. Hacía un calor asfixiante. En éstas pasó un reactor. Contemplé con envidia el rostro de Bruce Rhinebeck que sonreía desde la portada de una revista. El tipo con el que me había acostado la noche anterior me susurró: «Eres un capullo». Yo le miré «con expresión de incredulidad» y respondí: «¿Y a mí qué?». Estaba tan moreno que mis tetillas incluso habían cambiado de color. Al admirar mi musculoso cuerpo reparé en una mosca que dormitaba sobre mi muslo, y por más que traté de ahuyentarla de un manotazo, el insecto volvía a posar se sobre mí una y otra vez. Un chico brasileño me preguntó cómo había conseguido unos abdominales tan increíbles y me sentí tan halagado que tuve que hacer esfuerzo para concentrarme y responder a su pregunta.

De debajo de una tumbona salió un murciélago herido que empezó a emitir chillidos y a agitar las alas inútilmente; un grupo de chicos formó un corro en torno al

animal. El murciélago se retorció en el suelo, boca arriba, y cuando uno de los chicos le propinó un puntapié chilló de nuevo. Otro le golpeó con una rama, levantando un poco de polvo que estaba adherido a la piel del animal. El sol arrancaba destellos del agua de la gigantesca piscina y yo observaba a todo el mundo a través de unos prismáticos. Un criado me trajo un pedazo de tarta de cumpleaños y una lata de Hawaiian Punch que le había pedido. El murciélago se debatía en el suelo, junto a un móvil. Tenía la espina dorsal rota y trataba de morder a todo el que se le acercara. Los adolescentes siguieron atormentándolo. Alguien esgrimió un tenedor.

Nada de esto seguía una pauta. En aquellos momentos Chloe Byrnes no era una persona real para mí. Aquella tarde en la casa de Ocean Drive tomé varias decisiones, entre ellas, acaso la principal: no abandonar jamás este mundo. Al principio me desconcertó lo que pasaba en él en los asuntos del corazón: la gente abandonaba a sus parejas porque eran demasiado viejos, demasiado gordos, demasiado pobres, porque tenían demasiado pelo o eran calvos, porque tenían arrugas, porque no tenían un cuerpo musculoso y duro, no estaban en forma, no eran modernos o no eran ni remotamente famosos. Este era el baremo para elegir un amante. Así se decidía a quién había que ofrecer amistad. Y yo tenía que aceptarlo si quería alcanzar mis metas. Al mirar a Chloe, ella se encogió de hombros. Me fijé en ese gesto. Chloe pronunció en silencio las palabras «Vete... a... paseo». Al borde de las lágrimas — porque me enfrentaba al hecho de que habitábamos en un mundo donde la belleza era considerada una hazaña— me volví y me juré lo siguiente: ser más duro, menos sentimental, mostrarme frío. El futuro comenzó a abrirse ante mí y me concentré en él. En aquel momento tuve la sensación de elevarme sobre la piscina de la villa en Ocean Drive y flotar sobre las palmeras, haciéndome cada vez más pequeño en el vasto firmamento hasta desaparecer por completo. De pronto me invadió una sensación de alivio tan intensa que emití un suspiro.

Uno de los adolescentes se disponía a arrojarse sobre mí, y el chico que se bañaba en la piscina, según comprendí vagamente, podía haberse ahogado y nadie habría reparado en ello. Procuré no pensar en esas cosas y me concentré en el dibujo del traje de baño que lucía Marky Mark. «Quizá más adelante no consiga recordar esta tarde», pensé. En mi interior, una voz fría me aconsejó que la olvidara. Pero me habían presentado a mucha gente interesante y yo estaba haciéndome famoso y en aquellos momentos no comprendí una cosa: si no borraba de mi memoria el recuerdo de esa tarde, si no me marchaba y me olvidaba de Chloe Byrnes, más adelante tendría unas pesadillas en las que recordaría varios fragmentos de esa tarde. Eso fue lo que me dijo la voz fría en mi interior. Eso fue lo que me aseguró. Observé a un chico que rezaba junto al cadáver del murciélago, pero ese gesto me pareció lejano y poco importante. La gente se puso a bailar alrededor del chico que rezaba.

—¿Quieres saber cómo acaba esto? —preguntó Chloe con los ojos cerrados.

Yo asentí.

—Pues compra los derechos —murmuró Chloe.

Me volví para que ella no viera la expresión de mi rostro. Y cuando sonó la atronadora estrofa final de «The Last Day of Our Acquaintance», mi imagen se disipó, solapándose y confundiéndose con otra imagen de mí mismo, años más tarde, sentado en el bar de un hotel de Milán, contemplando un mural.

Me encuentro en el bar del Principe di Savoia, que está desierto, tomándome un vaso de agua y contemplando el mural situado detrás de la barra. En él aparece un extenso prado que se extiende a los pies de una montaña gigantesca, donde unos aldeanos cantan y bailan entre la alta hierba que cubre la ladera sembrada de florecillas blancas de largos tallos. En el cielo despunta el día y el sol se derrama sobre el marco del mural, brillando sobre los pequeños riscos y las densas nubes que rodean la cumbre. Hay un puente tendido sobre un paso que conduce al lugar que uno desee alcanzar más allá de la montaña, pues allí a lo lejos se ve una carretera donde se alzan unos carteles llenos de respuestas: quién, qué, dónde, cuándo, por qué. Yo me precipito hacia adelante pero al mismo tiempo me elevo hacia la cima. Mi sombra se proyecta sobre la escarpada cumbre mientras asciendo por el aire, deslizándome a través de las plumosas nubes, elevándome más y más, propulsado por un viento feroz. Al poco anochece y en el firmamento, sobre la montaña, aparecen unas estrellas rutilantes que giran sin cesar:

Las estrellas son reales.

El futuro es esa montaña.



BRET EASTON ELLIS, nació en Los Ángeles en 1964. Al acabar el instituto, decidió abandonar el Oeste y viajar a Nueva Inglaterra para estudiar en la Universidad de Bennigton. Alentado por sus profesores, durante su último año en Bennigton, Ellis completó la que sería su primera novela, *Menos que cero* (1985; el título está inspirado en una canción de Elvis Costello), que cosechó el aplauso de la crítica y se convirtió en libro de culto. Cuando en 1992 publicó *American Psycho*, el retrato de un ejecutivo psicópata, se confirmó que había nacido una estrella. También es autor de *Las leyes de la atracción* (1987), *Los confidentes* (1994), *Glamourama* (1999), *Lunar Park* (2006) y *Suites Imperiales* (2010).

Notas

[1] «No hay nada como las chicas de la Costa Este. Me encanta cómo visten». A partir de aquí, los textos en inglés con versión castellana a pie de página corresponden a títulos y fragmentos de canciones. (*N. de la T.*) <<

[2] «Ese del rincón soy yo / Ese que todo el mundo mira soy yo». <<

[3] «Ármate de entusiasmo y a por ello». <<

[4] Literalmente, «adivina». (*N. de la T.*) <<

[5] «No puedo quedarme en tu ático. Me vuelvo a mi arado». <<

[6] «Estamos completos». <<

[7] «¿Has visto a tu madre en la sombra?» <<

[8] «Harto de mí mismo». <<

[9] «¿En serio quieres que me desahogue contigo?» <<

[10] «Cuando eras joven y tu corazón era un libro abierto, solías decir: “Vive y deja vivir”. Sabes que sí. Sabes que sí. Sabes que sí». <<

[11] «Tengo escalofríos Cada vez más». <<

[12] «Control de tierra llamando al comandante Tom». <<

[13] «Soy una roca. Soy una isla». <<

[14] «¿Estás tirándote a la novia de otro?/Bueno, ya me conoces». <<

[15] «Nuestros labios están sellados». <<

[16] «Los dulces sueños están hechos de esto». <<

[17] «Cálmate. Lo digo en serio». <<

[18] «Recuerda lo que dijo el lirón...» <<

[19] «Estamos todos en el mismo barco». <<

[20] «Quiero bailar toda la noche e ir de juerga todo el día». <<

[21] «No hay mujer como la mía». <<

[22] «Nena, te quiero, te necesito». <<

[23] «¿Qué te cuentas?». Título de un cedé de los Oasis. (*N. de la T.*) <<

[24] «Soy un fracasado. Mátame, anda». <<

[25] «No reacciona. Las pruebas que le he hecho no detectan actividad cerebral». <<

[26] «Sus ojos reaccionan a la luz. Lo dicen los indicadores. Le oye pero no puede contestar». <<

[27] «Sus ojos ven, sus oídos oyen, sus labios hablan». <<

[28] «Las agujas no paran de moverse». <<

[29] «No hay máquina capaz de producir el estímulo necesario para sacarlo de su bloqueo interior». <<

[30] «¿Qué debe de estar pasando por su cabeza?». <<

[31] «¡Ojalá lo supiera! ¡Ojalá lo supiera!». <<

[32] *Cover* significa tanto «versión» como «potrada». (*N de la T.*) <<

[33] «No dejes de brillar, diamante loco». <<

[34] «Acéptalo de una vez. Eres adicta al amor». <<

[35] «Cambia el compás». <<

[36] «Porque me gusta oír la percusión». <<

[37] «Pero a mí me gusta así». <<

[38] «En Londres, en París, en Nueva York, en Munich, todo el mundo habla de música pop». <<

[39] «Soy modelo. Soy alcohólico». <<

[40] «Cada día que pasa alimenta mi confusión». <<

[41] «¿Al Copa? ¿Al Copacabana? ¿El local más de moda de toda La Habana?». <<

[42] «Con cuatro que quieren ser mis dueñas, con dos que quieren apedrearme, con una que dice que me quiere bien». <<

[43] «A veces me pregunto cómo me las arreglo para no hundirme». <<

[44] «Que no decaiga». <<

[45] «Soy un chico travieso. Soy una leyenda». <<

[46] «Un mulato, un albino, un mosquito, mi libido». <<

[47] «Yo estoy loco por ti. Tú estás loca por mí». <<

[48] «Nos deslizaremos sobre la superficie de las cosas». <<

[49] El apellido Skye y la palabra *sky*, «cielo», se pronuncian igual (*N. de la T.*) <<

[50] Juego de palabras con *beach troop*, que haría referencia a una tropa de *boy scouts*. *Beach* («playa») y *bitch* («zorra») se pronuncian de forma parecida (*N. de la T.*) <<

[51] «Encantado de conocerme». <<

[52] «Toros»: en inglés, *bulls* (N. de la T.) <<

[53] «Debo regresar de nuevo a mis raíces». <<

[54] «No mires atrás, lo pasado pasado está». <<

[55] «Lo mío es hacer el amor, no pelear». <<

[56] La pronunciación de Victor, aparte de ser incorrecta, induce a confusión, en inglés la palabra *nothing* significa «nada». (N. de la T.) <<

[57] «Malas pasadas que no cuestan nada». <<

[58] «Silencio, no levantes la voz, que se oye todo». <<

[59] «Cuando Júpiter se alinea con Marte». <<

[60] «Ojalá pudiera hacer retroceder el tiempo». <<

[61] «¿Puedo creer en la magia de tus suspiros?». <<

[62] «No temas a la muerte» y «soy un creyente». <<

[63] «Eres de ese tipo de personas que no ve bien en la oscuridad». <<

[64] «¿Dónde estabas mientras nosotros nos colocábamos?». <<

[65] «En la supernova de champán que reluce en el cielo». <<

[66] «En una supernova de champán, una supernova de champán que reluce en el cielo». <<

[67] «Por el lado soleado de la calle». <<

[68] «No hay futuro, no hay futuro, no hay futuro para ti». <<

[69] «Escucha cómo sopla el viento, contempla el amanecer». <<